3 1761 08166204 1

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15. NUM. 175.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

JULIO, 1903

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

462661

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 15
no. 175-77

ENTRE LA MUERTE Y LA VIDA

(NARRACIÓN FANTÁSTICA)

«C'est un samedi, à six heures du matin, que je suis mort.»

EMILIO ZOLA

I

Eran las ocho de la noche cuando el doctor acercó su oído á mi corazón, puso un espejito en mis labios, y dirigiéndose á mi mujer, le dijo con tono solemne y dulce:

—¡Todo ha concluído!

Por estas palabras comprendí que acababa de morir.

A decir verdad, yo estaba muerto mucho antes: desde hacía más de mil horas estaba inerte y mudo; pero, de tarde en tarde, respiraba todavía. Durante toda mi enfermedad me había creído como encadenado á un muro por tenaces cadenas; pero poco á poco los sufrimientos habían disminuído, las cadenas se habían roto, y en los dos últimos días, solamente un hilo tenue me mantenía cautivo; después ese hilo cedió y experimenté una impresión como jamás había experimentado. En torno mío comenzaba un rumor ensordecedor: mi amplio despacho, en donde me habían instalado desde el principio de mi enfermedad, se llenó de gentes que todas á la vez cuchicheaban, hablaban, sollozaban. La vieja cocinera Judichna clamaba con una voz desconocida. Con un gran sollozo, mi mujer se echó sobre mi pecho: había llorado tanto durante mi enfermedad, que me preguntaba yo con asombro de dónde

podía aún sacar las lágrimas. Entre aquellas voces se alzaba, cascada, temblona, la de mi ayuda de cámara, Savieli; desde mi infancia no me había abandonado nunca, y era ya tan viejo, que vivía casi inactivo; por la mañana me daba mi bata y mis zapatillas; durante el día bebía aguardiente «á mi salud» y se peleaba con los otros criados. Mi muerte le entristecía, le inquietaba también, y al mismo tiempo le confería importancia. ¡Con qué tono prescribió que fueran á buscar á mi hermano, y dió órdenes á los servidores! Mis ojos estaban cerrados, pero yo veía, oía todo lo que se hacía, todo lo que se decía á mi alrededor.

Mi hermano, taciturno y altivo como siempre, entró; mi mujer no podía sufrirle; sin embargo, se arrojó en sus brazos, y sus sollozos redoblaron.

—Cálmate, Zoe, cálmate; tus lágrimas no remediarán nada—le decía mi hermano con una voz tranquila, como estudiada.—Cuídate para los niños. Créeme: él sufre menos en el otro mundo.

Se desembarazó con gran trabajo de los brazos de Zoe, y se sentó en el sofá.

—Hay que dar órdenes inmediatamente. ¿Me permites que te ayude, Zoe?

—¡Ah! Andrés, en nombre de Dios, hazlo todo... Yo no puedo pensar en nada.

Y volvió á sollozar. En cuanto á mi hermano, se sentó ante la mesa de escritorio, escribió, después hizo llamar al mayordomo, Simeón.

—Enviarás esta información al *Novoie Uremia*; me enviarás también al fabricante de féretros; habrá que preguntarle si conoce un buen chantre.

—Excelencia—respondió Simeón inclinándose,—no es necesario mandar á buscar al fabricante de féretros: hay ya cuatro al acecho cerca del portal; les hemos echado, pero se mantienen firmes. Si lo desea el señor, voy á llamarlos.

—No; yo iré al portal.

Y mi hermano leyó en alta voz el suelto que había redactado:

«La princesa Zoe Bosisovna Trubchevskaia participa, con gran dolor, el fallecimiento de su esposo, el príncipe Dmitri Alejandrovitch Trubchevsky, ocurrido el 20 de Febrero á las ocho de la noche, tras una larga y penosa enfermedad. Las misas se dirán á las dos de la tarde y nueve de la noche.»

—¿Hay que decir algo más, Zoe?

—No, nada; pero ¿por qué has escrito esa terrible palabra: «dolor»? No puedo sufrir esa palabra. Pon: «con profunda tristeza».

Mi hermano corrigió.

—Lo envío al *Novoie Uremia*... ¿es bastante?

—Sí, es bastante... ¡Ah!... también se puede enviar al *Journal de Saint Pétersburg*.

—Bien. Escribiré la nota en francés.

—Es inútil. Los redactores traducirán.

Mi hermano salió; mi mujer se acercó á mí, se sentó en una silla al lado de la cama, y me miró durante mucho tiempo con una mirada suplicante, interrogadora. En aquella mirada leí mucho más amor y dolor que en sus lamentaciones. Ella recordaba toda nuestra vida común, que había corrido tantas borrascas. Ahora se acusaba de todo y veía claramente la manera como hubiera debido obrar. Estaba tan absorta en sus reflexiones, que no vió á mi hermano, que, de regreso con el hombre de los féretros, permanecía cerca de ella desde hacía algunos minutos, respetuoso ante su actitud. Al fijarse en el hombre de los féretros, ella lanzó un grito salvaje y se desmayó. Se la llevaron á la alcoba.

—Esté tranquilo el señor—decía el hombre, tomando la medida con la misma sangre fría que si se tratara de un traje: —nosotros lo suministramos todo, hasta los cirios; dentro de una hora podrán encenderse; y en cuanto á la caja, tenga la seguridad que será tan cómoda, que hasta un vivo estaría en ella á gusto.

De nuevo se llenaba el gabinete: la doncella trajo los niños. Sonia se arrojó sobre mí y sollozó lo mismo que su madre; pero Nicolasito se paró, obstinado á no acercarse á mí, y gritaba de miedo. Después vino la criada favorita de mi mujer, Nastasia, que se había casado el año último con el mayordomo Simeón, y se encontraba ya en el último período de su embarazo; hizo la señal de la cruz y quiso arrodillarse; pero su vientre lo impidió, y sollozó dulcemente.

—Oye, Nastasia—le decía Simeón en voz baja;—no te inclines; ten cuidado; vuélvete á tu cuarto; ya has rezado bastante.

—¿Cómo no rezar por él?—respondió Nastasia con una voz quejumbrosa y bastante alta para que todo el mundo pudiera oirla;—no era un hombre, sino un ángel de Dios. Hoy mismo, en el momento de morir, pensaba todavía en mí: ha mandado á Sofía Franzovna que no me deje.

Nastasia decía la verdad ó poco menos. Toda la noche anterior mi mujer había estado á la cabecera de mi cama, sin dejar de llorar, lo que me fatigaba horriblemente; por la mañana temprano, para desviar sus pensamientos, y sobre todo para comprobar si aún podía hablar, formulé la primer pregunta que se me ocurrió: «¿Ha dado á luz Nastasia?» Mi mujer, muy satisfecha de que todavía pudiese hablar, me preguntó si había que ir á buscar á Sofía Franzovna, la comadrona. Yo respondí: «Sí, envía...» Creo que en seguida no volví á decir absolutamente nada, y Nastasia creyó ingenuamente que mis últimos pensamientos eran para ella.

Judichna, dejando al fin de gritar, se inclinó sobre la mesa de escribir para mirar algo. Savielis se precipitó hacia ella muy furioso:

—¡Vamos, no se ocupe usted de la mesa del príncipe, Prascovia Judichna! ¿Qué tiene usted que hacer ahí?

—¿Y qué, Savieli Judichna?—silbó Judichna, molestada.—¡No voy á robar!

—No sé lo que usted quiere hacer; pero mientras no se

pongan los sellos, no permitiré que se acerque nadie á la mesa. Por algo he servido durante cuarenta años al príncipe difunto.

—¿Qué me canta usted ahí con sus cuarenta años? Yo también estoy en esta casa desde hace cuarenta años... y más, ¡y ni siquiera voy á poder ahora rezar por el alma del príncipe!

—Puede usted rezar, pero no se acerque á la mesa.

Ambos, por respeto hacia mí, se insultaban en voz baja; pero, no obstante, yo oía con toda claridad todas sus palabras, lo que me extrañaba mucho. «¿Tendré un letargo?»—pensé con espanto.—Hace dos años leí una obra francesa en la que se describían, con grandes detalles, las impresiones de un hombre enterrado vivo. Yo me esforzaba en reconstruir esta obra en mi memoria; pero no podía recordar lo principal: cómo el héroe se las había arreglado para salir del féretro.

El reloj del comedor dió la hora. Conté las once. Vasutka, una criada, entró, anunciando que el sacerdote había llegado y que todo estaba dispuesto en la sala. Trajeron un gran barreño con agua; me desnudaron y se pusieron á frotarme con una esponja mojada, cuyo contacto no sentía; me parecía que lavaban el pecho y los pies de otro. «Evidentemente—pensaba mientras me ponían ropa limpia,—esto no es un letargo; pero ¿qué es, pues?» El doctor ha dicho: «Todo ha concluído». Lloran por mí; dentro de un instante van á meterme en un féretro; dentro de dos días me enterrarán; mi cuerpo, que durante tantos años me ha obedecido, ya no es mío; seguramente estoy muerto, y, sin embargo, continúo viendo, oyendo, comprendiendo. La vida persiste tal vez algún tiempo en el cerebro; pero, en suma, el cerebro también forma parte del cuerpo. Este cuerpo es un alojamiento en el que he habitado muchos años, y al que por fin he resuelto abandonar; puertas y ventanas están de par en par abiertas; se han quitado ya todos los muebles; todos los moradores han salido, excepto el amo, que en el momento de salir se pára y echa una última mirada á las habitaciones en que se deslizaba su vida, y cuyo vacío y silencio le extrañan ahora.

Entonces, por primera vez, en la obscuridad del ambiente brilló una lucecilla. Sensación ó recuerdo, me pareció que lo que me sucedía entonces, que aquel estado me era conocido, que yo había vivido otra vez, hacía mucho tiempo, muchísimo tiempo.

II

Llegó la noche. Me pusieron sobre la mesa del salón, que habían ornado de negro; habían quitado los muebles, bajado las cortinas, ocultado los cuadros bajo un velo negro. Me cubría las piernas una sábana bordada en oro. En altos candeleros de plata ardían bujías de cera. A mi derecha, contra la pared, inmóvil, estaba Savieli; con sus pómulos salientes y amarillos, su cráneo calvo, su boca sin dientes y sus ojos medio cerrados por las arrugas, tenía, más que yo, el aspecto de un cadáver. A mi izquierda, ante el facistol, un hombre pálido, con larga levita, leía con una voz monótona que resonaba en la sala vacía: «Mi boca está muda y cerrada, y por tu orden he desaparecido».

Hace justamente dos meses que aquella misma sala estaba llena de las músicas, del torbellino de las amabilidades y murmuraciones de un baile. Yo detesté siempre esa clase de ejercicios, y, además, desde mediados de Noviembre mi salud no era muy sólida; así fue que protesté contra aquel baile; pero mi mujer tenía absoluto empeño en darlo, porque esperaba, y con razón, que vendrían elevados personajes. Por poco reñimos; pero, al fin, ganó ella... A gusto de todos, el baile fue brillante; para mí fue insoportable. Aquella noche sentí, por primera vez, el cansancio de la vida, y comprendí claramente que me quedaba poco tiempo de vivir.

Toda mi vida fue una serie de bailes, y esto constituyó lo trágico de mi existencia; á mí me gustaba el campo, la lectura, la caza, la vida tranquila y familiar, y sin embargo pasé toda mi vida en el mundo: al principio, por complacer á mis

padres; después, por complacer á mi mujer. Yo he pensado siempre que el hombre nace con gustos absolutos y con todos los gérmenes de su carácter futuro; su fin es precisamente realizar su carácter. Todo el mal procede de que las circunstancias ponen á veces obstáculos á esa realización. Yo pasaba revista á todas mis malas acciones, á todos los actos que en otro tiempo turbaban mi conciencia, y pude observar que todos provenían del desacuerdo entre mi carácter y la vida que llevé.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por un ligero ruido á la derecha; Savieli, que dormía hacía ya mucho tiempo, vaciló y estuvo á punto de caer. Se santiguó, pasó á la antesala y trajo una silla, y después se durmió francamente en un rincón de la sala. El chantre salmodiaba cada vez más perezosamente y con tono más bajo; por fin se cayó y siguió el ejemplo de Savieli. Reinó entonces un silencio de muerte.

En aquel silencio, toda mi vida se desarrolló como una cosa inevitable, terrible por su severa lógica. Yo no veía hechos distintos, sino una línea recta que iba desde el día de mi nacimiento hasta la noche de hoy. No podía ir más lejos: estaba claro. Pero ya he dicho que, dos meses antes, había sentido la proximidad de la muerte, y todos los hombres la sienten lo mismo. El presentimiento desempeña un papel en la vida de cada uno de nosotros, y no falla. El poeta habla con admirable exactitud cuando dice: «Los acontecimientos futuros proyectan una sombra ante ellos». Si los hombres se quejan algunas veces de haber sido engañados por el presentimiento, es porque sus sensaciones permanecen obscuras: siempre desean ó temen, y toman su miedo ó su esperanza por presentimiento.

Sin duda, yo no podía discernir con precisión el día y la hora de mi muerte, pero lo sabía aproximadamente. Yo tuve toda mi vida una salud robusta, y de repente, á principios de Noviembre, sin ninguna causa, comencé á estar indispuesto; no tenía ninguna enfermedad, pero me sentí llamado á la muerte con tanta claridad como me sentí á veces llamado al sueño.

De ordinario, á principios de invierno, mi mujer y yo formábamos nuestros planes para el verano; aquel año no podía yo combinar nada; el cuadro del verano no se delineaba; de una manera general, me parecía que no habría verano. La enfermedad, sin embargo, no se precisaba. Como una huéspeda ceremoniosa, necesitaba alguna ocasión; pero no tardaron en abundar las ocasiones. A fines de Diciembre yo debía marchar para cazar osos: el tiempo era muy frío, y mi mujer, que, sin ninguna razón, comenzaba á inquietarse por mi salud (también, sin duda, ella tenía el presentimiento), me suplicó que no fuese. Yo era un cazador apasionado; así fue que resolví ir de todos modos á la caza; pero en el momento de ir á marchar recibí un telegrama: los osos habían huído, y la caza estaba aplazada. Por esta vez la huéspeda ceremoniosa no entró en mi casa. Una semana después, una dama, con la que yo *flirteaba*, organizó una gira con troikas, tziganes y montañas rusas; era inevitable un catarro; pero, inesperadamente, mi mujer cayó enferma y me pidió que pasara la velada en casa; tal vez fue un ardid, porque al día siguiente iba al teatro. Sea como fuese, la huéspeda ceremoniosa pasó otra vez de largo. Dos días después, mi tío Basilio Ivanovitch murió; mi hermano, muy orgulloso con su origen, decía algunas veces del difunto: «Es nuestro conde de Chambord». Esta consideración aparte, yo quería mucho al tío: ¿cómo no ir á sus funerales? Seguí al féretro á pie; el tiempo estaba espantoso; me resfrié; la huéspeda ceremoniosa, encantada de la ocasión, vino á mi casa aquella misma noche...

Al tercer día, el médico diagnosticó una pneumonía con todas las complicaciones posibles, y declaró que no viviría más de dos días; pero el 20 de Febrero estaba aún lejos, y yo no podía morir antes. Y entonces comenzó una lenta agonía, que dió mucho que hacer al hombre de ciencia; me ponía un poco mejor, después empeoraba; sufría mucho; cesaba en absoluto de sufrir, y, á despecho de todas las reglas, no he muerto hasta el día fijado desde mi nacimiento. Como un actor de con-

ciencia he desempeñado mi papel, sin añadir ni quitar una palabra á lo que me había puesto el dramaturgo. Si he desempeñado mi papel como actor de conciencia, es, probablemente, porque he representado otros papeles, porque he tomado parte en otras obras. Si no he muerto en el momento en que era evidente para todos que moriría, es que, probablemente, no moriré jamás y viviré tanto como dure el mundo. Lo que percibí ayer tan vagamente está como solidificado en una certidumbre; pero, ¿cuáles eran esos papeles y en qué obras he de representarlos?

Me puse á buscar en mi vida pasada la llave de ese problema. Por de pronto perseguí tales sueños, en los que vivían países y personajes que habían ignorado mis vigilias... Recordé tales encuentros, que me conmovieron profundamente, insólitamente, y, de pronto, me acordé del castillo de la Roche-Mandin.

III

Fue uno de los episodios más interesantes y misteriosos de mi vida. Hace algunos años, por la salud de mi mujer, pasamos casi la mitad del año en el mediodía de Francia. Allí conocimos á una familia muy simpática, la del conde de la Roche-Mandin. El conde nos invitó. Recuerdo que aquel día mi mujer y yo estábamos particularmente alegres. Tomamos para dirigirnos al castillo un coche abierto. Hacía uno de esos tibios días de Octubre, tan deliciosos en aquel país; los campos desnudos, las viñas despojadas, las hojas de los árboles vigorosamente coloreadas; todo esto, bajo los rayos del sol todavía caliente, ofrecía un aspecto de fiesta; el aire puro disponía á la alegría, y fuimos charlando todo el camino. Pero, desde que entramos en el dominio del conde, mi alegría desapareció. Me parecía conocer aquellos lugares y, confusamente, haberlos habitado en otro tiempo. Esta sensación, bastante angustiosa, aumentaba por momentos, y cuando desemboca-

mos en la amplia alameda que conduce al castillo, se lo comuniqué á mi mujer.

—¡Qué tontería!—exclamó ella.—Todavía ayer me dijiste que ni en la infancia, cuando vivías en París con tu madre, habíais venido nunca á esta región.

Me callé, porque no tenía ganas de contradicción; la imaginación, como un guía, me anunciaba todo lo que iba á ver. Aquí, el gran patio de honor cubierto de arena roja; allí, el pórtico con el blasón de los Roche-Mandin; aquí, la sala con dos filas de ventanas; allí, el salón adornado con los retratos de familia; y hasta el peculiar olor de aquel salón, olor de almizcle y de anacardo, mi hirió, como desde hacía mucho tiempo, familiar.

Dejábame llevar por profundas reflexiones, cuando el conde de la Roche-Mandin me propuso un paseo al parque. Allí, por todos lados, me vi asaltado por recuerdos vagos, pero tan vivientes que apenas escuchaba al dueño de la casa, que desplegaba toda su amabilidad para hacerme hablar. Como á una de sus preguntas acabase de responder algo incoherente, me miró furtivamente con una ostensible expresión de piedad.

—No se asombre usted de mi distracción, conde—le dije:—experimento una sensación muy extraña: evidentemente me encuentro por primera vez en su castillo, y sin embargo, me parece que he vivido aquí años enteros.

—Nada tiene de extraño: todos nuestros antiguos castillos se parecen.

—Sí; pero este castillo es el que yo he visto especialmente... ¿Cree usted en la metempsicosis?

—¡Qué le diré á usted!... Mi mujer cree en ella; yo, no mucho; pero todo es posible.

—Sí, todo es posible; cada vez estoy más convencido de ello.

Con una frase amable y bromista, el conde manifestó el sentimiento de no haber habitado el castillo cien años antes, para tener ya el gusto de encontrarme en él.

—Tal vez dejará usted de reirse—le dije, haciendo un inmenso esfuerzo de memoria—si le dijese que dentro de un momento vamos á ver un gran paseo de castaños.

—Un gran paseo de castaños, ciertamente: mírelo usted á la izquierda.

—Y siguiendo por ese paseo, veremos un lago.

—Es usted demasiado amable al llamarle lago: veremos sencillamente un estanque.

—Bien, le hago á usted esa concesión; pero será un estanque muy grande.

—Deje que yo le haga otra: será un lago pequeño.

Yo no andaba, corrí hasta el final del paseo de castaños; allí vi en todos sus detalles el cuadro que, desde hacía algunos instantes, me dibujaba mi imaginación: unas lindas flores encarnadas bordeando un estanque; cerca del pontón, un bote; al otro lado del agua, macizos de seculares sauces. ¡Dios mío! ¡Pero, verdaderamente, yo he estado aquí, me he paseado en ese bote, me he sentado bajo esos sauces, he cogido esas flores rojas!...

Nos paseamos en silencio á orillas del lago.

—Permita usted—dije, mirando hacia la derecha;—debe haber por aquí un segundo estanque, después un tercero.

—No, mi querido príncipe; esta vez su memoria ó su imaginación le hace traición: no hay otro estanque.

—Pero seguramente lo ha habido; mire usted, esas flores rojas rodean ese terreno como rodean al primer estanque; el segundo estaba allí: lo han cegado, es evidente.

—A pesar de todo mi deseo de ser de su parecer, no puedo, mi querido príncipe, suscribir lo que usted dice. Tengo cerca de cincuenta años, he nacido en este castillo, y le aseguro que aquí no ha habido jamás otro estanque.

—Pero tal vez tendrá usted en el castillo algún anciano...

—José, mi administrador, tiene mucha más edad que yo; le interrogaremos ahora mismo.

En las palabras del conde, al través de su cortesía exqui-

sita, asomaba el evidente temor de habérselas con uno de esos monomaníacos á los que es imprudente contradecir.

Un instante antes de sentarse á la mesa, como entráramos en su cuarto de vestir, recordé al conde que me había hablado del anciano administrador. En seguida le hizo venir. A todas nuestras preguntas el viejo contestó con seguridad que el parque no había tenido nunca segundo estanque.

—Por lo demás—añadió,—tengo en mi casa todos los planos antiguos de la propiedad, y si el señor conde permite...

—Sí, sí, tráigalos usted en seguida; hay que aclarar este asunto; si no, nuestro querido huésped no comerá con buen apetito.

José trajo los planos; el conde echó una mirada, y de repente dió un grito de sorpresa: en un antiguo plano, sin fecha, estaban dibujados tres estanques, y toda aquella parte del parque se denominaba «los estanques».

—Arrío el pabellón ante el vencedor—me dijo el conde con una alegría fingida y palideciendo un poco.

Pero yo no tenía en modo alguno la actitud de un vencedor; aquella comprobación me había abrumado.

Al bajar al comedor, el conde me rogó que no dijese nada delante de su mujer, que era muy nerviosa é inclinada al misticismo.

Había mucha gente á comer; pero el anfitrión y yo permanecimos silenciosos durante la comida, y nuestras mujeres nos hicieron observar nuestra poca animación.

Después mi mujer volvió á menudo al castillo de la Roche-Mandin; en cuanto á mí, no pude decidirme nunca á volver; continué en relaciones muy íntimas con el conde, y cuando rehusaba sus invitaciones no insistía. El tiempo borró poco á poco la impresión que me produjo aquel extraño episodio; me esforcé en olvidarlo. Ahora que estoy en el féretro, trato de recordarlo con todos sus detalles y juzgarlo con calma, porque ahora ya sé perfectamente que he venido al mundo antes de llamarme el príncipe Dmitri Trubchevsky. Que yo he habita-

do antes el castillo de la Roche-Mandin, no ofrece para mí ninguna duda. ¿Pero en calidad de qué? ¿Era el amo, el huésped, un criado, un campesino? Una cosa me parece indiscutible: yo fui allí muy desgraciado. ¿Cómo explicar de otra manera el sentimiento de dolor punzante que me sobrecogió al entrar, y que todavía experimento ahora al evocar las cosas? Por instantes se iban precisando un poco mis ideas acerca de este asunto; las imágenes, los sones se coordinaban; pero el ronquido de Savieli y del chantre me distraía; el hilo de mis pensamientos se rompe, y de nuevo se desparraman. Savieli y el chantre durmieron mucho tiempo. La luz de los cirios se debilitó, y los albores de un día frío y claro me contemplaron largo rato tras las cortinas echadas de los ventanales.

IV

Savieli, levantándose de su silla, se santiguó, se frotó los ojos, y viendo que el chantre dormitaba, le despertó y no dejó de dirigirle acerbas censuras. Después salió para lavarse y vestirse; bebió, sin duda, un buen vaso de aguardiente, y volvió todavía de peor humor.

«¿Para qué sirve vuestra sangre después de la muerte?», entonaba el chantre con voz gangosa.

La casa se despertó ruidosamente. La institutriz trajo de nuevo á los niños. Esta vez Sonia estuvo mucho más tranquila, y el cobertor de seda gustó mucho á Nicolás, que se puso sin escrúpulos á jugar con los flecos. Llegó después Sofía Franzovna, la comadrona, que hizo una observación á Savieli, y manifestó, en materias funerarias, una competencia que no se hubiera sospechado nunca en una persona de su especialidad. Los criados, los palafreneros, el portero, y hasta personas desconocidas de todo el mundo, vinieron á despedirse de mí; todos rezaron con gran fervor; las viejas sollozaban, y yo observé que, entre los que venían á rendirme su tributo, las gentes del

pueblo no solamente me besaban en la boca, sino que lo hacían con cierta satisfacción, mientras que las personas de mi clase, aun las más íntimas, se acercaban á mí con una repugnancia que hubiera ultrajado mis ojos de antes. Nastasia entró de nuevo; tenía una bata azul con flores encarnadas. Este traje no agradó á Savieli, y se lo hizo observar severamente.

—No tengo la culpa, Savieli Petrovitch — respondió Nastasia;—hubiera querido ponerme una bata obscura, pero ninguna tiene la cintura bastante ancha.

—Está bien; pues otra en tu lugar se hubiera quedado en la cama; otra se avergonzaría de acercarse al féretro del príncipe con semejante vientre.

—¿Por qué la insulta usted, Savieli Petrovitch? — objetó Simeón.—Es mi mujer legítima; no hay, pues, en ello ningún pecado.

—Conozco esas porquerías legítimas—gruñó Savieli, volviendo á su rincón.

Nastasia, muy confusa, quería contestar alguna grosería, pero no encontró la palabra apropiada; su boca se contrajo, y á sus ojos asomaron las lágrimas.

«Y tú vencerás á la serpiente», decía el chantre.

Nastasia se acercó á Savieli, y le dijo en voz baja:

—Usted también es una serpiente.

—¡Qué! ¿Yo una serpiente? ¡Y tú...!

Savieli no concluyó: sonó en la puerta de entrada un campanillazo, y Vasutka apareció, anunciando la llegada de la condesa María Mikhailovna.

El salón se despejó en seguida. María Mikhailovna, la tía de mi mujer, era una dama muy importante. Se acercó con pasos lentos, rezó con majestad y quiso besarme; pero, después de haber reflexionado algunos instantes, meneó su cabeza gris encapuchada de negro; después de lo cual, sostenida con respeto por su dama de compañía, se dirigió al cuarto de mi mujer. Volvió un cuarto de hora después con su sobrina, la cual vestía una bata blanca y llevaba sueltos los cabellos.

Sus párpados hinchados apenas le permitían abrir los ojos.

—Vamos, Zoe, hija mía—le dijo la condesa,—ten valor; acuérdate de que en semejantes circunstancias yo he soportado el dolor...

—Sí, tía; tendré valor—contestó mi mujer, y con paso firme se dirigió hacia mí; pero sin duda había yo cambiado mucho durante la noche, porque ella se tambaleó, dando un grito, y cayó en brazos de sus doncellas.

Se la llevaron.

Mi mujer estaba sin duda muy afligida con mi muerte; pero en toda manifestación exterior de dolor hay casi siempre cierta dosis de efecto teatral: aun el hombre más sinceramente contristado no puede olvidar que los demás le miran.

A las dos comenzaron los visitantes. Llegó primero un célebre general, todavía joven, con bigotes grises rizados y un pecho lleno de cruces. Se acercó; quiso también besarme, pero reflexionó; se santiguó, sin tocarse con los dedos ni la frente ni el pecho, y dijo, dirigiéndose á Savieli:

—¡Hemos perdido á nuestro príncipe, querido Savieli!

—Sí, excelencia; he servido al príncipe cuarenta años, y no podía pensar...

—No te apures, no te apures; la princesa no te abandonará.

Y dándole un golpecito en la espalda, el general se dirigió al encuentro de un senador joven, pequeño, que, sin acercarse á mí, se dejó caer en la silla en que Savieli había dormido.

La tos le ahogaba.

—Así, pues — decía el general, — tenemos otro socio de menos.

—Sí, ya es el cuarto desde primeros de año.

—¿Cómo el cuarto? ¡no es posible!

—¿Cómo que no es posible? El mismo día de Año Nuevo murió Polzikoff; después, Boris Antonovitch; en seguida, el príncipe Basilio Ivanovitch...

—¡Oh! el príncipe Basilio Ivanovitch no puede entrar en la cuenta: hacía dos años que no iba al círculo.

—Sin embargo, había renovado su cuota.

—Polzikoff era un viejo; pero el príncipe Dmitri Alejandrovitch, en la fuerza de su edad, un hombre en buena salud, lleno de vida, es demasiado...

—¡Qué hacer! «No sabemos ni el día ni la hora.»

—Sí, todo está muy bien; no conocemos, no conocemos... está bien. Pero no por eso es menos triste el salir del círculo por la noche y no estar seguro de volver al día siguiente; y lo que es más triste todavía es que no se puede saber dónde le cogerá á uno esa canalla. Así, por ejemplo, el príncipe Dmitri Alejandrovitch... fué á los funerales de Basilio Ivanovitch, y se enfrió; usted y yo fuimos también, y no nos enfriamos.

El senador tuvo un nuevo acceso de tos, y su mal humor se acentuó.

—Sí, tuvo una suerte admirable ese príncipe Basilio Ivanovitch; toda su vida fue una serie de picardías de ese género. ¡Bueno! se muere... Podría creerse que han concluído todas sus canalladas... ¡De ningún modo! En sus propios funerales consiguió matar á su sobrino.

—¡Qué lengua, Iván Jefimitch! Usted ataca no solamente á los vivos, sino también á los muertos. Hay un proverbio: *de mortis, de mortibus...*

—Usted quiere decir *de mortuis exat bene aut nihil*, pero ese proverbio es idiota; yo le corrijo diciendo *de mortuis aut bene aut male*, sin lo cual la historia desaparecería; no se podría pronunciar ninguna sentencia justa sobre ningún pillo histórico, por el hecho de que todos están muertos, y el príncipe Basilio era en su género un personaje histórico; no en balde tuvo tantas malas historias.

—Basta, basta, Iván Jefimitch. Tiene usted la lengua demasiado bien afilada; mas, por lo menos, usted no puede hablar mal de nuestro querido Dmitri Alejandrovitch; convendrá usted en que era un hombre encantador.

—¿Por qué exagerar, general? Digamos que era un hombre amable y cortés; esto será bastante, y en un príncipe Trub-

chevsky no es pequeño mérito, porque, en general, los príncipes Trubchevsky no son conocidos por su amabilidad. Sin ir más lejos, su hermano Andrés...

—¡Ah!, estamos conformes. Andrés me es profundamente antipático. ¿Por qué diablos es tan fanfartón?

—Eso es lo de menos... Si un hombre como el príncipe Andrés Alejandrovitch es tolerado en nuestra sociedad, prueba nuestra admirable indulgencia... No se debería dar la mano á semejante hombre. Oiga usted lo que he sabido de él, por buen conducto, no hace mucho tiempo...

En este momento apareció mi hermano, y los dos interlocutores se precipitaron á su encuentro, expresándole su más vivo pésame.

Después, con pasos tímidos, entró mi antiguo camarada Miguel Sviaguine, buen hombre, un vividor. A principios de Octubre había venido á mi casa, me había explicado su grave situación, y me pidió, por dos meses, cinco mil rublos, que debían salvarle. Tras alguna vacilación le firmé un cheque; me ofreció un recibo, pero le contesté que no era necesario. Naturalmente, á los dos meses no pudo pagarme, y comenzó á evitarme. Durante mi enfermedad enviaba de cuando en cuando á preguntar por mi salud; él mismo no apareció nunca. Cuando se acercó á mi féretro, leí en sus ojos los sentimientos más diversos: la tristeza, la vergüenza, el miedo, y también, allá adentro, en el fondo de los ojos, cierta alegría al pensar que tenía un acreedor de menos. Pero este pensamiento le avergonzó completamente, y se puso á rezar con fervor. En su corazón se entablaba una lucha: de una parte, estaba tentado de hacer al punto la declaración de su deuda, y de otra se decía: «¿Para qué hacer esa declaración, puesto que no puedo pagar? Liquidaré más adelante... Pero tal vez alguien tenga conocimiento de esa deuda; tal vez esté inscrita en algún cuaderno... Hay que confesarla inmediatamente».

Con aire resuelto, Miguel Sviaguine se acercó á mi hermano y se puso á hablar de mi enfermedad. Mi hermano res-

pondía como de mala gana y mirando á otro lado; mi muerte le daba derecho á estar distraído y áspero.

—Vea usted, príncipe—balbuceó Sviaguine;—yo era deudor del difunto.

Mi hermano prestó atención, y le miró interrogativamente.

—Quiero decir que tenía grandes obligaciones con el difunto Dmitri Alejandrovitch durante muchos años...

Mi hermano se apartó de nuevo, y Miguel Sviaguine volvió á su sitio; sus mejillas, rojas, estaban agitadas por un estremecimiento; sus ojos exploraban la sala, tímidos. Por primera vez después de mi muerte sentía no poder hablar; hubiera querido decirle: «Guarda esos cinco mil rublos; mis hijos tienen bastante dinero».

Pronto se llenó la sala; las señoras entraban de dos en dos, y se inmovilizaban á lo largo de las paredes. Casi nadie se acercaba á mí; causaba horror á todo el mundo. Las señoras más íntimas preguntaban á mi hermano si podían ver á mi mujer; mi hermano, saludando silenciosamente, les mostraba la puerta del salón. Instintivamente se detenían en el momento de entrar; después, bajando la cabeza, entraban como los bañistas, que, tras una breve vacilación, meten la cabeza en el agua fría.

A las dos estaba allí *el todo San Petersburgo*. Si hubiera sido vanidoso, el aspecto de la sala me hubiese causado un gran placer; vinieron hasta personajes tan considerables, que mi hermano, advertido de su llegada, se precipitó á recibirlos en la escalera.

Siempre he oído con enternecimiento la misa de difuntos, por más de que, durante largos años, me haya sido incomprensible. «La vida infinita» me turbaba sobre todo; semejante expresión, en esa misa, me parecía una ironía; ahora esas palabras tienen para mí un sentido profundo; yo mismo he vivido esa vida infinita; yo mismo he vivido allí, «donde no hay ni enfermedad, ni dolor, ni suspiros»; y, de hecho, los suspi-

ros terrestres me parecían ahora algo extraño, incomprensible. Cuando el coro cantaba «Los sollozos sobre el féretro», como en respuesta se oían en la sala sollozos reprimidos. Mi mujer se puso otra vez mal; se la llevaron.

La misa concluía. Con voz de bajo decía el diácono:

«En el dichoso sueño...»; pero en este momento se produjo algo insólito: la sala se puso sombría, como si el crepúsculo hubiese descendido á la tierra; dejaba de distinguir á los personajes; no vi sino figuras negras. La voz del diácono se debilitó; callóse después; los cirios se extinguieron; todo desapareció para mí, y dejé á la vez de ver y de oir.

V

Me encontraba en algún lugar vago y turbado... Digo «lugar» por costumbre, porque ya toda concepción de distancia y de duración está abolida para mí, y no puedo determinar cuánto tiempo permanecí en ese estado. No oía nada, no veía nada; solamente pensaba con fuerza y persistencia.

El gran problema que me había atormentado toda mi vida estaba resuelto: la muerte no existe, la vida es infinita. Yo estaba convencido de ello mucho antes; pero antes no podía formular claramente mi convicción: se basaba sobre la sola consideración de que, sujeta á límites, la vida no es más que un formidable absurdo. El hombre piensa, percibe lo que le rodea, sufre, goza y desaparece; su cuerpo se descompone y suministra sus elementos á cuerpos en formación; esto, cada cual lo puede comprobar diariamente; pero, ¿qué es de esa fuerza apta para conocerse á sí misma y conocer el mundo que la rodea? Si la materia es inmortal, ¿por qué la conciencia había de disiparse sin huellas? Y si desaparecía, ¿de dónde procedía y cuál es el fin de esa aparición efímera? Había aquí contradicciones que yo no podía admitir.

Ahora sé, por mi propia experiencia, que la conciencia per-

siste, que yo no he cesado, y probablemente no cesaré nunca, de vivir. He aquí que en seguida me obsesionan estas terribles preguntas: si yo no muero, si vuelvo constantemente á la tierra, ¿cuál es el objeto de estas existencias sucesivas, á qué leyes obedecen y qué fin les está asignado? Es probable que pudiera discernir esta ley y comprenderla, si recordase mis existencias pasadas, todas, ó por lo menos algunas; pero, ¿por qué el hombre está justamente privado de este recuerdo? ¿Por qué está condenado á una ignorancia eterna, hasta el punto de que la concepción de la inmortalidad no se le presenta sino como una hipótesis? Y si esa ley desconocida exige el olvido y las tinieblas, ¿por qué en esas tinieblas aparecen á veces extrañas luces, como me sucedió cuando entré en el castillo de la Roche-Mandin?

Con toda mi voluntad me agarraba á ese recuerdo, como el náufrago á una tabla; me parecía que si recordase claramente y de una manera exacta mi vida en el castillo, comprendería todo lo demás. Ahora que no me perturbaba ninguna distracción del exterior, me abandonaba á las olas del recuerdo, inerte y sin pensamiento para no entorpecer su movimiento; y de pronto, desde el fondo de mi alma, como de las brumas de un río, comenzaban á elevarse fugaces figuras humanas; resonaban palabras de sentido borroso, y en todos aquellos recuerdos había lagunas... Los rostros eran vaporosos, las palabras no estaban ligadas, todo era desconocido. Allí está el cementerio de la familia de los condes de la Roche-Mandin; sobre una losa de mármol blanco leí claramente en caracteres negros: «Aquí yace la muy poderosa y venerable señora...» Más abajo estaba el nombre, pero no pude descifrarlo. A su lado hay un sarcófago con una urna de mármol, sobre la cual leo: «Aquí yace el corazón del marqués...»

De repente, en mis oídos murmuró una voz impaciente: «Zo... Zo». Un esfuerzo de memoria, y oigo claramente el nombre: «Zorobabel... Zorobabel». Este nombre, bien conocido, evoca en mí una serie de escenas. Estoy en el patio del cas-

tillo, entre una gran multitud. «¡A la cámara del rey... á la cámara del rey!», grita la misma voz, aguda, impaciente. En todo antiguo castillo francés existía la cámara del rey, es decir, la cámara que ocupaba el rey si tenía el capricho de habitar en el castillo; y hasta en sus menores detalles veo esa cámara de la Roche-Mandin; en el techo, amorcillos rosados con guirnaldas en las manos; en las paredes, Gobelinos figurando episodios de caza. Vuelvo á ver un venado que, en una actitud desesperada, se detiene ante un arroyo, mientras le apuntan tres cazadores. En el fondo de la cámara, la alcoba está adornada con un baldaquino de oro, del que pende un cortinaje azul bordado de flores de lis. Al otro lado, un retrato del rey, de cuerpo entero; pecho recamado, piernas largas, un poco arqueadas, en sus botas altas; pero no puedo distinguir el rostro. Si viese el rostro, tal vez sabría en qué momento he vivido allí, pero no le veo; en mi memoria hay una válvula dura que no quiere abrirse. «¡Zorobabel... Zorobabel!», grita la voz imperiosa. Hago mil esfuerzos, y espontáneamente en mi memoria caprichosa se abre otra válvula... El castillo de la Roche-Mandin desaparece: se presenta un nuevo é inesperado cuadro.

VI

En Rusia... en el campo... *Isbas* de madera con techos de paja bordean un amplio camino que va hasta la montaña. Es un día gris de otoño, ó tal vez la noche. Una lluvia fina y fría cae de un cielo monótono; el viento silba, arranca las pajas de los techos. Un río corre rápidamente con sus aguas espumosas. Yo lo atravesé por un puente abombado, vacilante y sin parapeto, de cuya extremidad partían dos caminos: uno, á la izquierda, iba hacia la montaña y continuaba al través de los campos; á la derecha, una vetusta iglesia de madera, con verde cúpula, parecía inclinarse sobre un precipicio. Fuí á la derecha; detrás de la iglesia se alzaban unos nuevos montículos

dominados por cruces verdinegras, y, entre las tumbas, el viento sacudía las ramas mojadas y casi desnudas de los sauces jóvenes; más lejos se extendía un campo inculto y negro, y no obstante, dada la tristeza del paisaje, tenía el confuso recuerdo de algo agradable que allí hubiera ocurrido. Pero, ¿por qué esta obscuridad? ¿Por qué no hay allí ningún sér viviente? ¿Por qué están abiertas todas las *isbas?* ¿En qué época he vivido en ese campo? ¿Es durante la guerra de los tártaros? ¿Ha arruinado alguna invasión ese nido, ó bien los ladrones que vivían en la aldea han echado á los habitantes al bosque y á la estepa? Volví á desandar el camino hasta el puente, y me dirigí á la izquierda, hacia la montaña: la misma soledad, el mismo espectáculo de desolación. Cerca de un pozo en ruinas vi al fin un sér vivo: un perro muy viejo, ético y pelado, y que parecía estar á punto de morir de hambre; sus vértebras y sus costillas estaban casi al descubierto; con esfuerzos convulsivos se enderezó sobre sus patas, pero no pudo moverse; y volviendo á caer en el barro, se puso á aullar lastimosamente.

Con toda mi alma me esforzaba en ver ese campo bajo otro aspecto: alzarse un sol radiante; después desaparecer lánguidamente detrás de la montaña; ondular las mieses; el río y la montaña, brillar como plata en las heladas noches de luna. Ahora bien: yo no pude hacer memoria de nada semejante, como si allí, todo el año, el cielo debiera estar gris, regase el campo una lluvia menuda, mientras el viento entrara libremente en las *isbas* vacantes y volviera al espacio por las chimeneas inútiles.

Pero, de pronto, entre el silencio mortal, he aquí el sonido de las campanas. Es tan quebrado, tan lamentable, que se le creería una voz que exhala un pecho agonizante. Marcho en la dirección de donde vienen esos sones, y entro en la iglesia: está llena de gentes de lo más humilde. La misa ofrece algo extraordinario. A intervalos, de los rincones del templo salen sollozos. Las lágrimas corren por los rudos rostros curtidos.

Atravieso la multitud penosamente, porque es compacta y desigual el suelo. A la derecha, numerosos cirios arden ante la imagen milagrosa de la Madre de Dios. La imagen está negra, sin aureola; apenas si una delgada corona de oro luce en la cabeza, cuyos ojos miran con una misericordia infinita; ante la imagen pende una enorme cantidad de manos, de pies, de ojos de plata y de marfil, exvotos de los enfermos que impetran la curación. En el altar resuena la voz envejecida, pero clara, del sacerdote, que reza una oración que yo no conozco: «Dios misericordioso, contempla á tus esclavos aquí presentes, y perdónalos. Nos castigas por nuestros pecados; pero tu cólera es demasiado fuerte para nosotros. ¡Oh Dios!, detén tu mano vengadora y perdónanos. El enemigo cruel nos ha vencido; ya no tenemos ni jefe, ni casa, ni pan. Sea, y así expiamos nuestros pecados; pero, ¿por qué han de perecer nuestros inocentes hijos? Hemos sido pacientes, hemos acatado tu voluntad; pero somos hombres, y nuestras fuerzas desfallecen. No nos llega ningún socorro y, por última vez, te imploramos, ¡oh Dios!, no nos empujes á la rebelión y á la desesperación; nos has dado la vida, no nos la quites antes del término.»

Pero en seguida se produce un movimiento entre los fieles; la multitud se separa, y el sacerdote, con paso rápido, se acerca á la imagen milagrosa. El sacerdote es pequeño, viejo, y su corta barba gris está mal peinada; su hábito usado, descolorido, no está hecho á su medida y le arrastra por el suelo: «¡Oh Reina del Cielo!—exclama con voz alta y temblona,—tú conoces nuestros sufrimientos humanos; tú sabes lo que es sufrir, llorar; tú has visto á tu hijo muy amado morir en una cruz; tú has visto á sus verdugos reirse de él en su última hora... ¿Qué dolor puede compararse al tuyo? Di á tu hijo...» El sacerdote no puede continuar: su voz muere, y, sollozando, cae al suelo. En seguida la multitud, diez mil personas, cae de rodillas y toda ella gime...

Mi corazón se unía fraternalmente á esta desolación del pueblo: me puse también de rodillas y lo olvidé todo. Cuando

volví en mí, la iglesia estaba vacía; todas las luces estaban apagadas; sólo una lamparilla ardía ante la santa imagen de la Reina del Cielo. Bajo aquella débil luz, la expresión de su rostro cambiaba: ya no era misericordioso, sino indiferente y, tal vez, severo.

Salí de la iglesia con la débil esperanza de encontrar á alguno. ¡Ay!, en mi rededor, el mismo silencio y la misma soledad. Como antes, el cielo estaba obstinadamente gris; como antes, caía una lluvia menuda, las hojas estaban amarillas, y el viento, irresistiblemente, doblaba hasta el suelo las ramas desnudas de los sauces y espantaba al alma con su monótono silbido.

VII

El marco de mis recuerdos se ensanchaba. Ante mí desfilaban países lejanos, olvidados desde hacía tanto tiempo, que me parecía no haberlos visto nunca; bosques vírgenes y luchas gigantescas en las cuales los hombres se mezclaban á los animales. Pero eran vagos bocetos, sin ninguna imagen precisa. Al través de esos cuadros circulaba una jovencilla con traje azul, que desde hacía mucho tiempo me era conocida. Durante mi última existencia, rara vez se me había aparecido en sueños; pero siempre esos sueños me habían parecido de mal agüero. Tenía ella diez años; era delgada, pálida, no bonita, pero sus ojos eran notablemente negros y profundos, y su expresión no tenía nada de infantil. A veces expresaban una tal angustia, que al encontrar su mirada me despertaba inmediatamente inundado de un sudor frío y palpitante el corazón. Me era imposible volverme á dormir, y, durante varios días, permanecía extrañamente nervioso. Ahora estoy convencido de que aquella muchachita ha existido, de que yo la he conocido en otro tiempo; pero, ¿quién era? ¿Mi hija, mi hermana, ó una extraña, y por qué expresaban sus ojos un sufrimiento sobrehumano? ¿Qué verdugo había torturado á aquella niña? Yo,

tal vez; y esto hubiese explicado por qué su aparición, en mis sueños, revestía el carácter de un castigo. ¡Cosa extraña! Ninguno de mis recuerdos era alegre; mis ojos espirituales no veían sino páginas de dolor y de crueldad. Ha habido, sin duda, en mis existencias días alegres, pero en corto número, á lo que parece, puesto que han desaparecido, envueltos en un océano de sufrimientos; y si esto es así, ¿por qué? No se puede admitir que la vida esté hecha solamente para el sufrimiento; debe tener otro fin; pero ¿le conoceré yo nunca? Al precio de esta ignorancia, mi estado actual, es decir, la inmovilidad y la tranquilidad absoluta, debería parecerme la felicidad, y, sin embargo, en todo este caos de recuerdos indecisos, de pensamientos dispersos, sentí afirmarse en mí un sentimiento extraño y que me atraía aún á esas regiones de tinieblas y de dolor de las que acababa de salir. Quise resistir á esta atracción; pero se fortificó, venció todos mis argumentos y, por fin, se manifestó desnuda como el deseo apasionado é incoercible de vivir.

VIII

¡Oh! ¡vivir! ¡solamente vivir! Yo no pido la continuación de mi existencia pasada; poco me importa cómo renacer, príncipe ó mujik, rico ó mendigo. Los hombres dicen: el dinero no constituye la felicidad, y, sin embargo, tienen por felicidad esos bienes de la vida que se adquieren con dinero. Sin embargo, la felicidad no está en esos bienes, sino en la satisfacción interior. ¿Dónde empieza y dónde termina? Esto depende de la condición, del medio. El mendigo que tiende la mano para tener un kopek, y recibe un rublo, experimenta tal vez mayor alegría que el banquero que gana de improviso cincuenta mil. Los prejuicios de educación habían podido ocultarme la relatividad de la felicidad; pero ahora que han desaparecido, lo veo todo con ojos perspicaces. Yo amaba apasionadamente el arte y pensaba que el sentimiento estéti-

co es función de cultura elevada. Pero, ¿qué es el arte? La noción del arte es tan condicional como la del bien ó del mal: cada siglo, cada país, define á su manera el bien ó el mal; lo que es virtud aquí, es crimen allí. Y en materia de arte, hay que tener en cuenta no solamente el tiempo y el lugar, sino los gustos individuales. Francia, que se considera como el país más culto que haya, ha desconocido á Shakespeare hasta el siglo XIX. Se citarían muchos ejemplos análogos, y no creo que haya mendigo ó salvaje en el que no brille á veces el sentimiento de la belleza; pero su concepción del arte es diferente de la nuestra. Es muy probable que el mujik que, en una tibia noche de primavera, se sienta en la hierba junto á un tocador de cítara, experimenta un placer no menos vivo que el profesor del Conservatorio que escucha, en una sala caldeada, una fuga de Bach.

¡Oh! ¡solamente vivir, ver rostros humanos, oir de nuevo el sonido de la voz humana, entrar de nuevo en la comunión con los hombres, con todos los hombres, buenos y malos! Pero ¿hay en el mundo hombres absolutamente malos? A tener en cuenta las condiciones de ignorancia y de debilidad en las cuales los hombres están destinados á vivir, á moverse, se asombraría uno más bien de que haya entre ellos justos. El hombre no sabe nada de las cosas esenciales: ignora por qué nace, por qué vive, por qué muere; olvida sus existencias pasadas y no presiente las futuras. Y si quiere salir de las tinieblas, esforzarse por comprender, tratar de mejorar su existencia, sus esfuerzos son vanos; sus invenciones, aun las geniales, no resuelven ni una sola de las preguntas que le turban. Por todas partes tropieza con infranqueables límites. Por ejemplo: sabe que, fuera de la tierra, existen planetas, mundos; por las matemáticas sabe que esos planetas se mueven, sabe cuándo se acercan ó se alejan de la tierra; ¿pero hay en ellos seres semejantes á él? Sobre este punto se ve reducido á las hipótesis; seguramente no sabrá nunca á qué atenerse, y, sin embargo, espera y busca. Sobre una de las montañas más

elevadas de América se proyecta encender un foco eléctrico que sea una señal para los habitantes de Marte. ¿No tiene esa idea algo de carácter infantil?

¡Oh! quiero volver entre esos desdichados pacientes y queridos seres. Quiero vivir su vida. Quiero de nuevo tomar parte en sus contiendas, en sus pequeños intereses, que les parecen tan vastos; amaré á muchos de ellos; lucharé contra algunos; odiaré á otros; pero quiero ese amor, ese odio, esa lucha.

¡Oh! ¡Solamente vivir! Quiero ver el sol ponerse tras las montañas; el cielo azul tachonarse de estrellas; correr las olas coronadas de espuma sobre la extensión del mar; quiero lanzarme en un bote al encuentro de la tempestad; quiero, en una troika vertiginosa, atravesar la nevada estepa; empuñando un cuchillo, quiero luchar contra un oso; quiero probar todas las emociones de la vida; quiero ver el relámpago que cruza el cielo, y al verde escarabajo que trepa por las ramillas; quiero oler el perfume del heno; quiero oir cantar al ruiseñor en las lilas; á las ranas chillar en el estanque; el repique de las campanas en los campos, y el rodar de los coches en el empedrado; quiero escuchar los triunfantes acordes de una sinfonía heroica, y lo estridente de un canto tzigano.

¡Oh! ¡Solamente vivir! Solamente poder respirar el aire de la tierra, pronunciar una sola palabra humana, gritar, gritar...

IX

Y de repente grité, grité á plenos pulmones, grité con todas mis fuerzas; al gritar se apoderó de mí una alegría loca; pero el sonido de mi voz me asombró: no era mi voz ordinaria; era un grito débil, tenue. He abierto los ojos: la dura luz de una mañana glacial me ha cegado casi. Me encontraba en el cuarto de Nastasia. Sofía Franzovna me tenía en sus manos. Nastasia estaba en la cama, muy sofocada, rodeada de almohadones, y respiraba penosamente.

—Escucha, Vasutka—decía la voz de Sofía Franzovna;—entra como puedas en el salón, y llama á Simeón por un instante.

—Pero ¿cómo voy á pasar?—respondió Vasutka.—Están á punto de llevarse al príncipe; está lleno de invitados.

—Vete de todos modos. Al fin y al cabo, es el padre.

Vasutka desapareció, y un instante después volvió con Simeón; iba éste de frac negro con un crespón al brazo, y tenía en la mano una gran cartera.

—¿Qué hay? — preguntó con el tono de un hombre apremiado.

—Todo va bien, te felicito — exclamó triunfalmente Sofía Franzovna.

—¡Gracias á Dios! — dijo Simeón, que, sin mirarme, se alejó corriendo.—¿Niño ó niña?—preguntó, ya en el corredor.

—Un niño, un niño.

—¡Gracias á Dios!—repitió Simeón, y desapareció.

En este momento Judichna concluía de vestirse, ante una cómoda en la que había un espejo con marco de cobre. Mientras se cubría la cabeza con un pañuelo negro para ir á levantar el cuerpo, dirigió á Nastasia una mirada de indignación.

—En verdad que has medido bien el tiempo... Se llevan al príncipe, y justamente en este momento se la ocurre parir. Que el diablo...

Judichna escupió con desprecio, y santiguándose salió al corredor.

Nastasia no contestó nada, pero sonrió con sonrisa de felicidad. En cuanto á mí, me lavaron en una jofaina, me liaron en unas mantillas y me pusieron en la cuna. Me dormí inmediatamente, como un viajero fatigado por un camino largo y penoso. Al cabo de algunas horas me desperté. Yo era un sér sin fuerza, sin razón, devuelto al sufrimiento.

Había entrado en una nueva vida.

A. N. Apoukhtine

FIN

CURIOSIDADES NUMISMÁTICAS

MATERIALES EMPLEADOS PARA LAS MONEDAS

Todas las cosas que la naturaleza produce, tienen en sí el mismo valor intrínseco; pero con relación á las necesidades ó exigencias sociales, su estimación varía de un modo infinito, por lo mismo que no es precisamente la necesidad la que marca las reglas del valor, sino que en esto toman parte muy principal las convenciones y los caprichos. Un sorbo de agua ó un pedazo de pan, con relación á las necesidades sociales, valen más que una moneda de oro; y la prueba de ello es que, en circunstancias especiales, se daría con gusto un bolsillo de estas monedas por cualquiera de las cosas citadas; pero los hombres han convenido en que una moneda de oro valga más que cien sorbos de agua y cien pedazos de pan, y, queramos ó no, tenemos que dejarnos arrastrar por esa avalancha de convencionalismos y vivir alentando afán de oro, plata ó cobre amonedados.

Traigo á colación este relato para deducir que el tipo común del valor comercial (ahora la moneda) no exige en sí el ser formado de materias especiales; pero con relación á conveniencias de la sociedad, los hombres las han reducido á muy contadas especies. Digo las han reducido, porque de seguro sumarían cientos de miles las que de tipo común de valor sirvieron.

De sumo entretenimiento podría servir el repaso de un tratado especial que describiese el monedaje particular de todos esos pueblos aislados de las corrientes del progreso hasta que tuvieron la fortuna ó la desgracia de ser envueltos por el ambiente de la civilización general. Puede asegurarse que ninguno de ellos careció de monedas especiales, con divisiones y subdivisiones parecidas á las de nuestros sistemas monetarios conocidos.

Una idea de lo que en los pueblos salvajes ha sucedido y sucederá con respecto á la materia de sus monedas, nos la pueden suministrar ciertas costumbres de los muchachos de algunos pueblos, que en ciertas cosas son especie de salvajillos (dispensen lo rudo de la frase). A propósito de esto, recuerdo el raro monedaje que los chicos de un pueblo de mi tierra tenían establecido, y que circulaba y aún circula con toda clase de formalidades que cabe entre esta gente menuda.

La base monetaria es el *pite* de aceituna; mas este pite ó hueso debe reunir condiciones especiales para tener valor. Los pites-monedas deben necesariamente haber sido digeridos por un gallo, ó gallina, ó perdiz: inútil es, por ende, querer hacer circular cualquier otro, pues los muchachos los distinguen con rara habilidad: los pites digeridos por aves tienen una limpieza y lustre especiales, que no se consigue por ningún otro medio que esté al alcance de los muchachos; algunos falsarios que enterraron un puñado para después hacerlos pasar por buenos, no consiguieron su objeto: la tierra los deslustra y hasta los hace pequeñas aberturas, y, como dicen los chicos, tales pites son «pites de tranfulla», y no pasan. El hueso de melocotón, despojado en absoluto de toda carnosidad, constituye una unidad superior de este sistema monetario, que, en conjunto, está formado del modo siguiente:

Hueso de aceituna digerido por gallina.....	Vale	1	pite.
Id.	íd.	íd.	por gallo.....	»	2	»
Id.	íd.	íd.	por perdiz.....	»	4	»
Id.	de melocotón.....	»	10	»

Para compras grandes se usan los múltiplos, *puñado* y *faldriquera*: el primero está compuesto de diez unidades, y el segundo de ciento.

Como se puede comprender, este género de monedas tiene entre los muchachos de la aldea el mismo crédito financiero que las de oro y plata acuñados tienen entre las naciones cultas. Yo mismo recuerdo haber comprado, cuando muchacho, una peonza por diez y ocho pites de gallina y uno de perdiz, y de haber traspasado la propiedad de un nido de calandria y otro de tórtola (ambos con pajarillos) por una faldriquera de pites.

Si á esta generación de muchachos la hubieran transportado á una isla sin metales, pero con olivos y gallinas, de seguro formaría un pueblo cuya moneda sería el pite.

Tan cierto es que la materia monetaria es indiferente en sí y que sólo convencionalismos sociales dan ó quitan valor á las cosas.

Grande afinidad con el sistema monetario de los chicos de mi tierra, tenía el de los aztecas, según cuenta Orozco y Berra (1). Este pueblo carecía de moneda troquelada, y su comercio no se hacía sólo por medio de cambios de las especies, sino por medio de monedas raras, de las que tenían cinco clases, aunque la más principal era un cacao de grano diferente al que se usa para hacer bebidas. Los múltiplos del sistema eran llamados: *Xipiquilis*, que valía cada uno 8.000 almendras, y *Sacos*, que valían 24.000 almendras cada uno; en alguna parte al *Xipiquilis* le llamaban *bolsa*, y al *Saco*, *carga*.

A pesar de que el comercio puede sostenerse con el auxilio de estas raras monedas, no se deja de comprender el acierto de los hombres al elegir los metales para tipo común del valor: su limpieza, su maleabilidad, su duración y otras propiedades no menos estimables, hacen que el metal sea con razón el más preferido para este objeto.

---

(1) Apuntes para la historia de la moneda y acuñación de México.

Pocos han sido los metales que, ya en una, ya en otra forma, no hayan servido para la acuñación de monedas; pero los elegidos universalmente y de común acuerdo, lo mismo por los pueblos de la antigüedad que por los de nuestros días, son: el oro, la plata y el cobre. Las monedas en que alguno de estos tres metales no forman parte, son muy raras, ó, mejor dicho, no pueden considerarse como verdaderas monedas, pues son debidas á circunstancias extraordinarias ó de críticos momentos, en cuyo número pueden contarse las monedas de plomo, estaño, vidrio, porcelana, cuero, etc., las cuales merecen alguna observación como complemento al estudio de las materias monetarias.

El *oro*, metal por el que instintivamente se sienten tantas simpatías, no fue el preferido por los inventores para recibir las primeras acuñaciones; pues sabido es que Fidón de Argos acuñó por vez primera en plata, y los lidios las hicieron en electron.

Bien poco se tardó en dar al oro destinado á las monedas el mayor grado de pureza. Lo mismo los griegos que los romanos de la antigüedad, tuvieron empeño en que el oro amonedado llegase al más alto grado de pureza, y lo consiguieron en modo prodigioso, dados los medios de que podían disponer. Sujetaron al precioso metal á la prueba del fuego con tan exquisito cuidado, que la operación quedó fija en la mente del vulgo, y ha traspasado hasta nuestros días en esta frase que se aplica á los hombres que después de mil contratiempos alcanzan un puesto eminente: «Ha sido purificado como el oro», lo cual expresaban los latinos con estas palabras: *aurum excoctum* (es oro recocido), ó estas otras: *aurum obrussum* (es oro bien afinado por el fuego).

Para que se vea hasta qué punto llegó la purificación del oro de las monedas, baste saber que los análisis químicos hechos en las *estateras* de Filipo y de Alejandro de Macedonia, dan por resultado 0,997 de oro puro, por 0,003 de plata. Los *dáricos* de Persia están menos purificados, pues acusan 0,970

de oro por 0,039 de plata. En la reforma monetaria de Augusto, el oro llega al más alto grado de pureza, con la proporción de 0,998 de oro por 0,002 de plata, y hasta Vespasiano siguió en parecidas proporciones. En el siglo III, la moneda de oro indica, como termómetro social, la serie de intrigas obscuras, ambiciones viles, motines populares, etc., que afligen y debilitan al Imperio romano, haciéndole llegar á la más ruin decadencia. Desde el cruel Septimio Severo, los grados de pureza del oro empiezan á bajar notablemente; Caracalla, como afirma Cesar Cantú (1), llega hasta á hacer moneda falsa, y en la sexta década de este siglo la moneda de oro constituye un sarcasmo para la civilización, á juzgar por estos datos que trae F. Lenormant (2):

Años.	Aleación de las monedas de oro.
265.....	Oro, 0,0133. Plata, 0,1594. Cobre, 0,8273.
267.....	Plata, 0,1728. Cobre, 0,8207. Estaño, 0,0065.
268.....	Cobre dorado, 1,0000.

Después de esta tremenda crisis de la moneda de oro, ésta ha sufrido mil variaciones en orden á la pureza de este metal, variaciones que son de largo y difícil relato si se quisiera dar cuenta de las de todos los pueblos. En el día, y desde la ley del 18 Germinal, año III de la Revolución francesa (7 de Abril de 1795), en casi todos los países del mundo la moneda de oro tiene la proporción de 0,900 de fino por 0,100 de cobre.

El *electron*, *Leucos Xrysos* (oro pálido) de los griegos, es un metal compuesto de oro y de plata, aleación que puede ser natural y artificial. Fue aprovechado para la acuñación de moneda antes que el oro, y aun antes que otro metal, si nos decidimos por la opinión que atribuye á los lidios la invención de la moneda.

Si tratamos de averiguar en qué países se acuñaron monedas de electron, nos veremos perplejos para hacer una información verdad, mientras no se decida la cuestión de los grados

(1) *Historia Universal.*
(2) *La monnaie dans l'antiquité*, lib. II, 3.

de aleación de plata que consiente el oro para no perder el nombre de electron. Plinio dice que: «Dondequiera que se encuentre una quinta parte de plata (aleada al oro), se llama electron». San Isidoro da la proporción de una tercera parte de plata; los numismáticos, generalmente, dicen monedas de electron á todas las de oro blanquecino, y así llaman electron lo mismo al metal de las monedas últimas del Imperio visigótico, que tienen menor cantidad de oro que de plata, que al de las bizantinas de Alejo I, que tienen igual cantidad de ambos metales.

En resumen: la aleación de los metales para las monedas constituye tan enredada madeja, que no sólo en esto del electron, sino en cualquier otro metal, yo creo es asunto más propio para devanarse los sesos que para encontrar el esclarecimiento de la verdad, de lo cual me he convencido después de no pocos trabajos de investigación directa y de estudios de los más célebres numismáticos que se ocuparon de este asunto.

Para mayor abundamiento, sépase que hubo reyes que decretaron públicamente un grado de aleación para la moneda, y al mismo tiempo mandaban á los jefes de acuñación hicieran la trampa de quitar grados de pureza á la aleación; y si esto hacían los custodios de la ley y amparadores de la justicia, ¿qué harían los monederos falsos? Y para que no se diga que hablo á humo de pajas, citaré, entre otros casos que pudiera, uno que ya está publicado, y por ende no envuelve malicia de ruin acusación.

Don Manuel Orozco y Berra (1) dice que el rey de España, Carlos III, dió un Real decreto disponiendo que se acuñasen en Méjico nuevas monedas de oro y de plata: las primeras con una ley de 22 quilates, y las segundas de 11 dineros; pero con este regio y público documento, sólo trató de alimentar la buena fe del pueblo, á la que por otro lado hacía traición; pues en 18 de Marzo de 1771 se firmó en El Pardo una Real

(1) Apuntes para la historia de la moneda en Méjico, pág. 65.

orden reservadísima, disponiendo que la ley del oro se bajase á 21 quilates, y la de la plata á 10 dineros y 20 granos, de cuya baja no debería tener conocimiento el público, para el cual las monedas seguirían con las mismas leyes públicamente establecidas; y para que no se trasluciese la superchería, exigieron á los empleados de la Casa de Moneda solemne juramento de nunca jamás descubrir el secreto, y éstos juraron y la trampa se llevó adelante. La regia trapacería se aseguró bien para no ser descubierta, como lo prueban estas palabras textuales:

«Después de bien reflexionada esta materia, y después de haber oído sobre ella los dictámenes de ministros inteligentes, celosos y dignos de mi real confianza, he deliberado... pero conviniendo que no la llegue á entender el público, entre el que han de correr por de la ley á que hasta ahora se han labrado... no dudando de vuestro amor á mi servicio, es mi real voluntad que para asegurarle con más firmeza... recibáis por vos mismo juramento formal y especial de su rigurosa observancia, previniéndole... y enterando á todos de que si faltaren al secreto y quebrantaren la religión del juramento, incurran en privación irremisible de su empleo.» El jefe de la acuñación, aprovechándose de esta debilidad regia (llamémosla así), bajó aún más la ley de la aleación por cuenta propia y para beneficio de su bolsillo, y con esta serie de abusos resultó una moneda fraudulenta, que corrió entre la sociedad como de buena ley, hasta que muchos tiempos después se descubrió el secreto fraude, merced al hallazgo de la carta secreta, que tuvieron la imprevisión de guardar en un archivo en vez de inutilizarla.

Si esto se ha hecho en tiempos relativamente modernos, ¿qué sucedería en los antiguos, especialmente en épocas de revueltas políticas? Por esto no pueden tener seguridad de certeza las afirmaciones que con respecto á la aleación de una serie de monedas se haga; y así, aconsejo á los aficionados á estos estudios que no fatiguen su cerebro en asunto de tan difícil

solución. Si se desea saber la aleación de tal moneda, consúltese á un químico; si se quiere la de tal serie, sólo espérese una respuesta vaga y de difícil entender.

La *plata* (*argiros*, de los griegos, y *argentum*, de los romanos) es un metal que desde un principio se usó para la fabricación de monedas, considerándole siempre como de gran estima. En su estado de pureza, este metal resulta blando, y por esta razón, lo mismo en la antigüedad que en nuestros días, necesita, para servir en la acuñación de monedas, el ser aleado con una cantidad de cobre, que resulta muy variable, especialmente en la antigüedad. Las proporciones de esta aleación no pueden fijarse con exactitud tratándose de series completas, y así, sólo se puede emitir un juicio aproximado de algunas. Las monedas atenienses, que tenían fama de buena aleación, contenían unas 0,985 milésimas de plata por 0,015 de cobre en tiempos anteriores á Alejandro; más tarde bajó á esta proporción, 0,950 por 0,050. En Italia meridional y Sicilia varía entre 0,980 y 0,910 milésimas de fino. En tiempo de Septimio Severo resulta casi mitad por mitad: 0,500 de fino por 0,500 de cobre. Cuando en tiempos de Diocleciano y posteriores se trató de restablecer la moneda de plata de buena ley, se hizo con la proporción de 0,980 de fino por 0,020, y se llamó á esta plata *argentum pusulatum* ó *pustulatum*, en correspondencia al *aurum obrussum* que se dió al oro purificado que se empleaba en las monedas. En nuestros tiempos, la aleación de la plata es generalmente, como la del oro, de 0,900 milésimas, salvo decretos que, como los de El Pardo, ya no se pueden sospechar sino en personas que trabajen sólo por su cuenta y riesgo.

La relación del valor de la plata amonedada con respecto al oro es también asunto intrincado, acerca del cual no se pueden dar reglas fijas; generalmente ha sido: plata es al oro :: 10 : 100, ó :: 11 : 100, ó :: 15 : 100; á veces subió más ó bajó, pero el término medio es el indicado.

El *vellón* es una aleación de plata y de cobre, cuyo valor

nominal es mucho mayor que el real, aunque comúnmente se llama de vellón á toda moneda cuya cantidad de plata es igual ó menor que la de cobre, y por consiguiente es una adulteración fraudulenta de lo que debe ser la moneda de plata.

Este metal fue desconocido de la antigüedad griega hasta los últimos reyes de Siria, y en los romanos hasta Septimio Severo, y se hace muy común desde Caracalla hasta Diocleciano.

Los romanos daban á estas monedas de vellón el nombre de *nummus œrosus* (monedas en que domina el bronce). En la Edad Media el vellón fue de uso muy general, y en alguna época se usó en vez de plata.

El *cobre* ó *bronce* (*calcos*, de los griegos, y *aes*, de los romanos) es el metal de que más monedas abundan.

Aunque los químicos distinguen perfectamente el cobre propiamente dicho del bronce (ó sea la aleación de cobre y de estaño), en las monedas no se hace esta distinción, pues dado que el cobre puro es poco á propósito para la fabricación de monedas, por la facilidad con que se oxida, por lo mal que recibe la impresión de los cuños y por lo pronto que se borran en él las líneas de poco relieve, siempre hubo necesidad de alearle con el estaño, algunas veces con el plomo y otras con el hierro, siempre en proporciones muy variables, según los países y las épocas.

Generalmente se llama bronce al de las monedas antiguas, y cobre al de las de la Edad Media en adelante, igual que á las de nuestros días.

Respecto á la proporción del bronce para las monedas antiguas, se encuentra la misma dificultad que para el oro y la plata. Los lingotes primitivos de Roma pertenecientes á la serie del *aes grave* contienen, sobre poco más ó menos, 0,720 de cobre, 0,200 de plomo y 0,080 de estaño. Los bronces de la República, en general, hasta César, tienen casi la misma proporción, pero con más marcadas diferencias. En las monedas griegas anteriores á la dominación romana rara vez se encuen-

tra plomo; después de esta dominación, en uno y otro país es común en los bronces la aleación del plomo y el estaño.

El *plomo* es un metal que indudablemente se usó como moneda acuñada; ahora, que ni todas las monedas que se dice son de plomo lo son efectivamente, ni las que en realidad son de este metal, corrieron largo tiempo como moneda oficial. En primer lugar hay que separar del grupo de monedas una gran serie de piezas de plomo fáciles de confundir con aquéllas, y no son sino teseras, que se diferencian de las monedas en carecer de la indicación de su valor.

Las piezas de plomo que se han reconocido como monedas hasta hoy, son de tres clases. Las unas fueron fabricadas en Egipto, y, según Lomperier, hacia el siglo II ó III de la Era Cristiana. Otras se acuñaron en la Galia romana en el siglo II, y la tercera serie fue acuñada por los reyes de Numidia, con los mismos tipos que las monedas de cobre de dicha región. Indudablemente todas estas tres series son debidas á circunstancias extraordinarias, y por consiguiente sólo pueden tomarse como excepciones raras de la regla general seguida en materias monetarias.

El *estaño* es un metal del que hoy no se conoce moneda alguna; sin embargo, los numismáticos discurren acerca de su posibilidad, teniendo en cuenta las afirmaciones de Aristóteles (1) y de Polux (2), que aseguran que Dionino de Siracusa acuñó monedas de estaño. Aunque es probable que estas monedas siracusanas estuvieran formadas con una aleación en que el estaño preponderase, como opina el holandés Six, no hay imposibilidad en que fueran sólo de estaño, puesto que de este solo metal se encontraron en Lyón 700 piezas pertenecientes á Septimio Severo, Carracalla y Julio Domna, y fabricadas con los mismos cuños de los denarios de plata. Estas monedas, dice Lenormant, debieron de ser acuñadas des-

(1) *Œconom*, II, 2.
(2) IX, 79.

pués de la gran expedición de Severo á Bretaña, país fecundo en estaño, y del cual se valió el emperador para remediar la dificultad de los envíos de monedas de cobre desde el taller senatorial de Roma.

El *latón* (*auricalcos* ó *calcos leucos*, de los griegos) es una aleación de cobre amarillo y de cinc. Al principio del Imperio romano fue destinado casi puro á la fabricación de monedas. Los sextercios de Augusto tienen de 60 á 80 partes de cobre amarillo por 40 á 20, respectivamente, de cinc.

El latón más reputado en Roma para la acuñación de monedas, se extraía de las minas de Córdoba, según se desprende de las palabras de Plinio (1). Las monedas de latón tenían más valor que las de cobre, en una proporción de :: 8 : 6, y se usó como numerario auxiliar.

El *poten* es, en la industria, la mezcla del cobre amarillo con el cobre rojo; pero en numismática es una aleación de cobre amarillo ó rojo con estaño, plomo y diversas escorias, y se considera, con relación al bronce, como el vellón con relación á la plata. Se acuñaron algunas monedas de este metal, especialmente en las regiones del Este de la Galia (2).

El *platino*, metal parecido á la plata, pero menos brillante y más duro, no se ha usado para monedas. En Rusia, y en nuestros días, se ha ensayado su acuñación; pero las condiciones especiales de este metal hicieron abandonar el proyecto, que no se ha vuelto á poner en práctica.

El *níquel*, aleado con cobre y estaño, ha servido también en estos tiempos para acuñación de un numerario auxiliar de poco valor; pero tiene el inconveniente de prestarse bien á la falsificación, y de poderse confundir con la plata, por lo cual se ha pensado en alearle con el hierro.

El *hierro* se usó para la fabricación de monedas muy rara vez en los dominios de Roma, pero muchas en China, Annam,

(1) *Hist. nat.*, XXXIV, 4.
(2) Babelon: *Traité de monnaies greques et romaines.*

Corea y otros puntos del extremo Oriente. La facilidad con que este metal se oxida y descompone, es la causa de que sean rarísimas las monedas que hayan podido llegar hasta nosotros; se conocen una moneda de hierro del Peloponeso y otra de Tegeo (1).

Aristóteles cuenta que los habitantes de Claromene hicieron acuñar veinte talentos de hierro para pagar á los mercenarios que habían combatido en su favor. Polux habla también de monedas de hierro acuñadas en Bizancio durante la guerra del Peloponeso. Acerca de las tan cacareadas monedas de hierro creadas por Licurgo, los numismáticos se empeñan en decir que eran lingotes ó barras más que verdaderas monedas; bien está; yo creo que tendrían alguna marca para distinguirles de otros lingotes ó barras; y si, por casualidad, tenían esta marca autorizada por el legislador, entonces ¿por qué no llamamos simples lingotes á los primitivos de Lidia y Egina?

Expuestos los materiales metálicos usados para la fabricación de monedas, quedaría incompleto este trabajo si se prescindiese de dar algunas nociones acerca de los materiales no metálicos que se aprovecharon para servir de monedas, siempre con ocasión de salvar circunstancias muy extraordinarias, como el pago de los soldados en el asedio de una fortaleza, ó de evitar la paralización del comercio en países donde se carecía de metales ó de medios para acuñarlos.

Bajo este punto de vista, y tomando la palabra moneda en su sentido más lato, ó sea el de todo objeto que representa un valor común para todo género de comercio, y está autorizado como tal por la ley ó por la costumbre, las materias monetarias son innumerables, casi tantas cuantos son los pueblos aislados que se dedicaron al comercio. Se dice, generalmente, que estos pueblos, lo mismo que los primitivos, hacen sus contratos comerciales por medio de cambios, lo cual sólo es ver-

(1) Babelon: *Traité de monnaies greques et romaines.*

dad hasta cierto punto; pues aun suponiendo que, de dos contratantes por medio del cambio, el uno tenga sobrante lo que el otro necesita, sería rara casualidad que los dos objetos cambiados tengan exactamente el mismo valor; de ahí que, cuando el objeto no pueda dividirse, se sienta la necesidad de equilibrar la operación con una mercancía capaz de ser dividida en pequeñas cantidades, y que sea reconocida como valor común intermediario para todos, de modo que el que la reciba tenga seguridad de colocarla por otra cosa que desee.

A la mercancía que reúna estas condiciones se la puede llamar moneda, fiduciaria, sí, pero al fin moneda, y de esta clase las hay en gran variedad. En Abisinia la forman granos de sal y de pimienta; en Terranova, trozos de bacalao seco; en Virginia, tabaco; en Islandia, pedazos de tejidos de lana llamados *vatmal;* en Kiakhta, tejidos de algodón; en China, Rusia y muchas regiones de Africa, conchas pequeñas llamadas *cauris;* en Méjico, granos de cacao; y en otros países, parecidos objetos de diversa calidad.

Respecto á esta clase de moneda, raros son los estudios que han hecho los numismáticos; de las que más se han ocupado son de las de barro cocido, de cuero, de vidrio, de porcelana, de madera, de hueso y de papel, todas las cuales merecen algunas palabras.

El *barro cocido* dicen los numismáticos que nunca sirvió para formación de monedas, atribuyendo á fábulas los textos de Cedreno y de Suidas, que hablan de monedas de barro usadas entre los romanos. Siendo cosa tan fácil el negar, no veo gran mérito en esta cerrazón de los modernos numismáticos contra esta clase de monedas, como tampoco creo meritoria mi discrepancia en este asunto.

Examinando la historia de pueblos antiguos, se ve que, en circunstancias apuradas ó muy especiales de aislamiento, han usado, para tipo representativo de valor común, los objetos más raros; y teniendo esto en cuenta, no veo repugnancia en que, llegadas críticas circunstancias, se hayan valido del barro

cocido para hacer monedas fiduciarias. Si se objeta diciendo que no existen, diré que lo único que puedo decir es que no se conocen, del mismo modo que hace cien años no se conocían bibliotecas de barro cocido, y, sin embargo, existían, según lo prueba la de Assurbanipal, de que tan orgullosos se muestran los ingleses; veo más repugnancia en creer que existe una biblioteca formada con volúmenes de barro cocido, que creer en una moneda del mismo material; á pesar de esto, y de saber que un aficionado á estos estudios conserva, como oro en paño, unas rodancas de barro que afirma son monedas antiguas, no sostengo en absoluto la existencia de tales monedas; lo que sí afirmo es que considero algo atrevido el relegarlas al dominio de la fábula.

El *cuero*, como materia monetaria, ha sido negado, del mismo modo que el barro, por los numismáticos, y hasta el sabio Lenormant, que cita á Séneca cuando habla de trozos de cuero sellados con una estampilla de la autoridad pública, dice que eso se debe referir al comercio de pieles, que tan abundantes eran entre los antiguos. Tesón de sabio que no acierto á explicarme. El texto de Séneca y de otros muchos, hablan de trozos de piel y no de pieles: teniendo esto en cuenta, dígase si un trozo de piel signado por autoridad pública no es, por lo menos, tan moneda como en la actualidad un billete del Banco. Los rusos tuvieron un tiempo en que comerciaban con pieles enteras; pero, cansados de tal embarazo, hicieron trozos de ellas, los pusieron un sello, y en adelante, su numerario era un trozo de piel signado.

Esquines el Socrático (1), hablando de los cartagineses, dice: «Se sirven de una moneda que consiste en un trozo pequeño de cuero: ellos envuelven una cosa que tiene el tamaño de una estatera; lo que es esta cosa, sólo lo saben quienes se dedican á esta fabricación. Después se pone un sello sobre este cuero, y ya circula como moneda. Al que posee mayor

(1) Pág. 78, edic. Fischer.

cantidad de ellos se le considera como hombre de mucho dinero y como muy rico».

Se podrá decir que estas monedas de cuero sólo se han usado en circunstancias excepcionales: enhorabuena; pero en circunstancias excepcionales se han hecho las monedas de vellón, y se llaman monedas.

El *vidrio*, como más permanente que el barro y el cuero, ha llegado hasta nosotros formando material de monedas. También ha tenido impugnadores, pero en vano, pues existen y se conocen monedas de esta clase. Desde la época de Diocleciano y de Constantino, empezaron á usarse en Egipto pequeñas piezas globulosas de vidrio más ó menos puro, como moneda fraccionaria de poco valor; siguieron usándose durante la dominación bizantina y la de los árabes fatimitas, de los cuales se conservan muchas de diferentes módulos y de difícil lectura: algunas antiguas llevan marcas de su valor, cualidad que las hace distinguir de las teseras, con las que algunos quieren confundirlas.

Además de estos vidrios amonedados, que cesaron con la destrucción del califato fatimita, conocemos otros más modernos y mayores, aunque de forma análoga, procedentes de Corea, donde circularon entre los particulares como moneda fiduciaria, sin carácter oficial.

La *porcelana* sólo ha servido como moneda fiduciaria entre particulares en Corea y otros países del extremo Oriente. Las piezas de esta materia son generalmente redondas y gruesas: en sus adornos tienen variedad de formas de animales, flores y diversas figuras geométricas.

El *hueso* y la *madera* sólo muy rara vez se han utilizado como monedas fiduciarias: como caso particular que puede extenderse á muchos no conocidos respecto á este género de monedas, puede citarse lo que cuenta Orozco y Berra de los mejicanos: «La falta de moneda—dice—introdujo la costumbre de que cada comerciante labraba la suya por su cuenta, y era responsable de su circulación. Estas monedas eran de madera,

de suela, de plomo, de jabón, etc., etc. En cuanto á la forma, eran redondas, elípticas, cuadradas ó irregulares, afectando á veces la figura de una estrella, de un sol ú otras varias: recuerdo haber visto una con la figura de un chivo, que pertenecía á la tienda llamada del Chivato. Las marcas eran monogramas ó contraseñas arbitrarias, grabadas en las piezas á golpe. Con las monedas de estas tiendas no se podía comprar sino allí mismo, á no ser que el acuñador tuviera hermandad con otras tiendas ó gozara de gran crédito comercial, pues entonces se admitían en otras casas».

Estos detalles de historia numismática nos dan la clave para resolver otros muchos que, por falta de pruebas, mantienen la porfía entre los aficionados á estos estudios.

El *papel* no necesita de textos históricos para hacer ver que se usa como moneda fiduciaria. Lo que no saben todos es que con este carácter se conoció hace más de seiscientos años. Hacia el fin del siglo XIII, Koblai, nieto de Tchinguis-Khan, introdujo en China el curso del papel-moneda, abuso que fue imitado por su tío Kaigatou, rey de Persia. En España, como en otras naciones, se usó después casi exclusivamente en asedios de plaza, y ya en el siglo XIX se ha hecho tan común y tan necesario, que sin él la vida social de la actualidad apenas se puede concebir.

A medida que la sociedad va despegándose de antiguos romanticismos y agarrándose á lo positivo, el círculo de los materiales monetarios se va ensanchando; en las cosas más nobles é ideales en sí, muchos sólo ven la moneda: ya los ingleses dicen que el tiempo es oro; y ¡ojalá no llegara!, pero quizá venga un tiempo en que algún pensador pueda decir: ¡Ay de ti, política!... ¡Ay de ti, ciencia! ¡Ay de ti, religión! ¡Ay de ti, sociedad! Si veo tu anverso con su culto á la materia, y tu reverso con el escepticismo para toda idea elevada, tengo que concluir que el ojo del hombre sólo ve en ti una moneda.

IGNACIO CALVO

LA CUESTIÓN DE SANTO DOMINGO

III

La proposición del ministro dominicano, Ricart, y la comunicación del general Serrano, fueron examinadas con el detenimiento que su importancia exigía, en Consejo de ministros, acordando éste que se contestase al capitán general de Cuba en los términos en que lo hizo al día siguiente (18 de Diciembre de 1860) el general O'Donnell.

«Descartada esta hipótesis (la del protectorado, que declaraba reunía todos los inconvenientes de la anexión sin ninguna de sus ventajas)—escribía el presidente del Consejo,—forzoso es confesar que la incorporación inmediata no sería hoy ni prudente ni acertada, y que llevada á cabo sin ningún género de complicaciones exteriores, que es el caso más favorable posible, todavía habría que tener presente la influencia que un acto de esa naturaleza ejercería en las demás Repúblicas hispano-americanas y en la misma isla de Santo Domingo. Por más que el general Santana y sus consejeros opinen que el país entero es favorable á la reunión á España; por más que, fundados en esa creencia, hayan tomado la iniciativa para ejecutarla, el Gobierno de S. M. no se halla todavía plenamente convencido de que al realizarse lo que se pretende no surgirán dificultades interiores que colocarían á la España en

una situación sumamente embarazosa. Si el partido opuesto á la administración del general Santana levantase la voz contra la medida que se propone; si no hubiese una completa unanimidad, no sólo se defraudarían las esperanzas del Gobierno, sino que se aplazaría indefinidamente la consecución del objeto apetecido...»

«La España no es hoy bastante fuerte para que Méjico, Venezuela y todas las Repúblicas de América comprendan la sinceridad de su política, ni ha llegado aún el momento de que, apoyándose en la autoridad que vuelve á alcanzar en todas partes, pueda el Gobierno de la reina ejercer sobre aquellos países una influencia eficaz. Para conseguir ese objeto, es necesario que la República del Norte, que hasta el día se ha presentado á sus ojos como el único Gobierno cuya política era, bajo todos conceptos, si no enteramente igual, al menos muy análoga á la suya, pierda, por efecto de los acontecimientos que han empezado allí á verificarse, y que en un plazo no lejano adquirirían toda la gravedad que en sí encierran, el prestigio inmenso que arrastra consigo el ejemplo de un país que ha recorrido victoriosamente, sin sufrir el más ligero revés, los primeros ochenta años de su existencia como nación independiente.

»La cuestión de tiempo es, por lo tanto, de inmensa trascendencia para España. Sus medios de acción crecen de día en día, y pronto podrá disponer de una escuadra respetable; mientras que llegado el momento en que se divida en dos Estados de intereses opuestos la Confederación Norteamericana, uno de ellos será aliado natural de la España en todas las contiendas que se vea obligada á sostener en América.

»La reunión de Santo Domingo, ejecutada de un modo que diese lugar á sospechas no destituídas de fundamento, siquiera fuese aparentemente, no sólo haría volver la vista, atemorizadas, hacia los Estados Unidos, á todas las Repúblicas de origen español, destruyéndose por esta misma desconfianza la base de nuestra política en América, que debe ser siempre el

sostenimiento de la unidad de nuestra raza; sino que dando quizá al olvido por un instante sus discordias interiores los partidos militantes en Norte-América, se agruparían todos alrededor de la doctrina de Monroe, principio que hoy aceptan sin reserva lo mismo los territorios de esclavos que aquellos en que impera el trabajo libre.

»Las críticas circunstancias que está atravesando la Europa son también parte muy principal para que el Gobierno de su majestad no deba correr en esos lejanos mares compromisos que distraerían las fuerzas que hoy necesita tener agrupadas para hacer frente á las eventualidades del porvenir...

»Reasumiendo: es la voluntad de la reina, de acuerdo con el parecer de su Consejo de ministros, que V. E. manifieste al Gobierno de Santo Domingo la satisfacción con que mira sus deseos de volver á formar parte de esta Monarquía; que conviene aplazarlos, sin embargo, en interés de tan noble empresa, por el término, al menos, de un año, tiempo suficiente para que el Gobierno pueda prepararse para todas las eventualidades; y que sólo faltaría á su propósito de diferir la realización del proyecto con que se le brinda, en el caso extremo, antes expresado, de que los Estados Unidos intentaran apoderarse á viva fuerza de alguna parte del territorio de la República.»

Sintetízase por modo admirable en este documento el pensamiento del Gobierno: no rechazaba la anexión, pero quería aplazarla por un año siquiera, y exigía que, cuando se realizase, no fuese obra de un solo partido, sino resultado de la conjunción de todas las voluntades. Mas como comprendía la necesidad de prepararla, y como no se le ocultaba que para conseguir que aceptasen ese plazo los dominicanos era preciso de todo punto hacer algo de momento que patentizase la voluntad de España, en la misma comunicación se autorizaba al capitán general de Cuba para prestar á Santo Domingo los auxilios de armas y pertrechos que pudiese necesitar; para ofrecer un subsidio metálico de quince á veinte mil duros;

para enviar dos ó más buques de guerra que se estacionasen en los principales puertos de la isla, con la misión de proteger nuestros intereses, prestando al mismo tiempo, y sin compromiso, todo el apoyo moral de que necesitasen las autoridades de Santo Domingo; para dar todo el apoyo posible al señor Ricart, á fin de que lograse contratar en la Habana el empréstito que se proponía, y para hacer presente al Gobierno dominicano, en nombre de S. M., que el día en que se llevase á efecto la incorporación, las tropas de la reina no ocuparían anticipadamente punto alguno de la isla; debiendo ese acto ser y aparecer enteramente espontáneo por parte de los dominicanos, á fin de evitar en lo posible reclamaciones de los extranjeros; y que sólo después de hecha la proclamación por las autoridades y por el pueblo, sería cuando desembarcarían las fuerzas dispuestas al efecto.

Había que prever, y no lo desconoció el Gobierno, el caso posible de que los Estados Unidos se apoderasen á viva fuerza de Samaná; y ante semejante contingencia, declaró aquél que España estaba dispuesta á arrostrar, para impedirlo, los riesgos de una guerra con la Unión, autorizando al general Serrano para obrar, si tal caso llegaba, según le sugiriese su patriotismo y su prudencia.

¿Podía proceder de otra suerte el Gobierno español? ¿Le era dado rechazar en absoluto la idea de la anexión? ¿Debía abandonar á su suerte á Santo Domingo? Preciso es advertir que la opinión pública en España era entonces resueltamente partidaria de la anexión. «La reincorporación de Santo Domingo, dicen hoy algunas gentes—escribe un ilustre contemporáneo (1),—ha sido otra brillante calaverada de la Unión liberal. ¿Calaverada? Pues es preciso reconocer que en aquellos días España era una nación de calaveras, de donde habían emigrado el juicio y el sentido común. No hubo periódico alguno que no aceptase esa reincorporación, que no la pidiese

(1) Navarro y Rodrigo: *O'Donnell y su tiempo*. Madrid.

con insistencia: los absolutistas, con delirante entusiasmo; los demócratas, sin vacilación; los progresistas, con patriotismo; los moderados, con frenesí. El órgano más brillante del partido moderado hasta quería privar de toda gloria al Ministerio de entonces por el acto de la reincorporación.» Unicamente el Gobierno recelaba, temía y quería, con excelente buen sentido, retrasar ese acontecimiento. El mismo escritor aludido consigna que el ilustre general O'Donnell le hizo importantes declaraciones sobre este asunto. «Conviene no precipitarse—le dijo.—Yo creo que hay que aceptar la reincorporación de Santo Domingo; pero no la aconsejaré á S. M. hasta tanto que esté completamente convencido de la absoluta espontaneidad con que obran los americanos.»

En virtud de aquellas instrucciones, y secundando los propósitos del Gobierno, hallábase trabajando el capitán general de Cuba para conseguir que los dominicanos aceptasen el aplazamiento, cuando se vió sorprendido por la noticia de que en toda la isla de Santo Domingo se había proclamado su anexión á España (1).

En efecto: el 18 de Marzo de 1861, al grito de ¡viva Isabel II!, pronunciado por Santana ante el Gobierno, los principales personajes, las fuerzas del ejército y el pueblo dominicano, se había izado la bandera española en la Torre del Homenaje, la misma que sirvió de prisión á Colón, siendo saludada aquélla con 101 cañonazos. Poco después se notificó ese

(1) «Nos hallábamos concertando el medio más conveniente para que los dominicanos, y en particular el general Santana, pudieran contenerse y aplazar su ansiada anexión, é iban á enviársele varios razonados despachos diciéndoles que el infrascrito pasaría á la corte para obtener del Gobierno de S. M. que se acortase el plazo de la incorporación, cuando se recibe una correspondencia remitida por el vicecónsul, entre la que venía un despacho del presidente Santana para este excelentísimo señor capitán general, en que, con el desenfado y arrojo propios de su carácter, le dice terminantemente que á la hora en que recibiera su comunicación se habría verificado el acto solemne de enarbolar el pabellón de Castilla.»—(Despacho del cónsul español en Santo Domingo; fecha, Habana 24 de Marzo de 1861.)

hecho por el general Santana al cuerpo consular, y todos los pueblos de la isla secundaron el movimiento, haciéndose la proclamación de la soberanía española sin que ocurriese el más pequeño incidente desagradable.

Tan pronto como tuvo conocimiento de estos sucesos—que por modo tan profundo modificaba el plan del Gobierno español,—reunió el generral Serrano la Junta de autoridades de la Habana, la cual, enterada de lo ocurrido, fue de parecer de que no se podía, sin ignominia, prescindir de proteger el movimiento dominicano, garantizando el territorio de la isla de toda agresión exterior hasta que resolviera el Gobierno de S. M. En vista de este dictamen, el capitán general de Cuba, asumiendo por entero la responsabilidad de su conducta, resolvió que la fragata *Berenguela* y los vapores *Isabel la Católica* y *Velasco*, á las órdenes del general Rubalcaba, marchasen á unirse en Santo Domingo con los vapores *Pizarro* y *Blasco de Garay*, conduciendo aquéllos á bordo tres mil hombres de desembarco, mandados por el brigadier Peláez Campomanes, cuyas fuerzas llegaron á la isla el 7 de Abril, esto es, cuando hacía diez y ocho días que se había proclamado la anexión.

La misma sorpresa que en la Habana produjo en Madrid la noticia del pronunciamiento, y, reunido el Consejo de ministros, se acordó contestar al general Serrano, como se hizo con fecha de 24 de Abril, aprobando su conducta en la delicada situación en que se había encontrado, y advirtiéndole que el Gobierno español, antes de tomar una resolución definitiva, esperaba las pruebas de la espontaneidad y unanimidad con que se hubiera proclamado la incorporación, y las actas de todas las corporaciones del país, para convencerse de que, aceptándola, no se lastimaba ningún principio, ningún interés, consideración alguna de las que debía guardarse en asunto tan trascendental. Terminaba la comunicación manifestándose al general Serrano que cuando el Gobierno tuviese la seguridad de que el pueblo dominicano había pronunciado su voto de incorporación á la Monarquía española, con la libertad

necesaria y la plenitud de su soberanía, la resolución sería inmediata y firme, y, adoptada, no retrocedería ante obstáculo alguno (1).

Discreta y prudente en alto grado fue la conducta del Gobierno español en esta ocasión. No sólo no había alentado el movimiento, sino que había procurado, por cuantos medios estaban á su alcance, aplazar su realización; ninguna responsabilidad podían exigirle ni propios ni extraños, y, sin embargo, cuando ya era un hecho consumado; cuando cabía estimar perfectamente lógico y natural que se sometiese á la realidad; cuando no era posible que dejase abandonados á los dominicanos; cuando, de no plegarse á los acontecimientos, podía tachársele de moroso ó de débil en la defensa de los intereses españoles, aún pidió más pruebas, aún quiso esperar, aún se tomó tiempo para que se desvaneciera por completo toda sospecha de participación en lo ocurrido. Pero semejante estado de cosas no podía prolongarse sin peligro evidente para unos y otros.

Con la misma fecha del 18 de Marzo dirigió el general Santana una respetuosa carta á la reina Doña Isabel, participándola el movimiento llevado á cabo en Santo Domingo y poniendo á sus pies las llaves de la isla. Las actas de la proclamación de la soberanía de España en todos los Ayuntamientos dominicanos evidenciaban que la anexión había sido tan unánime como podía desearse. ¿Qué más cabía exigir? «Volver el rostro á un pueblo desgraciado—decía con sobrada razón el Gobierno (2);—exponerle á ser presa de ambiciones extranjeras; desoir el grito de unión que lanza invocando el

(1) Fechada en Aranjuez, á 25 de Abril de 1861, se dirigió por el Ministerio de Estado una circular á los representantes de S. M. en el extranjero, inspirada, en el fondo, en las mismas ideas que la comunicación dirigida al general Serrano, esto es, explicando lo ocurrido y declarando que no se había adoptado acuerdo alguno respecto de la anexión, y que el envío de fuerzas tenía por objeto proteger á los españoles y la integridad é independencia de aquel Estado, amenazado por enemigos exteriores.

(2) Exposición que precedía al decreto de 19 de Mayo.

augusto nombre de V. M., y las señaladas pruebas que ha dado siempre de su nunca extinguido amor á España, sería romper con las gloriosas tradiciones de nuestra historia, y desmentir nuestra constante y aplaudida hidalguía.—No es posible—añadía—desechar los votos de un pueblo que quiere volver al seno de la madre patria después de una larga y dolorosa separación. Cualquiera que sean los deberes, los compromisos que pueda ocasionar la reincorporación de Santo Domingo á la Monarquía, V. M., su Gobierno, España toda no vacilará en aceptarlos»; y, en efecto, por Real decreto de 19 de Mayo de 1861, y bajo reserva de dar cuenta á las Cortes, se declaró reincorporado á la Monarquía el territorio que constituía la República dominicana, encomendando al capitán general de Cuba la misión de dictar disposiciones oportunas para la ejecución de este decreto.

«Son de ayer estos sucesos—escribe un historiador contemporáneo, ya citado (1),—y parece que nos separa de ellos un siglo. Entonces parecía que se inauguraba para España una época de regeneración y de grandeza. La sombra augusta y veneranda de la gran Isabel señalaba su magnífico derrotero al renacimiento de la patria gozosa. *E que no cesen de la conquista de África,* había dicho en su testamento, y los españoles triunfaban en África. Santo Domingo era la primera perla americana que se engarzaba á su espléndida corona; la desgracia ó la torpeza de sus sucesores perdió el mundo de Colón, y con él la perla de Santo Domingo; y en nuestros días, colocada de nuevo sobre la diadema de Castilla, volvió á derramar sus resplandores. ¿Quién, al fijarse en estas consonancias de la Historia, no abrió su pecho á las esperanzas más grandes? ¿Quién no creyó en la resurreccion de la patria?»

Verdad es esto, y, sin embargo, la reincorporación de Santo Domingo, que el Gabinete O'Donnell no pudo evitar, fue, en el fondo, una verdadera desgracia para España.

(1) Navarro Rodrigo: Obra citada.

Que Haiti protestase, y que su Gobierno publicase una alocución dirigida á los dominicanos, excitándolos á la revolución, nada de particular tenía: el hecho, aunque importante, porque implicaba tener en la misma isla un foco permanente de disturbios, no podía sorprender á nadie, pues con eso debió contarse desde luego; pero en la América española, y esto era de mayor interés para nosotros, la anexión produjo mal efecto, y el presidente del Perú dirigió en 24 de Agosto una circular á los demás Gobiernos americanos, protestando contra la reincorporación, declarando que no reconocía la legitimidad de ese acto y excitando á todos aquéllos á obrar de acuerdo para ponerse á cubierto de los peligros que creía amenazaban á las Repúblicas americanas. Equivocáronse éstas al juzgar el alcance de lo ocurrido y al apreciar los propósitos de la antigua Metrópoli; mas hay que reconocer que de semejante error tuvo en gran parte la culpa el Gobierno español. También los Estados Unidos se mostraron hostiles. Su representante en Madrid pidió explicaciones por Notas de 12 y 23 de Abril, y en 19 de Junio, por orden del secretario de Estado, Mr. Seward, formuló una protesta cuyos términos obligaron al Gabinete de Madrid á exigir á su vez explicaciones, que fueron dadas en sentido bastante satisfactorio. Los Gobiernos de Europa, ó nada dijeron, ó hicieron justicia á la conducta de España.

No obstante esas protestas, el aspecto internacional del problema no podía preocupar seriamente, sobre todo porque los Estados Unidos, desgarrados por la guerra civil, no estaban en situación de hacer frente á complicaciones exteriores; pero el estado interior de Santo Domingo era poco satisfactorio, pues aún no se había publicado el decreto de 19 de Mayo, cuando ya existían en el campo grupos insurrectos. La anexión, como luego se vió, sobradamente tarde, por desgracia, había sido obra de Santana, y los adversarios de éste recogieron una bandera que no podía menos de encontrar simpatías en el país: la de la independencia del territorio dominicano.

Tal fue el origen de la guerra, larga y costosa, que España se vió obligada á sostener.

IV

Habiendo aparecido en la isla pequeños grupos armados apenas realizado el pronunciamiento de Santo Domingo, y cuando aún no había adoptado resolución alguna el Gobierno español, ¿cómo se explica que éste no tuviese en cuenta ese hecho, y no exigiese mayores pruebas de la voluntad del pueblo dominicano? Hay que confesar que el Gabinete de Madrid, que tanto había resistido la anexión, se precipitó á última hora, tal vez impulsado por el mismo sentimiento público, favorable á que se aceptasen los hechos consumados, y desde luego porque careció de informes exactos acerca del verdadero sentido y del positivo alcance de un movimiento que, tanto el cónsul en Haiti, como el vicecónsul en Santo Domingo, pintaban en sus comunicaciones, no con carácter de hostilidad á España, sino como una protesta contra ciertas medidas del general Santana.

Fuese lo uno ó lo otro, resistencia á la anexión ó mera protesta contra el predominio de aquel caudillo, lo cierto es que algunos dominicanos, ayudados por los de Haiti desde la frontera de este país, y secundados por los generales Cabral, Sánchez y Ramírez, iniciaron las hostilidades, que bien puede decirse no cesaron ya hasta que se derogó el Real decreto de incorporación.

Era esto una prueba de que no existía en el país la unanimidad de sentimientos que el Gobierno español había reclamado, pero prueba que en Madrid no pudo ser apreciada oportunamente, porque, como queda dicho, se escapó á la observación de nuestro vicecónsul, y porque no teníamos verdaderos medios de informarnos. Es, sin embargo, innegable que la inmensa mayoría del pueblo dominicano secundó al general San-

tana y aceptó la anexión como única tabla á que podía asirse en su naufragio; como lo es también que los que no aceptaron el pensamiento ni suscribieron las actas proclamando la soberanía de España, eran, por regla general, hombres políticos enemigos del partido que ejercía el poder, los cuales se inspiraron en rivalidades de bandería y obedecieron al temor de que la anexión sólo fuera beneficiosa para sus contrarios.

No habría constituído esto, con todo, un peligro grave, ni siquiera una dificultad seria, si el Gobierno de la Metrópoli no hubiese incurrido en capitales errores, y si los funcionarios que se enviaron á la isla hubieran estado á la altura de su misión. Pero el Gobierno demostró un total desconocimiento del estado de Santo Domingo, de sus necesidades y de la índole de sus habitantes. Creyó satisfacer las aspiraciones de los dominicanos dando desde luego á la provincia reincorporada una forma y organización administrativas idénticas á las que regían en Cuba y Puerto Rico, y no comprendió que en Santo Domingo faltaba cultura para recibir y apreciar esas leyes. Así es que, acostumbrados aquellos naturales á los procedimientos de una administración primitiva, recibieron con escándalo nuestras instrucciones sobre las rentas públicas, sin poder apreciar que nuestro sistema tributario era más moral y menos oneroso que el que entre ellos se hallaba en vigor. Habían concebido, además, tales esperanzas, y de tal suerte creían que, hecha la incorporación á España, derramaría ésta montones de oro por calles y plazas, que no podían conformarse con que la Real Hacienda viniera á exigirles una parte de sus beneficios.

Llevamos también nuestros procedimientos judiciales, que pugnaban con las costumbres de los dominicanos, y á todo esto se unió otro error más grave, cuyas consecuencias se tocaron bien pronto. Nombrado el arzobispo, propúsose éste reformar las costumbres, someter el clero á severa disciplina, restablecer la unidad religiosa y perseguir á los protestantes. En vez de contemporizar, de ir poco á poco cambiando usos no muy

morales, pero sí muy arraigados; de atraerse al clero indígena y de mostrarse tolerante, quiso obtener de un modo inmediato lo que debía ser obra del tiempo, de la constancia y de la persuasión. El resultado fue el que únicamente debía esperarse. El clero se alejó de nosotros; el pueblo se sintió herido; los protestantes se unieron á los enemigos de la anexión; y así, más que por culpa del Gobierno, que procuró impulsar el desarrollo de la riqueza, por culpa de nuestras autoridades y de nuestros funcionarios, se fué trocando en hostil el espíritu público.

Uniéronse á esto otras causas, pequeñas en la apariencia, pero de gran eficacia en contra nuestra. El Ministerio Miraflores elevó al expresidente Báez á la categoría de mariscal de campo é indultó á los amigos de aquél (1), con lo cual disgustó á los partidarios de Santana, sin conquistar la adhesión de aquéllos. La prensa española, los mismos periódicos que en sus entusiasmos anexionistas censuraron á O'Donnell porque no quería precipitar la anexión, hicieron después de este problema un arma de partido, y con sus críticas apasionadas, con sus censuras violentas y con sus juicios parciales y envenenados por el odio, contribuyeron poderosamente á desacreditarnos, alentando y dando armas á los adversarios de España.

Apoyados los descontentos por Haiti, punto de refugio de aquéllos, y aprovechando la efervescencia producida por la malhadada cuestión del papel moneda en las provincias del Cibao (2), estalló al fin, francamente, el movimiento insurrec-

(1) En 27 de Mayo de 1863 se había dictado un Real decreto concediendo amnistía á cuantos hubiesen tenido participación en actos políticos anteriores ó posteriores á la reincorporación.

A consecuencia de esto, el 25 de Septiembre del mismo año, el expresidente D. Buenaventura Báez dirigió á la reina una exposición pidiéndola aceptase su homenaje.

Este fue el origen de otorgar á Báez el grado de mariscal de campo, creyéndose que de esta suerte se le ganaba para la causa española.

(2) El papel moneda había sido emitido por Báez durante su administración. Santana suspendió su pago, primero, y dispuso luego su conversión en condiciones ruinosas para los tenedores, lo cual dió origen á reclamaciones de Francia, Inglaterra y España, que estuvieron á punto de provocar un rompimiento.

cional en 1863, cometiendo entonces el Gobierno un grave error, resultado de predominar la idea de no convenirnos la posesión de Santo Domingo. «Para el Gobierno—escribe el que á la sazón era presidente del Consejo (1) — no hubo ni podía haber otra cuestión de momento que la necesidad indeclinable de conservar ileso el honor de nuestra bandera, y no permitir ser lanzados por la fuerza material de una insurrección en el país que espontáneamente, al parecer, había solicitado formar parte de España, buscando nuestro amparo contra la anarquía y contra la disolución social que existían en aquella insalubre y funesta isla, de la cual era un hecho consumado que la España estaba ya en posesión, y por consiguiente, era preciso antes que todo demostrar que no podíamos ser lanzados de dicha isla por la fuerza de la insurrección: esto demostrado, podía tratarse de la conveniencia ó inconveniencia de conservarla á toda costa; pero lo primero era que el honor de nuestras armas quedase en su lugar. «Con este criterio, el mismo que después sustentó el general Narváez, se dirigió la campaña: fuimos á salvar lo que se llamaba el prestigio del pabellón, no á conservar la isla. Así es que no se enviaron de una vez los recursos necesarios; se gastó mucho, pero mal, es decir, poco á poco, de modo que del sacrificio de la metrópoli no redundó beneficio alguno. No fuimos vencidos, pero tampoco logramos pacificar al país.

Prescindiendo de las operaciones militares, objeto entonces de una severa y fundada crítica, nos limitaremos á la gestión diplomática á que dieron lugar estos hechos, y que no dejó de ser interesante.

Sospechando el capitán general de Cuba y nuestro ministro en Washington que el Gobierno de los Estados Unidos había podido contribuir al movimiento de Santo Domingo, y teniendo en cuenta que en Cabo haitiano se había operado un desembarco de armas á presencia de dos buques de guerra de la

(1) Miraflores: *Vida política.*

Unión, el Sr. García de Tassara pasó el 7 de Octubre de 1863 una nota á Mr. Seward, en la cual, sin entablar una reclamación formal, puso en su conocimiento esos hechos y pidió se evitase su repetición. Diez días después contestó el secretario de Estado de la Confederación, sin negar ni afirmar nada, limitándose á decir que no creía fuese exacto lo que se le denunciaba, pidiendo reciprocidad por nuestra parte y manifestando que se contentaría con que desde Cuba no se hiciese contrabando con el Sur. Replicó Tassara que la respuesta era insuficiente y la imputación inmerecida, y pidió se reiterasen las órdenes de aumentar la vigilancia. Mediaron otras notas, y al fin accedió Mr. Seward, aunque declarando que los hechos no estaban probados, y quejándose siempre de la actitud de España en la cuestión del Sur.

Nada se adelantó con eso: los Estados Unidos continuaron su política de entorpecer en todas partes la acción de España, y así se dió el espectáculo de que en Nueva York se prohibiese la salida de correaje contratado para las tropas de Cuba, alegando que igual conducta observaban con los insurrectos de Santo Domingo; proceder que el Gabinete de Madrid debió rechazar con la mayor energía, puesto que, en el fondo, significaba tanto como reconocer la beligerancia de los rebeldes; y esto, hecho cuando por todos los medios imaginables procurábamos complacer al Gobierno de la Casa Blanca, mostrándonos parciales suyos frente á la rebelión de los estados del Sur, constituía, cuando menos, un acto de evidente ingratitud.

Mas no fue ésta la última prueba que por entonces nos proporcionaron los Estados Unidos del espíritu de hostilidad que sentían hacia España.

El 10 de Febrero de 1864, el ministro de Estado dirigió una circular á los representantes de S. M. en el extranjero, en la cual, después de recordar cómo se hizo la anexión y de explicar el origen del movimiento insurreccional, añadía:

«Dominada ya la insurrección, merced á los esfuerzos de

nuestros heroicos soldados, si bien no del todo extinguida, se atrinchera en sus últimos baluartes y hace todos los esfuerzos imaginables para prolongar su combatida existencia, llegando hasta el increíble extremo de pretender asumir el carácter de parte beligerante, para proceder á actos que, en sus circunstancias, condenan el derecho, la razón y la justicia.—Me refiero á una proclama que aparece expedida por los que se titulan jefes de la insurrección y gobierno de la República, y á las gestiones practicadas por agentes suyos cerca de algunos Gobiernos, con objeto de realizar el propósito de expedir patentes de corso á los buques que las soliciten para perseguir y apresar las naves mercantes españolas, entorpeciendo y perjudicando nuestro comercio marítimo y acaso también el de las demás naciones.—El Gabinete de S. M. abriga la confianza de que los Gobiernos de todos los países con quienes mantiene relaciones de paz y amistad, penetrados de que los insurrectos de Santo Domingo no tienen ni pueden tener otro carácter que el de súbditos rebeldes, sin condición de ningún género que baste á revestir de legalidad por concepto alguno el acto de la expedición de patentes de corso, reservado á los Gobiernos legítimamente constituídos, impedirán por todos los medios á su alcance que los buques de sus respectivas naciones tomen las enunciadas patentes y sean causa de males y conflictos que á todos interesa evitar... Esto no obstante, el Gobierno de S. M., firme en su propósito de apagar la insurrección, con medios para conseguirlo, seguro de la razón y justicia que le asisten, y resuelto á proteger el comercio marítimo español contra ataques que ninguna ley de guerra podría ni disculpar siquiera, se cree en el deber de declarar que todo buque que llegue á ser aprehendido por los cruceros de la Armada española haciendo el corso con patente de los insurrectos de Santo Domingo, será tratado como pirata, aplicándose á su capitán y tripulantes la pena que marcan las leyes para el delito de piratería.»

Las contestaciones de los ministros extranjeros de Fran-

cia, Inglaterra, Austria, Rusia, Bélgica y los Países Bajos fueron satisfactorias, reconociendo todos el derecho de España de tratar como piratas á los corsarios dominicanos. La única excepción la constituyó el secretario de Estado de la Unión, al cual pasó una Nota el Sr. García Tassara en el mismo sentido. «Al llevarle y leerle la Nota—dice nuestro representante en Washington,—Mr. Seward me dijo que agrandábamos la cuestión *(magnified the question)*, considerando el corso como piratería y proponiéndonos castigarlo como tal. Respondíle que ese es nuestro derecho y aun nuestro deber, no tratándose de beligerantes, y que este Gobierno tiene tanta menos razón para hablar así, cuanto que, aun después de declarados beligerantes los Estados del Sur por las Potencias de Europa, todavía durante largo tiempo se obstinaba en no considerar á los soldados del Sur como prisioneros de guerra, y cuanto que hoy mismo, si bien por la fuerza de las cosas son tratados en realidad como tales, todavía oficialmente se les niega ese carácter» (1). Es decir, que los Estados Unidos, que se quejaban porque España había reconocido, aunque de un modo incompleto y parcial, á favor del Norte la beligerancia del Sur, en la práctica querían tratar á los dominicanos como beligerantes.

Desgraciadamente, como el Gobierno español era ya contrario á la anexión, él mismo, con su conducta poco hábil, les otorgó ese carácter.

Siguiendo indicaciones del capitán general de Santo Domingo, el vicecónsul encargado del consulado general de su majestad en Port-au-Prince (2) trató de inquirir si el presidente de Haiti, Sr. Geffrard, tendría inconveniente en tomar la iniciativa y hacer las gestiones convenientes para obtener se efectuara el canje de los prisioneros del ejército que se encón-

(1) Despacho del Sr. García Tassara al ministro de Estado, acompañando copia de la Nota á Mr. Seward; fecha, 15 de Marzo de 1864.

(2) Despacho del vicecónsul al ministro de Estado; fecha, Port-au-Prince, 10 de Septiembre de 1864.

traban en poder de los dominicanos. Mr. Geffrard contestó que siempre y cuando el Gobierno de S. M. le manifestase no tener en ello inconveniente, no sólo obraría en el sentido indicado, sino que interpondría además sus buenos oficios para que cesase en la parte del Este la efusión de sangre, y conseguir, si era posible, la completa sumisión de los rebeldes. Indudablemente debió aceptarse esta proposición, puesto que en tal sentido se dieron instrucciones al ministro haitiano en Washington, el cual tuvo diferentes entrevistas con Mr. Seward, que declaró no tendría reparo en apoyar en su caso la acción combinada de Francia, Inglaterra y Haiti *avec l'agrément prealable de l'Espagne*, para llegar al fin propuesto, y que los Estados Unidos no tendían á extender su influencia en la isla, y menos aún á apoderarse de ella. El general Gándara, capitán general de Santo Domingo, aceptó la condición fijada por el presidente Geffrard: el coronel Van-Halen fue enviado á Port-au-Prince, y pidió oficialmente iniciase aquél las negociaciones para obtener la entrega de los prisioneros. Así se hizo, y se dió el espectáculo triste y deplorable de que España entablase tratos con los rebeldes, no directamente, lo cual habría sido más noble y más honroso, sino por mediación de Haiti y bajo el patrocinio de los Estados Unidos, los dos eternos enemigos de nuestra influencia en Santo Domingo (1).

Hallábase ya entonces Narváez resuelto á abandonar la isla, aunque en realidad nuestras armas, sin ser vencidas, que no lo fueron nunca, no habían logrado éxito alguno positivo, y así es que el 11 de Octubre se anunció al general Gándara que se iba á pedir á las Cortes la necesaria autorización; pero poco después pareció cambiar de criterio el Gobierno, pues por Reales órdenes de 10 de Noviembre se pidieron informes á las autoridades de Cuba y Santo Domingo acerca de los

(1) El canje de los prisioneros se efectuó en Puerto Plata el 22 de Julio de 1865.

efectos de la anexión, causas del movimiento insurreccional, necesidades de la isla, etc. No era, sin embargo, que el Gobierno hubiese variado de criterio, sino que se imponía un aplazamiento, porque Isabel II, que poseía un alma verdaderamente española, era contraria á tal medida. Surgió, por éste y otros motivos, la crisis de Diciembre; intentó la reina que Istúriz formase parte del Ministerio; no lo pudo conseguir, y se impuso la continuación de Narváez. La consecuencia era el abandono de Santo Domingo.

Ya entonces no hicieron falta informes, y sin esperar los que se habían pedido, se llevó á las Cortes, en Enero de 1865, el proyecto de ley derogando el Real decreto de reincorporación. El proyecto era una mera fórmula, porque de antemano se había mandado concentrar las tropas en cuatro puntos de la isla; se había abandonado gran extensión de terreno no sublevado; la artillería de los fuertes de Samaná y las acémilas que había en Monte-Christi se habían devuelto á Cuba, y estaban fletados los buques para repatriar á nuestros soldados: el abandono estaba ya consumado.

Voces elocuentísimas se dejaron oir en las Cortes condenando la política del Gabinete. Un insigne orador, el Sr. Cánovas del Castillo, pronunció un discurso admirable, elevando la cuestión á la esfera de los grandes principios de la política internacional, y demostrando lo que significaba para el porvenir de España el abandono de Santo Domingo. «Sólo es respetable—dijo—el que es y se muestra siempre fuerte; y si vosotros abandonáis á Santo Domingo, ¿á qué podemos legítimamente aspirar que nos favorezca nunca en la antigua América española? Todas las naciones tienen necesidad de conservar su posición en el mundo: la que tienen necesariamente, la que están llamadas á tener por sus especiales circunstancias. Y nosotros, que tenemos cerrado el Norte por la gran nación francesa, por encima de la cual no pasaremos jamás, porque no tendremos nunca fuerza para ello; nosotros, que tenemos cerrado ya también el Oriente por la península

italiana, que forma hoy una nación más fuerte que la nuestra; nosotros, que tenemos tiempo ha cerrado el Sur, nada menos que por tres naciones: por Inglaterra, que posee á Gibraltar, hoy más precioso que nunca, por desgracia, á causa de la apertura del istmo de Suez; por la Francia, desde Argelia, que se adelantará, que avanzará hacia nuestra costa misma tarde ó temprano; por el Imperio de Marruecos, en fin, menos fácil de dominar ciertamente que Santo Domingo; nosotros, digo, en tal situación, ¿iremos á cerrarnos también el camino de Occidente, único abierto ya á nuestra actividad y á nuestra gloria?» (1).

Perdidas en el vacío estas patrióticas excitaciones, la mayoría aprobó el proyecto, que se convirtió en la ley de 1.° de Mayo de 1865.

V

Abandonamos la isla de Santo Domingo, como antes habíamos renunciado á toda influencia en Méjico; y ni siquiera se tuvo la previsión de conservar en nuestro poder la bahía de Samaná, á título de «garantía para el porvenir», como indicó el general Gándara. Pactó éste, sin embargo, con el presidente del Gobierno provisional de la nueva República, don Pedro Antonio Pimentel, un tratado, que firmaron en Guivia el 6 de Junio de 1865, en cuyo artículo 7.° se comprometió Santo Domingo á no ceder todo ni parte de su territorio á ninguna otra nación, y á no firmar convenios que perjudicaran los intereses de España en sus posesiones de las Antillas, sin la intervención y el consentimiento del Gobierno español; pero aunque no tenía cláusula de ratificación, y pudimos, por tanto, sostener con perfecto derecho que era innecesario este

(1) Cánovas del Castillo.—Discurso pronunciado en el Congreso el 29 de Marzo de 1865.

requisito, y que sin él se hallaba en vigor el Tratado, consentimos que el presidente de Santo Domingo se negara á ratificarlo; y así, cuando más adelante se trató de obtener de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos la neutralización de la bahía, nos vimos privados del argumento poderosísimo que nos proporcionaba dicho artículo 7.° Es decir, que no habiendo sido vencidos, que encontrándonos en condiciones de haber obtenido ventajas para nuestro comercio, al día siguiente de salir el ejército español de Santo Domingo, nos encontramos sin tener siquiera un tratado de amistad que nos garantizase el trato más favorable.

Tan grande fue la torpeza con que procedió el Gobierno, que después de haber sido durante cuatro años soberanos de la isla, y de haberla abandonado voluntariamente, ni siquiera conservamos relaciones diplomáticas con ella, dejándola así entregada á influencias enemigas. El nuevo presidente de la República, el general D. José María Cabral, se dirigió á la reina en carta de 16 de Octubre de 1866, y al participar la toma de posesión de su cargo, expresó sentimientos de cordialidad que debimos aprovechar para enmendar los errores pasados. «Ninguna misión—dijo—podría ser para mí más lisonjera que la de haber contribuído, antes de retirarme del poder, á fijar definitivamente la paz y la armonía entre la República dominicana y la Monarquía española de una manera digna del honor nacional y de los antecedentes de ambos pueblos.» El Gobierno español contestó el 12 de Febrero de 1867, felicitando á Cabral por su elevación á la presidencia, y anunciando que serían bien recibidas sus proposiciones para estrechar los lazos de amistad de una y otra nación. Y aunque, en realidad, la República dominicana había sido reconocida por España al firmar el general Gándara el Tratado con Pimentel, esa respuesta ratificó el reconocimiento (1).

(1) Pimentel permaneció poco tiempo al frente del Gobierno provisional. Poco más de dos meses hacía que España había abandonado la isla, cuando surgió la primera revolución. El 4 de Agosto de 1865 se sublevó

Sin embargo, las relaciones entre ambos pueblos no pasaron por entonces de estas meras fórmulas de cancillería. Tal vez contribuyeron á esta incomunicación los sucesos políticos que tuvieron lugar en la Península; pero el hecho es que continuamos aislados de Santo Domingo, y que, si bien en 1868 el representante dominicano en París hizo algunas gestiones cerca de nuestro embajador, contestando con tal motivo el Gabinete de Madrid que no veía inconveniente en oir las proposiciones que la República hiciera para estipular un tratado de amistad y comercio; nada llegó á pactarse por entonces. El aludido diplomático dominicano reiteró sus gestiones en Junio de 1874, y al mismo tiempo llegó á Cuba una persona de la confianza del ministro de Relaciones exteriores de Santo Domingo, con la misión de conferenciar con el capitán general de la Gran Antilla, que lo era D. José Gutiérrez de la Concha, sobre la situación del Gobierno dominicano, y más especialmente sobre la invariable política de neutralidad y buena inteligencia que aquél sostendría con España.

Importaba mucho entonces contar con la amistad del Gobierno de Santo Domingo, porque los emigrados cubanos habían establecido en dicha isla un verdadero centro de conspiración contra la soberanía española en Cuba, y ayudaban desde aquélla á los insurrectos. Así es que, en la conferencia que celebraron el comisionado dominicano y el marqués de la Habana, hubo acuerdo respecto á la conveniencia de reanudar las relaciones diplomáticas y oficiales entre ambos países, si bien poniendo como condición el general Concha que la República había de procurar dificultar, y aun destruir, los planes de los conspiradores cubanos en su territorio.

Aprobó el Gobierno, como era lógico, la conducta del capitán general de Cuba, y le envió, con arreglo á los deseos

---

el pueblo y nombró protector de la República al general Cabral, confirmado luego en la presidencia, á la que fue elevado el 29 de Septiembre de 1866.

manifestados por el comisionado dominicano, poderes é instrucciones para negociar. Con unos y otras el marqués de la Habana dió rápida solución á este asunto, firmando, con don Manuel Joaquín Delmonte — que tal era el nombre del comisionado, — el 14 de Octubre de 1874, un Tratado de reconocimiento, paz, amistad, comercio, navegación y extradición, que restablecía el de 1855, sin más que modificar el artículo 7.° de éste, referente á la cuestión de nacionalidad. El importantísimo cambio político habido en España á fines del citado año de 1874, hizo que las ratificaciones de dicho Tratado no pudieran canjearse hasta el 19 de Noviembre de 1875, y que hasta esta fecha no quedaran oficialmente reanudadas las relaciones entre ambos pueblos.

Desde entonces Santo Domingo nos ha dado repetidas pruebas de amistad; y durante la última insurrección cubana, la conducta del presidente dominicano, general Heureaux, mereció la gratitud del Gobierno español.

Jerónimo Becker

EL SEGUNDO CONGRESO INTERNACIONAL

DE

CIENCIAS HISTÓRICAS

PRIMER ARTÍCULO

I

Con motivo de la Exposición universal de 1900, se reunió en París un Congreso internacional de Historia que, no obstante la ausencia de muchos historiadores de nombradía, tuvo (en algunas de sus Secciones especialmente) gran importancia, tanto por el número y calidad de las comunicaciones leídas, como por los acuerdos que se tomaron, relativos en su mayor parte á la publicación de documentos y á la coordinación del trabajo científico en las diversas naciones allí representadas.

La consecuencia principal de aquel Congreso fue, á mi entender, el convencimiento que produjo de la necesidad de menudear tales reuniones. Los Congresos nacionales que en Alemania y en los Estados Unidos se celebran anualmente, y que en Francia vienen á estar representados por la reunión también anual de las «Sociedades sabias», no bastan para resolver las crecientes dificultades de la investigación histórica, que, cada vez más, depende de la cooperación internacional, indispensable para una buena organización de los estudios y de la publicación de las fuentes y de la bibliografía, hecho hasta ahora de un modo fragmentario y con pérdida de trabajo y de tiempo.

Sintiendo esa necesidad, los historiadores italianos proyectaron en 1901 la reunión, en Roma, de un segundo Congreso internacional. El carácter de este Congreso venía determinado en las convocatorias circuladas, del modo siguiente:

«Era opinión de muchos estudiosos que, en un Congreso internacional que hubiera de celebrarse en Roma á comienzos del nuevo siglo, deberían discutirse las más importantes cuestiones planteadas durante los últimos cincuenta años en el campo de las disciplinas históricas, ilustrando su desarrollo en todos los pueblos cultos y revelando en qué medida Italia ha tomado parte en este movimiento científico.»

«El Congreso comprenderá todas las disciplinas de carácter histórico ó que se refieran á la historia de las múltiples formas de la actividad humana... Se excluirán de las discusiones aquellos temas que por su naturaleza *no interesen á la mayoría de los estudiosos*, proponiéndose el Congreso presentar y dirigir hacia una solución problemas de importancia general que requieran el concurso colectivo de los doctos y la ayuda de las sociedades científicas.»

«El Congreso podrá también dar ocasión á *comunicaciones científicas* en las cuales los autores de alguna obra histórica en preparación ó en curso de publicación, den cuenta de los resultados que han obtenido y, sumariamente, hagan notar los principales argumentos que fundamentan sus conclusiones.»

«Serán, en fin, oportunas, á veces necesarias, informaciones singulares que, en forma sobria y densa, den noticia del movimiento científico de las varias ciencias de carácter histórico en las distintas naciones cultas, durante la segunda mitad del siglo que acaba de finir.»

De estas declaraciones del Comité organizador resultaba bien claramente que el Congreso de Roma habría de ser, en primer término, una especie de balance de los progresos realizados por las ciencias históricas durante los últimos cincuenta años del siglo XIX, y una revisión de las cuestiones palpitantes aún no resueltas, ya se refiriesen á temas doctrinales, ya á la

publicación de documentos ó á los trabajos de exploración arqueológica, tan difíciles y costosos siempre.

Semejante programa—que hubiese tenido un grandísimo interés—no se ha cumplido más que en parte. Al primer extremo sólo algunas, muy pocas, comunicaciones han respondido. El balance del siglo XIX ha quedado por hacer, á lo menos en aquellos términos explícitos, concretos, de utilidad científica (para investigaciones posteriores) é histórica (la historia de la historia), que habían iniciado ya algunos escritores (1) al resumir la obra del siglo pasado en los estudios históricos. Por lo que toca á las cuestiones palpitantes, es curioso notar que no se han discutido más que algunas de carácter muy concreto (verbigracia, civilización de la Edad del bronce), con olvido, ciertamente extraño, de las generales que más dividen y apasionan á los historiadores (contenido y cualidades científicas ó no científicas de la historia; relación entre la *Kulturgeschichte* y la historia política; materialismo histórico, etc.). Respecto de estas cuestiones apenas si hubo cinco ó seis trabajos (sobre los cuales no se discutió), presentados en la sección de Metodología y en alguna otra.

Pero si por este lado el Congreso no ha respondido á su programa, puede asegurarse con toda firmeza que su labor y sus resultados han sido importantísimos por lo que toca á la organización internacional del trabajo histórico, á la publicación de fuentes documentales y monumentales (álbums y colecciones de fotografías y dibujos), al progreso y ordenación de las excavaciones arqueológicas. También ha tenido importancia en el orden pedagógico (organización de la enseñanza de la historia).

El número de comunicaciones presentadas y leídas es muy grande. En la sección II (Historia medioeval y moderna, Me-

(1) Verbigracia, Langlois, *L'histoire au XIX^e siècle*, en *Questions d'histoire et d'enseignement* (París, 1902). Cosa análoga hice en mi artículo *La Historia en el siglo XIX*, publicado en *Nuestro Tiempo* (Marzo de 1902).

todología, Diplomática y Ciencias auxiliares) llegan á 134, y de ellas, cerca de 100 corresponden al primer grupo; sin que esta cifra sea una excepción ni difiera mucho de las que alcanzaron otras secciones.

El carácter de las comunicaciones es muy variable. Tomando por tipo el grupo primero (Historia medioeval y moderna) de la sección II, se encuentran: 2 de historia económica, 2 de bibliografía y diplomática, 14 de metodología, 8 relativas á la publicación de fuentes y publicidad de archivos, 7 de historia jurídica y 59 de asuntos varios de historia externa é interna de los siglos medios y modernos. De estas últimas, sólo una, presentada por el Sr. L. Ovary, de Budapest, se acomoda á los deseos ya indicados del Comité organizador, puesto que ofrece un resumen de los resultados que arrojan las publicaciones de la Academia húngara de Ciencias, en punto á las relaciones históricas entre Italia y Hungría en la Edad Media y Moderna.

Si mis lectores se fijan en la clasificación que acabo de apuntar, es seguro que ha de extrañarles la mezcla de asuntos que revela, en una sección cuyo contenido parece bien determinado por su rótulo. Esto saltará mejor á la vista dando la relación de todas las secciones del Congreso. Según el programa circulado en 1901, habían de ser 16:

1. Paletnología.—Arqueología clásica.
2. Numismática.
3. Historia de la antigüedad oriental y clásica.
4. Historia de las literaturas antiguas.
5. Historia del Derecho antiguo.
6. Historia medioeval y moderna, general y diplomática. —Diplomática y archivología.
7. Historia de las literaturas medioevales y modernas.
8. Historia del arte medioeval y moderno.
9. Historia del Derecho moderno.
10. Historia de las ciencias económicas y sociales.
11. Historia de la filosofía y de la pedagogía.

12. Historia de las religiones.
13. Historia de las exploraciones y descubrimientos geográficos.—Geografía histórica.
14. Historia de las ciencias matemáticas y experimentales.
15. Historia del arte musical y dramático.
16. Metodología.

Esta división tenía dos defectos. De un lado, era muy minuciosa; de otro, dejaba vacíos ó vaguedades de consideración. Respecto de uno de ellos, consulté al secretario general, porque afectaba directamente á una de las comunicaciones que pensaba yo escribir. ¿A qué sección correspondía el estudio del Derecho medioeval? ¿Qué valor tenía la denominación de Derecho moderno? Dado que había dos secciones especiales, una para éste y otra para el antiguo, ¿por qué no otra más para el de la Edad Media? O, si parecía mejor, ¿por qué no una sección sola de Historia del Derecho?

El tiempo transcurrido desde 1901 á la fecha en que se ha celebrado el Congreso (en la primitivamente pensada—Abril de 1902—no pudo reunirse), hizo reflexionar sobre esta y otras dificultades, y la distribución que al fin ha regido es la siguiente:

Sección I.—Filología clásica y comparada.—Historia antigua y epigrafía.

II.—Historia medioeval y moderna, dividida en varios grupos:

1.—Historia general.
2.—Metodología.
3.—Archivología, bibliografía y ciencias auxiliares.
4.—Historia diplomática.
5.—Historia napoleónica.

Algunos de estos grupos han funcionado, á veces, reunidos.

Sección III.—Historia de las literaturas.

IV.—Arqueología é historia del arte. Historia de la música y del arte dramático.--Numismática.

Sección V.—Historia del Derecho.
VI.—Historia de la geografía.
VII.—Historia de la filosofía y de las religiones.
VIII.—Historia de las ciencias matemáticas, físicas, naturales y médicas.

En general, esta distribución es preferible á la primera, y sólo puede señalarse en ella un defecto: el de aglomerar en la sección II materias de evidente heterogeneidad, bajo un título común que no cuadra á todas. El resultado ha sido que funcionaran como independientes (con su mesa presidencial propia y su local separado) tres grupos: el de Historia general de la Edad Media y Moderna, el de Metodología y el de Archivos, Bibliografía y Ciencias auxiliares, y alguna vez también los de Diplomática é Historia napoleónica.

Esta rectificación práctica del cuadro de distribución, bastó para quitarle toda importancia al error padecido. Pero el cambio de la primera clasificación á la segunda trajo consigo otro defecto mayor, aunque fácilmente explicable por el grandísimo número de comunicaciones presentadas y porque el trabajo de organización recayó en este punto, casi exclusivamente, (según me dijeron) en una sola persona; en quien, dada esta circunstancia, es de admirar y de aplaudir que lograse preparar el trabajo de las secciones de modo que todas pudieron funcionar desde el primer día sin dificultad. El defecto á que aludo—y al cual hube de referirme al comentar la clasificación de las comunicaciones que figuraron en el grupo 1.º de la sección II—es el de haber mezclado á veces las materias de secciones distintas.

Tomando por ejemplo las cuestiones de Metodología, y puesto que existía un grupo autónomo á ellas dedicado, resulta, en efecto, lógico que las catorce comunicaciones de aquel carácter que figuraron en el grupo de Historia general de la Edad Media y Moderna no estaban allí en su sitio. Véase la demostración de esto en el título y asunto de las citadas comunicaciones:

1. L. Moritz Hartmann: Evolución histórica.
2. F. Sagnac: Organización de los estudios de historia moderna en Francia.
3. P. Fredericq: La enseñanza de la historia en Bélgica.
4. Blok: Idem, en Holanda.
5. Gertz: Idem, en Dinamarca.
6. H. Bresslau: Idem, en Alemania.
7. G. Monod: Idem, en Francia.
8. R. Altamira: Idem, en España.
9. F. Putnam: Idem, en los Estados Unidos.
10. Harald Hjärne: Idem, en Suecia.
11. Bryce: Idem, en Inglaterra.
12. P. Villari: Idem, en Italia.
13. B. Dembinski: Idem, en Austria-Hungría.
14. E. Martinengo: El plan en la Historia.

Lo mismo podría decirse de otras comunicaciones hechas por los Sres. Barduzzi, Giacosa, Barzellotti, Chiappelli y Ricci, en las secciones VIII, VII y IV, y de la sesión privada preparatoria que celebró la sección VIII para discutir el tema «Enseñanza de la historia de las ciencias en la Universidad». Todavía cabe discutir si estas últimas comunicaciones citadas y la sesión que acabo de mencionar, estuvieron bien ó mal colocadas, dado el carácter especialísimo de las cuestiones metodológicas á que se referían, respecto de las cuales eran, los congregados en las secciones respectivas, los mejores jueces; pero no cabe duda que las catorce comunicaciones que figuraron en el grupo I de la sección II hubiesen estado mucho mejor en el de Metodología. Con esto, además, se hubiese nutrido legítimamente ese grupo, evitando que cerrase sus trabajos con sólo dos sesiones, cuando en rigor tenía materia propia para otras varias. A falta de ella, se le envió una comunicación que nada tenía que ver con su asunto: la del prof. Schepelewitz (de quien hablaré después), sobre Cervantes.

En lo demás, el Congreso ha sido un modelo de organiza-

ción y de orden, salvo algún que otro incidente imprevisto y del cual no puede culparse al Comité.

El número de congresistas era de 2.400. Claro es que, de éstos, sólo una mitad, á lo sumo, ha trabajado y concurrido asiduamente á las secciones; pero así sucede siempre y en todas partes.

Todas las naciones cultas han tenido representantes, y algunas (como Bélgica, Prusia, Francia, Suecia y Estados Unidos) un número crecido de ellos. Entre los países cuyo ejemplo á este propósito puede interesar á nuestros Poderes públicos y á nuestros centros docentes (harto rehacios unos y otros para concurrir á esta clase de reuniones científicas), citaré los siguientes: Brasil, China, Mónaco, Montenegro, Perú, Chile, Méjico, Paraguay, Persia, Servia, Bulgaria y Turquía. España no tuvo más representante que el de la Universidad de Oviedo, investido también de la delegación oficial del Ministerio de Instrucción pública, y, claro es (conviene decirlo), sin dietas ni subvención de ninguna especie.

Las sesiones del Congreso se celebraron, sin interrupción, en los días 1.° á 9 de Abril próximo pasado. El primer día se destinó á las reuniones preparatorias. El segundo, por la mañana, á la inauguración solemne del Congreso, con asistencia de los reyes. Por la tarde ya trabajaron algunas secciones (1.ª, 2.ª y 4.ª), y en los días siguientes todas ellas, mañana y tarde, con asistencia numerosa.

Aparte las sesiones y los banquetes y recepciones oficiales, los congresistas asistieron á los siguientes actos de carácter científico:

Inauguración de la *Forma urbis* ó plano pétreo de Roma, de la época Imperial, reconstruído en parte, bajo los auspicios del Municipio romano, por los profesores Huelsen y Lanciani. Se han encontrado hasta ahora 1.059 fragmentos, de los cuales 166 han podido determinarse exactamente, y han sido empotrados en una de las paredes del jardín del palacio *dei Conservatori* (Museo del Capitolio). El plano comprendía, no sólo

la ciudad, sino también parte del suburbio. Los mencionados profesores han encontrado, en el dorso de algunas de las piedras, vestigios de otro plano que creen sea de la época de Vespasiano.

Inauguración de la Muestra de topografía romana en la Biblioteca Central Nacional «Vittorio Emanuele». Comprende la *Muestra* una colección numerosísima de planos, vistas de Roma y guías de peregrinos (*Mirabilia*), desde la Edad Media al año 1900. Las *Mirabilia* empiezan en 1475 y terminan en 1548. La ordenación de este vasto é interesantísimo material (iniciada ya por Rossi) ha sido hecha por el actual director de la Biblioteca, conde Domingo Gnoli.

Exposición de manuscritos é incunables de la Real Biblioteca Casuetense.

Visita al Palatino.

Inauguración del Claustro de Santa Francesca Romana y de la rampa imperial de acceso al Palatino. En el Claustro va á instalarse el Museo del Foro.

Conferencia del comendador Boni, director de las excavaciones del Foro Romano, sobre los monumentos de la Roma antigua (con proyecciones).

Conferencia de los Sres. L. Pernier y G. Gerola sobre las excavaciones de la Misión arqueológica italiana de Creta.

Visita á la Mole Adriana (Castillo de San Angelo) y conferencia del teniente coronel Borgatti.

Conferencia del profesor Pullé sobre los monumentos indogriego-romanos descubiertos en el antiguo dominio Gandhara-Peujab. Fue una de las conferencias más interesantes del programa. El profesor Pullé, que ha viajado por Indo-China, Ceylán é Indostán, expuso 400 hermosas fotografías y la reproducción de una estatua de Buda.

Conferencia del profesor Brigiuti sobre problemas paleográficos y diplomáticos. A ésta sólo asistieron los congresistas que pertenecían al Cuerpo de archiveros italianos.

Conferencia del profesor L. Rasi sobre el Museo de arte dramática italiana.

Todos los congresistas tuvieron, además, acceso libre á los Museos, Bibliotecas y Galerías particulares de Roma y de otras ciudades de Italia.

Los idiomas preferentemente usados en las sesiones fueron el italiano y el francés. Algunas comunicaciones, muy pocas, se hicieron en alemán. El latín se empleó á menudo.

II

Sería fatigoso enumerar aquí todas las discusiones y comunicaciones, aun concretándonos á las que tuvieron interés general. Para que esta labor sea útil y cada cual encuentre en ella lo que puede importar á sus aficiones especiales, el único procedimiento recomendable es el monográfico, agrupando por cuestiones las noticias y rompiendo la clasificación oficial de las secciones. Pero esto no cabe en un artículo de conjunto, como el presente, y aun embarazaría al propósito que aquí persigo. Me limitaré, pues, para que se juzgue concretamente de la importancia del Congreso, á indicar algunos de aquellos trabajos, así como las conclusiones de mayor relieve votadas.

En la sección I el profesor Modestov expuso el estado actual de la cuestión etrusca; discutieron Ramorino, Vitelli, Ussani y Wilamowitz sobre el tema *de onomástico latino elaborando*; Tropea resumió el movimiento histórico italiano representado por las publicaciones periódicas desde 1895 á la fecha; la Sra. Aucher de Ferrer habló de las ruinas romanas de Argelia y Túnez; Vitelli, Lambros, Mahaffy y Wilamowitz trataron del modo de publicación de los papiros griegos; se deliberó ampliamente (en latín) sobre el modo de unificar la pronunciación moderna de aquel idioma, y el profesor De Basiner disertó sobre la idea del progreso humano en los autores antiguos.

En la sección II (primer grupo) el profesor Schulte leyó

un trabajo sobre la lana como promovedora del florecimiento económico de Italia en la Edad Media; Novati y otros discutieron sobre la publicación del *Corpus inscriptionum italicarum medii aevis;* Moritz Hartmann disertó sobre la evolución histórica, declarándose partidario de los métodos evolucionistas y excluyendo la conciencia como factor causal; Schiapparelli propuso la publicación de un *Corpus chartarum Italiae*, sobre lo cual hablaron también Davidson, Gaudenzi, Galanti y otros profesores; Gaudenzi comunicó el descubrimiento de un nuevo texto griego, que cree sea el primitivo de la falsa donación de Constantino, contra los que sostenían que el original fue latino. El texto citado es un manuscrito del Vaticano, tal vez del siglo VIII, y precisamente del tiempo de Esteban II. Minocchi comunicó el descubrimiento de una interesante leyenda franciscana muy antigua, y en gran parte independiente de todas las conocidas hasta hoy; Vichi probó la falsedad de doce supuestos retratos de César Borgia, y sostuvo que sólo hay cuatro auténticos, entre ellos el de la colección Borghese, vendido á Rothschild; los profesores Gabotto y Patrucco trataron de diversos puntos referentes al origen y funcionamiento de los Municipios medioevales; el ingeniero Bandi di Vesme llamó la atención sobre un asunto de la mayor importancia para los investigadores, á saber: que los Regesta Vaticana no son originales, sino simples *excerpta*, hechos para el uso privado é interno de la Cancillería, y que en ellos muchas bulas tienen el año cambiado, por lo cual es preciso cierta cautela para no incurrir en errores cronológicos al manejar estos documentos.

Una de las sesiones más interesantes de este grupo (y quizá de todo el Congreso) fue la dedicada á exponer la organización actual de los estudios históricos en las naciones cultas. Ya en una reunión anterior, el profesor Sagnac había anticipado algunas noticias importantes respecto de Francia; pero el asunto se trató de lleno y especialmente en la sesión postmeridiana del día 6. Por la calidad de los informantes (casi

todos profesores de Universidad), las noticias expuestas se refirieron, principalmente, á la enseñanza superior; no obstante, los Sres. Blok, Gertz, Monod, Putnam, Herald, Hjärne, Villari y yo, en lo referente á España, expusimos la organización de los estudios en los grados primario y secundario (1). El interés mayor de estos trabajos consistió en presentarlos reunidos, permitiendo que el auditorio formase rápidamente un juicio comparativo de los diversos países y una idea clara de los problemas hoy planteados á este propósito, de las dificultades con que se lucha en todas partes y de la manera particular de resolverlas que cada cual ha tenido.

En el grupo 2.° (Metodología) de la misma Sección, las comunicaciones más interesantes fueron: de Thayer, sobre la biografía como base de la historia; de Benussi, sobre el valor cognoscitivo de la historia; de Vailati y Croce, sobre los conceptos de *causa* y *efecto* aplicados al suceder histórico; de Korzon, sobre la definición de la historia general, con curiosas observaciones sobre el sentido de la llamada «historia de la civilización» ó de la cultura; de Gentile, sobre el problema de la filosofía de la historia; de Croce, sobre la objetividad histórica, y de Nitti, sobre los factores que hay que tener en cuenta para la reconstrucción narrativa de los tiempos pasados. Como se ve, todas estas cuestiones (con excepción, en parte, de la primera) se refieren á la concepción y al método de escribir la historia, no á la metodología de la enseñanza, que únicamente vino á tratarse de propósito en la citada sesión del grupo I.

En el grupo de Archivos, bibliografía y ciencias auxiliares, se trabajó sobre los siguientes puntos, entre otros: formación de una Bibliografía general histórica, á propuesta del señor Pribam; publicación de los «Rerum Normannicarum Monu-

(1) A las noticias referentes á los Establecimientos oficiales añadí una breve comunicación sobre los métodos seguidos en la Institución libre de enseñanza, hecha sobre los datos que al efecto me suministró el Sr. Cossío, profesor de la Institución.

menta Sicula, Acta et Diplomata»; compilación del Epistolario Muratoriano hecha por Campori, y con destino al cual se excitó á todos los poseedores de cartas de Muratori, en Italia y en el extranjero, para que comunicasen copias de ellas; proyecto de un Diccionario bibliográfico Italia-Portugal, presentado por Padula (1); investigaciones sobre la historiografía florentina anterior y contemporánea de Villani, hechas por el profesor Santini, el cual dió también curiosas noticias sobre las clases sociales de Florencia en los siglos XI-XIII.

Los grupos 4.° y 5.° de la Sección II celebraron pocas sesiones independientes. Los principales asuntos de historia diplomática tratados fueron: contenido de una colección de documentos formada por el Dr. Ognibene, y cuyo título basta para dar idea de su carácter: Indici-Regesti di carteggio degli ambasciatori, agenti e corrispondenti estensi presso le corti e le signorie italiane e straniere (secoli XIII-XVIII), e di quello dei principi e delle signorie d'Italia e fuori d'Italia colla Casa d'Este (secoli XII-XVIII); ordenación del archivo diplomático húngaro, obra del Sr. Ováry; la primera campaña de Bonaparte en Italia; batalla de Marengo y noticias inéditas sobre el anuncio oficial de la fuga de Napoleón desde Elba. En el grupo 4.° se trataron algunos temas más propios del 1.°

De los trabajos de la Sección III (Literatura), merecen notarse los siguientes: Goethe y el renacimiento italiano, por el profesor Harnack; Literatura portuguesa contemporánea, por Padula; génesis de las cuatro epopeyas cristianas, y elementos greco-romanos que conservan, por Halberg; diseño de una historia de la crítica literaria en Italia, por Croce; origen musical de la lírica cortesana de Provenza, por Novati, trabajo de un gran interés histórico en punto á las relaciones entre la música religiosa y la trovadoresca; Balaguer y sus relaciones con

(1) Sobre este mismo asunto, sabido es que tiene hechas notables publicaciones el Sr. D. Antonio de Portugal de Faria: *Portugal e Italia*, 2 vols. Liorne, 1900 y 1901.

Italia, por Zuccaro; un comentario inédito de Jacobo Alighieri, hijo de Dante, á la *Divina comedia*, por Luiso. (El autor cree que, probablemente, el mismo Dante inspiró este comentario.)

Las comunicaciones y discusiones de la sección IV en sus varios grupos, fueron muchas y muy importantes. Indicaré las que me parecieron más salientes y de interés más general.

Arqueología.—Discusión sobre la edad del bronce. El doctor Colini, que la inició, cree que se trata de una civilización que tuvo un origen único, oriental, y que se desarrolló contemporáneamente con la llamada miceneana. Se convino en que los descubrimientos hechos hasta el día son insuficientes para formular conclusiones generales, y que es preciso dar gran impulso á las investigaciones de este género en Italia. El profesor Lanciani dió explicaciones sobre la reconstitución de la *Forma urbis*, á que ya hemos aludido antes. De Petra indicó una explicación del tránsito de la inhumación á la cremación de cadáveres; pero la conclusión general de los que intervinieron en el estudio de este tema fue que no hay datos bastantes para determinar ni aun la existencia efectiva de ese tránsito. El comendador Boni habló largamente sobre los últimos descubrimientos hechos en el Foro, y el profesor Savignoni, sobre los resultados de la misión italiana en Creta. Collignon hizo el análisis del tipo «plañideras» de la Penélope del Vaticano, comparándolo con otros tipos. Pigorini propuso la formación de atlas paletnográficos preparatorios del *Corpus* de antigüedades primitivas de Italia, y se acordó pedirlo así al ministro de Instrucción pública. Boni dió noticias sobre los materiales romanos encontrados en las ruinas del «campanile» de San Marcos (Venecia).

Historia del Arte.—Profesor Venturi: Organización de expediciones históricoartísticas para estudiar los monumentos de Siria y del África cristiana, las influencias y difusión del arte veneto en Istria, Dalmacia y Archipiélago griego, y emigración de bárbaros en Rusia. Dr. Hermanin: Propuesta de un *Corpus* de marfiles medioevales. Romussi: Restauración de

la fachada del *Duomo*, de Milán. Waille: El viaje de Rabelais á Roma y sus resultados en punto al sentido artístico del autor de *Pantagruel*. Lambros: Relaciones entre los adornos de los títulos en los manuscritos bizantinos y la escultura eclesiástica. Toesca: Las pinturas del baptisterio de Parma (siglo XIII). Venturi: Esculturas, hasta ahora inadvertidas, de Nicolás Pisano, en el baptisterio de Pisa. D'Anconna y Leoni: Propuesta de una colección «de reproducciones de miniaturas, con especial atención á la época románica y al Renacimiento». Colasanti: Importancia de las fuentes poéticas para la historia del arte italiano. Lazzaro: Un fresco romano, recientemente descubierto en Trípoli y muy importante, á juicio del relator y de los profesores Venturi y Strzygowski, para la historia de la pintura romana primitiva. Tommasi: Restauración del Castillo del Buon Consiglio (Trento). Bernich: León Bautista Alberti, como autor de San Marcos, el Palacio Venezia, el desván de Santa María Mayor y el Arco de Alfonso de Aragón (Nápoles). Durand-Greville: Cambios químicos de los colores en los cuadros de Rafael y otros maestros. Piumati: Método seguido para la publicación de los manuscritos de Leonardo de Vinci, emprendido á cuenta del Ministerio de Instrucción pública.

Historia del arte musical y dramático. — Profesor Ramorino: Utilidad de publicar una edición crítica de los *Scriptores musici latini*. Villanis: Manuscritos de música del siglo XVI, conservados en la Biblioteca Nacional de Turín. Vessella: Evolución histórica de la partitura de banda. Paglicci-Brozzi: Recolección de los aires de charanga antiguos de los municipios italianos. Rasi: Fundación de un Museo de arte dramático italiano. Favara: Melodías sicilianas tradicionales (cantadas por el Sr. Oliva). Gaïsser: Cantos eclesiásticos griegos, conservados en localidades eslavas, griegas, calabresas y sicilianas. Lozzi: Documentos y autógrafos (de Monteverdi, Amati y Stradivario) sobre la historia del laúd y el violín.

Numismática.—Discusión sobre el idioma que debe usarse

ne las publicaciones numismáticas. Se acuerda sea el latín. Discusión sobre la manera de ordenar las colecciones de monedas. Historia de la moneda pontificia, por Castellani. Tipos de las monedas griegas, por Simonetti. Numismática siciliana del período aragonés, por Salinas. Haeberlin dió noticias sobre su hermoso atlas de la *aes grave* de la Italia antigua.

Los trabajos de la sección V (Historia del Derecho y de las ciencias económicas y sociales) fueron muchos y muy variados, aunque predominaron los de carácter romanista. Referiré algunos de ellos por vía de ejemplo. Discusión sobre los nuevos procedimientos del método histórico aplicable á la evolución del derecho codificado. Intervinieron en ella los profesores Saleilles, Gierke y Gaudenzi. Una obra inédita de Incmaro, de Reims, revelada por Ruffini. Naturaleza y antigüedad de las XII tablas: discusión por los Sres. Appleton, Leonhard, Zocco-Rosa, Cuq, Scialoja, Riccobono y Smeraro.—Necesidad de dar mayor entrada en las investigaciones históricas locales á la historia de las instituciones eclesiásticas, por el profesor Galante.—Las décimas sicilianas: discusión entre Scaduto, Gaudenzi, Ruffini, Castellari y Galante.—Funciones y límites de la historia del Derecho en la enseñanza superior: discusión en que intervienen Landucci, Gierke, Semeraro, Scaduto y otros muchos.—El desarrollo del Derecho comparado, por el profesor Pollock. Añadieron noticias sobre este punto Scialoja, Scaduto, Cuq, Zocco-Rosa y Altamira.—El manuscrito florentino de las Pandectas (reproducción fototípica), por los profesores Buonamici y Scialoja.—Propuestas de colecciones de fórmulas de Derecho romano y de fragmentos de leyes de la edad republicana é imperial, por Scialoja, Lothmar y Ehrlich.—Origen romano de los comitatos longobardos y francos, por Bandi di Vesme.—La concepción materialista de la historia del Derecho, por Montemayor, con aclaraciones de Ruffini, Agostini y Ehrlich (1).

(1) Mis comunicaciones en esta sección fueron dos: Organización práctica de un curso de historia del Derecho y conveniencia de un cam-

La sección VI celebró seis sesiones. En ellas se trataron, entre otros, los siguientes puntos: Preparación y publicación de un gran atlas histórico de Italia. Discutieron sobre esto Dalla Vedova, Amadei, Grasso, Marinelli, Uzielli, Gabotto, De Magistris, Amati, Shisleri, Popovich y Gribaudi. Este último habló, por vía de digresión, de la influencia del derecho germánico en la toponomástica italiana.—Un viajero italiano desconocido del siglo XVI-XVII, Baccio da Filicaja, que visitó el Brasil.—Cartografía geológica de Italia, por Pellati.—El inventor de la brújula náutica. Reconociendo el valor del perfeccionamiento introducido por los amalfitanos á principios del siglo XIV, se manifestaron grandes dudas respecto de la existencia de Flavio Gioja.—Toscanelli, Colón y Vespucio. El profesor Uzielli encareció la importancia de publicar los códices vespucianos, y Gallois defendió la autenticidad de la carta de Toscanelli, sobre la cual se ha discutido tanto recientemente.—La leyenda Annibálica en la toponomástica italiana.—El profesor Mori presentó, en nombre del «Regio Ufficio Geografico militare», la notable publicación titulada «Ojeada histórica sobre los trabajos geodésicos y topográficos y sobre las principales producciones cartográficas italianas desde la mitad del siglo XVIII á nuestros días».

La sección VII ofreció singular interés. Júzguese por los asuntos que paso á enumerar. Profesor Chiappelli: Origen egipcio de las primitivas cosmogonías griegas. Hicieron observaciones Labanca, Lasson y Stein.—Labanca: La Biblia y la filosofía cristiana.—Señora Aucher de Ferrer: Influencia filosófica de la religión musulmana en la mujer del Noroeste árabe de África.—Stein: Propuesta de un *Corpus philosophorum* de los humanistas bizantinos inéditos, dispersos en bibliotecas y archivos italianos.—Tocco: Importancia que debe darse al estudio histórico de la filosofía del Renacimiento.—Harnack: orí-

---

bio internacional, entre los profesores, de programas y notas sobre metodología; Valor de la costumbre en la historia del Derecho español.

genes del Nuevo Testamento.—Chiappelli: Método y espíritu de la historia de la Filosofía.—Tauro: Concepto de la historia de la pedagogía como parte inductiva de la ciencia de la educación.—Zanini: Origen de la fiesta de Cabo de año.—Menocchi: Salmos mesiánicos y ensayo de una edición crítica del texto hebreo.

Finalmente, la sección VIII trabajó en cuestiones tan interesantes como las siguientes: Reimpresión, á propuesta del profesor Millosevitch, del atlas de Ginzel, que comprende los eclipses solares totales y anulares ocurridos desde el año 900 (a. de C.) al 600 (d. de C.), en los países clásicos; constitución de una Sociedad internacional para la historia de las Ciencias; historia de la botánica en Roma, por Pirotta; un herbario de principios del siglo XVI, por Baldacci; la medicina y la hospitalidad en la Edad Media antes del año 1000, por Pensuti; enseñanza universitaria de las ciencias matemáticas, físicas, naturales y médicas, por Barduzzi y Giacosa; el *Radius astronomicus* ó *Jakobstab*, que el profesor Günther demuestra no haber sido invención de Regiomontano, sino cosa ya conocida en la antigüedad y de la cual habla también un manuscrito de Levi-ben-Gergon, judío catalán, que se conserva en la Biblioteca de Mónaco; publicación de las obras de Torricelli, propuesta por Loria; originalidad de los trabajos científicos de Lavoisier, por Guareschi; observaciones sobre las mareas en los tiempos antiguos y medioevales, por Almagia; historia de los términos *análisis* y *síntesis* en matemáticas, por Tannery; publicación de las obras de Volta, é invención de la brújula, por Müller, quien rechaza como legendario el nombre de Flavio Gioia, opinión en que le acompañan Günther y Moretti.

RAFAEL ALTAMIRA

LA SELECCIÓN DE LOS FULÁNEZ

Los Fulánez están llamados á desaparecer, si la ley de la nivelación y el equilibrio no lo remedia. Bajo este apotegma, enigmático á primera vista, se oculta un fenómeno social de tan inmensa trascendencia y de tan no menor enseñanza, que bien merece filosofemos un poco acerca de él.

***

No bastan todos los días de la vida de un hombre para decir y aun cantar la excelencia y trascendencia del nombre, empezando por lo de que en el principio fuese la palabra. El nombre es, en cierto hondo sentido, la cosa misma. Dar nombre á las cosas, como hizo Adán, es conocerlas y apropiárselas. El nombramiento es el acto de posesión espiritual.

Carlyle, en el capítulo I, *Génesis,* del libro II de su *Sartor Resartus*, dice:

«Porque lo cierto es que, como con insistencia repetía Walter Shandy, hay mucho, casi todo, en los nombres. El nombre es la primitiva vestidura en que envolvéis al *yo* que visita la tierra; vestidura á que se adhiere desde entonces más tenazmente que á la piel misma, porque nombres hay que han durado casi treinta siglos. Y ahora bien: ¡qué mística influencia no debió de enviar desde afuera á dentro, al centro mismo, especialmente en aquellos plásticos tiempos primitivos en que el alma era todavía enteramente infantil, blanda, y en que tenía que crecer la invisible semilla hasta llegar al árbol de plena sombra! ¿Nombres? Si pudiese desenvolver la influencia

de los nombres, que son lo más importante de toda vestidura, sería yo un segundo Trismegisto. No ya sólo el lenguaje común, sino la ciencia, la poesía misma, no son otra cosa, si se considera bien, que un recto *nombrar*. La primera tarea de Adán fue la de dar nombres á las apariencias naturales, y ¿qué es la nuestra todavía sino una confirmación de lo mismo, sean las apariencias exóticovegetales, orgánicas, mecánicas, estrellas ó movimientos estelares (como en la ciencia) ó (como en la poesía) pasiones, virtudes, calamidades, atributos divinos, dioses?—Con un sentido muy llano dice el proverbio: *llama á uno ladrón, y robará;* en un sentido casi semejante, ¿no podríamos acaso decir: *llama á uno Diógenes Tenfelsdröck, y descubrirá la filosofía del vestido?*»

He aquí un sugestivo pasaje del exagerado humorista Carlyle; del exagerado digo, queriendo decir con ello del genial, del intuitivo. En lo de humorista no nos detengamos, porque eso del humorismo es, dígase lo que se quiera, casi incomprensible en España, donde se toma por *humour*, ya la ironía, ya la sorna, ya cierta sátira, ó socarrona ó redomada. Los genuinos humoristas parecen gentes en delirio á cuantos aquí se consumen en la lenta fiebre de la anemia acompasada. Volvamos al hilo.

Sí; el nombre es en un sentido hondo la cosa misma, y jamás se ha dicho disparate mayor que aquel de que *le nom ne fait pas à la chose,* ni aun aquel otro de que el hábito no hace al monje. Sí; el hábito hace al monje, y el nombre no sólo *hace á la cosa,* sino que, en limpio y neto castellano, hace la cosa. Nombrar es conocer, y para nosotros es hacer la cosa, hacérnosla. El concepto mismo, ¿es, en rigor, algo más que el nombre?

Un concepto individual, puramente individual, apenas es algo positivo ni cosa viva y fecunda, mientras no se transmita, haciéndose por transmisión colectivo, social. Y el concepto sólo se transmite mediante el nombre, su cuerpo en un cierto sentido, pero en otro sentido no menos cierto, su alma, su verdadera alma. El nombre es, pues, el concepto socializado, el oro

acuñado. El nombre, y sólo el nombre, es lo que en un concepto queda si de él sacas las sendas representaciones concretas que cada uno nos formemos del mismo. ¿Me llamas por esto que digo nominalista? Entonces me haces tal, al llamármelo.

No hay que darle vueltas: sólo sabiendo cómo se han formado en los pueblos los nombres de los conceptos, llegaremos á descubrir su realidad externa, porque ¿qué otra cosa puede ser su externa realidad sino la causa que ha producido en nosotros esos conceptos? La filosofía se reduce á la ciencia de la generación de las ideas, á la *ideogonía*, y la ideogonía que quiera tener valor objetivo, á la ciencia de la generación de los nombres, de los conceptos socializados, á la *onomatogonía* ó lingüística honda. Llevamos las ideas encerradas en nombres; el nombre es la botella de Leyden de donde la idea surge y en que se concentra. ¿Por qué los neolatinos llamaron á la fuerza con este nombre, fuerza, *fortia*, y no con otro? He aquí una cuestión más honda que todas las disertaciones logomáquicas respecto á lo que la fuerza sea en sí.

Mas siguiendo en esta línea de reflexiones, iríamos de abismo en abismo. Acordémonos, pues, de los pobres Fulánez que nos esperan á que bajemos de la nebulosa filosófica, y vamos á buscarlos.

*
* *

Si el nombre es misterioso y preñado de vida, ¡qué no es el nombre propio, la denominación de cada individuo humano sufriente é insustituíble por otro él!

«No era delicado el que se permitiesen aquel chiste con mi nombre—dice Goethe en *Poesía y Verdad*, II, 2,—porque el nombre propio de un hombre no es como una capa, que se la cuelga uno y á la que cabe deshilachar y desgarrar, sino que es el vestido que se ajusta del todo; aún más, es como la piel misma que ha crecido con uno, á la que no se puede arañar ni arrancar sin herir al hombre mismo.»

Toda tu vida, desde que alboreó tu conciencia, te han lla-

mado por tu nombre, y á ti mismo te has llamado tal vez por él, por él te conoces. Antes de decir: *yo,* «yo quiero ir al jardín», dijiste acaso: «Juanito quiere ir al jardín», y en momentos solemnes te dices: Mira, Juan, no hagas eso, que te pierdes si lo haces. Estando un día á solas, ante el espejo, de noche y en silencio, pronuncia quedo, para ti solo, tu propio nombre, y es fácil que seas testigo de un fenómeno de desdoblamiento que pone espanto y que nos sume en profundo nominalismo.

¿No asegura nuestro apreciable Spencer, en su ensayo acerca del origen del culto á los animales, que los nombres propios fueron el principio de las religiones al identificar el nombre con la persona nombrada? ¿No sostiene muy serio que los descendientes del llamado el *Lobo* acabaron por creer que descendían de un lobo entero y verdadero, al que rindieron culto? ¿No nos cuenta Max Müller, el onomatólogo, que la mitología brotó de la fusión entre el nombre y la cosa nombrada, de la sustantivación del nombre y de su sustancialización? Y ten en cuenta que ni Spencer ni Max Müller son humoristas.

El nombre propio, amigo Juan Pérez y Sánchez, es un misterio mayor de lo que acaso te figuras, harto como estás de llamarte Juan, y cosa que te parece la más natural del mundo. Ese tu nombre, Juan, significó en un tiempo algo vivo, y hoy nada quiere decir ya; es un mero asignado, sin valor intrínseco. Pero ¡no!; aún lleva en sí la aureola de todos los grandes Juanes, desde el Bautista y el Evangelista, y el dejo de Juan Lanas, de Juan Pueblo y de Juan Soldado. Aún te choca un Benigno maligno, un León cobarde, un Ángel demoníaco, un Bienvenido que llega á destiempo, un Casto corrido; pero no te fijas en un Federico nada pacífico, ni en un Epifanio obscuro, ó en un Aniceto vencido, porque nada te dicen los nombres éstos.

Y, la verdad, más vale que no te digan nada, amigo Pérez, porque estos nombres significativos son tan ventajosos por el hecho mismo de serlo, como es ventajosa en la ciencia la terminología griega, que, no evocando en nuestra conciencia co-

rriente y espontánea idea alguna vulgar por la asociación de un nombre, no impide la evolución del concepto científico. ¡Cuán lejos no están las *matemáticas* de lo que la etimología de su palabra designa!

En rigor, á los hombres, como á los libros, de ser los nombres significativos, debían ponérnoslos *à posteriori*, después de nosotros acabados. Y, sin embargo, el título suele ser lo primero y, no pocas veces, lo único; y más en tiempos de literatura caleidoscópicos. El hombre suele ser hijo de su nombre, y no de sus obras. Tu nombre es tu estrella.

Pero volvamos, es decir, vámonos ya á los Fulánez, que dentro del nombre propio son apellidos, que vale tanto como decir llamadas.

***

La relación entre el nombre de pila y el apellido es ya de por sí algo instructivo, y, lo que vale más que instructivo, sugestivo; tan sugestivo, que sugirió no pocas reflexiones al bueno de Fustel de Coulanges, de quien supongo habrás oído hablar.

Porque este señor vió, como otros muchos lo habían visto ya; revió, digamos, que entre los romanos la unidad de nacimiento y de culto se señaló con la unidad de nombre, transmitiéndose el del antepasado cada *gens*, de generación en generación, y perpetuándolo con el mismo cuidado con que perpetuaban el culto. El *nomen*, el nombre propiamente tal, correspondía á lo que hoy llamamos apellido, era la denominación familiar, la de la *gens*; el *cognomen* ó co-nombre, nuestro segundo apellido, como si dijéramos, era el de cada rama de la *gens*, y lo último, lo individual, lo que es hoy nuestro nombre de pila, el *agnomen*: Cayo, Tito ó Quinto, es decir, Pedro, Juan ó Diego. El nombre verdadero, el oficial, el sagrado, era el *nomen*. Y lo mismo fue en Grecia.—Pero llega el cristianismo, y se vuelven las tornas al sobreponerse la persona individual, la redimida, la que se relaciona con Dios. En la

Edad Media, hasta el siglo XII, el verdadero nombre era el del bautismo, sin que llegaran hasta más tarde los apellidos patronímicos, solariegos ó de mote. Todo al revés que entre los paganos, diferencia que consiste—dice nuestro Fustel de Coulanges—en la diferencia de ambas religiones, ya que para la antigua la familia era el verdadero ser viviente, cuyos son miembros los individuos, y para la nueva es el individuo el libre é independiente. Los paganos partieron del apellido, del nombre de pila los cristianos, que en las edades de robusta fe apenas se llamaba cada uno de ellos Pedro.

¡Nombre y apellido! Elemento religioso y doméstico de un lado, elemento civil y público de otro. Para tu mujer eres Juan; para los periódicos, el Sr. Pérez.

De todo hemos menester, de nombre y de apellidos. ¿Qué es conocer una cosa sino clasificarla? Aquí tienes al abejorro sanjuanero. En muchas regiones sólo de apellido le conocen, llamándole abejorro, como á tantos otros coleópteros; en otras le conocen familiarmente por sanjuanero, por Jorge en Santander, *cochero* en Bilbao. ¿Le llamas *melolonta*? Es que le conoces librescamente, y en griego para mayor claridad. ¿Añades *vulgaris*? Le conoces mejor aún, ¡y tanto mejor! ¿Agregas lo de *lamelicornio, tetrámero*, *coleóptero*, etc? Cuantos más apellidos le des, presupones que le conoces mejor la parentela.

¡Cuánto puede decirse del nombre! Del nombre en su relación con el hombre. ¿Se hace el hombre el nombre, ó hace el nombre al hombre? He aquí un bonito tema de discusión. El nombre es, en esta edad del crédito y del papel moneda, el hombre socializado y acuñado. ¿A qué se aspira en el mundo, quiero decir en el siglo, sino á hacerse un nombre, á adquirir re-nombre, á salir del montón anónimo? El noble, *no-bilis*, es el que se debe á su nombre, *no-men*, derivados ambos, hombre y noble, de la misma radical *no-*, *gno-*, conocer. El nombre es la cualidad del noble, la ejecutoria de su nobleza. Noble significa, etimológicamente, conocido; y nombre, conocimiento.

Todo lo que atribuyes á un escritor sueles atribuirlo á un nombre, no á una persona. Del nombre podemos decir lo que de la fabricación de cañones aquel sargento de artillería, que así como Mr. Jourdain hablaba en prosa sin saberlo, así él hegelianizaba sin darse de ello cuenta; sargento que decía á un soldado que para fabricar un cañón no hay más que coger un ahujero cilíndrico y recubrirlo de acero. Así, revistiendo nombres, hacemos personas.

***

Entramos ahora en lo más sugestivo de nuestra sinuosa incursión, en la diferencia entre nombre y firma, diferencia que borra la que entre la denominación pagana y la cristiana señalábamos. El nombre precede al personaje, aunque siga á la persona; la firma sigue á aquél. La firma es el nombre monetizado en el mercado literario, esto es, en la feria de vanidades.

Ya en el período de mero nombre, de larva, da disgustos la indiscernibilidad del vulgar, y á menudo habrás visto, amigo Juan Pérez, que se acerca á la redacción de un periódico D. Pedro Sánchez Alonso, á que se haga constar que no es el Pedro Sánchez Alonso á quien prendieron por timador.

Pero la lucha, la lucha viva, con su serie de sugestivas estratagemas, empieza así que los nombres se convierten en firmas por el hecho de pasar los hombres privados á públicos. Entonces nace la lucha por la distinción, es decir, por la subsistencia. La firma propende á distinguirse de las demás, á ser inconfundible, á grabarse en la memoria del público. Y de aquí arrancan todas las vicisitudes públicas de los Fulánez, Mengánez, Perengánez, Perencéjez, etc.

La firma Burgundófero Rataflutis tiene más probabilidades de adherirse á la memoria de las gentes que la que no pasa de Juan Fernández. Basta fijarse una vez en la firma Fiacro Iraizoz, para no volver á olvidarla; y en cambio hay quien, en vez de firmar X, firma José Sánchez.

Empieza la lucha por la distinción. Los Fulánez se defienden, y con razón, guiados por la sobrevivencia de la firma más apta para ser recordada. Y ¡qué de expedientes no les sugiere el genio de la especie! Acuden á fusiones, á injertos, á elisiones, hasta á casos de mismetismo. De dos apellidos vulgares hacen un compuesto menos vulgar, según la proporción de las combinaciones binarias, y así resultan un Fernández y González, un Alonso Martínez, un López Domínguez, un Martínez Campos, un Sánchez Pérez, un López Núñez. Pasan luego á suprimir la conjunción *y*, que á la vez que une disyunge ó desune, como en el López Domínguez citado; v. gr., D. Marcelino firma Menéndez y Pelayo, pero todos le llamamos Menéndez-Pelayo. Otras veces sustituyen la conjunción *y* con la preposición *de*, y es que el apellido que lucha, el *vulgaris*, se apropia al segundo mediante el acto posesivo que el *de* implica, de donde tenemos Martínez de la Rosa, Núñez de Arce, Giner de los Ríos. Casos hay en que la fusión se hace más íntima mediante un guioncito; guioncito que acaba por caer, formando un Navarrorreverter, apellido verdaderamente aglutinante. Del Sr. Rubau y Donadeu he oído decir que sufre verdadera obsesión aglutinativa, y que, en virtud de ella, consigna con su lápiz en periódicos y escritos su firma, uniendo sus apellidos si van desunidos, y añadiendo Donadeu al Rubau á secas. Y hay casos, en fin, de conjunción, de verdadera *conjugación* plástica, como la de los protozoarios, de enchufamiento; y así tenemos Garci-Arista; ó Fernanflor, de Fernández y Flórez, firma esta última flexiva ya.

El día menos pensado resucita la ocurrencia de los humanistas del Renacimiento, que traducían sus apellidos: Melanchthon, Erasmo, Ecolampadio, eran traducciones al griego de sus nombres indígenas. Si esta costumbre arraigase, un Ibáñez (descendiente de Juan ó Iván), anglicanizado, podría firmarse Johnson. Y á este propósito recuerdo que, en una visita que hizo el marqués de Cerralbo allá á mi tierra, á Vizcaya, le llamaban, en un prospecto escrito en vascuence, marqués de

Muñuzuri, esto es, de cerro albo ó blanco. Lo mismo podrían llamar Madarraga á Pereda, ó, en Castilla, Manzanedo á Sagasta, ya que manzanedo ó manzanal es lo que en vascuence significa *sagasta*.

Y, después de todo, ¿qué es Daudet, esto es, D'Audet, sino nuestro Audet catalán; y Daguerre, qué más que nuestro Aguirre vasco? ¿Quién no sabe que Marat era hijo de un español, Mara?

Tampoco faltan quienes, viceversando lo consuetudinario, corroboren su apellido con el de su mujer, como aquel personaje de *El lirio en el valle*, de Balzac, que, teniendo la debilidad de llamarse Durand, dió en el ridículo de renegar del nombre de su padre, ilustre fabricante enriquecido en la revolución; y habiéndose casado con la única heredera de los Chessel, antigua familia parlamentaria y burguesa, bajo Enrique IV, quiso matar su Durand original para llegar á los destinos en que soñaba, y «*il s'appela d'abord Durand de Chessel, puis D. de Chessel; il était alors monsieur de Chessel*». Este buen señor hizo de sí lo que del pobre Ocaña hizo la gente: que, conociéndole tan sólo por marido de su mujer, á quien llamaban *la de Ocaña*, se le conocía á él, á Ocaña, por *el de la de Ocaña*.

El caso de D. de Chessel, contado por Balzac, nos lleva al caso de D. Bécquer, y á la idea central de esta digresión: la suerte de los Fulánez.

Los Fulánez, en efecto, están llamados á desaparecer gradualmente, reduciéndose antes á iniciales. Un Domínguez y Bécquer suprime la *y*, y hace apellido compuesto; su hijo reduce el Domínguez á D., órgano sin función, mero pendejo orgánico, como los dedos superiores del toro, y luego ese órgano acaba por desaparecer. Y así tenemos al poeta Bécquer, que era un Domínguez liso y llano. Si en Alemania naciese un Bécquer Domínguez, es lo más fácil que se quedara en B. Domínguez. Aquí los casos son tantos, que dejo que tú, oh mi buen Juan Pérez, repases en tu memoria los que recuerdes.

El pobre Fulánez se hundió en el olvido pasando por vergonzante F., ahogado por un distinguible Maciñeira, Gaztañazagojeascoa, Bellloc, ó lo que fuese. Ahí tienes á D. Práxedes Mateo, á quien todos conocemos por Sagasta, y por Sagasta se hubieran conocido á sus nietos en línea recta. A don Benito Pérez Galdós, todos le llaman Galdós á secas.

Recuerdo á este propósito que un botánico muy sabihondo construyó toda una teoría científica, aunque no botánica, sobre el olvido de esta ley de la gradual desaparición de los Fulánez, de cuyo cabal desarrollo solicito la prioridad. Decía el buen hombre que en todos los países cultos se observa cómo entre las notabilidades están los apellidos extranjeros en proporción mayor que el elemento extranjero en el país en general, de donde deducía un sin fin de cosas respecto á las ventajas del desplante á la superioridad en cada país del elemento alienígena sobre el indígena, y otras zarandajas por el estilo. Olvidaba el sabio en cuestión que hay muchos exóticos Bécquer que son castizos Domínguez. Sucedíale lo que á cierta comadre que me aseguró una vez que los niños á quienes se retrata no llegan á adultos, aserción que me dió en qué cavilar hasta que dí en un su fundamento lógico, y es que cuando el niño retratado vive se arrincona, por lo general, el retrato, y sólo se cuelga éste en la sala cuando el original se muere; de donde, como los retratos que se ven expuestos suelan ser de los niños que murieron, y no se vean los retratos arrinconados, se dice: retrato á la vista, original muerto; *ergo* todo niño á quien se retrata muere joven. Aquí del armónico Bastiat y de su famoso «lo que se ve y lo que no se ve», que tanto gusto dió en otra temporada.

Por supuesto, que esta luminosa ley de la selección de los Fulánez no explica hechos, v. gr., como el de nuestros generales Porlier, Lacy, O'Donnell, O'Ryan, Olawlor, Weyler, etc., hecho que tiene otra explicación en la milicia mercenaria y de exportación en un principio, y hereditaria después. Líbreme Dios de caer en el feo pecado de los descubridores de le-

yecillas de tres al cuarto, que se empeñan luego en universalizarlas, haciéndolas perejil de todas salsas.

*
* *

Ábresenos otra vía de reflexiones sin cuento en cuanto entremos á dilucidar cómo la costumbre se sobrepone al derecho escrito, lo orgánico á lo sistemático.

Pocas cosas parecen más sujetas á papeles oficinescos y á registro notarial que el nombre, y sin embargo apenas habrá apellido que se haya transmitido íntegro por transmisión legal durante cuatro generaciones. A cada paso ocurre el que se necesite información posesoria del propio nombre. No sirven jacobinismos mientras no nos apliquen una nomenclatura química. El mote mismo, el alias, origen de tantísimos apellidos, se está colando todos los días en éstos, hasta adquirir existencia legal, derecho de ciudadanía. A D. Diego Sánchez, por ser hijo de una mandadera de monjas agustinas, conocida la tal mandadera por Agustinas, se le conoce por D. Diego Sánchez Agustinas, y como apellido lo usa, y para usarlo legalmente hizo información posesoria de él. Y aún hay casos más curiosos, como el de D. Antonio Gómez, el boticario. El cual boticario tuvo un practicante apellidado Tordo, por quien el público conocía la botica, vulgarmente *botica de Tordo*; puso en el rótulo de ésta «Farmacia de Gómez y Tordo», y hoy figura como de los hijos de Gómez y Tordo. ¿Y si, pasando por G. Tordo, llegasen á Tordo á secas los que de éste nada tienen?

La inserción del término solariego se cumple hoy en día, y oyes decir Pedro el de Casavieja, y luego, á secas, Pedro Casavieja.

En realidad, eso de la transmisión en línea masculina del apellido paterno es una convención que induce á errores, porque José López, hijo de Pedro López, hijo á su vez de Martín López, y éste hijo de Manuel López, y el Manuel de Tomás, no

es más descendiente de este Tomás López, su tatarabuelo, que de Rufino Rufilanchas, otro de sus ocho tatarabuelos, y esto despreciando en el cálculo á las hembras, que no es poco despreciar.

Sucede con esto como con los ríos: que se empeñan los manuales en que tengan una sola fuente, como si no nacieran de toda una cuenca; y así enseñan que el Ebro nace en Fontibre, cerca de Reinosa, como si no naciese lo mismo en casi toda la vertiente española de los Pirineos. Al llegar á Tortosa es tan Cinca, Segre, Erga, Gállego, etc., como Ebro.

Lo que va acrecentando el Ebro en cada casamiento con otro confluente no es tanto su caudal acuoso como su nombre. Cada sobrevivencia de éstas le pone en mejores condiciones de sobrevivir en el próximo encuentro. ¡Y aquí sí hay que estudiar, amigos sociólogos!

Y aquí conviene advertir que esta representación lineal de la genealogía humana ó fluvial se fomenta con la fatal tendencia itineraria de nuestro espíritu, tendencia que nos lleva á representarnos linealmente los procesos ramificados, ó, más bien, tejidos en complicadísima urdimbre. ¿Qué otra cosa que fruto de esta tendencia mental itineraria es el figurarnos las opiniones políticas en serie lineal, desde la que llamamos más avanzada, el anarquismo, hasta la que se nos antoja más retrógrada, el integrismo? De esta representación serial nace aquella inmensa tontería de que los extremos se tocan. ¡Efecto acaso todo esto en gran parte de nuestra educación con antojeras, que nos impiden ver los senderos y veredas que, festoneados de verdura y fronda, parten del camino de herradura por que nos guían, á la vez que abocan á él! Pero no debo abusar yo tampoco de mis tendencias ramificantes, y aun de vagabundeo y divagación, y sin andarme en ires y venires, á diestro y siniestro, como perro de ojeo, me vuelvo al carril; quiero decir, que voy á ver si atrapo el hilo central de mi tan festoneada disertación. Pero antes permítaseme exclamar por vía de desahogo: ¡cuán grata me es, ay, la errática divagación

sugestiva, y cuán insoportable la metódica disertación instructiva!

Sí; la realidad invade la convención, y no se logra cristalizar lo vivo. Conocí un tal Vicente Vicente y Vicente, á quien en el pueblo se le llamaba Trevicente; ¿no pudo, acaso, adoptar este apellido y legalizarlo en debida forma? No sirven, no, cartas ejecutorias ni árboles genealógicos más ó menos amañados por reyes de armas. Impónense siempre, y dondequiera, las leyes naturales de la evolución, con su lucha por la subsistencia, su adaptación al ámbito, su selección y sobrevivencia del más apto, su atrofia del órgano sin fusión, con sus alamares y agremanes todos. Se ve que, así como en geología las mismas causas que siguen hoy obrando son las que en los pasados siglos produjeron los terrenos estratificados, así también sucede en las estratificaciones genealógicas, en que á los motes de un tiempo, cristalizados ya legalmente, vienen á adherirse los actuales apellidos en potencia; es decir, los motes de nuevos. ¿Por qué te ofendes del mote si tu apellido fue acaso mote de uno de los bisabuelos de tus bisabuelos? Él fue Cabezón; tú, llamándote así, eres tal vez Cabecita; ¡váyase lo uno por lo otro!

Y ¡qué de cosas no se hacen con el nombre, no ya en selección natural, como la descrita, sino en verdadera selección artificial, en cultivo de estufa! Bien decía Pasquín, el de *El Ingrato*, de Calderón, que

> Si á un padre un hijo querido
> á la guerra se le va,
> para el camino le da
> un Don y un buen apellido.
> El que Ponce sea llamado
> le añade luego León;
> el que Guevara, Ladrón,
> y Mendoza el que es Hurtado.
> Yo conocí un tal por cual
> que á cierto conde servía
> y Sotilla se decía.
> Creció un poco su caudal,

Salió de mísero y roto,
hizo una ausencia de un mes,
conocíle yo después,
y ya se llamaba Soto.
Vino á fortuna mayor,
eran sus nombres de gonces,
llegó á ser rico, y entonces
se llamó Sotomayor.

Pero volvamos á nuestros Fulánez y á la suerte selectiva que les espera. Quedábamos en que en la lucha por la distinción tienden á desaparecer los Martínez, Fernández, Pérez, López, Sánchez... y sus compañeros los García y otros. ¿Cómo acabará esto? Como dicen los perfectos manchesterianos que acaban cosas tales, en que las cosas vendrán de por sí, automáticamente, á equilibrarse. A medida que vayan desapareciendo irán haciéndose más raros, y perdiendo, por lo tanto, la razón de su desaparición, con lo que quedarán los restantes en mejores condiciones de lucha por la distinción. (Aquí del tan acreditado símil de los vasos comunicantes.) Los que no hayan llegado á firmas ó los que se hayan sostenido en ellas con estoica entereza, arrostrarán el vendaval y se levantarán un día solos con el santo y con la limosna. Los últimos serán los primeros. Y así llegará tiempo en que un Pérez, un Fernández ó un Sánchez serán tan poco comunes, tan inconfundibles, como un Rataflutis, un Schmarotzender ó un Unamuno.

¡Horror!—exclama aquí mi buen Juan Pérez.—¡Horror! ¡La nivelación en perspectiva! ¡El reparto equitativo de los apellidos! ¡Su distribución en porciones numéricas iguales! ¡El socialismo nominal! ¡La muerte de toda distinción! ¡La muerte de la iniciativa! ¡Un Juan Pérez como yo, tan distinguido como un Fiacro Iraizoz, ó un Vital Aza, ó un Tirífilo Echaluce! ¡Horror!

Mas podría suceder que, en virtud de la velocidad adquirida, tomasen los Fulánez un hábito á desaparecer que de tal modo se les arraigara, que no quedase ya redención para ellos. ¿Te choca este hábito, amigo Juan Pérez, y crees que he que-

rido meter también lo del hábito? Pues no te extrañes del hábito á desaparecer, porque los alienistas hablan de manía suicida hereditaria.

Si los Fulánez contrajeran manía suicida, llegaría tiempo en que un Sánchez, un López, un Martínez, serían lo sumo de lo raro, lo inaudito, y entonces, entonces verán tus tataranietos, amigo Juan Pérez, á los Rataflutis, los Iraizoz y los Unamunos, convertidos acaso en apellidos vulgares, buscando en sus papelotes genealógicos una humilde S., una M. escondida, una F. trasconejada en tal firma de tal tatarabuelo para infundir función en el pobre órgano atrofiado y resucitar un Sánchez, un Martínez ó un Fernández entonces distinguidísimos. ¡Por algo aseguran que el órgano atrofiado conserva su función en potencia! Algo significa la fábula aquella del pobre padre que, abandonado con su hijo, mamoncillo aún, logró, á fuerza de cariño, de voluntad y de tiempo, sacar leche de sus atrofiadas mamas masculinas.

Y mira, mira cómo al cabo de los años mil vuelve el agua á su cubil; mira cómo las firmas tendrán que volver á remozarse al fondo inextinguible de los humildes apellidos rurales, á la masa protoplasmática. Así, acaso el sobre-hombre nitzscheniano del siglo XL tendrá que refundirse en el famoso batibio haeckeliano para recobrar nueva vida.

Pero no hay que temer nada de esto, gracias á esa horrenda nivelación, á ese reparto esterilizador de que te horrorizabas, amigo Juan Pérez. Merced á él no necesitarán los altivos ricos ir á casarse con los empobrecidos y olvidados; gracias á ese triunfo de la mediana, no será preciso el tocarse de los extremos, que podría dar de sí una mezcla explosiva. El temido socialismo evitará la fusión de la aristocracia con la plebe.

Pero ¿crees que esas pobres F., M., S., P., G., hundidas en el olvido, han muerto? ¿Crees que ha vuelto á absoluta nada el modesto Domínguez del sonoro Bécquer? No; viven, viven en las honduras de lo inconsciente, en los abismos de los libros parroquiales ó en los del Registro civil, y así como una poten-

te conmoción puede traer á conciencia plena las profundidades inconscientes, y puede sacarse luz de la durmiente potencia lumínica de las sombras, así un genio serio, sólido, coherente, antihumorista y erudito puede desterrar de los libros parroquiales de tal aldehuela un olvidado Fernández con que remozar á un pobre Lunkekwig español de aquí á doce siglos.

Y aún viven esos durmientes Fuláñez otra vida intensa, profunda, penumbrosa, abismática. Pero aquí debemos detenernos como ante un misterio eleusino, y dar fin á esta descosida disertación acerca de la selección de los Fuláñez, á los que, por haberlos tomado, con la mejor intención del mundo, de conejillos de Indias, pide disculpa y venia su afectísimo servidor,

MIGUEL DE UNAMUNO

LOS CATEDRÁTICOS DE CASTELLANO

EN LOS INSTITUTOS DE SEGUNDA ENSEÑANZA EN FRANCIA

A fuer de proemio, ó *entrée en matière*, á este mi artículo, ruego á los ilustrados lectores de La España Moderna recuerden la graciosa fantasía escrita hacia los años de 1833 por *El Curioso Parlante*, y titulada *El extranjero en su patria*. Si el hijo de D. Melquiades Revesino, después de aprender la gramática en los Escolapios, hubiese cursado buenamente en algún Instituto patrio la asignatura de francés bajo la dirección de algún catedrático concienzudo y hábil, en vez de quedarse en París hasta cumplir los veinticuatro años, no hubiera vuelto por cierto á Madrid para atolondrar al bueno de D. Ramón de Mesonero Romanos con declaraciones de este jaez: «*Ello es bien cierto, pourtant, que yo soy nacido á Madrid—lo cual sea dicho entre nosotros*, — *y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro antes de mi partida en Francia*». Pero dudo que existiera por aquel entonces en España el *buen Instituto* con el *catedrático hábil* á que antes aludía. De suerte, que corrían los padres que querían proporcionar á sus hijos el conocimiento práctico de los idiomas, el grave peligro de verlos volver á sus hogares hechos unos horrendos monstruos, ni españoles ni extranjeros, sino más bien seres entreverados y neutros—verdaderos *desarraigados*, — á estilo del joven Mr. Camilo de Reveseint.

Si hemos de creer al ya aludido autor de las *Escenas matri-*

tenses, no les pasaba en aquel tiempo lo mismo á los de Francia con respecto á España, á su lengua y á sus cosas. No regresaban los franceses de sus viajes por la península Ibérica españolizados, ó tan sólo castellanizados, ni por pienso, y no seré yo quien saque á colación los saladísimos párrafos del consabido Mesonero acerca de *El viajero francés en Madrid*. Y como es de suponer que entre dichos viajeros franceses unos cuantos hubo que se dedicaran más adelante á comunicar á sus conterráneos, bajo forma pedéutica, el resultado de sus experiencias lingüísticas y méritos de elocución, ya se entiende lo bien enterados que estarían nuestros abuelos del *idioma de Cervantes* y de las costumbres de los *hijos del Cid*.

Con efecto: hubieron de estarlo bien, á juzgar por los insulsos chismes, las tan traídas como llevadas paparruchas que todavía corren aquí entre la gente semiculta ó burguesa. Pero no es éste lugar para desenvolver el riquísimo á la par que graciosísimo tema de cómo conoció y comprendió Francia á España en el orden de los tiempos. Otros lo han tratado ya, y entre ellos, maestros y doctores en hispanofilia, como monsieur Morel Fatio. De sus estudios se desprende que la incomprensión de nuestros vecinos de allende los Pirineos, parece entre nosotros una como tradición sancionada por los siglos. Hecho innegable, al par que lastimoso, de los que ponen grima, es el de que los franceses nos hemos pasado de ligeros al hablar de España. Desde los lejanos días de la Edad Media, en que renegaban mis compatriotas de las ventas transpirenaicas, *faciendo la vía del compostelano*, con amargas quejas de que les sirvieran guiso de gato por liebre; desde los Gaguin que en el siglo xv se muestran precursores de los Alejandro Dumas y Gautier en echar pestes contra la cocina española; desde la caricatura y el satírico libelo de tiempos de Luis XIV, descubriendo la creciente falta de comprensión de los franceses para con sus vecinos del Mediodía, cuyas costumbres hacen ley, sin embargo, entre los *honnêtes gens*, hasta la brillante aurora del Romanticismo, en la que se contrahace á España

cada día más; en la que Hugo nos la presenta fantasmagórica, gótica y truculenta al par que grandiosísima; Musset unce juntos á Próspero Mérimée y Calderón de la Barca, presentando tan campechano una andaluza de Barcelona y un don Páez; Dumas esgrime el puñal de la liga y el bote de veneno, útiles indispensables de las damas españolas, á las que cortejan los D. Mortés y D. Henríquez; desde el primero hasta el último de tamaños desatinos, ¿quien negará que tuvieran sobrado espacio y harta razón los españoles para chispear y rechispear contra los malditos gabachos? Y eso que todavía los hay entre nosotros que «después de permanecer en España un mes y veinte días, durante los cuales visitan el país vascongado, ambas Castillas y la capital del reino, la Mancha, las Andalucías, Aragón y Cataluña, apreciando, como es de suponer, con igual criterio tan vasto espectáculo, y sin haberse tomado el trabajo de aprender siquiera á decir «buenos días» en español, regresan á su tierra, llena la cabeza de ideas y el cartapacio de anotaciones, y al presentárseles de nuevo sus editores mandatarios, responden á cada uno con su ración correspondiente de España, ya en razonables tomos bajo el modesto título de *Impresiones de viaje*, ya dividido en entregas á guisa de folletín». Y ¿qué no se pudiera decir acerca del francés que *conoce á España* por haber ido hasta San Sebastián y haberse enterado, presenciando en la Concha el baño de los reyes y destrozando en el café de la Marina cinco voces castellanas en indecible chapurreo, de las costumbres españolas todas, del presente y del porvenir de aquel *desdichado país?* ¿Quién mentará también á la flor y nata de mis compatriotas que, en lujoso tren especial, se atreven hasta Sevilla para sumirse en el esplendor medioeval de la Semana Santa, desentrañando, gracias á Baedeker, los recónditos arcanos de la *devoción andaluza*, con la segunda intención de encontrar en las Delicias, ¿quién sabe?, á la turbantísima y tunantísima Concepción—Concha, Conchita, Chita, — Pérez de García, que hizo pasar las de Caín á Mr. André Stévenol, íntimo amigo del muy

taimado Pierre Couijs? (1). El cuento es que se requieren estudios largos y comprensión muy aguda si quiere uno, siendo extranjero, entender verdaderamente á España y á sus moradores. Eximiamente lo ha dicho J. M. Llanas Aguilaniedo, en un libro que no encontró en España toda la consideración que se merecía: «Constituyen los españoles un pueblo especial, muy enemigo de lo propio, misoneísta por instinto; un pueblo en que cada individuo es un obstáculo para la implantación de todo lo que no sea rutinario... Podrá el tiempo haber debilitado más ó menos nuestro carácter; pero en el fondo seguimos siendo los españoles del siglo xv, con todos sus defectos y buenas cualidades... Y no es que España sea un país atrasado; muy al contrario. Aquí se conoce todo, se analiza y se estudia la producción extranjera, y luego no se la sigue» (2). Dada, pues, la complejidad del actual estado social é intelectual de España, claro está que ninguno de los turistas más arriba aludidos tendrá las condiciones necesarias para sentar sobre bases firmes su juicio acerca del país que acabara de visitar á toda prisa, y, por lo tanto, apreciará tan mal como los viajeros de 1830, á quienes, con magistral ironía, tomó el pelo don Ramón de Mesonero Romanos. Pero si queda todavía tanto que desear en el modo de entender á España por parte de los franceses de hoy día, gracias á Dios no se puede decir otro tanto de la formación de los maestros de castellano para nuestros Institutos de segunda enseñanza ó *lycées*. De ellos voy á hablar un rato, poniendo en claro el modo de su educación pedagógica, y qué garantías se les exige antes de otorgarlos el título de agregados de la Universidad y catedráticos de número en un Instituto nacional.

No ignoran los ilustrados lectores de esta Revista que en nuestra segunda enseñanza se llama *agregado* al que, después

(1) Pierre Couijs: *La femme et le pantin*, roman-espagnol.

(2) J. M. Llanas Aguilaniedo: *Alma contemporánea*, estudio de Estética. Huesca, 1899.

de difícil concurso, ó sea examen con número limitado de admisiones, ha sido declarado oficialmente apto para recibir el título de profesor en un establecimiento público de instrucción. Pues bien: existía en Francia, hace muchos años, una agregación para alemán y otra para inglés, mas ninguna para castellano. Por otra parte, siendo el título de agregado indispensable, poco más ó menos, á todo catedrático laborioso y deseoso de tener garantías de porvenir y estabilidad en su carrera, no hay que ponderar en cuán trabajosa situación se hallaban los maestros de castellano de antaño, dada la imposibilidad terminante de adquirir un título reputado necesario—ya que no existía—y del que tan ufano andaba el maestro de alemán ó de inglés, para quien el idioma español acaso no era más que jerga medio latina, medio francesa, uno como patoés que, habiendo sido antes la lengua de Don Quijote, ya había dejado de ser cultivado literariamente y no se usaba sino en un país falto de precisión geográfica, más bien africano que europeo, allá donde rascan los hombres la guitarra bajo las rejas, á las que se asoman voluptuosas huríes, entre los rayos del sol meridional. Se imponía, pues, la creación de una agregación de castellano si se quería dar á la enseñanza de tan importante idioma—ya que ocupa el cuarto lugar entre las lenguas europeas en cuanto al número de individuos que lo hablan, y el tercero en cuanto á la área de su extensión—las garantías de derecho que con sobrada razón requerían las familias cuyos hijos cursaban esta asignatura en nuestros Liceos. Fueron menester grandes esfuerzos para vencer las dificultades—y las había de muy delicada índole—que presentaba la empresa de llevar á cabo la creación de dicha agregación. Se inició en la *Revue Universitaire* por conducto de D. Ernesto Mérimée, decano de la Facultad de Letras de Tolosa, una petición á la que adhirieron la mayoría de los maestros de castellano de Francia, y otras personalidades universitarias favorables á la difusión del castellano en nuestra patria. Y al fin se consiguió el objeto deseado: una orden ministerial decretó

la creación de una agregación de castellano, fijándose la fecha del primer concurso para fines de Junio de 1900, y publicándose en el *Journal Officiel* el programa y las condiciones de dicho concurso. Estaba limitado á dos el número anual de los agregados de castellano, y se anunciaba que se abrirían cursos especialmente destinados á preparar el programa de agregación en la Facultad de Letras de Tolosa. Así volvía otra vez la villa del «gay saber» á ser el centro de la cultura hispánica en Francia, bajo la competentísima dirección del sobrino del autor de *Clara Gazal* y de la *Historia del rey D. Pedro el Justiciero*, D. Ernesto Mérimée. Para dar á entender con más claridad la índole del concurso de agregación, voy á trasladar aquí el programa para las próximas oposiciones de Junio-Julio de 1903. He aquí, pues, los autores fijados por la Nota oficial:

D. Juan Manuel: *El conde Lucanor*. Pedro López de Ayala: *Reinado de Palacio* (estrofas 233-706). Francisco López de Gomara: primera parte de la *Historia general de las Indias* (págs. 155-224 de la Edic. de Rivadeneyra: *Historiadores primitivos de Indias*, t. I). Fray Luis de León: *La perfecta casada*. Cervantes: *Don Quijote*, primera parte (menos los capítulos 33, 34, 39 y 41). Góngora: Poesías insertadas en el *Tesoro*, de Quintana. Moreto: *El desdén con el desdén*. Ramón de la Cruz: Sainetes (t. 35 de la *Biblioteca Universal)*. Espronceda: *El diablo mundo*. J. M. de Pereda: *Sotileza*.

El concurso se divide en dos clases de pruebas: escritas y orales. Las pruebas escritas constituyen la primera parte del concurso. Duran tres días enteros. En el primero se tiene que disertar en francés sobre un asunto que, si bien referente siempre á la historia general de la literatura castellana, se relaciona más de cerca con el programa concreto del año. De este modo se podría, verbigracia, á propósito de la novela de Pereda *Sotileza*, proponer el siguiente asunto para disertación: *¿Qué lugar ocupa en la producción novelesca de Pereda la obra que se titula Sotileza?* Claro está que, á más de un conoci-

miento exacto del conjunto novelesco de Pereda, habían de tener al dedillo los opositores las obras en que la escena, las personas y la lengua se relacionan más ó menos con *Sotileza (El sabor de la tierruca, La Puchera, Peñas arriba, Escenas montañesas, Tipos y paisajes*, etc.). Y como no hay que pasar por alto los defectos de un autor, sobre todo cuando dichos defectos no dejan de añadir ciertos quilates al efecto expresivo y pintoresco de sus cuadros, cuidará el futuro catedrático de castellano de insistir en la tendencia de Pereda á abusar de su conocimiento del dialecto montañés, defecto que él mismo confiesa, si en *Sotileza* se cree precisado á insertar un glosario «de algunas voces técnicas y locales usadas en este libro». De ahí el que esté enterado nuestro candidato—á lo menos someramente—de lo que son los varios dialectos que en España se hablan, y haya hojeado libros como el de Múgica, acerca de los *Dialectos castellanos,* cuyo primer capítulo trata precisamente del dialecto montañés.

El segundo día se diserta en castellano acerca de un asunto de general interés literario, sin salir, por supuesto, de los límites de la literatura castellana, á no ser que se impongan comparaciones con otras literaturas que, al par que demuestran la cultura general del opositor, ensanchan los términos del debate, uniéndose en la precisión en las afirmaciones la copia de los datos, lo que no puede menos de impresionar favorablemente al tribunal. Supongamos que se elija á Ayala como asunto de disertación. El lema del discurso podría ser éste: ¿Qué idea puede formarse uno de la sociedad española del siglo XIV, según la pinta Ayala en las estrofas 233-708 del *Reinado de Palacio?* ¿Se reconoce en el estilo de esta sátira al político genial de la *Crónica de los Reyes de Castilla*?—Aquí se necesitará haber estudiado muy de cerca el espejo de la sociedad del siglo XIV, según llamó Clarus al cuadro satírico de Ayala, que Gallardo calificó á su vez con acierto de «efemérides del espíritu de su autor»; cuadro de afligida y descontentadiza recriminación, cuando el de Juan Ruiz, que lo comple-

ta, no es más que chancero y endiablado satiricón. Y como la edición que prepara el Sr. Kuersteiner, de *John Hoptins University*, no se ha publicado todavía, tendrá el opositor que valerse de la malísima de Janer, en el tomo LVII de la Biblioteca de Rivadeneyra. Siendo el *Reinado de Palacio* (ó mejor, *las maneras del Palacio,* véase á Ríos, *Ed. de las obras de Santillana,* pág. 11) del género didáctico moral—intermedio entre el sermón y la sátira grave,—se impondrá el compararlo con la riquísima serie de sátiras, tan generalizadas en la Europa occidental por aquel entonces, llamadas de los *estados del mundo*, y especialmente con nuestras *Biblias* francesas. Y finalmente, el conocimiento perfecto de la *Crónica*, fiel espejo de los reinados de D. Pedro el Cruel, Enrique II, Juan I y Enrique III, permitirá al opositor acabar su tarea con un retrato en pie del gran Canciller, «*ome simple et non letrado*», extraño conjunto de fe ardiente y libertinaje candoroso, de brutal realismo y política cautelosa, personificación acabada «de aquel caos fecundo del siglo XIV, en que la planta humana solía crecer torcida, pero ¡con cuánto vigor!» (1).

Para cada uno de esos dos trabajos se concede un espacio de seis horas, prohibiéndose todo lo que fuera textos impresos ó manuscritos, bajo pena de exclusión del gremio de la Universidad. El tercer día lo es, generalmente, de descanso, remitiéndose al siguiente las últimas pruebas, que son dobles: 1.°, traducción del castellano al francés; 2.°, traducción del francés al español. El texto castellano que hay que verter al francés, sin ayuda, por supuesto, de gramáticas ó diccionarios, se escoge comúnmente en obras de prosistas ó poetas de la edad de oro (2), y encierra, por lo general, cuantiosas dificultades, sea por alusiones á cosas del pasado, sea por tecni-

(1) Menéndez y Pelayo, en su estudio de Ayala, *Antología*, tomo IV.

(2) Es decir, desde las églogas de Garcilaso hasta *Hado y Dirisa*, de Calderón, si bien hubo en tal período de tiempo muchas y grandes divergencias, como lo nota Cuervo en el *Bulletin hispanique*, tomo IV, páginas 65-66.

cismos literarios en aquellas épocas vigentes, tales como el culteranismo ó el gongorismo. El texto francés es de la misma índole y no se admiten traducciones á estilo de las *hermosas infieles*, que tanto abundaban en ambas literaturas y que, teniendo la pretensión de embellecer los originales, justifican sobremanera el refrán italiano: *Traduttore traditore.*

Acertadamente lo dijo Gómez de Baquero en esta misma Revista: «La mayor parte de las traducciones no son traducciones literarias, sino industriales, hechas de cualquier modo, ya por falta de aptitud del traductor, ya por las desfavorables condiciones en que suelen hacerse estos trabajos, y no encareceré yo la influencia demoledora que ejercen en contra del mantenimiento de la pureza del idioma» (1). Téngase presente que los jefes del tribunal de pruebas se llaman Morel Fatio y Mérimée; es decir, hombres que dominan el castellano, y no se pueden dar por satisfechos con el poco más ó menos del que no se haya nutrido de la savia de los escritores de la buena época, maestros inimitables de lenguaje castizo y atildado. La traducción del candidato á agregación se hace con el amor que ponía en su obra el traductor antiguo; hay en ella la compenetración del traductor con la obra traducida, «objeto de su admiración, deleite de su gusto» (2). No hay que creer, sin embargo, que se imite servilmente la locución del siglo XVI, como algunos puristas quieren, sin curarse del transcurso del tiempo ni de las inevitables modificaciones que experimentan las lenguas, sino que en ella se esfuerza el opositor para conservar en medio de estas variaciones «la unidad de carácter, la vena propia, el sello individual y la contextura y forma peculiares del idioma, sacando los materiales de la traducción de la cantera original, en vez de buscarlos ó de admitirlos adventicios» (3).

(1) La España Moderna, 1.º de Mayo de 1901.
(2) Gómez de Baquero, loc. cit.
(3) Idem.

Terminadas las pruebas escritas, se esperan unas tres semanas hasta conocer el dictamen del tribunal, y al cabo de ese tiempo se coloca la papeleta fatal, en que vienen los nombres de los felices admitidos á pruebas orales, en el vestíbulo de la Sorbona, en París. De los quince ó veinte opositores que tomaron parte en las pruebas escritas, se habrán eliminado unos diez ó quince: sólo cinco ó seis nombres, á lo más, quedan en el parte oficial. ¡Dichosos aquellos que aciertan á descifrar sus patronímicos en los rápidos rasgos del presidente del concurso! Pero tal dicha no va sin punzante mezcla de temor: entre los cinco ó seis bienaventurados habrá tres precitos, pues no más de dos agregados se admiten cada año. Y principian las pruebas orales. Pruebas decisivas, porque si en las pruebas escritas pudo acaecer que sujetos imperfectamente preparados saliesen admitidos, aquí no cabe tal engaño. Con efecto: hay en las pruebas escritas un elemento de casualidad que en las orales ya no puede subsistir. Cada opositor va á encontrarse enfrente de sus jueces; tendrá que contestar á sus preguntas; estará ante ellos cual niño recién nacido, y, lo repito, aquí no cabe ningún género de artimañas. Para mayor garantía de imparcialidad, las pruebas son, además, públicas y á vista de todos. Pero ya en la corrección de las pruebas escritas se había procurado asegurar las mayores condiciones de justicia. Al efecto, no llevan las tareas ningún nombre de autor, cortándose la parte en que está la firma del opositor, en una oficina del Ministerio de Instrucción pública, y mandándose después la tarea á su corrector, el que de ese modo ignora de quién es el trabajo sobre el cual tiene que dar su dictamen.

Las pruebas orales duran unos cuatro días para cada sujeto, y se reparten: 1.°, en dos conferencias: una en francés, acerca de un punto de Gramática castellana; otra en castellano, acerca de un asunto de literatura relacionado con uno de los autores del programa; y 2.°, en dos traducciones: una al francés, otra al castellano, de textos determinados conforme al

programa también, y al fin, en la interpretación de un texto italiano fijado de antemano.

La conferencia de Gramática es más bien de índole filológica que de carácter meramente pedagógico, si bien de ella no se excluyen las particularidades lingüísticas que en una clase de castellano se tienen que aclarar á los discípulos. Se requiere por parte del opositor una preparación filológica seria y bastante larga, y con decir esto, excusado me será encarecer lo familiarizado que tendrá que estar con obras tan clásicas como las de Federico Díez, ó tan enmarañadas como las de Guillermo Meyer-Lübke ó Godofredo Baist, sin dejar á un lado por eso antiguallas de tanto mérito como el *Tratado de Gramática*, por Antonio de Nebrija; el *Tesoro de ambas lenguas*, por César Oudín; el *Tesoro de la lengua castellana*, por el Licenciado Sebastián de Covarrubias y Horozco; la *Gramática*, de Sobrino; el *Fundamento*, de Garcés; el *Diccionario de Autoridades*, así como Gramáticas más modernas y de valor desigual: las de Salvá, de Bello-Cuervo, de Miggers, de Förster, de Knapp, y el admirable, si bien incompleto, *Diccionario de construcción y régimen*, de Cuervo. Deberá haberse empapado asimismo—y cuidado que trabajo se le manda al pobre opositor—en la savia, algo turbia á veces, de la moderna ciencia hispanófila, encabezada por nombres de filólogos como Morel-Fatio, Cornu, Cuervo, Baist, Meyer-Lübke, Gröber, D'Ovidio, Gessner, la señora Dichaëlis de Vasconcellos, Monaci, Menéndez Pidal, cuyas monografías publican el *Bulletin hispanique*, la *Revue hispanique*, la *Romania*, las *Romanische Forschungen*, la *Zeitschrift für romanische Philologie*, los *Studj di filologia romanza*, los *Modern language Notes*, etc. Con esta preparación filológica podrá nuestro joven candidato afrontar sin miedo alguno empresas tan arduas como la de hablar tres cuartos de hora—después de preparación de veinticuatro horas, de las que hay que deducir las del comer y del dormir—sobre asuntos como éstos: *Construcción del régimen directo con la preposición á.—El «pretérito» castellano.—For-*

mación del plural de los nombres.—El «artículo» castellano.— El verbo «hacer» y el verbo «caber». — De los géneros en castellano, etc., etc.

La segunda conferencia versa sobre un asunto de historia literaria referente á uno de los autores del programa. A diferencia de la anterior, en que se empleó el francés, se usa en ésta el castellano. Viene á ser algo como la piedra de toque que sirve para aquilatar la erudición, y principalmente los adelantos lingüísticos del candidato. Tiene la misma duración que la conferencia de gramática, y se sortea, como ésta, sacándose del sombrero de copa de uno de los jueces del concurso una papeleta en que va escrito el lema de uno de los diferentes asuntos propuestos á la discusión de los examinandos. A manera de introducción, se requiere del orador muy concienzuda bibliografía de todas las obras ó artículos de revista de que se haya valido para preparar su discurso; y como, claro está, las veinticuatro horas antecedentes, entre las que no hay en realidad más de unas diez ó doce verdaderamente útiles, sirven á lo más para organizar lógicamente las ideas que ya tiene adquiridas, que son el fruto de sus anteriores estudios, es á veces dicha bibliografía larguísima y del todo completa, algo como el resumen hasta el día del estado de la ciencia sobre el particular de que se trata. En cuanto á la expresión de las ideas, á la *frase,* no hay que pensar detenidamente en ella: ni se tiene tiempo para escribirla, ni resultaría ventajoso el hacerlo, pues no se permite el uso de notas manuscritas durante la conferencia. Lo que sí se permite es un brevísimo compendio, el plan y nada más, del discurso. Se halla, pues, reducido el opositor á sus propias fuerzas y en condiciones favorables hasta no más para lucirse, si ha logrado, gracias á larga y repetida permanencia en España y al comercio cotidiano con los buenos autores, hacerse dueño del habla, dominar, al fin, el castellano. Y ¡ojo, que á un francés le cuesta trabajo dominar *de veras* el castellano! Pero, entendámonos. No se trata en la Sorbona de hablar el castellano que se oye en la

calle de Alcalá por las tardes, cuando pasea el macilento tropel de la juventud cursi (¿el porvenir de España?), ó en la «*chacharería*» del Ateneo; eso no. De ese castellano adulterado y destrozado que, lenta pero seguramente, va minando el nervio del idioma en que se escribieron *La Celestina* y las *Novelas ejemplares*, hay que huir cual de fiera peste. Con eso y todo, hubo opositores á quienes se les antojó aprovechar sus jiras y excursiones á Andalucía, para ensartar en sus cláusulas modismos propios á la calle de las Sierpes ó dicharachos familiares en el Perchel. ¡Figúrense mis lectores lo bonito que resultará tal chabacanismo en medio de un discurso acerca del *Poema de Fernán González* ó de *La perfecta casada!* ¡Infelices mil veces! Échales el alto el tribunal, invitándoles á recordar la clásica frase de Cervantes, que «*no pueden hablar los que se crían en las tenerías y en Zocodover, como los que pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia mayor*»; y á tratar menos á López Silva ó Luis Toboada, y más á Menéndez y Pelayo ó á Unamuno, digo, á persuadirse de que tanto modernismo no prueba, ni mucho menos, ciencia del idioma, más bien es señal de deficiencia lastimosa, y, por lo tanto, se invita á esos flamantes opositores á que vuelvan la próxima vez, que será en dicho caso el año que viene. El opositor que, según frase de Francisco de Medina, «*hinche los números de la perfición*», es el que á la exactitud rigurosa de los datos que suministra, á la rectitud perfecta en los juicios que falla, une la tersura natural en el decir y la gracia oportuna en la expresión—condiciones fáciles de realizar para quien *sabe* verdaderamente castellano,—y éstos son á lo menos dos cada año, y no es poco decir.

La tercera prueba la constituyen dos ejercicios de traducción: uno al francés, de un texto castellano sacado de los autores del programa, y otro al español, de unos escritores franceses previamente señalados. Pero al decir *traducción* no me expreso bien. *Comentario* es la palabra propia, y comentario literario, histórico y filológico (pues por algo forma parte del

tribunal de exámenes el sabio filólogo y catedrático de la Sorbona Mr. Thomas). Y aquí, ¡pocas dificultades le aguardan al pobre opositor! Mientras los que hacen oposición á cátedras de alemán ó de inglés, hasta de italiano, no tienen más que escoger entre ediciones críticas en que todas las dificultades de los textos vienen aclaradas hasta con demasiados pormenores, ¿qué va á hacer el opositor á cátedras de castellano? Se trata, pongo por caso, de López de Ayala: sabido es que la edición de Janer no vale casi nada. Knust lo probó ya por los años de 1867 en el *Jahrbuch für romanische und englische Literatur*. Pero ¿qué vale la mayoría de las ediciones de la tan decantada *Biblioteca de Rivadeneyra*, «*tormento seguro de quien tenga que habérselas con ella*», según tristemente tiene que confesarlo Cuervo (1), implicando su confesión el casi ningún valor de esa obra tremenda que se titula *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana?* Sabido es con cuánta grandilocuencia hablan muchos españoles de sus poetas ó prosistas del siglo de oro. Pero entre tantos panegiristas, ¿quién se ha tomado el trabajo de leerlos, de leer siquiera la obra completa de uno de ellos? «En España, dice el ya citado crítico de esta Revista, ocurre que las obras de los literatos, á excepción de media docena de ellos, tienen escasísima difusión, y que el tesoro de la tradición literaria yace olvidado, sin que lo visiten más que los eruditos» (2). Sin duda á tan triste aseveración darían no pocos la misma contestación que Fernán Caballero á su amigo Latour, el cual había escrito: «*les espagnols aiment beaucoup leurs poètes, qu'ils ne lisent pas*»—«¡qué verdad, qué verdad, empezando por mí! Pero ¿quién lee tanto, tanto, tanto?» (3). Cuando tienen todas las naciones cultas de Europa editados sus clásicos en espléndidas ediciones críticas, apenas si tiene España algo que merezca ser citado en materia de tra-

(1) *Bulletin hispanique*, tomo IV, núm. 3, pág. 218.
(2) Gómez de Baquero: La España Moderna, 1.° de Mayo de 1901.
(3) *Bulletin hispanique*, III, pág. 266.

bajos hechos por españoles en esta clase de publicaciones, y eso no puede negarlo el más sabio de los pocos que se dedican á tan noble si bien ingrata tarea, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, pues él mismo escribe: «Entre nosotros (vergüenza da decirlo) apenas se conocen las ediciones críticas para los estudiantes, ni siquiera las crestomatías bien anotadas, y las pocas y ya antiguas que tenemos, por raro caso llegan á sus manos» (1). Pero dejaré la palabra á mi querido maestro Sr. Mérimée, acerca del particular. «Mientras—escribe en el prólogo á su *Colección anotada de autores clásicos españoles*—estimamos entre nosotros que cualquiera página de Corneille ó de La Bruyère ofrece al maestro harto campo para explicaciones, y al opositor ocasión muy oportuna para hacer justo alarde de la solidez y variedad de sus conocimientos, al muchacho español recién salido del colegio se le reputa poseer de antemano, á modo de ciencia infusa, la inteligencia completa del idioma, vocabulario y estilo de un Mendoza ó de un Lope de Vega, del Romancero ó de Solís, sin hablar del Poema del Cid ó del Arcipreste de Fita. De ahí, sin duda, el que tantos bachilleres haya en España que, si bien capaces, gracias á su feliz memoria, de decir de coro cuatro trozos de Calderón ó de Zorrilla, se encuentren en la mayor imposibilidad de plantear y resolver con formalidad las dificultades de textos clásicos. De ahí también la sorprendente falta de ediciones anotadas, que se conceptúan inútiles. Sin embargo, ¡qué falta tan grande harían! Apelamos al juicio de cuantos hayan tratado de leer, aun en las colecciones de más fama, un texto de los siglos XVI ó XVII. ¡Qué de lecturas dudosas, cuántos descuidos en la composición, cuántas versiones poco satisfactorias, por culpa, bien del autor, bien del impresor! Se puede decir—y, con efecto, hasta en España se ha dicho—que, fuera de muy contadas excepcio-

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO: Prólogo á la versión castellana de *History of spanish Literature*, por Fitzmaurice-Kelly, pág. XVII. No dejaré de anotar aquí que existe á lo menos una crestomatía bien anotada, y es la *Antología de prosistas castellanos*, por D. Ramón Menéndez Pidal.

nes, dichos textos hay que revisarlos, cuando no fijarlos del todo. El descuido con que las obras dramáticas en particular se han dado á luz, sólo puede compararse con la rapidez de la composición. Tan plagadas están de errores de toda clase, que demasiadas veces ha parecido más fácil enaltecer sus bellezas que no entenderlas.»

Ya se ve, pues, lo apurado que se encuentra el opositor delante de un texto escueto, viciado las más de las veces, cuyo sentido hay que desentrañar sin otros medios que los de su propia investigación é incansable laboriosidad (1). Mas, en cambio, ¡qué seguridades ofrece para su porvenir docente el opositor que sale airoso de tan difícil certamen! Y, con efecto, se ve que los ya existentes agregados de castellano dan de sí pruebas inequívocas de celo en sus tareas, y dentro de poco estará, gracias á ellos, la enseñanza del castellano á la misma altura en nuestros institutos que la de los idiomas del Norte, *mutatis mutandis*. Así no se convierte una cátedra en órgano de repetición oral de lo que dicen los *manuels*; en órgano de exposición de asignaturas, de ciencia hecha, petrificada. Ni viene á ser el oficio de catedrático una prebenda, cuya propiedad se adquiere de una vez con la obtención del título de agregado, ejecutoria de dominio como la escritura de compra de un predio. El tipo del opositor que se *quema las cejas* durante unos años y revuelve textos y pone en tortura su intelecto y su memoria para alcanzar con la cátedra un destino cómodo y seguro, una canongía laica, sin otra obligación que las dos ho-

(1) ¿Qué no habría que añadir acerca de la carencia de buenos diccionarios del idioma castellano, «cuyos elementos no se han fijado aún completamente, en el que no se han compilado léxicos de la lengua de sus grandes escritores, ni siquiera de Cervantes, y donde la autoridad oficial y suprema es un diccionario en que faltan muchas voces viejas y nuevas, en que las definiciones son defectuosísimas y que carece de ejemplos, infinitamente más necesarios éstos que sus misteriosas etimologías en signos, incomprensibles para la inmensa mayoría de las personas que más han menester consultarlo?» (Piñeyro, en el *Bulletin hisp.*, tomo V, página 48.)

ras y media de clase (la asistencia al coro) diarias, de suerte que, despachada ésta, ya *el resto del dia es domingo,* según dijo cierto catedrático español al Sr. Unamuno (1), es ya imposible en Francia.

La traducción del francés al castellano requiere las mismas dotes de conocimiento perfecto del idioma; no ya del idioma académico, sino del que se supone hablarán los españoles cultos, ciertos héroes de las novelas de D. Juan Valera, pongamos por caso. Para este fin se escogen escritores franceses cuyo estilo sea verdaderamente nacional, si bien los asuntos tratados muchas veces son extranjeros. Bástenme traer á colación la lista de los autores apuntados, como textos de traducción para el próximo concurso: Le Sage, *Le diable bósteux*; Beaumarchais, *Le barbier de Séville;* Víctor Hugo, *Ruy Blas;* Alfonso Daudet, *Lettres de mon moulin.* Y se concluye el concurso con la traducción y comento gramatical de un texto literario italiano, pues un agregado de castellano tiene que poseer, á lo menos, una leve tintura de la lengua hermana del idioma del país

dove il si suona;

y nótese que se pone particular cuidado en apreciar su pronunciación del italiano, pues existe una nota especial para pronunciación.

Así se hacen en Francia los nuevos maestros de castellano. No sé si en estos mal trazados renglones habré dado una idea, cuando menos imperfecta, de la cantidad de trabajo que se requiere para afrontar con ánimo y esperanza de éxito las fatídicas pruebas de Junio. Téngase en cuenta, lo repito, que no basta sacar en el concurso algunos puntos más ó menos que otro compañero, como en exámenes ya muy importantes suele ocurrir á veces, pongo por caso, el de licenciatura; sino que en dicho concurso se usa el más estrecho rigor, pues hace dos años se vió *colgado* un opositor por tener sólo medio punto de

(1) Unamuno: *De la enseñanza superior en España.*

diferencia con el que salió segundo; y que tampoco consideran indispensable sacar dos agregados al año, pues casos se han dado en otras agregaciones en que declaraba el tribunal no poder en conciencia llenar el número fijado de plazas, porque le parecía que los opositores venían mal preparados, ó, á lo menos, no merecían por ningún concepto llevarse el título de agregados. Así se explicará la energía en el trabajo de que dan prueba los que quieren salir airosos del concurso, energía que por mi humilde parte me valió varias veces las enhorabuenas de mis queridos consocios del Ateneo, cuando en 1901 pasé una temporada en Madrid preparándome á hacer oposición á una cátedra de castellano. Pero no es éste lugar para traer recuerdos que á maliciosos lectores pudieran parecer importuna jactancia. Lo que quiero encarecer antes de acabar mi artículo, es la importancia que tiene la reforma para las relaciones amistosas de Francia con España. Antes de que existiera la agregación de castellano, no diré que no había buenos y hasta excelentes maestros de este idioma en nuestros institutos. Los había, y tan buenos, que la mayoría de los que se presentan á oposición son antiguos campeones de la enseñanza del español, envejecidos algunos en su noble si bien humilde oficio. Pero algo faltaba para que su estabilidad se afirmase, para que se les considerase como se consideraba á los maestros de los idiomas del Norte. Los directores de nuestros institutos, ó como los llamamos, los *provisores,* muchas veces se sentían inclinados á mermar las prerrogativas á que tenían estricto derecho los maestros de castellano, precisamente porque á éstos les faltaba algo para alcanzar el nivel de los demás, y ese *algo* era el título de agregados. Ya existe el título, y, como consecuencia, se extiende la enseñanza del castellano en Francia. Este año se ha fundado una cátedra nueva, que es la que desempeño en este instituto. Es de creer que poco á poco penetrará la enseñanza oficial del castellano hasta París, donde se la reclama organizada sobre más firmes bases que las de hoy. Los nuevos maestros, que todos han vivido bastante tiempo en

la península Ibérica, no dejan de mantener allí muchas amistades. Conociendo el país, hablan de él á sus alumnos con cariño. Estos, á su vez, arden en deseos de ver la tierra española, piden al maestro que les dé las señas de jóvenes corresponsales españoles. *Blanco y Negro*, *A B C*, *Nuevo Mundo*, *Sol y Sombra*, *Gedeón*, *Por esos mundos*, son populares en mi aula. Gracias á la generosidad de familias amigas residentes en España, se ha transformado ésta, conforme al espíritu del nuevo programa para la enseñanza de los idiomas modernos, en un pequeño museo español. Además de las obligadas vistas de corridas de toros, hay en ella un retrato de S. M. el Rey en traje de almirante de la Armada, y otro que es reproducción fototípica del cuadro del maestro Villegas. Hay también muchas tarjetas postales ilustradas, carteles de teatros, dibujos, caricaturas de Xaudaró, mapas, etc. etc., todo lo cual interesa en sumo grado á mis discípulos. Enfrente de los bancos, pegado á la pared, he puesto un cartelón que reza así:

SE PROHIBE, BAJO LA MULTA DE UNA PERRA CHICA,
HABLAR FRANCÉS EN CLASE

De consiguiente, todo el que deje escapar un vocablo francés, tiene que soltar la mosca y abonar la cantidad precitada. Los cinco céntimos—y no se olvide que muchos pocos hacen un mucho—se depositan en un cepillo *ad hoc*, y tenemos un cajero que asienta en un librito especial las sucesivas partidas, que al cabo de un mes vienen á sumar un duro, poco más ó menos, con lo cual nos suscribimos á un periódico (el mes de Marzo nos suscribimos al *A B C*, que gusta mucho por sus ilustraciones) ó compramos libros de fácil lectura con objeto de formar una biblioteca hispánica. Tenemos ya varios de los *Episodios* de Galdós, que alcanzan muchísimo éxito entre nuestros jóvenes lectores, por el tono familiar de la narración y el interés casi nacional de los conflictos narrados (claro está que aludo á los episodios de la primera serie; los demás inte-

resan menos á mis alumnos, que no saben bastante de historia española). Las obras todas de Blasco Ibáñez despiertan entre los mayores discípulos el entusiasmo más vivo por su magistral realismo y sin par objetividad. Cuando se presentan una palabra de difícil sentido, un modismo netamente castellano ó un idiotismo local, los apuntan los más estudiosos en un memorándum, y me preguntan después de la clase—en español, por supuesto—por su significación. Esas prácticas dan al estudio del idioma castellano animación y ardor. Se prepara una *élite* intelectual en Francia, que al fin conocerá á España, y conociéndola repudiará las tonterías corrientes acerca de aquel país; tonterías muy propias para dejar á los papanatas con medio palmo de boca abierta, ó, diciéndolo en francés, para *épater le bourgeois*.

Contra la afirmación completamente gratuita de tantos pseudosabios extranjeros ó españoles, contra esos asertos que tienden á presentar la España de hoy como de todo punto estéril en hechos benéficos para la humanidad, se levanta el nuevo catedrático de castellano, así en las aulas de los Institutos como en las tertulias burguesas ó en las conferencias populares, enseñando á sus oyentes que un pueblo que es capaz de producir un Menéndez Pelayo, un Ramón y Cajal, un Carracido, un Echegaray y un Azcárate, no es pueblo condenado á la esterilidad, pues tampoco aquí abundan los Pasteur ó los Berthelot, ni en Alemania se cuentan los Virchow por docenas. Y si bien no callará que en España distan, en realidad de verdad, muchísimo de la perfección, insistirá en que lo que falta no es lo que muchas gentes ilustradas, y el vulgo todo con ellas, se imaginan. Lo que falta es el encadenamiento con el genio de la raza. Tantos intelectuales como los hay tras el Pirineo, nacidos todos en tierra española, han decidido, al parecer, no recibir nada de sus antepasados. Renunciando á la espléndida herencia, al edificio ciclópeo, intacto dos siglos hace, se han trasplantado á otras regiones del continente europeo. Pero á las naciones no se las traslada, como á los individuos:

ni consiguen, pues, desarraigar al pueblo español de su inconcebible macizo peninsular, ni importar en España las ideas, las costumbres de otras gentes. A cada paso nos citan á los alemanes. ¿Por qué no siguen su ejemplo? Si los selváticos germanos, venidos ayer á la vida intelectual humana, hoy ejercen una casi hegemonía en ciertos órdenes superiores, ¿no es claro que se nutren del viejo espíritu alemán y que, impulsadas las generaciones presentes por las pasadas, transmiten, mejorada, á las venideras, la herencia recibida? No se nutre el árbol español por sus raíces, y está secándose. No se vigoriza al espíritu nacional en sus ideas, y le falta vida. Con cerebro y corazón ajenos no se pretenda mover el brazo propio, que siempre faltará el nexo de los nervios transmisores. Piénsese y siéntase *castizamente*; vuélvase á la tierra *española*, á las raíces *españolas;* sople el soplo de la vida genuinamente *española;* renazca la fe robusta de la *raza;* despierte el amor á la leyenda *nacional;* entonces, no *á pesar de esto*, sino *por esto*, tendrán los españoles amplia y sólida base en que edificar, y alientos para acometer los trabajos que demanda el progreso moderno. En este regreso á las tradiciones históricas y étnicas, dentro de las exigencias de la vida contemporánea, estriba, á mi ver, el porvenir de España. Ya que patentemente se evidenció el ningún valor de las teorías que sostienen los que, como Ferrero y Sergi, afirman la inferioridad nativa ó la degeneración de los redicentes novolatinos (1), y harto se ha probado que los entusiasmos de un Demolins estaban directamente relacionados con el mayor éxito de los colegios á la inglesa, no hay para qué hipnotizarnos en la contemplación de nuestra famosa *decadencia*...

Pero me dejo llevar de entusiasmos inoportunos y olvido que España no es tan sólo el objeto de nuestros estudios. En mi aula hay también un mapa de América, digo de la Améri-

(1) Todos conocen el magistral artículo de Fouillée en la *Revue des Deux-Mondes* (1900) acerca del particular.

ca latina, y les estoy llamando la atención á mis alumnos, cuanto puedo, acerca del porvenir que tiene allá un joven listo y emprendedor, ó, si no se quiere expatriar, de la colocación segura que ofrecen á nuestros productos ó géneros comerciales muchas de las repúblicas hispanoamericanas. Acerca de las minas del Perú les leí poco ha interesantes pormenores debidos á la pluma de D. Carlos B. Cisneros, cónsul del Perú en Burdeos. A propósito del cultivo del café en Méjico, saco del informe de D. J. A. Doremberg, cónsul de Bélgica en Puebla, datos rigurosos y detallados, que no dejan de abrir perspectivas nuevas en la mente de mis alumnos. De los detalles que nos suministró M. F. Wodon, director del servicio de emigración á la República Argentina, extracto cuanto pueda servirles para orientación de su carrera; y si en Santiago de Chile se ha fundado un Museo comercial francés, no dejo de leerles su descripción y las condiciones de exposición de nuestros productos en él. Referente al convenio amistoso celebrado entre Francia y Bolivia, les comunico los términos de tan importante acto comercial; y cuando Mr. Bailly, el encargado de Negocios de Francia en Lima, nos señaló el descubrimiento de importantes pozos de petróleo en el norte del Perú, les comuniqué su relación. Pero todo eso no constituye el objeto fundamental de la enseñanza del castellano en el Instituto. Queremos, y es nuestro deber, que los alumnos salgan del *lycée* capaces de hablar la lengua castellana ante todo, y España, no ya América, es la que queda madre del habla castellana. Pocos serán los catedráticos de español que conocen por sí mismos la América latina, si bien trato á algunos que, con Browning, pudieran decir:

> Y have trod many lands, knoron many men,
> probed many hearts, beginning evith my oron.

Y lo que se desconoce, ¿acaso se puede querer? Pero á España la conocemos. Hemos vivido todos, más ó menos tiempo, en su suelo; nuestra más risueña esperanza es volverla á ver.

En Burgos hemos soñado en la gesta del Cid, en las grandezas épicas de la reconquista. En Valladolid estuvimos en los ingenios de la corte de los Felipes, y la mustia Esquera hizo surgir ante nuestros alucinados ojos más de una vez la negra fantasma del ángel de tinieblas, ó el semblante esfíngido del señor de la Torre de Juan Abad. Y Madrid nos cautivó; ese raro, antitético Madrid de las hembras con hieles en la boca y mieles en la orza; no ya el Madrid turbulento y cosmopolita de la Puerta del Sol, de la lujosa Carrera, de la grandiosa calle de Alcalá, sino el de los barrios míseros, en los que se detuvo el tiempo, enredado en sus callejones; el Madrid de los viejísimos caserones, cuyos vecinos están más duchos en echar las tres cartas y en jugar del encuentro, del tirón ó de la mecha, que en otros oficios, quizás más útiles, pero no tan florecientes y gustosos. El alma mística de Toledo nos hizo estremecer. Sevilla nos brindó sus voluptuosidades refinadas. En Granada nos enamoramos de recuerdos, y Valencia del Cid nos sugirió las famosas palabras de Eurípides á sus compatriotas: «¡Oh, hijos amados de los dioses bienhechores! Vosotros recogéis en vuestra patria sagrada, y jamás conquistada, la gloriosa sabiduría como fruto de vuestro suelo, y marcháis perpetuamente con dulce satisfacción en el éter radioso de vuestro cielo», al entrar en la hermosa ciudad levantina, sonriendo á su huerta de flores, á su mar, á su cielo sin par. Dejándome de melancolías, la verdad es que cunde cada día en Francia la enseñanza del castellano, y engruesa aquí sin cesar el batallón de los hispanófilos. Así es que pasaron, para no volver, los días á que aludía al principio de este mi artículo; días que ya no son días, pues duraron siglos y siglos, y conociéndose á España en Francia, no se podrá menos de quererla. Y según los propios términos del inmortal Castelar en una carta que por los años de 1898 dirigía á Mr. L. Roy, presidente de la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos en Madrid, «así, libre España y libre Francia, olvidadas de antiguas luchas que nacieron del despotismo y no del derecho;

entregadas las dos á obras de pacífico progreso; conservando cada cual sus respectivas autonomías y mutua independencia dentro de sus límites geográficos; como son una y otra tan luminosas de inteligencia, tan buenas de voluntad, estrecharán cada día más sus fraternales afectos, nacidos de una consanguinidad eterna, y contribuirán á fundar el anfictionado europeo, que ilustre á la historia como el antiguo anfictionado griego, y que, impulsando á la humanidad adelante, haga del planeta una copia de Dios». Por cierto que á todos los hispanófilos nos agradó sobremanera hallar en las recientes y cariñosas palabras de D. Alfonso XIII, al recibir las credenciales de nuestro nuevo embajador en Madrid, algo como prolongado y rejuvenecido eco del vaticinio del gran republicano español.

CAMILLE PITOLLET

Aurillac (Francia), Abril de 1903.

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS.—*Vida moderna.*—Los partidos políticos en Chile.—Su historia y estado actual.—La lengua quichua y la dominación española.—Un nuevo libro de D. Vicente G. Quesada.—A qué se debe la decadencia en España.=*Revista jurídica y de ciencias sociales.*—El proletariado argentino.—El delito de los alienados y de los simuladores de la locura.=*La Revista nueva.*—Contra el feminismo.

En *Vida moderna* (números de Diciembre de 1902 y Enero de 1903) ha publicado el escritor chileno D. J. A. Alfonso varios artículos sobre *Los partidos políticos en Chile.* Son estos partidos, actualmente, seis: el conservador, el liberal antiguo, el nacional ó *monttvarista*, el radical, el demócrata y el liberal-democrático.

El conservador es «el que tiene sus raíces más á fondo en el subsuelo político de Chile». La revolución de la independencia fue, como no podía menos, «un movimiento de reforma, de progreso, *liberal*, en una palabra». Pronto vino la reacción, y los elementos liberales fueron vencidos en la batalla de Lircai. El Sr. Alfonso cree que esto era natural, y aun necesario, «sociológicamente hablando». Chile no estaba preparada para gobiernos democráticos como el que regulaba la Constitución de 1828.

«El período, en efecto, de conmociones violentas que produjo la emancipación nacional, había traído, como natural consecuencia, cierta anarquía, cierta inestabilidad social y política, que estaba pidiendo una mano firme y sólida que se impusiera á los encontrados intereses y á las ambiciones con-

trapuestas. La opinión pública, cansada de cambios y de trastornos, exigía que definitivamente se encarrilara la nave del Estado. El poder más sólidamente organizado que había entonces era el poder conservador, y fue ese poder el que se impuso en los campos sangrientos de Lircai.»

«El Gobierno conservador dedicó su principal atención á afianzar indestructiblemente los cimientos del Estado, y dictó la famosa Constitución de 1833, la que, con algunas reformas, impera todavía. Promulgada para salvar una época de conmociones y de quebrantos, tenía que ser, como lo fue, un código de férrea solidez. El poder central, el presidente de la República, fue investido de grandes y absorbentes facultades. La vida nacional desde entonces se originó, puede decirse, en ese alto funcionario, y á ese alto funcionario refluía. Fue el presidente un verdadero monarca sin el nombre de tal. Con semejantes vastas facultades, cesaron las agitaciones y se constituyó definitivamente el Estado. Fue esa, sin duda alguna, la obra culminante del partido conservador.

»La Constitución en 1833, en toda su absorbente forma primitiva, fue, si bien se mira, una sabia y adecuada transición entre el régimen absoluto del monarca español, imperante en la colonia, y el Gobierno popular y verdaderamente republicano, á que poco á poco van alcanzando los países de este continente.»

Si el general San Martín pensó, pues, en crear una monarquía constitucional «bajo la égida de algún distinguido príncipe extranjero», su idea hay que confesar que, dentro de las condiciones del país, «no era tan absurda como á primera vista pudiera parecerlo».

El partido conservador se mantuvo en el poder hasta los primeros tiempos del presidente Errázuriz Zañartu (1871-1876), quien, al fin, se alió con los liberales, que no sólo se habían rehecho, sino ganado mucho en la opinión del país. Los conservadores pasaron á la oposición, donde se hicieron reformistas; y allí, «solos ó en compañía de los mejores elementos libe-

rales, mantuvieron viva campaña, especialmente contra los avances autoritarios ó inescrupulosos de los Gobiernos liberales de Santa María y Balmaceda, hasta que, por fin, la dictadura de este último mandatario impuso, para combatirla y derribarla, la alianza estrecha de los conservadores, radicales y de los más sanos y prestigiosos elementos liberales, lo que, en junto, representaba aproximadamente las tres cuartas partes de las fuerzas políticas del país.

Derribada la dictadura de Balmaceda en Agosto de 1891 por las fuerzas combinadas de los partidos unidos, volvieron popularmente los conservadores al Poder en el gobierno triunfante de D. Jorge Montt. En él se mantuvieron por corto tiempo, coaligados con los elementos liberales que habían hecho la revolución, para volver después al gobierno más en firme y con mayores facultades, conjuntamente con algunos partidos liberales, en la presidencia de D. Federico Errázuriz Echaurren (1896-1901).

«Puede decirse que en esta última presidencia hizo crisis el partido conservador. Ellos, los conservadores, que durante muchísimos años habían gritado de voz en cuello, desde los bancos de la oposición, en pro de la moralidad y de la conección políticas y administrativas, levantaban y mantenían, con una fidelidad digna de mejor suerte, al Gobierno acaso más generalmente impopular que ha habido en Chile, durante el cual sufrieron los más serios quebrantos esas mismas conección y moralidad tan pregonadas.»

El partido conservador perdió mucho en la opinión y se quebrantó interiormente. Su desprestigio se evidenció en las elecciones de 1901, en que luchaban por la presidencia D. Pedro Montt y D. Germán Riesco.

«Fue tan enorme la manifestación popular de 1901, que sobrepasó aun los cálculos más optimistas de los partidarios de la candidatura de D. Germán Riesco, sostenida por la alianza liberal. No se recuerda en Chile un fiasco electoral mayor que el sufrido entonces por los partidarios del Sr. Montt. Fue ese

fiasco la condenación más significativa y explícita de una política que caía destrozada y con todos los síntomas de la descomposición. Se podrá defender esa política con argumentos sutiles de todo linaje; pero no se podrá destruir el hecho ni borrar la manifestación elocuente de la inmensa mayoría del país.»

. . . . . .

«Con el triunfo de Riesco en 1901, el partido conservador volvía á la oposición, pero desprestigiado ante la opinión pública, y, lejos de procurar rehabilitarse ante esta opinión, ha sido á veces un obstáculo para la adopción de medidas tendentes á depurar la administración pública, que la dejó profundamente viciada el Gobierno liberal-conservador de Errázuriz Echaurren.

»La tenaz campaña sostenida últimamente por los conservadores en el Congreso y en la prensa contra el proyecto de la enseñanza primaria obligatoria, y obligatoria todavía sólo dentro de ciertos límites adecuados á las posibilidades del país, ha aumentado las desconfianzas con que se le mira. Comprendiéndolo sin duda así, ha tratado á toda costa de volver de nuevo al Gobierno, á fin de tener mayores probabilidades de éxito en la campaña electoral de Marzo próximo, que dará por resultado la renovación del Congreso. Y, al efecto, ha pactado una alianza con el partido liberal-democrático ó balmacedista, alianza que significa la vuelta á la dirección de la cosa pública de la coalición liberal-conservadora, que cayó despedazada, hace poco más de un año, á los golpes del desprestigio público.».

Contribuye á que sea así, la alianza constante que caracteriza al partido conservador con el clero. La opinión pública cada vez se pronuncia con más energía «en el sentido de separar los intereses religiosos y permanentes de los intereses políticos y transitorios. Por otra parte, las concomitancias de lo religioso con lo político producen el natural resultado de aplicar á la contemplación y resolución de los asuntos políti-

cos el absolutismo y la intransigencia propios casi siempre de los asuntos de orden religioso».

El partido conservador se halla, pues, hoy en completa decadencia, sin que pueda predecirse su porvenir.

Después de la derrota de Lircai, el partido liberal no volvió á participar «con cierta estabilidad» del poder, hasta el período presidencial de D. José Joaquín Pérez (1861-1871), quien sucedió á Montt. Era Pérez un «temperamento tranquilo, cuyo profundo buen sentido prometía días de prosperidad y bienandanza para la República chilena».

«Orientó, en efecto, el presidente Pérez su política hacia un campo más popular; se desprendió de los elementos gastados del anterior Gobierno autoritario, y tendió francamente su mano á los liberales. Fue ese, como debía, por otra parte, naturalmente ser, un período de transición, en que, desde el Gobierno, se equilibraban en el país las influencias conservadora y liberal; período de reconstitución, podemos decir, de la familia política chilena; período de amplia libertad, en que se delinearon más netamente los partidos, en que recuperaron sus fuerzas y autonomía, y en que surgió ya formada una nueva colectividad política, con ideas avanzadas y para entonces atrevidas, el partido radical. Podía, pues, ya predecirse el triunfo definitivo de las ideas liberales, ó sea el Gobierno genuina y totalmente liberal.»

Así se consiguió en el período presidencial de Errázuriz Zañartu (1871-1876), quien, no obstante deber su elección á la alianza conservadora liberal, una vez en la presidencia la abandonó, convencido de que la opinión general le era contraria.

«El presidente Errázuriz, impulsado por la opinión pública y por la gloria de su Gobierno, sellaba con D. Manuel Antonio Matta, jefe del radicalismo, la alianza liberal-radical, que derrocó á la alianza liberal conservadora, y un representante del partido radical llegaba por primera vez al Gabinete á formar parte del Gobierno de la República (1875). Es esta evo-

lución, sin duda alguna, uno de los puntos más culminantes de la historia política chilena. Ella importaba un cambio de frente, nuevos horizontes, nueva y fecunda orientación política.

»Quedaba, pues, en aptitud el Gobierno de dar un impulso acentuado y vigoroso á las ideas progresistas y á las reformas civiles, que eran su natural consecuencia. Era éste el papel que le estaba naturalmente reservado al Gobierno de D. Aníbal Pinto (1876-1881), repúblico modesto, de carácter catoniano, de ideales avanzados y deferente siempre á la opinión pública.

«Desgraciadamente para el efecto contemplado, una aguda crisis económica primero, y dificultades internacionales después, dieron otro rumbo á la actividad de ese histórico Gobierno. Cúpole entonces á la alianza liberal radical dirigir los negocios públicos en el período internacional más álgido y brillante de nuestra historia», ó sea el de la guerra con Perú y Bolivia.

El nuevo presidente, D. Domingo Santa María (1881-1886), subió al poder en excelentes condiciones, apoyado por la alianza liberal radical. «Las reformas liberales del matrimonio y del registro civil y de los cementerios laicos», preparadas ya en los períodos anteriores, se hicieron efectivas. Se interesó igualmente Santa María por el mejoramiento de la instrucción pública, «haciendo venir del extranjero maestros competentes». Pero al lado de esto, Santa María hizo sentir en la política la influencia de su carácter vanidoso, autoritario, y «de su conciencia política inescrupulosa». Se vió por ello abandonado bien pronto por los radicales y los más de los liberales. «Echó mano entonces el presidente á los elementos de segundo ó tercer orden del liberalismo, y pretendió anarquizar y dividir los partidos históricos. Desde entonces se origina el quebrantamiento del partido liberal, y entonces también el personalismo vuelve á hacer su aparición en la dirección política del Estado. En esta administración de Santa María debe buscarse

el punto de arranque de las desgracias que habrían de sobrevenir al país en el Gobierno que le sucedió. La responsabilidad de estas desgracias cae, pues, en primer término, sobre el mandatario que arrojó al surco la mala semilla, sobre el mandatario que introdujo el personalismo en el poder y que absorbió las facultades inherentes á los partidos y á otras instituciones públicas.»

El partido *monttvarista* nació durante la presidencia de D. Manuel Montt (1851-1861), de cuyo nombre, unido al del primer ministro Varas, nació la denominación apuntada.

«El partido monttvarista, más que un partido, es una reducida agrupación ó pelotón político, tan escaso de influencia popular como fue escaso de popularidad el gobierno de D. Manuel Montt. Es más bien un estado mayor, siempre atento á congraciarse el favor del poder, cuya influencia y cuya sombra son su atmósfera y su vida. No tiene ideales ni doctrinas propiamente políticas, como que lo componen individualidades ya inclinadas al liberalismo, ya inclinadas al conservantismo, y como que no tendría otra razón de ser que su adhesión al orden público, por nadie amenazado.»

El partido radical tuvo su origen y su foco en la provincia de Atacama, en la ciudad de Copiapó, el mayor centro de cultura de Chile.

«Región minera, de duro trabajo, de vida intensiva, región industrial, está sociológicamente indicada para que ahí prendiera la luz del progreso en sus distintas manifestaciones, y consecuencialmente también la del progreso político. Fueron, pues, los sufridos y acerados mineros de Atacama los autores del radicalismo, esos mineros enérgicos, fuertes para el trabajo, libres de preocupaciones. Y ha conservado el radicalismo su sello de origen: el carácter, la acción vigorosa, el amor á la libertad.»

Entre sus fundadores descolló D. Manuel Antonio Matta, «hombre incorruptible, de convicciones profundas, de un alma cristiana, llena de los más nobles ideales, y con una absoluta

castidad de vida y de costumbres—el tipo, en una palabra, del apóstol,—que abrió á su paso ancha brecha y con él surgió la doctrina y se multiplicaron los discípulos. Solo primero, acompañado después, luchó sin tregua por el espacio de largos años, sin un solo desfallecimiento á pesar de los contrastes, y á su muerte dejó sólidamente constituído el partido á cuya instalación y desarrollo dedicó su vida entera. Constituye Matta un hermosísimo ejemplo de carácter y de espíritu verdaderamente republicanos.

»Mediante los esfuerzos del que con razón podemos llamar su fundador, el radicalismo fue el primer partido que en Chile se constituyó popularmente. Su base fundamental es, en efecto, la asamblea, ó sea la reunión de los partidarios inscritos, asamblea que elige los representantes en el Congreso y los que también han de representarla en la dirección general del partido, en la llamada Junta Central, compuesta no de una muchedumbre, sino de relativamente pocos miembros, circunstancia importante para la eficacia y unidad de la dirección y del gobierno, y que los partidos no siempre tienen en vista.»

En 1875 participó el partido radical, por vez primera, del gobierno. Su alianza con los liberales hizo triunfar la candidatura de D. Aníbal Pinto (1876), «uno de los políticos más probos y considerados de Chile». Después del rompimiento con Santa María, no volvió al poder hasta el triunfo de la revolución de 1891, y cooperó al gobierno de D. José Montt (1891-1896) y al del actual presidente, Riesco.

«Los radicales, que en otras partes, por sus ideas exaltadas y no siempre realizables, suelen no ser un elemento muy propicio para el gobierno de los pueblos, han constituído en Chile un excelente elemento de orden y de gobierno. Es ésta una circunstancia que se impone con el relieve inalterable de la verdad para todo aquel que juzga desapasionadamente la política chilena. Y la comprobación de esta circunstancia la tenemos en un hecho irredargüible é incontestable, visible para todos: los gobiernos liberales más serios, respetables y consi-

derados que ha habido en Chile, han sido proporcionalmente sostenidos por los radicales, y de ellos han formado parte. Tal ha pasado con los de Errázuriz Zañartu, Pinto, Montt (Jorge) y Riesco. A la inversa, las administraciones que no hicieron gala de moralidad política; aquellas que levantaron más resistencias en el país y produjeron mayores alarmas y dislocaciones políticas, como las de Santa María, Balmaceda y Errázuriz Echaurren, recibieron vivísimo fuego de las tiendas radicales.»

El partido demócrata, formado por la clase proletaria y dirigido especialmente á «defender los peculiares intereses de ésta», tiene ya alguna, aunque escasa, representación en la Cámara de los Diputados.

«Debe reconocerse que la actitud de este partido ha sido, en general, correcta. No han encontrado eco en él esas aspiraciones desmedidas ó anárquicas, que suelen encontrar un campo fecundo de germinación en las clases bajas, aspiraciones que ofuscan los criterios no suficientemente cultivados, y que dan origen á reclamaciones irrealizables ó absurdas y á actitudes intemperantes ó injustas. Es ello un síntoma más del buen sentido que generalmente ha dominado en la colectividad chilena.

»Ello no quiere decir, sin embargo, que no haya habido á veces desviaciones de la política por los intereses, y el credo, del partido le trazan. Por desgracia, estas agrupaciones, formadas por individuos no suficientemente instruídos, suelen ser, más que otras, explotadas por la ambición, el egoísmo ó las pasiones de los que se dicen sus propios partidarios, y hasta, á veces, de sus propios corifeos. Es lo que ha pasado con el partido demócrata chileno. Ello ha producido protestas violentas en el partido, y el resultado lógico ha sido quebrantos y divisiones.»

Otros motivos de debilidad de este partido son: la corrupción de su cuerpo electoral, producida por la ignorancia, y la apatía é indolencia del pueblo chileno, que le abandona en

manos de los que le sugestionan y conducen. Influye también en esto «el trato, en general benévolo, á que se encuentra sometido por las clases altas, especialmente si consideramos las pocas necesidades ó exigencias de nuestro pueblo. Influyen, por último y principalísimamente, estas mismas pocas necesidades ó exigencias, relacionadas ya con la misma fisiología de la raza y con las condiciones naturales y económicas del país.

»Como es esta última circunstancia la que da en buena parte la clave para la verdadera comprensión del estado social y político del pueblo chileno, creemos necesario considerarla especialmente un momento.

»Son, realmente, admirables las condiciones de frugalidad del trabajador chileno. Se mantiene con muy poca cosa, y resiste grandes privaciones. En casi toda la América del Sur son conocidas estas condiciones, y así no es raro que haya dejado su huella de labor en las obras más importantes, audaces y porfiadas que se han llevado á cabo en este continente.

»Su resistencia y energía corren, en efecto, parejas con su frugalidad. No es raro tampoco que estas circunstancias, con su valor legendario y con su gran desprecio por la vida, formen de nuestro *roto*, como vulgarmente se le llama, un soldado admirable. Estas mismas circunstancias de frugalidad, resistencia, energía y coraje, contribuyen á darle el carácter aventurero que lo domina, que lo hacen llevar una vida, por decirlo así, nómada; que lo conducen á un confín del país y mañana al otro, y, presentándose la ocasión, á todos los confines del mundo. Puede decirse que en nuestro roto no ha nacido todavía el amor al hogar, la adherencia al suelo. Su frugalidad no le hace apreciar debidamente las comodidades, que ni siquiera procura.

»Es un vividor al día, en toda la amplia acepción de este concepto, y no ha aprendido todavía, en consecuencia, las ventajas del ahorro. Todo lo que gana lo gasta, lo dilapida, especialmente en su pasión favorita, la bebida alcohólica.

»Está tan ajeno á las comodidades del hogar, que á cualquier observador no podrá menos de llamarle la atención el hecho, profundamente sugestivo, de haber, en esta materia, retrogradado respecto de sus antecesores los indios araucanos, ya que éstos viven en mejores condiciones, en mejores viviendas que nuestros rotos».

«El clima, en general benévolo, del país; la fertilidad de su suelo; la facilidad para ganarse una vida que, como lo hemos dicho, no tiene casi exigencias de ninguna especie, contribuyen á la satisfacción de la clase proletaria, y que ésta no sienta, á lo menos con viveza, la necesidad de cambiar de situación. No es extraño entonces que no tenga mayores ideales políticos y que, llegado el momento de ejercitarlos, trafique con su voto.»

El Sr. Alfonso protesta de la afirmación frecuentemente hecha de que el Gobierno de Chile es esencialmente oligárquico. No es así, «ya que aquí no gobiernan sólo unos pocos, que es la circunstancia característica de los gobiernos oligárquicos. En Chile, como en todas partes, gobierna la clase superior, esto es, la clase ilustrada, y sus diversas tendencias y matices se turnan en el poder. No hay aquí el estrecho exclusivismo gubernativo de unas cuantas personas. Lo que da cierto color de verdad á aquella afirmación, es la circunstancia ya observada de la adherencia del bajo pueblo á la que podríamos llamar aristocracia; es la circunstancia ya observada de la falta de estímulo ó de espíritu público que se nota en ese pueblo, lo que tiene su razón de ser en virtud de las causas á que también compendiosamente hemos aludido. El pueblo, en general, permanece extraño á la lucha pública ó, más exactamente, sigue el impulso que se le da».

El partido liberal-democrático vino á condensarse en 1891, con motivo de la revolución que estalló contra la dictadura de Balmaceda.

«La revolución chilena de 1891 difiere esencialmente de los demás movimientos revolucionarios, tan frecuentes en la

generalidad de las repúblicas hispanoamericanas. No se hizo por levantar á tal ó cuál caudillo. Fue impersonal, y su objetivo consistió en salvar la vida constitucional del país, vida que hasta entonces había transcurrido sin tropiezos desde la fecha ya remota de 1833. Después del movimiento revolucionario de 1810, que nos libertó de la dominación española, no hay en Chile movimiento más trascendental que éste; como que nos libertó, no ya de la dominación extranjera, sino de la tiranía alzada en nuestro propio suelo. Los sacrificios que entonces se hicieron y las vidas que valerosamente se rindieron, no fueron perdidas, ni debemos deplorarlas ni llorarlas con lágrimas de mujer...»

«Pasados los primeros momentos de estupor y de desaliento, los tercios vencidos de la Dictadura en 1891, se organizaron como agrupación política autónoma. Fue así como en 1893 surgió constituído el partido que se llamó liberal-democrático. La base doctrinaria de este partido no se diferencia en general de la del partido liberal, sino en un punto de importancia: en que el liberalismo democrático proclama el sistema de gobierno representativo ó presidencial (sistema yanqui), en contraposición al gobierno parlamentario, aceptado este último virtualmente por todos los demás partidos.

»Cuando el presidente Balmaceda luchaba denodadamente contra el Congreso en 1890, necesitaba una base doctrinaria en que fundar su actitud, y sólo entonces cayeron en la cuenta los que lo apoyaban, que el Gobierno que desde 1833, siempre *y nemini discrepanti* se había creído parlamentario, y que, como tal, invariablemente había funcionado, no lo era en realidad, pues la Constitución, decían, establece el sistema representativo ó presidencial.»

Pero si el nuevo partido no nació como personal, tiene «muchos ribetes» que contribuyen á darle ese carácter. «Sin que tenga en el hecho una verdadera base doctrinaria que lo distinga substancialmente de las demás ramas del liberalismo, vive, más que de otra cosa, de los recuerdos de su jefe espiri-

tual, el presidente Balmaceda, exaltados y engrandecidos por el sacrificio valeroso de este infortunado mandatario; sacrificio que rodeó su memoria de una atmósfera de simpatía y de piedad que ha contribuído al verdadero endiosamiento que de él han hecho sus partidarios.»

«Y tan poca cohesión doctrinaria siente el liberalismo democrático, que, abatiendo los ideales sustentados en su código fundamental, abrogando, al día siguiente de pronunciadas, las solemnes y enfáticas declaraciones de sus asambleas generales, renegando hasta de su propio nombre bautismal, pasa sin transición y sin el menor escrúpulo, del campamento liberal al campamento conservador, en busca, no por cierto de lustre para sus doctrinas, sino tras de los inconfesables intereses personales de sus caudillos.»

Algunos de los miembros más prestigiosos de ese partido muestran ya, sin embargo, la tendencia á reingresar en el partido liberal de que proceden. Lo probable es que ese impulso tropiece con graves dificultades opuestas por «todas aquellas personalidades, hoy dirigentes en él, que perderían su relativa importancia, una vez la unificación producida».

Aparte de estos grupos ya constituídos, se apuntan corrientes de opinión que pueden dar lugar, más adelante, á otros grupos políticos: el socialista, el federal (no obstante la gran reforma municipal que siguió á la revolución de 1891) y el económico (cuestión del papel moneda y del proteccionismo ó librecambio).

En el número de Marzo último, *Vida moderna* inserta un trabajo de D. Vicente G. Quesada sobre *La lengua quichua en las provincias argentinas.* Ofrece este trabajo un doble interés: el de su asunto y el de ser un capítulo desprendido de una obra monumental que el Sr. Quesada tiene escrita. Titúlase esa obra *La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española,* y comprende nueve tomos, cuyos títulos son los siguientes: I. *Los conquistadores y los indios;* II. *La lengua castellana y los idiomas indianos;* III. *La imprenta y los libros;* IV. *El movi-*

miento intelectual y la enseñanza; V. *Las fiestas y las costumbres;* VI. *El comercio y la legislación;* VII. *Los cabildos y la vida municipal;* VIII. *Las instituciones religiosas y el patronato;* IX. *Las capitulaciones y las fundaciones de ciudades.* Además, está precedida de un tomo complementario, titulado *Introducción*, que comprende estas partes: 1.ª *Concepto de la obra;* 2.ª *Su plan y tendencias;* 3.ª *Investigaciones;* 4.ª *Criterio del autor.* En tomos suplementarios (aún no terminados) sigue estudiando las otras fases de la vida colonial. En cuanto al contenido de cada tomo, los índices publicados dan á conocer lo que sigue. El tomo I tiene estos capítulos: 1.° *Estudio jurídico y social de los indios;* 2.° *La recopilación de leyes de Indias;* 3.° *Los indios en las provincias del Río de la Plata;* 4.° *Las misiones jesuíticas;* 5.° *Los indios después de la independencia.* El tomo II: 1.° *Disposiciones para generalizar la lengua castellana y extinguir los idiomas indianos;* 2.° *Provisión de curatos de pueblos indios, como medio para generalizar la lengua: pretensiones de los arzobispos de México;* 3.° *Los concilios americanos y las lenguas indígenas;* 4.° *La lengua quichua en las provincias del Río de la Plata;* 5.° *Los misioneros y su influencia en la desaparición de las lenguas indígenas.* El tomo III: 1.° *Legislación colonial relativa á la imprenta y comercio de libros;* 2.° *Introducción de la imprenta en el virreinato de Nueva España: primeras publicaciones;* 3.° *La imprenta en el virreinato del Perú;* 4.° *Idem en el de Nueva Granada;* 5.° *Idem en el del Río de la Plata y Chile.* El tomo IV: 1.° *Enseñanza primaria, secundaria y superior en el virreinato de México: movimiento literario;* 2.° *Idem en la capitanía general de Guatemala;* 3.° *Idem en el virreinato de Nueva Granada;* 4.° *Idem en el del Perú;* 5.° *Idem en el del Río de la Plata y capitanía general de Chile.* El tomo V: 1.° *Exequias reales en México: las de Carlos I y II; en Lima: las de Felipe IV, Isabel Farnesio y Carlos III; exequias de virreyes y arzobispos;* 2.° *El real estandarte;* 3.° *Recibimiento de virreyes y obispos;* 4.° *La Inquisición y sus autos de fe;* 5.° *El gobierno civil y sus luchas:*

la gobernadora Beatriz (1538), *las intrigas de Valdivia* (1541), *las luchas de Ocon y Trillo* (1608), *el proceso de Hernandarias* (1610), *la justicia virreinal, el cabildo y el teniente general* (1724), *el cabildo eclesiástico y su rango* (1738); 6.° *Certámenes literarios: fiestas y procesiones.* El tomo VI: 10 capítulos estudiando la vida comercial en las diversas regiones de la América española, según las fases de la legislación colonial. El tomo VII: 1.° *Colonización del territorio: instituciones;* 2.° *Buenos Aires de 1698 á 1729;* 3.° *Fundación de hospitales* (1611-1795); 4.° *Colegio de huérfanos* (1699-1810); 5.° *Rentas municipales;* 6.° *El muelle* (1778); 7.° *Los niños expósitos* (1779); 8.° *La ciudad de Buenos Aires en 1783; funciones edilicias;* 9.° *La cárcel y la peste* (1796); 10. *Corrales de abasto y mercados* (1799). El tomo VIII: 1.° *La Iglesia católica en América: su influencia política y social;* 2.° *Misioneros; Órdenes monásticas; clero secular; instituciones religiosas: iglesias, asilos, etc.;* 3.° *El derecho de patronato;* 4.° *La erección de catedrales;* 5.° *Los jesuítas y sus conflictos con los obispos;* 6.° *Los franciscanos;* 7.° *Los dominicos;* 8.° *Las monjas catalinas;* 9.° *Las iglesias;* 10. *Los obispos.* El tomo IX estudia en 17 capítulos toda la historia colonial argentina: descubrimiento, conquista, gobierno, fundación de ciudades, etc. En cuanto á los tomos subsiguientes, no se ha publicado hasta ahora el índice de su contenido.

En el capítulo que ahora ve la luz, estudia el Sr. Quesada los procedimientos seguidos en el Cuzco para extender la lengua castellana.

Los quichuas dominaron — según se desprende de los más recientes trabajos arqueológicos — países que ya antes habían llegado á un desarrollo importante de civilización é impusieron en ellos su idioma, haciendo obligatoria la enseñanza de él. El gobierno de los incas puso en esto empeño especialísimo.

«Resulta de estos antecedentes—dice el Sr. Quesada—que la lengua quichua fue introducida en las provincias hoy argentinas como consecuencia de la conquista de los incas; que en

la época del descubrimiento debió estar en decadencia, á consecuencia quizá de invasiones de bárbaros, puesto que no se encontró ciudad alguna ni se resistió la conquista española utilizando las murallas, de cuyas ruinas hablan todos los exploradores modernos.»

«Después de la conquista española—añade—no se recuerda hecho alguno por el cual se pueda demostrar que la lengua quichua se hubiera extendido á las poblaciones que no la hablasen antes, mientras que en México los franciscanos enseñaron la lengua mexicana para abolir la multitud de dialectos y lenguas indias, cuyo hecho históricamente está probado, como antes expuse. No hubo entonces emigraciones quichuas bastante numerosas hasta el extremo de imponer su idioma; por consiguiente, lo único que quedó persistente para demostrar hasta dónde se extendió la lengua del Perú, es la etnografía geográfica, la antropología, la arqueología y la lingüística, que señala, sobre todo, por los nombres de los ríos, montañas y lugares, los sitios donde imperó el monarca del Cuzco.»

La conquista española hizo perder autoridad á los maestros de los incas, que tenían por misión enseñar y difundir el idioma quichua, con lo cual se produjo la decadencia de ésta. Si hoy se conserva en los valles de Santiago del Estero y otras provincias del Norte de la República Argentina, es indudable, á juicio del Sr. Quesada, que se debe á que se ha conservado la población aborigen, y no á influencia de los españoles.

En comprobación de esto y refutación de los que creen que esa supervivencia se debe á la inmigración de nuevos grupos quichuas, auxiliares de los españoles ó traídos por éstos, el Sr. Quesada aduce un sinnúmero de datos históricos. Algunos de ellos es interesante recordarlos.

«Después de la conquista española, en vez de traer colonias de quichuas más ó menos numerosas para fijarlas en el territorio de Tucumán, consta, por el contrario, que el virrey del Perú, D. Francisco de Toledo, dictó un auto en la ciudad

de la Plata, á 2 de Noviembre de 1573, en el cual establece que, constándole que muchas personas que viajan á las provincias del Tucumán y Santa Cruz de la Sierra y otras provincias del Perú, traen indios é indias para su servicio, los que después alquilan para trabajos agrícolas y servicios personales, sin que vuelvan á su domicilio ó tierra de su nacimiento, puesto que aun los venden como si fueran esclavos, y que los indios, lejos de sus familias, se casan y abandonan á sus legítimas mujeres, mandó que en la plaza pública de la citada ciudad se pregonase «que todas é cualquier personas, de cualquier estado é condición que sean, dentro de tercero día manifiesten ante Alvaro Ruiz de Villarruel, secretario de S. E., cuántos indios é indias tienen en su poder ó en sus chacras, que hayan venido de las provincias de Tucumán ó Santa Cruz de la Sierra, para proveer lo que convenga, etc.» Y conmina á ello con penas de multa, privación de chacras y otras.

Por otra parte, es «sabido que los indios no tuvieron la libertad de cambiar de domicilio, porque, estando empadronados para el pago del tributo, el cambio de residencia perjudicaría al real Tesoro; y es también bien sabido que las traslaciones que se hicieron de poblaciones indias de unas para otras comarcas, fue siempre en virtud de disposición oficial. De manera que, para sostener con verdad que el origen de la lengua quichua en las provincias argentinas, especialmente en la de Santiago del Estero, tuvo origen en los aliados quichuas del conquistador Rojas, sería preciso pruebas positivas y no meras hipótesis. Yo sostengo que la lengua quichua se generalizó en aquellas poblaciones en virtud de la conquista de los incas, y lo demuestro con pruebas positivas y con la autoridad de los cronistas historiadores».

La conquista española—sigue afirmando el Sr. Quesada—siguió las huellas de la conquista quichua; la lengua castellana ha quedado definitivamente predominante; pero las denominaciones quichuas han persistido y se perpetúan en todo el territorio.

«Los conquistadores españoles encontraron dos lenguas generales en los dominios del inca: la cortesana, la llamada lengua general ó quichua, y la *aymará;* pero dentro del vastísimo territorio de las provincias gobernadas por el virrey del Perú, se hablaba además otra lengua muy propagada, aunque el pueblo no tuviese la civilización de los incas, ni de los aztecas, ni de los muiscas: me refiero al idioma guaraní, y omito especificar la multitud de dialectos indianos, para sólo recordar aquellas lenguas principales en los territorios señalados por el Gobierno de la metrópoli como jurisdicción gubernativa del virreinato del Perú.»

El Sr. Quesada termina recordando un hecho «que pone de relieve que la antigua conquista quichua había dejado profundas raíces que conservaba la tradición, por la cual eran muy entusiastas aquellos antiguos y sumisos súbditos del inca». Este hecho es la superchería de D. Pedro Bohorques, quien se fingió nieto del inca y obtuvo la adhesión de los naturales del valle de Calchaqui con sólo este reclamo.

En el mismo número, el Sr. Américo Llanos inserta, entre sus *Refutaciones á* «La cuestión económica», *del Dr. D. Angel Floro Costa*, un párrafo *Sobre la decadencia hispánica*, que merece señalarse, aunque sólo sea á título documental, junto á las mil y una explicaciones que de aquel hecho se han dado.

El Sr. Llanos no cree que España sea una nación decadente. Su situación de inferioridad económica, «y por lo tanto» política, filosófica, jurídica, religiosa, etc., no se debe á los malos Gobiernos, ni al clericalismo, ni á la camarilla parlamentaria, como afirma Paul Louis, sino, «en primer término, á su modo rudimentario de producción material». Su grandeza política no tuvo nunca la necesaria base de una fuerte constitución económica. Sólo pudo sostenerla mientras duró el consabido oro de América. Cuando ese oro comenzó á faltar, se cuarteó el edificio del gran imperio hispano, y España, «durante varios siglos, ha vivido hipnotizada por el miraje retrospectivo de aquellos días *en que el sol no se ponía nunca*

en sus dominios. Y la intensidad histórica del deslumbramiento, la borrachera de glorias del pasado, han sido tan excepcionales, que han contribuído á impedir, hasta hace poco, la preparación de sus materiales, á fin de revolucionar su arcaico modo de producción material. Y de esa manera, echar por tierra el Escorial político, jurídico, religioso y filosófico que gravita sobre la espalda de su grande, de su generoso, de su paciente pueblo.

»De su nirvana secular ha resultado una formidable deuda pública, cuyo servicio chupa gran parte de las energías de la clase trabajadora, que además de ello tiene que sangrar sus mejores arterias para prolongar la consunción de un *Estado* político, administrativo y judicial cuyo presupuesto pasa de 200 millones de duros anuales.»

El Sr. Llanos termina diciendo: «A juicio del Dr. Costa, «la causa fundamental... de la decadencia moral y material de España (pág. 139); esa causa, fuerza es reconocer con Paul Louis, Drapper, Spencer, Pompeyo Gener, Salmerón, Pi y Margall y Ramos Mejía... no es otra que la dominación asfixiante del catolicismo, que con la permanencia inquisitorial del Santo Oficio, no sólo la despobló, sino que ahogó los gérmenes de su intelectualidad. Eso dice él, y eso también decía yo hace dos años».

En la *Revista jurídica y de ciencias sociales* (Septiembre de 1902), el Dr. E. del Valle Iberlucea publica su discurso pronunciado en el Círculo socialista. Excita en él la colaboración de la juventud universitaria para el estudio y resolución de los problemas sociales, y afirma con profundo sentido que el mejoramiento de la clase obrera dependerá, «en parte, de la instrucción y educación que reciba» para formar la conciencia del poder y misión del proletariado en el mundo.

«No debo recomendar—añade—al partido socialista argentino lo que ha venido haciendo desde el día de su organización: la difusión de las ideas entre sus miembros y la clase proletaria; pero me permitiré insinuarle una idea. Aparte de

la instrucción de la mujer, cuyos beneficios son notorios para la democracia y la sociedad, la acción del partido, como de todos aquellos que quieran contribuir al mejoramiento del proletariado nacional, debe tender á la educación del gaucho, de los obreros de los centros rurales, y preocuparse de su bienestar y de su emancipación, tanto como del bienestar y la emancipación de los trabajadores de las ciudades.

»El hombre de nuestra campaña, señores, ha sido por su ignorancia, su nobleza, su adhesión personal al patrón, por un conjunto y una combinación de sentimientos, el principal medio que tuvieron los caudillos para su encumbramiento. Hoy mismo, en este ambiente donde no hay ninguna educación política, él es instrumento de los directores políticos. Parece que entre nosotros se repitiera el fenómeno de psicología político-social que ha ocurrido en todas las naciones: que el obrero rural sea el más firme apoyo de los partidos conservadores y de la tradición.

»Sin embargo, nuestro gaucho es revolucionario por temperamento; esa fidelidad al amo se explica, no por un acto de servilismo, sino por un sentimiento de nobleza: en el fondo de su alma, el gaucho ama la independencia y la libertad, tanto como á su rancho y la Pampa. Conociendo su psicología, hay que saber actuar sobre su espíritu; es necesario instruirlo, educarlo, despertarle la conciencia de su fuerza y su derecho.»

En el número de Enero-Febrero de la misma Revista, el Dr. Ingegnieros publica el cap. XIV de su libro en prensa *Simulazione della Pazzia,* dedicado á estudiar *El delito de los alienados* y *de los simuladores de la locura.* He aquí las conclusiones de su minucioso y detenido estudio:

«Actualmente se reúne, bajo el nombre de alienados delincuentes, á individuos psicológicamente heterogéneos, unificándolos jurídicamente por su irresponsabilidad penal; pero los verdaderos alienados delincuentes son aquellos cuyo delito es una resultante de su locura. La mayor parte de los alienados comunes han cometido actos delictuosos; sólo figuran en

los estudios sobre «alienados delincuentes» los alienados que han sido *procesados*, sin reparar en que sean más ó menos delincuentes que los alienados comunes no procesados. — El delito de los alienados suele presentar caracteres especiales, que permiten una relativa presunción diagnóstica sobre el estado mental del agente; pero no hay ningún signo diferencial de valor absoluto que permita afirmar la simulación. — El delito de los alienados guarda á menudo relación con la forma clínica de alienación; en los simuladores, esa relación no es de regla, sino excepcional.—Por el simple estudio de los caracteres del acto delictuoso, es posible descubrir la situación de la locura en un delincuente; pero esa posibilidad no tiene valor de certidumbre.»

En la *Revista Nueva* (Santiago de Chile), Clemente Palma escribe *Contra el feminismo* (número de Octubre 1902). Sus argumentos no son muy nuevos ni muy fuertes. He aquí la muestra:

«No me resigno á creer que sea posible la igualdad completa entre la cerebración del hombre y la de la mujer. Me he acostumbrado siempre á considerar perfectamente perfiladas las características de la actividad moral é intelectual, principalmente, propias de los sexos. La constitución moral de la mujer, más sutil y compleja; su excesiva sensibilidad, sus aptitudes todas, preparadas y dirigidas por la sabia mano de la naturaleza hacia el amor y la maternidad; su papel social, que, dígase lo que se quiera, es el que el pasado y el presente le señalan, más bien que el rol másculo, más bien que el sistema casi viril, hacia el cual quieren desviarla los partidarios de ese movimiento absurdo que se llama el *feminismo*, que no es en sus exageraciones sino el desbarajuste social, desde el punto de vista del hogar, como lo es el *anarquismo* desde el punto de vista de las instituciones consagradas y de la propiedad; todas estas consideraciones, y otras muchas, indican perfectamente el sendero por el cual están llamadas á ejercitarse las energías de la mujer. Una de las barrabasadas que en nombre

del progreso se cometen, una de las más injustificables y temerarias exigencias que se tiene, so pretexto de *evolución,* es esa reclamación absurda de autonomía femenina, de igualdad de derechos á los del hombre en la vida política y social, de igualdad de aptitudes y ocupaciones. No quieren comprender los *feministas* que cada sexo es un valor indiscernible, y que la invasión del uno en las funciones del otro rompe la armonía, la solidaridad y aun la estética en la ecuación de la vida social.»

Luego añade:

«¿Cuál es la más penosa labor de la Humanidad? La lucha por la vida. Pues bien: en la condición actual de la sociedad, la mujer está eximida de esta terrible y fatigosa contienda por el pan. Esposa, madre ó hija, es decir, en los estados normales en que se encuentra, es cuidada, alimentada y amada por el varón. Se queja de la injusticia social y, sin embargo, es la mujer quien menos derecho tiene de quejarse de esta condición cómoda, en la que sin esfuerzo disfruta el botín de la vida. Sí, se dirá; pero ¿y las desvalidas? ¿y las que no tienen marido, hijo ó padre? Pues bien: las leyes no las han olvidado, y han creado industrias y labores productivas, que están en consonancia con la naturaleza femenina.»

El Sr. Palma no se acuerda, por lo visto, de la infeliz situación económica de las mujeres obreras ó empleadas con jornal muy inferior al de los hombres.

El Sr. Palma no es, sin embargo, enemigo de la cultura de la mujer, aunque crea que la esfera propia de ésta es el sentimiento.

«No es esto decir que la mujer deba prescindir de la educación de sus facultades mentales; muy al contrario, creo que nada hay más agradable que la conversación de una mujer de espíritu educado, de una mujer que lee, que reflexiona, que cultiva las artes y ejercita su criterio afinado y sutil en la apreciación de las cosas, de las personas y de los hechos; en una palabra, creo que el *dilettantismo* femenino, sea simple-

mente artístico ó tenga mayor amplitud, es el *desideratum* para el bienestar de esta pobre estirpe humana, en lo que hace á la relación intelectual de los sexos. La inversión del orden social y el desbarajuste vienen cuando la mentalidad del bello sexo intenta salir del *dilettantismo* para constituir un factor activo, una fuerza en la obra de la civilización.»

Por último, el Sr. Palma cree que Schopenhauer «habló mucho de las mujeres y las trató muy poco». Por desgracia para la sinceridad del gran filósofo, esto último no parece haber sido exacto.

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

NÚÑEZ DE ARCE

Han de tomarse estas líneas como homenaje á un gran poeta y memoria de él, no como ensayo de crítica de una personalidad literaria tan conocida y justamente famosa como la de Núñez de Arce. No se trata de descubrir al autor de los *Gritos del combate*. Su obra poética está juzgada ya; y ese juicio, en que han marchado de acuerdo en muchos puntos la común opinión del público y los dictámenes de los doctos, es ó parece, en sus líneas generales, definitivo. Quizá en lo futuro algún diligente investigador de la historia literaria escriba un Núñez de Arce íntimo, uno de esos estudios biográficos tan frecuentes ahora en Francia, en los cuales se marca el predominio del método histórico de la literatura; pero el juicio general sobre la obra poética del autor del *Idilio* probablemente ha de variar poco.

Creo yo que la relación entre el hombre, la época y la labor literaria es muy visible y muy lógica en el caso de Núñez de Arce. Para ser poeta famoso, admirado de sus contemporáneos, se necesita ser hombre de su tiempo, y hombre de su tiempo fue Núñez de Arce. El pensador puede remitirse á la posteridad y fiar en ella, contando con la lenta germinación de las ideas; para el poeta es mala apelación ésa. Tiene escasas probabilidades de que su fama resucite póstuma, si no brilló esplendorosa de presente. Diríase que necesita la obra del

poeta de la comunión con el ambiente social, y aun de su colaboración.

Al morir era Núñez de Arce una figura solitaria del Parnaso español. No tenía iguales. Él y Campoamor descollaron entre los poetas de la segunda mitad del siglo XIX como dos árboles de elevadas copas sobre los arbustos y yerbas de la llanura. En el ramaje de uno y otro árbol cantaron maravillosas aves canciones de ilusión, canciones de amor, canciones de desaliento ó de entusiasmo. Pero la música de unas y otras canciones era muy diferente. Núñez de Arce era más castizo, más grandioso en la forma, más español, más castellano. Campoamor, más universal, más flexible, más rico en matices, de pensamiento más hondo. Junto á los versos severamente esculpidos de Núñez de Arce, tienen los de Campoamor cierta ligereza sutil de algo que se mueve, que se agita, que vive, que no está encerrado en una concreción definitiva.

Por eso quizás Nuñez de Arce *pasó* antes que Campoamor. Entendámonos: *pasó* en lo que tenía de transitorio su obra, en lo que respondía al gusto de una época, á la tradición de un período literario. Núñez de Arce cierra, en efecto, una época de la poesía española; en él palpitan y con él se extinguen acaso los últimos ecos de la inspiración de Quintana. En cambio, Campoamor es un poeta de transición, un precursor de la poesía novísima, y á él se parecen más, sin duda, ó si no se parecen tienen con él más puntos de contacto, los nuevos poetas. Núñez de Arce es un clásico, el último de los clásicos de nuestra lírica por ahora, y junto á ese elemento pasajero de que antes se habla, hay en su obra elementos de belleza permanente, que perdurarán en la historia literaria del siglo XIX, en esa historia literaria en que ya iba entrando gloriosamente el autor de los *Gritos del combate*. La actualidad del escritor se mantiene con la labor continua. Cuando ésta cesa, aquél va pasando á la historia ó al olvido, según merezcan sus obras. Núñez de Arce escribía ya poco en verso; iba pasando á la historia. Sus últimas obras, *Poemas breves* y

Sursum corda, eran, á pesar de algunos luminosos destellos de un ocaso grande y hermoso, obras de decadencia. Los brillantes días del *Idilio,* de la *Última lamentación de Lord Byron,* de *Raimundo Lulio,* estaban ya lejos. El primer canto de *Luzbel* fue acaso lo último que escribió en pleno vigor todavía el ilustre poeta.

Quisiera yo reflejar en breves palabras la armonía que encuentro entre el hombre, la época y la obra literaria de Núñez de Arce. El hombre, físicamente, no delataba al poeta. Si no hubiera sido tan conocido como era en Madrid D. Gaspar, los que le veían por las tardes en la librería de Fe no se hubieran figurado que aquel señor pequeñito, encorvado, de barba descuidada, entrecana, y ojos vivos y tiernos, llevaba dentro al cantor arrogante de la independencia griega, al tierno poeta del *Idilio,* al evocador de fray Martín Lutero, al satírico lleno de fuego, que fustigó con severos acentos á la licencia y la anarquía. No; más bien parecía un bibliófilo que iba á allí á echar un vistazo á los últimos libros.

Núñez de Arce había nacido el año 34. Su vida pública empieza pronto, en la época de la guerra de Africa, adonde fué de corresponsal de un periódico madrileño, papel encomendado entonces á literatos. El *reporter* no había aparecido aún; la información periodística estaba en mantillas; no se batía como ahora el record de la rapidez. La actualidad duraba más y representaba menos. La labor literaria podía ejercitarse reposadamente en los temas periodísticos; el tiempo no era, como hoy, seguido hora tras hora por la carrera de la información, que á veces se le adelanta. Entonces le seguía sin apresurarse, á larga distancia, y le miraba correr sin darse prisa.

Núñez de Arce fue político, la mejor carrera en España... para los que no tengan la adversa suerte del *Z. Marcas,* de Balzac. Figuró en la unión liberal, y yo creo que las ideas de su musa siguieron siendo siempre de la unión liberal. Abogó en un folleto, comentado en su tiempo, olvidado hoy, por el

abandono de Santo Domingo. ¡Hemos abandonado y nos han hecho abandonar después tantas cosas! Fué con los unionistas más avanzados á la Revolución; desde entonces le vemos figurar entre los sagastinos, y le hallamos erigido en una especie de corrector de estilo de su partido. Salen de su pluma los documentos más importantes: el manifiesto en que se declaran monárquicos los ministros del Gobierno provisional de 1868, la fórmula en que los constitucionales reconocieron la legitimidad de Don Alfonso XII, el mensaje del primer Senado de la Regencia.

Llegó á ministro, y fue un ministro como tantos otros, ni mejor ni peor, mantenido en decorosa medianía. Ultimamente era gobernador del Banco Hipotecario, cargo de lujo, pero que tuvo, al menos en este caso, la utilidad de servir de Pritaneo á un glorioso poeta.

Como político, fue, en suma, una personalidad secundaria, que hubiera quedado prontamente obscurecida, que estaría ya olvidada. Si D. Gaspar Núñez de Arce no hubiera sido más que ministro de Ultramar, dentro de un lustro serían muy pocos los que supiesen que había existido un sujeto así llamado. Con todo, algo hay en la personalidad política de Núñez de Arce, que es como la glosa y el comentario de su personalidad poética. Como político, fue un liberal de orden, hombre del justo medio, del equilibrio y la buena armonía entre la tradición y el progreso, enemigo de excesos en un sentido ó en otro, y eso fue también como poeta civil ó político, y ese mismo equilibrio persigue cuando su musa se pára á contemplar los problemas religiosos y temporales que agitan á las sociedades humanas. Por eso he dicho antes que la musa de D. Gaspar era también de la unión liberal, lo cual no la impidió brillar entre las mejores.

Pasemos del hombre á la época. Epoca agitada, tormentosa, de guerras civiles, de revoluciones, de barricadas; época, en fin, de reconstitución laboriosa y sangrienta de una sociedad á la cual costaba mucho trabajo soltar la vieja piel de

su pasado y criar la nueva de las instituciones modernas.

La influencia que ejerció sobre Núñez de Arce su época, la declara él mismo en los prólogos de sus composiciones poéticas: en el de los *Gritos del combate,* en el de *La visión de fray Martín.* El momento que parece haber producido mayor impresión en el espíritu de Núñez de Arce, es el breve paréntesis de la República de 1873. Estaba entonces el poeta en plena madurez; su espíritu de liberal templado, amigo del orden y no enemigo de la tradición, se sublevaba contra los excesos demagógicos; hubiera querido que la revolución se hiciera pausadamente, sin conmociones, sin trastornos, sin vergüenzas ni excesos; en suma, como no se han hecho nunca ni se harán jamás las revoluciones. De este estado de ánimo nacieron los *Gritos del combate*, que en hermosos versos dijeron lo que sentían muchos en España, é hicieron del poeta eco, y mejor que eco verbo, de una gran parte de la sociedad española de entonces.

Otras circunstancias de su época influyeron también sobre Núñez de Arce. No se habían aflojado tanto como ahora los vínculos de continuidad con la tradición literaria española; la influencia extranjera era menor, y Núñez de Arce es un poeta castizo, castizo en los metros, castizo en el espíritu. El intelectualismo no había derrotado aún á la forma en literatura, y Núñez de Arce fue un poeta de forma y un poeta de sentimientos antes que de ideas. La poesía en verso no había decaído como ahora en el gusto del público, ni la habían suplantado en él otros géneros triunfantes hoy, como la novela. Y era al propio tiempo aquella época, época de un cierto *mecenismo* oficial, de cierta protección á las letras, con que se daban los Gobiernos aires de proteger la cultura y de no ser ajenos á ella. La poesía fue, quizás, la que mayor partido sacó de estas favorables disposiciones. Haciendo versos empezaron muchas carreras administrativas y políticas. Nada tiene de extraño, pues, que á Núñez de Arce le ayudara en la suya su calidad de poeta, y no de poeta así como se quiera, cual tantos hubo, sino de los primeros de su tiempo.

La obra literaria de Núñez de Arce se encierra principalmente en sus *Poemas* y en los *Gritos del combate*. Fue, además de lírico, poeta dramático, y entre sus obras escénicas descuella *El haz de leña*, en que sacó á escena la figura tétrica, pero grande y artística á su manera, de Felipe II, que ha ejercido tan viva y constante sugestión sobre el espíritu español, hasta el punto de que pudo decir con exactitud Cánovas que el concepto acerca del Rey Prudente podía servir de piedra de toque de las opiniones políticas y religiosas, de quien en un sentido ó en otro le juzgara: tan alejados estamos de la impersonalidad de la historia al apreciar esa figura que sigue despertando pasiones encontradas al cabo de siglos que pasó por el mundo. Cultivó también la prosa Núñez de Arce: escribió discursos literarios, algún ensayo novelesco, como el cuento *Sancho Gil*; fue, como queda dicho, orador político y escritor de periódicos; mas en prosa se quedó casi siempre á bastante distancia de las alturas á que le elevaron sus resonantes y broncíneas estrofas.

Los *Gritos del combate*, colección de poesías diferentes en extensión y en estilo, entre las cuales figura un poema: *Raimundo Lulio*, que anuncia ya el tipo de composición poética que había de cultivar luego con perfección Núñez de Arce; *La selva obscura*, la *Última lamentación de lord Byron*, *La visión de fray Martín*, *El vértigo*, *La pesca*, *Maruja*, *Un idilio y una elegía*, los *Poemas cortos*, en que parece volver el poeta á la variedad y á la multiplicidad de composiciones breves de los *Gritos del combate*, *Sursum corda*, el primer canto de *Luzbel*, forman, como antes digo, la parte principal y más característica de las poesías de Núñez de Arce, lo más granado de su labor literaria. El número de ediciones acusa la inmensa popularidad del poeta. Tengo á la vista un ejemplar de los *Poemas cortos*, de 1895. Se habían publicado entonces 32 ediciones de la *Lamentación*, 35 de *El vértigo*, 28 del *Idilio*, pasaban de las 20 *La selva obscura* y *La pesca*, estaba en la 19 *Maruja*. Aunque después de esta fecha Núñez de Arce iba

entrando ya en la historia literaria, como antes se indica, seguramente se habrán hecho bastantes ediciones más. El autor de los *Gritos del combate* ha realizado el milagro de un poeta que puede vivir en España de sus versos.

Eran soberanos estos versos. Núñez de Arce fue, ante todo, poeta de la forma y uno de los mejores versificadores, no sólo de su siglo, sino de la poesía castellana, sin distinción de tiempos. Pocos dominaron como él el elemento musical de la poesía y acertaron á dar igual sonora majestad á los metros, especialmente al endecasílabo.

Poco innovador en esto, como en todo, usó con preferencia de las combinaciones clásicas; las estrofas, especies de sextinas, del *Idilio*, son la mayor de sus novedades métricas. La décima y la octava, las combinaciones que hoy nos parecen más monótonas, más difíciles de mantener ágiles y flexibles en composiciones largas, se le rindieron en *El vértigo* y la *Última lamentación*; fueron música viva, en que no se advirtió el martilleo de un compás invariable. Manejando el verso libre en *La visión de fray Martín*, le infundió una vida que pocas veces se le ha logrado dar en castellano. Los admirables tercetos de *Raimundo Lulio* son de los más armoniosos y vibrantes que se han escrito en nuestro idioma. Esta perfección de los metros hizo posible que las composiciones de Núñez de Arce fueran objeto de lecturas públicas en los teatros. Un gran actor, Calvo, leyó en el Español *El vértigo* y la *Última lamentación de lord Byron,* y, aunque la costumbre no llegó á arraigar, tuvieron por entonces (1880) gran aceptación estas lecturas.

Mas no era sólo poeta de la forma Núñez de Arce por ser uno de los mejores versificadores castellanos. Lo fue también por la hermosa y proporcionada expresión de sentimientos é ideas, por la pureza del lenguaje, por el acertado uso de los adjetivos, que eran como una viva pincelada de color aplicada al concepto. No adoleció, quizás, de exceso de originalidad el ilustre poeta; pero en el decir, en el decir noble, majestuoso, severo, en la elocuencia poética, no fue superado. Supo también

hacer vibrar la cuerda de la ternura, de los sentimientos apacibles del hogar, del amor honesto en que se cristalizan las ilusiones primeras de la juventud. Eso es lo que canta el *Idilio*, en que parece resucitar la poesía de Fray Luis, aplicada á un tema profano, aunque puro, y en que acertadamente se combinan el sentimiento de la naturaleza, la poesía doméstica, el espíritu religioso y el encanto del primer amor, alborada mágica de la vida. En cambio, faltaba en su lira la nota de la ironía: la sátira de Núñez de Arce es grave, austera; no entiende de burlas, ni se descalza el coturno.

Como poeta de ideas, no rayó Núñez de Arce á tanta altura. Su espíritu, juzgado al través de sus poemas, aparece poco complicado, no muy profundó, dotado de cierta aridez y sequedad castellanas, amante de fórmulas claras y concretas, angustiado ante los enigmas antes que enamorado de ellos, muy influído por el ambiente mental de su tiempo. Tal vez ayudó eso á que fuera muy bien entendido y muy admirado Núñez de Arce: expresaba sentimientos muy generales, ideas muy comunes; recogió las opiniones del Señor Todo el Mundo, que dicen que tiene más talento que el viejo socarrón de Ferney, aunque yo no lo creo. Las recogió vulgares, desnudas de poesía, y se las devolvió magníficamente adornadas de ella, piedras falsas engastadas en estrofas de maravilloso cincelado.

Lo bueno y lo malo de las ideas de su época se refleja en las poesías del autor del *Idilio*. Se le ha llamado el poeta de la duda, pero hay que reconocer que estuvo muy lejos de ser un poeta filosófico. Es verdad que la duda parecía ser una de las grandes inquietudes de Núñez de Arce, si juzgamos por la repetición con que la canta. La evoca en *La visión de fray Martín*, en la *Lamentación*, en los *Gritos del combate*; pero si se examina despacio la calidad de esta duda, se advierte que en gran parte era un tema literario del que se había enamorado el poeta; el conflicto dramático del que quiere creer y no puede. Mas querer creer es ya un acto de fe, y esa duda, bien analizada, tiene bastante de escrúpulo de conciencia, es una

duda que dista mucho de haber destruído la creencia. Es un eco romántico de cierta época en que padecer los tormentos de la duda, por lo general muy tolerables, era una neurosis distinguida, que daba hasta cierto prestigio á los que la padecían.

Esa duda es además muy limitada. No pasa de las puertas del enigma metafísico. No pone pleito á la realidad del mundo exterior, ni á la existencia de Dios, ni á la vida de ultratumba, ni acaso al mismo libre albedrío. Respeta los principales fundamentos del dogma espiritualista. Por eso se ha dicho que Núñez de Arce era un supernaturalista á medias. Es una duda histórica, casi exegética, que afecta en realidad exclusivamente á la verdad de una revelación, de una religión positiva. Es la duda de un creyente que se encuentra con que los resultados de la investigación científica contradicen al parecer algunos puntos de la religión de su infancia, á la cual está él fuertemente apegado y no sabe á qué carta quedarse. Y claro es que siendo un creyente, en el fondo, el que duda, la duda se le presenta como un mal, como una tentación, como una incomodidad, hasta como un tormento, y no las tiene todas consigo, recelando que muy bien puede ser que los motivos de dudar no sean fundados más que en apariencia y que la razón esté, en definitiva, de parte de la fe, y aun deseando que así suceda.

Así como en lo religioso echa de menos Núñez de Arce la existencia de un canon fijo de creencias firmes, seguras, claras, que excluyan la vacilación, busca también en lo político una fórmula de estabilidad, un sabio término medio que concilie la libertad con el orden; y como no lo encuentra en los sucesos de su tiempo, le vemos condenar enérgicamente en la *Última lamentación* los excesos de la reacción absolutista de 1815 y el despotismo de la Santa Alianza, y anatematizar no menos severamente en los *Gritos del combate* las tropelías de la demagogia.

Lo mismo en lo político que en lo religioso influyó mucho en el poeta del *Idilio* el ambiente contemporáneo, el sentir de

una honrada generación que no contó entre las más sobresalientes de sus cualidades intelectuales el sentido histórico. La preocupación de que el siglo XIX era un siglo excepcional, un momento crítico de la historia, una época de transición en que la humanidad se despedía con pena de lo pasado y se lanzaba hacia un porvenir dudoso, pero que la atraía irresistiblemente, ha estado muy extendida y ha inspirado no sólo poesías, que sería lo de menos, sino hasta innumerables escritos de filosofía de la historia, algunos, en verdad, elocuentes, aunque no muy sólidos. No se reparaba en que esa despedida de lo pasado, ó esa ruptura con él, venía de muy lejos, y que, á medida que la vamos siguiendo la pista, se aleja más de nosotros. El siglo XIX la recibe de los enciclopedistas; pero antes de éstos están la Reforma y el Renacimiento. La misma Edad Media dista mucho de ser un período de unidad de creencias. Contra ello atestiguan las herejías. Y en lo político sucede lo mismo. Quizás la época más ordenada y tranquila es la actual, á pesar del socialismo y el anarquismo. No llegó, ni con mucho, la *Commune* de París á la *Jacquerie* del siglo XIV, ni á las antiguas guerras serviles. En realidad, todas las épocas son de transición, todos los períodos históricos constituyentes. Ocurre con lo constituído lo que con la noción del tiempo presente, que no es más que una línea movible entre lo pasado y lo porvenir, aunque nos parezca mucho más importante que ambos, y hasta más extenso, con relación á nuestra propia personalidad, que es para nosotros el patrón verdadero de las cosas.

Tampoco tenía más fundamento la ilusión de que fuera el siglo XIX un siglo esencialmente de duda, de conflicto religioso. La duda es, en realidad, compañera de la fe, y necesita de ésta para revestir aspecto dramático y convertirse en tormento interior. Cuando las creencias se debilitan mucho, aunque los hombres no sepan resolver aquellos problemas que se sustraen á las vías ordinarias del conocimiento, no suelen afligirse demasiado por ello, y hasta se acomodan á vivir alegremente, como los paganos de la época en que ya no se creía

apenas en los dioses y aún no se había extendido lo bastante para sustituir á aquella fe, que se iba, la nueva fe del Galileo.

Con todo, me parece injusta la apreciación del crítico catalán Sr. Masriera, que dice que Núñez de Arce, aunque excelente en la forma, fue ramplón é hinchado en la manera de pensar. Expresó ideas y sentimientos muy generales en su tiempo, y supo vestirlos y adornarlos con las maravillosas estofas de la belleza poética. Es bastante para que la posteridad le honre como á uno de los grandes vates castellanos.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Ciencias naturales: El perfume de las flores.=Feminismo: Casinos femeninos *(clubwomen)*.=Criminología: Los vicios del sistema penitenciario.=Pedagogía: El corte y confección en las escuelas americanas.=Estética: El arte y la moral.=Psicofísica: La escritura especular.=Literatura: El *Inútil esfuerzo*, de Rod, y *Los negocios son los negocios*, de Mirbeau.=Cuestiones sociales: La crítica de la anarquía.=Impresiones y notas: El rey de los inventores.—Confesiones de Zola.—Aprovechamiento de edificios escolares.

CIENCIAS NATURALES

El perfume de las flores.—No tiene desperdicio el trabajo que con este título publica en *La Revue*, de París, el Director de la Estación agrícola de Etoile, H. L. A. Blanchou.

Todas las plantas exhalan aroma; pero este aroma, producido por moléculas de extremada tenuidad, no reside siempre en la flor. Ora proviene de la madera, como en el sándalo, ora de la corteza, como en la canela; á veces nace en la raíz, como en el iris, ó en las hojas, como en el limoncillo y el tomillo; en general, la flor es olorosa, pero también se encuentra el olor en el fruto ó en la grana, ó en todo á la vez, como en el naranjo.

En las flores, el olor reemplaza frecuentemente al color, y en muchos casos las inflorescencias más insignificantes son las más olorosas, mientras que las más brillantemente coloreadas son inodoras; por otra parte, sobre todo entre las plantas cultivadas en nuestros jardines, los más vivos colores se asocian á los perfumes más delicados, como sucede con las rosas, los claveles y tantas otras.

Los olores de las flores han sido clasificados de diversos

modos. Delpino, en 1873, los dividió en dos grandes grupos: los simpáticos y los idiopáticos (antipáticos), ordenados en grados de simpatía y antipatía, según lo que más agradan ó desagradan al mayor número de insectos y al hombre. Los olores simpáticos forman tres grupos de mayor á menor ($^5/_6$ de simpatía, contra $^1/_6$ de antipatía; $^4/_6$ de simpatía, contra $^2/_6$ de antipatía, y $^3/_6$ de simpatía, contra $^3/_6$ de antipatía; este último grupo debiera llamarse más bien neutro, por estar igualados los términos), y los olores antipáticos forman otros dos grupos ($^2/_6$ de simpatía, contra $^4/_6$ de antipatía, y $^1/_6$ de simpatía, contra $^5/_6$ de antipatía).

Olores simpáticos.—Los olores simpáticos se subdividen en tres clases: *suaves*, *aromáticos* y *de frutas*. Los olores *suaves* son:

1. *Olor de jazmín.*—Jazmín, gardenia, pasiflora cuadrangular, etc.
2. *Olor de narciso.*—Narciso, junquillo, heliotropo de flores grandes, etc.
3. *Olor de reseda.*—Reseda, etc.
4. *Olor de jacinto.*—Jacinto, lunaria vivaz, etc.
5. *Olor de lirio.*—Lirio blanco, lirio del valle, etc.
6. *Olor de nenúfar.*—Nenúfar blanco y amarillo, flores del datilero, etc.
7. *Olor de retama.*—Retama, orquídea, vanda, etc.
8. *Olor de violeta.*—Violeta, alhelí amarillo, etc.
9. *Olor de cera y miel.*—Consuelda oficinal, arce, apócino, papamoscas, etc.
10. *Olor de oxiacanto.*—Albespino, flores del ajo blanco, espirídeas, etc.
11. *Olor de ambrosía ó de rosa.*—Rosa campestre, rosa te, peonía, etc.
12. *Olor balsámico.*—Yerba estoque.
13. *Olor de heno.*—Dracena, heliotropo de la India, etc.
14. *Olor de naranjo.*—Naranjo, magnolia de flores grandes, etc.

15. *Olor de musgo.*—Yerbamora negra, Physalis Alkekenge.

16. *Olor de acacia.*—Acacia, falsa acacia.

17. *Olor de coriandro.*—Orquídea stanhopea, gloxinia, etc.

La segunda clase, olores *aromáticos*, comprende las especies siguientes:

1. *Olor de clavel.*—Clavel de los floristas, altoremera, etc.

2. *Olor de vainilla.*—Heliotropo del Perú, cirio de grandes flores.

3. *Olor de canela.*—Orquídea maxilar.

4. *Olor de nuez moscada.*—Anonáceas.

5. *Olor de laurel.*—Anís del Japón.

La tercera clase, olores de *frutas*, comprende las especies siguientes:

1. *Olor de banano.*—Magnolia fuscata, calicanto odorífero.

2. *Olor de albaricoque.*—Frangipanero.

3. *Olor de ananas.*—Victoria regia, colocaria odorífera.

4. *Olor de nabo.*—Cirio de Napoleón.

Olores antipáticos.—Los olores de este grupo comprenden dos clases: los *fétidos* y los *nauseabundos*. Los fétidos son:

1. *Olor de saúco.*—Saúco, Orquis Pigaman.

2. *Olor de macho cabrío.*—Orchis cabruno, valeriana oficinal.

3. *Olor de chinche.*—Apio.

4. *Olor de escarabajo.*—Albespina, espino blanco, serbal de pajareros.

5. *Olor de betún.*—Iris viscaria.

6. *Olor de ajo.*—Pothos fétida.

7. *Olor de rosa.*—Aristoloquia de Bonpland.

8. *Olor de amapola.*—Adormidera, aristoloquia trilobulada.

9. *Olor de tabaco.*—Aristoloquia grandiflora.

10. *Olor de rodea.*—Rodea del Japón.

11. *Olor de guisante.*—Gorolobio.

12. *Olor de higo.*—Ferraria ondulada.

13. *Olor de esperma.*—Asiminina trilobiada.

Los olores *nauseabundos*, que forman la segunda clase de os idopáticos, encierran las especies si guientes:

1. *Olor pútrido.*—Bonetero verrugoso.
2. *Olor de pescado podrido.*—Aristoloquia grandilabia.
3. *Olor de orines.*—Arum maculado, aristoloquia sifón.
4. *Olor de excrementos.*—Hiberta trepadora, braquisemia.
5. *Olor mefítico.*—Simplocarpio fétido.
6. *Olor cadavérico.*—Arum-Gorot, estapelia grandiflora.

Algunos investigadores han ido más lejos, y han encontrado hasta la música de los olores, con sus octavas, sus armonías, sus semitonos y hasta sus claves. He aquí dos ejemplos de gamas odoríferas en claves distintas, entrando en ellas olores animales para completar la escala:

Clave de sol.

	1.ª octava.	2.ª octava.	3.ª octava.	4.ª octava.
Fa...	Cebollín.	Ambar gris.	Junquillo.	Tuberosa.
Mi...	Verbena.	Sidra.	Portugal.	Acacia.
Re...	Limoncillo.	Bergamota.	Almendra.	»
Do...	Ananas.	Jazmín.	Alcanfor.	»
Si....	Menta picante.	Menta.	Aurora.	»
La...	Lavanda.	Haba Tonka.	Heno fresco.	»
Sol...	Magnolia.	Jeringuilla.	Azahar.	»

Clave de fa.

	1.ª octava.	2.ª octava.	3.ª octava.	4.ª octava.
Re...	Tuberosa.	Heliotropo.	Clematites.	Vainilla.
Do...	Rosa.	Geranio.	Sándalo.	Pachulí.
Si....	Canela.	Clavel.	Clavo.	»
La...	Tolú.	Bálsamo del Perú.	Storax.	»
Sol...	Guisante de color.	Pergularia.	Frangipan.	»
Fa...	Musgo.	Castóreo.	Benjuí.	»
Mi...	Iris.	Rotang.	Alhelí.	»

Podría también establecerse un *reloj odorífero* á semejanza del *Reloj de Flora*. Hay flores que sólo huelen por la noche, mientras que otras sólo esparcen su aroma en pleno día; el *geranio noctoliente* pierde su olor de musgo al salir el sol, cosa que ocurre á la mayor parte de las nictagíneas, sobre todo á la *belladenoche*; otras, como la retama, la buvardia y la datura, huelen más por la tarde, mientras que el heliotropo del Perú despide más olor á la salida del sol.

Los experimentos de Flammarión han demostrado también el influjo que el color de los rayos solares ejerce en el perfume de las flores. En un invernadero provisto de cristales rojos, el olor de las fresas impregna todo el ambiente; la crásula al aire libre apenas huele, y cubierta por campanas de cristal de color tiene un perfume delicado, que conservan perfectamente sus flores si se cortan y se ponen en vasos.

El olor de las flores influye mucho en el organismo, sobre todo por la noche y en tiempo de tormenta. Pero si los perfumes ofrecen peligros, también tienen su utilidad como antisépticos: el bacilo del tifus muere á los doce minutos con la esencia de canela; á los treinta y cinco con el tomillo; á los cuarenta y cinco con la verbena de la India; á los cincuenta con el geranio; á los setenta y cinco con el orégano y á los ochenta con el pachulí; la lavanda y el eucaliptus son también poderosos antisépticos. Por eso no deben proscribirse en absoluto de las habitaciones de los enfermos las flores, sino elegir las que convengan; lo mejor es tenerlas en tiestos, y no cortadas, y lo que debe evitarse es conservarlas hasta que se marchiten, pues entonces son peligrosas. Las flores de olor penetrante no deben admitirse; el aroma de la violeta, del alhelí y del clavel es pernicioso; pero otras muchas flores tienen perfumes saludables.

Los químicos fabrican esencias que rivalizan con el perfume de las flores y que sirven para perfumar las flores mismas; para ello, se mojan ligeramente los troncos de las flores en glicerina y se las coloca en una caja que tenga hielo, á la que se

hace llegar una corriente de ácido carbónico cargado del perfume que se quiera; las flores, tratadas de este modo, se perfuman con rapidez.

FEMINISMO

Casinos femeninos (clubwomen).—Hace dos años—dice Emilio Faguet en la *Revue Bleue*—se trataba de un café de mujeres. Gran número de señoras, en efecto, tienen que estar fuera de sus casas por la tarde, y fatigadas de sus compras, lecciones y negocios, necesitan descansar, refrescar, tomar una friolera para reponerse. ¿Qué recursos tenían para esto? El ambigú de los grandes almacenes y las pastelerías, lugares poco á propósito, muy mezclados y de dudosa conveniencia, á menos de optar por la espera en las estaciones de ómnibus, sitio comprometido por el gran número de viejos verdes que andan al acecho, y para quienes toda mujer que se detiene más de lo estrictamente necesario es una aventurera.

¿Qué hacer entonces? Entrar en un café. Pero, por de pronto, hay cafés respetables que no admiten á una mujer sola, por decente que sea, y los cafés que las admiten son sospechosos, aunque en algunos pongan dos servicios cuando entra una señora, para hacer creer que está esperando compañía y evitar así que se acerque nadie; pero no hay nada más ridículo que esta situación de una señora entre dos tazas. De aquí la idea de reservar una sala para señoras, y así se ha hecho en tres ó cuatro grandes cafés; pero aun así, las señoras tienen que atravesar por entre los caballeros, y esto es poco agradable.

Por eso se ha pensado recientemente en un círculo de mujeres, en una casa que las señoras tuvieran por exclusivamente suya, y donde pudieran almorzar y comer, charlar y pasar las veladas. El pensamiento es excelente, filantrópico y práctico. Las solteras, las viudas y las divorciadas no tienen hogar, y viven solas ó viven con un cuñado ó un tío, que no siem-

pre resultan soportables; éstas formarían el núcleo permanente del círculo, y vivirían en él como ciertos *gentlemen* ingleses viven en su club. Las que al ir ó al venir de sus quehaceres quisieran pasar un rato en el círculo para descansar, para refrescar, para hojear las revistas y los periódicos, serían aves de paso que prestarían no escasa animación á la tertulia. La tercera categoría podría constituirse con las grandes señoras que quisieran charlar entre sí, de cinco á seis y media, uno ó varios días á la semana, con lo cual acabarían de una vez los *five o clock*, de que tan hartas están.

Porque no es posible hacerse una idea de lo aburridos que resultan los *five o clock*. Es proverbial que el sexo femenino es el más charlatán de todos los sexos; pero sólo charla cuando no hay hombres, pues habiéndolos, el bello sexo se calla. Entrad en la antesala en el momento en que la sala esté llena de mujeres, y oiréis murmullos, risas y voces femeninas, todo ese ruido encantador de una pajarera femenil. Entrad, y ¡silencio absoluto! Todas se contienen y se ponen á la defensiva. Corre un frío por la sala, y el hombre es el que tiene que hablar. Llega otro y habla con el primero, y las mujeres escuchan. Y, como es natural, se aburren.

¿Queréis ser bien visto de las mujeres? Pues no estéis nunca donde ellas se reúnan más de un pequeño cuarto de hora, doce minutos y medio cuando más, con medio minuto de saludo y medio minuto de despedida, porque por mucho ingenio y talento que se tenga, se gasta en ese tiempo. Obrando así, puede apostarse á que no hay una señora que no diga: «Es encantador ese caballero». Claro es que no es nada grato oirse llamar encantador porque uno se va; pero peor es no oirlo decir nunca. El último cuarto de hora, de seis y cuarto á seis y media, cuando los hombres se van, es cuando las señoras se quedan á gusto y charlan hasta desquitarse.

El *five o clock* con hombres ha llegado á horripilar de tal modo á las señoras, que éstas han tenido que añadir á su día de recepción otro día; así, la que recibe el jueves avisa con-

fidencialmente á sus amigas que las recibirá el sábado, sin hombres; pero es el caso que el marido que acompaña á una y el que va á buscar á otra se quedan allí, y el *five o clock for women* es igual á los demás *five o clock*.

No hay remedio. Para llegar al ideal apetecido, lo mejor es la creación del *casino de señoras*, institución eminentemente práctica que tendrá seguro y brillante éxito á poco que se cuide de que los primeros ensayos que se hagan sean hechos con acierto.

CRIMINOLOGIA

Los vicios del sistema penitenciario.—Cuando yo traté—dice César Lombroso en *La Revue des Revues*—de determinar el tipo repulsivo del criminal nato que vive en el mal por el mal y en él se encarniza, muchas personas se dijeron que yo exageraba deformando la fisonomía de aquel sér, en el fondo poco diferente del tipo normal, y lanzado á los abismos de la perversión por circunstancias fortuitas, según ellos. La *Casa de los muertos*, de Dostoyewsky, y las páginas punzantes de Melkine, prueban que yo no había exagerado en mis descripciones.

Melkine, poeta dulce y compasivo, condenado á las minas de Siberia, pinta, *En el mundo de los réprobos*, á sus miserables compañeros de esclavitud; y tratando de instruirles y educarlos, nota que carecen de atención, de memoria y, sobre todo, de abstracción, como los salvajes. Así, cuando uno de ellos dice que el perro es el amigo del hombre:—«No, responde Semeloff; yo había atormentado á un viejo en una isba, y empalado á su mujer; y ¿sabéis quién me hizo prender? El perro, que se puso á chillar como un desesperado. El perro no es, pues, el amigo del hombre».

Melkine habla de Dios á un asesino que se jacta de haber matado á tres familias enteras para robar un puñado de dinero, y recibe esta respuesta:—«¿Dios? ¿Qué Dios? En ninguna

parte, ni siquiera en los sitios que abandonan los animales, he visto yo ni Dios ni diablo». Y añaden luego: «Pretendéis que ni un cabello se cae sin la voluntad de Dios; pues bien: nosotros hemos matado, violado y robado, y Dios no nos lo ha impedido».

Yo—dice Lombroso — había observado su extremada pereza, que llega hasta á dejarse morir de hambre. Y Melkine dice: «Son de una pereza inaudita; Malakoff, aun á riesgo de morirse de hambre, no trabaja; no vacila en vender su ración de carne por tabaco.—¿Por qué no trabaja usted?, le pregunté. —Porque no quiero; porque, como dice el refrán, la pereza ha nacido con nosotros».

Se ha creído que exageraba — añade Lombroso — cuando afirmaba que los criminales natos exceden en ferocidad á los animales carniceros. Pues bien: ved lo que escribe Melkine del rival de Alisia, que le esperó en un camino con un compañero, le saltó encima como una fiera, mordiéndole y estrangulándole; ó lo que hicieron otros dos con una pobre mujer, á la que asaltaron en un camino, violándola, matándola y devorando sus pechos.

«Matar un hombre ó matar una cabra—dice un forzado—es exactamente igual: la carne es la misma; no se trata más que de plantar el cuchillo en el vientre, y la hoja se mete como en miga de pan.»—«¿Por qué mordíais á vuestra mujer en lugar de pegarla? — pregunta á otro. — Porque no hay mayor gusto—responde Reachiton:—los dientes se hunden en la carne, y es delicioso; se muere uno de gusto; mire usted mis dientes, qué iguales, qué pequeños y qué afilados son.»

¿Y Chirov? Parecía un infeliz, y había enterrado viva á su querida; yendo á robar heno con su hermano, tropezó con un transeunte y lo mató; luego encontraron á un aldeano embriagado, y para robarle un pan lo estrangularon; tenía entonces once años, y su hermano ocho, y habían matado ya diez personas. Los criminales natos son indiferentes á la sangre derramada, y sólo se preocupan de ocultar las huellas de su crimen.

No tienen remordimientos, y atribuyen su condena á la maldad del juez ó á la de algún testigo, sobre todo á las mujeres. Muchos viven en una especie de embriaguez, y llegan á hacerse castigar con azotes á propósito para excitarse cuando su embriaguez disminuye. Son inaccesibles al arrepentimiento, y, en cambio, tienen un vivo sentimiento de la venganza, careciendo también de previsión.

Entre sus costumbres más curiosas de hacer el mal por hacerlo, pueden citarse la blasfemia y la injuria: el que inventa una blasfemia nueva ó una injuria mayor, es objeto de admiración, siendo para ellos la injuria mutua una especie de torneo.

Para Lombroso, todas las escenas, con tanta fidelidad reproducidas del natural por Melkine, son significativas y concluyentes en favor de sus teorías. Los medios coercitivos carecen de objeto, y son contraproducentes. El régimen carcelario no hace más que desflorar la superficie del criminal, cuya alma queda intacta. La cárcel sólo sirve para aumentar su hipocresía, para enseñarle las precauciones que tiene que tomar para el crimen. El terror del presidio sólo hace mella en los hombres honrados, condenados por error ó arrastrados al crimen en un momento de olvido.

¿Para qué sirve entonces la cárcel? ¿Para qué la intimidación? La prisión, que se considera como medio preventivo del delito, lo hace más frecuente. Si el culpable tenía gusto por el trabajo, luego lo aborrece; si dudaba de la miseria social, se queda convencido de ella. El aislamiento, por otra parte, regenera al culpable al sustraerle al influjo deletéreo de sus compañeros: esa es la teoría. Pero si el aislamiento produce efecto en las almas elevadas, ¿qué efecto va á producir en quien tiene que abandonarse á la nada de su pensamiento? ¿Se enseña acaso á andar al niño ligándole incesantemente entre andadores? ¿Se enseña la sociabilidad al hombre encerrándolo en una celda y reglamentando hasta sus pensamientos?

LITERATURA

El *Inútil esfuerzo*, de Rod, y *Los negocios son los negocios*, de Mirbeau. — Una novela de Eduardo Rod juzgada por Ernesto Carlos, y un drama de Mirbeau analizado por Pablo Flat, ambos en la *Revue Bleue*, bien valen la pena de ser presentados á nuestros lectores.

Eduardo Rod cuenta en su novela una dolorosa gacetilla de la vida accidentada de una conciencia burguesa, y el *Inútil esfuerzo* es una tragedia psicológica y moral más que un melodrama sentimental. Una graciosa modista parisién, Paca Dessommes, se enamora de un estudiante, Leonardo Perreuse, y llega á tener una hija de este amante, que, terminada su carrera de abogado, no vacila en abandonar á su querida para casarse con otra mujer, mientras que la linda modista, huyendo del espectáculo de ingratitud que Leonardo la ofrece con el olvido de sus deberes, se establece en Londres.

Trabajadora é inteligente, Francisca no tarda en hacerse con una buena clientela, que la permite atender á la educación de su hija. Francisca vivía con el recuerdo de su primer amor; pero como el desengaño había sido tan duro, se dejó querer por un empleado, que murió; y cuando un estimable *gentlemen* se empeñaba en ofrecerla su fortuna y su nombre, ocurrió el terrible drama. Un domingo, Francisca fué á buscar al colegio á su hija, y la llevó de paseo; á la vuelta, como la madre y la hija se apresuraban para llegar á tiempo de tomar el tren, la hija se cayó y se ahogó en el Támesis, con gran dolor de su pobre madre; la multitud se reunió, y los comentarios comenzaron. ¿Se cayó realmente la niña ó la empujó la madre? La cuestión era dudosa, y Francisca fue detenida; juzgada más tarde, fue condenada como culpable y ejecutada en la prisión de Newgate, á pesar de su inocencia.

No es éste, sin embargo, el drama que Rod intenta desenvolver principalmente, sino el de la lucha que se entabla en la

conciencia de Leonardo Perreuse cuando, por casualidad, leyendo un periódico, tiene noticia de que su antigua novia, por él abandonada, se halla en la cárcel acusada de infanticidio. ¡Cómo! ¿Francisca criminal? ¿Francisca matadora de su hija, cuando tantas pruebas de ternura maternal había dado? ¡Imposible! Francisca se salvará. Leonardo irá á Londres; dará á conocer el heroísmo de aquella mujer, y todo se pondrá en claro. Sí, sí, hay que hacerlo. El mismo hermano de Leonardo le excita á cumplir con aquel deber de conciencia; pero...

Hay un pero: Leonardo está casado, tiene hijos, vive feliz y respetado, lleno de prestigio y de consideración. ¿Puede comprometer su nombre y su tranquilidad? No, no puede, no debe turbar la paz de su familia. Y el proceso se instruye, y Francisca es condenada; y Leonardo, al fin, atenaceado por el remordimiento, se resuelve á intervenir. Pero ya es tarde, y el esfuerzo hecho resulta inútil. Francisca muere en el patíbulo, y Leonardo arrastrará toda su vida la cadena de un doble remordimiento: el de haber perdido aquella mujer, y el de no haber sabido vencer los estúpidos escrúpulos que le impidieron salvar á tiempo su vida y su honor.

En *Los negocios son los negocios* aparece la figura de Isidoro Lechat, un hombre sin educación, emprendedor, activo, con olfato sin igual para los negocios, en los que ha llegado á reunir una fortuna de 50 millones de francos. Lechat, como todos los de su tipo, no ve más que su pasión, y considera á todo el mundo, incluso á su familia, como instrumentos de su fortuna. Su hija Germana, cabeza meditadora, que ha visto y ha estudiado la manera de obrar de su padre, se subleva ante aquel modo de adquirir riquezas; se ahoga en aquel palacio de advenedizo, y, ganosa de protestar á su modo de todo lo que la rodea, toma por amante á un empleado de su padre, el químico Luciano Garraud; se entrega á él, y le hace ver la vergüenza que siente al vivir en medio de aquel lujo, logrado á costa de ruinas, de lágrimas y de engaños de cuantos han tenido que tratar con su padre.

En tal estado las cosas, el marqués de Porcellet, á quien Lechat había hecho ya varios préstamos, viene á pedir uno más. El primer impulso de Lechat es rechazarlo; pero, pensándolo mejor, se decide á recibirle, y le propone el matrimonio de su hijo con Germana, á cambio de pagarle todas sus trampas; el marqués se resiste, pero al fin acepta la combinación. Llaman á Germana; el marqués pide su mano para su hijo, y Germana la rechaza, declarando que tiene un amante, apareciendo en aquel momento Luciano para librar á Germana de las iras de su padre, que ve destrozada por aquella escena una de sus mejores combinaciones. La obra es valiente, sincera, llena de vida y animación, altamente dramática.

El arte y la moral deben proceder, en lo posible, de acuerdo. ¿No ha dicho Gœthe que el más alto y el único oficio del arte es dar la forma? ¿No ha advertido que, al juzgar una obra, debemos atender, más que á lo que el artista hace, á la manera como lo hace? Siendo la obra de arte un hecho esencialmente humano y voluntario, no hay modo de sustraer á su autor á su responsabilidad moral y necesaria.—Pero el arte —se replica—no puede tener otro objeto ni otro deber que el de representar la realidad, la naturaleza y la vida tal cual es. —No hay que tomar las cosas tan al pie de la letra—puede responderse;—el arte no es una copia fotográfica, sino una interpretación de la naturaleza; y si el artista no es un copista, sino un intérprete, su responsabilidad moral es grandísima é innegable. No hay que olvidar el íntimo enlace y el próximo parentesco de la belleza con la verdad y la virtud, triple manifestación del ideal de la vida.

Otras dos tendencias dividen, además, el campo del arte contemporáneo. Hay quienes sueñan con que el arte sea la expresión de la individualidad purísima, elemental é inviolable, mientras que otros piensan que toda individualidad debe absorberse, aniquilarse en la colectividad. La conciliación no es imposible, pues la única buena tendencia es la contemporización armónica de las necesidades del individuo con las de la

especie. ¿Y qué decir de los que se atreven á sostener que el arte no puede hacer daño? Sin escrúpulos farisaicos ni estúpido pudibundismo, no puede menos de reconocerse que hay un arte verdaderamente vicioso é inmoral; arte que despierta, instiga y desencadena al *bruto* que duerme en cada uno de nosotros. Y si este arte puede hacer daño, no debemos concederle licencia para ello, como no se la concedemos á nadie, sin excepción.

Pero ¿á qué medios defensivos recurrir para reobrar enérgicamente contra la inmoralidad del arte? ¿A las leyes? ¿A los censores oficiales? ¿A los tribunales? ¡Dios nos libre!... Sólo el público mismo, educado é iluminado por la crítica, debe pensar en defenderse, empleando al efecto una especie de *boicotaje* inspirado en la suprema razón de la defensa civil para reducir á la impotencia á los pornógrafos. Pero entiéndase bien que para eso no se pretende que el arte se ponga á predicar la moral, sino que no la ofenda.

Demasiados hechos y tendencias son todavía contrarios á la elevación del arte en nuestros días: el excesivo espíritu práctico y utilitario, el espíritu gladiatorio que intenta convertir la escena del mundo en un circo de bárbaros; la farsa política, la exageración del *sport*, la aversión al espíritu filosófico, la furia de nuestra vida infernal y, sobre todo, aquel concepto spenceriano del progreso social basado en el aumento de la población, del comercio y de la riqueza. Recuerde la juventud que el ideal no es, sino que llega á ser; recuérdese que, por confesión de cuatro solemnes testigos de la conciencia contemporánea—Spencer, Ruskin, Tolstoi y Nietzsche,—nuestra vida es deforme. ¿Cómo entonces el arte, que es puro culto de la forma, puede armonizarse con un mundo deforme? Reunamos todas las fuerzas disponibles para la gran obra de la renovación del arte, que no tardará en llevarse á cabo, pues multitud de signos evidentes indican que se acerca la hora de esta renovación.

Tal es, en resumen, la notable conferencia dada por Graf en

Turín. En el campo de la gran cuestión de la libertad del arte y de las providencias contra la propaganda inmoral, es donde aparece admirable el trabajo del ilustre sabio. Miramos con desconfianza á todos los *cuaresimalistas* del arte, porque tenemos miedo de que sus proposiciones escondan una amenaza, próxima ó remota, para la libertad del arte. ¿Es que se propone un catolicismo artístico ó una ortodoxia centralizadora? Estas declaraciones de estetismo moralizado, ¿no son una consecuencia de aquel viejo instinto didascálico, mutilador de la individualidad, que ha caído tantas veces en los excesos de la censura oficial? El único modo de impedir, á los artistas como á las masas, el ser pérfidos, absurdos é ignorantes, es ilustrarles, porque la suerte del arte y de la moral depende, sobre todo, de la educación general.

Pero la sofística novísima ha encontrado novísimas razones para justificar su propaganda. ¿Por qué queréis—se dice—hacer responsables á los artistas de sus obras? La moralidad en el arte es tan poco exigible como la belleza, la salud, la riqueza y la felicidad. El que sea un poco práctico en los sentimientos dominantes en nuestra juventud, sabe que estas razones fascinan á los espíritus que padecen el mal del día, la debilidad de la voluntad. Debemos, ante todo, conquistarnos á nosotros mismos, para rehacer luego á los demás; claro que esta ortopedia psíquica y estética es difícil; pero es la única eficaz. Ideas y teorías espontáneas y justificadas en otras razas y en otros climas, pero contranaturales y disolventes bajo el cielo latino, se ven aceptadas en seguida por los jóvenes, resultando así tipos artificiales y enfermizos. Para remediar este mal no hay más remedio que uno: educar la voluntad, ser dueños de nosotros mismos; de esa manera tendremos conciencia de nuestro propio valer, de nuestras deficiencias, y acertaremos á defender lo que en nosotros haya de bueno, completándolo con lo que pueda faltarnos.

PSICOFISICA

La escritura especular.—La escritura especular ó en espejo es la escritura de los litógrafos, trazada al revés para que, al imprimirse, resulte al derecho; se llama así porque, poniendo un espejo delante, la escritura invertida se ve á derechas.

El Dr. Pablo Sollier consagra á esta escritura un artículo interesantísimo en *La Renaissance latine*. Hay personas que espontáneamente escriben al revés, de derecha á izquierda, y no en caracteres hebraicos, que exigen este procedimiento, sino en caracteres latinos y en letra corriente. El ejemplo más famoso es el de Leonardo de Vinci, cuyos escritos están todos hechos así. El caso parece que es frecuente en los niños, llegando en los varones á un 10 por 100 y en las niñas á un 33 por 100, y siendo más frecuente en los débiles de espíritu. Un autor alemán, Buchwald, es quien ha dado nombre á esta clase de escritura, que encontró en varios sujetos hemiplégicos derechos que escribían con la mano izquierda, por cuya causa creyó que se trataba de una perturbación patológica, aunque hay personas normales que escriben así, y hay hemiplégicos que escriben derecho.

Unos han atribuído la escritura especular á falta de atención, y otros á la irresistibilidad de los flacos de espíritu, siendo ambas explicaciones semejantes y estando ambas en oposición con los hechos, pues hay niños muy pocos atentos que no presentan este defecto, y otros que lo tienen á pesar de su gran fuerza de atención. Hay, sin duda, otra explicación, y es la que dan los autores, diciendo: «La escritura especular es la escritura normal de la mano izquierda». Carlos Vogt ha sido el primero en sentar esta teoría, y Gilberto Ballet la ha condensado en la siguiente fórmula: «La escritura en espejo es la escritura normal de los zurdos cuya tendencia natural no ha sido violentada por la educación».

Esto es cierto, pero á condición de considerar sólo el movimiento de la mano, y no los caracteres como símbolos del lenguaje. La escritura arya es centrífuga, y la semítica centrípeta; la tendencia natural á ejecutar movimientos simétricos con las dos manos nos conducirá, si se escribe con la izquierda, á escribir de derecha á izquierda, trazando así una escritura simétrica con la de la mano derecha, que es la escritura especular. Por eso no es extraño que los zurdos presenten más frecuentemente casos de este modo de escribir. Pero hay que hacer dos objeciones á la teoría de Ballet: no todos los zurdos tienen tendencia á escribir con espejo ni con la mano izquierda, y otros que no lo son tienen esta tendencia.

No hay que olvidar que la escritura no pone en juego únicamente nuestra mano, pues la vista interviene en todos los movimientos que ejecutamos al escribir. Experimentos bastante numerosos confirman que si se escribe simultáneamente con los ojos cerrados, la escritura de la mano izquierda es especular, habiéndose comprobado también que con sólo la mano izquierda algunos sujetos no pueden escribir sino con los ojos cerrados, y otros lo hacen mejor con los ojos cerrados que con los ojos abiertos. No puede tampoco pasarse por alto el predominio de nuestras tendencias motrices ó visuales; sabido es, en efecto, que nosotros nos representamos las palabras de tres maneras diferentes: unos, los motores, se imaginan que las articulan; otros, los auditivos, se imaginan que las oyen; y otros, los visuales, se las representan escritas; los motores escriben mucho más naturalmente en espejo que los visuales.

Es de notar una particularidad: muchas personas que escriben al revés no lo notan sino después, cuando releen su escrito; es muy posible que en tal caso se trate de motores, en quienes al escribir el movimiento domina á la vista, mientras que al leer reconocen la inversión de las imágenes visuales normales. Esta observación no puede conciliarse con la opinión de que en la escritura copiamos simplemente nuestras

imágenes visuales de las palabras, sino admitiendo el predominio del elemento motor sobre el visual; pero entonces podríamos releernos fácilmente, y no es así; los afásicos motores hemiplégicos derechos que tratan de escribir con la izquierda se hallan en este caso. Algunos autores han creído ver en ello la prueba de la existencia de un centro gráfico derecho, simétrico del izquierdo; pero como el izquierdo es más que problemático, se comprende que el derecho lo sea todavía más.

La explicación de la escritura especular está en que los que la emplean padecen una inversión particular en la representación de las imágenes visuales, no sólo de las palabras, sino á veces también de la derecha y de la izquierda. Hay que notar que ordinariamente designamos la porción de los objetos con relación á nosotros mismos, lo que en los niños sobre todo no deja de producir alguna confusión, no siendo raro encontrar personas, mujeres sobre todo, que vacilan siempre en la apreciación de su derecha y de su izquierda. Los zurdos no están más sujetos que los derechos á estas equivocaciones; pero es notable que los zurdos que no tienen aptitud para escribir en espejo no tenían vacilación alguna en la apreciación de la derecha y de la izquierda, mientras que todos los que escriben en espejo, sean zurdos, derechos ó ambidextros, vacilaban siempre más ó menos.

La tendencia á la representación visual invertida tiene que ser muy grande para que no noten los que la tienen que invierten los caracteres: tal era el caso de una señora que, al tomar notas en el curso, escribía al derecho con la diestra, y cuando se cansaba, escribía con la izquierda en espejo, leyendo con la misma facilidad un escrito que otro.

Otro caso observado por Ballet y Sollier, es el de una niña de ocho años y medio, zurda de nacimiento, que se ha puesto espontáneamente á escribir al revés, viendo escribir á una hermana suya que escribía al derecho; de pequeña, leía mejor lo impreso al revés que al derecho; y hoy, ya educada, le su-

cede lo contrario, aunque confunde siempre la derecha con la izquierda.

Más curioso todavía es el caso de una joven, atacada de neurosis histérica, y que, á consecuencia de un ataque de nervios, adolecía de aloquiria (inversión de la derecha y la izquierda). Al tratar de rectificar su escritura invertida, se puso á escribir las letras con la cabeza para abajo y empezando las líneas por el pie de la página, de modo que mirando el papel al trasluz y volviéndolo de abajo á arriba, aparecía escrito correctamente. Lo extraño era por qué esta joven, que tomaba su izquierda por su derecha, no escribía con la izquierda al derecho; esto dependía de la aloquiria, y la prueba se tuvo cuando la aloquiria desapareció, aunque subsistiendo la inversión en la apreciación de la derecha y la izquierda de las personas y de las cosas; entonces se presentó una variante de escritura que no puede llamarse en espejo, sino *vuelta*: la joven escribía, en efecto, con la mano derecha y en escritura derecha, pero empezando por la última letra, y dando así la vuelta á cada palabra; si se le da á leer un libro, no lo comprende, porque empieza por la última palabra de la línea; hay que dárselo al revés, y sólo entonces lo lee corrientemente. Si cuando padecía aloquiria hubiera querido escribir con la mano izquierda—para ella la derecha,—no hubiera podido escribir derecho, porque veía mentalmente las letras al revés; tampoco hubiera podido escribir al revés, porque los movimientos centrífugos se habían hecho centrípetos, y viceversa; todo lo cual prueba que si la tendencia motriz tiene gran importancia en la escritura especular, está subordinada á la representación visual.

Sollier ha tenido ocasión de observar dos veces una doble transposición en la apreciación de los lados del cuerpo; un hombre que había perdido el sentimiento de su existencia, tomaba la parte anterior de su cuerpo por la posterior, y viceversa, y algún tiempo antes había tenido la impresión de la transposición de la derecha por la izquierda; como las dos transposicio-

nes se anulaban, escribía bien. En una joven, la inversión era diferente: tomaba sus piernas por sus brazos, y al contrario, y la parte anterior por la posterior; cuando se la mandaba escribir, cogía la pluma con el pulgar del pie izquierdo ó escribía en el espacio con el pie, pero al derecho.

Nada más sencillo que hallar un medio de percibir los signos de otro modo que por los movimientos ordinarios de la escritura ó de la vista: tal es la escritura frontal, que todos podemos practicar. Si escribimos en nuestra frente una palabra con la mano derecha, empezando por la sien derecha, la trazamos en sentido normal y aparece á los que nos miran al derecho; pero nosotros nos la representamos por transparencia al revés, siendo de notar que, á pesar de que los movimientos de nuestra mano son los ordinarios, hemos escrito con cierta dificultad; si, en cambio, empezamos por la sien izquierda, escribimos con mucha más facilidad la misma palabra, que resulta escrita al revés; del mismo modo, si escribimos con la izquierda empezando por la sien izquierda, lo hacemos con facilidad, aunque escribimos al revés y con una mano que no tiene costumbre, apareciendo lo escrito al derecho, mientras que empezando por la sien derecha, aunque escribimos derecho, se nos aparece al revés y nos cuesta más trabajo escribir.

Como se ve, lo que copiamos, en realidad, son las imágenes mentales visuales de las palabras, siendo, por lo tanto, evidente que no tenemos centro gráfico ninguno especial en el cerebro, sino que copiamos simplemente las imágenes que percibimos. Es más: si en lugar de escribir nosotros mismos, rogamos á alguien que escriba en nuestra frente, obtenemos idéntico resultado: la palabra trazada al derecho nos parece que está al revés, y viceversa. Debemos, pues, deducir de todos estos experimentos, que la escritura especular es debida á un defecto de representación visual de la palabra. El profesor Marinesco, de Budapest, ha llegado á conclusiones semejantes á las de Sollier, sin conocer los trabajos de éste, considerando la escritura en espejo como una perturbación de la visión

mental asociada á una desviación constante de la desviación de la mano, consecuencia de aquella perturbación. En cuanto á las causas de esa perversión de representación, que llega á corregirse por medio de la educación, Sollier declara que se ignoran todavía.

PEDAGOGIA

El corte y confección en las escuelas americanas.—Setenta y dos mil niñas—dice María Antonia Solano en *El Monitor de la Educación*, de Buenos Aires—aprenden actualmente á coser y cortar en las escuelas públicas de Nueva York. La mayoría pertenece á los populosos barrios del Este, y las que quizá no hubieran sabido nunca coger la aguja como es debido, sabrán hilvanar, pespuntear, bastillar, dobladillar y plegar; aprenderán á hacer cuellos y puños, camisas y chambras, faldas y corpiños, pantalones y blusas, y todo cuanto se relaciona con los ramos de la modistería y de la sastrería.

¿Qué porvenir puede tener una pobre niña que no sabe de costura ni de cocina? Entre las clases superiores se supone que una joven adquiere de algún modo el arte de manejar la aguja, pues su madre ó su hermana la pueden enseñar; pero entre las niñas del Este hay pocas que tengan esa fortuna; la mayor parte de las madres no saben preparar una comida ni coser un vestido, pudiendo asegurarse que de cada diez madres, apenas hay una que sepa hacer una costura sencilla, siendo verdaderamente chocante que hasta ahora no se hubiera pensado en remediar este atraso de conocimientos en materia que tanto importa á la mujer.

Allí las hay de todas las nacionalidades, variando la edad de las asistentes entre diez y veintitantos años, no siendo raro encontrar hasta alguna madre de familia. Una de las cosas que más llaman la atención en las nuevas escuelas, es la rapidez con que las alumnas aprenden. Las que han aprendido á coser en el hogar, á la antigua usanza, recordarán las fatigo-

sas horas de aprendizaje que les ha costado el hacer una costura derecha; en cuanto á cortar, preparar y hacer un vestido, era tarea de meses y años. La actual maestra de costura de las escuelas públicas, con sus métodos científicos, ha concluído con todas esas lentitudes; no enseña con el ejemplo, sino con la palabra.

En las primeras lecciones enseña el modo correcto de coger la agùja, de enhebrarla, de hacer un nudo y de poner la tela; luego vienen las lecciones de costura, dobladillo y pespunte, y después los ejercicios de ojales y filetes. Para enseñar al ojo á la seguridad del largo, forma y posición de la puntada, las alumnas tienen dibujos geométricos señalados con algodón de color sobre telas blancas, y el más ligero desliz se nota en el acto.

El corte y arreglo de la ropa se enseña por medio de un sistema de modelos pequeños, con los que no tardan las alumnas en saberse hacer sus prendas interiores y sencillos trajes de calle. En las escuelas nocturnas el trabajo es completo, pues los vestidos son de tamaño natural. Es una verdadera excepción la alumna que, al terminar el curso, no ha aprendido á hacerse un vestido completo. Algunas llegan á entrar en el curso de sastrería, haciendo sacos y ternos completos. Así se han encontrado los hermanitos con trajes á la marinera hechos con la ropa usada de sus padres ó tíos por sus hermanitas, y éstas han podido lucir bonitos vestidos obra de sus manos.

Lo mismo en las clases de día que en las nocturnas, se atiende también á un ramo de costurería algo abandonado, pero de gran aplicación: el zurcido de medias y la compostura de la ropa, que hace parecer nuevo lo viejo; el zurcido, por el nuevo sistema, resulta un trabajo ligero y agradable.

Además del provecho real y efectivo que directamente se saca de la enseñanza, no son tampoco de despreciar los resultados que se obtienen en la educación de las alumnas, que aprenden á ser económicas, industriosas, limpias, disciplina-

das y corteses, ganando así una gran suma de condiciones morales que las permiten elevarse sobre el nivel medio de cultura que hasta el presente habían alcanzado.

ESTÉTICA

El arte y la moral.—El ilustre poeta Arturo Graf ha dado una conferencia en Turín sobre «El arte y la moral», cuyo interesante resumen ofrece la *Nuova Antología* á sus lectores.

Francisco Sarcey—el eminente crítico francés—afirmó en cierta ocasión, condenando la opinión dominante, que el arte es independiente de la moral, teniendo por único deber la pintura de la realidad: de aquí la fórmula de «el arte por el arte», á la que Graf se opone resueltamente, negando que el arte pueda tener fin ninguno en sí mismo, pues teniendo en el hombre su principio, en el hombre también tiene su fin. ¿Qué es la moral? Amor, deseo, voluntad, práctica del bien. ¿Qué es el arte? Amor, deseo, voluntad, práctica de lo bello. Cuantos han negado esta doble necesidad, han acabado por afirmarla. Valga por todos el ejemplo de Nietzsche, que después de haber renegado de toda moral, destruyendo la que él llama «moral de los esclavos», ha concluído por construir otra: «la moral de los dominadores». Valga el ejemplo de Tolstoy, que después de haber condenado el arte, declara que el arte es necesario á la dignidad y á la felicidad del género humano.

CUESTIONES SOCIALES

La crítica de la anarquía.—Entre el colectivismo y el anarquismo—dice Alfredo Naquet en *L'Humanité nouvelle*—existe cierta semejanza de objetivo: ambos proclaman la necesidad de socializar los instrumentos de producción; pero

mientras el colectivismo se detiene allí, el anarquismo llega hasta el comunismo integral. El colectivismo hace común la producción, pero individual el consumo; el anarquismo hace también común hasta el consumo. El colectivismo, en fin, persigue la conquista de los poderes públicos para hacerlos servir á la aplicación de sus principios, y el anarquismo suprime todo vestigio de gobierno, esperándolo todo de la libre iniciativa de los ciudadanos.

El colectivisno tiene sobre la anarquía la ventaja de ser comprensible. Los Estados modernos explotan los tabacos, las cerillas, los ferrocarriles, los alcoholes, etc., y la inteligencia no ve imposibilidad ninguna en que exploten todas las demás industrias; será ó no conveniente, pero no hay duda que es realizable. Lo que no se ve es cómo sin gobierno, autoridad ni organización de ninguna clase, podría salir el orden del caos.

En lo que más distanciados aparecen los colectivistas y los anarquistas es en la cuestión social. La escuela colectivista aspira á una transformación completa en la producción, pero en cuanto al consumo deja las cosas como están: cada cual recibe el precio de su salario, y gracias á este salario (pagado en bonos de trabajo idénticos á la moneda) compra lo que le conviene conforme á sus gastos. Deja subsistir la división del trabajo, las diferencias de consumo y hasta el lujo mismo, como factor de mejora y de progreso. Los anarquistas no se contentan con suprimir la propiedad privada de los instrumentos de producción: con el anarquismo no hay moneda ni bonos de trabajo, ni se mide el consumo por la producción. Soy hombre, y tengo el derecho de comer lo que quiera, de beber lo que quiera y de dormir lo que el cuerpo me pida, sea chica ó grande mi fuerza productiva. ¡Tanto peor si mis facultades son inferiores á mis necesidades! En cuanto á sistema de distribución, cada cual toma del montón lo que haya; y si no hay bastante, la ración que pueda.

¿Es esto realizable? Kropotkine es un sabio distinguido, más que un simple literato ó un agitador, y de sus obras, tan

vibrantes de amor á la humanidad, no se desprenden pruebas sólidas de que la concepción anarquista pueda entronizarse en las sociedades humanas.

El ideal, indudablemente, es la toma del montón: no tener más que alargar la mano para coger el pedazo de pan ó de carne, las frutas ó las legumbres que se quieran; suprimir el debe y el haber; no tener más obligación para disfrutar de esta abundancia que trabajar cuatro ó cinco horas á lo sumo; conservar libre la mayor parte del día para cultivar los goces refinados de la ciencia y del arte... ¿quién no aceptaría semejante estado de cosas? La fortuna permite gozar á los ricos de todo, pero ¡á qué costa! ¿No sería mil veces mejor, hasta para los privilegiados de hoy, vivir en una sociedad en que estaría asegurado contra la revolución, la guerra, el robo, la ruina y el asesinato, y donde podría gozar sin remordimientos, sin tener que pensar siquiera en las privaciones de los demás?

Desgraciadamente, la realización de este ideal es asunto de abundancia; no medimos ni tasamos el aire que respiramos; pero ¿sucede lo mismo con el trigo, el arroz, el azúcar, las patatas, el vino, la cerveza, la habitación, el vestido, etc.? Quizá la toma del montón fuera posible en alguno de estos productos, forzando la producción; pero en la mayor parte el sistema sería irrealizable.

Dice Kropotkine que el hombre de mañana hará en cuatro horas tanto como en doce el hombre actual; pero suponiendo que así fuera—y es ya mucho suponer,—como las mujeres no habrán de trabajar más que en los cuidados de la maternidad, ni los hombres tendrán que trabajar tampoco más que desde los veinticinco hasta los cuarenta y cinco años, y sólo durante cinco horas diarias, es evidente que la producción, lejos de aumentar, disminuiría, y por consiguiente, la toma del montón, sólo posible en casos de abundancia, no podría efectuarse nunca (1).

(1) Nos hemos limitado á extractar el trabajo de Naquet sin poner ni una letra de nuestra cosecha; pues, por lo demás, es evidente que podrían

IMPRESIONES Y NOTAS

El rey de los inventores.—Los norteamericanos, constituídos en República, rinden homenaje á sus reyes, llamados Gould, Vanderbilt, Mackay, Carnegie, Morgan y Rockefeller, y cuyos reinos son los ferrocarriles, la hulla, el trigo, el acero, los transportes y el petróleo. El último de los reyes que se ha reconocido, y cuyo imperio soberano es el de las invenciones, es Edison, que acaba de obtener privilegio para su invención número ochocientos.

Este soberano se ha estrenado vendiendo periódicos, cigarros y frutas, con un cesto al cuello, en las estaciones. Abonado á las librerías circulantes, cayó entre sus manos un tomo descabalado de los *Principios de Newton*, y por él se inició en la ciencia. Se le ocurrió una nueva especie de periódico, y sin vacilación alguna se proporcionó una caja, tipos y una pequeña máquina; y mientras el tren caminaba, él componía su Boletín, resumen de las noticias de los principales periódicos, con telegramas que se hacía expedir á las diversas estaciones. Cuando los viajeros despertaban se encontraban con un trabajo de selección noticieril ya hecho, y el periódico de Edison tuvo bastante aceptación para darle con qué vivir. Por desgracia, llegó un día en que uno de los productos químicos de que se servía se incendió, declarándose un principio de fuego en el tren, y obligando al conductor á desembarcar á Edison, con todo su material tipográfico, en pleno campo.

Edison no se apuró por eso. Como le faltaba aquella empresa, la dejó, y tomando el camino de la estación más inme-

---

hacerse muchas otras objeciones. ¿Quién obligaría al trabajo á los que no quisieran trabajar, en una sociedad anarquista? ¿Cómo se distribuirían los productos cuando no hubiera para todos? ¿Cómo se repartiría el trabajo para que cada cual llenara la parte de tarea necesaria, y el trabajo vil ó repugnante, pero preciso, se llevara á cabo? ¿Quién viviría en las buhardillas, y quién en el principal? ¿Quiénes habitarían las chozas, y quiénes los palacios? Nada de esto resulta posible sin leyes, sin reglamentación, sin autoridad, sin sanción y sin medios eficaces de obligar.

diata se ofreció en ella como telegrafista; ganó allí unos cuantos duros, y en el entretanto inventó un nuevo sistema telegráfico, que consiguió vender á una Sociedad de Nueva York mediante una renta anual de 6.000 dollars. ¡Y no tenía entonces veinticuatro años!

Seguro en adelante del hambre, se dedicó de lleno á las investigaciones, y desde entonces no ha dejado de asombrar al mundo con sus inventos. Su gran laboratorio es como una oficina de inventos: todos los que tienen una idea nueva que no pueden realizar por sí mismos, acuden allí para que Edison la examine y experimente. Las utilidades se parten entre Edison y sus colaboradores, y hasta sus obreros tienen parte en los productos que han elaborado. Su inmenso establecimiento de Levyun-Park ha costado más de diez millones, y en él se gasta más de un millón al año en experimentos y trabajos de todas clases.

***

Confesiones de Zola.—En las *Cartas de Zola á Antonio Valabregue*, que viene publicando *La Grande Revue*, de París, se encuentran trozos dignos de ser reproducidos, unos por la brillantez del estilo, otros por la sinceridad de que se hallan impregnados, y que son por lo mismo datos preciosos para poder juzgar la labor literaria de Zola, penetrando en lo más sagrado de sus intenciones y descubriendo los móviles, no siempre nobles, que le impulsan. Tal sucede con la contestación que da á Valabregue cuando éste se muestra escandalizado por la crudeza de ciertas escenas de *Los misterios de Marsella*.

«Yo necesito de la multitud—dice Zola,—y voy á ella como puedo, intentando todos los medios para domarla. En este momento tengo, sobre todo, necesidad de dos cosas: de publicidad y de dinero. Por otra parte, usted está en todas las esperanzas y en todas las creencias del comienzo, y juzga usted á los hombres de un modo absoluto, sin ver todavía que todo es relativo y que no tiene usted las tolerancias de la opinión.»

El párrafo es luminoso y merece ser recogido.

Aprovechamiento de edificios escolares.—Entre domingos, días feriados, vacaciones y horas utilizables del día ó de la noche, se ha calculado—dice Hartmann en *El Monitor de la Educación*, de Buenos Aires—que los edificios destinados á la enseñanza se hallan desocupados la mitad del año.

¿Por qué esos edificios (Escuelas, Institutos, Academias, Universidades) no han de prestar al pueblo el mayor servicio posible, de modo que no se esterilice ningún sobrante? En este orden de ideas, Inglaterra, Alemania y Norteamérica marchan á la cabeza del movimiento, prescindiendo de rancias preocupaciones, unidas con las conveniencias del Estado, atendiendo así á las crecientes necesidades sociales y á las exigencias ineludibles de la vida moderna.

El aprovechamiento de los locales disponibles es cuestión muy digna de estudio y que merece ser tenida en cuenta, siempre que queden á salvo los intereses primordiales de la enseñanza, que la cesión sea también á instituciones de fines docentes y que se haga sin que implique obligación alguna para el personal técnico, administrativo ó dependiente de la escuela. De este modo, ya organismos permanentes, ya instituciones que necesitan periódicamente un local determinado, ya iniciativas más ó menos felices, pueden encontrar solución al problema del local, que es en las grandes ciudades uno de los problemas más difíciles.

Clases infantiles ó de adultos, conferencias, lecturas amenas é instructivas, proyecciones luminosas, cursos de vacaciones, conciertos, enseñanza de la declamación, conversaciones en lenguas extranjeras, Congresos pedagógicos y mil otras iniciativas que muchas veces se acometerían y que se abandonan por dificultades de locales adecuados, podrían perfectamente llevarse á cabo aprovechando los locales existentes. En Alemania se ceden los locales de escuelas á Sociedades literarias y musicales, fomentando todo lo que tiende á la mayor cultura del pueblo; en Filadelfia se aprovechan las horas libres para dar cursos de corte y preparación de costura, de cocina

y de plancha, dirigidos por señoras; en Nueva York se establecen en esos locales sucursales de las bibliotecas y museos, y dondequiera se procura estimular por todos los medios la propaganda del saber.

En Madrid no es este aprovechamiento del todo desconocido. Las aulas universitarias se aprovechan con relativa frecuencia para los trabajos de los tribunales de oposición, para Congresos y reuniones; pero, en general, ni se ha pensado nunca en el aprovechamiento sistemático de los locales escolares, ni menos se han reglamentado las concesiones de estos locales, ni aun para fines transitorios. Ahí están el Fomento de las Artes y el Centro de Instrucción Comercial, para no citar sino las instituciones más conocidas, que han tropezado y tropiezan con el grave inconveniente de la falta de locales para las clases nocturnas que sostienen. ¿Por qué no habían de poder utilizar estos beneméritos organismos tantos y tantos locales del Estado, de la Provincia ó del Municipio, que permanecen cerrados por la noche sin provecho para nadie?

Claro es que—como dice *El Monitor de la Educación*—la cesión del local tiene que sujetarse á una reglamentación severa. Pero garantizada la seguridad, la limpieza, la perfecta conservación del edificio y de todo su mobiliario, é indemnizados convenientemente los desperfectos naturales y los gastos de alumbrado y calefacción, ¿qué inconveniente habría en abrir las puertas de esos edificios, poniéndolos al servicio de la cultura nacional cuantas veces fuese requerida su cesión? ¿No sería esto duplicar de un solo golpe y sin gasto alguno los recursos de que en este punto disponemos, doblando así nuestra potencia educativa? ¿Pueden calcularse las iniciativas que se despertarían con esta mejora ni el impulso que tomarían las instituciones ya existentes?

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

CARLOS OCTAVIO BUNGE.—**Nuestra América**.—Con prólogo de Rafael Altamira. — Barcelona, 1903.

Hace ya bastante tiempo que Montaigne *el escéptico* — en frase de Emerson—dijo, ó mejor, escribió: «No he hecho yo al libro, sino que el libro me ha hecho á mí». Con menor cantidad de paradojismo, y con mayor adaptación al sentir común, el Dr. Bunge pone al pie del ático prefacio que sirve de liminar á su libro: «Al escribirlo me he sentido desangrar en tinta». ¡Noble y sincera confesión de un escritor que Flaubert llamaría demasiado consciente! También hay una frase de Pascal que caracteriza muy á maravilla la personalidad literaria ó filosófica del pedagogo y psicólogo americano: «Hemos creído tropezar con un escritor, y nos encontramos con un hombre». Hombre en el sentido noble, y que pudiéramos decir *biológico*, del vocablo.

Ya nos era bien conocido el profesor argentino á raíz de la publicación de su primer libro, *La educación*, editado por el Sr. Lázaro, é incluído en su Biblioteca, cuando vino á sellar esta fama, gloriosamente ganada, con otro trabajo notable y laudabilísimo por su índole abstracta—ya sabemos todos que en España la abstracción es el primero de los vicios vitandos; ¡oh, los alemanes, esos abstraídos!, — trabajo que se titulaba, demasiado genéricamente quizá, *Principios de psicología individual y social*. En él se observaba una alta erudición integral

unida á un *modus dicendi,* si no tan castizo como algunos quisieran, muy expresivo á acomodado á los tiempos nuevos. Partiendo de la *aspirabilidad* — que, según se deja entender, es el eje sobre el cual gira todo el sistema filosófico que se ha formado el Sr. Bunge,—va recorriendo todos los grados de la escala psicológica, que por lo inacabable y por lo luminosa es la escala de Jacob, hasta llegar allí donde toda facultad humana se obscurece, donde toda fuerza mortal flaquea, allí donde reina lo incognoscible. Puesto ya muy alto su nombre con los dos anteriores trabajos, ahora en éste, de índole distinta, publicado por los beneméritos coadyuvadores al movimiento intelectual contemporáneo en nuestra patria, señores Henrich y Compañía, viene á demostrar nuevamente su gran valía. No es un fatigador de intelectos á fuerza de fórmulas abstrusas — conste que no caigo en el error de los que pelean contra la abstracción: hay quien es muy abstracto sin ser nada abstruso;—tampoco escribe con la manifiesta y descarada incorrección de los *soi-disants* científicos, que desestiman con olímpicas actitudes la gallarda forma, por cuidarse sobradamente del fondo: su estilo es claro, cortado y vivo; condensa en una frase diversos pensamientos; graba sobre su palabra toda una serie de ideas; no le faltan rasgos de *humour* británico; en suma, muchos literatos profesionales quisieran para sí el léxico que posee este filósofo por diletantismo.

*
* *

La introducción, que evoca galanamente una etapa dolorosa de la vida del poeta—así se puede llamar al que tan bien nos enarra sus impresiones fantásticas,—me ha sugerido varias ideas que no podría exponer sino con más espacio del que tengo. Apuntaré sólo una. Antes de mí, mucho antes, ¡la expresó con tal belleza Plauto! Y ahora, poco ha, la amplificó el Dr. Bunge. Es ella la de: *Quem dii diligunt, adolescens moritur.* «Aquel á quien los dioses aman, muere joven». Y he aquí la paráfrasis del autor de *Nuestra América*: «Los poetas que

mueren jóvenes, forman una clase especial de poetas. Nacen, como María Baskirscheft, para soñar y no para luchar; y la vida no es sueño, sino lucha. En todo caso, y para no ofender á Segismundo, el sueño es una lucha. Esos poetas que nacen para morir en cuanto intentan elevarse, *tienen algo* en su estilo y en sus ideas distinto á los que nacen para vivir... Al leer á los poetas que mueren jóvenes, el lector se posesiona de una vaga sensación de piedad, y piensa: «¡No hubiesen podido vivir! Son aves de paso, que caen prematuramente de su alto vuelo, porque no han podido anidar en el pantano de la vida, cuyos miasmas los asfixian». Yo, sin ofender ni á Segismundo ni á Bunge, me permito observar que la vida no es ni sueño ni lucha, así separadamente: es sueño y lucha á la vez. Lo que hay es (y esto parece que á muchos ofusca) que sin sueños se puede vivir divinamente—díganlo si no nuestros adorables *filisteos* y nuestros muy venerados *presupuestívoros*,—y en cambio, sin lucha, se cae vencido indefectible y lamentablemente—dígalo Becquer...—Pero sí, Sr. Bunge; eso de los poetas jóvenes—aves de paso—es mucha verdad. Lo testimonian ó lo testimoniarán nuestro Becquer, el poeta dolorido, y Juan Ochoa, aquel poeta sin consonantes que se nos murió de *cansera*, anegado en el *tædium vitæ*. Son soñadores, son inertes, porque no han vivido ni pretenden vivir la *vida-lucha*. ¡Para ellos sí que tiene razón Segismundo con el *Soñemos, alma, soñemos!* Ese es su lema: y fenecen abrazados á él, tranquilos, con la muerta mirada fija en el cielo, que se diría suyo exclusivamente. Los desdichados, ¿encontrarán alguna vez el castillo de ilusiones que acá se forjaron? Aquí del expresivo *nescio-nescivi*, ó *nescii nescitum*, que dicen las gramáticas nebrijenses...

*
* *

En su *Esquisse Psicologique des Peuples Europeens*, Alfredo Fouillée ha dicho: «*L'espagnol a jusque dans son caractere quelque chose d'âpre comme la brise de ses sierras, de dur com-*

me son sol, de brûlant comme son soleil». De aquí parte quizá nuestra arrogancia, tan estudiada por el Dr. Bunge. Y si no, probemos de juntar estas tres cualidades: *âpre, dur et brûlant*. ¿Y qué resultará? El compuesto más español que darse puede. Así es que me admira la profunda intuición de Fouillée, dado su extranjerismo, que suele ser causa de errores intolerables en materia de psicologías nacionales. De esas tres condiciones étnicas y como fisiológicas que acompañan á todo español—lo *âpre*, lo *dur* y lo *brûlant*—nace nuestra típica arrogancia, lo que llaman allende el Pirineo *l'emphase espagnol*. «La hispánica—dice Bunge, hablando de las razas—es arrogancia, indolencia, falta de espíritu práctico, verbosidad, uniformidad, *decorum*.» Todas estas cualidades se complementan unas á otras de tal modo, que la arrogancia engendra necesariamente la indolencia—desprecio por las ocupaciones rebajantes,—y ésta, como es evidente, la falta de espíritu práctico, el *antimercantilismo*, el *antiyankismo*, que pudiéramos decir. De esta indolencia y aborrecimiento por toda ocupación baja nos viene en línea recta la verbosidad—ocupación digna, en nuestro sentir, de la alta alcurnia—y, aunque parezca mentira, también la uniformidad, análoga en ciertos aspectos al *decorum* latino. La elegante narradora de viajes Mme. Arvede Barine—que ha estudiado en una revista francesa al padre Coloma, y que es entusiasta admiradora de España—cuenta un caso que le acaeció en Granada, donde, preguntando á un mendicante cierta calle, y queriendo recompensar su atención en moneda, el digno sucesor de nuestros escuderos de antaño la rechazó con *gallardo gesto*. Este es otro de nuestros *faibles*: el gallardo gesto. Dígalo Luis Bonafoux, que lo invocaba durante la guerra con los yankis.

Esto de la *mendicidad arrogante*—un epítome de retórica catalogaría esta frase entre las manoseadas de *sublime sencillez*, *difícil facilidad*, etc.,—esto de la mendicidad arrogante es, digo, plaga exclusivamente hispánica y carácter típicamente español. Bien lo entendió así nuestro gran Ganivet, tan

amante de Séneca, cuando observó que el Lazarillo de Tormes—la mendicidad desvergonzada—y el escudero toledano á cuyo servicio estuvo el rapaz salamanquino—la mendicidad arrogante—eran gérmenes y prenuncios de otras dos figuras más grandes y más nacionales: Don Quijote y Sancho.

Los hidalgos—esos *hidalgòs* de quienes se habla en el extranjero con la sonrisita irónica asomada á los labios—son la más genuina representación del alma española, y, acaso mejor, ibérica;—¡recuérdense los finchados fidalgos lusitanos? Felipe II, el más español de todos los españoles habidos; el duque de Alba, nuestro encantador carnicero de hombres, fueron perfectos hidalgos. Y toda España, ¿qué es sino un hidalgo arruinado, pero con mucha arrogancia y altivez en la vieja sangre? El apreciable alienista de quien nos habla Bunge, debe ser simplemente un honrado burgués, á menos que no sea un contagiado de la enfermedad que diagnostica. ¡Llamarnos locos á nosotros, los grandes! Si lo somos, en todo caso lo somos como Don Quijote... como Cervantes, el loco sublime, que dice Rostand. Me extraña que se extrañen de nuestras locuras. ¿No admiran al caballero de los Leones? Pues así nosotros todos los hispanos.

*
* *

El Dr. Bunge ha llevado á cabo una obra meritoria como pocas, al darnos, bien que sea algo fragmentariamente, observaciones de psicología hispano-americana. Tanto de nuestra Iberia la desconocida—según dijo el docto Llanas Aguilaniedo—como de las Repúblicas sudamericanas, se ha dicho poco, y eso poco, bastante malo. Sobre todo, es vergonzoso que los que han dicho eso poco tan malo sean extranjeros. Aparte Ganivet, Picavea, Costa y Unamuno, que han ahondado en nuestras entrañas nacionales, estábamos hasta ahora sin saber quiénes habían sido nuestros padres y cuáles las causas educativas de nuestro carácter. Sabíamos, sí, por historiejas me-

nospreciables, que el rey X ganó tantas batallas, y el ministro Z perdió tantas elecciones. Pero ¿conocíamos nuestro propio espíritu? No y no.

La influencia española en aquellos tiempos dichosos en que «el sol no se ponía en nuestros dominios», y en aquellos otros en que «cuando España hablaba, el orbe se conmovía», está muy discutida y parafraseada por todos los historiadores más ó menos patrioteros. De ella nos queda la *Marcha de Cádiz*, fanfarrona y bullanguera. (No lo digo yo, que lo dijo el difunto Eusebio Blasco.) Pero entonces, en aquella época de gloria, la gloria misma nos deslumbraba y no acertábamos á ver de dónde nos salía esa gloria. Ahora es ocasión de que reflexionemos sobre ello. Entonces bastante teníamos con autoadmirarnos. Por eso no nos comprendían los ingleses, ni sabían cuál era nuestra génesis, nuestro carácter. Ahora quizá tampoco nos comprendan los ingleses. No nos dé cuidado: con que nos comprendamos nosotros mismos, basta. Lo cual ya es mucho, toda vez que nunca lo conseguimos.

Antes de leer al Dr. Bunge, ha mucho tiempo que leí en un *Ars dicendi*, sobre el cual habían vertido su polvo viejo cien generaciones de latinos, y á cuyas márgenes los pedantes dómines habían puesto apostillas en lengua de Horacio, un apotegma, rancio como pergamino de archivo, que rezaba de esta suerte: «*Initium sapientiæ cognitio suiipsius...*»

G. Blanco y Gutiérrez Pola

INDICE

Págs.

Entre la vida y la muerte (narración fantástica), por A. N. Apoukhtine..... 5

Curiosidades numismáticas.—Materiales empleados para las monedas, por Ignacio Calvo..... 33

Relaciones hispano-americanas.—La cuestión de Santo Domigo, por Jerónimo Becker. 49

El segundo Congreso internacional de ciencias históricas, por Rafael Altamira..... 71

La selección de los Fulánez, por Miguel de Unamuno..... 89

Los catedráticos de castellano en los Institutos de segunda enseñanza en Francia, por Camille Pitollet..... 105

Lecturas americanas, por Hispanus..... 129

Crónica literaria.—Núñez de Arce, por E. Gómez de Baquero..... 152

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 163

Notas bibliográficas, por G. Blanco y Gutiérrez Pola..... 192

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas. — El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas. — El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos) 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.

Goncourt—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud, (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi Juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos. 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil, (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual de Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde. — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers. — Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro. — El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más hallá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhaüer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ètica de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Kochs profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas. — Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas. —La Edad Clásica, 6 pesetas.— —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy. —El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky. — Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELANEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraisos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedan) 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas. — César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de Cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en

un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán. — Obras completas, 3 ptas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo. — La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings. — Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 ptas.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea. Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. —Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

Spencer.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas. —La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas—El progreso, 7 pesetas.— Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.— Los Hambrientos, 3 pesetas. — ¿Qué hacer? 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Una y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas. —Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.--Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas. — Notas sobre París, 6 pesetas.—Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.
Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES
CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier. — La Carnicería (Sedan), 3 pesetas.
Sudermann.—El deseo, 3,50 ptas.
Korolenko.—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras vírgenes, 5 ptas.
Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

Agnanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.
Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.
Antoine.—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.
Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1'50.
Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pts.
Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 ptas.
Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.
Boissier.—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts. —La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
Bunge.—La Educación, 12 ptas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
Baylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.
Carlyle.—La Revolución francesa, tres tomos, 24 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Caro.—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
Champeommunale.—La Sucesión Abintestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas.
Castro.—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos. 15 pesetas.
Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
Dowden.—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
Eltzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
Emerson.—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
Fichte.—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 ptas.
Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas. —La Ciencia social contemporánea, 8 ptas. —Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.
Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pts.
Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
Gabba.—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.
Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
George.—Protección y librecambio, 9 ptas.
Giddings.—Principios de Sociología, 10 pts.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
Gladstone.—Los grandes nombres, 5 ptas.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.
Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas. —Las Favoritas de Luis XV. 6 pesetas.—La du-Barry, 4 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 pesetas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
Goschen. Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político filosófico. 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas. —La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 ptas
Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pts
Huxley.—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Janet.—La Familia, 5 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.
Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg. —Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
Krüger.—Historia, fuentes y literatura de Derecho Romano, 7 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2'50 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
Lemcke.—Estética, 8 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pts.
Liesse.—El Trabajo, 9 pesetas.
Lombroso.—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 15 pesetas.
Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela Criminalógica Positivista, 7 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.
Macaulay.—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.
Manduca.—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religion. 7 pesetas.—Historia de las Religiones, 8 ptas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.
Meneval y Chantelauce.—María Estuardo, 6 pesetas.
Mercier.—Lógica, 8 pesetas.
Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia-Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa de España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
Mommsen.—Defecho público romano, 12 ps. —Derecho penal romano, 10 pesetas.
Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas. —La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 pets.
Novicow.—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la Raza blanca, 4 pesetas.
Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
Prévost-Paradol.—Historia Universal, tomo 1.°, 6 pesetas.
Quinet.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.
Renan.—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 ptas.—Derecho Civil, dos tomos, 15 ptas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Ruskin.—Las siete lámparas de la Arquitectura (El sacrificio.—La verdad.—La fuer-

za.—La belleza.—La vida.—El recuerdo.—La obediencia), y La Corona de Olivo Silvestre (El trabajo.—El comercio.—La guerra), 7 pesetas.

Sansanetti.—Derecho Constitucional, 9 ps.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols., 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 ptas.

Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sombart.—El Socialismo y el Movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.

Sohm.—Derecho privado romano, 14 ptas.

Spencer.—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 6 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas —Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones industriales, 8 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

Stead.—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.

Stirner.—El Único y su propiedad, 9 ptas.

Stourm.—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—**Las instituciones primitivas**, 7 pesetas.

Supino.—Derecho Mercantil, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.— Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas. — Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.

Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas

Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.

Waliszewski.—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Whitman.—La Alemania Imperial, 5 ptas.

Wilson.—El Gobierno Congresional, 5 ptas.

Wolf.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vols., 15 ps.

Wundt.—Compendio de Psicología, 9 ptas.

OBRAS RECIEN PUBLICADAS

POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

Fitzmaurice-Kelly: Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, *10 ptas.* -**Goncourt:** La Du-Barry, *4 ptas.*—**Taine:** Los filósofos del siglo XIX, *6 pesetas.*—**Champcomunale:** La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado, *10 pesetas.*—**Starcke:** La familia en las diferentes sociedades, *5 ptas.*—**Caró:** La filosofía de Goethe, *6 ptas.*—**Spencer:** La Moral de los diversos pueblos y la Moral personal; 3.ª edición, *7 pesetas.*—**Lubbock:** El empleo de la vida; 3.ª edición, *3 ptas.*— **Witt:** Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos, *7 ptas.*—**Novicow:** El porvenir de la raza blanca, *4 ptas.*—**Max Müller:** Historia de las Religiones, *8 ptas.*—**Bunge:** La educación, *12 ptas.*—**Bagehot:** La Constitución inglesa, *7 ptas.*—**Laveleye:** El Socialismo contemporáneo, *8 ptas.*—**Nietzsche:** Aurora, *7 ptas.*—**Carlyle:** Revolución francesa, tomo III, *8 ptas.*—**Mommsen:** El Derecho penal romano, *10 ptas.*—**Wundt:** Compendio de Psicología, *9 ptas.*—**Max Müller:** La Ciencia del lenguaje, *8 ptas.* — **Stourm:** Los Presupuestos, *dos tomos, 15 ptas.*—**Sombart:** El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, *3 ptas.*—**Prévost-Paradol:** La Historia Universal, tomo I, *6 ptas.*—**Boissier:** La Oposición bajo los Césares, *7 ptas.*—**Sansanctti:** Derecho Constitucional, *9 ptas.*—**Liesse:** El Trabajo, *9 ptas.*—**Mercier:** Lógica, *8 ptas.*—**Quinet:** El Espíritu nuevo, *5 ptas.*—**Lombroso:** Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, *15 ptas.*—**Mercier:** Psicología, dos tomos, *12 ptas.* **Whitman:** La Alemania Imperial, *5 ptas.*

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XV

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas españoles, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, **10 pesetas**; un año, **18 pesetas**.—Fuera de España, un año, **24 francos**. El número suelto en España **1,75 pesetas**, en el extranjero **dos francos**. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de Fomento, 7, Madrid.

Director: J. LÁZARO

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15. NUM. 176.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

AGOSTO, 1903

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

ANA

(NOVELA)

—

EL CRIADO ANTIGUO

Los tipos característicos de los mayordomos, de los sobrestantes y de los guardabosques de un tiempo van desapareciendo de la escena de la sociedad moderna, y con ellos la figura del criado antiguo, encanecido en casa del amo, se va haciendo cada día más rara. Los últimos supervivientes de estos simpáticos tipos, hoy anticuados, no pueden ya encontrarse sino en las antiguas moradas, y solamente el poeta y el biógrafo se ocuparán, de aquí en adelante, en reanimar la memoria de aquéllos, en sacarles fuera del polvo del olvido.

En casa de mis padres vivía todavía un verdadero tipo de esos pasados tiempos, y me acuerdo perfectamente de él al recorrer los años de mi niñez: era un antiguo criado, llamado Mikolai Suchodolski, un eslavo de Sucha Wola, lugar libre, del cual refería cosas admirables. A la muerte del abuelo, de quien Mikolai había sido asistente en tiempos de la guerra contra Napoleón, mi padre heredó dicho lugar. En cuanto á la época en la que entrara al servicio de mi abuelo, el viejo no sabía decir nada en concreto. Si se le preguntaba, tomaba, reflexionando, un polvo de rapé, y respondía:

—Tenía yo aún la leche en los labios en aquel tiempo, y el mismo señor coronel, excelente alma, que Dios tenga en gloria, no se había quitado los zapatos de muchacho.

El viejo Mikolai desempeñaba en casa de mis padres varias

y diversas funciones: era servidor é inspector á un tiempo. En verano desempeñaba también el oficio de sobrestante, y vigilaba las faenas de la recolección; en invierno ayudaba á la trilla. Además de esto, tenía también las llaves de las despensas, de los graneros y de las otras dependencias de la casa, y no salía para nada. Su principal cualidad era la de gritar. Yo no acierto á recordármelo de otra manera que gruñón y regañando; gruñía y gritaba continuamente á todos, sin excepciones, hasta á mi madre y á mi padre. En la cocina estaba en continua hostilidad con el cocinero; era capaz de coger á los pinches por las orejas y pasearles por toda la casa.

El viejo Mikolai no estaba jamás contento con nada ni con nadie. Cuando se encontraba de mal humor, lo que sucedía una vez á la semana por lo menos, todos los otros criados cuidaban de no tropezar con él, no ya porque les acusase ante los amos, sino porque no dejaba en paz al desgraciado que le hubiese contrariado: desde la mañana hasta la noche le zarandeaba y le gritaba sin remisión. En las comidas, se colocaba detrás de la silla de mi padre; no servía, pero no perdía de vista á los criados, y su mayor complacencia era desesperarlos.

—¡Ten cuidado, digo, ten cuidado! ¡O te enseñaré yo cómo se ha de servir! — gritaba. — ¡Miren á ese! No sabe moverse; parece una vaca cuando vuelve al establo. ¡Vivo! ¡A ti lo digo! ¿No puedes moverte? ¿Eres sordo? ¿No oyes que llama el amo? ¡Cambia los platos, pronto! ¡Miren cómo se queda con la boca abierta! Es completamente inútil.

Otras veces no podía contenerse, y exclamaba:

—¿En coche? ¡Muy bien! ¿Por qué no? ¿Qué importa el romperse una pierna con los caminos como están? ¡Cuando se quiere hacer una visita, se hace! ¡El amo no va á ir á nado! ¡A su señoría ilustrísima le está permitido todo! ¿Quién se lo puede impedir? ¿Por qué no dar un paseíto en coche? ¡Las cuentas se harán después; la trilla se hará después! ¡Lo que más importa son las visitas!

—No se puede con este Mikolai — exclamaba mi padre algunas veces al oirle.

Y el viejo contestaba al punto:

—¿No he dicho siempre que soy un asno? ¡Bien sé que lo soy! ¿Por qué no ha de salir en coche su señoría? ¿No ha ido el ecónomo en coche á Niewardaw para hacer la corte á la despensera de la princesa? ¿Por qué había de ser el amo menos que el ecónomo? ¡Lo que está bien para uno, bien hecho está también para el otro!

Y de esta suerte continuaba en el mismo tono, sin que fuera posible hacer callar á aquel viejo gruñón.

Aunque le quisiéramos mucho, yo y mi hermano Casimiro le temíamos como se teme al fuego, y nos tenía más sujetos que nuestro maestro, el padre Luis, al cual, sin duda alguna, le temíamos bastante más que á nuestros padres.

Con nuestra hermanita, Mikolai era más cariñoso que con nosotros; aunque era menor de edad, le llamaba «señorita» y le decía «usted», mientras que, sin tener en cuenta á las gentes ni á las leyes de la buena educación, á nosotros nos llamaba siempre de «tú».

Sobre mí Mikolai tenía un ascendiente particular, una atracción irresistible, á causa de que siempre llevaba en los bolsillos los fulminantes. Terminadas las lecciones, iba yo casi siempre á buscarle al vestíbulo; le sonreía amistosamente, y con mucha timidez le decía:

—¡Buenos días, Mikolai, buenos días! Quiero saber si has limpiado hoy las pistolas.

—¿Qué vienes á hacer aquí, Enrique? Tengo que arreglar los chismes de limpiar. ¡Ya te estás marchando!

En seguida comenzaba á gritar:

—¡Mikolai por aquí, Mikolai por allí! Naturalmente, cuando se trata de los fulminantes, entonces Mikolai es un buen muchacho; otras veces, que el diablo se lo lleve. Véte, véte á estudiar las lecciones. Con tanto zascandilear no aprendes nada.

—Pero si ya he dado las lecciones...—respondía yo con voz llorosa.

—Ya lo oís, ya ha dado sus lecciones; estudia, estudia, y después sabe menos que antes. Los fulminantes no te los doy, ¡y basta!

Y diciendo, se metía las manos en los bolsillos.

—Si después te saltas un ojo, ¿quién tiene la culpa? ¡Mikolai, naturalmente! ¿Quién le ha dado los fulminantes? ¿Quién le ha permitido cogerlos? ¿Mikolai, ó quién?

Y gruñendo y gritando, se iba al cuarto de mi padre, sacaba del armario las pistolas, las limpiaba, se aseguraba varias veces de que no estaban cargadas, afirmaba que un día ú otro nos las cargaría el diablo, encendía una luz y me hacía tirar sobre la llama. Pero mientras tanto no dejaba de atormentarme.

—¡Qué manera de coger la pistola!—decía.—¿Cómo vas á apagar así la luz? ¡Como el sacristán que apaga los cirios! ¡Vaya, vaya, hazte cura, más bien, y reza padrenuestros! No sirves tú para soldado.

Y, no obstante, nos amaestraba en el ejercicio de las armas como un veterano.

Después de comer nos poníamos á menudo á jugar á los soldados debajo de su ventana; él nos mandaba, y era también de los nuestros el maestro, el padre Luis, que marcaba el paso de una manera originalísima.

Yo, como mayor, me hallaba bajo su protección de un modo particular, y me tocaba soportarlo todo; pero cuando me enviaron al colegio, el viejo se quedó como si le hubiera sucedido una desgracia. Más adelante me contaron mis padres que cuando me marché estuvo llorando quince días, y que se puso más áspero y gruñón que nunca.

—Se han llevado al niño, se le han llevado, sin preocuparse de si uno lo siente ó se pone malo. ¡Quisiera saber por qué le han metido en el colegio! ¿No es el heredero, el futuro amo? ¡Tiene que aprender latín! ¡Quieren hacer de él un Salomón! ¡Bonita cosa! Mientras tanto, el pobrecillo vive lejos, y el viejo

Mikolai se queda aquí vagando como alma en pena. ¡Que el diablo se lleve los sistemas nuevos!

Recuerdo, como si fuese ahora, cuando volví por primera vez á casa, en vacaciones. Alboreaba apenas; en casa dormían todos; la mañana era fría, y nevaba. En rededor reinaba un profundo silencio, interrumpido solamente por el chirriar de la cadena del pozo y por los ladridos de los perros. Unicamente estaban iluminadas las ventanas de la cocina, que proyectaban un resplandor rojizo sobre la nieve que cubría el suelo. Yo estaba mustio y de mal humor, porque mi primera etapa de colegio no había sido muy brillante, á causa de no estar acostumbrado á aquella vida. Temía el enfado de mi padre y el ceño del severo padre Luis, que había ido en persona á buscarme á Varsovia, encontrándome en un estado de ánimo bastante acongojado. De repente se abrió la puerta de la cocina, y el viejo Mikolai, con una tetera y dos tazas en una bandeja, salió, con la nariz encarnada por el frío, y se encaminó hacia el cuarto de los amos. Apenas me vió, gritó:

—¡Oh, mi querido amito!

Y puso con tanta prisa en el suelo la bandeja, que se cayeron las tazas. Después me abrazó, me besó, y desde aquel momento me llamó siempre «amito»; pero la desgracia de las tazas no podía digerirla.

—Lleva uno tranquilamente la bandeja—murmuraba;—no se piensa en nada, y precisamente en aquel momento se le ocurre llegar al señorito. ¿No podía haber elegido otro momento mejor?

Mi padre, vistos mis escasos progresos en caligrafía y en alemán, amenazó con pegarme; pero fue contenido, en parte por mis lágrimas y promesas de enmienda, en parte por la intervención de mi buena madre, que se puso en medio, y principalmente por la declaración de Mikolai, el cual manifestó que jamás había oído hablar de la señorita Caligrafía, y que consideraba completamente inútil y superfluo el aprender la lengua alemana.

—¡Por vida de...!—murmuró.—¿Qué es esto? ¿Acaso el amito es un hereje ó un teutón? ¿Acaso el señor coronel habló nunca el alemán? ¿Qué? Cuando nos encontrábamos frente á los alemanes en... ¿cómo se llama aquel lugar? En Leipzig... y en otros puntos, no teníamos que hablar alemán con ellos, sino solamente decir: ¡atención!, y en un momento dejábamos unos cuantos patas arriba.

Además de las ya apuntadas, Mikolai tenía otra costumbre singular. Hablaba rara vez de su vida pasada; pero cuando se encontraba de buen humor, refería mil cosas y deslizaba algunas bolas, sin mala intención; pero en su cerebro de viejo los acontecimientos se agolpaban, se confundían, y todo lo que había oído relatar en su juventud de guerras y peligros guerreros se le representaba en su imaginación como hecho y visto por sí mismo: de suerte que todo lo atribuía á su abuelo y á sí mismo, y prestaba fe completa á sus propias narraciones.

Un día refirió lo siguiente delante de todos nosotros:

—No se puede negar que yo me batí valerosamente... ¿por qué no había de hacerlo? Recuerdo todavía aquella vez que fuimos contra los austriacos. Yo estaba en mi puesto, cuando de repente el general en jefe hostigó á mi caballo; el comandante en jefe de los austriacos salió entonces de las filas enemigas, cabalgó hasta llegar á mi lado y me dijo: «Suchodolski, te conozco; si te hubiéramos podido atrapar, la guerra hubiese ya terminado».

—¿Y no dijo nada del coronel?—preguntó mi padre.

—¿Cómo nada? ¿No he dicho claramente que el austriaco dijo: «Si hubiéramos pescado al coronel y á ti?»

El padre Luis se impacientó y dijo:

—Mientes á borbotones, Mikolai.

El viejo se puso furioso, y se hubiera seguramente extralimitado, á no ser por el respeto y la estimación que le inspiraba el reverendo; así, pues, se calló, y luego habló de otras cosas igualmente estupendas.

Un invierno los lobos se esparcieron por el país y comenzaron á producir daños enormes. Mi padre, que era un cazador apasionado, combinó una batida á aquellos animales; tenía empeño en que tomase la dirección de la cacería nuestro vecino el Sr. Ustrycki, famoso cazador de lobos, por lo que mandó á Mikolai con una carta, diciéndole:

—El contratista del aguardiente se va en coche á la ciudad; véte con él á Ustrya, entrega á aquel señor esta carta, y tráeme la respuesta; no te vengas sin ella.

Mikolai tomó la carta y se marchó con el contratista.

Por la noche volvió solo el contratista, sin Mikolai. Mi padre supuso que se había quedado en Ustrya para volver al día siguiente en compañía de nuestro vecino; pero pasó también aquel día, y Mikolai no pareció. Entonces comenzó la alarma; mi padre temió que le hubieran asaltado los lobos, y mandó gente á buscarle; pero nadie encontró rastros de él.

En Ustrya, adonde se mandó á preguntar, dijeron que había estado; pero que no habiendo encontrado al señor en la casa, preguntó en dónde podría estar. Hizo que el mayordomo le prestara cuatro rublos, y se marchó sin que nadie supiera adónde. Por fin, en la noche del sexto día, mi padre, que estaba en su despacho ocupado en tomar nuevas disposiciones para la busca de Mikolai, sintió que gruñían en la puerta, signo infalible de la presencia de aquél. En efecto, era él, pero en un estado lastimoso: extenuado, demacrado, yerto de frío.

—¿Qué diablos has hecho, Mikolai? ¿En dónde te has metido todos estos días?

—He hecho lo que debía hacer—murmuró Mikolai.—No encontré al Sr. Ustrycki en su casa; me fuí á Basin, y allí supe que se había marchado á Karalowka. Allí me presenté, pero tampoco estaba ya. ¿Quién hubiera podido obligarle á permanecer allí? ¿No es dueño de sus actos? Desde Karalowka me fuí á la ciudad, porque se creía que el señor pudiera estar en el tribunal del distrito. ¡Hubiera querido saber lo que tenía que hacer en el tribunal del distrito! ¿Es, acaso, juez? ¡Se

había ido al tribunal central! No podía yo volver á casa sin haber cumplido mi encargo: por eso llegué hasta el tribunal central y le entregué la carta.

—¿Y qué? ¿Te dió una respuesta?

—Ciertamente que me dió una respuesta; pero se reía tanto, que me enseñó su dos filas de dientes. «Tu amo—me dijo—me invita á una cacería para el jueves, y tú me traes la carta hoy domingo. La cacería debe de haberse celebrado.» Y volvió á reirse, y hasta me reí yo.

—¿Y qué has comido durante tu ausencia?

—¿Y qué importa que no haya comido desde ayer? Ya comeré ahora. Si ayer no comí, comeré hoy.

Desde aquel día se tuvo cuidado en no darle órdenes demasiado terminantes; cuando se le mandaba á algún punto, era preciso decirle exactamente lo que debía hacer en el caso de no encontrar al destinatario.

Algunos meses después de la aventura que he referido, Mikolai fué á la ciudad vecina á comprar caballos para la labranza: era muy entendido en caballos.

Por la noche vino el ecónomo á decirnos que Mikolai había vuelto, que había comprado los caballos, pero que venía apaleado y maltrecho, y que no quería dejarse ver de nadie. Acudió mi padre.

—¿Qué has hecho, Mikolai?—le preguntó.

—Me he dado de palos—respondió lacónicamente.

—¿No te da vergüenza de semejantes cosas á tu edad? ¿Has perdido el juicio? ¡Tan viejo y tan estúpido! ¿Qué hubieras dicho si otro lo hubiese hecho? En vez de dar buen ejemplo á los otros criados, los echas á perder.

Mi padre estaba seriamente enfadado con Mikolai, y cuando se enojaba iba de veras. Me había chocado mucho, en tal circunstancia, que Mikolai, el cual no tenía costumbre de sufrir nada sin dar sus razones, se callase entonces sin decir una palabra. Guardó un obstinado silencio, y no contestó á ninguno de los que le interrogaron acerca del asunto.

Al día siguiente empeoró tanto, que fue preciso llamar al médico, el cual logró por fin averiguar lo que había pasado. Mi padre, hacía una semana que había despedido al primer ayuda de cámara, el cual pasó al servicio de un tal señor de Zell, alemán y enemigo declarado de mi padre.

Sucedió que dicho señor de Zell se dirigió también á la feria, acompañado por nuestro exayuda de cámara y otros criados. En cuanto el señor de Zell vió á Mikolai, se le acercó y comenzó á lanzar injurias contra mi padre. Mikolai no pudo sufrirlo, y le trató de embustero. El señor de Zell prorrumpió entonces en otra injuria contra mi padre, y Mikolai le replicó con un fustazo. En seguida todos los servidores que acompañaban al señor de Zell se echaron encima de Mikolai, y le dieron de palos hasta que le vieron ensangrentado en el suelo. Cuando mi padre supo esto, se le saltaron las lágrimas.

No podía perdonarse el haber reñido á Mikolai. Cuando se curó éste, mi padre le reprendió por su silencio; después lloraron juntos como chiquillos. Mi padre retó al señor de Zell, y de este duelo le quedó memoria al injuriador por bastante tiempo.

A no ser por el doctor, no se hubiera sabido en casa la generosa defensa del fiel servidor. Pero Mikolai tuvo ojeriza durante mucho tiempo al médico por otro motivo.

Vivía en nuestra casa una hermana de mi padre, joven, á la que yo quería mucho porque era tan buena como linda, y no me extrañaba que todos la quisieran, incluso el doctor, que era joven, apuesto y estimado en todo el país.

Mikolai, que al principio miraba con buenos ojos al doctor, y no vacilaba en alabarle porque montaba admirablemente á caballo, comenzó á mirarle de otra manera al observar sus asiduidades para con la tiíta Marieta.

Por fortuna para el joven esculapio, mi tía le consideraba de manera muy distinta que Mikolai.

Sucedió, pues, que una hermosa noche en que la luna iluminaba románticamente la sala, y en que los perfumes del

jardín penetraban por la ventana abierta, la tiíta Marieta cantaba al piano «Sueño contigo». Nuestro doctor se acercó á ella, y con voz conmovida le preguntó si creía que pudiera él vivir sin ella. La tía debió de exponer algunas dudas acerca de esto; siguieron entonces recíprocas declaraciones; se apeló á la luna como testigo, y es posible que sucediera luego todo lo que en semejantes ocasiones suele acontecer. Por desgracia, precisamente en aquel momento entró Mikolai á llamarles para el té. El espectáculo que se le presentó le decidió á correr en seguida en busca de mi padre; pero, como éste estaba ocupado, fué á ver á mi madre, la cual le rogó, con su habitual y dulce sonrisa, que no se mezclara en asuntos que no eran de su incumbencia. Mikolai, avergonzado y confuso, no se dió, sin embargo, por vencido, y antes de acostarse solicitó hablar unos momentos con mi padre. Preguntóle éste:

—¿Qué se te ofrece, Mikolai?

—Quisiera preguntar al señor si la señorita se va á casar, si es cierto que...

—Sí, es cierto; ¿y qué?

—Que es absolutamente imposible que la señorita se case con... ese extraño.

—¿Qué extraño? Tú estás loco, Mikolai. ¿Por qué has de meterte en todo de esa manera?

—¿Pero acaso la señorita no es hija del señor coronel? Él no hubiera dado nunca su consentimiento. ¿No merece nuestra señorita un caballero de los de buena cepa? Y, si se me permite preguntarlo, ¿quién es el doctor? ¿Ha de rebajarse nuestra señorita?

—El doctor es un hombre de bien, es honrado y es un sabio.

—Sí, conozco á esos médicos. En el campamento se daban mucha importancia entre el Estado Mayor, pero cuando sonaban las balas no se veía á uno. ¡Cuántas veces les llamó el señor coronel caballeros de la lanceta! Cuando un hombre está sano, ninguno se atreve á acercársele; pero en cuanto está en-

fermo, se presentan con la lanceta y los demás instrumentos. ¡Bonito arte es el de zarandear al que no puede defenderse ni menear un dedo! Si el señor coronel lo supiese, se pondría furioso. Es imposible que se case con él la señorita. Sería faltar á los santos mandamientos. ¡Quiere volar demasiado alto ese mediquillo!

Desgraciadamente para Mikolai, el doctor consiguió volar tan alto.

A los seis meses se celebró la boda, y nuestra señorita, la hija del coronel, nos dejó, acompañada por las lágrimas y las bendiciones de los parientes y de todos los amigos de la casa, y muy especialmente por las de Mikolai, para marchar á compartir con el doctor las alegrías y los dolores de la vida.

Por fin llegó un día en que desapareció por completo la antipatía de Mikolai hacia el doctor Estanislao. Ana, la nietecita del viejo Mikolai, enfermó gravemente del tifus. Aquellos días lo fueron de amargura para mí, porque Ana era mi coetánea, la única compañera de mis juegos, y yo la quería como á una hermana. Durante tres días completos, apenas salió el doctor del cuarto de la enfermita. Mikolai estaba como alocado. No comía, no dormía, no abandonaba á su nieta ni un instante, y seguía con ansia los movimientos del médico. Por último, cuando llegó el día en que, después de varios de mortal incertidumbre, declaró el doctor con faz radiante que la niña estaba fuera de peligro, el viejo dió un grito de alegría, y arrojándose á los pies del doctor, balbuceó entre sollozos:

—¡Es usted mi bienhechor... mi bienhechor!

Ana curó, y desde entonces el viejo quiso entrañablemente al doctor Estanislao.

Al año de este suceso, el viejo comenzó á sentirse mal, y por último, cuando ya frisaba en los noventa años, se vió que había llegado su postrer instante. Algunos días antes de morir perdió el conocimiento; pero el día de la muerte, la luz próxima á extinguirse despidió destellos inesperados.

Mis padres estaban por entonces en el extranjero para

atender al restablecimiento de la salud de mi madre. Yo me había quedado en casa con mi hermano menor y con el padre Luis.

Nevaba aquella noche, y mi hermano y yo estábamos proyectando una expedición de caza para el día siguiente. De pronto vinieron á decirnos que Mikolai estaba moribundo.

El padre Luis corrió á la capilla á coger los santos óleos, y yo corrí anhelante á la cabecera del viejo. Pálido, amarillo como la cera, ya casi rígido, pero tranquilo y con pleno conocimiento, yacía en el lecho. Su cabeza, casi completamente calva, surcada por dos cicatrices, aparecía verdaderamente hermosa: era la cabeza de un veterano esforzado. El moribundo oprimía con una mano un crucifijo, mientras que Ana, pálida como un cadáver, le estrechaba la otra entre las suyas y la cubría de besos y de lágrimas.

Entró el sacerdote, le confesó, y después Mikolai preguntó por mí.

—No están aquí mis señores—dijo con voz entrecortada,—y el no verlos hace mi muerte más dolorosa; pero aquí está mi amito, el heredero... Piensa en esta pobre huerfanita... Dios te lo premiará. Perdónenme en lo que haya podido faltar. Tal vez he sido un poco gruñón... pero he sido fiel.

Calló y cerró los ojos, pero después volvió á pronunciar estas palabras en alta voz, con un último esfuerzo:

—Amito... mi huérfana... En tus manos, Señor... enco...

—Encomiendo yo el alma de este valiente soldado, de este hombre de bien...—concluyó de decir solemnemente el padre Luis.

El viejo había expirado. Todos nos arrodillamos en torno del lecho, y el sacerdote comenzó á rezar las preces de los difuntos.

*
* *

Han transcurrido muchos años desde aquel día. Sobre la fosa del antiguo y fiel servidor crece la yerba lujuriosa. Nos

aguardaban tiempos tristes y calamitosos. El huracán pasó, destruyendo mi tranquilo hogar. El padre Luis descansa desde hace mucho tiempo en el seno de la tierra. Yo me gano trabajosamente con la pluma el pan cuotidiano, y Ana...

Al recordarla, comienzan á brotar de mis ojos copiosas y ardientes lágrimas.

ANA

I

Cuando Mikolai, en su lecho de muerte, me recomendó á Ana y la confió á mi protección, tenía yo diez y seis años, y ella tenía seis meses menos que yo, por lo que casi era una niña. Hubo que sacarla á la fuerza de la habitación mortuoria. La pobrecilla, abatida por el dolor, abrumada de cansancio, apoyó su cabecita en mis hombros, y así permanecimos unos momentos silenciosos.

Era tarde: en la sala contigua á la capilla, el cuco de un reloj de péndulo, de Dantzig, anunciaba con su ronca voz la segunda hora después de media noche; reinaba en torno un silencio profundo, interrumpido solamente por los torbellinos de nieve que golpeaban los cristales de las ventanas de la iglesia, y por los continuos suspiros y sollozos de Ana. No lograba encontrar para ella una palabra de consuelo; la estrechaba solamente contra mi pecho, con el sentimiento y el afecto de un hermano, protector suyo. No podía rezar: tenía la mente llena de confusos sentimientos, y el corazón palpitante de compasión; de suerte que ante mi espíritu se agolpaban las más varias imágenes, en medio de las cuales surgía constantemente un pensamiento único, victorioso, increíble: el de que yo, por aquella criatura privada de todo amparo, que tenía apoyado en mi hombro su rostro pálido, con los párpados

semicerrados, hubiera dado en caso de necesidad la vida, hubiera arrojado el guante de desafío á la faz de todo el mundo.

Mientras tanto, llegó mi hermano Casimiro, que se arrodilló detrás de nosotros, y acudió también una parte de la servidumbre. El padre Luis rezó la oración de la noche, que se acostumbraba en nuestra casa, y todos dijimos juntos los responsos; después rezó una oración especial.

El rostro de la Madre de Dios aparecía lleno de clemencia, como si bendijese á los arrodillados á sus pies. Parecía que la Reina del Cielo tomaba parte en los bienes y en los males de nuestra familia. Cuando el padre Luis, al rezar el oficio de difuntos, pronunció el nombre de Mikolai, y dijimos nosotros *beati sunt mortui,* Ana comenzó á sollozar con fuerza; y yo, en aquel momento, hice solemne promesa de que, á costa de cualquier sacrificio, cumpliría fielmente el deber impuesto á mi corazón por el difunto.

Era la promesa de un muchacho que no podía medir aún lo grande de la responsabilidad, y eventualmente también lo grande del sacrificio á que se comprometía en su juvenil exaltación. Después de rezar, nos separamos para buscar un poco de reposo. Entregué á Ana al ama de llaves, la anciana Wenzrouska, á la cual ordené que pasara la noche con la niña, pero no en el cuartito de ésta, sino en el que asigné para de allí en adelante á mi recomendada. Después de haber besado afectuosamente á la huerfanita, me dirigí al pabellón contiguo, en donde habitaba con mi hermano y el padre Luis, y al que se conocía en el castillo señorial con el nombre de «Hospedería». Me desnudé y me acosté. No obstante el dolor por la pérdida de Mikolai, me sentía halagado y satisfecho con mi nueva calidad de tutor. El hecho era que yo, un muchacho de diez y seis años, debía ya ser el defensor y protector de una huerfanita sin amparo, lo cual me realzaba en alto grado á mis propios ojos. Me sentía hombre.

—¡La confianza que has puesto en tu amo no resultará fallida, honrado Mikolai! En buenas manos pusiste el cuidado

de la muchacha. ¡Duerme en paz tu sueño de la fosa!—decía para mí.

El porvenir de Ana no me preocupaba nada. No me pasó entonces por las mientes el pensamiento de que crecería y se casaría. Pensaba que viviría siempre en nuestra casa, que se la atendería como á una hermana, como tal, querida, y que llevaría una existencia tal vez triste, pero no abandonada.

Según la usanza de entonces, al primogénito de la familia le correspondía el quíntuplo más que á los hermanos menores de la herencia paterna; esos hermanos respetaban esta costumbre consagrada por el tiempo, y no se rebelaban nunca, aun cuando nuestro patrimonio no fuese alodial. Así, pues, como yo era el primogénito, la mayor parte del patrimonio me pertenecería un día, y por esto la consideraba ya, aunque todavía no era más que un estudiante de colegio, como propiedad mía. Mi padre era uno de los primeros señores del país, y aunque nuestra fortuna no pudiese calificarse de riqueza de príncipes, poseíamos, sin embargo, un caudal que aseguraba no solamente el pan cuotidiano, sino una vida cómoda y sin preocupaciones bajo el techo paterno.

Sabía, pues, que un día había de ser rico, y por consiguiente miraba sin inquietud el porvenir de Ana, y sabía de todos modos que, cualquiera que fuese el rumbo de su vida, ella encontraría siempre en mi casa sostén y ayuda.

Con estos pensamientos me quedé dormido. A la mañana siguiente entré repentinamente en mi papel de protector, pero de una manera, á la verdad, sumamente ridícula y pueril. Sin embargo, á pesar de los años transcurridos, cada vez que pienso en ello no puedo menos de experimentar cierta conmoción. Cuando, en unión de Casimiro, fuí á desayunarme, encontré ya en la mesa al padre Luis, á la señora de Ives, que era la institutriz, y á mis dos hermanitas. Las niñas estaban sentadas como de costumbre, en sus sillas altas, meneando los pies y charlando. Yo ocupé, con mi insólita prosopopeya, el puesto de mi padre; dirigí una mirada grave en rededor, y

después, volviéndome al criado, dije con acento breve é imperativo:

—Prepare usted también un puesto para la señorita Ana—y recalqué la palabra «señorita».

Jamás había sucedido aquello. Ana comía ordinariamente en el comedor de las doncellas, porque Mikolai, no obstante el deseo manifestado varias veces por mi padre, no había permitido nunca que la niña se sentase á la mesa de los amos.

—No, no; ¿quién piensa en eso?—decía.—Vale más que aprenda á servir á los amos.

Yo introduje, pues, esta novedad. El buen padre Luis sonrió y trató de disimularlo tomando un polvo de rapé y sirviéndose de su pañuelo de seda. La señora de Ives, á pesar de su bondad, hizo un gesto al oir la nueva orden, porque, procediendo de una familia de antigua nobleza, era aristocrática hasta la médula de los huesos. Francisco, el criado joven, me miró con la boca abierta, con expresión tan asombrada, que me vi obligado á repetir la orden:

—¡Prepare un puesto para la señorita Ana!

—En seguida, ilustrísima—contestó Francisco, al cual mi tono de mando había evidentemente impresionado.

Debo confesar que aquel «ilustrísima», que el padre Luis oía por primera vez salir de labios de un criado para dirigirse á mí, le arrancó otra sonrisa de satisfacción, que esta vez no pudo reprimir; pero mi aspecto serio contribuyó á que pasara sin más el «ilustrísima».

Un momento después estaba dispuesto el sitio; se abrió la puerta, y apareció Ana con un traje de luto que le habían preparado por la noche la doncella y el ama de llaves. Estaba palidísima, y sus ojos conservaban las huellas de las copiosas lágrimas derramadas; sus hermosas trenzas rubias le caían por la espalda. Yo fuí á su encuentro y la conduje á la mesa. Mi cortesía y el ambiente insólito del lugar parecieron confundir y cortar á la pobre muchacha. Entonces no sabía que para un profundo dolor, un rinconcito solitario y tranquilo vale más

que los mayores pésames y las mejores pruebas de simpatía y de amistad.

Debo haber atormentadò bastante á la pobre Ana con mi manía de hacer valer mi derecho de protector; permaneció callada durante el desayuno, y no respondió sino con monosílabos cuando la pregunté qué deseaba comer ó beber.

—Nada, muchas gracias, ilustrísima.

Aquel «muchas gracias, ilustrísima» me hizo daño; tanto más, cuanto que Ana acostumbraba á tratarme con mucha confianza.

Terminado el desayuno, la llevé aparte y la dije:

—Ana, debes saber que de hoy en adelante no eres más que mi hermana querida; así, pues, nada de «ilustrísimas» á mí; ¿has comprendido?

—Está bien.

Mi situación respecto de aquella muchacha en aquel momento era bastante singular. Paseaba con ella por la habitación sin saber de qué hablar. Si hubiera sido posible hacerlo sin aludir á Mikolai y á su muerte, la hubiese afectuosamente consolado; pero esto la habría hecho derramar de nuevo un torrente de lágrimas, cuando apenas había dejado de llorar hacía un instante. Por fin, no sabiendo qué hacer, me senté con ella en un sofá que estaba en un rincón de la habitación, acerqué su cabecita y me puse á acariciarla sus cabellos, lúcidos como el oro.

Ella se estrechaba á mí como á un hermano, y probablemente el sentimiento dulcísimo que le había dejado en el corazón la confidencia anterior le hizo asomar nuevas lágrimas á sus ojos. Lloraba amargamente, y yo trataba de consolarla lo mejor que podía.

—Querida Ana, no llores más; piensa que Mikolai está en la gloria; además, yo cuidaré de...

No pude continuar, porque á mí mismo me costaba gran trabajo contener las lágrimas.

—¿Puedo ir á verle?

Pero yo, sabiendo que habían traído el féretro, en el que ya habían depositado á Mikolai, quise, antes de llevar á Ana, enterarme de si estaba terminado. Al ir á la cámara mortuoria encontré á la señora de Ives, á la que rogué me esperara un momento, porque tenía que hablar con ella.

Después de haber rezado una oración por el alma de Mikolai, y dado las últimas disposiciones para su entierro, volví á reunirme con la francesa y la rogué que instruyese á Ana, pasada la primera semana de duelo, en la lengua francesa y en la música.

—*Monsieur Henry*—respondió la señora de Ives, la cual, se veía bien, estaba asombrada de que yo obrase con tanta independencia,—lo haré con mucho gusto, porque quiero bien á esa muchachita; pero no sé si esto responderá á las intenciones de sus señores padres de usted, como también tengo dudas de que aquéllos estén de acuerdo con la posición en que quiere usted colocar á Ana. *Surtout pas trop de zèle, monsieur Henry!*

La oposición de la francesa me irritó no poco; pero me consoló algo el encontrar mejor acogida en el padre Luis. El buen sacerdote, el cual, por lo demás, había ya dado lecciones á Ana, no solamente consintió en ampliar la educación de la muchacha, sino que me alabó por mi eficacia.

—Veo—dijo—que te apresuras á justificar con solicitud la confianza que depositó en ti el moribundo. Aunque todavía eres un niño, tu celo te honra, á condición de que sea constante.

Nótese que el sacerdote estaba contento de mí. El padre Luis comprendía que aun cuando más de una cosa pudiera parecer pueril, el móvil era digno y puro, y que la semilla depositada por él en mi corazón comenzaba á dar frutos.

Por lo demás, yo era querido por el respetable anciano. En mi niñez le había temido; pero á medida que me acercaba á la edad de la juventud comencé á dominarle; había notado su debilidad por mí, y no tenía escrúpulos en aprovecharme de ella. También él quería bien á Ana, y no encontré de su

parte ningún inconveniente; en cuanto le fuera posible contribuiría gustoso á mejorar la suerte de la niña. También la señora de Ives tenía buen corazón y trataba á Ana con la consiguiente amabilidad. Así, pues, la huerfanita no tuvo motivo para quejarse de la falta de interés de nadie para con ella.

La servidumbre comenzó á no considerarla ya como de igual á igual, sino á tratarla como á la señorita de la casa. Desde el principio, mi padre había querido severamente que se obedeciese á las órdenes del amito, aun cuando fuese todavía un niño. Todos podían recurrir al amo ó al ama, en caso de que hubiese motivo, pero ninguno podía oponerse por sí á la voluntad del «señorito», como debía ser llamado. Tanto la servidumbre como mis hermanitas, se acostumbraron pronto á obedecer al mayor.

—Así, y no de otra manera—solía decir mi padre,—puede conservarse una familia.

Y en efecto: este derecho de familia, fundado en las costumbres más que en las leyes, y según el cual el primogénito era el heredero principal, subsistió durante siglos, de generación en generación. Así, pues, todos los servidores estaban acostumbrados á considerarme como al futuro amo.

Mi madre tenía una farmacia casera, y visitaba á los enfermos. Cuando el cólera hizo su inoportuna visita en nuestro país, ella pasaba noches enteras en las cabañas de los campesinos, sin dejarse intimidar por el contagio, que parecía absolutamente inevitable.

Mi padre temía por la vida de mi madre, pero no ponía obstáculo ninguno á su infatigable asistencia.

—Es un deber, es un deber...—repetía para sí á menudo.

Él también, no obstante su severidad, distribuía á los campesinos socorros de todo género; les condonaba las contribuciones, les pagaba las deudas, les ayudaba en casos de matrimonio, y servía de padrino á sus hijos. Mi padre nos enseñaba á estimar á los campesinos; devolvía á los más viejos el saludo, hasta quitándose el sombrero, y á menudo los llamaba

para consultar con ellos. En cambio, ellos querían mucho á nuestra familia, y á menudo lo probaban con los hechos.

He referido detenidamente todos estos particulares, para dar una idea de nuestra vida señoril, y para demostrar cómo para hacer de Ana una señorita no tenía que superar grandes dificultades.

Si encontré alguna resistencia, por lo demás pasiva, fue, más que en otros, en Ana misma: la pobre era demasiado tímida, y estaba educada por Mikolai con harto respeto hacia los ilustrísimos amos, para que pudiese pronto y fácilmente adaptarse á su nueva condición.

II

Tres días después de la muerte de Mikolai se verificó su entierro, al que acudieron todos los vecinos, queriendo cada cual rendir el último tributo á aquel viejo que, aun cuando fuese un simple servidor, era generalmente estimado y querido. Mikolai fue inhumado en el panteón de familia, al lado de mi abuelo el coronel. Durante la ceremonia no me separé del lado de Ana. Había ido conmigo en un coche, y yo tenía la intención de volver con ella del mismo modo; pero el padre Luis me rogó que invitase á los que habían acudido al entierro á que viniesen á comer á nuestra casa, y confié Ana á mi amigo y condiscípulo Selim Davidowitsch. El padre de mi amigo, Mirsa Davidowitsch, propietario y vecino de mi padre, descendía de una familia tártara y mahometana, pero que, establecida hacía muchos años en nuestro país, había obtenido títulos de nobleza y feudo.

Yo hube, pues, de volver con los Ustrycki, y Ana subió á otro coche con la señora de Ives y con el joven Davidowitsch. Vi cómo el excelente joven, después de haber cubierto á Ana con su pelliza, tomó las riendas de manos del cochero, arreó y partió al trote largo de los caballos. Llegada á casa,

Ana se retiró á su cuarto para dar rienda suelta á sus lágrimas. No pude seguirla, porque mi deber era, en unión del padre Luis, atender á los huéspedes. Por fin se marcharon todos, excepto Selim, el cual debía pasar conmigo las fiestas de Navidad para prepararnos al examen del bachillerato, que estaba próximo. Y, además, queríamos pasear juntos, ir de caza, tirar á las armas, ocupaciones éstas que preferíamos con mucho á la traducción de Tácito y Jenofonte.

Selim era un muchacho muy alegre, un burlón de primera, lleno de ingenio y sumamente simpático. En casa todos le querían; solamente mi padre le ponía algún «pero»... ¿quién sabe? tal vez le desagradaba que aquel joven tártaro tirase á las armas mejor que yo. En cambio, tenía una calurosa partidaria en la señora de Ives, porque hablaba el francés como un verdadero parisiense, y porque divertía mucho á la francesa con su charla y con sus bromas.

El padre Luis abrigaba la esperanza de convertirle al catolicismo, porque de cuando en cuando bromeaba á cuenta del islamismo; y tal vez lo que le mantenía afecto al Corán era el profundo respeto que profesaba á su padre. El anciano Mirsa era absolutamente fiel á la antigua tradición de su familia, á su religión.

Selim y yo nos queríamos como hermanos; algunas veces reñíamos, pero un minuto después hacíamos las paces; procurábamos estar juntos, él en mi casa ó yo en la suya, el mayor tiempo posible.

En la sala, en donde nos encontrábamos después de la comida, reinaba un profundo silencio. La señora de Ives se había retirado á su cuarto, comode costumbre, mientras el padre Luis paseaba por la habitación. Mis hermanitas jugaban en rededor de la mesa. Ana, Selim y yo estábamos sentados en un sofá cerca de la ventana, y seguíamos con los ojos las últimas luces de aquel corto día de invierno.

No tardó en anochecer por completo; el padre Luis nos dejó para ir á rezar sus oraciones; mis hermanas se fueron á

otra habitación, y nosotros nos quedamos solos. Selim iba ya á empezar á bromear, cuando Ana me dijo en voz muy queda:

—Tengo miedo... tengo mucho miedo.

—No tengas miedo, Anita—repliqué yo;—apóyate en mí. Estás conmigo, y no debes tener miedo de nada. Yo no tengo miedo, y te sabré defender en todo caso.

No decía yo la verdad. En medio de las sombras, y al pensar en la muerte de Mikolai, me encontraba en un estado de ánimo inquieto.

—¿Quieres que traigan luz?—pregunté.

—Lo ruego, sí.

— Selim, haz el favor de decir á Francisco que traiga luces.

Selim se puso en pie; poco después sentimos cierto rumor hacia la puerta; ésta se abrió, y Francisco entró seguido de Selim, el cual le cogió de un brazo, y zarandeándole dijo:

—Francisco: tu amo ordena que traigas luz, porque la señorita tiene miedo, ¿comprendes? Di lo que prefieres: ó traer la luz, ó que te rompa un hueso.

Francisco se apresuró á traer la luz; pero como su resplandor lastimaba á los ojos de Ana, todavía enrojecidos por las lágrimas, Selim la apagó.

Volvimos de nuevo á las sombras, silenciosos y muy juntos. La luna solamente hacía que penetrase en la habitación su argentada luz. Como me pareciese que Ana continuaba teniendo miedo, la estreché más contra mí.

—Selim, cuenta algo. Cuéntanos algo bonito. ¿No te parece, Ana?

—Ciertamente.

Selim, después de pensarlo un rato, comenzó así:

—En Crimea vivía en las selvas, más allá de los montes, una buena maga, llamada Lala. Sucedió una vez que el sultán pasó en coche por delante de su cabaña. Él vivía en un palacio sostenido por columnas de coral y de diamantes, y cubierto por techo de perlas. Este techo era tan grande, que se ne-

cesitaba andar un año entero para recorrerle de un extremo á otro. El sultán llevaba un turbante adornado con rayos de sol y estrellas verdaderas y lucientes; sobre el turbante brillaba una media luna, tallada por un mago con la luna misma, y regalada al sultán. Este, pues, pasó en su coche por delante de la cabaña de Lala, y lloraba tan amargamente, que las lágrimas caían fuera del coche, y donde caía una, germinaba al punto un lirio blanco. «¿Por qué lloras, sultán?», le preguntó la maga Lala. «¿Cómo no he de llorar?», contestó el sultán; «yo tengo una hija única, bella como la aurora, y he de entregarla al negro Damsa, el de los ojos de fuego, el cual todos los años...»

Selim se interrumpió, y preguntó:

—¿Duerme Ana?

—No, no duermo—contestó la niña, somnolienta.

—«¿Cómo no he de llorar?», dijo el sultán á la maga—continuó Selim.—«No tengo más que una hija, y he de entregarla á Damsa.» «No llores, sultán», dijo Lala; «monta en el caballo alado, y cabalga hasta el castillo del Borach...»

Y continuó narrando, hasta que se interrumpió de nuevo y miró á Ana. La niña, extenuada por el dolor y el llanto, se había quedado profundamente dormida. Apenas nos atrevíamos á respirar por miedo de despertarla.

Selim apoyó su frente en la mano y se entregó á sus pensamientos; yo alcé los ojos al cielo, y me parecía elevarme sobre alas de ángeles hasta aquellas celestes estrellas que brillaban. No me es posible expresar el dulcísimo sentimiento que me embargó mientras aquella criatura dormía tan tranquila y tan confiada sobre mi corazón. ¡Ah, cuánto amaba á Ana! En aquel tiempo la quería aún con el cariño de un hermano y de un protector, pero con un amor sin límites...

Me incliné sobre ella y rocé con mis labios su áurea cabellera. En aquel beso no había ni sombra de sensualidad; era inocente como yo mismo.

De repente Selim se puso en pie y murmuró:

—¡Qué feliz eres, Enrique!

—Sí, Selim; mucho.

Pero no podíamos permanecer allí sentados indefinidamente.

—No la despertemos; llevémosla con cuidado á su cuarto.

—Yo la llevaré; tú, ábreme la puerta—contesté.

Con exquisitos miramientos levanté en brazos á la niña; Selim abrió la puerta, y llegamos al cuarto que yo había destinado para Ana. Allí estaba la vieja Wenzrouska atizando el fuego. Cuando me vió entrar se apresuró á levantarse, y exclamó:

—¿Por qué la trae usted así, señorito? La muchacha podía haber venido por sí misma.

—¡Tía Wenzrouska!—grité con acento de cólera.—Ya te he dicho que Ana no es una muchacha, sino una señorita; ¿has comprendido? La señorita está muy cansada; no quiero que la despierten. Desnúdala y acuéstala. No olvides que es una huérfana á la que es preciso atender cariñosamente.

—¡Pobrecita! Sí, es una huérfana—repitió la buena mujer.

Selim y yo pasamos á tomar el té. Mi amigo se entregó á una franca alegría, que yo no logré compartir porque estaba triste y porque no estaba bien en un hombre como yo, investido de las funciones de tutor, la hilaridad del niño.

Mientras fuimos á la capilla para el rezo de la noche, Selim se quedó en el patio, donde comenzó á dar tales rugidos, que todos los perros de las cercanías comenzaron á ladrar á más y mejor.

—¿Estás loco, Selim?—le gritó el padre Luis.

—Perdone, reverendo: estoy rezando en mahometano.

—¡No te burles de tu religión, muchacho!

—Ya sabe usted, reverendo, que yo quiero hacerme católico. Solamente me detiene el temor á mi padre. ¿Qué me importa á mí Mahoma?

De este modo dió en el flaco del sacerdote, el cual no replicó; y, sin más, nos fuimos á dormir.

Selim y yo dormíamos en el mismo cuarto. Mientras me desnudaba, al ver que Selim hacía lo mismo sin rezar sus oraciones, le dije:

—¿Tú no rezas nunca, Selim?

—No; pero si lo deseas, lo haré en seguida.

Diciendo esto, se volvió hacia la ventana y gritó como cantando:

—¡Oh Alá! ¡Akbar Alá! ¡Alá Kerim!

Interrumpió de pronto su salmodia, y dijo:

—No creo en nuestro profeta. Además, no puedo negar que me gusta el vino. Pero no hay remedio; soy mahometano, y es preciso que continúe siéndolo. Por lo demás, creo en un Dios, y á veces le rezo, pero á mi modo y como me parece. Con esto basta.

Después se puso á hablar de otras cosas.

—Tengo unos cigarrillos excelentes, Enrique. Ya no somos niños, y podemos permitirnos el fumar.

—¡Vengan!

Selim saltó de la cama y me enseñó un paquetillo. Encendimos sendos cigarrillos, y fumamos en silencio unos momentos.

Después dijo Selim:

—Enrique, te envidio; ahora ya eres verdaderamente un hombre.

—¡Ya lo creo!

—Eres tutor. ¡Si me diesen también á mí alguna tutela!

—No es cosa tan fácil—repliqué;—y además, no se puede encontrar en el mundo á otra Ana. Pero ¿sabes una cosa?—añadí muy serio,—creo que no debo volver al colegio. Un joven que tiene en casa tales deberes, no puede ir más á la escuela.

—¿Estás loco? ¿No quieres estudiar más? ¿Y la Universidad?

—Tú me conoces, y sabes que me gusta el estudio; pero ante todo está el deber. La cosa podría arreglarse si mis padres me dejaran que me llevase á Ana á Varsovia.

—Seguramente que no te dejarán.

—Mientras esté en el colegio, claro que no; pero en cuanto vaya á la Universidad, no sé por qué no. Me parece que tú no sabes lo que es ser un estudiante de Universidad.

—Sí; primero puedes hacer de tutor, y después te casas con la pupila.

—Veo, Selim, que estás verdaderamente loco.

—¿Por qué no había de ser así? En los colegios, claro es que no puede uno casarse; pero sí en cuanto se pasa á la Universidad. Un estudiante, no sólo puede tener mujer, sino también hijos.

En aquel momento, poco sabía yo de los privilegios de los estudiantes universitarios; pero las palabras de Selim habían iluminado lo más recóndito de mi corazón. Me asaltaron de pronto mil ideas confusas, extrañas. ¡Casarme con ella! ¡Sí! El amor fraternal alimentado hasta entonces se me presentó con una nueva luz que me llenaba el corazón de un calor dulcísimo.

¡Casarme con ella! ¡Con Ana, con mi Ana de los cabellos de oro, con mi querida, con mi adorada Ana!

Repetí con voz apenas perceptible:

—¿Pero estás loco de veras, Selim?

—¿Por qué? Yo sé que estás enamorado de ella—replicó.

No dije más; apagué la luz y escondí el rostro en la almohada. ¡Era cierto, ciertísimo, que estaba enamorado!

III

Dos ó tres días después del entierro de Mikolai, volvió mi padre, al cual se le había comunicado la noticia telegráficamente. Yo temblaba al pensar que revocase mis disposiciones concernientes á Ana. Mis presentimientos se realizaron hasta cierto punto. Mi padre alabó mi celo, y hasta parecía felicitarse de mi modo de obrar; por lo menos, repitió á menudo:

«Nuestra sangre, en todo nuestra sangre», cosa que solía decir cuando estaba contento de mí; pero no tenía la menor idea de lo poco desinteresado que mi celo era. Pero no todas mis disposiciones le agradaron, y tal vez la causa principal de ello fue el informe un poco exagerado de la señora de Ives. Sobre todo, desagradó á mi padre que Ana hubiese de recibir la misma educación y la misma cultura que mis hermanas.

—No me opongo ni me mezclo en ello; pero eso concierne á tu madre—me dijo,—que hará lo que mejor le parezca. Es preciso pensar, sin embargo, en lo que pueda convenir más á la muchacha.

—Pero, papá, la cultura no puede perjudicar nunca. Muchas veces te lo he oído decir.

—Sí, al hombre no puede perjudicar. Al hombre la cultura le ensancha la vida, y con ella puede alcanzar una posición elevada; pero en cuanto á las mujeres, es otra cosa: es preciso que su cultura se adapte á su condición, y particularmente á la que han de ocupar en el porvenir. Una muchacha como Ana no necesita más que una educación mediana; no la es necesario hablar francés, conocer las notas, etc. Con una cultura mediana, Ana podrá encontrar mucho más pronto un marido que la convenga. Aunque fuese un colono...

—¡Papá!

Él me miró asombrado.

—¿Qué hay?

Debí ponerme como la grana; mi cara ardía. El pensamiento de semejante boda, desde el punto de vista de mis esperanzas, de mi existencia, de mis propósitos, me pareció una herejía tal, que no pude contener una exclamación de cólera.

Y semejante herejía debía dolerme tanto más, cuanto que era mi padre el que la había proferido. Sus palabras me hicieron el efecto de un mazazo. Abrieron en mí una herida. Juntamente con el dolor, experimenté una especie de aversión, y no contra mi padre, sino contra Ana. Pero con ayuda del espíritu de contradicción que es propio de los jóvenes, rechacé

pronto y para siempre de mi alma aquel sentimiento. Mi padre no acertaba á explicarse mi enojo, y lo atribuyó á un exagerado sentimiento del deber, propio de mi edad, y no solamente no le indignó, sino que le agradó, hasta el punto de que moderó su oposición á una educación más elevada para Ana.

Quedó convenido en que escribiría yo á mi madre, la cual debía permanecer algún tiempo todavía en el extranjero, y la rogaría que tomara, respecto de Ana, una decisión definitiva.

No creo haber escrito nunca una carta tan larga y tan expansiva. Participé á mamá la muerte de Mikolai, sus últimas palabras, mis deseos, los temores y las esperanzas; toqué todas las cuerdas de su corazón amante, que siempre desbordaba de compasión hacia los demás. Le pinté con los más vivos colores los tormentos de la conciencia, que ciertamente me estaban reservados si no hiciéramos por Ana cuanto pudiéramos; en suma: según mi parecer, aquella carta era una verdadera obra maestra, que de todos modos debía surtir su efecto. Tranquilizado por este lado, esperé con paciencia la respuesta, la cual no se hizo esperar mucho, y vino con una carta para mí y otra para la señora de Ives. Había vencido en toda la línea. No solameute declaraba mi madre que estaba de acuerdo conmigo en lo referente á que Ana recibiese una educación y una cultura elevadas, sino que lo recomendaba con urgencia.

Mi victoria fue, pues, completa, y Selim no se alegró menos que yo, porque todo lo de Ana le interesaba tanto como si él mismo fuese el tutor. A decir verdad, su interés por la huérfana, y las atenciones y miramientos con que la distinguía en todas ocasiones, comenzaron á parecerme sospechosos y á causarme enojos; tanto más, cuanto que mi actitud para con Ana desde la noche memorable en que comprendí mejor lo que me inspiraba, había cambiado por completo. En su presencia me sentía acobardado, y la familiaridad infantil con que hasta entonces la tratara había desaparecido.

Hacía pocos días que aquella niña había reposado tranqui-

lamente sobre mi pecho, y al pensarlo ahora me estremecía; antes la besaba al darla los buenos días ó las buenas noches, y ahora temblaba al simple contacto de su mano, como si tocase un hierro candente. En adelante tuve para Ana el mismo respeto que puede inspirar el objeto del primer amor. Si ella inconscientemente se estrechaba contra mí como antes, me parecía profanarla. Este amor, en suma, ya doloroso, ya lleno de alegría, me tenía sumido en un estado que jamás había conocido. Si hubiese podido desahogarme en llanto, y, para decir verdad, más de una vez estuve á punto de ello, me hubiera aliviado. Confesárselo á Selim no quería, temiendo la explosión de su buen humor y de sus bromas. Estaba convencido de que, por de pronto, hubiera tomado parte activa en mi sentimiento; pero, ¿quién me garantizaba que al día siguiente no se burlase de mí y rompiera el encanto en que me mecía?

Así, pues, ocultando mi amor á los ojos de todos, apenas me atrevía á confesármelo á mí mismo. Tampoco tenía la menor idea de declarar mis sentimientos á Ana: la amaba, y me bastaba. Solamente de cuando en cuando, al encontrarme á solas con ella, sentía impulsos de arrojarme á sus pies y besarle el borde del vestido. Selim, por el contrario, loqueaba, reía, bromeaba como siempre, y estaba alegre por todos nosotros. Hasta consiguió arrancar una sonrisa á Ana, al proponer un día durante el almuerzo, al padre Luis, el que se hiciese mahometano para casarse después con la institutriz. Ni la señora francesa ni el padre Luis podían incomodarse con tales cosas, porque Selim sabía mirarles tan seductoramente, que todo terminaba en una explosión de risa.

En su actitud para con Ana se traslucía cierta ternura, y, digámoslo también, cierta simpatía, pero sin que yo diera á todo esto gran importancia, al verle siempre de broma. Sin embargo, tenía con ella más confianza que yo, y era también fácil observar que ella le veía con agrado, porque en cuanto entraba Selim se animaba el rostro de la muchacha. De mí y de mi melancolía se burlaba en grande, considerándola como

una seriedad ficticia, y creyendo que yo quería presumir de hombre prematuramente.

—Ya verán cómo éste se va á hacer cura—decía.

En tales ocasiones dejaba yo caer al suelo el primer objeto que tenía á mano, para tener el pretexto de inclinarme á recogerlo y ocultar así mi turbación; y el padre Luis tomaba un polvo de rapé, diciendo solemnemente:

—¡A la mayor gloria de Dios, á la mayor gloria de Dios!

Llegó, de esta manera, el término de las vacaciones de Navidad; mis secretas esperanzas de poder quedarme algún tiempo más en casa no se realizaron, porque una tarde le fue anunciado al «grave tutor» que á la mañana siguiente tenía que ponerme en camino. Se decidió que saliéramos muy temprano, porque habíamos de detenernos un poco en Corzelli para que Selim se despidiera de su padre. Así, pues, antes de las seis de la mañana, ó sea de noche todavía, estábamos en pie.

¡Ah! mi corazón estaba bastante más sombrío, más triste y más tempestuoso de lo que pudiera estar aquella mañana de invierno. También Selim estaba de mal humor. Apenas hubo saltado de la cama, declaró que este mundo era estúpido y estaba estúpidamente ordenado, en lo que me encontré de acuerdo con él. Después nos vestimos ambos, y desde la llamada «Hospedería» pasamos á la casa para tomar el desayuno. El patio estaba todavía á oscuras; un viento frío nos arrojó al rostro copos de nieve; las ventanas del comedor estaban ya iluminadas; el coche que nos debía llevar estaba ya dispuesto ante la puerta; colocaron nuestros baúles en el techo, mientras los caballos hacían sonar sus cascabeles, y los perros saltaban y ladraban en rededor. Todo esto, considerado en conjunto, hacía una impresión tan triste, que mi corazón se oprimió dolorosamente. Cuando entramos en el comedor estaban ya esperándonos mi padre y el padre Luis.

Ana no estaba allí.

Yo tenía la mirada fija en la puerta de su cuarto, y el co-

razón me palpitaba violentamente. ¿No se dejará ver?—pensaba.—¿Me marcharé sin despedirme de ella? Después mi padre y el padre Luis comenzaron á darnos consejos, á hacernos advertencias, á exhortarnos; y á pesar de decirnos que ya no estábamos en edad de que fuese necesario recordarnos nuestro deber, no hacían otra cosa que repetírnoslo. En cuanto á mí, sus palabras me entraban por un oído y me salían por otro. Masticaba el alimento y lo daba vueltas entre la boca sin poder ingerirlo, y ni siquiera podía hacer que me pasara la bebida, cuando de repente sufrí un estremecimiento. Había oído cierto rumor en el cuarto de Ana; mi agitación era tanta, que no podía estar quieto en la silla.

Por fin se abrió la puerta, y avanzó, con traje de mañana y sus rizos recogidos por papeles, la señora de Ives, que me abrazó cordialmente; yo, en cambio, la hubiera tirado con gusto un vaso á la cabeza, por la ira que me dió la desilusión sufrida. Ella manifestó su esperanza de que dos valientes jóvenes como nosotros lo pasaríamos muy bien, y Selim declaró que el recuerdo de los rizos de la dama le quitaría la fuerza necesaria para ello. Y Ana, sin parecer.

Pero estaba escrito que yo, pobre de mí, había de apurar el cáliz hasta las heces. Cuando nos levantábamos de la mesa entró Ana. Estaba todavía un poco somnolienta; tenía los ojos ligeramente enrojecidos, y sus cabellos de oro ornaban su cabecita en pintoresco desorden. Su mano ardía cuando se la estreché al darla los buenos días, y se me ocurrió la idea de que el sentimiento por mi marcha la había puesto febril; ya en la imaginación me representaba yo la más bella escena de amor, pero no fue más que un sueño. Mientras tanto, mi padre y el padre Luis salieron para ir á buscar algunas cartas que debíamos llevar nosotros. Selim estaba entretenido fuera de la puerta con un perrazo que por allí andaba, de suerte que me quedé solo con Ana. Los ojos se me llenaron de lágrimas, y tuve en la punta de la lengua las más dulces, las más afectuosas palabras de amor. No quería confesarla mi pasión hacia

ella, pero sentía impulsos de murmurarla al oído: «Querida, adorada Ana», y cubrirla las manos de besos.

Había llegado el momento favorable para una tal declaración, porque en presencia de los otros no hubiera podido hacerlo, aunque hubiese sido posible, sin llamar la atención. Pero dejé pasar de un modo imperdonable aquella buena ocasión. Me acerqué á ella, la cogí una mano con tan poca decisión, con tan poca gracia, que me avergüenzo de ello, y exclamé: «¡Ana!» Pero lo dije con una voz tan extraña para mí mismo, que me interrumpí al punto y me callé. Me hubiera destrozado con mis propias manos.

Mientras tanto, Ana había dicho:

—¡Dios mío, qué triste va á estar esta casa hasta su vuelta!

—Vuelvo por Pascua—respondí en voz baja, pero con un ronco y extraño acento de bajo profundo.

—¡Ah! ¡queda tanto tiempo desde ahora hasta Pascua!

—No mucho...—murmuré de nuevo.

En aquel momento se precipitó en la habitación Selim, y detrás de él mi padre, el padre Luis, la señora de Ives y otros.

—¡Al coche, al coche!—oí que decían.

Todos nos acompañaron hasta él. Mi padre y el padre Luis me abrazaron de nuevo, y cuando llegó el turno de las despedidas á Ana, sentí un irresistible impulso de estrecharla entre mis brazos y besarla como antes... pero no tuve fuerzas.

—¡Adiós, querida Ana!—dije estrechándola las manos, mientras se agolpaban á mis labios mil palabras afectuosas, y mi corazón sangraba por el dolor de la separación.

De pronto vi que Ana lloraba, y súbitamente se mostró en mí el espíritu de contradicción, y sentí un extraño impulso de ahondar en mi propia herida, como jamás lo he experimentado en mi vida. Aun cuando se me despedazaba el corazón, dije ruda y fríamente:

—No llores: tú no tienes ningún motivo para llorar, Ana.

Y, diciendo esto, subí al coche.

Mientras tanto, Selim se había despedido de todos. Se acer-

có á Ana, la cogió las dos manos, y á pesar de la reserva de la joven, se las llenó de ardientes besos. En aquel momento hubiera dado con gusto la vida por poder apalearlo con motivo. Después que hubo así besado las manos de Ana, subió á su vez al coche. Mi padre gritó:

—¡En marcha!

El padre Luis nos bendijo, haciendo sobre nosotros la señal de la cruz. El coche arrancó sobre la nieve.

—¡Infame! ¡miserable!—exclamaba en mi corazón la voz de la cólera.—¿Así te has separado de tu Ana? ¿Ese es el adiós que le has dicho? ¡La has lastimado, la has censurado por las lágrimas que la pobre huérfana derramaba por tu amor!

Me tapé con la manta y comencé á llorar como un niño, pero de modo que Selim no lo notase. Sin embargo, hube de comprender que Selim lo había notado perfectamente, y que si al principio había hecho como si no lo notara, fue porque también él estaba muy conmovido. No habíamos llegado aún á Corzelli, cuando me dijo:

—¡Enrique!

—¿Qué hay?

—Estás llorando.

—¡Déjame en paz!

Reinó de nuevo un profundo silencio. A los pocos instantes volvió á llamarme:

—¡Enrique!

—¿Qué pasa?

—Estás llorando.

No le contesté. De pronto se inclinó fuera del coche, cogió un puñado de nieve, me quitó la gorra, me puso la nieve en la cabeza, me volvió á poner la gorra, y dijo:

—Así: la nieve te refrescará.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

(*Continuará.*)

EL SEGUNDO CONGRESO INTERNACIONAL

DE

CIENCIAS HISTÓRICAS

SEGUNDO ARTÍCULO

Sabido es el valor relativo que tienen las votaciones en los Congresos de carácter científico. Por fortuna, sobre las cuestiones doctrinales no logra ninguna eficacia el régimen de las mayorías, y á nadie se le ocurre acudir á él con ánimo de fijar la verdad. La única aplicación legítima que tiene es la que he indicado con motivo de ciertas discusiones sobre puntos dudosos; v. gr., el de la edad de bronce ó el del tránsito de la cremación á la incineración (1); y aun en estos casos, no hay propiamente votación, ni se pide jamás. Basta que se exprese el juicio de una mayoría de especialistas en el sentido de no haber términos hábiles para una afirmación decisiva. La reserva se impone inmediatamente á todos los que investigan con sinceridad, y la conclusión negativa vence, no para ultimar la cuestión, sino, por el contrario, para dejarla abierta y libre de toda fórmula anticipada.

Las votaciones propiamente dichas recaen sobre proposiciones de carácter práctico, que se refieren, ya á la acción de los Gobiernos sobre la vida científica, ya á la participación de varias colectividades en una obra común, ya á la necesidad de ciertas publicaciones ó empresas oficiales ó privadas. Si el

(1) Véase artículo primero, párrafo II, Arqueología.

acuerdo se dirige á promover una acción gubernamental (de un Estado ó de varios), queda, como es natural, pendiente de la aquiescencia de los Gobiernos; pero ocioso es decir que en la mayoría de los casos, y cuando no se piden imposibles, el ruego de una asamblea en que suelen figurar las primeras autoridades científicas del mundo, es bien acogido por los poderes públicos de las naciones civilizadas que se preocupan por el progreso científico. De este modo, los Congresos obran como impulsores de la función docente tutelar del Estado, y como directores de ella, señalando en cada momento el camino que debe seguirse para satisfacer las necesidades actuales.

Más importancia que estos acuerdos tienen, á mi ver, los que se refieren á la acción privada de las colectividades científicas ó de los cultivadores de una rama especial de conocimientos. Deriva esa importancia de la influencia que tales acuerdos han de ejercer, necesariamente, sobre la libertad y la verdadera descentralización de las investigaciones, y de la costumbre, que poco á poco van estableciendo, de la cooperación internacional, indispensable para obtener con el menor gasto posible de fuerzas y con la unión de todas las que son aptas para el fin buscado, resultados que exceden enormemente de los que pueden obtener aisladamente cada una de ellas. Ya dije al comenzar esta reseña, que en esto consistía, á mi juicio, el interés mayor de los Congresos internacionales y, en particular, por lo que toca á los estudios históricos, el del Congreso de Roma. Indirectamente, los más altos ideales humanos, desde el punto de vista del internacionalismo racional, reciben también, de este género de votos, un impulso de los más eficaces y valederos. La obra de la paz universal y de la dulcificación de las asperezas nacionalistas, que tanto dividen á los hombres, sólo puede cumplirse á la larga por la influencia de dos grandes colectividades, cada una de las cuales tiene su esfera propia de acción: la masa de los trabajadores manuales y la de los obreros de la inteligencia.

Veamos ahora las conclusiones más importantes entre las

cincuenta y seis que votaron las distintas Secciones del Congreso.

Pueden formarse de ellas cinco grupos: 1.°, conclusiones relativas á la investigación de documentos; 2.°, de publicaciones científicas; 3.°, de Museos, exploraciones y trabajos arqueológicos; 4.°, de enseñanza; 5.°, de asociaciones internacionales.

*
* *

En la cuestión de los documentos había dos puntos de gran interés que resolver ó, por lo menos, que discutir para aunar los votos de todos los representantes con el fin de ejercer una acción colectiva cerca de los Gobiernos. El primer punto era el relativo á la libertad de investigación en general y, especialmente, por lo que toca á los documentos de la época contemporánea. El segundo se refería al préstamo de códices.

El profesor Gorrini, Secretario general del Congreso, fue autor de la proposición referente á la libertad de los archivos. Abrazaba aquélla varios extremos íntimamente relacionados: 1.°, que, en interés de las investigaciones y publicaciones de historia contemporánea, se procure regular los límites del tiempo y las formalidades actualmente establecidos ó impuestos á la consulta libre y á la publicación de los documentos que se guardan en los archivos públicos; 2.°, que se establezca un límite de tiempo lo más próximo posible á nuestros días; 3.°, que se den las mayores facilidades de trabajo á los profesores, académicos y estudiosos, suprimiéndose la actual presentación obligada de las copias y extractos para el *visto bueno* y otras formalidades análogas. No hubo propiamente discusión más que sobre el segundo extremo. Como de costumbre en casos tales, se manifestaron tres tendencias: una radical, representada por Vicchi, quien pidió que no se fijase ningún límite de tiempo para las investigaciones; otra, de excesiva prudencia, cuyo defensor, el profesor Uzielli, opinaba que debía dejarse á cada uno de los Estados la facultad de fijar por sí el lí-

mite, según las especiales condiciones de su historia nacional; la tercera, apreciando los escrúpulos políticos que, sin duda, opondrían todos los Gobiernos, y el peligro que puede haber en dar á luz documentos demasiado recientes, sostuvo la necesidad de fijar una fecha común á todos los Estados (cosa posible, dada la unidad de la historia europea moderna), tomando por base un momento señalado en el siglo XIX. Uno de los sostenedores de esta tendencia fue el ilustré profesor Stern, cuya *Historia de Europa desde 1815 á 1871* goza de autoridad universal, y á quien España debe agradecer importantes investigaciones relativas al reinado de Fernando VII (1). Stern propuso la fecha de fines de 1847, y lo mismo opinaron Monod, Sagnac y Bresslau. Prevaleció esta opinión, y los tres puntos de la proposición Gorrini, concretada de este modo, fueron aprobados: el 1.°, por unanimidad; el 2.°, por gran mayoría; el 3.°, por aclamación.

La proposición relativa al préstamo se votó en los términos siguientes por varias Secciones: «... que el préstamo internacional de códices, que ahora se efectúa por el intermedio del Ministerio de Estado, lo hagan directamente las Bibliotecas». La presentaron los profesores Vossler, Hauvette y Flamini.

Las conclusiones referentes á la publicación de *Corpus*, Albums, Atlas, etc., fueron numerosísimas. Á varias de ellas he aludido en el artículo anterior. Mencionaré aquí algunas más.

Sección I. — Catalogación completa de los manuscritos griegos y latinos de todos los Estados; ídem de los manuscritos de aquellos escritores que más influyeron en la civilización medioeval; comunicación bibliográfica internacional y fomento de las publicaciones de esta clase; colección de papiros literarios griegos, particularmente de los homéricos.

Sección II.—Publicación del *Corpus chartarum Italiae*, so-

(1) He dado á conocer este libro en la *Rev. crítica de historia y literatura*, tomo III (1898). La primera parte (1815-1830), que comprende tres tomos (Berlín, 1894-1901), está ya terminada.

bre la base de las investigaciones emprendidas por los Ministerios de la Guerra, de Gracia y Justicia y de Instrucción Pública en los archivos eclesiásticos, y con la cooperación unida de las Diputaciones y Sociedades locales (de historia) y el Instituto histórico (Florencia).

Sección III.—Recomendación de auxilio oficial para el repertorio bibliográfico italiano, propuesto por D'Ancona y Fumagalli.

Sección IV.—Recomendación de igual índole que la precedente, para publicar los atlas paletnográficos propuestos por el profesor Pigorini.—Formación de un *Corpus* de miniaturas (reproducciones), especialmente de la Edad románica y del Renacimiento; nuevas reglas para la publicación de las obras de Leonardo de Vinci, debiendo preferirse, ante todo, las inéditas, y ordenando la impresión por códices y no por materias; que uno de los volúmenes de la colección de índices y catálogos bibliográficos, publicada por el Ministerio de Instrucción Pública, se destine á la descripción de los códices musicales ó relacionados con la música.

Sección V.—Excitación al Real Instituto histórico italiano para que forme una compilación bibliográfica de los documentos de historia jurídica italiana, distribuídos por regiones; ídem al propio Instituto, con la cooperación de otras corporaciones científicas (italianas y extranjeras) para la publicación de cartas topográficas de las circunscripciones de los Municipios romanos, y de los Condados y Diócesis medioevales.

Sección VI.—Publicación de un gran atlas histórico de Italia, precedido por un glosario de nombres territoriales italianos que se encomienda á la Sociedad geográfica, de acuerdo con las históricas y científicas regionales. Trató también esta Sección de la conveniencia de editar científicamente el *Liber secrutorum fidelium Crucis* de Sanudo el Viejo.

Sección VIII.—Recomendación al Gobierno italiano para que encargue á la Academia dei Lincei el examen de las obras manuscritas de Evangelista Torricelli, con el fin de publicar

las que merezcan serlo; publicación de un catálogo de los manuscritos científicos existentes en las bibliotecas y archivos italianos, y de las obras científicas de Volta.

Al grupo tercero de conclusiones pertenecen las siguientes, que escojo entre muchas más:

Sección II.—Acrecentamiento de las exploraciones en Creta y demás tierras levantinas en que dominó la república de Venecia, para el hallazgo de los monumentos de arte veneciano, y conservación cuidadosa de los ya conocidos; aumento del presupuesto destinado á las excavaciones arqueológicas en Italia.

Sección IV.—Acción común y uniforme de todos los países civilizados para la defensa de las obras de arte existentes en lugares públicos y su inamovilidad, considerando que tales obras tienen «en su lugar de origen una importancia artística é histórica especial, una propia y alta significación, que se menoscaba cuando se las lleva á otro punto»; reglamentación de las restauraciones de pinturas antiguas para evitar que resulten perjudicadas, y de la conservación y traslado de los frescos existentes en edificios que amenazan ruina; nuevos principios de clasificación de monetarios (en vez del orden alfabético el geográfico-topográfico, respecto de las zecas, y el histórico-cronológico en las ilustraciones); creación de un Museo de arte dramático italiano, por cuenta del Gobierno, si fuera posible.

*
* *

Las conclusiones relativas á la enseñanza y educación son de un interés excepcional, y muestran cómo va arraigando y extendiéndose el sentido realista en la pedagogía de las ciencias históricas.

Sección I.—A propuesta del profesor Ricci, acordó aconsejar que en los principales centros universitarios, y en el mayor número posible de liceos, se establezcan «gabinetes epigráficos y arqueológicos que contengan calcos en cartón ó

yeso y reproducciones fotográficas..., no sólo de objetos de la antigüedad, sino también de inscripciones, y, en especial, de las más importantes para la historia literaria, política y artística de la región»; é igualmente, que «los profesores de arqueología y antigüedades clásicas incluyan en su programa un curso de epigrafía, y que se aumente el número de las enseñanzas superiores de epigrafía itálica, griega y latina, y el de los manuales y atlas populares de este género, accesibles á los profesores y á los alumnos universitarios y de segunda enseñanza, como complemento de sus estudios clásicos y excitación para otros ulteriores». Quizá hay en esta conclusión, por lo que se refiere á los alumnos de los liceos y gimnasios, algo de exageración especialista. Bastaría, en rigor, para ellos, con la creación de los gabinetes mencionados, y su utilización en los cursos generales de historia y de filología clásica.

Sección IV.—Su conclusión se refiere, más bien que á la organización de los estudios, á la metodología, y tiene con esto una importancia mayor que la consignada anteriormente. La Sección declaró su deseo de que «en los Institutos artísticos se enseñe con arreglo á métodos prácticos, con la ilustración histórico-artística de todos los objetos presentes á los alumnos, ya originales, ya en reproducción, teniendo en cuenta las tendencias profesionales y procurando elevar la cultura de aquellos Institutos». En los de carácter técnico, en los gimnasios y en los liceos, la Sección desea que «se enseñe, no sólo desde el punto de vista técnico ó de la distinción de los estilos arquitectónicos, sino en conjunto, no cabiendo separar la arquitectura de las demás artes, si se quiere que los ingenieros arquitectos den unidad artística á sus composiciones». Por lo que toca á la Universidad, pide que «se enseñe, generalmente, la historia del arte medioeval y moderna para educar á los profesores futuros de las demás escuelas». Excuso llamar la atención sobre el sentido antiespecialista de la segunda parte de este voto, y sobre la discreta diferenciación de la enseñanza que señala la primera parte. Igual tendencia educativa tiene la

conclusión referente á la enseñanza de la música, que dice así: Que se amplíe el estudio «de la historia de la música en los Institutos musicales, *poniendo constantemente en relación la producción musical con la historia civil* y con las otras manifestaciones de la vida intelectual en la época en que florecieron los compositores y se desarrollaron las varias formas musicales». Con relación á ello, la Sección «cree oportuno que se tomen medidas *para elevar el grado de cultura* de los alumnos de los Institutos musicales».

También hizo votos la Sección por que en las escuelas elementales se enseñe la música, reducida al canto, y por que en los programas universitarios se incluya la historia musical. Sabido es que en algunas Universidades extranjeras (como en muchas de las medioevales, incluso de las españolas) existe, en efecto, esa asignatura.

Sección V.—Los profesores italianos aprovecharon la ocasión del Congreso para mostrar su legítimo descontento por las últimas reformas de los estudios jurídicos. Conforme á ellas, se ha rebajado á un año el tiempo que antes se dedicaba á la historia del Derecho. El tema fue iniciado por Del Giudice con carácter general, y recogido y aplicado á la cuestión candente por Landucci. Tras él vinieron Semeraro, Scaduto, Quintili, Scialoja, Minguzzi, Ruffini, Gaudenzi, y extranjeros como Gierke, Ehrlich, Saleilles y Galante (éste, aunque italiano de origen, es profesor en Innsbruck). El resultado de la discusión fue aprobarse la conclusión siguiente: «La Sección jurídica del Congreso histórico hace votos por que las enseñanzas históricas no se disminuyan en las Facultades europeas y que, particularmente en Italia, se restituya al estado que antes tenían los estudios de historia del Derecho romano-italiano y de Derecho eclesiástico».

Excuso decir que la conclusión nos coge de lleno. Más de una vez lo he pedido así, en artículos publicados en revistas y diarios españoles. La tarde en que discutió este punto la Sección V del Congreso, no estaba yo presente, por hallarme ocu-

pado en la Sección II con la información sobre los estudios históricos generales; pero al siguiente día me adherí á la petición, y expuse á mis colegas italianos y franceses el lugar escaso y, á mi juicio, poco oportuno, que en el plan de la Facultad de Derecho ocupa la Historia. Entre nosotros no se trata de reponer las cosas á su antiguo estado, sino de ampliar la iniciativa de la reforma de 1883, organizando de otra manera la parte histórica de la enseñanza jurídica.

Sección VIII.—En el artículo anterior hemos dicho que esta Sección dedicó una de sus reuniones especialmente á discutir las cuestiones de enseñanza. He aquí sus conclusiones en este punto:

«Considerando que es de excepcional importancia que se conceda á la historia de las ciencias el puesto que de derecho le corresponde en la enseñanza:

»Considerando igualmente lo expuesto en las deliberaciones de la Sección V del Congreso de historia comparada, celebrado en París, en junio de 1900,

»Emite el voto:

»1.° De que tal enseñanza se establezca mediante la creación de cursos universitarios, divididos en cuatro series: 1.ª Ciencias matemáticas y astronómicas; 2.ª Ciencias físicas y químicas; 3.ª Ciencias naturales; 4.ª Medicina.

»2.° Que tales cursos se incluyan entre los complementarios.

»3.° Que la habilitación para regentar cátedras libres pueda aplicarse á esas enseñanzas.

»La Sección expresa igualmente su deseo de que se introduzcan en los programas de las enseñanzas correspondientes de las Escuelas medias, rudimentos de historia de las ciencias referidas.»

—

El quinto grupo de conclusiones no es numeroso, pero sí importante. A él pueden referirse, además de las que mencionaremos á continuación, muchas de las incluídas en el grupo

de publicaciones, según ya indicamos en el artículo primero.

La Sección IV acordó fundar una «Asociación internacional de cultivadores de la historia del arte medioeval y moderno», y encargó á su presidencia el nombramiento de un comité provisional, que fijará las bases para la indicada Asociación y el esquema de los estatutos.

En la primera reunión del grupo de Archivología, Bibliografía y Ciencias auxiliares, el Sr. Pribam, después de disertar sobre la empresa de una bibliografía histórica universal, propuso que se discutiera este asunto para ver de llegar á una ejecución práctica lo más pronto posible. Aceptada esta iniciativa, se acordó nombrar una Comisión internacional, á propuesta de los señores Pribam, Crivellucci, Monticolo y Hartmann, para que prepare la bibliografía indicada por el señor Pribam, de modo que pueda ya presentarse en el futuro Congreso internacional. Esta Comisión ha quedado constituída con los señores Crivellucci y Monticolo, profesores, respectivamente, de las Universidades de Pisa y Roma, y autores de un «Anuario bibliográfico de historia de Italia», y por delegados de todas las naciones presentes en el Congreso de Roma. Según comunicación del profesor Crivellucci, que tengo á la vista, forman parte de ella, entre otros, los señores Jaroslav Goll, de Praga; Andreass Veress, de Hungría; Pelissier, de Francia, etc. La representación de España ha recaído en mí, por bondadosa indicación, que agradezco profundamente, de mis colegas italianos; y como claro es que la empresa excede en mucho á mis fuerzas aisladas, espero recibir las instrucciones referentes á la organización de los trabajos oportunos, para solicitar el concurso valioso de los especialistas españoles que, si no concurrieron al Congreso de Roma, seguramente querrán coadyuvar al buen éxito de la próxima reunión.

Interesa saber, antes de pasar á otras cuestiones igualmente interesantes, que el presidente general del Congreso, el ilustre profesor Villari, hizo hincapié en su discurso de clausura sobre los acuerdos para realizar trabajos colectivos, tomados

por varias corporaciones italianas y extranjeras y por grupos de historiadores, haciendo resaltar la importancia de este hecho. Manifestó también que el Ministro de Instrucción Pública había decidido la publicación del tercer volumen de las inscripciones de G. B. de Rossi, y que se pensaba en crear en Róma una Escuela histórica, á ejemplo del Instituto que existe en Florencia desde hace años.

***

Como siempre ocurre, las cincuenta y seis conclusiones aprobadas no representan el total de las que se presentaron al Congreso. Entre las rechazadas quiero recordar aquí una que encierra alto sentido pedagógico, y que seguramente hubiera sido aprobada de no haber involucrado su autor dos cuestiones de carácter distinto, una de ellas muy discutida, y respecto de la cual el acuerdo entre los historiadores tardará aún en producirse. La conclusión, propuesta por el joven profesor Moritz Hartmann—un espíritu culto y generoso, que arrastra tras de sí las más vivas simpatías—estaba redactada en estos términos:

«La Sección II del Congreso hace votos por que el método de enseñanza en todos los países sufra una transformación en el sentido de dar la mayor importancia á la historia de la cultura, de la economía y del derecho público, y de omitir *todos aquellos recursos historiográficos con los que se suele excitar, pecando contra la objetividad histórica, el odio hacia las naciones extranjeras.*»

Moritz Hartmann defendió elocuentemente, en un corto discurso dicho en alemán, su propuesta. El momento estaba bien escogido. Acababa de cerrarse la información internacional sobre la organización de los estudios históricos de que he hablado en el primer artículo, y el ánimo de los congresistas (de muchos de ellos, cuando menos) hallábase bien preparado para acoger una excitación tan conforme, en su segunda parte, con la imparcialidad científica.

Puedo asegurar que el primer efecto producido por la moción de Hartmann en el grupo de oyentes en que yo me encontraba, fue de sincera simpatía. Me figuro que todos debieron pensar, como yo pensé, en la deformación chauvinista que en muchos países se hace sufrir á la historia, ya sirviéndose de ella en lo que se llama comúnmente educación ó instrucción cívica, ya subordinándola á fines políticos y patrioteros más ó menos razonables. Por desgracia, como ya indiqué al principio, la proposición abrazaba dos cuestiones distintas, cuya heterogeneidad fácilmente se advierte. La primera era nada menos que la batallona cuestión de la supremacía de la *Kulturgeschichte* ó de la historia política, acerca de la cual reinan aún muchas vacilaciones, sobre todo en Alemania, vibrante aún con las polémicas de Lamprecht y sus contradictores. Indudablemente, la Sección II no podía resolver, de plano y sin una amplísima discusión no prevista, este punto doctrinal. Así lo hizo notar el profesor Bresslau, al proponer que se rechazase la conclusión de Hartmann. ¿Influyó también en la actitud de Bresslau, como alemán, alguna reserva de otra índole respecto de la segunda parte de la conclusión? Tal vez sí.

Quizá hubiera podido rechazarse la primera parte y deliberar sobre la otra; pero esto nos hubiese empeñado en una discusión respecto de la cual no vi muy dispuestos á los congresistas, probablemente porque la cosa les cogió de sorpresa. Nadie se decidió á indicar este camino, no atreviéndose á ser más papistas que el Papa, puesto que Moritz Hartmann no replicó lo más mínimo á la objeción de Bresslau, ni intentó separar las dos cuestiones involucradas. Y así se perdió una ocasión preciosa de declarar solemnemente la repulsión de los historiadores científicos y de los hombres imparciales y amigos de la paz, hacia la servidumbre chauvinista que algunas gentes, cegadas por el patriotismo, hacen sufrir á la historia.

Circuló también entre los congresistas otra proposición (impresa) que no llegó á discutirse. Referíase á la fundación, en Venecia, de un «Instituto internacional de historia y de his-

toria del arte». La firmaban los Dres. P. Herre, G. Gerola y G. Ludwig. He aquí su razonamiento, brevemente resumido:

El Instituto, como ya indica su nombre, debería ser universal, aunando los esfuerzos de todas las naciones y prestando á los estudiosos de todas ellas útiles servicios. La extensión que podrían alcanzar éstos se deduce del hecho, bien conocido, de la gran riqueza de documentos y monumentos de historia y arte que se conservan en la hermosa ciudad adriática. Baste decir que sólo en el Archivo de Estado se reciben anualmente, de todas partes del mundo, más de 400 peticiones de copias ó consultas. El nuevo Instituto tomaría á su cargo este importante y difícil servicio, así como el de reproducciones fotográficas ó pictóricas de documentos y obras de arte. Facilitaría, además, á los eruditos que visitan Venecia, el estudio de las fuentes, tanto en los archivos y colecciones oficiales como en los municipales y particulares de todo el antiguo territorio de la República.

La organización del propuesto Instituto se establecería sobre la base de un presidente honorario y tres secretarios retribuídos, elegidos por un comité que formarían los jefes de los centros científicos de Venecia y del cuerpo consular.

Los firmantes solicitaban la adhesión personal de los congresistas y la indicación de asociaciones ó individualidades que pudiesen coadyuvar con donativos pecuniarios á la realización del proyecto.

*
* *

Muchos congresistas, gran parte de las corporaciones y sociedades italianas de carácter histórico y algunos Gobiernos, hicieron al Congreso donativos de publicaciones. Con éstas se formó una exposición muy interesante en uno de los salones de la Biblioteca Nacional, aneja al Colegio Romano. De algunos de los donativos había varios ejemplares, que graciosamente se repartieron entre los miembros de las diferentes Sec-

ciones (1). El del Emperador de Alemania, verdaderamente regio y consistente en dos hermosos volúmenes de fotografías del restaurado castillo romano de Saalburg y de los antiguos templos de Baalbek, fue presentado solemnemente por el rector de la Universidad de Berlín, el ilustre civilista é historiador Gierke.

El Gobierno de Chile envió un libro especialmente escrito para este objeto. Es un *Ensayo de bibliografía histórica y geográfica de Chile*, de que son autores los Sres. N. Aurique y L. Ignacio Silva. Forma un volumen de 550 páginas. También vi algún otro impreso hispanoamericano. Es de suponer que en las actas del Congreso figure un catálogo de estos donativos, entre los cuales había unas cuantas publicaciones (no muchas) interesantes para la historia de España.

Siguiendo el ejemplo del Congreso de París en 1900, la impresión de las comunicaciones y demás documentos del de Roma se hará en volúmenes separados para cada Sección. En algunas de éstas se votó una orden del día pidiendo que se trasladasen íntegras, y no en extracto, todas las comunicaciones presentadas; y así lo ha acordado la Presidencia. Creo que en esto hay un exceso de galantería. Sin duda, la tarea de escoger, además de penosa, sería difícil y expuesta á injusticias y errores; pero hay que pensar en el precedente grave que se establece así para los futuros Congresos, en que es de suponer vaya en aumento el número de comunicaciones, nada escaso, según hemos visto, en el de Roma (2).

Por otra parte, quizá esta costumbre lleve, andando el

---

(1) Debo indicar especialmente la monografía de Fiorini sobre su edición de los *Scriptores* de Muratori, con muestra de esa misma edición, no sólo por la importancia de esta empresa científica, mas también porque su presentación al Congreso dió lugar á un incidente ruidoso, poco agradable, ciertamente, para los congresistas extranjeros.

(2) A no ser que se opte, como muchos críticos desean, por limitar el programa de estos Congresos. El de Roma era, realmente, demasiado vasto.

tiempo, á modificar algo la organización de esta clase de asambleas científicas. Muchas veces he pensado que, no tratándose de temas discutibles, de informaciones internacionales ó de notables hallazgos arqueológicos ó documentales, se podría ahorrar la lectura de escritos que luego pueden leerse con todo despacio en los tomos de actas. Quizá los Congresos deberían limitarse al planteamiento de las cuestiones palpitantes de la ciencia, para que los especialistas las ilustrasen con su dictamen y se obtuviese, por lo menos, un balance del estado actual de los conocimientos respecto de ellas; á estudios comparativos, como el de la organización de la enseñanza de la historia, de que ya hemos hablado; á discusión de proposiciones, como las que han sido motivo de acuerdos en Roma; á presentación de publicaciones excepcionales, como la de las Pandectas florentinas (reproducción fototípica) y de nuevos descubrimientos de fuentes. Las comunicaciones ordinarias podrían ir señaladas en un mero apuntamiento por secciones, con referencia á su impresión en los tomos de actas, ó bien podría concederse á los autores el derecho de presentación personal, señalando brevemente (cinco minutos) sus principales conclusiones. Así se concretarían los trabajos y se ganaría mucho tiempo. Es preciso considerar que nueve días de sesión, bien empleados, dan mucho de sí y fatigan enormemente.

—

De los datos consignados en todo lo que precede, se deduce la exactitud de mis afirmaciones iniciales en punto á la importancia científica del Congreso de Roma. Dirigido por hombres tan eminentes como Villari, Comparetti, D'Ancona, Salvioli, Balzani, Gorrini y otros que sería largo enumerar; honrado con la presencia de sabios tan ilustres como Gierke, Monod, Stern, Harnack, Leonhard, Korzon, Guillaume, Meyer, Bryce, Pastor, Modestov, Cucq, Bertolini, Mahaffy, Duchesne, Bresslau, Tannery, Babelon, Saleilles, Vidal de Lablache, Wilamowitz, Browning, Tropea, Gaudenzi, Làmbros, Croce, Ehrle,

Pollock, Stein, Humperdick, Dubois, Scaduto, Harald Hjärne, Dembinski, Collignon, Bucheler, Luchaire, Conway, Monro, Pelham, Frédéricq y tantos otros de nombradía universal, no era aventurado suponer que sus deliberaciones y acuerdos habían de ser fructíferos.

Hagamos votos por que el próximo Congreso, que ha de reunirse en Berlín en 1906, sea digno continuador del que acaba de celebrarse.

RAFAEL ALTAMIRA

EL SUICIDIO EN SUS DIVERSAS FORMAS

Sea cual fuere el concepto que cada uno se forme de la finalidad de la vida, todos están conformes en designar con la palabra «vida» la relación de esfuerzo y adaptación del hombre respecto de la sociedad. El primer deber individual para el hombre es no considerarse fin de sí mismo sino en lo que se refiere á su existencia supraterrena. En esta existencia y en este mundo temporales está obligado á considerarse como un fin para sus semejantes, que, á su vez, tienen que ser mirados por él como fines, si el equilibrio de la sociedad ha de ser un hecho. A este deber se opone en la práctica y en la realidad un sentimiento antisocial: el egoísmo. Por otra parte, este deseo de sociabilidad, connatural en el hombre considerado en sí propio, implica un segundo deber: el de conservar su vida. A este deber se opone un acto inmoral: el *suicidio*. Y se nota con claridad, examinando el valor de este acto y de aquel sentimiento, que ambos son en el fondo una misma cosa, considerada bajo distintas fases. Lo que el egoísmo contribuye á negar por medio de un sentimiento, el suicidio lo niega por medio de un acto. El egoísmo es una forma de suicidio social; el suicidio es, generalmente, el resultado de un excesivo egoísmo individual. Parecería lógico, con arreglo á este criterio, que los seres más individualistas por naturaleza, más egoístas por necesidad, como el animal, el niño, el salvaje, mostrasen mayor tendencia al suicidio. Tal modo de ver ha sufrido, sin

embargo, rudos ataques por parte de los psicólogos y de los sociólogos.

Desde un punto de vista vago, el suicidio es, á no dudarlo, el acto en que el valor de la personalidad humana se manifiesta en toda su sublime y bárbara grandeza. Por esto se ha inducido, aunque de un modo incompleto, que era propio y exclusivo del hombre, é imposible en los animales, para quienes constituiría un caso único de un instinto perjudicial común al individuo y á la especie. Pero no solamente es sumamente raro (al menos, el suicidio determinado por motivos íntimos, morales) en los salvajes y en los niños, sino qne no faltan animales donde pueda observarse. La antigua opinión de Byron sobre el suicidio de los escorpiones, opinión tenida durante mucho tiempo por una fábula poética, ha sido recientemente confirmada por las observaciones del naturalista Bidie. Thomson reforzó con nuevas observaciones las conclusiones de Bidie, declarando, contra Hutchinson, que «la corva dirección del aguijón, que él mira como causa de la imposibilidad en el animal de destruirse á sí mismo, facilita, por el contrario, la operación de inferirse la herida». Büchner cita también un caso, completamente auténtico, de suicidio en un mono. Conocidos de todos son, además, los ejemplos de perros, caballos, pájaros, etc., á quienes la muerte ó desaparición de su amo les ha puesto tan tristes, que han rehusado toda comida y dejádose morir de hambre (1). Hay que considerar, en fin, que por

(1) Refiérese un caso más notable aún, ocurrido recientemente. Cierta señora de Arévalo, enferma hacía algunos meses, tenía un canario que estaba mimado y cuidado en la casa, desde unos siete años, por los individuos de la familia. De ésta quedaba ya sólo esta señora, que durante su penosa y larga enfermedad oía gorjear alegremente á la avecilla, á la que todavía dirigía algunas palabras de cariño. En los tres últimos días de su mal, y creyendo los parientes de la enferma que el continuo cántico del canario la incomodaría, sacaron la jaula á otra habitación cercana, en la que el pajarillo seguía sus trinos sonoros y armoniosos. Muerta su ama, hubo que trasladar el cadáver á una habitación baja de la casa. El canario, durante este fúnebre traslado, cantó un aria especial, acaso de deses-

su organización — la mano con el dedo pulgar oponible á los demás—el hombre es el sér que mejor puede llevar á cabo sus intentos de suicidio.

Si miramos la cuestión desde otro punto de vista, no cabe negar que el suicidio tiene muchas veces por causa la veleidad, y puede existir en un medio social rudimentario, por ejemplo, en el círculo limitado de la sociedad doméstica. Durand-Fardel (1) cita multitud de casos de suicidio en los niños, debidos á los malos tratamientos de sus padres. Se llenarían muchas páginas con testimonios de este mismo género.

En los mismos vagabundos, el suicidio es bastante frecuente. Dentro de los tipos suicidas establecidos por Durkheim (2), el suicidio de esta gente reviste dos formas típicas: *a*) la *egoísta*, caracterizada fundamentalmente por la apatía, y tendiendo á la variedad escéptica más que á la melancólica; *b*) la *anómica*, de la cual es carácter la irritación, el despecho, estallando en una recriminación violenta contra la vida en general al despedirse de ella (3). En cambio, las prostitutas, género tan afín en lo femenino á los vagabundos, no recurren al suicidio sino muy raras veces (4).

En las razas inferiores, imperfectamente civilizadas, encontramos bastante marcada la tendencia al suicidio. La sociología psicológica afirma como rasgo fundamental de esas razas el obrar según el primer movimiento (impulsividad). Los *kamtschadales* del Asia son tan excitables, por no decir con Spencer (5) histéricos (se trata de los hombres), que una pequeñez les vuelve locos y les arrastra al suicidio. Entre los

---

perada intención y tierna despedida, porque á la mañana siguiente, al salir el entierro de la señora de su casa, llevaba ésta, debajo de una de sus heladas manos, el también cadáver de su agradecido cantor, que media hora antes había dejado de existir en su jaula.

(1) *Traité pratique des maladies chroniques*, 203.
(2) *Le suicide*, París, 1897.
(3) Bernaldo de Quirós, *La mala vida en Madrid*, 15.
(4) Véase á Corre, *Crimen et suicide*, París, 1891.
(5) *Principles of sociology*, I, 15.

flemáticos *criks* de la América hay con suma frecuencia suicidios por contrariedades sin importancia. Burton nos dice del africano del Este, que ama la vida y, sin embargo, practica el suicidio.

Penetrando en el fondo de los suicidios lentos, pero voluntarios é íntimos, vemos más y más confirmada la tesis de que entre el instinto sensual, fuente de la vida, y el instinto destructor, causa de la muerte por accidente, hay una relación estrecha, que la sociología necesita tomar en consideración. Porque el sociólogo no sólo debe analizar y admitir la depravación sexual en general, sino una depravación sexual inmanente y difusa: la que arranca de nuestra constitución anímica, de nuestro hombre interior. Aparte de los estados de vergonzosa embriaguez sensual, propios únicamente de los que han sacudido todo freno de pudor, hay, en las tres cuartas partes de la sociedad, un estado casi inevitable, en que la imaginación, corriendo desbocada por los espacios de lo desconocido, despierta deseos jamás soñados, y la carne, excitada por los mordiscos de la lujuria en sus manifestaciones más brutales, desea revolcarse en el cieno. En esta nueva prostitución, de la que los sacrificadores del erotismo y de la afección y vida intersexual forman la mayoría, no suele haber más recurso que, ó exaltar hasta el delirio la ninfomanía y la anestesia genesíaca, ó concluir en un suicidio moral que atrofia la naturaleza y destruye los alicientes de toda actividad genital. Este dilema es, en lo erótico, el mismo que en el terreno de la ética propia había antiguamente entre estoicos y epicúreos. Muere en el mar del goce, clamaba el epicúreo; muere á tus manos, clamaba el estoico. Expedientes idénticos, pues morir en el mar del goce es un suicidio lento, como morir á las propias manos es un goce rápido para quien lo desea.

Las formas de suicidio real que la ciencia social conoce, son múltiples y variadísimas. A título de rareza, concedo aquí un lugar al suicidio tal como se practica entre los pequeños reyes japoneses. A pesar de que su oficio parece ser en parte

hereditario, sin embargo, desde que son responsables al Kumbo por todas sus acciones, puede éste trasladarlos de un reino á otro, ó privarlos de la dignidad real. Ordinariamente es la muerte el castigo que se les impone por cualquier falta en su conducta, sea efectiva ó imaginaria, de la cual hayan sido declarados culpables (1). El Kumbo sólo firma la orden para la ejecución, y el reo, no sólo considera un punto de honor someterse sin murmurar, sino que, para evadirse de las manos del verdugo, ejecuta por sí mismo la sentencia. Tan pronto como recibe la orden del oficial encargado de presenciar la ejecución, convida á todos sus amigos y conocidos á un festín, después del cual pronuncia un discurso de despedida, desnuda su espada é infringe en su cuerpo la primera herida, dejando al cuidado de un pariente, favorito ó criado de confianza completar la obra. Esta manera de ejecutar la sentencia de muerte es tan honorífica, y, por consiguiente, tan apetecible, que á los mismos hijos se les instruye á usar de sus armas graciosamente á este propósito; de donde se deduce que el hábito del suicidio fue, probablemente, una de las más serias tentaciones de los mártires cristianos, los cuales, aunque ejercían aquel más alto grado de valor que consiste en el sufrimiento pasivo, se veían, no obstante, frecuentemente tentados por la cobardía de acelerar sus penas con una muerte voluntaria.

Hablando en general, los japoneses se suicidan por las causas más fútiles (2); y se dice que, en China, un rico condenado

(1) Sigo en esta exposición á Cadell, *History of the misions of Japan and Paraguay*, p. I, c. 1.

(2) Bajo el seudónimo de *Tokushosei* (un estudiante aficionado á la lectura) encontramos en la Revista japonesa *Jiji-Shimpo* curiosísimas revelaciones sobre *los males de la educación presente*. Ocúpase el articulista de la educación en China y Japón, y dice ser la de este último pueblo puramente artificial. Hay muchos jóvenes japoneses y chinos que, por vanidad, por *pose*, no vacilan en darse muerte, so pretexto de que es bello y glorioso sacrificarse por la patria, aun cuando en tiempo de paz este sacrificio sea inútil. Tokushosei cree que esta manía suicida debe atribuirse á la deplorable educación que los niños reciben, y á quienes se les nutre el espíritu con relatos del heroísmo antiguo, relatos impregnados

á muerte puede comprar á veces por muy poco un sustituto voluntario (1). Los sociólogos suponen que este seco estoicismo y este frío desprecio á la muerte procede de la falta de creencia en la vida futura. En otros pueblos, por el contrario, procede de una creencia exagerada en la inmortalidad de la persona, ó de una falsa concepción de la existencia individual posterior á la muerte. Es también entonces un *suicidio heroico*, una inmolación involuntaria, un sacrificio por otro, nacido de la fe en la tribu ó en la patria; es el supremo egoísmo dando por resultado la suprema abnegación. La causa de que el indio de la América septentrional tenga tan poco miedo á la muerte y se suicide tan á menudo, es, como dice Schoolcraft (2), su deseo de ir á un país que, por lo que ha estado oyendo toda su vida, le reserva abundantes recompensas sin ningún castigo. Cuando el dogma de la inmortalidad del alma, que salió de la escuela de Platón, llegó á difundirse entre los griegos por intermedio del cirenaico Hegesias, tan al vivo se empezaron á pintar los males de la vida y las ventajas de la muerte, que Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto, prohibió con la conminación de la última pena hablar en las escuelas de aquel dogma; porque, á consecuencia de él, muchos hombres descontentos de su suerte se determinaron á quitarse la vida (3). En la raza galo-celta el desprecio de la muerte, unido al culto de la inmortalidad, produjo la *abnegación,* que se

---

de falsas ideas sobre el valor, relatos que fatalmente conducen al pesimismo. Así no es raro encontrar en el Japón muchachuelos de doce á catorce años que hablan de la vida, merced á la mórbida influencia de tales historias, y caen en el más profundo desaliento, como almas heridas que aspiran á la liberación de sus esperanzas. El articulista cita cartas de un jovencito de doce años que «vierte lágrimas sobre su pasado» y deplora «la despiadada estabilidad efímera de la vida humana». ¿Qué extraño es que con estas ideas se muestren luego indiferentes á los progresos y á la prosperidad del país? (*Helios*, Mayo 1903.)

(1) Lubbock, *Origin of civilization*, c. I.

(2) *Indian Tribes*, t. II, p. 68.

(3) Platón, *Fedon*, 37, nota de la traducción Dacier.—Cicerón, *Tusculanae,* lib. I, párrafo 34.

consideraba el honor por excelencia. Según Posidonio, había galos que se prestaban á morir por unas cuantas monedas de oro; las distribuían liberalmente entre sus amigos, y echándose sobre su escudo, ofrecían la garganta al cuchillo, sonriendo. De ahí la frase de Horacio: *Non paventi funera Galiae.* Con frecuencia prestaban los galos dinero á pagar en la otra vida; y la misma idea de la abnegación inspiraba otra creencia: la de que un hombre podía redimir á otro cuyos días están contados por los genios de la transmigración. ¿Estaba en peligro de muerte un hombre á quien sus afecciones ó sus deberes ligaban á la vida? Pues un amigo se ofrecía para reemplazarle, y por esta inmolación espontánea á las potencias divinas merecer ser llevado directamente al círculo de la felicidad. Distribuía entre los suyos los dones del hombre que le enviaba en su lugar al *conductor de almas*, y corría con júbilo á extenderse sobre la piedra del sacrificio. El sentido de este género de suicidio se halla admirablemente condensado en el *Canto de Uether*: «Mi lengua entonará mi canto de muerte en medio del círculo de piedras que encierra al mundo... La serpiente (1) se adelanta hacia los vasos del sacrificador, del sacrificador de los cuernos de oro. Los cuernos de oro en su mano, su mano sobre el cuchillo, el cuchillo sobre mi cabeza» (2). Esta abnegación inspiró más tarde, en la Edad Media, la caballería. Los caballeros fueron los últimos restos de los *abnegados* de la antigua Galia (3).

Se ve, por lo apuntado hasta aquí, que las antiguas formas del suicidio, á pesar de los errores que suponían, encerraban un fondo indudable de generosidad, de nobleza y hasta de altruísmo en ciertos casos. Los suicidios modernos nacen casi siempre de sentimientos de cobardía, de incredulidad y de

(1) Emblema de la inmortalidad por cambiar de piel; la serpiente ocupaba, según Plinio, el primer lugar en el culto después del muérdago (*Hist. Nat.*, XXIX, 3).

(2) Villemerque, *Millions des anciens bretonnes*, p. 292.

(3) Fouillée, *Histoire de la Philosophie*, I, 1, 3.

egoísmo cualificado; estos sentimientos, y no otros, son los que hacen á los suicidas de nuestros tiempos renunciar á llevar á cuestas el fardo de la vida individual. En la antigüedad, lo repito, el suicidio fue casi siempre disculpable, ya que no justificable. Los mismos estoicos, que no hacían intervenir para nada en sus suicidios razones altruístas ó ideales sociales, obraban con más grandeza de ánimo en este punto que nuestros contemporáneos. El estoicismo veía en el morir, y morir por un acto de voluntad libre, un medio de librarse de la pasividad exterior y de las servidumbres que la existencia trae consigo. «El suicidio estoico—dice Fouillée—no era un acto de cobardía ni de debilidad; no era un capricho arbitrario: era la libertad afirmándose á sí misma frente á la Naturaleza, y demostrando que no depende más que de sí misma, ya quiera vivir, ya quiera perecer.»

En nuestra época, el pesimismo de Schopenhauer intentó restablecer la idea de la negación consciente é individual como un elemento positivo de la vida; mas rechaza el suicidio propiamente dicho con la mayor decisión. El suicida, según Schopenhauer, es un pesimista falso é incompleto, que quiere en realidad la vida, y la aceptaría de buen grado, y que lo único que no quiere es el dolor. En tal sentido, Schopenhauer, partidario decidido de la *palingenesia* oriental, condena á la voluntad personal que por el suicidio no se ha desasido aún absolutamente de la existencia, á volver á la vida bajo una nueva forma. Aquel que todavía no ha extinguido en sí todo deseo íntimo de la vida, en vano se dará físicamente la muerte, pues aquel deseo bastará por sí solo, como creían los indios, para hacerle revivir. Además, el suicidio sólo pone fin á la vida del individuo, cuando se necesitaría aniquilar la vida de la especie misma, la vida en general. El verdadero medio de llegar á esto es la negación del cuerpo por medio del ascetismo, tal como la practican los budistas, y la castidad, que impedirá la propagación de la especie, y con ella la propagación del dolor. La muerte queda así en la doctrina de Scho-

penhauer como el genio inspirador, como el *musageta* de la filosofía.

Acerca del valor de esta doctrina de los pesimistas, no es cosa de hablar aquí. Como estos filósofos son todos panteístas, se explican y comprenden sus tendencias al suicidio, porque el panteísmo ha sido fecundo manantial de suicidios en todos los tiempos (1). Lo propio debe afirmarse del sensualismo, cuya justificación favorita del hecho suicida—*mori licet, cui vivere non placet*—es un corolario lógico de sus principios fundamentales. Pero, ¿no es la vida el mayor bien en el orden de los bienes sensibles?, preguntamos nosotros. Creer que la exención del dolor vale más que la posesión de la vida, equivale á anteponer un bien negativo de orden inferior á un bien positivo de orden superior. Por eso no podemos admitir que la privación directa y voluntaria del último sea un acto valeroso. El verdadero valor no consiste en huir de los dolores, sino, por el contrario, en luchar con ellos y vencerlos. Lo cual es tan cierto, que aun el mismo Schopenhauer se permitió fustigar de un modo mediato la pretensión estoica en la confesión citada más arriba: *el suicida quiere la vida, y la aceptaría de buen grado; lo único que no quiere es el dolor.*

Se ve, pues, que el suicidio, individualmente considerado, constituye un acto irracional. Ahora, desde el punto de vista sociológico, es por un lado una inmoralidad, y por otro una alucinación.

La inmoralidad del suicidio estriba en su finalidad antirreligiosa. Dios, el Padre de la vida, se ha reservado el poder de dejar á sus hijos en la incertidumbre de la muerte. Ese orgullo satánico de oponerse al deber de la propia conservación, destruye el orden establecido por Dios para el perfeccionamiento de sus criaturas. Según este orden, el hombre debe enderezar su parte física al progreso moral, y conformar su voluntad con la del Creador. Ahora bien: con el suicidio rompe

(1) Léase á Caro, *Nouvelles études morales*, pág. 4.

el hombre, por un lado, el hilo de los designios del Creador, y usurpa por otro aquel derecho que sólo Dios tiene sobre la vida física del hombre. Así, el suicidio es un atentado contra los derechos del Creador, y quien defiende su inocencia atribuye al hombre el derecho de ponerse en la imposibilidad de cumplir con su deber (1). Por otra parte, la vida física del hombre es un *dón* y un *depósito*. Es un *dón*, porque Dios la concede libremente; y un *depósito*, porque el hombre tiene el deber de conservarla para su perfeccionamiento moral. Por esto, el hombre ningún derecho tiene sobre ella, ora porque no depende de él en su conservación ni en su origen, ora porque no tiene derecho para infringir el deber de conservarse y perfeccionarse (2).

La alucinación del suicidio consiste en querer suprimir, por la violencia, un hecho inevitable y necesario; su error estriba en olvidar que la vida del individuo es de esas cosas que se imponen, que hay que acatar, cuyos fines, mientras haya sociedad humana, han de cumplirse. De este modo, el suicida, después de ser mal hijo para Dios, es mal hermano para los hombres; después de negar prácticamente el concepto de religiosidad, niega el de sociabilidad.

Como de la mano me conduce lo que precede á hablar de una cuestión que la decadencia de las antiguas opiniones y la agitación que conmueve la sociedad europea hasta sus cimientos más profundos, hacen que en el día de hoy sea tan importante para los intereses prácticos de la vida humana, como de necesidad lo ha sido en todos tiempos para la precisión del criterio religioso; es á saber: si el *ascetismo* y el *martirio*, esos dos excesos de exaltación piadosa, corresponden á un estado de ánimo idéntico al que establece la psicología del suicidio, y deben mirarse como variedades sociológicas de la misma tendencia.

---

(1) Tissot, *De la manie du suicide,* pág. 170.
(2) Prisco, *Filosofía del diritto*, I, 19.

Los que afirman que el ascetismo que predica el odio á la vida, invocando el amor á la virtud, es contrario á los intereses sociales, parecen admitir ó creer que el asceta es un suicida lento, como el mártir era un suicida ordinario. Fúndanse para hacer tan errónea aseveración, en ciertas opiniones de teólogos moralistas, donde con no pocos distingos y reservas se permite al hombre piadoso alterar su salud, exponer su vida á peligros, y aun disminuirla por las austeridades corporales «para reducir como esclava á la carne rebelde», según expresión del abate Raucé (1). Pero es evidente que estas exageraciones no han podido jamás echar raíces en la *Iglesia* católica. Doctrina de ésta es que en Dios está el origen y fuente suprema de la vida; que sólo Él, que la creó, puede aniquilarla, y que su providencia se ha reservado la única arma que llega á acabar con ella. Viene á ser, por consiguiente, el suicidio en la teología del catolicismo, un pecado de rebelión y de desobediencia radical á la voluntad divina.

Por lo tocante al martirio, me será muy fácil probar que, analizado y examinado bajo el microscopio de la crítica, aparece como una especial forma sociológica de suicidio, con sólo

(1) «Un cartujo no debe comer carne para curarse de una enfermedad mortal; será mucho más meritoria la abstinencia, y si muere, la enfermedad le habrá matado, pero no la abstinencia... Es más: muchos doctores piensan que puede uno mortificarse por la penitencia hasta el punto de abreviar sus días.» (Ligorio, *Teología moral*, tom. III, pág. 97).) «Aun cuando las austeridades abreviasen la vida, son permitidas siempre que sean moderadas.» (Deus, *Teología moral*, tom. III, pág. 243.) «*Maceratio-nibus discretis carnem affligunt.*» (Bouvier, *Institutiones theologiae*, tom. V, pág. 438.) «No es ser homicida de sí propio el abreviar la vida por las austeridades de la penitencia, con tal que los ayunos, privaciones, vigilias ó maceraciones á que nos entreguemos no sean indiscretas. En todo caso, la buena fe, el deseo de satisfacer á la justicia divina y *el temor* del infierno excusan sobradamente los excesos de este género.» (Gousset, *Theologie morale à l'ussage des confesseurs*, París, 1853.) «Estas penitencias son permitidas si se practican oyendo el parecer de un prelado prudente ó de un confesor, y por justa causa, es decir, para reducir el cuerpo á la esclavitud del alma, y aun cuando abreviasen la vida en algunos años.» (*Theologia moralis universalis auctore Petro Scavini*, París, 1853).

hacer ver: *a*), que tiene, como él, un carácter marcado de generalidad histórica y de insensibilidad individual; *b*), que envuelve, como él, un elemento de egoísmo ó de intransigencia; *c*), que obedece, como él, en muchos casos, á corrientes de imitación y de contagio colectivo. Procuraré aclarar estos aspectos de la cuestión con la mayor brevedad posible.

No carece de importancia, para la mejor comprensión de la misma, estudiarla en el caso concreto de los mártires cristianos. Sabido es cuánto se abusó, durante el predominio de la teología, de la realidad y significación de aquella persecución general del Imperio romano contra los secuaces de Jesús, persecución que comenzó desde Nerón, lenta y continua, con recrudescencias pasajeras, que se llaman *las nueve persecuciones*. Este abuso ha venido favorecido por las persistentes falsificaciones de los autores de historia eclesiástica (1). Los historiadores (2) eclesiásticos—dice Lecky—sentaron como proposición notoria que los fraudes piadosos eran justificables y aun laudables. Preciso era combatir el paganismo, y, en consecuencia, se forjaban profecías, se inventaban maravillas ficticias, se desfiguraba la moral y la doctrina de los gentiles, se exageraba la persistencia de la religión cristiana y sus progresos en Roma y en el mundo, y se adulteraban las actas de los mártires ó se las falsificaba. No habían procedido así, sin embargo, los más ilustres padres de la Iglesia. El vigoroso Oríge-

(1) Fleury desacreditó la suya refiriendo candorosamente anécdotas, leyendas é historias que son sospechosas para los críticos. En las disertaciones del benedictino Ruinard *(Acta martyrum sincera*, § 3) pueden verse también acumulados milagros, vaticinios y hechos estupendos de confesores célebres; cosas todas en que hoy no creería, no ya un escritor, pero ni la mujer más frívola. Desde otro punto de vista, y con objeto de aumentar el número de los mártires, afirma Chateaubriand, en su conocida obra sobre los mismos, que la persecución más violenta es la que se extiende desde Decio hasta Diocleciano, lo cual en su boca vale tanto como confesar que fue la única sistemática.

(2) Rufino, *Historia eclesiástica*, IV, 9; Eusebio, *Historia eclesiástica*, V, 15; Justino, *Apología*, I, 69.

nes (1) se había visto ya precisado á levantar la voz contra los que en su tiempo multiplicaban los martirios sin necesidad, afirmando que hubo pocos mártires, y éstos de tarde en tarde, y que hubiera sido muy fácil contarlos (2). En España, las actas apócrifas han hecho á más de un hábil crítico ciego á los errores de una falsa devoción, cuyas ilustraciones más notorias se encuentran quizá en Toledo, y especialmente en la persona del religioso tristemente célebre Román de la Higuera, que llegó en su vertiginosa carrera de falsario hasta atreverse á falsificar la *Historia* de su compañero de hábito Mariana. Como una muestra de la audacia de esos falsarios, puedo citar las actas de San Justo y San Abundio, adjudicadas á Baeza: para hacerlos pasar por mártires de aquella ciudad, rasparon un hermoso códice de la catedral metropolitana, y donde estaba la palabra *Hierosolina*, como sitio del martirio, pusieron *Beacia* (3). El sabio D. Nicolás Antonio, en su exacta *Censura de historias fabulosas*, el juicioso Tamayo y otros hábiles escrutadores, celosos por la gloria de los verdaderos mártires, borraron del catálogo de éstos multitud de desconocidos que no merecían tal denominación. He observado que esos eruditos hicieron suya la confesión de San Cipriano, que, en sus epístolas (4), habla con repulsión, como hombre de talento, de dichas falsificaciones. La mayor parte de las que manchan nuestra historia están fabricadas en

(1) *Contra Celsum*, III, 8.

(2) Considere el lector que con este testimonio doy noticia de las ordinarias declaraciones de uno de los más célebres apologistas de una época de polémicas. Nótese también—y dicho sea de paso—que se trata de autoridad muy poco sospechosa, autór de una *Exhortación al martirio*, y que en la persecución de Decio fue preso y atormentado. Por cierto que se le dejó vivo con la esperanza de que sucumbiese y pervirtiese á los demás con su ejemplo; pero Orígenes se mantuvo firme, y aun exhortó á sus hermanos con cartas ardientes, algunas de las cuales iban dirigidas á Ambrosio, que á la sazón se hallaba encarcelado.

(3) Flórez, *España Sagrada*, VII, 10, 3.

(4) *Ad Clerum et plebes in Hispania consistentes*, 117.

la Edad Media, y después en el siglo XVII, por los autores de los falsos cronicones, «gente detestable que, por un interés villano ó estúpido fanatismo, regalaron mártires á casi todas las iglesias de España, engañando al vulgo y aun á personas instruídas (1), y manchando nuestros Martirologios y aun los Breviarios de algunas diócesis con patrañas ridículas» (2). Porque la clerigalla no se regía ya, como en la exposición de hechos históricos, por el *pereant qui ante nos nostra dixerunt*, y para lograr su objeto íntegro nos describió á emperadores, que fueron modelo de virtud, como monstruos de crueldad. El mayor pecado de esa clerigalla consistió en prodigar el respetable nombre de mártir. No basta llamarse una cosa para serlo; no todos los que toman el apellido y escudo de armas de una familia pertenecen á ella. Los que imponían penas graves, dice Voltaire, á los que se atrevieron á condecorarse con las cruces de Malta ó de San Luis, sin ser caballeros de esas Ordenes, bastante indicaban con esto; sólo que no todos los que llevan el tirso están iniciados en los misterios de Baco. Contra esas supercherías escribieron Dowell (3), Tillemont (4) y Gibbon (5), y todos los críticos del siglo XVIII (6) clamaron contra ellas vigorosamente. La crítica moderna ha llegado á una conclusión análoga, reduciendo mucho el número de mártires en vista de lo poco que á los paganos preocupaban las persecuciones, según los testimonios de la época. Esas persecuciones no tuvieron nunca nada de anormal ni inquietaron la opinión pública. Por tal razón sería superfluo detenerse en probar con todo detalle que el rigor de tales persecuciones ha sido muy exagerado por los teólogos, y que los

(1) Galonio, *De sanctum martyrum cruciatibus*, Roma, 1594.—Ansaldi, *De causis inopiae vacterum monumentorum pro copia martyrum dignoscenda adversus Dowdellum*, Mediol, 1740.

(2) Lafuente, *Historia eclesiástica de España*, t. I, p 57.

(3) *Disertatio XI cyprianica* (edición regia de Londres de 1684).

(4) *Histoire des empereurs des six premieres siècles*, París, 1725.

(5) *The decline and fall of the Roman Empire*, c. 16.

(6) Middleton, Blondel, Launoy, etc.

mártires quedan reducidos, cuando más, á algunas docenas.

¿Y qué diré de los refinamientos de crueldad que se atribuyen á los martirizadores? ¿Es concebible ni posible que en Roma, donde la más leve infracción de la virginidad en las vestales se castigaba con la pena de muerte, se haya condenado á siete cristianas solteras, de la estupenda edad de setenta años, á ser desfloradas por los mancebos de la ciudad de Ancira? ¿Y cabe creer, sin que caigamos en el ridículo, que Teodoto rogó á la Divinidad que hiciera perecer á dichas doncellas antes de que perdiesen la pureza? ¿Considera alguien admisible que San Lorenzo, en el punto más culminante de su martirio, lleno de santa resignación, haya pronunciado esta frase tan pobre como inverosímil (1), que la tradición le atribuye:

Volvedme del otro lado,
que de éste ya estoy tostado?

Pues de patrañas semejantes están llenos los Martirologios.

Pasemos ahora á un aspecto de los hechos más relacionado con nuestro asunto. La idea de que el mártir no lo constituye el suplicio, sino la causa que defiende (2), esa argucia de la ortodoxia apretada por la crítica y aplastada por la realidad, abre las puertas á toda petición de principio, siendo el círculo vicioso en que se encierran los que refieren la verdad de la religión cristiana á que tuvo mártires, con lo que suponen aquello mismo que está en cuestión. Hoy se formula la tesis de otro modo: *el martirio hace la fe, que no la fe el marti-*

(1) Picatoste, *Las frases célebres*, I, 2.

(2) El P. Coloma (*Juan Miseria*, p. 232), al detenerse en el ejemplo de Scévola, que se dejaba quemar á sangre fría la mano que no supo ó no pudo vencer, ve «un alma estoica, un corazón grande, que sería de mártir en vez de héroe, *si á los mártires los hiciese la firmeza en el sufrir, y no la causa de los sufrimientos*». Con tan insignificantes distinciones pretende la clerigalla desvirtuar los paralelismos más elocuentes é irrefutables de la historia.

rio (1). Lo cual, si no resuelve dificultad alguna, contiene en cambio una verdad inmensa, y es: que toda la fuerza del mártir, como del héroe decía Carlyle, está en la sinceridad, que no es más que la concordancia de sus acciones con su fe. Frecuentemente se invoca en el campo de la teología ortodoxa la etimología de la palabra mártir. Esta palabra, derivada de *martiryon*, testimonio, anuncio, significa testigo en creencia, santo, creyente santo. Al principio no estaba limitada la significación de tal palabra al sufrimiento aceptado por amor á la creencia; pero bien pronto se fijó en este sentido su significación. Las pequeñas ciudades que se levantaron en su memoria recibieron desde entonces el nombre de *martiriones*, y los primeros santuarios cristianos fueron las tumbas de los mártires (2). De donde parece inferirse que su culto no era otra cosa que una renovación pagana del culto de los héroes. Y en efecto: las ágapas eucarísticas que se hacían en su honor se asemejaban tanto á los usos funerarios gentílicos, que San Agustín se creyó ya en su tiempo en la obligación de denunciar el peligro (3).

Pero lo que, sobre todo, necesita refutación, es la preocupación de aquellos teólogos, á cuyos ojos se patentiza la divinidad del cristianismo por la sangre con que sellaron los cristianos la fe en su doctrina, la esperanza en el cielo y el amor á Dios. Esto obligaría, por de pronto, á los tales á tener por

(1) Aquí, y tal vez sólo aquí, hay que buscar la explicación de la frase de que los mártires son quienes fundan las religiones.

(2) Tertuliano, *Ad Scapulam*, 3.—Wiseler, *Les persecutions jusqu'au III siècle*, 1878.

(3) «Las iglesias llevaban nombres de santos ó estaban dedicadas á santos, y aquellas que se hallaban edificadas sobre la tumba de algún mártir ó eran llamadas por su nombre para perpetuar la memoria, se distinguían de ordinario por los títulos de *Martyrium*, *Confessio* ó *Memoria*, que se les daba por aquella razón.» (Ringhan, *Works*, III, 13.) «Los primeros obispos cristianos adoptaron aquel uso, que más bien era una supervivencia que un renacimiento, porque creían que el pueblo abrazaría más pronto el cristianismo si veía á Cristo y á los mártires adorados á la manera de los antiguos dioses.» (Mosheim, *Histoire ecclesiastique*, I, 283.)

divina lo mismo la religión de Cristo que las otras. ¿Qué revolución, qué secta no ha tenido mártires? ¿Quién deja de ver aún mártires en todas partes y á todas horas? Los herejes perseguidos por la Iglesia, ¿no fueron también mártires ante la conciencia social é histórica? (1)

Un ejemplo para concretar. Los últimos momentos de Juan Hus, su ejecución y el recuerdo por él dejado entre sus sectarios, tienen todos los caracteres de un mártir cristiano de los primeros siglos. He aquí el hecho, tal como ha sido relatado recientemente por un historiador católico, el canónigo Salembier (2): «Los guardias y el verdugo se hacen cargo del condenado, y le conducen á través de tres mil soldados y de muchedumbre innumerable que cubría la plaza. El cortejo sale de la ciudad conduciendo á Juan Hus en medio de una multitud animada de sentimientos diversos. Se le pregunta si desea confesar, y él acepta. El capellán Ulrich Schorand se acerca, investido de todos los poderes. «Señor—le dice,—yo no puedo absolveros, á menos que os retractéis de vuestros errores.» Hus, entonces, rehusa y quiere comenzar á predicar en alemán. El conde Palatino se opone y hace apresurar la ejecución. Sujeto al poste fatal, rodeado de paja y de madera, se niega nuevamente á salvar su vida por una retractación. Por último, se pone fuego á los leños. La víctima exclama tres veces seguidas: «¡Cristo, hijo de Dios vivo, ten piedad de nosotros!» Después expira; su cuerpo es consumido bien pronto, y

(1) Según Grocio (*De rebus belgicis*, I, 1, 12), sólo en los Países Bajos perecieron á manos del verdugo, bajo el reinado de Carlos V, más de 100.000 protestantes. Recordando este dato, dice Gibbon *(loco citato)*: «Así, en una sola provincia, bajo un solo reinado, la intolerancia católica causó más víctimas que las que hubo en el vasto Imperio romano durante un período de tres siglos». «Cristianos—exclama á su vez el fervoroso historiador protestante Juan de Muller, tan favorable á los mismos Papas;—cristianos, dejad de declamar contra los Nerones y los Decios y de calumniar á Juliano. ¿Habéis olvidado las matanzas, la sangre con que habéis teñido á Europa por vuestra santa fe?» (*Werke*, XXVI, 24.)

(2) *Le grand Schisme d'Occident*, XVI, 3.

se arrojan al Rhin sus cenizas con los restos humeantes de su hoguera... Esta muerte trágica; las palabras místicas y sombrías que pronuncia el innovador; las profecías que salen de sus labios en el momento supremo: todo conmovió entonces la opinión popular, todo provocó simpatías póstumas, de las que aún hoy se encuentran numerosas huellas. Constanza ha conservado la carreta en que Hus fue conducido á la ciudad, así como á la puerta de su calabozo; ha adornado de esculturas y pinturas las habitaciones en que se hospedó y las prisiones donde estuvo recluído. Tres grandes cuadros, en honor del heresiarca, decoran la inmensa sala que se denomina impropiamente Sala del Concilio; dan á Juan Hus la figura noble, grave, ascética del Cristo de Munkicsy, y á sus jueces y guardas rasgos irritados é innobles (1). Un monumento conmemorativo, de granito, fue levantado en Brülh sobre el lugar en que el hereje fue ejecutado; y á pesar de la doctrina husita sobre el culto de las reliquias, ciertos huesos encontrados en el lugar de su suplicio son conservados con religioso cuidado» (2).

Afirmar ahora que la Iglesia anglicana y las sectas de Lutero y demás reformadores del siglo XVI se propagaron por la fuerza, envolvería una contradicción á las verdades más conocidas de la historia. Me refiero con esto, no al cristianismo, sino al catolicismo. ¡Mártires! Pues ¿cuándo los hubo más que en tiempo de los protestantes? No hace mucho que he traducido para la Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia la del pueblo inglés, debida á la pluma de Green, y todavía están grabados en mi imaginación todos los cuadros y todas las escenas, que á veces parecen sobrenaturales, relatadas en el famoso *Libro de los Martirios*, de Fox (3), que el precitado

(1) Estas pinturas son debidas á Pecht y Schwærer, 1875. El concilio se reunió siempre en la Catedral y nunca en la Sala. Fue el cónclave de 1418 el que se reunió en el *Concilium Saal*.

(2) En el Museo *Posgarten*, de Constanza.

(3) *Acta et monumenta Ecclesiæ*, primera edición, 3 vol. in fol.—*Martirologium*, segunda edición, 1864.

historiador extracta. Hombres valerosos que se arrojan á millares con alegría en brazos de la muerte; débiles niños que marchan al suplicio en día nublado, y á los que el sol ilumina, surgiendo milagrosamente de entre las nubes, en el momento crítico de expirar el mártir; mujeres heróicas que acompañan al martirio á sus esposos y á sus vástagos; respetables obispos que rechazan todos los seductores ofrecimientos del gobierno católico, para protestar de su nueva fe y sacrificarse en su defensa; hasta sabios que, como Palissy (1) en Francia, se indignan contra los que quieren profanar su conciencia, y prefieren ser víctimas de la persecución: tales son los suicidios religiosos de que está sembrada aquella historia; tales los actos de inmolación ó de heroísmo de los fieles de la Iglesia reformada. No me extenderé en lo tocante á los que leemos en los anales del protestantismo alemán: son sublimes como las leyen-

(1) Demmin (*Guide de l'amateur de faiences et porcelaines, poteries, terres cuites*, etc.) nos ha trazado el carácter de este sabio en el diálogo con Enrique III, que le atribuye durante su prisión en la Bastilla. Cuando aquel rey pusilánime fué á verle aquí para conseguir su conversión bajo pena de la vida, diciéndole: «Me veo obligado á ello», Palissy le respondió: *Et moi, Sire, je sais mourir*. El curioso catálogo de Cluny llama á esta muerte *une mort au milieu des honneurs*. He aquí ahora íntegro el diálogo, cuya apreciación dejo á mis lectores: «Buen hombre—le decía Enrique III,—cuarenta y cinco años hace que estáis al servicio de la reina, mi madre, y mío; hemos tolerado que hayáis vivido en vuestra religión, entre los fuegos y asesinatos; pero de tal manera estoy ahora estrechado por los Guisas y por mi pueblo, que, á pesar mío, me ha sido forzoso encarcelar á esas dos pobres mujeres y á vos; mañana serán quemadas y vos también, si no os convertís». «Señor—respondió Palissy,—el conde de Maulevier vino ayer de parte vuestra para prometer la vida á esas dos hermanas, si consentían en daros una noche cada una. Ellas han respondido que serían mártires de su honor y de Dios. Me habéis dicho muchas veces que teniais lástima de mí, pero yo soy quien tiene ahora lástima de vos, porque habéis pronunciado las palabras: *me veo obligado á ello*. Eso no es hablar como un rey. Mis hermanas y yo, que tenemos parte en el reino de los cielos, os enseñaremos un lenguaje verdaderamente real, y es que ni los Guisas, ni todo vuestro pueblo, ni vos mismo, podrán obligar á un alfarero á doblar las rodillas delante de las estatuas.» Palissy era calvinista.

das, las instituciones, las guerras, las obras y las iglesias de aquel país. Los martirios, como de los milagros acostumbraba á decir Pi y Margall (1), corresponden á la grandeza de la nación en que sucedieron.

Aun los últimos siglos, siglos de laicismo y de secularización, han presenciado, bien que en regiones apartadas, movimientos religiosos que han producido gran número de mártires. La atenta lectura de la fundamental obra del conde de Gobineau sobre las sectas religiosas y filosóficas de Persia (2), pongo por caso, nos hace ver con toda claridad lo frecuente que es en Oriente que las turbas se hagan sectarias, á fin de alcanzar la suprema dicha de morir por lo que creen. Refiere el autor, que á la vez fue testigo presencial, la gran matanza de secuaces de *Bab* que se hizo en las calles y en los mercados de Teheran por orden del soberano islamita Chosroes Nouschizvan, el año 1852. Por como se habla hoy todavía del espectáculo que dieron los tradicionalistas mazdeos, capitaneados por Bab—dice el conde (3),—puede juzgarse de la admiración mezclada de horror que experimentó la multitud y que los años no han podido amenguar. Veíanse niños y mujeres avanzar con las carnes desgarradas y con mechas encendidas clavadas en las heridas. Conducíanse á las víctimas atadas con cuerdas unas á otras, y se las obligaba á andar á latigazos. Niños y mujeres marchaban cantando el cantar que dice: *En verdad, venimos de Dios y á Dios volvemos*. Sus voces se elevaban estrepitosamente sobre el silencio profundo de la multitud. Cuando uno de los ajusticiados caía y se le obligaba á levantarse á latigazos ó á bayonetazos, por pocas fuerzas que le quedasen, á pesar de la pérdida de sangre que chorreaba por todos sus miembros, se ponía á cantar y gritaba en el colmo del entusiasmo: *En verdad, venimos de Dios y á Dios volvemos*. Algunos niños expiraron en el trayecto. Los verdugos pusieron sus

(1) *Las luchas de nuestros días*, II, 134.
(2) *Les religions et les philosophies de l'Assie centrale* (París, 1865).
(3) *Ibidem*, pág. 301 y siguientes.

cuerpos á los pies de sus padres y de sus hermanos, los cuales marcharon arrogantemente por encima de ellos sin dirigirles una mirada. Cuando se llegó al lugar de la ejecución, se propuso de nuevo á las víctimas la vida por la apostasía. Un verdugo tuvo la ocurrencia de decir á un padre que, si no cedía, cortaría la cabeza á sus dos hijos sobre su pecho. Eran éstos dos niños, el mayor de los cuales contaba catorce años, y que, enrojecidos por su propia sangre y con las carnes tostadas, escuchaban fríamente aquel diálogo; el padre, echándose en el suelo, respondió que estaba dispuesto, y el mayor de los niños, reclamando furioso su derecho de primogenitura, pidió que se le degollase el primero (1). Por último, todo acabó: la noche cubrió aquel montón informe de carnes; las cabezas estaban atadas formando grupos en el pilar de justicia, y los perros de los arrabales se dirigían formando bandos hacia aquel sitio. Un discípulo que fue compañero de suplicio de Bab, como estuviese suspendido de una cuerda al lado de él en las murallas de Tebriz y esperando la muerte, no tenía en la boca más palabras que éstas: *¿Estás contento de mí, maestro?*

Después de los mártires de la religión, hemos tenido los mártires de la revolución francesa, que subían tranquilamente al cadalso. No sé que nadie haya explicado su sacrificio por otra causa que por fanatismo ó apasionamiento. Y en el origen mismo del cristianismo, lo que daba fortaleza á los mártires para padecer y morir, no era «la fuerza de la religión, sino un estado de éxtasis, que sólo las grandes causas tienen el privilegio de producir» (2). Más aún: parece que cada mártir, al aceptar el sufrimiento, lo consideraba como un mal ne-

(1) Antes que éste, tengo que dar á conocer un detalle anterior. Algunos sectarios, á quienes querían obligar á que se retractaran, fueron atados á la boca de un cañón con una larga mecha y quemados á fuego lento. Se les permitía que cortasen la mecha si renegaban de Bab. Ellos, con los brazos extendidos hacia la hoguera, les suplicaban que se dieran prisa á consumar su felicidad.

(2) Stuart Mill, *Three essays on religion*, I.

cesario ó un medio para conseguir un fin superior; y como todo acto de la voluntad es producido en la generalidad de los casos por la idea final que promete mayor placer, «los mártires del cristianismo, al sobrellevar los más crueles tormentos y sufrir la muerte por su fe, hicieron lo que les parecía más agradable relativamente» (1). Por otra parte, la fisiología prueba que cuando la fuerza cerebral se reconcentra en los centros de sensibilidad somática ú orgánica, en los de la inteligencia y de la voluntad ó en otros puntos que no sean de la sensibilidad ordinaria, ésta no se halla en tensión, y no hallándose, no es excitable y se producen la anestesia y la hiperestesia psíquica (2). Antes de la invención del cloroformo, los pacientes soportaban algunas veces violentas operaciones sin dar ningún signo de dolor, y después declaraban que no habían sentido nada, habiendo reconcentrado su pensamiento, por un poderoso esfuerzo de atención, en una idea que les cautivaba (3). ¡Cuántos mártires han sufrido el tormento con serenidad perfecta, sin que de su parte tuvieran que hacer esfuerzos, ni hallaran dificultad alguna en mantenerla! *La atención extática estaba de tal manera llena de las beatíficas visiones que á sus deslumbrados ojos se presentaban, que las torturas corporales no les causaban ningún dolor* (4). Por eso los paganos veían en el entusiasmo con que los cristianos corrían á la muerte, no el efecto de un valor verdadero, sino de un extravío fanático, semejante al que mostraban otras sectas de Oriente. Asistían á sus suplicios como los embajadores de la corte de Augusto al suicidio público del budista Zarmanochegas, que en Atenas se echó á quemar en una pira funeraria para demostrar su creencia en la nulidad de la existencia terrestre. Ya el gymnosofista Calumus se quemó voluntariamente y para desembarazarse de la

(1) Schneider, *Thieresche Wille*, pág. 79.
(2) Baroja, *Estudio de psicofísica acerca del dolor*, pág. 27.
(3) Ribot, *Psychologie de l'attention*, c. 3.
(4) Carpenter, *Mental Physiology*, c. 3.

vida en presencia del ejército de Alejandro. De aquí la comparación que se establecía entre los cristianos y los bramanes, comparación que ya conocía Tertuliano, y de cuyos cargos se defendía al decir: *Neque bachmanæ aut indorum gymnosophistæ sumus* (1). Hoy mismo sucede lo que con los mártires, respecto á la insensibilidad, con los *faquires* de la India, que se destrozan las carnes con ganchos, y los *derviches* de la misma región, que, según relatan los viajeros, juegan con barras de hierro enrojecidas. En los casos de debilidad de la atención pasajera (manía, embriaguez) ó congénita (imbecilidad, idiotismo), la sensación de dolor no se siente con energía (2).

El criterio es duro, pero no es mío. Sin aplicarlo con todo rigor á los mártires cristianos, no puedo, por respeto á la verdad, dejar de hacer ver que aun hoy mismo las razas orientales encuentran en los suplicios, sobrellevados con paciencia por la fe, una especie de agria voluptuosidad. Considero también de mi deber y mi derecho recordar, con Guyau (3), que los filósofos de la época del Imperio recomendaban, sin duda, un desprecio de la muerte y del sufrimiento análogo al que practicaban los cristianos; aún más, el ideal estoico de Epicteto tiene muchos puntos de contacto con el cristiano; pero, según Epicteto, los galileos obraban por cos-

(1) «Nuestra simpatía—dice Stendhal—nos da la idea de un dolor que realmente no ha existido nunca: la mayor parte de los mártires se ha visto más ó menos en estado de éxtasis. De 1820 á 1823, seiscientas mujeres de Bengala se han quemado espontáneamente sobre las tumbas de sus maridos. He aquí un sacrificio verdaderamente sentido, un dolor realmente atroz. Nada más fácil para los apóstoles de una religión bien fundada que persuadir á las almas poéticas de que van á conseguir un bien eterno al precio de un dolor de algunas horas... Esos momentos de pasión profunda, de insensibilidad y de éxtasis, se han reproducido frecuentemente en esas epidemias de entusiasmo, de que tantos ejemplos nos presenta la historia... Gracias á los trabajos científicos de Bertrand, sabemos de qué modo el magnetismo reduce la voluntad á una insensibilidad perfecta.» (*Promenades dans Rome*, t. II, pág. 13.)

(2) Esquirol, *Maladies mentales*, t. I, pág. 2.

(3) *Stoïcisme et christianisme*, IV.

tumbre y por atracción, al paso que el filósofo debe obrar por razón y reflexión. Marco Aurelio hace ver también el contraste palpable entre la conducta del filósofo, siempre pronto á morir «por su juicio propio», y el de los cristianos, cuya muerte era, á su vez, efecto de una «obstinación irracional»; ellos corren, dice, hacia la muerte, con la precipitación de las tropas ligeras, en tanto que el valor reflexivo del verdadero sabio la espera sin retroceder. Así se mantenía la oposición de los cristianos y de los filósofos; al quitar á los «galileos» la reflexión, se les pretendía quitar el mérito, se les despojaba del derecho á la admiración; y su martirio, en lugar de parecer un sacrificio, parecía ser una *demencia* producida por el fanatismo.

En la filosofía contemporánea se han levantado voces no menos desfavorables al martirio; y, aunque algo exageradas, no dejan de encerrar una parte de razón. Así, según Nietzsche, «es tan falso que un mártir pueda demostrar la verdad de una cosa, que me atrevería á afirmar que el mártir nunca ha tenido que ver con la verdad... Los suplicios de los mártires han sido una gran desgracia para la historia, pues han sugestionado á muchos». De parecida manera copia Guyau: «Confesar en la acción como verdadero lo que lo es para el pensamiento, debe ser siempre una situación provisional y una afirmación condicional; yo hago esto *suponiendo* que esto sea un deber, que yo tengo un deber absoluto. Mil acciones de este género no pueden establecer una verdad. La multitud de mártires ha hecho triunfar al cristianismo; un débil razonamiento basta para destruirle. ¡Cuánto ganaría la humanidad si todos los sacrificios fuesen á favor de la ciencia, y no de la fe; si se muriese, no para defender una creencia, sino para descubrir una verdad, por mínima que fuese! Así lo hicieron Empedocles y Plinio, y en nuestros días tantos sabios, médicos y exploradores. ¡Cuántas existencias se han perdido por defender una fe falsa, que hubieran podido ser utilizadas para la humanidad y la ciencia!»

El martirio, en medio de su grandeza, encerraba también el germen de un peligro: me refiero á la intransigencia. «La serie de valerosas víctimas que se encabeza con San Esteban —escribe Renan (1),—ha ejercido una influencia particular en la historia del espíritu humano, introduciendo en el mundo occidental un elemento que le faltaba, la fe exclusiva y absoluta, y la idea de que sólo hay una religión buena y verdadera. De este modo los mártires dieron principio á la era de la intolerancia. Puede decirse, sin temor á engañarse, que el que da la vida por su fe sería intolerante si fuese el dueño. El cristianismo, que después de trescientos años de persecuciones se convirtió á su vez en dominador, fue más perseguidor que ninguna religión lo había sido. Cuando se ha vertido la sangre por una causa, se está muy propenso á verter la de otros para conservar el tesoro conquistado.» «Las personas que consideran como milagroso y quimérico lo que en la historia traspasa los límites del buen sentido común—agrega más adelante (2),—deben encontrar estas cosas inexplicables. La condición fundamental de la crítica es saber comprender los diversos estados del alma humana. La fe absoluta es para nosotros un hecho completamente extraño. Fuera de las ciencias positivas y de la certeza hasta cierto punto material, toda opinión es, á nuestros ojos, una probabilidad que significa una parte de verdad y una parte de error. La parte de error podrá ser tan pequeña como se quiera, pero jamás se reducirá á cero cuando se trata de cosas morales que implican una cuestión de arte, de forma literaria, de lenguaje, de personalidad. Esta manera de ver las cosas no es propia de espíritus estrechos y obstinados, como los orientales. La manera de ser de estas gentes no es como la nuestra: su ojo es el ojo de esmalte de los personajes mosaicos, empañado, fijo. Sólo ven una cosa á la vez, y esta cosa les gobierna, se apodera de ellos y no les

(1) *Les apôtres*, c. VIII.
(2) *Ibidem*, c. XIX.

deja dueños de creer ó de no creer, ni son capaces de reflexionar ni tener ningún oculto pensamiento sobre aquel punto. Abrazada de este modo la opinión, se deja matar por ella. El mártir es en religión lo que el hombre de partido es en política. No ha habido muchos mártires de gran inteligencia. Los confesores del tiempo de Diocleciano debieron ser, después de la paz de la Iglesia, incómodos é imperiosos personajes. El hombre nunca es tolerante cuando cree que toda la razón está de su parte y que el error está por parte de otros.»

La idea que inspira este largo pasaje de Renan es, hablando de un modo general, indiscutible, y por mi parte la acepto en conjunto. Pero cuando el mismo autor concluye que «el hombre nunca es tolerante cuando cree toda la razón está de su parte y que el error está por parte de los otros», lo que equivale á confundir la certidumbre ó convicción con la intolerancia, la tolerancia con el escepticismo, ya no puedo ser de su opinión. Renan hubiera debido apoyarse en una razón más á la mano para convencer á los teólogos de la falsedad de su punto de partida en el argumento de los mártires. ¿Quién no ve, en efecto, la extraordinaria impropiedad de la palabra intolerancia, así empleada, y hasta la petición de principio, cometida por Renan al identificar de esa suerte cosas tan distintas: la certidumbre, hecho interior; la intolerancia, práctica exterior; la convicción, que se refiere á las doctrinas; la intolerancia, que concierne á las personas? El geómetra, por ejemplo, ¿es intolerante en principio ó en el sentido de Renan? Bien miradas las cosas, el geómetra puede menos que nadie admitir lo opuesto á sus teoremas. Mas no por esto es intolerante, sino que, por el contrario, el hecho mismo de poseer una demostración le induce á rechazar todo empleo de presión para imponer á los demás sus teoremas; presión contraria á la esencia misma de la ciencia, que procede por examen y no puede emplear otro medio que la prueba. Y por lo mismo que no necesita en ella la persuasión ceder su puesto á la violencia, no tiene para qué recurrir á la afirmación imper-

térrita ó al sacrificio personal, y lo único que más bien sacrifica á veces, para mejor consolidarse, es parte de su verdad misma. Como dicen los Chinos, en su buen sentido vulgar, «cuando la razón nos asiste, nada arriesgamos con conceder las tres décimas partes de nuestra opinión». La geometría no ha sido nunca intolerante, precisamente porque ha sido siempre cierta; la física lo ha sido algunas veces por estar inficionada de metafísica, y ha cesado de serlo desde que se ha hecho ciencia experimental. En cambio, la religión lo ha sido frecuente y naturalmente, ó, como quiere Belot (1), *necesariamente*, á causa de que no es más que pura *creencia*. Por lo demás, Renan viene á reconocer esto mismo en otra obra (2) al juzgar uno de los acontecimientos más capitales y ruidosos de la historia de la intolerancia: la actitud de Galileo ante sus enemigos. «Galileo—dice Renan—es el hombre más grande que ha habido en el orden de lo verdadero; fue animoso; sin embargo, no fue un héroe, y tuvo razón para no serlo. Extráñase algunas veces que Galileo haya estado un poco débil, que consintiera en retractarse, como erróneas, de proposiciones que sabía bien eran verdaderas. Es que veía que su muerte no serviría de nada á la demostración de sus certidumbres. *No se es mártir sino por cosas de las que no se está bien seguro.* Si los sistemas por los cuales el pobre Giordano Bruno se dejó quemar en el campo de las Flores hubieran sido tan verdaderos como los de Galileo, posible es que él no juzgase á propósito el afirmarlos á costa de su vida. Un teorema de Arquímedes no habría ganado nada con que Arquímedes se hubiera hecho matar por él. Cuando se tiene la verdad, no hace falta esforzarse en realizarla. La verdad no necesita ser proclamada: basta enunciarla.»

Ahora bien: es de todo punto evidente que los cristianos, al hallarse seguros de que su religión era la única verdadera,

(1) *Revue Philosophique*, Septiembre 1892.
(2) *Nouvelles études d'histoire religieuse*, prefacio (París, 1884).

no quisieron tolerar el culto de ninguna otra, y por eso no hubo tolerancia con ellos. «Los romanos — ha dicho Voltaire con su maligno gracejo (1) — permitían todos los cultos, hasta el de los judíos y los egipcios, á los que tanto despreciaban. ¿Por qué Roma toleraba esos cultos? Porque ni los egipcios ni los judíos pensaron en exterminar la antigua religión del imperio, y, por lo tanto, no recorrían la tierra ni los mares haciendo prosélitos, pensando más en el alma del negocio que en el negocio del alma. Empero los cristianos trabajaban para que su religión fuera la única. Los judíos no querían que la estatua de Júpiter estuviera en Jerusalem; pero los cristianos no querían que estuviese en el Capitolio. Santo Tomás tiene la buena fe de confesar que los cristianos no destronaron á los emperadores porque no pudieron. Se empeñaron en que toda la tierra debía ser cristiana; fueron, pues, necesariamente enemigos de toda la tierra, hasta que ésta se convirtió al cristianismo.» De aquí que la persecución que sufrieron deba mirarse como política, y no como religiosa. Si se quiso forzar á los cristianos á adorar las estatuas de los emperadores, fue para arrancarles un acto de sumisión á la autoridad temporal (2). Las religiones antiguas, no mostrando la salvación como recompensa de la fe, no tenían la obligación moral de ser intolerantes; un Torquemada hubiera sido imposible en Roma, aun bajo Decio (3). Richelieu, luchando contra los protestantes, ofrece una imagen más exacta de la lucha de los emperadores contra el cristianismo (4).

Además, para que el testimonio de los mártires fuese hoy válido, se requeriría que en aquel tiempo hubiese sido univer-

(1) *Dictionnaire philosophique*, art. MARTYRS.

(2) Leblant. *Bases juridiques des poursuites dirigées contre les martyrs*, en *Comptes rendus de l'Academie des inscriptions* (1866); Görres, *Cristenverfolgung*, en *Realencyclopädie*, de Krauss (1880).

(3) Overbeck. *Lois des empereurs romains contre le christianisme*, (1857); Aubé, *Histoire des persecutions de l'Eglise*, I, 74.

(4) Reinach, *Manuel de philologie classique*, t. I, pág. 379; mi libro sobre *Las iglesias del Estado*, V, 2, 78.

sal. ¿Podemos en buena lógica proclamar esta universalidad? Harto temerario sería, cuando ya San Cipriano conoció excepciones; pues nos habla de muchos mártires que buscaban rescatar «toda una vida de adulterio, embriaguez, asesinato, fraude y rapiña» con el suplicio de un momento, poco diferente de un triunfo, y condenado muchas veces como un suicidio. El martirio era entonces lo que después fue la confesión: un bálsamo barato para todos los remordimientos. En las festividades de la gentilidad, los cristianos avanzaban adrede por entre las turbas para tirar á los ídolos de sus altares. ¿Por qué, sino por su ciego convencimiento de que con tal de someterse al «bautismo de sangre» se obtenía siempre gracia, consumaban esas temeridades prohibidas por el Cristianismo?

Examinando, por último, la razón humana ó antropológica del martirio, no ya desde el punto de vista del egoísmo, sino en su aspecto altruísta y social, hallamos que estaba fundado en la idea de redención, es decir, de la doctrina de la reconciliación cristiana que había salido de los antiguos sacrificios judíos. Si bien no he de afirmar yo, como lo afirmó Strauss (1), que en el fondo del antiguo uso de los sacrificios expiatorios había un piadoso sentimiento oculto bajo una capa grosera, y que la transformación que experimentó en el Cristianismo no fue un perfeccionamiento, sino un retroceso, cierto es, y todo el mundo lo sabe, que los sacrificios con que los pueblos bárbaros creían apaciguar la cólera de sus dioses eran, en su origen, sacrificios humanos; y en tal sentido, se verificó un indudable progreso cuando se comenzaron á ofrecer animales en vez de hombres. Reapareció después el sacrificio humano, aunque, á la verdad, como una metáfora; no se trató ya de un sacrificio formal, ejecutado por el sacerdote; y, sin embargo, la condenación y ejecución criminal del Mesías, del hijo de Dios, que había aceptado su suerte con resignación por un pueblo extraviado y sus jefes, se consideró como un sacrificio

(1) *Der alte und der neue glaube*, I, 7.

expiatorio. Este nuevo despertar de la creencia en la eficacia de la sangre humana para la remisión de los pecados, es el que parece haber arrastrado á los primeros cristianos «á su delirio de inmolación. La muerte de un mártir, según Orígenes, era bastante á asegurar la salvación de la humanidad, como sucedió con Cristo. Así es que muchos buscaban ocasión de morir, y quisieron dar su vida para juntar su propio sacrificio con el del Hombre-Dios» (1).

¿Significa esto que los mártires del Cristianismo deben ser tenidos por fanáticos equivocados, supersticiosos egoístas ó místicos ridículos? ¡Líbreme el cielo, no ya de insinuar, pero de creer siquiera tan sacrílega é impía abominación! Hubo una época en que la idea de los martirios cristianos tuvo tantos apologistas como detractores. Los unos veían en ellos la mejor y casi la única prueba de la verdad de la religión cristiana. Los otros se burlaban de cuantas leyendas inventó sobre ellos la tradición de las iglesias. Nuestra edad es más justa. No hay nadie hoy que piense disputar á los mártires su sublimidad y su grandeza; nadie, ó casi nadie, que no reconozca en su inmolación el desafío á las persecuciones suscitadas por las absurdas leyes del imperio romano. El escritor que más injusto ha estado con el cristianismo, en cuanto al punto aludido, es el ya popular Merejkowsky (2). Por lo mismo, son muy significativas sus afirmaciones sobre los mártires cristianos del tiempo de Juliano el Apóstata. Hablando de una de las más rabiosas persecuciones de este emperador, dice textualmente: «Nadie pensaba en huir; todos se sentían contagiados por la fiebre del martirio. Los bátavos y los celtas se espantaban ante aquella prisa por morir de todas aquellas gentes sonrientes y humildes. Hasta los niños se arrojaban sobre las lanzas y los sables. Juliano quiso detener la matanza, pero era demasiado tarde: las moscas volaban hacia la miel. No pudo sino

(1) Picard, *Semites et Aryens*, pág. 94.
(2) *La mort des dieux*, II, 1.

exclamar con desesperación y amargura: *¡Desgraciados, si la vida os pesa, no os sería difícil abreviarla por vuestra mano!»* En páginas anteriores, hemos visto á los estoicos hacer aseveraciones semejantes.

No repetiré lo que he dicho más arriba. Estoy convencido de que entre los mártires de las religiones del mundo, los cristianos han sido los más nobles, los más desinteresados, los más populares. A ellos pertenece, sin disputa, el honor de haber entrevisto esas grandes verdades de instinto, que hacen de la abnegación el sentimiento religioso por excelencia y la clave de la salvación del mundo; á ellos corresponde la gloria de haber matado las divinidades paganas al precio de su vida y al grito supremo de la fe: Creo en la unidad de Dios. *Credo in unum Deum.* Tengamos presente que el martirio es cosa muy grande y muy santa para ser mirado como alucinación de hombres obcecados; mirémosle siempre como la protesta de la libertad evangélica contra la resistencia viva y tiránica del agonizante paganismo; pero guardémonos de un exclusivismo que nos prohiba estudiarlo con criterio científico, psicológica é históricamente.

La sociología, según en otro artículo veremos, trata principalmente de investigar la conformidad de sentimientos de los individuos en las corrientes que Durkheim (1) llama *suicidógenas* y Richard (2) *típicas,* haciendo ver el importante papel que en ellas juegan la imitación ó el ejemplo. Basada en tales datos, nos enseña aquella ciencia que «lo que se llama creencia general, y que se contagia á todos, se reduce á la fe en la fe de otros» (3); y que «las emociones morbosas del sentimiento religioso poseen, más que ninguna otra, tendencia á propagarse en forma epidémica» (4). La frase de Tertuliano: *La sangre de los mártires es semilla de cristianos,* ha sido siem-

(1) Obra citada, pág. 115.
(2) *L'année sociologique,* 1898.
(3) González Serrano, *Goethe,* 472.
(4) Ribot, *Psychologie des sentiments,* II, 9.

pre el secreto del prestigio de todas las sectas oprimidas. La experiencia enseña que las persecuciones, cuanto mayores son, más favorecen la expansión ó institución que se persigue. Sienkiewicz (1) hace notar que «las desbordadas medidas de crueldad de Nerón respondían en igual proporción al anhelo de martirio de las masas... El pueblo romano hallábase ya harto de sangre, y manifestaba un cansancio creciente y una alarma que cada día tomaba proporciones mayores, á causa de la actitud sin precedentes que observaban en el trance postrero los condenados... Y temores semejantes al del supersticioso Vestinio, empezaron á dominar á millares de individuos... Entre las multitudes referíanse consejas maravillosas respecto á la índole vengativa del Dios de los cristianos. El tifus de las prisiones, que se había extendido por la ciudad, venía á dar pábulo mayor á la general zozobra... El número de funerales aumentaba incesantemente, y se repetía de boca en boca la afirmación de que serían necesarios nuevos *piacula* para apaciguar al desconocido dios... Se hicieron entonces ofrendas en los templos de Jove y Libitina... Y, por último, á despecho de todos los esfuerzos de Tigelino y sus secuaces, siguió propagándose por el pueblo la opinión de que la ciudad había sido incendiada por orden del César, y de que á los cristianos se les estaba castigando injustamente».

De igual modo, como observa Green, la persecución de los puritanos y los presbiterianos, á comienzos del siglo XVII, sirvió sólo para dar una nueva vida y una inmensa popularidad á las doctrinas que estaba destinada á destruir. Cuando, en el suceso de los babis relatado más arriba, pululaban por las calles de Teherán dilatadas filas de mártires como un incendio viviente (ya se ha dicho que los desgraciados llevaban fijas en todas las partes de su cuerpo mechas encendidas), vióse á gentes y personas, hasta entonces extrañas á la secta, ó que apenas pertenecían á ella, salir de su casa, ir á denunciarse á sí

(1) *Quo vadis?*, 242, 377.

mismas y agregarse al cortejo de los ajusticiados, para ser torturadas con ellos y ahogadas en aquel baño de sangre. No hay que dudarlo: es tan agradable al hombre sufrir por algo, que en muchos casos el incentivo del mártir basta para hacer creer. «La abnegación absoluta—dice Renán (1)—es para las naturalezas delicadas el más exquisito de los goces, y una especie de necesidad.»

Y ahora, ¿se reconocerá ya que los perseguidores crean los mártires, como el caritativo Juan de Robles de la popular conseja creaba los pobres de su hospital? ¿Se reconocerá inversamente que sin perseguidores el mártir es una energía inútil, un apóstol inoportuno? Muchos ejemplos de este último caso pudieran aducirse: á fin de no fatigar al lector, citaré tan sólo uno tomado de la historia de un pueblo muy calumniado en punto á intolerancia (2): el pueblo árabe. Nada más inexacto que figurarse á los secuaces del islamismo como una secta fanática, intolerante y hostil á todo culto que no fuese el de Alah: era, por el contrario, transigente y civilizada, como lo demuestra muy bien la acogida que tuvo San Francisco de Asís cuando, inflamado por la llama de indiscreto celo, se presentó al sultán de Egipto, creyendo encontrar en él un segundo Diocleciano. Bossuet, en el panegírico de aquel santo, no tiene reparo en decir: «Corre al martirio *como un insensato*, sin que detengan su ardor ni los ríos, ni las montañas, ni el vasto espacio de los mares. Va al Asia, al Africa, á todos los países donde cree que es mayor el odio contra el nombre de Jesús; predica á estos pueblos la gloria del Evangelio, y les descubre las imposturas de Mahoma, su falso profeta. Estas impugnaciones tan vehementes, ¿cómo es que no excitan la ira de estos bárbaros contra el generoso Francisco? *Al contrario: admiran su infatigable celo, su invencible firmeza, su prodigioso menosprecio de todas las cosas del mundo, y le*

(1) *Les apôtres*, c. XIX.
(2) Véase mi escrito *Democracia y clericalismo*, VI, 45.

rinden mil homenajes de honor. Francisco, indignado de verse tan respetado por los enemigos de su Maestro, reproduce las invectivas contra su monstruosa religión; pero, ¡extraña y maravillosa insensibilidad!, nada consigue, sino mayores muestras de deferencia. Viendo este bravo atleta de Jesucristo que no podía merecer el don de que le diesen la muerte, decía á su compañero: *Salgamos de aquí, hermano mío; huyamos de estos bárbaros demasiado humanos para nosotros, puesto que no podemos obligarlos, ni á adorar á nuestro Maestro, ni á perseguir á los que, como nosotros, somos servidores suyos*».

¿Por qué, pues—volvemos á preguntar,—deben los mártires clasificarse entre los suicidas? Compendiando nuestras investigaciones, obtenemos una respuesta triple: *a*) porque el martirio es tan general en la humanidad como el suicidio, é implica como él la negación de la sensibilidad y la personalidad sensible; *b*) porque su sacrificio nace de un sentimiento egoísta, cual es la intolerancia; *c*) porque ambas tendencias se propagan de un modo epidémico. ¿Podrá pretenderse que hombres que se lanzan á la muerte en condiciones de exaltación, sugestión colectiva y desprecio por la vida terrestre, no son suicidas? Pues entonces, ¿qué es el suicidio? ¿Quiere alguno decirme cómo debe definirse? En un artículo que preparo volveré á ocuparme de él desde un punto de vista más psicológico, y haré ver que esas variedades religiosas, y otras más individuales todavía, tienen su razón social en la misma naturaleza humana.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

BAJO D. AMADEO DE SABOYA

CÓMO SE FORMÓ EL ÚLTIMO MINISTERIO RADICAL

I

Aquello ni fue reinar ni fue vivir. La catalepsia que padecía España había inficionado á los hombres de todos los partidos. ¿Era posible que la obra sustancial de las Constituyentes de 1869 subsistiera después del trágico atentado de la calle del Turco? Asesinado Prim, la verdadera cabeza de la revolución había caído por el suelo. Tomó Topete interinamente la jefatura del último Gobierno efímero que formó la Regencia del duque de la Torre, y hubo quien se alegró, considerando el hecho como un feliz presagio para el partido conservador de la nueva Monarquía, y como afirmado el poder por mucho tiempo en manos de los que se habían agrupado en torno á la jefatura del general Serrano. El mismo Topete adoleció de este error, engriéndole la idea de que, á su llegada á Madrid, el rey electo le ratificaría la confianza que había recibido sobre el cadáver ensangrentado del marqués de los Castillejos.

Era un espíritu supersticioso que auguró mal de que el día de la entrada del príncipe italiano en Madrid cubriera las calles de la capital la misma alfombra de nieve que se enrojeció nueve días antes con la sangre de Prim; y cuando, presentada la dimisión del Gabinete que había presidido, compuesto de Montero Ríos, Moret, general Antequera, Sagasta, Echega-

ray y López de Ayala, el rey Amadeo, con aparente aprobación de todo el mundo, propuso la constitución de un Ministerio de conciliación en que por partes iguales entrasen ministros de las dos significaciones en que se habían dividido los que habían elaborado la Constitución y el nuevo Trono y se alistaban respectivamente en los dos organismos necesarios para el turno de la gobernación, quedó recónditamente tan molestado, que pretextando un gran sacrificio, se obstinó en no tomar parte en el primer Gabinete del reinado que acababa de inaugurarse.

El Ministerio quedó constituído por el general Serrano, que lo presidía con Ulloa, Sagasta, el general Pieltaín y López de Ayala, que ya públicamente comulgaban de conservadores, y con Ruiz Zorrilla, Martos, Moret y el general Berénger, que presumían de ser la izquierda radical. Con todo, los conservadores natos de la revolución no se satisfacían con obtener un ministro de ventaja sobre sus adversarios, además de la que les daba la personalidad del duque de la Torre, que seguía siendo el eje del poder y de la política, y Ríos y Rosas, á pesar de sus inclinaciones hacia el duque de Montpensier, bramaba de la rustiquez moral de Topete, pues le decía:—Ha cometido usted una torpeza: lo primero es meter un pie en la situación; y cuando el pie se ha metido, moviéndole á derecha é izquierda, se ensancha y despeja el terreno sobre que se asienta. ¡Ya verá usted cómo les trepan los radicales!—Y en efecto, fue así: viviendo con vilipendio, aquel Gobierno tiró seis meses y veinte días en el poder; pero ¡qué seis mesecitos!

Ríos y Rosas se equivocó en el pronóstico que formó, cuando se excusó Topete, en el juicio que había formado acerca del influjo predominante que en el rey erigido por el sufragio de unas Cortes revolucionarias creyó que había de ejercer el partido radical.

Ríos y Rosas creyó que D. Amadeo, asesorado de su consejero íntimo el marqués de Dragonetti, vendría á secundar en España la política que debía haber observado en su propia

casa de Italia, donde los reyes de Cerdeña, desde 1848, se habían entregado sistemática y absolutamente en brazos de los hombres de opiniones más avanzadas: lo uno, para despertar el patriotismo agitador é impulsar por medio de él las revoluciones que habían de dar por resultado la unidad italiana; lo segundo, para salvar en su propia monarquía el símbolo de esta unidad y sus avances, y ponerla á cubierto de las eventualidades de los grandes trastornos políticos, toda vez que las masas fanatizadas en los clubs y en las masonerías, inevitablemente habían de juntar á la pasión por la unidad el afán de las reformas democráticas, cuya última aspiración se condensa en el Gobierno republicano. Ríos y Rosas sabía que en Italia, desde 1848, el Gobierno de la gran evolución se llamó primero César Balbo; después Gioberti; después D'Azeglio, y en seguida Cavour, de 1853 á 1861. En este año, Lamármora presidía el Gabinete del gobierno italiano. A Lamármora sucedió Ricasoli; á Ricasoli, Lanza, y tras Lanza se guardaban en el pecho del rey Víctor Manuel los nombres de Mingheti, de Depretis, de Cairoli, de Crispi, todos procedentes de la legión avanzada que ayudó las empresas de Garibaldi, cuya fe política fundamental fue la República. Era lícito que Ríos y Rosas abrigase, bajo D. Amadeo, la misma aprensión. Mucho empujaban de atrás los que, con la vista puesta en la dinastía proscrita y en las noticias redentoras que del príncipe heredero D. Alfonso llegaban del Teresiano de Viena, sin abandonar el manubrio de las reformas revolucionarias, vivían asidos al pabellón conservador; pero la situación existente el 4 de Enero de 1870 estaba entregada de todo punto á las fuerzas más avanzadas que la Revolución produjo de sí misma; y Castelar, el ídolo de los demócratas doctrinarios de los dos mundos; Figueras, en cuya habilidad estratégica se tenía gran fe; Pi y Margall, que encendía los fanatismos plebeyos; el marqués de Albaida, que era el sentido práctico y común del Parlamento; Salmerón, que había engendrado una generación de filósofos indomables, y toda aquella juventud que se había formado en torno de hom-

bres de tal empuje, gravitaban más en la pendiente fatal de los sucesos que todas las ilustraciones y todos los estadistas que no habían podido evitar en 1868 la catástrofe de la Monarquía secular.

Ríos y Rosas creía que la parte de estos estadistas que se había creado en el palenque de las Constituyentes de 1869, reforzada por los elementos valiosos de la revolución á que se habían adherido, bastábanse á sí mismos para sostener la avalancha del republicanismo, cada vez más desesperado y audaz, y para prestar un cimiento sólido á la Monarquía, que había salido del voto de los 191. ¡Error notable en un hombre de su ilustración, de su experiencia y de su perspicacia! Pero su propio patriotismo le ofuscaba y le impedía ver claramente la realidad. Si hubiera sido posible salvar de algún modo la Monarquía de D. Amadeo de Saboya, hubiera sido compeliendo á este príncipe á proseguir en España el mismo procedimiento empleado por su augusto progenitor en Italia, y con el que, habiendo atravesado toda la revolución nacional de aquella península, pudo simbolizar en su casa y dinastía todo el movimiento que le disputaban los partidarios ardientes de la República. Entregarse en brazos de los elementos conservadores, que por un espíritu de tradición superior á todas las más eficaces sugestiones, habían de tender en cuanto cada cual se sintiera elevado al nivel de sus aspiraciones personales á la sólida confirmación de lo que santifica el derecho, era lanzar la Monarquía extranjera, á la que se proponían servir, en el fallo inapelable de su completo fracaso. Esto fue lo que sucedió, y esto fue lo que, con su ruda franqueza, Ruiz Zorrilla había anunciado al mismo rey Amadeo: — «Señor — le decía en uno de aquellos esparcimientos que por algún tiempo D. Amadeo tuvo con el presidente de la comisión de las Cortes españolas, que había ido al palacio Pitti de Florencia á ofrecerle la corona, y que en Madrid le tomó solemnemente el juramento de su lealtad;—Señor, V. M. no puede figurarse el trabajo que me cuesta proponer á V. M. la consagración de un obispo, la

concesión de un título de Castilla ó la promoción al grado inmediato de un general.»—«¿Pues cómo?»—le interrumpió el monarca; y Ruiz Zorrilla continuó:—«Aquí tenemos un refrán que dice: *cada oveja con su pareja*; y cuando he consagrado un obispo, otorgado un título ó ascendido á un general, el general, el título y el obispo me han abandonado á la execración política de mi origen revolucionario y se han ido con los suyos. Perdóneme V. M.: V. M. hará lo mismo con sus pretendidos conservadores. En España, *conservador* es sinónimo de *alfonsino*».—¿Fue leal la advertencia de Ruiz Zorrilla á don Amadeo? Nadie lo dudará, como tampoco que Ruiz Zorrilla leía en el porvenir con mayor clarividencia que Ríos y Rosas.

Después del Gobierno primero de conciliación, D. Amadeo, durante su rápido paso por el trono, gobernó con dos Ministerios radicales y cuatro fusionistas. Con Ruiz Zorrilla, que había heredado la jefatura del general Prim sobre su hueste política, fueron ministros Rivero, Martos, Moret, el marqués de Mendigorría, Becerra, Echegaray, Gasset y Artime, Montero Ríos, el general Beránger, Ruiz Gómez, Madrazo, Mosquera y el general Pieltaín: total, catorce ministros. El duque de la Torre, en el partido fusionista, perdió de hecho la jefatura personal, aunque casi hasta su muerte conservó la moral. Trató de disputársela á Sagasta, y quiso ensayar otra jefatura militar con Malcampo: no obstante, el émulo de Ruiz Zorrilla era Sagasta, y Sagasta fue elevado sobre el pavés de todas las estirpes conservadoras de la revolución, hasta por Cánovas del Castillo, el representante genuino del *alfonsismo*, que le arrimó bien su hombro. Cuatro Gabinetes conservadores tuvo D. Amadeo, y en ellos fueron ministros el general Serrano Domínguez, el general Malcampo, Sagasta, Ulloa, López de Ayala, De Blas, Alonso Colmenares, Angulo, el general Bassols, el general Zavala, Candau, Balaguer, el general Gaminde, Montejo Robledo, el general Carbó, Groizard, el general Topete, Camacho, el general Rey y Caballero, Romero Robledo, Echegaray y Martín Herrera: total, veintidós, de los

que ocho fueron generales. No hay que decir que en este fusionismo había una parte que desde bastidores, y con manos ocultas, manejaba á su arbitrio el jefe del partido alfonsino, Cánovas del Castillo, que públicamente dió á una de aquellas cuatro combinaciones ministeriales á Elduayen; pues todo el mundo sabía que, cualquiera que fuese el punto que ocupasen y la representación política que afectaran desde el principio de la revolución, es decir, desde la batalla de Alcolea, eran hechuras exclusivas de Cánovas del Castillo, con quien ocultamente á diario comulgaban, rigiendo su conducta por sus mandatos, Ulloa, el general Zavala, López de Ayala y Romero Robledo.

La situación que en poco más de año y medio se creó, puede bien traslucirse por el siguiente interesante episodio de aquel período agitado de nuestra política contemporánea.

II

Hallámonos en 30 de Mayo de 1872. Aquel día, festividad del Corpus, el rey Amadeo había personalmente presidido, con su Gobierno, la histórica procesión que se celebra en todo el mundo católico desde que fue instituída por el Papa Urbano IV en 1264, es decir, un año antes del nacimiento de Dante Alighieri. Por la noche hubo banquete en palacio. Ruiz Zorrilla había sido invitado á este banquete, y los salones de su casa de la calle de San Marcos se hallaban materialmente repletos de toda la plana mayor del partido progresista democrático, que le reconocía por jefe, y por una inmensa concurrencia de los que, sin haber ocupado posiciones culminantes en la administración ni en la política, eran familiares en ellos. Era de creer que en el regio alcázar el *jefe de pelea* del partido radical habría conversado con D. Amadeo, y había infinita ansiedad por conocer sus impresiones.

Los salones de Ruiz Zorrilla ofrecían un carácter particu-

lar, que los diferenciaba de los de los otros jefes de partidos populares, cuyas puertas permanecían siempre abiertas para cuantos, á título de patriotas, las asaltaban con la mayor franqueza para mendigar destinos. Aun con ser la casa accesible á todos, no estaba franqueada á todos. Antes de que en ella se admitiese á alguno, se hacía preciso saber quién era, de dónde venía, adónde iba y quién le presentaba. Por algo, en materia de selección de gentes, Prim, argüido en cierta ocasión por Ruiz Zorrilla, tuvo que decirle: «*Pero, D. Manuel; ¿cree usted que yo he conspirado con arzobispos?*» La casa militante del partido que Ruiz Zorrilla dirigía, era para él *La Tertulia Progresista*. Su casa particular se reservaba para sus íntimos y predilectos.

El tono de aquella casa lo daba María Barbadillo, la esposa de Ruiz Zorrilla, mujer no agraciada, sí agradable, grave y sencilla, de una bondad exquisita y de una suprema modestia.

La tertulia habitual de esta dama era toda de familia: la mujer del general de ingenieros D. Francisco Ruiz Zorrilla; la de D. Sabino Herrero, Candelaria Ruiz del Arbol; la mujer y las tres hijas del magistrado del Supremo y senador electivo D. Miguel Zorrilla, que había sido diputado desde las Constituyentes de 1854 y había militado con el general O'Donnell en las filas de la antigua Unión liberal; la mujer y dos hijas de otro magistrado, Barbadillo; las del general Hidalgo y su hermana la señorita de Escartí, y algunas más que no recuerdo.

Por aquella sala pasaban los saludos respetuosos y del afecto de todos los que iban á conversar en la inmediata. Pocas galanterías, ni de parte de los jóvenes. Nada de música, ni baile, ni mesa de tresillo, ni dulces, ni tés. En una y otra estancia discurrían las horas, y se hacían siempre cortas solamente hablando ú oyendo hablar al jefe y á los demás. En la de los hombres se hacía política del jefe, y en la de las señoras se cultivaba la adoración que Ruiz Zorrilla profesaba á la

suya, y cuya única recomendación se sustanciaba en el profundo respeto con que por todos se la trataba. Por su parte, María Barbadillo, enamorada de su marido, adivinaba los que la profesaban sentimientos sinceros de adhesión, y éstos eran sus más amigos.

Muy pasadas las once y media de la noche, Ruiz Zorrilla llegó de flamante uniforme y llevando al cuello las insignias de la orden italiana de *la Anunziatta*, que en aquella Monarquía es casi de príncipes, como en España y Austria la del *Toisón de Oro*. En su mirada viva, en su sonrisa habitual, nadie pudo adivinar la menor impresión desagradable de su ánimo. Entró, como siempre, bromeando amablemente con su mujer. Saludó á todos. No contestó á derechas ninguna pregunta de las que cayeron sobre él como un diluvio, é inmediatamente se retiró á sus habitaciones reservadas á cambiar de traje. María Barbadillo le siguió, ignoro si por propio impulso ó si por muda indicación de su marido, pues los dos se entendían sin hablarse. Todos quedaron esperando, aún con mayor ansiedad que antes; y algunos, inspirados en los engreimientos íntimos de sus propios deseos, comentaban, con halagüeños augurios, la placidez que en el jefe habían notado.

No recuerdo si fue el marqués de Arlanza, si Juan Manuel Martínez, Andrés Solís ó algún otro de los más íntimos de la casa, quien, acercándose á Pepe Chacón, que estaba conmigo, dejó caer algunas palabras en su oído. Preguntéle yo: — *¿Qué te ha dicho?* —Y me contestó muy en secreto: —*Casi nada; don Manuel ha dicho á María: «Mañana nos vamos á Tablada», y María le ha contestado: «¡Ay! ¡Gracias á Dios!»* Los dos nos miramos, y quedamos estupefactos. Teníamos motivos para presumir que aquello era cierto.

Ni en D. Manuel, ni en su señora, conoció después nadie el menor cambio en sus espíritus. D. Manuel contó á todos, hasta con minuciosidad, las bagatelas del banquete y de la recepción, las personas que asistieron, sobre todo las damas y

los trajes que vestían, y hasta bromeó, dando celos á su mujer, por haber dado el brazo á la bella condesa de la Almina. ¡Ni una palabra de impresiones políticas á ninguno!

III

Para apreciar las circunstancias de la situación embarazosa en que *el jefe de pelea* del partido liberal de aquella efímera Monarquía se hallaba, hay que bosquejar á grandes rasgos el cuadro que entonces ofrecía la política general.

Si la larga propaganda que Olózaga, heredando *los odios tradicionales* de su partido, había hecho contra la dinastía legítima y secular en censura de los célebres *obstáculos tradicionales*, contribuyó en 1868, como antes en 1854, á las causas fundamentales de la revolución de Septiembre, no arrimaban menos el ascua respectiva al común incendio, por una parte, el empuje de la democracia, que lidiaba por conquistar é imponer los derechos políticos que son ya base de la sociedad moderna, y por otra las corruptelas con que, desde un principio, había funcionado en España la máquina constitucional. El ideal, en este último punto, un ideal casi quimérico, aun en naciones donde las prácticas parlamentarias han creado hábitos consuetudinarios y están tan arraigadas como en Inglaterra, es el turno pacífico de los dos partidos de gobierno, en que la teoría divide las opiniones directivas en el disfrute del poder.

Moderados y progresistas, en un principio, habían profesado esta doctrina desde las Cortes del Estatuto; pero en los hechos el sistema se había falseado siempre. Desde 1843 á 1854 no hubo más que Gobiernos moderados, cualquiera que fuese el sobrenombre con que sus infinitas fracciones se engalanaban, y de 1856 hasta 1868, á pesar del panliberalismo y de los resultados de la Unión liberal, los conservadores de todos los matices, desde O'Donnell á Narváez y desde Posada

Herrera á Nocedal y González Brabo, habían ejercido del mismo modo el absoluto monopolio de los Gobiernos, con exclusión sistemática del partido liberal, sólo impuesto por la violencia en 1840 y en las dos fechas revolucionarias posteriores, y la vez única que, después del célebre retraimiento de los *progresistas*, en la primavera de 1864, la Corona, bien inspirada, trató de allanar el camino para que aquel partido saliera de su actitud, colocándose en posición para ser llamado legalmente al poder, para lo que á la caída del Ministerio Arrazola-Benavides se trató de formar el mixto de unionistas disidentes y progresistas dinásticos que, presidido por el marqués del Duero, había de ofrecer puestos en su seno á Ríos y Rosas, don Ignacio Cantero y D. Antonio Cánovas del Castillo; un mar de intrigas lo destruyó momentos antes de jurar, aprobada ya la lista de sus ministros por la reina Isabel, para constituir en cambio el Ministerio Mon, que fue el inconsciente motor decisivo de la revolución, á pesar de los Gobiernos últimos de resistencia del general Narváez y del de paños calientes del duque de Tetuán, á quien sorprendió el famoso y sangriento 22 de Junio de 1866.

La injusta expulsión de la reina D.ª Isabel II había dado satisfacción á los que traían en su abolengo, por base, el divorcio con la dinastía desde el regreso de Fernando VII de la cautividad de Valençay. Las conquistas políticas democráticas se hallaban consignadas en el Código de 1869. Al rey de los 191 venido de Italia tocaba, por su parte, establecer, cuando menos, y ya que no siguiera el ejemplo que de su país traía, la normalidad práctica del sistema parlamentario, y, bien definidos los dos partidos políticos de la Monarquía, hacer que la teoría del turno pacífico fuera una realidad.

Por una arcana imposición de los hechos, al trocarse la interinidad revolucionaria en la normalidad legal por que se suspiraba, se efectuaba simultáneamente otra de las modificaciones sustanciales más importantes que desde 1840 ocurrían en nuestra política. El cambio de las jefaturas militares, que

desde la exaltación de los duques de la Victoria y de Valencia habían dirigido los partidos militantes de gobierno, pasando de éstos sucesivamente á los duques de Tetuán y de la Torre y al marqués de los Castillejos, por las jefaturas enteramente civiles que desde entonces han ejercido, en aquella efímera Monarquía, Ruiz Zorrilla y Sagasta; durante la República, Figueras, Pi y Margall, Castelar y Salmerón; durante el reinado de Alfonso XII y de la Regencia de la reina María Cristina, Cánovas del Castillo y Sagasta; y desde la muerte de Cánovas, Sagasta y D. Francisco Silvela.

Herido mortalmente, en una noche de nieve, el general Prim, fue sustituído en la jefatura del Gobierno interinamente, como se ha insinuado ya, el general Topete; y después de la entrada de D. Amadeo en Madrid, en aquella mañana en que apareció la capital cubierta del blanco sudario de nieve también, su primer Gabinete lo formó el general duque de la Torre, como jefe que había sido del Poder ejecutivo durante toda la larga interinidad revolucionaria; pero aquel Ministerio, primero de los siete ya referidos con que D. Amadeo reinó, y que los periódicos satíricos del tiempo llamaron *los siete pecados capitales,* fue como la consagración de toda la obra realizada, y así entraron coaligados en él Ulloa y López de Ayala, antiguos unionistas de O'Donnell, del mismo modo que su presidente, el general Serrano, y los dos primeros, especie de fiadores de la política conservadora que nadaba en lo oculto entre dos aguas, Sagasta y Ruiz Zorrilla, que procedían del partido progresista histórico, y Martos y Moret, que representaban la moderna democracia monárquica, y á los que se había afiliado el general Beránger. Rota á los seis meses esta coalición, bajo la cual se hicieron las elecciones generales para las primeras Cortes ordinarias, trataron de definirse los dos partidos parlamentarios, y Ruiz Zorrilla, que presidió el primer Gabinete compacto, que se formó el 24 de Julio de 1871, ya quedó calificado como jefe del partido liberal, aunque *jefe de pelea,* como lo confirmó Martos, que por su cultura intelec-

tual se creía ó creía á Rivero con más títulos que aquél para encauzar la herencia directiva del general Prim, y Sagasta, aunque bajo la tutela inmediata del duque de la Torre, y aun de Topete, bien que Topete fuese el comodín de todos, como bajo la Restauración el general Martínez Campos, y dentro de poco tal vez lo sea el general Weyler por haber fracasado en el ensayo de este mismo papel el general Polavieja, el del partido fusionista, que no era más que el partido conservador.

A los períodos geológicos y orgánicos de la Creación pueden compararse aquellos estremecimientos seísmicos y ciclónicos de los períodos febriles, rápidos y turbulentos en que se intentó realizar la división de estas fuerzas políticas, acabando antes con el Trono que mancomunadamente habían levantado, que con la acerada violencia de sus recíprocos rencores. En dos años se vivió más que en un siglo.

El primer gabinete *liberal* de Ruiz Zorrilla duró dos meses y doce días, desde el 24 de Julio al 5 de Octubre de 1871; el primero *conservador*, de Malcampo, más bien de transición, dos meses y diez y seis días, del 5 de Octubre al 21 de Diciembre. Los turrones de aquella Nochebuena fueron para el segundo *conservador*, ya definitivo, primero que presidió Sagasta; pero su duración fue de dos meses menos un día, es decir, del 21 de Diciembre de 1871 al 20 de Febrero de 1872. También á Sagasta tocó presidir el tercero, que articuló con el anterior, y como en él tomó *la alternativa* de ministro *el pollo de Antequera*, Romero Robledo, la mano traviesa de Cánovas desde que se sentó en el Parlamento antes de cumplir los veinticinco años y ya lo aguzaba de galgo contra su émulo Ríos y Rosas, aquél, que siempre contó, y aún cuenta, con la fortuna que da la audacia, decía:—*¡Ea! ¡Ya se acabaron las crisis!* Pero á los tres meses y seis días, es decir, el 20 de Mayo, también le tocó caer. Entonces el duque de la Torre quiso cortar con la autoridad de su persona y de su nombre el hilo de aquella *mansa anarquía*, como Rivero apellidaba á aquella instabilidad epidémica, y formó el cuarto Ministerio conservador,

no sólo con Topete, sino con Elduayen, que Cánovas le dió. ¡Inútiles esfuerzos! Vino el día del Corpus, el banquete de palacio y la retirada de Ruiz Zorrilla á Tablada. Total: el último Ministerio conservador del reinado de Don Amadeo, duró... diez y ocho días.

Aunque verdaderamente la corta duración de cada uno de estos Ministerios no se prestaba para exagerar ningún linaje de impaciencias, ni para determinar otros tantos cambios radicales de política, por sujetarse al nimio precepto convencional del *turno pacífico*, derrotado el primer Gabinete de Ruiz Zorrilla, de mala manera, en la elección de presidente del Congreso que acababa de reunir, los *cimbros*, contrariados por la derrota de Rivero, ya no dieron tregua ni cuartel á sus adversarios. Se hizo imposible la vida legal con el Parlamento abierto, y Candau, bajo el Gobierno de Malcampo, á fin de dominar el plazo constitucional de la vida de las Cortes de la conciliación, para elegir otras compactas ó de partido, entretuvo hábilmente las Cámaras con las discusiones de la *Internacional*, pues en el menor proyecto político que hubiera sometido á su deliberación habría sido derrotado en el momento. Esto no obstante, al sucederle en el poder Sagasta el 21 de Diciembre, no bien se presentó al Parlamento, el 22 de Enero siguiente, en la primera sesión y por una cuestión tan baladí como la de si se prorrogaba ó no por haber pasado las horas de reglamento, se pidió votación nominal, en que fue derrotado por 172 votos contra 121.

Componíase aquella Cámara de 95 unionistas de todas las fracciones, desde la de Ríos y Rosas hasta la de Cánovas del Castillo; 61 progresistas que seguían al jefe del Gobierno; 62 que reconocían la jefatura de Ruiz Zorrilla; 42 cimbros ó radicales de Rivero y Martos; 55 tradicionalistas de Nocedal y Canga Argüelles; 16 moderados de Esteban Collantes y Toreno; 47 republicanos de Figueras, Pi, Castelar y Lostau; un unitario, García Ruiz, y 8 indefinidos é indefinibles, entre los que se contaban el duque de Montpensier, el general Contre-

ras, el sobrino del príncipe de Vergara D. Cipriano Segundo Montesinos, el general Topete y otros cuatro.

Entonces se dió el peregrino caso de que el Ministerio derrotado, al llevar á la Corona la exposición de su derrota, falseando todos los principios del sistema representativo, descompusiera aquellas cifras que le habían sido hostiles, para demostrar que el Gobierno monárquico no había quedado vencido; pues mientras en los 121 diputados que votaron con él se computaban como tales los 46 sagastinos, los 46 fronterizos, los 19 canovistas, los 9 montpensieristas y un moderado, que le dieron su óbolo, de los 172 que votaron en mayoría se descontaron 34 votos de los republicanos, 29 de los carlistas y 7 de moderados, dejando reducida la legalidad del acto á los 100 radicales y 2 independientes del partido monárquico contrario. Con todo, hubo que suspender las sesiones.

Todo el mundo esperaba que Sagasta seguiría el ejemplo dado en caso análogo por Ruiz Zorrilla al ser derrotado en la cuestión presidencial. Pero no fue así.

El rey Amadeo permaneció indeciso mucho tiempo; hasta que, resolviéndose por aprobar aquella mixtificación, tras la crisis de 20 de Febrero, otorgando de nuevo á Sagasta los poderes ministeriales y el decreto de disolución de aquellas Cortes y la convocatoria para otras nuevas, irritó hasta el frenesí al partido vencedor, cuyos elementos más radicales, no parándose en barras, comenzaron á divulgar que si Sagasta y sus conservadores convertían la nueva Monarquía en *barricada para su propia defensa,* ellos, sin oir *las proposiciones del miedo,* y *costara lo que costase,* andarían todo su camino del lado de la libertad.

Como empeñados en acumular leña para el incendio, dos hechos culminantes, entre otros mil que sería prolijo recordar, vinieron á enconar las cuestiones hasta el punto de considerarse ya para siempre irrealizable todo conato de conciliación: la sustracción de dos millones sacados de la Caja de Ultramar para los gastos de las elecciones generales, y el mando del du-

que de la Torre para el ejército formado en el Norte, á fin de contener y combatir la insurrección carlista, que en un momento estalló formidable, no sólo en las Provincias Vascongadas y Navarra, Cataluña y Aragón, sino en Valencia, en las dos Castillas y en Extremadura.

Del primero de estos dos hechos, que fue por mucho tiempo el escándalo de los escándalos por su inaudita y flagrante inmoralidad, llegó á formularse acta de acusación ministerial, que juntamente suscribieron los republicanos de Pi y los alfonsinos de Toreno, mientras que los radicales de Ruiz Zorrilla, atizados por Martos, desfilaban del salón de sesiones del Congreso y se pronunciaban en político retraimiento.

Alfonsinos, republicanos y carlistas, alentados por estas discordias y en previsión ya clara de un porvenir de victoria no lejano, se apresuraban á tomar las posiciones convenientes para el combate definitivo con la revolución. Los últimos, abandonando el Parlamento, corrieron á las armas. Los republicanos promovían por todas partes continuas asonadas, mientras la palabra del tribuno Castelar, en cada discusión, asestaba heridas de muerte hasta á los mismos prestigios históricos y personales que en su favor pudiera invocar el príncipe reinante, tan temerario en la aceptación, poco meditada, de la corona, como inexperto é inhábil para conducir la nave del Estado. No sólo los alfonsinos de perpetuo abolengo, como Salaverría, Bugallal, Esteban Collantes y Toreno, multiplicaban cada día sus declaraciones en favor del teresiano de Viena; ministros que habían sido de la Revolución, como Ardanaz, expresaban que sus simpatías estaban con el príncipe D. Alfonso, y generales, como López de Letona, que ejercía mando en el ejército del Norte, ponían sus espadas al servicio de la causa restauradora.

Aquella situación insostenible tuvo que venir á nueva crisis el 22 de Mayo. Pero ¿á quién ni adónde tender la mirada? Las irreverencias del partido radical, que, espoleado por Martos, iba más allá de donde Ruiz Zorrilla quería, siendo

éste en muchas ocasiones impotente para contener cierto género de manifestaciones, habían lacerado en Palacio, más que el ánimo del rey D. Amadeo, el corazón de la reina Doña María Victoria. En esta señora se había explotado la delicadeza de sus sentimientos, hasta convertirlos en una aversión insuperable contra todos los elementos del partido radical, y una camarilla formada *para despopularizar* la nueva dinastía, como se decía entonces, había llenado su mente de ideas y prevenciones no bien meditadas, que en la intimidad de su hogar había transmitido á su marido. Así, aunque en aquella ocasión todo el mundo veía el advenimiento del partido radical al poder como un hecho inevitable, en todo y en todos se pensaba en Palacio, menos en Ruiz Zorrilla y el partido de que era jefe.

Los adeptos del duque de la Torre, por su parte, sin conocer la red en que habían dejado prenderse desde que á sus Gobiernos les fueron otorgados ministros de la causa restauradora, que era la única profundamente nacional, perseguían otro absurdo irrealizable: coronar al general Serrano en el Norte, ó con los laureles marciales, como á O'Donnell cuando victorioso volvió de la guerra de Africa, ó con las olivas de la paz, como á Espartero cuando concluyó su tratado de Vergara, y hacerlo entrar triunfante en Madrid, ya para hacer la segunda edición del Regente usurpador de 1840, ya para constituirse, bajo el prestigio del éxito, en una jefatura política, semejante á la del duque de Tetuán en 1856, y presidir una segunda Unión liberal.

Hallábase Serrano en Zornoza al ocurrir la crisis. Explotaba el ponderado éxito de la acción de Oroquieta, ganada por el general Moriones, en la que, como el general Córdova decía en el Senado, oyó menos balas que en la que durante la primera guerra civil le valió el ascenso de alférez á teniente, y tenía entabladas, bajo el mayor sigilo, ciertas negociaciones con que halagaba la esperanza y el triunfo de la paz.

Planteada la crisis, primeramente se le brindó por telégra-

fo la presidencia del nuevo Gobierno, que él ni aceptó enteramente ni enteramente declinó, aconsejando se formara bajo la presidencia interina de Topete. Después le escribió el rey mismo, pidiéndole que viniera; pero ya tenía él enredado el famoso *convenio de Amorevieta*, que al cabo firmó el 24 de Mayo, y le convenía *dejar hacer* en Madrid, mientras él maduraba allí la sorpresa de tan gran victoria.

Aun Ruiz Zorrilla, haciéndose superior á las propias dificultades que en torno de sí le levantaban sus mismos amigos, aceptó la situación que se creó el 26 de Mayo, aunque no más que como transitoria, y aun ofreció contribuir con sus partidarios á normalizar en las Cortes la Hacienda, votando los presupuestos; pero cuando el día 29 llegó á sus manos, por conducto confidencial, el famoso convenio con los carlistas, su indignación no tuvo límites.

En el Salón de Conferencias del Congreso fue leído este documento, y los generales Rey y Sanz negaban su autenticidad, diciendo que *no conocían general español capaz de suscribir á tales vergüenzas*. (¡Todavía había pundonor militar!) Pero el documento era auténtico, y aquel mismo día, por medio de una proposición incidental, se pidieron al Gobierno explicaciones de él, firmando la proposición cinco radicales, que eran Ruiz Zorrilla, Martos, Becerra, el general Beránger y Sanromá, y dos republicanos: Pi y Margall y Sorní. Ruiz Zorrilla la apoyó, y su lenguaje fue el de un verdadero hombre de Estado, que conocía las dificultades con que tenía que lidiar un reinado intruso y prendido con alfileres. Pero Martos intentó después poner los puntos sobre las *íes*, y Ríos y Rosas, que presidía el Congreso, no le permitió hacer uso de la palabra.

El alboroto que esto produjo fue de los mayores que se han presenciado en lides parlamentarias. Á la noche la ola de la indignación repercutió sobrado viva en la Tertulia Progresista-Democrática, que se arrogaba la jerarquía de un poder soberano en la opinión. Después hizo el coro la prensa. Los

clamores de todas partes llegaron al cielo, no dejando nada para la tierra... y en Palacio se titubeó, discutió mucho y aun retardó todo lo posible enviar á Ruiz Zorrilla la invitación de la Mayordomía para el banquete con que al día siguiente el monarca celebraba la festividad religiosa y nacional del *Corpus*.

IV

Si lo que ocurrió en el banquete de Palacio quedó en el misterio por algún tiempo para la generalidad de los contertulios de la casa de la calle de San Marcos, los actos del jefe de ella, que fueron su consecuencia, no se hicieron esperar. Al día siguiente Ruiz Zorrilla se presentó en el Congreso mucho más temprano de lo que tenía por costumbre, aun con ser de los más exactos en éste como en todos los deberes que le imponía su posición, por nimios que fuesen.

Esperó la llegada del secretario D. Adolfo Merelles, y le entregó su renuncia del cargo de diputado; y suplicándole diese lectura de ella en el primer despacho, se retiró á su casa. Todavía no había atravesado los dinteles de la puerta de la calle de Floridablanca, y ya salían varios diputados y ujieres: unos, á la calle de Santa Catalina, donde vivía Rivero; otros, á la del Pez, en busca de Ríos y Rosas; otros, á la Presidencia del Consejo, en busca de Topete; y muchos más, á los Ministerios y á las casas de los prohombres de los diversos partidos, que solían retardar un poco su llegada á las sesiones.

Ríos y Rosas no se hizo esperar, y costóle trabajo moderar el fácil y espontáneo ardimiento que el general Topete tomaba en todas las cosas, y que entonces llegó al último extremo de la contrariedad.

Rivero, Martos, Figuerola, Becerra, y toda la plana mayor del radicalismo, aterrada de la inopinada resolución del jefe, pidieron á Ríos y Rosas aplazase hasta el día siguiente

dar cuenta al Congreso de aquella comunicación, y confióse á Castelar que, con los republicanos marqués de Albayda, Chao y Ladico, y los radicales Romero Girón, Fiol y Torres Mena, habían presentado una proposición de censura contra Ríos y Rosas por su conducta con Martos, entretuviesen aquella discusión, en tanto que comisiones de los dos Cuerpos, de la Tertulia y de otros círculos pasaban á casa de Ruiz Zorrilla á disuadirle de su resolución.

Entender éste lo que se había pedido al presidente de la Cámara, y ponerse en camino para el Congreso, fue cosa de un momento. Candau acababa de contestar á Castelar, y Ardanaz, ya declarado alfonsino, se levantaba á apoyar otra proposición de no ha lugar á deliberar para indultar á Ríos y Rosas, cuando Ruiz Zorrilla entró y ocupó su asiento. Mientras Becerra, Romero Ortiz, Topete, Esteban Collantes y Chico de Guzmán debatían, él sostenía otro pugilato *sotto voce* con sus propios amigos; y cuando la proposición de Ardanaz fue aprobada, y Ríos y Rosas ocupó de nuevo su sitial, pidió la palabra, y en cortísimo pero elocuente discurso renovó la dimisión que á Merelles había presentado.

«Mi determinación—dijo—no es un acto indeliberado ni un impulso de mi pasión. Los que ocupan posiciones como la mía necesitan fe para cumplir sus deberes, y á mí me falta la fe hace mucho tiempo, y no tengo la energía que he tenido en momentos supremos. No quiero engañar á mi partido y á mi país. Tengo que decir, con la franqueza de un hombre de bien, que el papel político que me ha tocado es superior á mis fuerzas. No puedo desempeñarlo bien, y me retiro.»

Los conservadores de la revolución no tuvieron una protesta ni una apelación que hacer. Fingieron cierto desdén, y se levantó la sesión. Pero hasta *La Época*, heraldo del alfonsismo, decía pocas horas después: «Todo el mundo hace justicia á la lealtad del proceder del Sr. Ruiz Zorrilla. *Al perder la fe en algo* que no ha apuntado en su discurso, ha creído que no le tocaba á él, que tantos compromisos tiene en cierto sen-

tido, seguir á sus correligionarios en la pendiente por donde la fatalidad los arrastra».

Aquella misma noche se celebraba una sesión magna de personas caracterizadas en casa del general D. Fernando Fernández de Córdova, marqués de Mendigorría, y otra, más bulliciosa, en la Tertulia Progresista. De ambas salieron delegaciones á casa de Ruiz Zorrilla: ambas volvieron con una misma impresión. La determinación del jefe de pelea era irrevocable. Unos creyeron ver en ella herido de muerte al rey, al que Ruiz Zorrilla profesaba el anhelante afecto que se profesa á un hijo; y aunque en él no era correspondido, él no podía menos de lamentar que tan pronto hubiera caído en tal extravío del fin práctico de su misión, lo que hondamente le laceraba sus sentimientos irreprochables. Otros sólo vieron la herida mortal de un partido, al que se precipitaba por corrientes por donde la lealtad de Ruiz Zorrilla á su monarca no le había de permitir lanzarse. Entre la perversión común en que en España entonces, antes de entonces y después de entonces han sufrido y sufren todas las ideas, hasta las más nimias, de lo que se debe á la honradez, á la rectitud y al honor, Ruiz Zorrilla jamás olvidaba que él mismo había sido el que fué á Italia para arrancar á aquel príncipe del seno de una familia de ejemplares virtudes sobre el trono. Algunos, por último, sólo pensaron, en crisis tan profunda, en suplantar su jefatura; tentativas que zozobraron en el debate de la reunión de casa del general Fernández de Córdova, y en las manifestaciones entusiastas del Círculo político, donde á Ruiz Zorrilla se le veneraba con idolatría.

En efecto: cuando el sábado 1.° de Junio, en el expreso de las seis y media, salía de la estación del Norte para Tablada el jefe de pelea del partido radical, entre las frenéticas aclamaciones de más de veinte mil partidarios que, aun contra la voluntad de Ruiz Zorrilla, bajaron á despedirle, tal vez quedó flotando sobre el país el velo del caos, que se acentuó luego aún más cuando sobrevino la República; pero las sentencias

supremas de las cosas quedaban pronunciadas. Fallada y castigada en su aislamiento y en su impotencia, la política utilitaria y doctrinaria de los monopolios tradicionales del Poder, que los amigos del duque de la Torre habían ensayado restaurar sobre las inmoralidades de los dos millones de la Caja de Ultramar, y la superchería del convenio de Amorevieta; fallada y castigada la política de la indisciplina, la emulación y la irreverencia de aquellos que, dando á Ruiz Zorrilla, como por condescendencia de su tácita superioridad, el dictado de *jefe de pelea*, le acechaban desde baluartes escondidos para deponerlo en la primera contrariedad que le fraguaran con hábiles aunque disfrazados manejos; y fallada y castigada la temeridad de aquel príncipe que, con absoluto desconocimiento de las condiciones ingénitas y seculares de nuestra raza, vino aquí á implantar una monarquía extranjera, que el primero de los Napoleones no pudo aclimatar ni un solo día, ni en la época de aquel poder sobrenatural con que su voluntad se convirtió en la única ley imperiosa y brutal en todo el continente, puede decirse que en aquel acto quedó prejuzgado el fin inmediato de la obra de la revolución, y puesto de bulto, hasta para los más ciegos, su absoluto y total fracaso.

Díjose que el rey Amadeo observó desde una de las ventanas de Palacio la escena de la despedida de Ruiz Zorrilla para Tablada. En Madrid, los conservadores de la revolución que gobernaban, quisieron imbuir á la opinión y al rey que aquél era un hecho sin importancia. En Palacio no se participó de estas impresiones, y en Italia se conoció el hecho con alarma verdadera. Aquí se trató á Ruiz Zorrilla, por su resolución, con esta frívola irreverencia con que aquí se habla de las cosas más trascendentales y de los hombres más respetables, acostumbrados como estamos á tratarlo todo de *tú* en las columnas de los periódicos y en las tribunas pedestres del *café*. El enojo de Ruiz Zorrilla, ¿quedó justificado ante la historia? Que en el banquete del día del *Corpus* de 1872, en el real alcázar, se le designase un décimo lugar á la izquierda del rey, ocupando

otros preferentes Malcampo y otros de menor jerarquía, era un desaire que, aunque deliberado, podría considerarse llevadero, conociendo la corriente imperante en las intrigas interiores de la camarilla formada en aquella morada, entre cuyos oráculos se hallaba el desinteresado Alvareda. Que el rey Don Amadeo, primero, y después la reina Doña María Victoria, trataran de convencerle, á él, á Ruiz Zorrilla, al progresista de 1854, al proscrito de 1866, al orador de los puntos negros de la Revolución, jefe á la sazón del partido más avanzado de aquella Monarquía, cuyos adeptos, ó encarnaban en ella hasta resellar en su molde todas las tendencias de los fanatizados republicanos, ó divorciados de ella se dejarían absorber por estos últimos combatientes acérrimos de la democracia, *de que los partidos revolucionarios crean las dinastías y los partidos conservadores las consolidan; de que los partidos populares no deben ir al Poder sino en situaciones extraordinarias, y de que mientras un voto libre de los comicios no diera á la Corona el norte para un cambio radical de política, el deber constitucional imponía sostener Gobiernos conservadores,* era verdaderamente un error de entendimiento ó de sugestión para aquellos príncipes mal aconsejados y sin experiencia, que reflejaba los egoísmos regicidas de los que les rodeaban, ó tal vez de los que desde Italia llenaban su espíritu de semejantes ideas, en cuya responsabilidad iba envuelta la propia sentencia y el propio fallo definitivo de aquella dinastía, *apuntada con alfileres.*

Después de estas declaraciones, hechas por aquellos monarcas á Ruiz Zorrilla en la noche famosa del día del *Corpus* de 1872, á Ruiz Zorrilla no le quedaba que hacer más que su renuncia del cargo de diputado, que presentó á las Cortes, y su retirada á sus posesiones de Palencia, llevándose la adhesión y los votos de los que creían que si la revolución de Septiembre de 1868 se había hecho para lanzar del trono una reina como Doña Isabel II, cuya única responsabilidad consistía en haber carecido ó de criterio ó de energía para haber denunciado á las execraciones de la opinión los que, vendiéndola en

aras de sus personales egoísmos, cubrían con la responsabilidad á que la exponían su propia responsabilidad; tantos trastornos, tanta sangre, tantas luchas, no se habían suscitado para hacer en el trono una mera suplantación de nombres, sin más garantía, ni más provecho, ni más utilidad.

V

De que la conducta de D. Amadeo se ajustaba á las inspiraciones que de fuera recibía, es dato suficiente el testimonio de la prensa italiana que tenía relaciones oficiosas con los hombres que dirigían la política de Víctor Manuel. Cúpome á mí entonces el honor de impugnar los juicios equivocados que sobre los asuntos de España divulgaba entonces la prensa romana, y desde las columnas de *La Tertulia*, de Madrid, que dirigía D. Juan Manuel Martínez, y recibía las inspiraciones directas y personales del Sr. Ruiz Zorrilla, me vi en la necesidad de parar los pies á *La Riforma*, de Roma, en un artículo que no sólo causó impresión en Roma, sino en el campo genuinamente conservador de Madrid; pero de *La Tertulia* lo reprodujeron íntegro *La Época*, *La Política* y casi todos los periódicos alfonsinos de España. Este artículo decía así:

«Á La Riforma.—Los periódicos italianos se ocupan en estos días con marcada insistencia de los asuntos políticos de España. La suspensión primero, y la disolución después, de las últimas Cortes, continuando en el poder el partido tres veces derrotado por el voto del Parlamento contra las prácticas sinceras del sistema parlamentario; las protestas del partido radical, que no sólo se ha creído desairado, sino vulnerado en sus derechos; la actitud de los poderes responsables, auxiliándose de hombres y partidos que sacrificaron á la dinastía secular en aras de su ambición y avaricia de mando, y se aseguran en el poder por medio de actos de fuerza y de intriga, de despecho y de transgresiones sistemáticas y continuas de las

leyes reformadas: todo esto, comentado con razonable criterio por *The Times* y *L'Independance Belge*, y extendido por Europa con intencionada malicia por las hábiles declamaciones de *La Época,* heraldo de las aspiraciones restauradoras, ha creado en el Continente, y sobre todo en la otra península mediterránea, una atmósfera de grandes temores y recelos, que no se justifica, sino que es hasta nociva al alto concepto que merece nuestro decoro nacional.

»Ni la Italia, ni el rey Víctor Manuel, ni sus experimentados estadistas, ni sus periodistas ilustres, pudieron imaginarse, al ceder á la revolución de España uno de sus príncipes para que viniera á coronarla, que este trono, que debía ocupar en momentos de contradicciones y de fuerza, como naturalmente son los períodos revolucionarios de todos los pueblos, estaba levantado sobre flores y amasado con plácemes universales. El rey Víctor Manuel y el entonces duque de Aosta entendían perfectamente que esta corona que se les ofrecía era fruto de la contradicción, producto del derecho democrático moderno, y que, por lo tanto, no estando en España extirpadas las clases que representan otro derecho más resistente, como más antiguo, á la lucha y á la contradicción aquel príncipe venía, y á soportar las tormentas que la libertad levanta para consolidar sus conquistas permanentes.

»Hay un error en Italia acerca del carácter y tendencia del radicalismo en España; error que los hombres del partido español utilitario conocen y explotan para denunciarnos, donde no se tiene cabal concepto de lo que somos y representamos, ante la opinión pública, como enemigos del orden y de la institución monárquica. Estos saben que, para nosotros, la libertad y el derecho democrático están sobre toda institución. Y aunque no ignoran cuál es nuestro profundo acatamiento á la obra completa de la revolución de Septiembre, que significa la evolución triunfante del derecho en la sociedad democrática actual, tergiversando el sentido explícito de proposiciones claras, que no pecan de audaces, y de intenciones rectas, que

no hay necesidad de disfrazar con ninguna suerte de disimulos, con estudiada falacia nos representan vacilantes en el sostén de nuestra obra, movidos por extrañas influencias, prisioneros de ellas, inclinados á destruir lo que hemos fabricado con más fe y patriotismo que ningún otro. ¡Con estas maldades creen asegurar ó prolongar, al menos unos días más, su para todo y para todos funesta dominación.

»No somos, sin embargo, como los radicales de Italia y de otros países agitados, la vanguardia de la demagogia demoledora y petrolista; pero partido que ha hecho una revolución, que le ha trasfundido su espíritu con el que ha creado una legalidad, á la que ha rodeado de garantías para que no se falsifique ni en su esencia formal ni en sus procedimientos mecánicos, tampoco estamos dispuestos á ocupar la retaguardia de la más ultrajante de las servidumbres. Si después de haber batallado y padecido más de medio siglo para llegar á la suspirada aurora de las reformas necesarias, por un acto, siempre peligroso, y aconsejado ahora por las mismas intrigas que en todo tiempo han esterilizado nuestros esfuerzos, se nos lanza de nuevo, con un desconocimiento completo de las exigencias de la realidad, al odioso y odiado campo de nuestros pasados padecimientos, se comete por cuantos lo ejecuten un error gravísimo, que anula todo lo que constituye el triunfo de la revolución y nos empuja al campamento que, con la erección del trono fundado en nuestro conquistado derecho democrático, nos apresuramos pacíficamente á levantar.

»No somos, pues, partidarios de la violencia. Hemos hecho una ley nueva, y vigilamos escrupulosamente su cumplimiento, dispuestos á no consentir que por nada ni por nadie se conculque. Por eso hemos protestado enérgicamente, y por eso hemos recordado que el pacto que á todos por igual nos obliga, es la práctica sincera y leal de la Constitución que hemos creado, y es nuestra garantía, y de los procedimientos que le son inherentes.

»Ya ve *La Riforma*, de Roma, que no es el partido radical

de España—partido avanzado, sí, pero tan avanzado en sus ideas de libertad como en las de equidad y de orden, que de ellas emanan—el partido radical anárquico y turbulento de Italia, que se abraza con la república socialista y llega hasta las últimas exageraciones del desbordamiento social. En cuanto á los demás periódicos adversarios, de cualquier color que sean, ya se sabe cómo en todas partes alardean, gritan y declaman. Crea de buena fe *La Riforma* que entre nosotros no alcanza mayor eco que los que, con ideales parecidos, se publican en Roma, Florencia ó Nápoles.

»Un temor, empero, abrigamos aquí todos, y es el único que no podemos desvanecer al ilustrado colega de Roma, si también es objeto de su atención. O la revolución de España se ha verificado con un fin eficaz, respondiendo á exigencias imperiosas del progreso universal, ó no es más que un hecho efímero y transitorio. Si su fin es grande y fecundo, ¿cree *La Riforma* que hemos creado la Monarquía de 1869 para no operar en ella más que una mera sustitución de nombres? Hoy el trono no representa el llamado derecho divino, sino el derecho popular; no la arbitrariedad, sino la equidad que representa la justicia. Justicia y fidelidad reclamamos. ¿Es esto un acto de dignidad, ó una rebelión? Medítenlo los políticos de Italia, á los que hoy tanto preocupa la situación difícil que en España atravesamos todos.»

La contestación de *La Riforma* fue extensísima y razonada:—«*Noi prevedenamo*», decía entre otras cosas, «*che la via, la quale toccava percorrere al duca d'Aosta non era cospersa di fiori, e ch'egli siccome ecrive* La Tertulia *era chiamato alla lotta e alla contraddizione e ad afrontare le tempeste che solleva la libertá per consolidare le sue conquiste permanenti. Ma il giovane principe, quantunque uno ó due anni prima di esser inalzato sul trono di Carlo V, fosse stato nominato ammiraglio ed avesse potuto osservare da Genova e dalla Spezzia gl'irati flutti del mare, non conosceva il procelloso mare della politica e poteva essese inadatto a fondare un trono* popolare *la'dove*

ogni prestigio della monarchia si esa perduto. Inoltre, per legami domestici, egli e congiunto ad un focoso prelato della santa sede, e facilmente gli sarebbe stato impedito per malefici influssi, di combattere il maggior nemico che abbia la Spagna, l'oscurantismo che la invade e le impedisse di respirare.» *La Riforma* casi confesaba el fracaso de la monarquía de D. Amadeo, aun vista desde Italia, y por hombres como los de *La Riforma*, que eran, y han sido, los ministros que han salvado la monarquía de Víctor Manuel y de su hijo Humberto (Crispi, Cairoli, Giolitti). Así, en otro párrafo, decía:—«*Il nostro giornale non fu partigiano della candidatura del duca d'Aosta al trono de Spagna. I nostri amici, interpellati dal marchesse di Montemar, dettero consigli, i quali, si accettati, non avrebbero condotto i progressisti spagnuoli a tentativi, a prove che temiamo riusciranno inefficaci.*»

Después de esta polémica no tardaron en sentirse en Madrid los efectos de las impresiones de Roma. A los trece días del retraimiento de Tablada, hasta en Palacio clamaban todos, y Alvareda el primero, por su vuelta. El rey Amadeo, que no había contestado oportunamente á la invitación que Ruiz Zorrilla le había dirigido, pidiéndole su venia para pasar á despedirse, después de la crisis de la víspera del día de San Antonio, ponía en manos de D. José de Olózaga una carta suya, autógrafa, llamándole á Madrid y recordando á su honor las promesas hechas en el Palacio Pitti al rey Víctor Manuel, su padre.

Ni aun esta apelación habría sacado á Ruiz Zorrilla de aquel retraimiento, sin la conferencia, á solas, de Rivero, con él y con María Barbadillo, después de rechazar la misión de los ministros del Gabinete que Córdova presidió interinamente en su nombre, de los diputados y senadores que fueron á Tablada en comisión, y de las trescientas ó más personas que á estas Comisiones se agregaron en el tren especial que en Madrid se les puso, y que, desde la estación de Magaz hasta Tablada (¡siete kilómetros mortales de andadura!), tuvieron

que ir, pocos en coche, varios en los cincuenta carros que se pudieron arbitrar por lo pronto, y gran número á pie. Madrid le hizo una acogida entusiasta, como sólo se recordaban la entrada del general O'Donnell con el ejército de Africa, y la entrada de los generales Serrano y Prim con el ejército de Alcolea. ¡Y, sin embargo, virtualmente el retraimiento continuó!

El poder que Ruiz Zorrilla formó en el séptimo y último Gobierno de D. Amadeo fue infructuoso para impedir lo que ya era y fue inevitable. D. Amadeo no era en España la Monarquía, sino una mera faz de la interinidad revolucionaria. Entre él y la patria no había los vínculos de solidaridad que sólo legitiman unidos el derecho y la historia. Ruiz Zorrilla había luchado por nobles ideales, anhelando ver implantadas en su patria las reformas jurídicas y sociales que han transformado todos los pueblos modernos, juntamente con aquella sinceridad de los procedimientos políticos que hacen populares las instituciones. ¡No lo pudo conseguir! Esta fue, después de él, de D. Amadeo, y de lo que tras de D. Amadeo y de él vino sobre España, la obra insigne, la obra gloriosa de la Restauración de D. Alfonso XII.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

EL AÑO SOCIOLÓGICO

1901-1902

SUMARIO.—Los *Annales de Sociologie* y *L'Année Sociologique*.—Carácter de estas publicaciones.—Los católicos y la sociología.—El criterio científico puro.—El determinismo y la sociología.—Metafísica y sociología.—Estructura de los *Annales*.—Las monografías.—Examen de las de MM. Durkheim y Mauss y M. Bouglé.—Apreciación general del *Año Sociológico*.—El movimiento literario de la sociología, según éste.—La sociología general.—Indicación de las tendencias dominantes.—Sociología especial.—Resumen de sus diversos capítulos.

Tomaré este año como fuentes de estudio del movimiento sociológico reciente, con *L'Année Sociologique*, de monsieur Durkheim (1), que ya en diversas ocasiones me sirvió para tareas análogas, una nueva y por extremo interesante publicación, especialmente dedicada á la sociología: los *Annales de Sociologie et mouvement sociologique*, de la *Societé belge de Sociologie* (2). Prescindo, por esta vez, de los *Annales de l'Institut international de Sociologie* (3), entre otras razones, porque se prestan mejor para mi objeto los *Anales* de la Sociedad belga, los cuales, aparte el criterio, tienen una mayor analogía con el *Año Sociológico*, en cuanto ambos se proponen reflejar, de un lado, algunas de las más salientes preocupaciones

(1) Año sexto. Un vol. Alcan.
(2) Año primero. Un vol. Alcan.
(3) Se ha anunciado la publicación del vol. XI.

de la sociología, mediante las memorias ó monografías originales; y del otro, recoger y presentar, en amplios resúmenes bibliográficos ó en notas breves, el movimiento, que podríamos llamar literario, de la sociología contemporánea.

Es curioso y altamente sugestivo el examen comparativo de estas dos publicaciones, de que me propongo dar idea en este artículo. El *Año* es un instrumento de trabajo y de información exclusivamente científico; hállase concebido, según un criterio de libre investigación, sin otro pensamiento íntimo que el que desde luego supone la contemplación de los problemas de la realidad social, desde el punto de vista totalmente desinteresado de la mera curiosidad doctrinal, y el cual pensamiento no es otro que el de hallar la verdad, si es posible hallarla, y sea cual fuere. Implica el *Año*, según esto, una plena libertad interior, una ausencia total de *miedo* al error, una conformidad previa con los resultados de la investigación, una falta absoluta de dogma indiscutible, de creencia firme, de cuya virtualidad soberana se está seguro...

Los *Anales* de la Sociedad belga entrañan, por lo menos en algunos de sus iniciadores, una situación de espíritu diferente, aunque la tal situación de espíritu no se refleje de un modo exclusivista, ni mucho menos, en la labor, por extremo simpática, de sus miembros. ¡Ya quisiéramos nosotros que todos los representantes de la misma que por el mundo viven é intervienen en obras de investigación y de propaganda doctrinal, procedieran como ellos!

Porque conviene advertir que la Sociedad belga de Sociología, que publica los *Anales* á que me estoy refiriendo, está compuesta, principalmente, de gentes reclutadas en los centros católicos, de la más pura ortodoxia. Basta fijarse en la procedencia de algunos de los más notables redactores que figuran en el volumen que tengo á la vista: A. Vermeersch, S. J. C. Van Overbergh, F. Deschamps, F. Béthune, L. de Lantsheere, el abate Deploige; todos, creo, profesores en la Universidad católica de Lovaina. La Sociedad se fundó en Di-

ciembre de 1899, y desde entonces viene trabajando con buen éxito indudable.

Pero, naturalmente, el criterio con que estos beneméritos investigadores trabajan, no puede ser aquel que reina en quienes se estiman libres de todo supuesto ó seguridad ortodoxa; lo cual, por otra parte, hace doblemente interesante su labor, y además, eleva ésta á la categoría de un ejemplo que conviene señalar á quienes la ortodoxia priva de volar, por lo menos, con el mínimum de alas que pide, y exige, toda empresa que pretende ser científica.

En rigor, la ortodoxia de los sociólogos belgas no parece una ortodoxia demasiado insinuante; pero es, al fin, una ortodoxia. Asoma ella, expresamente, como *obstáculo* que ha sido preciso vencer ó explicar en una declaración previa; basta leer, para convencerse, el trabajo, muy interesante por cierto, de M. Vermeersch (S. J.) sobre *Los católicos y la sociología*. Hablando del esfuerzo que supone la tarea de la sociología, escribe: «Posible ó no, el esfuerzo se ha intentado. Todo un conjunto de escritores se ha puesto á sueldo de la sociología. Se han creado cátedras en la enseñanza pública de América, Inglaterra, Bélgica, España, Francia, Suiza, y las diversas escuelas que la dividen prueban por sí solas su vitalidad». Y añade: «¿Cuál de esas escuelas podrá ser seguida por los *católicos?* ¿Qué actitud conviene á los creyentes frente á la nueva ciencia? En otros términos: *¿hay sitio para los católicos entre los exploradores de la sociología...?* El autor cree que sí; más aún: cree que de las tres actitudes, de *hostilidad*, *abstención* y *concurso activo* que los católicos pueden adoptar ante la nueva ciencia, debe tomarse esta última, seguros de que no ha de padecer *su fe*, y de que el catolicismo habrá de salir ganando, porque «religión y sociología—escribe—nos parecen llamadas á una reciprocidad de servicios, gloriosa para Dios y saludable para la humanidad». Y unas páginas más adelante dice: «A la sociología, además, le corresponde comprobar, por el método que le es propio, las enseñanzas morales de la Igle-

sia», para terminar su trabajo, impregnado, sin duda, de cierto espíritu progresivo, con estas palabras: «¡Oh día feliz, en el cual la ciencia, hija de la tierra, llegue á arrojarse en los brazos de la hija del cielo, una fe libre ya de todo prejuicio!» «Las ciencias morales y sociales, más que cualesquiera otras, deben sellar tal unión. Trabajando en playas comunes, iluminadas también por la razón, pero sobre las cuales la fe se complace en haber proyectado sus luces, están llamadas á levantar sus partes terminales, por donde el edificio del saber humano se une con el templo levantado por Dios. A este título es al que solicitamos la contribución efectiva de los católicos en la sociología.»

Ciertamente, no es ese el título que conviene en una investigación científica. El hombre de ciencia, católico ó no, no puede investigar los problemas del saber, más que á título de hombre imparcial, desinteresado y libre de toda idea preconcebida, á la cual se subordine el resultado último de su labor. M. V. se revuelve, con razón, contra aquellos representantes, más ó menos autorizados, de la nueva ciencia, que niegan la legitimidad de la indagación sociológica que, v. gr., no presuponga el *determinismo* «proclamado como la primera ley intangible de su república cerrada». El lo dice con frase gráfica: *república cerrada*; la sociología científica no debe ser una república cerrada, ni por el *prejuicio* de la concepción determinista, ni por ninguna otra petición previa ó acomodo metafísico, ó negación metafísica; tan ilógica es la posición de quien impone como condición preliminar, para una construcción sociológica científica, la negación de toda exigencia metafísica y el determinismo, como la de quien va á la sociología en busca de argumentos para fortificar una fe. La argumentación del sabio escritor belga, contra las pretensiones del determinista sociólogo, podría desenvolverse, con igual fuerza, contra la posición de creyente por encima de todo. La sociología debe ser para el científico un campo abierto, siempre abierto, á toda indagación libre, y en el cual no puede negarse el derecho á

la vida á ninguna hipótesis racional, por arriesgada y radical que ella sea, y sean cuales fueren las consecuencias á que la misma pudiera conducir: la verdad, la gran verdad sobre todo, y la verdad como *resultado*, no como *supuesto* por un acto de fe ó del imperativo categórico ó de un prejuicio antimetafísico.

Que es como debe leerse y aprovecharse—añadiré—la colección de interesantes monografías de los *Anales*, en las cuales hay mucho que recoger y utilizar, aun desde el punto de vista de la sociología científica, que no es, que no necesita ser ni católica, ni, claro es, anticatólica, sino puramente científica.

Y dejando estas consideraciones, que me han parecido indispensables, para señalar el carácter propio de las dos publicaciones á que voy á ceñirme en este rápido resumen, terminaré esta parte, haciendo notar que los miembros de la Sociedad belga, hechas las salvedades que para su creencia se contienen en el trabajo de M. V., tienden á colocarse en el terreno objetivo de los métodos científicos. Con ocasión, por ejemplo, de ciertas dudas manifestadas por la *Rivista italiana di Sociología* acerca de los términos en que podrían conciliarse las «creencias dogmáticas y el libre examen científico», decían aquéllos: «Esperamos poder mostrar por la práctica que esas dos cosas pueden conciliarse con tanta más facilidad cuanto que no tienen el mismo objeto. Y esto, porque la sociología debe ser una ciencia, en el sentido moderno de la palabra, y no una metafísica». Si no temiera alargar demasiado estas líneas preliminares, hasta convertirlas en el asunto principal de este trabajo, haría aquí ciertas reservas, con el propósito de recabar la legitimidad de la investigación filosófica y de los *alardes* metafísicos en la sociología; pero basta lo expuesto, y pasemos ya á nuestro *Año Sociológico*.

*
* *

Como antes indicaba, los *Anales* y el *Año* tienen una es-

tructura análoga; sin embargo, hay que señalar entre ellos, como se verá, importantes diferencias. En las dos publicaciones se contienen monografías originales y movimiento bibliográfico; pero prescindiendo de que los *Anales* ofrecen cierta estructura y composición, que reflejan el carácter colectivo de la institución que los redacta, y el *Año* no, la parte destinada en ambas á recoger las manifestaciones literarias de la sociología, difiere notablemente.

Los *Anales* comprenden, como un verdadero anexo, el *Movimiento sociológico*, que no parece redactado expresamente para los *Anales* mismos. En efecto: el *Movimiento sociológico* es, en sí mismo, una publicación periódica—trimestral—de la Sociedad belga de Sociología, un suplemento de la *Revue Neo-Scolastique*, dirigido por Cyr. Van Overbergh, y que ahora se ha unido con numeración diferente al volumen primero de los *Anales*. El objeto primordial de este suplemento es, sin duda, el de procurar á los lectores de la citada *Revue* un resumen al día, de las obras de sociología. Consecuencia de esto es que no contenga una representación tan ordenada y sistemática del movimiento doctrinal de la sociología, como los análisis y notas del *Año*. Además, el *Mouvement sociologique* belga resulta, para nuestro propósito presente, menos aprovechable que el *Año*, porque éste comprende los trabajos de sociología más recientes y más en relación de continuidad con mis *Años sociológicos* anteriores, mientras los *Anales* abarcan épocas á que ya nos hemos referido. El *Mouvement sociologique* empieza en Mayo de 1900, y llega hasta 1901; en cambio, *L'Année* comprende los estudios, libros y revistas, desde Julio de 1901 á Junio de 1902. Por este motivo, sólo habré de referirme á *L'Année* en la brevísima reseña de la bibliografía sociológica. Por lo demás, los *Anales* y el *Año* agrupan sus trabajos de información en secciones un tanto análogas, lo cual indica un criterio, también análogo, en punto á la extensión del campo propio de la sociología. Los *Anales* comprenden capítulos de sociología general, sociología filosófica, política, jurídica, et-

nográfica, literaria, histórica, estética, geográfica, de psicología colectiva, y además de sociología demográfica, religiosa y económica; y el *Año* comprende las secciones siguientes: sociología general (con varias divisiones); sociología religiosa (con varias secciones también); sociología jurídica y moral (ídem); sociología criminal y estadística moral (subdividida); sociología económica (ío mismo); morfología social y variedades.

***

Monografías.—Es, acaso, la parte más importante de los *Anales*: el cuadro de las monografías en que se contienen los estudios de la Sociedad belga, revela que ésta se *pone* algunos de los problemas científicos que hoy atraen con mayor fuerza la atención de los sociólogos. En efecto: fuera del trabajo ya citado de M. Vermeersch acerca de los católicos y la sociología, figuran en los *Anales*: 1.°, una larga y erudita memoria de M. Van Overbergh, sobre el *Materialismo histórico de Karl. Marx*, trabajo hecho directamente sobre los principales escritos de Marx, y enderezado á desentrañar la naturaleza del *Materialismo histórico* en el propio Marx y en sus colaboradores inmediatos; 2.°, una nota del R. P. de Munnynck, sobre las *Doctrinas realistas en sociología*; 3.°, otra de Van Houtte, acerca de *Los resultados recientes sobre la concepción científica de la historia;* 4.°, otra de F. Bethune, relativa á la *Manera como se debe concebir la historia literaria;* 5.°, una memoria de M. Legrand, sobre *El régimen sucesorio de los bienes rurales*, trabajo serio y meditado; 6.°, un resumen de una interesante discusión de la Sociedad belga sobre la *Filosofía de la historia y la sociología;* 7.°, una memoria, por extremo interesante, de M. de Lantsheere, acerca del *Origen de la pena desde el punto de vista sociológico;* 8.°, otra, muy completa, de M. Deschamps, sobre *Las causas sociales del feminismo en los Estados Unidos*; y 9.°, otra de M. Hocepied, acerca de la *Antroposociología*.

El *Año*, de M. Durkheim, sólo comprende una monografía

ó memoria general y una *revista general*, pero ambas importantísimas: la memoria es de MM. Durkheim y Mauss, acerca de *Algunas formas primitivas de clasificación*, *Contribución al estudio de las representaciones colectivas*, y la *Revista general* refiérese á *las teorías recientes sobre la división del trabajo*.

Una y otra merecen alguna consideración especial.

En el estudio de MM. Durkheim y Mauss plantéase, examínase y hasta se procura resolver, un interesante problema de psicología sociológica, ó, si se quiere, un problema de sociología evolutiva, á cuya solución se aplica el análisis psicológico. ¿Por qué y cómo clasifica el hombre? O, en otros términos, ¿cómo llega el hombre á distinguir y separar las cosas que contempla y sus propias ideas? ¿Qué influjos se pueden señalar en el desenvolvimiento de lo que podríamos llamar fuerza intensiva de clasificación, que en el hombre surge primero de un modo rudimentario y va poco á poco especificándose á medida que se acentúa su progreso mental? El hombre, ¿propende á clasificar naturalmente, por una especie de necesidad interna de su entendimiento individual, ó, por el contrario, se ha visto impulsado á disponer sus ideas bajo determinada forma, en virtud de influjos externos circundantes? ¿Cuáles son éstos? Porque los autores se inclinan á la segunda de las hipótesis indicadas; y además se inclinan, después de haber examinado la relación en que se encuentra la labor lógica de la clasificación con la vida social, á ver en la elaboración de aquélla un influjo sociológico.

Hay, en efecto, en la formación del espíritu lógico y discursivo del hombre, una especie de influjo social, á causa de que el centro de toda la construcción psíquica y lógica del hombre es la *sociedad* misma. «Esta, y no el hombre mismo, es la que se objetiva» por el hombre en toda la ordenación intelectual de su vida. El mundo, para el hombre primitivo, es su tribu, su grupo, y á las necesidades de éste refiere su estructura mental ó cuanto es obra de su estructura mental. «La presión ejercida por el grupo social sobre cada uno de sus

miembros, no permite á los individuos juzgar con libertad de nociones que la sociedad ha elaborado por sí misma, y en las cuales ha puesto algo de su personalidad. Semejantes construcciones son sagradas para los particulares. En su virtud, la historia de la clasificación científica es, en definitiva, la de las etapas á través de las cuales este elemento de afección social se ha debilitado progresivamente, dejando un lugar cada vez más libre al pensamiento reflexivo de los individuos» (1).

Siento de veras que la índole de este trabajo me impida considerar más despacio el estudio de MM. Durkheim y Mauss, que creo tiene interés: 1.°, como muestra de precisión y rigorismo en la indagación sociológica; 2.°, por la trascendencia que desde muchos puntos de vista supone la tesis sustentada.

La *Revista general*, de M. Bouglé, comprende y resume, de una manera coordinada, los principales resultados recientemente adquiridos, dice, por las ciencias sociales en lo relativo á la división del trabajo, sus formas, sus consecuencias y sus causas. La base bibliográfica sobre que M. Bouglé construye es muy completa, como puede verse en la larga nota de trabajos consultada.

*
* *

Diremos ahora algunas palabras acerca de la marcha que siguen los estudios sociológicos, tal cual aquéllos se reflejan en los análisis y notas del *Año*, de M. Durkheim.

Por de pronto, resulta éste no menos nutrido que todos los anteriores; más de cuatrocientos trabajos de sociólogos de todos los países figuran en él, ya analizados ampliamente, ya brevente reseñados, ya, por fin, anotados en su lugar oportuno; la primera impresión, pues, que la simple lectura del índice del *Año* produce, es la de que en el mundo científico continúa creciendo el interés atractivo que los estudios sociológicos

(1) *Année*, pág. 72.

despiertan. La curiosidad humana sigue ahondando en el estudio de todos los aspectos, formas y relaciones de la actividad social del hombre; y esa curiosidad no encuentra, como es natural, la meta: es inagotable, como lo es la realidad en que la misma quiere penetrar, y poco á poco penetra.

Pero conviene determinar ó definir algo más la impresión que la lectura del *Año* me ha producido.

De los diversos capítulos que, reflejando las varias direcciones tomadas por la investigación sociológica, han formado los autores del *Año*, indúcese, como consecuencia racional importante, que la religión, ó mejor, la sociología religiosa, continúa ocupando el primer lugar en la atención científica de las gentes. Al menos, la sección de sociología religiosa es aquella en la cual se analizan mayor número de trabajos, y la que, además, ocupa mayor número de páginas del *Año*. Casi tanto como la religiosa, parece interesar la sociología jurídica y moral. A fin de que el lector pueda formarse una idea de la respectiva extensión de las diferentes secciones, y recoger un dato que tiene su importancia, para empezar á formar juicio respecto de la marcha que sigue la curiosidad científica en la sociología, he aquí, en resumen, la extensión de cada una de ellas, y el número de trabajos analizados por extenso en el *Año* en las mismas; las colocaré por el orden que desde el punto de vista de estos datos resulta:

Figura, como digo, en primer lugar la *Sociología religiosa*, con 79 trabajos, analizados en 128 páginas; en segundo, la *Sociología jurídica y moral*, con 60, estudiados en 120 páginas; en tercero, la *Sociología general*, con 38, cuyos análisis ocupan tan sólo 43 páginas; en cuarto, la *Sociología económica*, con 32 trabajos, analizados en 89 páginas; en quinto, la *Sociología criminal y estadística moral*, con 23 estudios, recogidos en 35; en sexto, la *Morfología social*, que comprende 15 trabajos y ocupa 21 páginas; y en último, *Variedades* (estética, tecnología, lingüística y socialismo), con 10, analizados en 22 páginas.

*
* *

Para hacer el resumen é indicar la impresión que á mi ver se desprende del examen de las distintas secciones del *Año*, seguiremos el orden con que en el mismo están colocadas.

Sociología general: esto es, *Sociología teórica*, ó sea trabajos en los cuales se contienen estudios acerca de los problemas fundamentales de la ciencia sociológica, á diferencia de aquellos en los cuales más bien se estudian aspectos sociológicos de la vida y de las instituciones humanas; los análisis de esta sección están hechos por MM. Durkheim, Aubin, Bouglé, Parodi, Mauss, Hubert y Fauconnet, y se refieren á trabajos sobre: 1.°, el objeto y el método de la sociología; 2.°, la filosofía social y teorías generales; 3.°, la mentalidad de los grupos y la etnología colectiva; 4.°, la civilización en general y tipos de civilización, y 5.°, historia de la sociología.

Basta leer esta división en capítulos de la sociología general, para sentir una primera impresión, que luego se confirma, considerando los trabajos mismos que en ellos se analizan, respecto de la indeterminación en que aún está el objeto de la sociología; esta vez la indeterminación proviene, sobre todo, del lado de la *Historia*, y se refleja, especialmente, al ver cómo se estima de sociología general la labor de construcción sociológica pura, v. gr., contenida en las obras de Giddings, *Inductive Sociology*, y de Groppali, *Sociologia e Psicologia* y *Lezioni di Sociologia*, y aquella otra que tiene un carácter histórico, aunque éste sea de alcance general, v. gr., la contenida en los trabajos que se refieren á la civilización y á los tipos de civilización.

Pero la indeterminación se acentúa al observar que, por ejemplo, en el capítulo de *Objeto y método de la sociología*, la mayoría de los trabajos analizados son de ciencia histórica: Salvemini, *La storia considerata come scienza*. Croce, *La storia considerata come scienza*. Villari, *L'histoire ¿est elle une science?* Lacombe, *L'histoire como science*. Xenepol, *Étude critique sur une histoire universelle*.

Naturalmente, no es éste un *cargo* á la redacción del *Año:*

es una indicación de un fenómeno que el observador advertiría, examinando por sí mismo la literatura científica, sociológica, ó que contiene *sociología*. Antes, del análisis hecho por la redacción del *Año* de los trabajos citados, con más otros relativos al concepto de la civilización y á las formas de ésta; con más aquellos otros, como el de Lindner sobre *Geschichts philosophie* (Filosofía de la historia), y los que se refieren al aspecto psicológico de la vida social, reflejan perfectamente el estado actual de la evolución científica de la sociología.

En efecto: ésta, libre, cada día más libre, de la mera preocupación biológica, tiende hoy á reconstruirse bajo la acción convergente de dos fuerzas: la de la *psicología* y la de la que un tiempo se llamó *filosofía de la historia;* y merced á este doble influjo, que determina el doble criterio psicológico y genético que en la sociología se advierte, la sociología tiende á abarcar: 1.°, problemas de estructura y de funcionamiento social; 2.°, problemas de evolución social. Quiero decir, que la sociología tiende á abarcar la determinación *psicológica* del fenómeno social y de la sociedad—realismo sociológico,—y, á la vez, las leyes de la génesis positiva, á través del tiempo y en el espacio, de la vida de las sociedades; con lo cual, claro es, cada día aumenta la complejidad de nuestra ciencia, como consecuencia de la mayor penetración intensiva de las investigaciones socioló gicas.

Los trabajos más arriba citados, con otros muchos—verbigracia, los de Vierkandt, *Natur-und kultur in socialem individuum;* de Gumplowicz, *Una legge sociologice della storia;* de Kidd, *Principles of western civilisation,* etc., —representan el lado genético y evolutivo-histórico de la sociología, mientras los de Bouglé, *Le procés de la sociologie biologique;* Tarde, *Le realité sociale;* Orano, *Psicologie sociale,* y los citados de Giddings y Groppali, representan quizá el otro.

Para terminar estas consideraciones acerca de la primera sección, señalaré los dos interesantes ensayos de Ward y de Squillace, encaminados á reseñar y caracterizar las varias doc-

trinas de la sociología moderna, y titulados, respectivamente, *Contemporary sociology* y *Le dottrine sociologiche.*

*
* *

La amplia sección de *Sociología religiosa* aparece, como de costumbre, dividida en varios capítulos, á saber: 1.° Concepciones generales y metodología. 2.° Formas elementales de la vida religiosa (religiones primitivas, creencias y prácticas populares inorganizadas). 3.° La magia. 4.° Creencias y ritos relativos á los muertos. 5.° El ritual (calendario religioso, y fiestas, ceremonias completas, ritos manuales y orales, objetos y lugares de culto). 6.° Representaciones religiosas (representaciones religiosas de seres y de fenómenos naturales; representaciones de los seres religiosos; los mitos, leyendas, cuentos y dogmas). 7.° La sociedad religiosa. 8.° Estudios de conjunto sobre las grandes religiones.

Como se ve, por este cuadro de meras indicaciones, la materia que los Sres. Hubert y Mauss abarcan, en sus análisis críticos y bibliográficos, es variada, y ofrece un bosquejo muy completo de los problemas que interesan á los especialistas en la ciencia de la religión.

No sería posible dar aquí una idea, ni aproximada siquiera, de la tarea informativa de los citados escritores. Me limitaré únicamente á señalar algunos de los más interesantes trabajos analizados.

Por ejemplo: en el primer capítulo, no pueden quedar en el olvido los libros de M. Jastrow, *The Studc of Religion*, y de Lang, *Magie and Religion*; en este último se contiene una detenida discusión de la notable obra de Frazer, *Golden Bough* (capital en este género de estudios). También debe citarse el trabajo de Achelis sobre *El éxtasis*, visto en sus hechos, en sus causas y en sus efectos.

Con ocasión de examinar las formas elementales de la vida religiosa, se estudian no pocas manifestaciones de la vida religiosa primitiva, ó de los pueblos que se reputan primitivos.

Así, Kingsley trata de los pueblos negros (del África occidental); Abel, de la *Vida salvaje en Nueva Guinea*; Cabaton, de *Les Champs*; Frazer, de las *Tribus de la Australia central*, etcétera, etc.

En los capítulos de las ceremonias y ritos, son varias las obras interesantes: Burdick, *Foundation Rites*; Usener, *Milch und Honig*; Keating, *The Agape and the Eucharist in the carly Church*; la muy curiosa de Gottz, sobre *La oración en el cristianismo primitivo* (que viene á colmar—dicen sus críticos—una importante laguna en la historia del cristianismo), con más la de Roberts, sobre la *Historia de la confesión*.

Las representaciones—pura psicología, aunque aquí sea una psicología histórica, objetiva, genética—religiosas, clasificadas, como hemos visto, en varios grupos, según los diversos fenómenos estudiados, comprenden dos de especial interés, en cuanto con ocasión de las mismas, se hacen algunas manifestaciones por parte de la redacción del *Año*, manifestaciones que, á mi ver, tienen cierto valor constructivo: esos dos grupos son el de las *Representaciones religiosas de seres* y *fenómenos naturales* y el de los *Mitos*.

Las representaciones de seres y fenómenos naturales debieran constituir—dicen los Sres. Hubert y Mauss—un capítulo especial del *Año*. En efecto: las nociones del alma, del tiempo, del espacio, de causa, de ley, etc., son nociones de carácter general, por las que se determina la evolución de la mentalidad humana; pero, «desgraciadamente, no se ha podido dar á esos hechos un lugar propio, porque el estado de la ciencia no nos permite aún intentar el estudio de las representaciones colectivas como tales. Tenemos que estudiarlas á través de las religiosas», lo cual, después de todo, se justifica porque la mayoría de esas nociones se han formado en el seno de la religión. Fenómeno éste, añadiríamos nosotros, que explica el interés grande que, para la formación de la sociología, como estudio de la evolución social (material, moral y psicológica), tiene de fenómeno religioso.

Por lo demás, no son muchos los trabajos registrados en el grupo de que tratamos, si bien en él figura la obra, ó mejor, el volumen IV de la magistral obra de Groot, acerca del *Sistema religioso de China*, y más especialmente, acerca de *El alma en la filosofía y en las concepciones populares*.

En cuanto al grupo de los *Mitos*, las obras examinadas de Winternitz, *Las leyendas del diluvio*; Preuss, *Kosmische Hieroglyphen der Mexikaner*; Grupe, *Griechische Mythologie und Religionsgeschichte*, y otras, van precedidas de una *introducción*, y llevan al final una interesante *conclusión*. De ambas se infiere la alta importancia sociológica de los mitos: los mitos, se dice, son un hecho social, esto es, «un producto ó una manifestación normal de la actividad colectiva»; son «instituciones sociales»; no se deben, pues, considerar como cosa contingente ó pegadiza. Por lo cual conviene estudiarlos, toda vez que por su estudio puede llegarse al conocimiento de alguna de las leyes de la actividad mental del hombre. Y también se infiere de las consideraciones finales de los Sres. Huber y Mauss, que de los estudios de los mitos no resulta aún clara y precisa una solución para la cuestión de sus orígenes. «El mito es, esencialmente, vago y multiforme», y su significación es tan flotante como su forma.

Para terminar con la sociología religiosa, anotaré las obras de Wissowa, *Religion und Kultur der Römer*, y de Schürer, *Geschichte des judischen Wolkes im Zeitalter Jesu-Chisti*.

*
* *

Con el objeto de abreviar este resumen, me limitaré, en las secciones restantes, á indicar su estructura y á señalar algunas de las obras analizadas.

Sociología jurídica y moral.—Figuran, en primer término, los trabajos acerca de las *Teorías generales sobre la moral y el derecho*, y se registran aquí los interesantes trabajos de reconstrucción de la ética y de la ciencia del Derecho; por

ejemplo, la de Ratzenhofer, *Ética positiva;* Vidari, *Elementi di Etica;* Miceli, *Studi de Psicologie del diritto,* y Kohler, *Einfuhrung in die Rechtswissenschafs.* Seguidamente se analizan varios estudios de *Sistemas jurídicos*, por Durkheim y Fauconnet, figurando entre ellos los del sabio Kohler acerca del *Derecho de los bechuanas y de los hotentotes;* de Mazarelle, Degoras y Dareste. El grupo de trabajos sobre *Organización social* (agrupaciones previamente constituídas fuera de la organización política, y Sociedades sin Estado) aparece dividido en varios artículos: A). *Formas elementales de organización social:* trabajos de Schurtz, *Clases de edad y Asociaciones masculinas*—muy sugestivo á mi ver; Gee, *The Seri Indians*; Szanto, *Las tribus griegas*, y Seevom, *Tribal Custom in Aglo-Saxon Law.* B). *Las clases*: los trabajos de Wittich, *Die Frage der Freibauern*, y otros.—C). *Los Municipios:* obras de Viollet, *Les Communes françaises au moyen age;* Loncao, *La genesi sociale dei Communi italiani...*

Viene á continuación el grupo de estudios sobre la *Organización doméstica*, distribuído bajo estos epígrafes: A). *La familia*: Lavaillée, *Tribus du Sudest de l'Indo-Chine;* Rundstein, *El método comparativo aplicado á la historia del derecho eslavo;* Caillemer, *Origen y desenvolvimiento de la ejecución testamentaria;* Herreros, *La sucesión contractual*, etc.—B). *Matrimonio y moralidad sexual: condición de la mujer;* figura aquí el interesante libro de Crawley *La rosa mística, estudio sobre el matrimonio primitivo*, y varios trabajos de Thomas, Esmein Révész, etc.

Pocos son los libros que tratan de la *Organización política;* por ejemplo, los de Polier y Marans—de cierto interés—acerca de los *Estados compuestos;* Deslandres—muy completo,—sobre la *Crisis de le science politique*, etc., etc. Acerca del *Derecho de propiedad*, se registran trabajos de Tschuprow, Pininski y otros. También se da noticia de algunos estudios acerca de las *Obligaciones,* el *Derecho criminal*, *organización judicial*, etc.

*
* *

En la sección cuarta del *Año* hay que distinguir: de un lado, varios trabajos recogidos bajo la rúbrica de *Estadística de la vida doméstica y conyugal;* y de otro, los analizados por M. Richard en cuatro grupos diferentes, á saber: 1.° La criminalidad general en los diversos países; un estudio de Lombroso, *Delitti vecchi i delitti nuovi.* 2.° Factores de la criminalidad y de la inmoralidad general, mucho más nutrida, con estudios de Krose sobre el *Influjo de la confesión en la moralidad;* de Berg, Richmond, Garnier (*La criminalidad juvenil*), Mans, etcétera. 3.° *El suicidio*, tres trabajos de Baer, Von Mary, Grotwahl; y 4.° El funcionamiento del sistema represivo, obras interesantes de Sutherland, Perrier, Dorado y otros.

***

En la sección de *Sociología económica* aparece muy nutrido el primer grupo de *Estudios generales;* figura al frente una obra importante: el *Curso de Economía política*, de G. Colson, más otras del empuje de la de Levasseur sobre las *Clases obreras y la Industria en Francia antes de 1787;* Tarde, *Psicología económica;* Patter, *The Theory of prosperity,* etc., etc. En el grupo de Sistemas económicos, se analizan por M. Simiand dos obras, una de ellas fundamental: la de Sombart, *El capitalismo moderno. Génesis del capitalismo*, etc., y la otra del más alto interés: la de Thounar, *Essai sur le système economique des primitives.*

Bajo el epígrafe común de Regímenes de producción, se analizan varios estudios sobre los *trusts* (de Clark y Dos Passos), la cooperación y otros; á continuación se agrupan diversos trabajos sobre las formas de la producción y los elementos de la distribución (Varlez, *Les salaires dans l'industrie gantoise,* y Schloss, *Los modos de la retribución del trabajo*). M. Simiand y M. Bourgin analizan también unas cuantas obras y artículos sobre las *Clases económicas* y *Asociaciones profesionales,* recogiendo luego, en el artículo especial de la

acción del Estado en la vida económica, otros varios sobre política comercial (Grunzel, *Sistema de política comercial*, etcétera). Legislación social (el libro bien conocido de Metin, *El socialismo sin doctrinas,* etc., etc.).

***

La *Morfología social,* según ya indicamos, forma en el *Año* una sección independiente, que además comprende varios capítulos: I. Las bases geográficas de la vida social, con el análisis del trabajo de Schrader, *El factor planetario de la evolución humana.* II. La población; es decir, como se ve, los dos factores componentes del sér social concretamente considerado; en este último capítulo figuran varias obras de Coste, Lasch, Caudelier, Ottolenghi, etc., etc. III. Agrupaciones urbanas; y IV. La habitación.

***

La última sección, señalada con el epígrafe *Divers* en el *Año*, comprende, como oportunamente se dijo, cuatro capítulos: en el primero (La *Estética*) se analiza, por los Sres. Hubert y Mauss, el interesante libro de F. Gummere *The Beginnings of poétry*—Los comienzos de la poesía.—«Con este libro, dice su crítico, la estética se convierte definitivamente en una rama de la sociología». Además se da cuenta del trabajo de Bruno Kuske, *Der stand des ornamentikfrage.* En el segundo (*Tecnología*), en el cual se procura llamar la atención hacia las relaciones que hay entre el *útil*, el arma, etc., etc., y la vida social, se señalan los trabajos de Giglioli (varios) y el de Schurtz. En el tercero (La lingüística), á cargo de M. Meillet, se analizan un excelente estudio de Wundt *(Sprachgeschichte und Sprachpsichologie,* escrito para responder á las críticas de M. Delbrück; otro de Meyer-Lubke, *Introducción al estudio de la lingüística romana,* y otro de Thumb. Por fin, en el cuarto

(*Socialismo*) se da cuenta de un trabajo de Peixoto sobre *La revolución francesa y el socialismo francés moderno*, y de la conocida obra de M. G. Le Bon, *La psicología del socialismo*.

Y tal es, en resumen, breve y necesariamente muy incompleto, el movimiento literario de la ciencia sociológica en el período á que, dadas las fuentes que utilizamos, se han tenido que contraer nuestras consideraciones y noticias.

ADOLFO POSADA

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS.—*Anales de la Universidad* (Chile).—Problemas históricos de la conquista de Chile.—Los compañeros de Valdivia.—Los metros de los cantares del Arcipreste de Hita.—Memoria del rector de la Universidad.—Reformas en la enseñanza secundaria y superior.—La Extensión universitaria.—El Instituto Pedagógico.—El internado del Colegio Nacional.=*La Revista Nueva* (Chile).—El modernismo en América.—El Paraguay intelectual.—Progresos modernos.=*Boletín de la Sociedad Jurídico-literaria* (Colombia).—Iberoamericanismo.—Un proyecto de Biblioteca hispanoamericana.

Hace muchos años que los *Anales de la Universidad* (Chile) gozan del crédito de una publicación seria ó interesante para los hombres de estudio. En el último cuaderno recibido (Enero á Junio 1902) hallamos, en confirmación de esto, importantes trabajos que pasamos á reseñar.

Problemas históricos de la conquista de Chile.—D. Joaquín Santa Cruz, después de consignar que la conquista de Chile ha sido magistralmente historiada por varios autores, entre ellos los Sres. Barrios Arana y Amunátegui (Miguel Luis), advierte que aún quedan algunos puntos obscuros, susceptibles de nuevas investigaciones. Estos puntos son, entre otros, los siguientes:

1.° Provisiones dadas por Pizarro á Pedro de Valdivia, ó sea facultades dadas á éste en el nombramiento, una vez que obtuvo del gobernador del Perú la autorización para emprender la conquista de Chile.

«Es curioso que ningún historiador la haya copiado ni que ella exista en archivo alguno de Chile, Perú ó España. La

provisión, sin embargo, se pregonó en el Cuzco, y hay muchos testigos que la oyeron pregonar, y aun que la leyeron. Pero todos están contestes en que Valdivia tuvo su primitiva provisión ó nombramiento como *teniente de gobernador*, bajo la jurisdicción de Pizarro.

»Se comprende que Valdivia no conservara ese nombramiento que le daba un carácter de subalterno; tanto más, cuanto que, pocos meses después de llegar á Chile, fue electo gobernador por el pueblo de Santiago. La provisión primitiva de Pizarro fue, en consecuencia, astutamente guardada ó destruída por Valdivia.

»Igual conducta siguió Valdivia con la provisión que de teniente le hizo después Vaca de Castro, la que se guardó sin darla al público, gloriándose de ser teniente del emperador y no de Vaca de Castro.»

Más tarde, en 1539, se dió una segunda provisión, cuyo texto también es desconocido. El contrato de compañía, que en cuanto á los productos de la conquista firmaron, por mediación de Pizarro, Valdivia y Sancho de la Hoz, nada dice de la jurisdicción que á cada cual debía corresponder. Puede, sin embargo, deducirse de los documentos publicados por Medina en el tomo VIII de su colección. En una declaración de Gregorio de Castañeda, hecha en 1548 ante La Gasca, dice aquél: «Y porque hiciese esta ayuda (á Valdivia) el dicho Pero Sancho iba por general, como persona que ponía más cabdal, y Pedro de Valdivia por teniente de capitán general y gobernador, *y que si el dicho Pero Sancho no cumpliese lo sobre dicho, fuese ninguna la Compañía y quedase la conquista al dicho Pedro de Valdivia como de primero, y que de esta manera los mandó el marqués.*

»Castañeda refiere á continuación cómo Sancho de la Hoz no cumplió nada de lo ofrecido, y que entonces Valdivia se negó á reconocerlo como general, explicándose así todos los sucesos de una manera natural.»

Por otra parte, en la renuncia de Sancho de la Hoz, pu-

blicada por Gay, se expresa «que el dicho Pero Sancho de la Hoz quería hacer dejación é revocación de *una provisión que el marqués D. Francisco Pizarro le había dado*». Confírmase así lo declarado por Castañeda; hubo efectivamente provisión de Sancho de la Hoz, que modificaba la primitiva provisión á favor de Valdivia. Después, en Atacama, nuevamente expone Sancho de la Hoz que «de su espontánea voluntad hacía é hizo dejación de la dicha *provisión*, uso y ejercicio de ella, pues el dicho señor marqués se la había dado por razón de la dicha compañía... y *renunció todo el favor* y *mando de la dicha provisión*... y quiere que el dicho capitán Pedro de Valdivia *use* y *ejercite*, *como siempre ha usado* y ejercido é gozado, su PRIMERA PROVISIÓN».

«Nada más terminante, y en consecuencia queda resuelto, á mi ver, el problema de las provisiones de Pizarro sobre la conquista de Chile.»

2.° Formación de la hueste de Valdivia. Creíase, hasta ahora, que Valdivia salió del Cuzco con sólo 150 hombres. Documentos nuevamente publicados por Medina modifican esta creencia.

Valdivia creía poder contar con muchos de los antiguos compañeros de Almagro en la primera expedición de éste á Chile; con los expedicionarios de Pedro de Candía y Diego de Rojas, y con los soldados que traería Sancho de la Hoz.

Para maestre de campo y tesorero real, había nombrado Pizarro á Alvar Gómez (á quien se creía hermano de Almagro), quien, en efecto, se unió á Valdivia con su hijo Juan Gómez y otros siete. Varios testigos afirman que la expedición se hizo con no más de 20 soldados, que aumentaron á 36 con la llegada de Rodrigo de Araya y los suyos, á los cuales hay que agregar dos sacerdotes y doña Inés de Suárez, quien «empeñó y vendió sus alhajas para ayudar á los expedicionarios, como lo afirma Valdivia en una cédula inédita» que el Sr. Santa Cruz posee. Aparte estos españoles, fueron á las órdenes de Valdivia muchos *yanaconas* ó indios del Perú, que más tarde

ascendieron al número de 1.000; pero no se sabe cuántos eran al salir de Cuzco.

A esta tropa originaria se agregaron en el valle de Tarapaca algunos soldados procedentes de Lima; otros procedentes de la desbaratada expedición de Rojas (unos 30); 25, poco más ó menos, á las órdenes del capitán Francisco de Aguirre, y hasta 60 que dirigía el capitán Juan Bohón. Posible es que con ellos vinieran muchos indios; pero no se sabe el número.

El maestre de campo, Alvar Gómez, murió antes de empezar la campaña. Le sustituyó Pedro Gómez, quien no sabía leer ni escribir, «lo cual era raro entre los conquistadores de Chile, casi todos, al par que hidalgos, hombres de alguna instrucción, como luego veremos».

Pedro Sancho de la Hoz sólo trajo cuatro compañeros, por lo cual se rompió el contrato de compañía entre él y Valdivia. En Copiapó recibió éste nuevos refuerzos, aunque escasos (cinco hombres); pero con ello su fuerza subió á 150 españoles.

«Expondré aún, como circunstancia ignorada, la de que al poco tiempo de haber partido Valdivia del valle de Copiapó, en donde había sido recibido con una obstinada resistencia por parte de los indígenas, llegaba al valle un nuevo socorro para la expedición. Componíase éste de 15 á 20 soldados, al mando de un capitán, Valdivieso. Los indígenas cayeron sobre ellos traidoramente y los ultimaron, con excepción del *capitán Gasco*. Debió éste su salvación á sus conocimientos medicales, después de haber sanado de una enfermedad á uno de los caciques principales del valle.»

3.° Nombres de los compañeros de Valdivia.—Los vecinos de Santiago (de Chile) firmaron, como es sabido, un acta pidiendo á Valdivia por gobernador. Está publicada en el libro I del Cabildo, pág. 88. El Sr. Santa Cruz ha completado y rectificado la lista de los firmantes, que llegan á 145. Como se ve, es casi la cifra entera de los expedicionarios españoles.

En el mismo cuaderno de los *Anales*, el profesor Hanssen trata de *Los metros de los cantares de Juan Ruiz* (el arcipreste

de Hita), apoyándose en la excelente edición de Ducamín. Es este trabajo demasiado técnico y minucioso para que podamos extractarlo aquí; pero lo señalamos gustosos á los eruditos. La variedad de metros y ritmos que el Sr. Hanssen encuentra (graves de ocho sílabas, agudos de siete y de seis, endecasílabos, alejandrinos; ritmo trocaico, villancicos, serranas, etc.), hace muy interesante su análisis.

La Memoria del rector de la Universidad, correspondiente al año 1901, que también publica los *Anales*, es de una importancia grandísima para formar idea de los progresos pedagógicos de Chile. El rector, Sr. Barros Borgoño, da cuenta de las reuniones y acuerdos del Consejo de Instrucción pública, con su resultado en la legislación, y de las reuniones periódicas del profesorado universitario, prescritas por la ley.

La primera reforma llevada á cabo es la de la Facultad de Leyes. Sin grandes modificaciones aparentes, envuelve un cambio substancial del régimen antiguo.

Dos ideas fundamentales la distinguen: la introducción de nuevas asignaturas y el espíritu impreso á la enseñanza de los diferentes ramos.

A las materias que antes se enseñaban se han agregado «la *Historia general del derecho*, que viene á completar el estudio de las instituciones romanas; la *Hacienda pública* y la *Estadística*, el *Derecho agrícola é industrial*, y además, la *Medicina legal*, enseñanza que permitirá dar rumbo más seguro á las investigaciones criminales.»

Se ha desarrollado también el estudio del Derecho internacional privado, y se han creado otras nuevas asignaturas no obligatorias.

«Como lo indica el nombre de los ramos establecidos en el nuevo plan de estudios, al comentario del Código se ha sustituído la enseñanza del derecho correspondiente, dando así mayor generalidad á esta enseñanza y elevándola por encima de nuestra propia legislación, la cual no debe presentarse al criterio del alumno como única é inconmovible base de sus cono-

cimientos jurídicos, sino como la expresión de ideas más fundamentales y sintéticas, aplicadas á un estado social determinado.»

En la Facultad de Ciencias físicas y matemáticas se ha variado la forma de ingreso al curso especial de arquitectura, agregándole un año preparatorio, y permitiendo que á él se incorporen los alumnos aprobados en los cuatro primeros de la segunda enseñanza.

Es de notar igualmente «la extensión y seriedad que ha alcanzado» la enseñanza científica, así «como la tendencia práctica y experimental que sus profesores le han impreso. El alumno que hoy obtiene su título de ingeniero en cualquiera de las especialidades de esta profesión, no ha adquirido solamente la alta preparación científica que tales estudios requieren, sino que ha visto y ejecutado trabajos que le han dado ocasión de aplicar sus conocimientos y desarrollar sus aptitudes técnicas.

»Para conseguir este objeto, ha sido necesario ensanchar y completar los laboratorios existentes, crear otros nuevos y dar á cada clase los elementos y condiciones materiales que exige una enseñanza práctica. De este modo, los cursos superiores de matemáticas han venido á ocupar todo el edificio universitario».

Se han instalado también otros laboratorios nuevos, como el de electro-química y el de radiografía, en la Facultad de Medicina. En ésta se han inaugurado los trabajos de extensión universitaria con una serie de cursos rápidos dedicados á propagar los adelantos de la ciencia. «Estos cursos, que no han obedecido ni pueden obedecer al orden permanente de nuestros estudios superiores, se imponían, con tanta mayor razón cuanto más grande es el aislamiento intelectual de los que, fuera de nuestros principales centros, se consagran al ejercicio de la profesión médica.

»Esta enseñanza ha sido encargada á profesores de nuestra Facultad, ó á individuos especialmente preparados en una ma-

teria determinada; ha abrazado los puntos que más podían interesar al ejercicio práctico de la Medicina; y extendiendo á las provincias los beneficios de la acción docente del Estado, ha venido, sobre todo, á uniformar los conocimientos médicos y á nivelar la capacidad profesional.

»El resultado de este primer ensayo ha sido bastante satisfactorio. Más de cuarenta y cinco médicos de diferentes ciudades de la República se han incorporado en estos cursos; han visitado al mismo tiempo nuestros hospitales; han visto ejecutar operaciones nuevas; han conocido el uso de muchos instrumentos y aparatos introducidos recientemente en la práctica, y han podido imponerse del movimiento científico de la Medicina en la parte que más directamente les concierne.»

Las reformas verificadas en la segunda enseñanza son trascendentales. Su efecto principal consiste en «dividir los estudios en dos ciclos, de tres años cada uno, de los cuales el último no es más que el complemento científico del primero».

Se encierran en este *primer ciclo* todas las asignaturas de humanidades, pero circunscritas á las nociones más prácticas y elementales. El castellano queda reducido al conocimiento estructural de la lengua, al arte de hablar y escribir correctamente. Las matemáticas, limitadas á la aritmética y á la geometría plana, se completan con la contabilidad, que se ha trasladado con este objeto del quinto al tercer año. Las ciencias físicas y naturales comprenden la morfología y clasificación de las diferentes especies vegetales y animales; la higiene, derivada del conocimiento elemental de la Anatomía y Fisiología humanas, y las nociones de Física y de Química más necesarias para dar una idea general de estas ciencias.

»En el estudio de los idiomas vivos y de la historia, para conseguir los fines prácticos que se persiguen, se han tenido que modificar más profundamente los programas. Según el antiguo régimen, principiaba desde el segundo año el aprendizaje simultáneo de las lenguas extranjeras, y la historia iniciaba, en el tercero, su desarrollo sistemático.» Resultaba de

este régimen, que los alumnos salían con conocimientos muy deficientes de idiomas y de historia. Para remediar este defecto se ha limitado á una sola lengua viva el estudio de los tres primeros años, con seis horas semanales de clase; y respecto de la Historia, además de su desarrollo en los tres últimos años de humanidades, se da un curso especial en los tres primeros, de historia y geografía de Chile y la América, teniendo como centro los acontecimientos del siglo xv y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

En el segundo ciclo se desenvuelven y sintetizan los conocimientos adquiridos en el primero, del modo siguiente:

«La enseñanza del castellano se continúa con la literatura preceptiva y la historia literaria, que ya no se limitará solamente al estudio de las letras españolas y al comentario de sus principales autores, sino que se extenderá también á las literaturas antiguas y extranjeras, que antes se enseñaban con el idioma correspondiente, dejando siempre un vacío en el orden del desenvolvimiento intelectual.

»Las Matemáticas se completan con el estudio del Algebra, la Trigonometría y de la Cosmografía, que se enseñará como asignatura independiente en los dos últimos años de este ciclo.

»En Historia Natural, al conocimiento concreto de los seres vivos sucede el de la Histología y Fisiología generales, que consideran las íntimas manifestaciones de la vida, y que, penetrando en el origen de las especies mismas, permiten formarse una idea de la transmisión y variaciones de sus caracteres, y elevarse al concepto de su evolución.

»La Física y la Química, enseñadas juntas en el cuarto año, se separan para ser estudiadas sistemáticamente en el quinto y en el sexto, dándoseles todo el desarrollo que las profesiones científicas exigen.

»En este ciclo se comienza el aprendizaje de un segundo idioma vivo, y se perfecciona el conocimiento del primero, que se ha estudiado intensivamente en el ciclo anterior.

»La Historia y la Geografía se desarrollan en un nuevo

curso sistemático de tres años, en que al orden cronológico de los acontecimientos se acompaña el estudio del régimen político y de las civilizaciones correspondientes.

»El alumno que termina este segundo ciclo se encuentra preparado para el bachillerato en Humanidades y en Matemáticas, y apto, por lo tanto, para seguir cualquiera de las carreras científicas á que su vocación le incline.

»Al mismo tiempo se ha procurado en esta reforma disminuir el trabajo mental de los alumnos, aumentando, en cambio, las horas consagradas á la gimnasia y á los ejercicios físicos.»

Para completar esta reforma se ha creado en algunos Liceos un *curso de aplicación*, que dura dos años y que, sobre un fondo común de conocimientos, tiene por fin «desarrollar las aptitudes especiales que requieren los negocios comunes de la vida», con mira especial á la minería, al comercio ó á la agricultura, «según las necesidades de la zona ó de la provincia á que pertenece el Liceo en que se ha implantado». De este modo, los alumnos que actualmente abandonan sus estudios al fin del tercer año, podrán seguirlos, «bajo una forma práctica, hasta la edad de quince años, por lo menos, y adquirir durante este tiempo la capacidad suficiente para ingresar como empleados en una oficina ó establecimiento industrial cualquiera, ó para dirigir sus propios intereses».

El siguiente cuadro dará una idea clara de la ductilidad, muy bien entendida, de este curso de aplicación.

CURSO APLICADO Á LA MINERÍA (Liceo de Antofagasta) — ASIGNATURAS	CURSO APLICADO Á LA AGRICULTURA (Liceos de San Fernando, Curicó y Temuco) — ASIGNATURAS	CURSO APLICADO AL COMERCIO (Liceo de Quillota) — ASIGNATURAS
Contabilidad Comercial y Minera.....	Contabilidad Comercial y Agrícola...	Contabilidad Comercial y Bancaria.
Geografía Económica.....	Geografía Política y Económica.....	Geografía Comercial é Historia del Comercio.
Complementos de una lengua viva...	Complementos de una lengua viva...	Inglés (correspondencia).
Nociones de Derecho Administrativo y de Minas	Nociones de Derecho Administrativo.	Nociones de Derecho Civil y Comercial.
Economía Política.....	Economía Política.....	Economía Política.
Dibujo de Máquinas.....	Dibujo de Máquinas y Paisajes.....	Aritmética Comercial.
Química aplicada.....	Química Agrícola y Zootecnia	Química y Física aplicada.
Nociones de Metalurgia y Explotación de Minas	.....	Estudio de las mercaderías y falsificaciones.
Trabajos manuales.....	Trabajos manuales.....	Trabajos manuales, caligrafía y escritura á máquina.

El Sr. Barros cree, con razón, que para continuar este movimiento de adaptación de la enseñanza «á todas las necesidades públicas y á las exigencias que el mismo progreso hace surgir en las diversas capas de nuestra sociedad, y para dar unidad á todos los estudios», sería conveniente someter *todos los establecimientos de instrucción, sostenidos por el Estado*, á una misma autoridad directora é inspectora. «Así—dice—podría formarse un plan general de instrucción pública, en que, eslabonándose armónicamente todas esas enseñanzas, desde la primaria hasta *las últimas manifestaciones* de la enseñanza práctica y *especial*, diera cabida á las diferentes vocaciones y aptitudes que las circunstancias individuales determinen.»

En el bachillerato de Humanidades se han sustituído los temas de latín por otros de idiomas vivos.

«La supresión del latín, como ramo obligatorio, no elimina, sin embargo, de nuestra enseñanza el estudio de las literaturas antiguas, y esta misma lengua conserva su cátedra, para los que quieran conocerla, en el Instituto Nacional, y para los profesores de castellano, en el Instituto Pedagógico.»

Los estudios de bellas artes han sido también muy mejorados, creando un Museo de reproducciones y cursos de Perspectiva, Anatomía de las formas, Arquitectura artística, Grabado en madera, Estética, é historia del Arte, Dibujo ornamental y Escultura. Trátase igualmente de establecer un taller de fundición artística.

En otro párrafo de su Memoria ocúpase el Sr. Barros en lo referente al Instituto Pedagógico.

«Abierto este establecimiento, bajo la forma de un internado, en 1889, y convertido después en externado gratuito, ha sido el centro de un profesorado extranjero distinguido, que ha impreso el sello de una nueva disciplina á los estudios secundarios, y el plantel donde se forma y robustece de año en año el personal docente de nuestros liceos.

.....

«A fin de salvar los inconvenientes que, por no haber vivi-

do en un medio propio, ofrece el profesor chileno para la enseñanza de los idiomas vivos, he propuesto á V. S. se consigne anualmente en el presupuesto un ítem destinado á mantener en el extranjero dos ó más becas, que serían ocupadas por los jóvenes que, habiendo concluído sus estudios en el Instituto Pedagógico, quisieran adquirir la posesión completa del idioma que hubieren de enseñar.»

El Instituto Pedagógico suministra constantemente el personal de los Liceos. De los 140 alumnos que ha tenido hasta ahora, y no han abandonado el país ó seguido otra carrera, el 84 por 100 ha ingresado en el profesorado. Pero no todas las direcciones de éste ofrecen igual estímulo ó atraen de igual modo á la juventud.

«Así se observa que son muy pocos los que se dedican á las ciencias físicas y naturales; tan pocos, que faltan los profesores de este ramo. Sólo veintiuno han recibido tal título hasta la fecha, y entre veintisiete profesores, que concluyeron sus estudios el año pasado, apenas se cuentan dos en esta asignatura. Todos ellos están ocupados; y hay vacantes en nuestros Liceos que, por este motivo, no han podido proveerse en propiedad.»

El profesorado del Instituto, que dirige el notable escritor D. Domingo Amunátegui Solar, se distingue, no sólo por sus trabajos en aquel centro, mas también por sus publicaciones científicas. El Sr. Barros menciona, á este propósito, los «estudios del Sr. Hanssen, sobre castellano antiguo; los del señor Lenz, sobre el idioma araucano; la obra del Sr. Johow, sobre la flora de la isla de Juan Fernández, y las exploraciones geográficas del Sr. Steffen».

Para poder formar buenos profesores de gimnasia, se ha creado un curso libre de dos años, dando en él mucha importancia al *sport* y á los juegos al aire libre. También se han contratado en Europa un profesor de Física matemática y experimental y un mecánico de precisión, que dirija el taller de Taxidermia. Se piensa igualmente en crear un taller de vidriería.

La inspección técnica de la enseñanza es en Chile cosa seria. El Consejo de Instrucción pública encargó primero á don Rodolfo Lenz que visitara las clases de idiomas vivos extranjeros en algunos de ellos, y el año pasado se comisionó á los señores Poenisch, Taffelmacher, Montebruno, Díez y Bohn para que presenciaran los exámenes de algunos establecimientos en el norte y sur de la República.

«Las observaciones que estos profesores han suministrado en sus informes, no sólo han servido para conocer el estado de la enseñanza, sus defectos y sus necesidades, sino también para juzgar sus resultados y la correcta aplicación de los programas vigentes.»

La Memoria del Sr. Barros trata extensamente de las deficiencias de material, mobiliario y locales de los establecimientos de enseñanza y de su mejora, para lo cual en cada presupuesto se aumentan las partidas correspondientes. ¡Como en España!

El internado del Instituto Nacional—instalado en edificio propio—es un modelo en punto á comodidad, aseo é higiene de los niños, que tienen á su disposición baños de lluvia, de natación, etc.

«Desde que el niño entra al establecimiento es sometido al examen de un médico, que anota su talla, sus antecedentes y los principales caracteres de su constitución orgánica, para poder conocerlo físicamente, medir su resistencia, prever las necesidades de su desarrollo y atender prudentemente á los cuidados de su salud y de su vida. Con este objeto se ha establecido una oficina especial de antropometría, que lleva su registro correspondiente, y que servirá para dar más de un consejo oportuno á los padres de familia.

»Las horas de clase están perfectamente compensadas con las horas de recreo, y el trabajo mental con los ejercicios físicos.

»Entre éstos no sólo figura la gimnasia sistematizada, sino el *sport* bajo todas sus formas: foot-ball, cricket, juegos al aire

libre, esgrima, tiro al blanco, ejercicios de lanza y flecha, y trabajos de jardinería.

»Sin llegar á las exageraciones de la educación inglesa, que por vigorizar el cuerpo descuida mucho el cultivo del espíritu, se trata de fortalecer al niño, imprimiendo al mismo tiempo en su carácter y en su voluntad la resolución y la energía de que ha de aprovechar más tarde en la madurez de su existencia». Para lograr esto se ha estrechado la relación educativa de los profesores con los alumnos, dando á aquéllos «la participación tutelar que en todo sistema de educación bien concebido debe corresponder á su perfecto magisterio».

«Costumbres y precauciones inveteradas, exigencias y consideraciones sociales de todo género, permitían suponer que nuestros actuales profesores no aceptarían de buen grado este nuevo régimen; pues, formados en distinta escuela, habrían de mirar siempre como una pesada carga extraña á sus funciones la doble misión que se les encomendare.

»Por este motivo, y con el propósito de implantar en las mejores condiciones posibles la reforma, se ha contratado un cuerpo de profesores suizos, pensando al mismo tiempo que si en aquella nación había germinado con Rousseau y con Pestalozzi la primera semilla de la pedagogía moderna, convenía también á una República joven, como la nuestra, introducir en su enseñanza pública el espíritu viril y sobrio de aquel pueblo, donde es innato el concepto del derecho y el sentimiento de la libertad individual.

»Estos profesores, que se distinguen por su saber y su cultura, llegaron en el mes de Junio, y ya hablan más ó menos correctamente nuestro idioma. Todos ellos han podido hacerse cargo de sus respectivas asignaturas, y en contacto continuo con los alumnos, los dirigen en sus estudios y en sus juegos, los hacen practicar las lenguas extranjeras en sus clases y en sus conversaciones, y dan de este modo á la vida y á las tareas escolares mayor variedad, agrado y amplitud.

»Últimamente han sido, además, contratados dos profeso-

res dinamarqueses que servirán las clases de trabajos manuales y gimnasia».

En *La Revista Nueva*, de Chile (Noviembre de 1902), don Miguel E. Pando escribe sobre *El modernismo en América*.

Empieza quejándose de la indiferencia con que los críticos viejos han mirado la aparición del modernismo.

«Mucho habría ganado la crítica analizándolo detenidamente, dándole de una vez todo su valor y sabiendo, como sabía de antemano, que el hecho no era aislado, que tuvo su génesis allá en las lejanías de un pasado floreciente, y que por ende fue el resultado de otros muchos anteriores, producto más ó menos espléndido de ideas raras que, en un principio, quedaron como flotando en el espacio sin encontrar dónde posarse, y que luego, por una especie de asimilación inconsciente... se multiplicaron, crecieron y viajaron hasta encarnar en espíritus lozanos, sedientos de aire y luz, y ávidos de conquistas bulliciosas.»

Para el autor, el modernismo es—en sustancia—«un señaladísimo triunfo de la originalidad individual sobre toda norma anticuada, sobre toda ley de estrecheces académicas y sobre el intolerable formulismo, en fin, de las viejas escuelas literarias».

En América encontró el terreno muy bien preparado. Las generaciones jóvenes, lectoras de Taine, Renan, Tolstoy, Ibsen, aspiraban á algo nuevo y se agitaban, sin hallar su camino.

«En algunos cerebros harto acalorados, en donde las ideas andaban todavía dando saltos, se almacenaron de un golpe las nuevas fórmulas; y cuando quisieron salir luminosas y triunfantes, salieron todas en desorden, alocadas, atropellándose y sin la compostura exigida por la estética. Pero ¿qué les importaba á ellos la estética en cuestiones literarias, si eran independientes, ¡modernistas!, revolucionarios y rebeldes?...

»Por rebeldes y revolucionarios emplearon un lenguaje

tan extraño en sus más descabelladas concepciones, que, leyéndoles, á la larga acababa uno por volverse loco. Quién más, quién menos de entre ellos, se creyó con derecho á inventar palabras de todos colores y calibres con objeto de alcanzar más pronto la cumbre de la originalidad, y á título de innovadores, profesaban la impunidad más absoluta en cuestión de idioma, llegando, naturalmente, por este medio socorrido, á escribir un español babélico, espantoso, español de signos y jeroglíficos y monstruosidades tales, que más que un idioma parecía aquello un léxico de loros sabios, en el cual habían sido puestos á contribución retazos de lenguas exóticas.»

Pero del seno del mismo modernismo vino la reacción y el remedio, que trajeron algunos jóvenes de los que «no hojeaban los libros nuevos á la diabla y que, antes de jurar bandera, se habían tomado el trabajo de ahondar la tendencia de la causa que abrazaban».

El precursor de este encauzamiento fue Rubén Darío. Distinguíanse también «como modelos de originalidad y buen decir»: Julián del Casal, en Cuba, y Gutiérrez Nájera, en Méjico. Formáronse legiones de literatos que comulgaban en la estética nueva, y que bien pronto se dividieron en cenáculos: los decadentes, los individualistas (que se embriagaban con observaciones sobre sí mismos) y los simbolistas. Los dos primeros grupos han desaparecido. El tercero se extrema en exageraciones antiartísticas. En oposición á él, ha nacido el *criollismo,* que no parece llevar trazas de arraigar en firme.

El autor cree que «para que la literatura en América subsista con aire de familia no necesitan los autores jóvenes, que se esfuerzan por elevarla al puesto que merece, alejarse, ni mucho menos, de las corrientes europeas. No necesita uno distanciarse de las nuevas ideas; no se necesita deformar el idioma para hacer literatura *característica*, por así decirlo, ó literatura de *originalismo*, si vale el término. Ejemplo: tres escritores escogidos de la nueva generación, César Zumeta,

José Enrique Rodó y M. Díaz Rodríguez, hacen labor intensísima dentro del modernismo, y manejan, sin embargo, admirablemente, magistralmente, el castellano. De los tres puede decirse que son impecables, y los tres han abordado temas difíciles, peligrosos, en punto á cosas de América, y han salido triunfantes de la prueba».

Concluye el Sr. Pando acusando á los literatos españoles de ver «con marcada indiferencia» todo lo que de América procede. Hay en esto exageración, aun referido á tiempos pasados. Respecto de los presentes, el mismo autor reconoce que «una buena parte de la gente intelectual de la Península, de la gente joven, sabe ya cómo siente, cómo piensa y en qué forma se expresa la de América; y sabe, además, que dentro de su literatura se mueve un noble vigoroso ideal de confraternidad, muy sincero y muy rico en mesiánicos gérmenes de renacimiento. Urge, por lo tanto, que los demás también lo sepan, para que España y América se unan *en más íntima comunión, como altas razones lo requieren*».

Estamos de acuerdo.

En el mismo número de *La Revista Nueva*, el Sr. Pane da noticias sobre *El Paraguay intelectual*. Los primeros escritores paraguayos de que se tienen noticias son: Ruiz Díaz de Guzmán (murió á comienzos del siglo XVII), autor de la primera historia del Río de la Plata; Fernando Mompox, orador, y Pedro Vicente Cañete, doctor *in utroque*, por la Universidad de San Felipe, en Santiago de Chile. «Sin género de duda fue el paraguayo más notable, por el brillo, la extensión y la fama de sus luces, de cuantos se distinguieron en la época colonial, y aun más en las provincias ajenas que en la propia. Más aún: fue personaje de primera línea en los tiempos de la independencia americana. Por eso, escritores tan conocidos y eruditos como los señores J. T. Medina y G. R. Moreno han tratado de desenterrar su nombre y su figura del olvido en que yacían hasta hace poco.» Fue catedrático en Santiago, y después asesor general y fiscal. Aparte de sus discursos forenses, escribió

monografías sobre Patronazgo (1789); Real Hacienda (en jurisprudencia civil y teología) (1800); fundación de Buenos Aires (1862); Intendencia de Potosí (1862); legitimidad de la Regencia española de la época (1810); la confesión y la traición (1812), y una historia de Potosí, que parece haberse perdido, á pesar de que, para D. José T. Medina, es la publicada por el boliviano D. Vicente Ballivian en el Archivo Boliviano (T. I.) con otra paternidad literaria. «Además existe en poder de sus herederos una gran cantidad de papeles inéditos, según me lo expresó hace poco el Sr. G. R. Moreno, quien lo supo por relación de un biznieto de Cañete, el ex-secretario de la Legación de Bolivia en Chile, Ivarnegaray.»

En la época de la independencia, figuran en primer término Gaspar Rodríguez, de Francia, el célebre tirano, y Mariano Antonio Molas. Nació éste en 1787 y escribió la Descripción histórica del Paraguay, cuya paternidad se disputan algunos.

En los tiempos de los presidentes López, hubo gran actividad política en el Paraguay.

«Tuvimos entonces arsenales, Armada, minas y fundiciones en actividad; las primeras líneas ferroviarias y telegráficas del Plata; palacios hermosos, diplomacia hábil, himno y canción nacional; Constitución, Marina mercante, Escuela Superior de Humanidades, imprentas y periódicos nacionales: todo ello por primera vez ó en escala nunca vista en el Plata.

»Ildefonso de Bermejo, citado por Valera en su carta americana sobre Santiago Estrada, era el director de aquella Escuela. El más fecundo de los poetas sudamericanos de la época, el oriental Figueroa, componía nuestro himno; un francés, Despuy, su canto. Sabios europeos, como Mantegazza, Parodi, Spegazzini, etc., visitaban nuestro país. Jóvenes estudiantes iban á Inglaterra y Francia á cursar estudios superiores.»

De aquel período sólo dos nombres quedan: Natalicio Talavera, poeta, y José Berges, orador.

Después de la guerra en que quedó destrozado el Paraguay, renació éste con gran vigor. Á pesar de que poetas como

Guido Spano cantaban la muerte de la heroica nación, ésta daba grandes señales de vida, dictándose una Constitución que «hacía la instrucción primaria obligatoria, y factibles la secundaria y superior (1870); y dos poetas nacionales contestaban al grito de muerte del bando argentino con un vibrante grito de vida, porque lo fue de patriotismo; se fundaba nuestro hoy floreciente Colegio Nacional de la Asunción (1876); iban á la patria maestros extranjeros ilustres, como Zubizarreta y Olascoaga (españoles), ó volvían á ella compatriotas preparados, como Machaín, de Chile; Rebandi, de Italia; G. Benítez, de Francia; Benjamín Aceval, Zacarías Caminos (médico y abogado), Benigno Ferreira (abogado y militar), José S. Decoud, Velásquez, Peña y varios más, de Buenos Aires ó Montevideo.»

He aquí los resultados de este renacimiento:

«En 1899, la proporción de analfabetos era de 630 por 1.000, y la de alfabetos de 369, excluyendo á los menores de seis años, lo que le colocaba por debajo de sólo nueve países del mundo: Norte-América, Australia occidental, Irlanda, Francia, Austria cisleitana, Bélgica, Hungría, Italia y República Argentina. Y en la capital, la proporción llegaba á 628 alfabetos por 1.000, lo que es notable, pues en las ciudades de los países indicados no llega á 567.»

La proporción sería mucho mayor si se prescindiera de los que han nacido antes de 1875 ó 76, ya que en el período de diez años, á partir de 1870, apenas hubo tiempo ni posibilidad material de que se difundiese la instrucción.

Aparte de las escuelas elementales, hay en cinco ciudades ó pueblos escuelas graduadas para cada sexo. En la capital existen: una de Agronomía, otra de Artes y Oficios, dos Normales, y las de Comercio, Idiomas vivos, Telegrafía, Dibujo, Pintura, Música, y el Instituto paraguayo, Sociedad subvencionada por el Estado. Para la segunda enseñanza hay cinco colegios nacionales. El de Asunción cuenta con gabinetes, laboratorios y museos bien montados.

En la Superior existen Facultades de Derecho y Ciencias sociales, de Medicina, de Farmacia y de Obstetricia.

«Verdad es—dice el autor—que casi todo nuestro progreso intelectual ha sido obra de maestros extranjeros, de los cuales son dignos de mención los Dres. Zubizarreta y Olascoaga, que han sido en el Paraguay lo que Bello y Barros Arana en Chile, pues á idénticos impulsos al adelanto general, agregan una reputación aproximada, ya que no igual, en muchos puntos del extranjero; etnólogos y naturalistas como Boggiani, Anisits, Bertoni, y en fin, miembros aventajados de centros europeos como el instituto Pasteur y las mejores universidades de la Italia del Norte, de Alemania, etc. Pero ya se van formando á la sombra de ellos sus dignos reemplazantes nacionales, entre los que recuerdo ahora á T. González, autor de interesantes apuntes de D. Penal, uno de ellos aprobado en el último Congreso latino-americano de Montevideo; E. González, de no menos meritorios sobre D. I. Privado y Jurisprudencia civil; C. Báez, de inteligentes estudios civiles y sociológicos; P. Peña, H. Velásquez, D. Decoud, E. Parodi, A. y O. Rebandi, de valiosos trabajos sobre ciencias naturales y médicas; Garay, Domínguez, Gondra, el P. Maiz, H. Decoud, M. Chávez, que elaboran pacientemente la nacionalización de la enseñanza en materia de historia, geografía, pedagogía, etc.»

El movimiento literario es aún escaso. El autor menciona á los poetas O'Leary, Guanes y Parodi; á los prosistas Domínguez y Gondra, historiador el primero, crítico el segundo, y á otros más, inferiores á éstos, como son: Godoy, López Decoud, Moreno, Garay, Diógenes Decoud, etc.

Lo referente á la situación de la mujer es interesante.

«El número de analfabetas—dice el Sr. Pane—es menor que en otros países; su inteligencia presenta, como en todas partes, el mismo rasgo de mayor vivacidad y menor solidez que la masculina. Pero mientras aquí (en Chile, donde leyó el autor este trabajo), por ejemplo, veo una escuela profesional de ni-

ñas, buen número de doctoras y mujeres que trabajan en oficinas y vehículos públicos, allá, fuera de algunos á quienes se nos ocurre sostener tesis feministas, seguimos con el mismo feminismo del majo español observado por José de Cuéllar, un neurótico escritor mejicano; esto es, con mucho endiosamiento de su belleza, á la usanza de Don Juan Tenorio, pero ningún esfuerzo por su dignificación social, conforme se acostumbraba antaño.»

En el *Boletín de la Sociedad Jurídico-literaria* de Colombia, el Sr. Romero León discute el *iberoamericanismo*. Después de hacer notar la viva oposición levantada en la América latina contra el *monroísmo* de los Estados Unidos, que lleva en su seno la intervención de la República yanki en los asuntos de los demás Estados, advierte que la base fundamental del equilibrio político en América es la unión de la raza latina (1),

(1) Este mismo sentido inspira el estudio sobre *La acción de la diplomacia moderna*, publicado por D. Dionisio Ramos Montero, secretario de la Legación uruguaya en Chile, en *El Mercurio* de 11 de Abril último. (Véase también el mismo diario de 3 de Junio.) Uno de los párrafos de ese artículo dice:

«En Sud-América deberíamos proclamar como bandera de trabajo y de previsión la conveniencia de estudiar y de resolver las cuestiones internacionales de límites, pendientes aún entre la mayoría de los pueblos del continente; acercarnos más, conocernos más y hacernos merecedores del respeto de todos los países del mundo, por la corrección de nuestros actos políticos, internos y externos, y por la propaganda prestigiosa de nuestra diplomacia. Entonces, seguros de nuestra fuerza moral y convencidos de cuanto valemos, si nos apoyamos como buenos hermanos, proclamar bien alto, sin exclusivismos, conservando amistad inalterable con nuestra madre la vieja Europa y con nuestra hermana mayor del Norte, los grandes principios en que reposan nuestras progresistas y sabias leyes y nuestras respetuosas prácticas internacionales, y explicar al mundo sin jactancias, pero sí con tranquila conciencia y confianza en el porvenir, que «América para los americanos» significa también «Sud-América para los sudamericanos».

Esta idea ha sido comentada por D. A. Floro Costa en *La Nación*, de Buenos Aires, del siguiente modo:

«Los países sudamericanos deben conocerse, deben acercarse, deben mantenerse unidos aun cuando no pacten alianzas, como lo acaba de ob-

cuyo único vínculo, á la hora presente, es el idioma. Sabido es que también hay quien pretende destruir ese vínculo: «No es sólo en la Argentina—dice el Sr. Romero—donde se pretendió tener un idioma *nacional*, sino que en toda la América existen *muchos sostenedores,* como los llama el académico D. Ricardo Palma en carta dirigida al Sr. Mertajo, de la bandera revolucionaria, enarbolada con el folleto *Neologismos y Americanismos*».

Después de reanudadas las relaciones con la antigua metrópoli y de fundarse en muchas de las Repúblicas hispanoamericanas Academias correspondientes de la Española, con lo cual parecía asegurado el porvenir de la lengua madre, «el deseo de tener literatura propia, formando una escuela verdaderamente americana, hizo nacer, no ideales y procedimientos nuevos, que era lo que se necesitaba, sino un sinnúmero de voces estrafalarias y de construcciones viciosas».

El Sr. Romero dice ser partidario entusiasta del *america-*

---

servar el distinguido publicista D. Marcial Martínez, al decir que *todos los pueblos sudamericanos, de consuno deben empeñarse en que cesen los conflictos de las facciones políticas, manejarse con prudencia y honradez en la esfera de una política elevada, en términos que el resto del mundo pueda contemplar un grupo sólido y unido de pueblos patriotas.*

«Nuestros países—termina el Sr. Ramos Montero—están ya en edad de apreciar los resultados positivos que traerán esos contactos y los consecuenciales del comercio, que todo lo espera del estudio y de las relaciones diplomáticas, hoy casi nulas, repetimos, entre los pueblos del continente; el día en que esos acercamientos se produzcan, y ese día felizmente no está muy lejos, puesto que los acontecimientos desarrollados en Venezuela y las enseñanzas derivadas de la contestación dada en Washington á la nota del señor ministro de Relaciones exteriores argentino, Dr. Drago, han despertado á muchos, los problemas internacionales de Sud-América serán estudiados y resueltos; se sacudirán nuestras cancillerías esa parálisis casi crónica y contagiosa de que parecen atacadas, ese deseo de dejar para después asuntos que cambian y se complican en razón directa del tiempo que pasa y de los intereses que se desarrollan en pueblos jóvenes, de crecimiento vigoroso y rápido.»

La misma tesis ha sido proclamada en un reciente banquete del alto comercio de Buenos Aires, por el Sr. Toruquist.

nismo, y creer firmemente que «América tiene ya su literatura gemela de la española, es cierto, pero distinta de ella»... «Mas mi fe—añade—en el *americanismo literario* no me ciega hasta el extremo de suponer que, sin barbarizar y aplebeyar la lengua, no podemos ser *americanos* independientes.» El idioma es indiferente, á juicio del autor, para la diferenciación literaria, que depende, sobre todo, de las ideas: «dos pueblos que hablen el mismo idioma, pueden tener literaturas distintas». No niega el Sr. Romero la legitimidad de usar, á veces, «ciertos términos especiales, ó voces usadas sólo en ciertas localidades», como han hecho Obligado y Zorrilla de San Martín, «los príncipes, en mi concepto, de la escuela americana»; pero esto «dista mucho del inmoderado deseo, hijo de la ignorancia, de inventar palabras que nada significan, ó que no son necesarias para designar un objeto determinado, porque existen ya otras de noble origen».

Hay, pues, que conservar el idioma; mas para esto «es preciso conocernos mutuamente; es indispensable estudiar el gran movimiento científico y literario de los pueblos que, aquí y en Europa, hablan la lengua de Cervantes».

Para conseguir ese propósito, el Sr. Romero propuso, hace ya tiempo, la formación *en España* de una biblioteca general hispanoamericana, creyendo que á las Academias correspondientes de la Española tocaba realizar el intento. Aunque éste fracasó entonces—no obstante ser muy bien acogido,—el señor Romero lo reproduce, dirigiendo á los Gobiernos de los diferentes Estados. Ellos «pueden establecer el CANJE DE PRODUCCIONES literarias, científicas, históricas, etc., etc., para la formación de una ó varias bibliotecas en cada República. Con tal objeto, los Gobiernos podrán imponer á los escritores nacionales la obligación de consignar cierto número de ejemplares de toda clase de trabajos literarios en las bibliotecas públicas, pagándose el valor de ellos si el Estado pudiera asignar al efecto una partida en la ley de Presupuesto, ó gratuitamente si no hubiere dinero.

«Aceptado este arreglo por todos los Gobiernos (lo que bien podía ser materia adicional de los tratados de amistad), y después de muy poco tiempo, se enriquecerían todas las bibliotecas de los pueblos americanos, proporcionando así medios fáciles de comunicación intelectual, cuyos resultados prácticos nadie puede desconocer.»

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

Mariucha, comedia, por D. Benito Pérez Galdós.—(Representada en el teatro Eldorado, de Barcelona.)

Para opinar acerca de *Mariucha*—la nueva comedia de Pérez Galdós—como obra dramática, me falta la impresión sensible del espectáculo, insustituíble desde cierto punto de vista tratándose de obras teatrales, en las que hay un valor escénico independiente del valor literario. Pero la lectura de la reciente comedia del autor de *Doña Perfecta* me hace ver en ella una noble y elevada lección social, un simbolismo que en este caso no ha menester de interpretaciones para llegar á las inteligencias de la multitud.

El propio autor lo ha declarado en una carta dirigida á *El Liberal*, carta que es como prólogo abreviado de la comedia y explicación del sentido que ha querido darle. «El teatro—dice—ha sido siempre el vehículo más eficaz para transmitir una idea cualquiera á mucha y diversa gente... Los que armamos estos artificios del teatro hacémoslo sin darnos cuenta de ello, por manía de contarle algo que creemos bello y eficaz...»

En estas frases está contenida la doctrina del teatro, escuela de las costumbres, la teoría de la trascendentalidad artística de la dramática.

No hay que asustarse de este trascendentalismo, temiendo que vaya á convertir á la literatura en simple medio auxiliar de propagandas ajenas al arte. Hay quien teme que pierda la literatura parte de su sustantividad, y sacrifique su valor pro-

pio, ó al menos su serenidad y su culto á la belleza, si se presta á ser, como dice el Sr. Pérez Galdós, vehículo de sentimientos ó de ideas que excedan de lo estrictamente literario. A todos, en mayor ó menor medida, nos ha entusiasmado en alguna época y en alguna fase de nuestro pensar la teoría del arte por el arte; pero ha sido, en realidad, como protesta en favor de la independencia del arte, de su valor propio, de su carácter de fin dentro de su especial esfera. Mas en la complejidad de las cosas y negocios humanos, fines y medios son términos relativos que se cruzan, se enlazan y se suceden en la trama de la vida, y mirados desde puntos de vista diferentes, con relación á aplicaciones ú objetivos más inmediatos ó más distantes, los medios en cierta esfera son fines, y los fines medios para algún otro fin más lejano, más complejo ó más elevado. Así, esa teoría del arte por el arte, del arte independiente de las ideas ó sentimientos que exceden de lo artístico, nos conduciría á un arte vacío, de pura forma, sin calor, sin substancia ni sangre, que llegaría á encerrarse, tratándose de la literatura, ó en la perfección filológica ó en meros artificios de retórica, arte de refinados, de conocedores de la técnica profesional, que difícilmente podría llegar al alma de la multitud.

La literatura es la palabra, y la palabra cuerpo, de la que son alma ideas y sentimientos. Por eso en el arte literario, el trascendentalismo, la condición de medio, es más claro que en ninguna de las otras artes. Hasta en la más humilde, en la menos docente de las obras literarias, en la que más frívola parezca, hay siempre algún elemento trascendental, algo que no es exclusivamente literario, que no es forma, que no es arte puro.

En el teatro, por lo mismo que es género popular, comunicación con la multitud, se acentúa ese trascendentalismo. Por eso se dijo que es el teatro escuela de las costumbres, lo cual no debe tomarse al pie de la letra, en el sentido de que el dramaturgo se proponga siempre y en primer término edificar á la multitud y servirle lecciones de moral envueltas en ame-

nas fábulas; ha de entenderse en otro sentido más amplio, el de que presentando la literatura dramática costumbres, ó mejor lances humanos, lleva implícita alguna conclusión acerca de ellos, alguna moraleja más ó menos fundada. Con razón dice el Sr. Pérez Galdós en la citada carta, que desde la entonada tragedia hasta el más frívolo sainete, participan de esa trascendentalidad. Y en efecto: hasta en las más disparatadas piezas del género chico hallamos algo que es sátira moral, aunque venga envuelto en formas á menudo grotescas. Al excitar la risa con el espectáculo de rarezas, ridiculeces ó pequeños vicios comunes, coopera también ese teatro inferior al *castigat ridendo mores*, aunque no tengan vocación ni propósitos de moralistas los que le cultivan, pues el elemento moral de las obras dramáticas y de la novela existe aunque el autor no lo lleve á ellas deliberadamente. Nace de la índole misma de estas obras, que al presentar casos de la conducta humana sugieren una conclusión, un movimiento de aprobación ó desaprobación, y llevan implícito, por mucho que el autor extreme su objetividad, algún juicio de él acerca de los hechos con que ha compuesto la ficción literaria.

No es necesario decir que el grado de este trascendentalismo varía infinitamente según la índole de las obras. En unas está en germen, en otras se sobrepone al elemento artístico y lo reduce á un medio subalterno de expresión. Estas últimas obras tienen un pie fuera de la literatura propiamente dicha, y suelen resentirse de ese predominio del fin útil sobre el medio bello. No pertenece á este número la comedia de Galdós, que es, ante todo, obra literaria, expresión de belleza, aunque envuelva una lección social importante.

¿Cuál es esa lección? No es necesario devanarse los sesos para sacarla de las escenas de la comedia. La lección moral de *Mariucha* se encarna en dos personajes, en la protagonista y en León, y esos dos personajes representan el *self help* del sajón, que traducido á las fórmulas de nuestros refranes, es el *Ayúdate y Dios te ayudará.*

León es un antiguo calavera regenerado por el trabajo. Disipó un caudal; rodó cuesta abajo hasta tocar en los linderos del Código; se vió despreciado de los suyos, y en medio de aquel oprobio y aquella desnudez, una reacción interior hizo nacer en él al hombre nuevo. Apechugó con los más duros trabajos; pidió limosna, y poco á poco fué levantándose hasta crearse una vida honrada é independiente. La casualidad le hace conocer á Mariucha, hija de los marqueses de Alto Rey, nobles arruinados que viven casi de milagro, explotando la conmiseración de los amigos y haciendo esfuerzos inauditos para sostener, por medio de mil expedientes humillantes, una pálida sombra de su posición pasada. El ejemplo de León decide á María á trabajar para sostener á sus padres. Tras el ejemplo viene el amor. Mas entonces los padres de Mariucha, á quienes la boda de su primogénito con una rica viuda americana ha sacado de la extrema pobreza en que se vieron, se oponen á la boda de María con León, considerándola como un enlace desigual y vergonzoso para su ilustre casa. Cesáreo, el hermano de María, amenaza con resucitar la causa criminal en que complicaron á León las locuras de su juventud. Pero todo es en vano: María se muestra decidida á seguir la suerte del hombre á quien ama, y que ha sido maestro de su nueva vida. El cura del pueblo—que es el tipo ideal del sacerdote popular, protector de los pobres contra los poderosos—casa á los novios. Cesáreo y sus padres, los marqueses de Alto Rey, se alejan, se van nuevamente tras sus vanidades, y María y León se quedan en el pueblo á continuar la vida nueva, la vida del trabajo, del orden, de la sana alegría, libre de la presión de las preocupaciones sociales.

Tal es á grandes rasgos el argumento de la comedia. La lección moral que contiene es de las más provechosas y oportunas. Dice el autor en su tantas veces citada carta (y la cito tanto porque es una interpretación auténtica de la obra), que en *Mariucha* ha expresado algunas ideas comunes, del orden económico, que es el más vulgar de los órdenes. Pero ¡ah! esas hu-

mildes ideas, de ese orden que parecerá prosaico y rastrero á los que se emborrachan con los tropos del ideal, sin comprender que el ideal, para ser robusto y viable, tiene que brotar de una realidad que no sea un desierto, sino tierra laborable y habitable; esas humildes ideas son la mejor semilla que puede lanzarse á la multitud, al aconsejarla sobre la práctica de la vida.

Lo que critica Galdós en su comedia es el error de sacrificar á las apariencias y á las preocupaciones sociales las realidades de la vida. Lo que aconseja ó predica es el trabajo, el orden económico, la voluntad de vivir dignamente y la alegría de la vida, compañera de esa dignidad, que consiste en la independencia. Toma por símbolo una familia aristocrática para que el símbolo sea más tangible; pero el mal que *Mariucha* expone á la vista del público no alcanza sólo á las clases de la sociedad que se reputan superiores por los títulos del nacimiento, harto discutibles en las sociedades democráticas modernas. Penetra en todas las clases de la sociedad española; sube á las altas, desciende á las bajas, se estaciona en las medias. El caso de los marqueses de Alto Rey le vemos reproducido en la clase media, por el lamentable esfuerzo del querer y no poder, del aparentar lo que no se es, de sacrificar á un anhelo de representación social el presupuesto de la alimentación, el ahorro, la tranquilidad de la vejez. En el pueblo, aunque su miseria y su ignorancia le disculpen, toma ese mismo mal formas similares: imprevisión, despilfarro—el despilfarro que cabe en la pobreza, — empeñar la ropa para ir á los toros, ó gastarse el jornal en la taberna.

Si se pudiera hacer un estudio comparativo entre el presupuesto privado y doméstico de las familias españolas y los presupuestos públicos de la nación, es fácil que se hallase entre unos y otros marcada concordancia y similitud; una notable desproporción entre lo superfluo y lo necesario; escasez en la alimentación cuando se trata de familias de posición modesta; abundancia relativa de trapos y de diversiones; mucho

más almidón que jabón. Aun en los ricos, el presupuesto de la vanidad se traga con frecuencia al de la utilidad, ó le cercena. Ocurre, en suma, lo mismo que en los presupuestos del Estado, en que la instrucción, las comunicaciones, la agricultura, las obras públicas, todo lo que es de primera necesidad para un pueblo, aparece parcamente dotado, y en cambio devoran el patrimonio de la cultura y del bienestar una administración frondosa, gastos militares y navales excesivos con relación al resto de los servicios públicos; y hay todavía quien pide que con toda urgencia nos armemos y salgamos á correr nuevas aventuras, como Don Quijote, aun estando tan reciente el molimiento humillante que sufrimos de los yangüeses de allende el mar, y que ha sido, por lo visto, lección perdida.

Por eso la moraleja de la comedia de Galdós tiene un doble sentido y envuelve una doble lección: la lección inmediata que tiende á corregir las costumbres privadas, y la lección remota que, generalizando, puede aplicarse, no ya á los particulares, sino al Estado. Esta última podrá no haber estado en la mente del autor; pero no hay que forzar mucho el simbolismo de *Mariucha* para convertirla en una alegoría de la España vieja y la España nueva, que aun estando unidas por vínculos de filiación y de afecto, tienen que separarse porque caminan en dirección opuesta, como la María de la comedia, y los marqueses de Alto Rey, sus padres.

*
* *

La comedia de Galdós adolece, á mi juicio, de cierta languidez. El arte dramático tiene algo de la pintura de telones: necesita grandes brochazos, efectos de color que produzcan efecto á distancia y estén calculados para la perspectiva del espectáculo. En *Mariucha* casi no hay conflicto. Apenas apunta con la amenaza de Cesáreo de poner en movimiento la antigua causa criminal instruída contra León, cuando queda conjurado. Tampoco aparece un verdadero conflicto psicológico.

María no lucha: desde el primer instaute se entrega á la revelación de la vida nueva, y á ella se abraza con inquebrantable decisión.

En la lectura reposada de la comedia de Galdós, esta falta de movimiento dramático aparece compensada por las bellezas literarias que la obra contiene; pero quizás en la representación escénica no sea tan fácil esa compensación que permite la lectura.

De los dos elementos que forman la obra dramática, el literario, que es el genérico, y el puramente teatral, que es el específico, el primero aventaja con mucho en la comedia de Galdós al segundo. Hablan los personajes unas veces con simpática ternura, como León cuando cuenta la historia de su conversión, el nacimiento del hombre nuevo; otras, con aguda ironía, á veces con noble y levantada elocuencia, como Mariucha cuando desprecia las riquezas de Teodolinda. El diálogo, aun cuando no muy animado, tiene una hermosa y sobria naturalidad; el estilo es noble, sin afectación, propio de una comedia de coturno, como ésta.

Para apreciar la verosimilitud de algunas escenas de *Mariucha* hay que tener en cuenta que hay varias medidas de verosimilitud, según la índole de las obras dramáticas. Desde luego la verosimilitud de *Mariucha* no es la de una comedia realista. En la boda de León y María quedan ciertamente infringidos el derecho civil y el derecho canónico; pero éste no es reparo que pueda hacerse con fundamento á una obra dramática que tiene que compendiar en cierto número de escenas culminantes, dotadas de valor representativo, mediante el cual condensan los menudos incidentes con que se tramitan y desarrollan los sucesos en la vida real, lo que en una novela, por ejemplo, puede explicarse más puntual y detalladamente, aunque nunca con la compleja minuciosidad que ofrecen los más sencillos lances de la vida. En la dramática todo es relativo, mucho convencional, y en obras como la de Galdós, que tienen un carácter idealista y simbólico, la medida de la vero-

similitud tiene que ser muy amplia y muy tolerante en los pormenores. La verdad de la obra no reside en éstos, sino en la concepción total de los caracteres de los personajes y en la congruencia entre las hipótesis y las conclusiones de la acción.

De revolucionaria ha sido calificada la obra de Galdós, y en cierto sentido puede admitirse que lo sea: en el sentido de ser protesta contra una tradición que vive y alienta aún, á pesar del cambio de los tiempos: la tradición del hidalgo menesteroso que desprecia el trabajo por plebeyo y alimenta con orgullo é ilusiones su miseria. Pero mirada desde otro punto de vista, es profundamente conservadora de los principios de la sociedad y de la familia, del matrimonio basado en el amor, del culto al trabajo, de la honrada independencia, de la voluntad constante, que no se aniquila ante la adversidad ni se tumba resignada en el surco.

No tiene, acaso, la nueva obra de Galdós la atractiva penumbra de idealismo, la delicada visión de ensueño que ofrece *Alma y vida* y ofrece también en parte *Electra*. Se desarrolla en un terreno más prosaico y realista (aunque la obra no sea realista, lo es su tesis); pero en ese terreno brotan no sólo los frutos de una sana enseñanza, sino también las flores peregrinas de la belleza.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Feminismo: La coeducación de sexos.=Psicofísica: El tedio moderno.=Literatura: Eduardo Rod.—Los cancionistas de Montmartre.=Ocultismo: La ciencia del soplo: fakires y yoguis.=Educación: Partidarios y enemigos de los exámenes.=Asuntos económico-bancarios: Tarifas de cambios del Banco de España.=Impresiones y notas: Las huelgas generales.—Lo que hoy vale la vida.—El porvenir del negro.—Aforismos de Letamendi.

FEMINISMO

La coeducación de sexos.—Una de las grandes conquistas del feminismo, el principio de la coeducación de sexos, está amenazado en la misma América, donde tan ferviente culto se le ha venido rindiendo. Olimpia Brown lanza en el *Woman's Journal* el grito de alarma: «Nuestra posición en el mundo pedagógico peligra». Ida Husted Harper grita por su parte: «Ha llegado la hora de que todos los amigos de la coeducación de sexos junten sus fuerzas para resistir á sus enemigos». Lo que ayer parecía un hecho definitivo—como dice el profesor Jussien en *La Revue*—resulta hoy en tela de juicio.

Los hombres pretenden—habían dicho las mujeres—que nosotras les somos inferiores en inteligencia; pues que nos permitan sentarnos en los mismos bancos, recibir las mismas lecciones y tener los mismos libros y los mismos maestros, y entonces veremos si esa inferioridad es cierta. Los hombres aceptaron, y en efecto, las alumnas derrotaron á los alumnos, conquistando todos los premios con facilidad.

La prueba ha durado veinte años, con el mismo resultado. Pero si en las escuelas y en los Institutos (colegios) el triunfo

de la mujer era innegable, ¿sucedería lo mismo en los estudios superiores? La mujer es un sér esencialmente receptivo; pero cuando se trata de facultades creadoras, tiene que contentarse con el segundo rango. Efectivamente: en la Universidad, en los trabajos de investigación, la mujer es inferior al hombre, y los feministas habían cantado demasiado pronto victoria.

Del ensayo de la coeducación de sexos había resultado algo falso: las jóvenes obtenían todos los premios y todos los honores, y sin embargo, en la prueba final de la vida resultaban derrotadas. Los hombres estaban quejosos, con razón, de aparecer siempre en segunda fila, y para evitar competencias que daban tan falsos resultados, la Universidad de Rochester, en Nueva York, decidió que en adelante los exámenes se hicieran separadamente, con lo cual se suprimía la rivalidad entre ambos sexos y la comparación, base del orgullo de la mujer. Quebrantada así la tesis de la superioridad intelectual femenina, el edificio entero del feminismo venía á tierra. De ahí la alarma en el campo feminista, que contaba ya con el triunfo en toda la línea, habiendo llegado á alardear de que, según las estadísticas de 1900, de 303 profesiones sólo en ocho no había mujeres.

No se veía que, en cuanto á la cantidad, el número de mujeres era insignificante en muchas profesiones; y en cuanto á la calidad, en ninguna profesión sobresale la mujer, pues hasta en aquellas que son más propias del sexo bello, son los hombres los que triunfan, lo mismo en la cocina que en la sastrería; y si no dominan en las escuelas, por el número siquiera, es porque el hombre ha encontrado algo mejor que hacer y ha dejado á la mujer esa profesión. Y lo mismo pasa con la profesión de escritor público, pues hasta en los países en que el número de mujeres escritoras supera al de hombres, no pueden presentar ellas nada equivalente á un Tolstoi, á un Nietzsche ó á un Mæterlinck; cuando han existido grandes intelectuales, no han necesitado, para afirmarse, la coeducación de los sexos.

Por otra parte, hay más que las posiciones oficiales en que

las mujeres puedan manifestar sus talentos: ellas trabajan, escriben, pintan, tocan, esculpen, predican, curan y peroran. Pues bien: en ninguna de estas manifestaciones de la actividad han vencido al hombre. Van ya veinticinco años que las mujeres americanas gozan de todos los derechos de los hombres, y ya es tiempo de que puedan probar su capacidad científica. Se dirá que es todavía muy limitado el número de mujeres que han entrado en las carreras universitarias. Conformes; pero es precisamente la flor y nata del sexo, y la comparación se hace entre lo escogido de las mujeres y el vulgo de los hombres, y el argumento se torna contra la mujer; ¿por qué en tales condiciones, tan ventajosas para ella, no ha triunfado del hombre en la lucha por la vida, ella que le vencía siempre en las aulas?

Está demostrado por Hunter, Burdach, Heckel, Darwin y Havelock Ellis, que el hombre excepcional es más frecuente que la mujer excepcional, y la coeducación no puede cambiar los términos de esta proporción. Hay más: el número de seres engendrados viene á ser próximamente igual de un sexo que de otro. ¿Por qué, sin embargo, hay muchos menos hombres que mujeres? Porque al nacer, según Ellis, mueren muchos más hombres al pasar por «la prueba pélvica»; las cabezas de los niños son generalmente mucho más gruesas que las de las niñas, y al venir al mundo no pasan tan fácilmente por la estrecha puerta del paraíso terrenal. Recuérdese el caso de Julio César, que ha dado su nombre á la operación cesárea, y el de Víctor Hugo, que á los quince meses no podía todavía tener derecha sobre sus hombros su enorme cabeza.

El equilibrio, largo tiempo roto, tiende á restablecerse. A pesar de la agitación coeducacionista, grandes pedagogos habían sabido resistir á la corriente, como los rectores de las Universidades de Harvard, de Columbia, de Yale, de Clark y de Johns Hopkins; hoy se les da la razón hasta por algunos de los que antes favorecieron la coeducación, como Harper, rector de la Universidad de Chicago.

La separación de sexos en las clases exige modificaciones importantes en los programas y en los métodos, pues no debe modelarse la educación académica de la mujer sobre la que puede recibir una ínfima minoría, debiendo en definitiva triunfar el sistema adoptado en Europa. Algunos cursos pueden ser comunes á ambos sexos; pero en los estudios superiores debe dejarse al profesor la resolución de cada caso particular. Y una vez que el buen sentido haya prevalecido en el dominio intelectual, no tardará en prevalecer en los demás. Así se ve el efecto que ha producido la campaña de Ida Husted Harper contra los nacimientos numerosos; el presidente de la Universidad de Harvard, Eliot, deplora que las clases cultivadas no sólo no aumenten, sino que no se reproduzcan, y el presidente de la República, Roosevelt mismo, afirma que «el hombre ó la mujer que por su propia voluntad elude el matrimonio y tiene un corazón tan frío que no conoce la pasión, y un cerebro tan vacío y tan egoísta que rechaza la idea de tener hijos, no son más que unos criminales de lesa raza».

Cuidémonos, aparte de esto, de no confundir el feminismo intelectual con el moral: éste tiende á que la sociedad haga sufrir á la mujer lo menos posible, por la inferioridad natural de que es víctima. Este feminismo, perfectamente legítimo, triunfará sin duda, y á los hombres corresponderá el honor de su triunfo. El otro feminismo, el intelectual, es el que se ha ensayado en América, dando tan pobres resultados, enajenando á la mujer no pocas simpatías y perjudicando á la causa misma de la mujer.

PSICOFISICA

El tedio moderno.—Tal es el título de un libro de Emilio Tardieu, próximo á publicarse, y cuyas primicias ofrece á sus lectores la *Revue Bleue,* de París.

En todos los tiempos ha sido conocido el tedio, pero el tedio moderno tiene caracteres especiales: en primer lugar, se ha

hecho corriente, agravando por medio de la reflexión continua los dolores de que se alimenta; y en segundo lugar, tiende á la desesperación y tiene el modo de obrar y la marcha de ésta. Su causa está en el progreso del espíritu crítico, siendo un producto del análisis, que disuelve las ilusiones bienhechoras, y del escepticismo, que lo reduce todo á polvo.

El hombre de los tiempos pasados era un creyente: tenía miedo, y la religión venía en su socorro; estimaba esta vida miserable, y contaba con las compensaciones que le reservaba la eternidad. Hoy el hombre ha liquidado sus creencias renunciando á Dios, y desde que nace se desposa con la muerte: de ahí su tedio.

«¿Dónde está Dios?—grita el personaje á quien hace hablar Nietzsche.—¡Lo hemos matado vosotros y yo, todos! Pero ¿cómo hemos hecho eso? ¿Cómo hemos podido beber el Océano? ¿Qué hemos hecho separando esta tierra de su sol? ¿Dónde va ahora? ¿Lejos de todos los soles? ¿No nos caemos ahora? ¿Hay todavía arriba y abajo? ¿No vagamos á través de la nada infinita? ¿No sentimos el soplo de la inmensidad vacía?»

El cristianismo respondía á todas nuestras preguntas; todos nuestros actos tenían un sentido; nuestros menores gestos tenían cierta dignidad. «Como un círculo encantado—decía Renan,—el catolicismo abarca la vida entera con tanta fuerza, que cuando uno se siente privado de él, todo parece soso.» La falta de la fe, esa es una de las razones algo generales, pero verdaderas, del tedio moderno.

Este tedio nace en el siglo XVIII con la decadencia de la fe. «El mal incurable del tedio—dice Scherer—lo lleva el siglo XVIII por todas partes; flota sin hallar dónde fijarse; cada fruto que muerde le deja un gusto de cenizas más amargo; es triste, triste como la muerte, y ni siquiera tiene la grandeza de la melancolía; todo para él es un espectáculo; él mismo se mira vivir, y este espectáculo ha dejado de interesarle; cansancio, aridez interior, postración de todas las fuerzas de la vida... á eso ha venido á parar.»

La Revolución quiere distribuir la dicha por igual á todos los seres; pero como esto no es posible, su fracaso produce enorme desencanto, que va en aumento en el siglo XIX. El espíritu crítico que ha concluído con Dios, prosigue sus triunfos desconsoladores, no dejando en pie más que el egoísmo. Esta nueva fe es triste; el hombre vale en proporción de sus ilusiones, y cuando éstas se agotan no hay gusto para nada. Se trata, pues, de un fenómeno de agotamiento moral y físico.

La imaginación, la facultad inventiva por excelencia, no perece, pero se halla como acobardada, convertida en una esclava de la realidad que no se atreve á salir de los dominios de lo sensible. Ser realista es despedirse de toda ilusión, consagrarse al estudio de sí mismo hasta el asco; descifrar á los demás hasta que encontramos su aspecto repugnante; tener la vida por el triunfo de los cínicos y la gloria de los malvados; el realismo registra la muerte de los dioses en el cielo y el fin de las ilusiones en la tierra; es el desencanto, y presenta la figura del tedio.

Cuando el tedio lleva al placer, le marca con su sello, y es la brutalidad que se sacia, la rabia del que se venga, las convulsiones y el sadismo del agotado. Cuando la imaginación reinaba, se concedía más á la vanidad, á la apariencia; hoy son los sentidos los únicos proveedores de nuestras embriagueces. El amor ha quedado desembarazado de sus mentiras y de su acompañamiento sentimental, y se ha convertido en fiesta carnal, reducido al espasmo sensual, al minuto que representa el goce inatacable, la sensación absoluta.

El hombre actual, invadido por la desesperación, se siente conmovido por la prostituta, por esas criaturas complacientes que pueden darle en un instante el más fuerte goce de que es susceptible; entre él y su compañera de una hora hay innegable afinidad: ambos sienten las náuseas de la vida, y están igualmente á gusto en el desenfreno; es la misma desesperación inconsciente que se consuela con la suciedad obscena.

Producto del nihilismo moral, ha aparecido el tipo del *go-*

zador, hasta hoy sin ejemplo, pero que forma ya verdadera legión. En todos tiempos ha habido hombres de placer; pero el gozador de hoy es consciente hasta la obsesión del fin que persigue; quiere su parte de voluptuosidades para indemnizarse de su quiebra interior, y ensaucha sus experimentos; ¡pero qué frágil es su sistema! Tiene que luchar hasta el paroxismo esos goces fugitivos que, sacados de la sensación, no son más que un relámpago, y el desgaste de su cuerpo le asusta como tesoro que se vacía. Había partido del tedio oculto, y vuelve otra vez al tedio después de recorrer en vano el estrecho círculo de los goces terrestres.

En el orden de los hechos sociales se nota la misma necesidad de gozar y de aturdirse. Se sufre por ser obscuro y pobre, y se quiere escalar las cimas á todo trance para dominar y para ser visto; se aburre uno en los subsuelos de la sociedad desde que han desaparecido la resignación, la esperanza, la fe en la Providencia, que estaba encargada de repararlo todo.

El tedio moderno, decimos, tiene por base la desesperación: de ahí el éxito de esos venenos, medio seductores, medio excitantes, medio narcóticos, de los cuales el más difundido es el alcohol. Conocer que se va á la muerte prematura en cuanto se pide al alcohol el auxilio de sus deliciosos vértigos, ¿no es un signo patente de desesperación y de tedio? La embriaguez actual tiene ese distintivo: no se busca en ella la alegría, sino el aniquilamiento del pensamiento roedor, la desaparición momentánea del tedio.

El tedio se manifiesta por múltiples rasgos en las costumbres del día. Estamos persuadidos de que no hay felicidad duradera, y la uniformidad nos parece opuesta á la dicha. El tedio nos acomete en todas partes, nos arroja de la casa en que acabamos de instalarnos, de la ciudad que habitamos, del sillón en que estamos sentados. Soñamos con probar todos los modos de existencia posibles, de desempeñar todos los papeles de la comedia para divertirnos más, y acabamos por hastiarnos de todo.

El aspecto de nuestras sociedades cambia á cada momento; las modas y las costumbres se transforman á cada paso, y dondequiera reina un deseo enfermizo de probarlo todo, de experimentar de todo. Y hay que señalar, por otra parte, cierta tendencia á la dulzura, la necesidad de ser compadecido, la rebusca quejumbrosa de las emociones tiernas y de las caricias. Hemos descubierto al niño, sér de poesía y de gracia siempre sorprendente y extraordinario, y nos disputamos su corazón. Hemos profundizado sobre todo en la mujer, y las letanías que la cantamos se han alargado prodigiosamente.

La cólera, sin embargo, es la que domina; la miseria comprobada de nuestra suerte nos pone furiosos. Sopla un viento que hiela, de desconfianza, de egoísmo, de maldad. Cada cual está asustado de su soledad y se muere desconocido. No se cree ya en nada. ¿Cómo no despreciar la humanidad, para siempre envilecida? Nuestro tedio se distrae con bromas lúgubres, farsas macabras de neurasténico desequilibrado.

LITERATURA

Eduardo Rod.—Uno de los personajes salidos de la pluma de Eduardo Rod—dice en *La Nuova Antologia* Juan Cena—tiene por un momento la idea de escribir una novela singular. Se veía un héroe armado de todo cuanto puede ser agradable: bello, joven, elegante, valeroso, etc.; al principio entra en la vida con todas las ilusiones; pero página tras página, las ilusiones se desvanecen, y el héroe se ve engañado por su amante, maltratado por sus amigos, burlado por la gente de iglesia, hecho ludibrio de las gentes de ley; entonces se hace escéptico, y de la teología pasa á la política, á la ciencia, al periodismo, que toma por un sacerdocio, y á las grandes empresas, donde se hace rico; reparte algo de lo que le sobra, y entonces todos le bendicen; pero eso le da asco, y se entrega al alcohol y á la morfina; y como estos venenos no logran aca-

bar con su existencia, reviste la sotana de sacerdote y se va á predicar por las aldeas un Dios en quien ya no cree. No es muy consoladora la historia; pero este héroe no es muy desemejante del mismo protagonista de *El sentido de la vida* y de lo que ha sido el mismo Eduardo Rod en gran parte de su obra.

Rod empezó á escribir sumamente joven. Nacido en Nyon, entre Ginebra y Losana, en 1857, se estrenó en 1879 con un opúsculo sobre el *Assommoir*, en que se declaraba partidario de Zola. Siguieron tres ó cuatro novelas, entre ellas *Palmira Veulard*, que huele á naturalismo hasta en el título, y después *La carrera de la muerte*. No es fácil decir lo que es este último libro, incoherente y extraño, especie de diario íntimo de un misántropo, que ama á medias, que desprecia el presente y tiene miedo del porvenir, y que acaba por desear la muerte para unirse estrechamente con la tierra.

Imagínese ahora este misántropo en viaje de boda; no sabe por qué se ha casado, ¡cosas de la vida!, y se aburre en todas partes, hasta visitando los museos. «¡Qué cosa tan fatigosa es el genio del hombre!» Pero ama, no mucho, y la vida se le impone, aceptándola, á regañadientes, como un hecho. De pronto se encuentra con la novedad de que su mujer está en cinta, y el hombre se aventura en todas las hipótesis con ridícula angustia. ¿Se morirá el niño? ¿Morirá la madre? ¿Será varón? ¿Será hembra? ¿Qué vida será la suya cuando grite, llore y gruña sin cesar? Al fin, el nacimiento llega, y le ponen una hermosa niña en los brazos, «un paquetito de carne humana». El padre se asusta y se conmueve; pero no tarda la reflexión en hacer su obra, y el milagro se produce: ya tiene su vida una orientación; ya sabe que el hombre no tiene en sí mismo la razón de vivir; necesita que su vida se refleje en otros: primero en la familia, luego en el prójimo, en la sociedad. Tal es *El sentido de la vida*.

El punto estable estaba encontrado con el éxito obtenido; para afirmarlo, y siguiendo la moda de las fórmulas, lanzó al público el nombre y el programa del *intuitivismo*, sustituyen-

do á la observación externa del naturalismo la observación interior, aboliendo las descripciones, las relaciones retrospectivas, las escenas que conservan aire artificial ó teatral; volviendo, en fin, al símbolo. Este programa no fue seguido literalmente; pero *Los tres corazones* es la obra en que se muestra su aplicación, conteniendo su prefacio los principios de la nueva escuela, bastante distanciada ya del naturalismo, que, «so pretexto de verdad, lleva el desaliento á las masas con los innobles cuadros que pinta», así como del psicologismo, que «con el falso espiritualismo que reviste, y el grosero sensualismo que se encubre tras su elegancia, destila un veneno todavía peor».

En *Las ideas morales del tiempo presente*, Rod divide á los autores tipos en *negativos* y *positivos*: entre los primeros figuran Renan, Schopenhauer, Zola, Bourget, Lemaitre y Scherer, escépticos, pesimistas, indiferentes, aficionados, elegantes, incrédulos por la inteligencia y místicos por el sentimiento; entre los segundos están Dumas, reformador empírico; Brunetière, tradicionalista; Tolstoi, vagamente cristiano, y Vogüe, católico decidido.

Dejando á un lado *La sacrificada,* caso de conciencia punzante y novelesco, pasemos á *La vida privada de Miguel Teissier*, la obra que mayor fama ha dado á Rod. Un *leader* del partido que se propone la restauración moral de Francia, se enamora, siendo casado y con dos hijas, de una muchacha, por la que todo lo abandona sin poder triunfar de su pasión; muerta (en la segunda parte de la obra) su mujer, Teissier recoge sus dos hijas, y la mayor muere de sentimiento por no poderse casar con su amado, hijo de un enemigo político de su padre. Esta segunda parte carece de lógica, y el público la estimó siempre como muy inferior á la primera.

Otro de sus mejores libros, *El silencio*, es un estudio del amor, al que también viene dedicada *Las rocas blancas*, obra delicada, fundada en una leyenda valdense, y cuyas figuras reaparecen en *Anita* y en *El agua corriente*. *Último refugio* es

la novela que señala la cima alcanzada en la apoteosis del amor. Rod ha conquistado un brillante puesto en la literatura francesa, pero sin perder la originalidad que le da su procedencia, y permaneciendo siempre profundamente suizo en el ambiente de sus novelas, en las ideas y en el lenguaje mismo, como se ve en *Las rocas blancas,* en *Allá arriba* y en *El agua corriente.*

Rod no se pica de seguir escrupulosamente su método intuitivo, pero persiste en eliminar todo lo que no sea estrictamente necesario al desarrollo de la crisis de alma que se representa; conserva del naturalismo la precisión realista, y del psicologismo la agudeza del análisis.

***

Los cancionistas de Montmartre. — La canción es, para la mayoría de los franceses, una verdadera necesidad, un recreo indispensable. Es, como dice en *La Rassegna internazionale* Roger Lebrun, la extrinsecación del alma abierta y ligera de aquel pueblo, que en otro tiempo fue llamado alegre por excelencia, y en el que, como dice Beaumarchais, «todo acaba con una canción».

Hoy que la vida provincial está pendiente más que nunca, en Francia, de París, por todas partes corren las estrofas alegres, irónicas ó tiernas que los creadores de París lanzan al viento de la publicidad. En el Renacimiento, Clemente Marot fue quien dió á la canción carta de ciudadanía; en el siglo xviii partió el nuevo canto de la hostería del *Caveau*, en Montmartre, propagándose á otros cenáculos, y siendo ilustrada por Piron, Collé, Panard y Clebillon, comensales de Landelle, así como por Gentil Bernard, el poeta exótico, y por el compositor Rameau. Mientras las turbas cantaban en las calles durante la Revolución el innoble *Ça-ira*, los selectos gozaban con las estrofas libertinas de Panard y las canciones sensuales del caballero de Panry. Restablecida la tranquili-

dad, apareció la canción artística, en que sobresalió Desaugiers, y la canción nacional, ilustrada por Berenger, hasta llegar á la canción moderna, que traduce la melancolía escéptica del pueblo de París.

Montmartre tiene un pasado glorioso, y ha llegado á ser el barrio preferido por la juventud estudiosa, por los artistas, por los modelos y por las jóvenes de vida alegre, habiéndose convertido en la nueva Citerea de los enamorados y de los poetas. Hacia 1886, varios artistas se reunían en fraternales meriendas, afirmando su espíritu independiente; Emilio Goudeau, fundador de uno de estos cenáculos, *Los hidrópatas*, tuvo la idea de llamar á Montmartre á los artistas y cancionistas del barrio latino, que acudieron solícitos al llamamiento, y de año en año la canción de Montmartre fué adquiriendo fama y atrayendo al alegre barrio á los noctámbulos de París, abriendo el alma melancólica á la alegría, y siendo como el preludio de las alegres orgías de las noches parisienses.

El gato negro inauguró la era de las empresas comerciales de la canción de Montmartre, y su fundador, Rodolfo Salis, el hostelero gentilhombre, logró uno de los mayores éxitos conocidos; las bebidas que allí se daban en lugar de pagas, bastaban para tener afectos á la empresa multitud de poetas y de cómicos, que preferían aquella vida alegre de bohemios á un trabajo serio; y allí se aplaudía á Víctor Meusy, á Montoya, á Mac-Nab, Ferny, Jony, Donnais, D'Esparbés, Gandillot, Caran d'Ache, Steilen, Robida, Xanrof y muchos otros. Inaugurado en un local mezquino, se trasladó después á otro lleno de lujo y originalidad, hasta que en 1897 la muerte de Salis terminó *El gato negro*.

Contemporáneamente, Arístides Bruant inauguró su famosa hostería del *Mirliton*, y la multitud pasaba, de la urbanidad exquisita de Salis, á la chabacanería democrática de Bruant, que saludaba á sus clientes llamándolos *animales*, *cochinos* y otras cosas no menos divertidas para los aficionados. Por la boca de Bruant y por la de Jony, la voz del pueblo escupía su

odio y lamentaba su miseria. Bruant se retiró enriquecido, y Jony fué á parar á un manicomio; con ellos desaparecieron los demás iniciadores de la canción de Montmartre; pero no tardó en apuntar la actual generación de cancionistas, abundante y variada, más refinada, aunque menos fuerte que la primera. Con ella dió comienzo la era de las *cajas de música*, imitación grotesca del *Gato negro* y del *Mirliton,* de gusto más que dudoso.

La taberna artística vivía siempre en Montmartre, y en la típica hostería de *Aux Quat'z-arts*, nuevos artistas divierten al público. El más original es Rictus (Randou), salmodiando los *Soliloquios del pobre*, distinguiéndose también Marcelo Legay, con su levita romántica y popularísima, cantando *El sol rojo*, *El labrador* y el estribillo melancólico del *Moulin Rouge:*

Moulin-rouge, Moulin-rouge,
pour qui mouds-tu, Moulin-rouge,
pour la Mort du pour l' Amour,
pour qui mouds-tu jusqu'au jour?

Cancionistas sentimentales como Edmundo Tolet y Pablo Delmet; copleros de actualidades políticas como Bonnaud; immobilistas como Ferny; humoristas como Delorme, Moy, Lemercier, Bataille y Weil; mimistas como Chepfer; calemburistas como Hyspa: todos los géneros y todos los estilos tienen en Montmartre su representación, siendo proclamado «príncipe de las coplas» Javier Privas, delicado, profundo á veces, armonioso siempre. Se había creído que Montmartre estaba arruinado; no tenía más que enfermedad de plétora, de la que sabe salir siempre curado.

OCULTISMO

La ciencia del soplo: fakires y yoguis.—Julio Bois publica en *La Revue* un interesantísimo trabajo sobre el fakirismo, para el que ha puesto á contribución sus estudios perso-

nales y cuanto se ha publicado en la India, Europa y América sobre la materia, pretendiendo ser el primero en presentar de un modo científico prodigios hasta el presente inexplicables.

Julio Bois no da ninguna importancia á los famosos experimentos de la flor del manguero, que crece en algunos minutos: no hay en tal milagro nada de misterioso; el fenómeno, ejecutado por fakires miserables en los vapores y en los hoteles, se verifica en tres tiempos: 1.° Exhibición de una grana, que se coloca en medio de la arena, y sobre la que se echa un velo. 2.° Levantado el velo, se ve una hierba de una pulgada de altura, sobre la que vuelve á echarse el velo. 3.° Vuelto á quitarse el velo, se ve una hermosa planta en todo su desarrollo, con hojas y flores, y el milagro queda hecho. Es asunto de prestidigitación, y nada más; y con él corre parejas el juego que consiste en meter á un niño ó á una mujer en un cesto, taparlo con una tela, demostrar después que allí no hay nada, atravesando el cesto en diferentes direcciones con una espada, volver á llamar al ausente y presentarlos ilesos al público asombrado, que cree que el niño ó la mujer han estado de viaje ó se han inmaterializado; todo se reduce á la destreza del paciente para evitar que le toque la espada, y á la destreza del que la maneja para evitar tocarle.

Hay diferentes clases de fakires. La más baja es la repugnante que conocemos en Europa: mendigos y gitanos mostradores de osos y monos, encantadores de serpientes, prestidigitadores ambulantes que viven miserablemente. Otra clase está compuesta de fanáticos, que afirman la oposición entre la materia y el espíritu, y que para libertar á éste condenan al cuerpo á toda clase de suplicios. Así se les ve años enteros en la misma actitud: á los unos se les paralizan las piernas por la inmovilidad; á otros se les secan los brazos por tenerlos siempre levantados é inmóviles; éstos cierran los puños hasta que las uñas les atraviesan la palma de la mano saliendo por el otro lado; aquéllos pasan el invierno entre nieves y el ve-

rano entre hogueras, buscando siempre las mayores mortificaciones.

Muchos de estos fanáticos hacen el voto de vivir desnudos, expuestos al sol, á la lluvia y á los insectos; Bois ha conocido uno que se había hecho enterrar hasta el cuello, y el doctor Regnault vió á un fakir mirar fijamente al sol, y sus muecas y dolores le hacían horrible; los hay que se estrangulan ó que se cortan la cabeza con una especie de guillotina. A uno que Bois había conocido en Africa, le volvió á ver en París en una feria de la barrera del Trono; era un tunecino, y para insensibilizarse aspiraba las acres emanaciones de un brasero, reiterando un movimiento de cabeza que le desarticulaba el cuello hasta el punto de parecer que tenía la cabeza enteramente desligada; un amigo de Bois le había llevado víboras auténticas cogidas en Fontainebleau, que mordieron al fakir en el brazo, sin que se diera por sentido, aunque para evitar el efecto del veneno se comió las cabezas de las víboras como quien come un bizcocho; á martillazos se metió un cuchillo bajo el ojo hasta hacerle salir por fuera de los párpados; metió la mano en un brasero ardiendo y la tuvo allí hasta que el olor á carne quemada hizo gritar ¡basta! á los más escépticos espectadores; luego se atravesó el vientre, los muslos, los brazos y las mejillas con espadas, como si fuera de manteca, é hizo, en fin, todos los estupendos prodigios propios del fakirismo musulmán, que no debe confundirse con el yoguismo indio; los yoguis son iniciados en el ocultismo, los fakires son simplemente fanáticos. Las maravillas que ejecutan son obtenidas por medios materiales y groseros, mientras que los yoguís practican el *pranayama* ó ciencia del soplo, método casi ignorado en Occidente.

Otra secta de fakires es la de los reclusos ó ermitaños (vanaprasthas); creen que es imposible practicar el yoga en su casa, y se van al desierto ó á las altas montañas para aislarse; uno de sus grupos es el de los *sidhas*, que corresponden á nuestros *mediums*, terapeutas y taumaturgos, teniendo predi-

lección por el misterio y las mixtificaciones; pertenecen á esa vieja raza arya oprimida secularmente en la India por conquistadores sucesivos, y creen que el único modo de respetar las Escrituras Sagradas es teniéndolas secretas.

Los únicos yoguis que valen de otro modo que por la teratología nerviosa ó mental, son los *filósofos* ó los *santos*, que practican sobre todo el gnana-yoga ó el hacti-yoga, es decir, la filosofía y la religión; lo mismo les da taparse las narices parar espirar, como los fakires sepultados vivos; se apartan de los importunos y de los imbéciles, y permanecen ignorados hasta en la misma India; se necesita el azar de las circunstancias para que uno de ellos, como Ramachrisma, por ejemplo, logre la popularidad y al mismo tiempo la estima de los sabios. Espíritus de primer orden desdeñan la vana erudición, siendo creadores de almas al modo de Sócrates.

Max-Muller nos ha dejado interesantes informes de uno de estos sabios, á quien él llamaba un «real Mahatma». Bois no le ha conocido, pero ha tratado mucho á su discípulo más eminente, Vivekananda, con quien estudió los Vedas y viajó por Egipto y por Asia. Ramachrisma no había recibido ninguna instrucción superior; apenas sabía algunas palabras de sánscrito, y sus paseos se reducían al jardín sagrado donde enseñaba, á la sombra del templo de la terrible diosa; la mayor parte de su vida de sesenta años fue devorada por los éxtasis; pero en aquellas crisis extrañas y sublimes no dejaba de conversar con los numerosos visitantes que de todo Bengala acudían á verle. Era un feminista religioso, y se complacía en decir que «la mujer no es más que una fascinadora que arranca el mundo al amor divino»; en la divinidad adoraba el principio divino y maternal, venerando los dioses de los demás pueblos y repitiendo con entusiasmo versículos de la Biblia, sentencias del Corán y máximas del Evangelio. Para vivir completamente de la vida mística abandonó á su mujer, que más tarde volvió á su lado para velar por él, cuidándole y venerándole. Su discípulo Vivekananda ha muerto este año, des-

pués de haber revuelto América con sus predicaciones vedantistas; había fundado á orillas del Ganges, frente á la pagoda en que vivió su maestro, un monasterio consagrado al dios Shiva, y allí vive todavía la familia espiritual de Ramachrisma, que Julio Bois ha estudiado de cerca para conocer las costumbres de las congregaciones indias.

El fin superior del supremo Yogha ó Raja Yogha es suprimir todas las agitaciones y modificaciones del pensamiento; el principio mismo del Yogha psicofísico ó Hata-Yogha es contener la vida para prolongarla, arder lo menos posible, imponer á los nervios una especie de insensibilidad y crear en sí una calma tan profunda, que la meditación no se vea turbada por las agitaciones del exterior; los fenómenos de catalepsia y de sueño artificial acompañan á la crisis sagrada; pero el yogui llega á un éxtasis mucho más profundo que el de nuestros sujetos hipnóticos, y sólo puede compararse con el que describen los neoplatónicos y los de nuestros místicos. La diferencia está en que los místicos cristianos llegaron al éxtasis por una exaltación de su fe y por una predisposición natural, pero sin buscarlo ni quererlo, pues sabido es lo que la gran Santa Teresa misma desalentaba á las que se sentían atraídas por el éxtasis, y que la Iglesia consideraba frecuentemente como satánicas las crisis de los místicos. En Asia no hay ortodoxia, no se teme á los herejes y se acepta á todos los videntes; por eso el Yogha es mirado como el más alto de los estudios, como «la ciencia experimental del éxtasis».

Toda la atención del Yogui se fija en el gasto de oxígeno de su cuerpo; de lo que se trata es de espirar la menor cantidad de ácido carbónico; cuanto más se come, más oxígeno se consume. Por eso se recomienda la dieta, y el asceta no suele hacer más que una ligera comida por la noche. El ejercicio aumenta también la dosis de ácido carbónico espirado; por eso se prescribe el reposo y los movimientos lentos. Por la misma razón busca en lo posible la uniformidad de la temperatura, procurando que el calor ambiente se acerque todo lo

posible al calor del cuerpo; cuanto más confinado es el aire, menos ácido carbónico contiene la respiración; el eremita se refugia en una celda subterránea que no tiene más que una puerta murada por su asistente con tierra arcillosa, y habla siempre en voz baja, hasta acabar por llegar al silencio absoluto (*maunaviata*); la meditación gasta muy poco oxígeno y contiene la respiración; cuanta más intensidad adquiere la abstracción mental, más se apacigua la vida física. Con este propósito el yogui practica el *trataka*, que consiste en mirarse la punta de la nariz ó el entrecejo; el corazón late doblemente, y el sueño se anuncia. Esta autohipnosis es favorecida por dos posturas ó *asanas:* la *sidahasana* y la *padinasana*, contribuyendo eficazmente al mismo resultado el *pranayama* ó ejercicio del aliento. De allí se pasa al segundo y tercer grado, que son el *pratyahara* ó aislamiento, y el *dharana* ó concentración. Con estos ejercicios, el espíritu se halla en condiciones de entrar en la meditación ó *dyana*, y de ésta al *samadhi* ó éxtasis no hay más que un paso.

Los orientales se burlan de nuestro hipnotismo, pues en el yoguismo todo sale de la persona misma, aislada de toda influencia, siquiera el *guru* ó maestro realice en los comienzos un importante papel de sugestión. La autohipnosis tampoco puede confundirse con estos ejercicios, mucho más profundos; lo único que puede compararse con ellos son los *Ejercicios* de San Ignacio de Loyola, habiéndose pretendido que hasta hay cierta ciencia del aliento en las noticias unidas á los *Ejercicios*.

El éxtasis de los yoguis es muy distinto del de los neurasténicos; en Occidente se llega á ese estado por temperamento morboso constitucional. En Oriente la crisis no es accidental, sino voluntaria; es una forma de abstracción llevada al extremo de ocasionar cambios fisiológicos; es una disciplina mental resultado del monoideísmo, y demuestra cumplidamente la influencia de lo moral sobre lo físico.

Hay diferentes especies de yogha: el *bhaki-yogha* recuerda

nuestros métodos conventuales, estando basado en la oración y el culto; el *gnana-yogha* corresponde á nuestras escuelas filosóficas, y hace esperar que por el solo esfuerzo de la razón se llegue á lo divino; el *hatha-yogha* se ingenia en imitar las posturas y costumbres de los animales sagrados, con la esperanza de comulgar así con las fuerzas naturales que representan; y el *raja-yogha*, ó yogha regio, es como una síntesis de todos los demás, siendo á la vez místico, racional, físico y moral; sólo las personalidades más distinguidas de la alta casta son susceptibles de dedicarse á este yogha supremo.

La celda del yogui, la *gufa*, es una especie de caverna á semejanza del dormitorio de la tortuga; no tiene más que una puertecita, que da á un terreno por donde no pasan hombres ni animales, y debe estar cerrada; no puede contener más que los objetos más indispensables, tales como una jarra de cobre para el agua de las abluciones, hojas con los granos de que se alimenta el solitario, y á veces un puchero de tierra porosa con agua. Con frecuencia usa el asceta, como tapiz para la meditación, una piel de pantera ó de tigre, y un tridente de hierro le sirve de bastón. Lo clava ante sí al empezar sus ejercicios, y alrededor arrolla las flores de jazmín amadas de los dioses; ese es todo su lujo.

Para encuclillarse y concentrarse, el yogha prefiere la piel de un felino, que le aisla de la electricidad, del calor ambiente y de las influencias psíquicas circundantes; y para dormir lo hace en una camada de heno, de paja, de algodón ó ó de kusa con algo de lana, esperando interceptar así la radiación de la temperatura terrestre. Se priva de toda carne y de toda bebida alcohólica, alimentándose de leche, miel, manteca y arroz con algunos granos indígenas, trigo, cebada, guea y mungo. La elección y exclusión de alimentos son resultado de largos siglos de observación.

Un colegio de yoguis meditando es la cosa más pintoresca que pueda imaginarse; se cree uno en una escuela de desarticulación; los animales sagrados representan para el yogui las

energías fatales del dios oculto en él, y para volver á la fuente de los seres, el mejor camino es imitar el gesto especial y familiar que caracteriza á cada animal simbólico; de aquí la imitación de la serpiente, de la rana, del elefante, de la vaca, del mono, del pez y del pájaro, para lo cual se necesita una serie de esfuerzos y trabajos de dislocación que asustarían al más fanático occidental, si se le impusieran como condición para el logro del supremo bien. Las posturas místicas ó *asanas* son treinta y dos, y constituyen la gimnasia del cuerpo y de la voluntad. Las más filosóficas y usadas son la *padmasana* y la *siddhasana:* la primera consiste en poner el pie derecho sobre el muslo izquierdo y el pie izquierdo sobre el muslo derecho; en seguida se cruzan las manos por la espalda y se cogen con ellas los pulgares de los pies cruzados, apoyando la barba en el pecho y fijando la mirada en la punta de la nariz. Todo esto es relativamente fácil, sobre todo al lado del ejercicio del *pranayama* para el dominio del aliento, del que trataremos en otro número.

EDUCACIÓN

Partidarios y enemigos de los exámenes.—¿Deben existir ó deben suprimirse los exámenes? De existir, ¿debe haberlos de ingreso, de asignaturas y de grados, ó debe suprimirse alguna de estas pruebas? ¿En qué deben consistir los exámenes y cuántos ejercicios deben practicarse para llevarlos á cabo? ¿Qué garantías han de exigirse para que la prueba tenga las condiciones necesarias de seriedad y de autenticidad? ¿Deben ser iguales para toda clase de alumnos y para toda clase de materias? ¿Quiénes deben ser los examinadores? ¿Deben los Tribunales estar constituídos exclusivamente por el personal oficial, ya de catedráticos numerarios, ya de catedráticos y auxiliares? ¿Debe darse intervención en los exámenes al profesorado no oficial? ¿Deben los tribunales estar formados por personas extrañas al cuerpo docente?

Todo el problema de los exámenes—decía yo en *La segunda enseñanza*, órgano de la Asociación de Catedráticos, que tengo el honor de dirigir—se encierra en la serie de preguntas anteriores, contestadas del modo más diverso, según los puntos de vista de cada cual, su experiencia, sus sentimientos y hasta sus pasiones.

Lo extraño es que, siendo el problema de los exámenes la clave para la solución del problema trascendentalísimo de la enseñanza, ligado con todos los problemas sociales y políticos y eje de muchos de ellos, no existe una política pedagógica definida que permita apuntar entre las soluciones de tal ó cual partido político las que haya de dar al problema de los exámenes. Así se ve que, dentro de una misma situación política, dos ministros que se han sucedido en la dirección de la enseñanza, el marqués de Pidal y D. Antonio García Alix, han adoptado criterios diametralmente opuestos en la solución de estas cuestiones; así se ve entre los liberales quienes abogan, como D. Amós Salvador, por las más radicales soluciones, suprimiendo de cuajo toda clase de exámenes, y quienes sostienen la necesidad de mantenerlos, como todos los ministros del partido que han pasado por el departamento de Instrucción pública.

No es, pues, la cuestión de los exámenes una cuestión política, ya que los más caracterizados personajes de uno ú otro bando coinciden en soluciones idénticas militando en partidos opuestos, ó en soluciones contradictorias figurando en el mismo partido. Esto prueba cumplidamente que en las soluciones propuestas para este problema influyen causas secundarias y motivos extraños.

Consignamos el hecho y no queremos ahondar en sus causas, ni menos definirlo como un bien ó como un mal, pues de todo tienen estas confusiones y esta falta de ideales, que si por un lado contribuyen á la paz material, por otro dejan sin rumbo cierto al espíritu y sin guía desinteresado al pensamiento, esterilizando todo impulso regenerador. Lo evidente

y lo que nos interesa consignar, como resultado de la disparidad de juicios y de la confusión existente, es que el problema de los exámenes no es una cuestión política, sino una cuestión técnica.

Como en estas cuestiones, por otra parte, dados los múltiples intereses que entran en juego, pretende tener voz y voto todo el mundo, los unos á título de profesores, los otros á título de alumnos, éstos á título de políticos, aquéllos al de padres de familia, resulta que el problema se complica más y más con los elementos de juicio que cada cual aporta y con las pasiones que hace entrar en movimiento, siendo preciso hacer un deslinde de campos y un minucioso análisis del valor de cada testigo y de cada argumento para apreciar su alcance y su peso en la discusión.

Si pretendiéramos hacer una clasificación de los partidarios y de los enemigos de los exámenes, llamados á deponer en este pleito, así como de los motivos de recusación de unos y otros, vendríamos á parar al resultado siguiente, expuesto con la sinceridad que acostumbramos á emplear en todos nuestros trabajos.

Son partidarios de los exámenes (en general, pues claro es que aquí, como en todo, hay excepciones):

1.° Los catedráticos y profesores de todas clases y categorías. En este grupo pueden influir, para torcer y falsear el juicio, como motivos extraños, la ventaja que algunos obtienen por el percibo de derechos de examen, percibo que dejaría de existir si los exámenes desaparecieran; el provecho que otros sacan de sus libros didácticos, provecho ligado directamente con la existencia de los exámenes, ajustados al libro correspondiente, y la explotación que otros hacen de la influencia que les da su intervención en los exámenes, poniéndoles en contacto con lo más escogido de la sociedad. Reconocidos estos motivos de falseamiento del juicio, hay que reconocer también: 1.° Que muchos profesores no perciben derechos de examen, como son todos los privados y gran número de los

públicos, sin embargo de lo cual son partidarios decididos de los exámenes, multiplicando estas pruebas y sometiendo á sus alumnos á ellas, no sólo al final de cada curso, sino en diferentes períodos del curso; y que los que perciben derechos de examen los perciben á costa de un trabajo enorme que no guarda proporción con lo exiguo de la recompensa; como este argumento, sin embargo, no deja de producir su efecto en el público profano, la Asociación de Catedráticos ha pedido que desaparezcan los derechos de examen mediante una compensación proporcionada, como la establecida por el conde de Romanones, á fin de que quede eliminado del debate este factor extraño. 2.° Que los autores de libros didácticos son los menos, y que, eliminados éstos, quedaría siempre una considerable mayoría de catedráticos, profesores y maestros partidarios de los exámenes como garantía del trabajo del alumno y del profesor, y que la existencia ó supresión de los exámenes apenas afectaría á la venta de los libros, pues siendo el libro absolutamente necesario en la generalidad de los estudios, se seguiría seguramente vendiendo, y en conjunto todo continuaría como antes, salvo que en lugar de los actuales libros aparecieran multitud de *remediavagos*. 3.° Que los explotadores de la influencia del cargo son en número reducidísimo, y su voto, recusable desde luego, no afecta en nada al de la inmensa mayoría de los que saben cumplir sus deberes sin poner su cargo al servicio de sus pasiones ó de sus intereses egoístas.

Bien depuradas las cosas, como se ve, este primer grupo de partidarios de los exámenes puede y debe ser escuchado con preferencia por su competencia y su autoridad en la materia.

2.° Los alumnos aplicados. Yo he hablado con muchísimos alumnos, de toda clase de grupos y carreras, pues desde hace bastantes años me vienen preocupando estas cuestiones, y he procurado recoger la mayor suma de datos posible, y siempre he tenido el gusto de oir á los alumnos aplicados y seguros de sí mismos, que desean ser examinados y que ven

llegar con satisfacción el momento del examen para recoger, en una nota sintética, el fruto de su trabajo y la consagración oficial de su éxito.

3.° Los padres de familia celosos. Quizá hubiera que añadir á la condición de *celosos* la de *afortunados*, pues si se trata de padres que hayan tenido la desgracia de tener hijos torpes ú holgazanes, sin que todo su celo haya bastado á corregirles, tales padres suelen ser enemigos más ó menos embozados de los exámenes, lo cual demuestra que en este grupo hay motivo fundado de recusación.

4.° El grupo de políticos que proclama la necesidad de la intervención del Estado en la enseñanza, no reconociendo otro organismo, para garantizar esa intervención, que el profesorado oficial. Es posible que en un Estado gobernado despóticamente, este grupo opinara precisamente lo contrario y riñera rudas batallas por la libertad de enseñanza; pero esto no demuestra sino el carácter eminentemente oportunista de la política, que no es una ciencia abstracta, sino una ciencia de aplicación, de adaptación al medio, forzosamente elástica y flexible para que pueda plegarse á las circunstancias del momento; por eso este grupo puede y debe ser recusado, pues la conveniencia de mantener ó de suprimir los exámenes no puede subordinarse al triunfo de fines de todo punto extraños á la enseñanza.

Los enemigos de los exámenes, mucho más numerosos, pueden clasificarse en los grupos siguientes:

1.° El episcopado en general. Hay, sin embargo, que hacer constar que la hostilidad del episcopado no es hacia los exámenes en general, pues ellos los practican en los seminarios y reconocen así su necesidad y su eficacia, sino hacia los exámenes practicados por el profesorado oficial. Dentro de sus convicciones, sin embargo, fuerza es reconocer que el episcopado tiene razón para rechazar la intervención del Estado en la enseñanza: la dirección intelectual de la humanidad la recibieron ellos directamente de Jesús con las palabras «*ite, do-*

cete omnes gentes», y para ellos es un verdadero despojo la entrega de la enseñanza al profesorado laico del Estado. No es el Estado, sino la Iglesia la llamada á enseñar á los hombres: aquí el problema, como se ve, se agiganta, y de una cuestión puramente técnica, y hasta menuda, se convierte en gravísima cuestión político-social; ya no se trata de exámenes, sino de supremacía, de dirección de las conciencias, de si es el Estado el llamado á marcar á la juventud los derroteros que debe seguir, ó si es la Iglesia la que debe dirigir nuestra educación. Una y otra doctrina tienen sus partidarios, y de aquí la lucha secular entre ambas tendencias. Triunfante la del Estado, la Iglesia ha tenido que doblegarse, pero protestando siempre y aprovechando todas las coyunturas favorables para reclamar sus atropellados derechos; cuando no puede obtenerlo todo, se resigna con obtener algo, con la esperanza de alcanzar lo demás. De aquí su actitud. Si el Estado español no admitiera la libertad de conciencia y proclamara el principio de la intolerancia religiosa, el episcopado sería el primero en abogar por los exámenes oficiales, que serían la garantía de la observancia de aquel principio; pero como el Estado admite la tolerancia religiosa, á la Iglesia le importa abogar por la libertad, para que la juventud no tenga que someterse á una enseñanza tal vez irreligiosa y, cuando menos, emancipada de la tutela eclesiástica. Como lo que en todo esto se ventila no es, en definitiva, la cuestión de los exámenes, claro es que este primer grupo de enemigos de los exámenes viene á entrar en la categoría de los políticos, y debe ser recusado.

2.° Ciertos colegios, laicos y religiosos. La intervención del Estado en los exámenes por medio del profesorado oficial es combatida por ciertos colegios, que ven en su emancipación de la tutela oficial el medio de prosperar sin trabas. Tampoco niega ninguno de estos colegios la conveniencia de los exámenes, limitándose su hostilidad al régimen actual. Sus argumentos, aunque haya en ellos algo de interesado, merecen ser oídos, no debiendo ser recusada su deposición.

3.° La mayor parte de los padres de familia. El padre de familia de nuestros tiempos (como no conocemos otros, á ellos nos referimos) suele tener cabales sus cinco sentidos cuando no se trata de sus hijos; pero en cuanto el amor filial aparece, todo lo trastorna y lo perturba: de ahí que la mayor parte sean enemigos de los exámenes, como de todo lo que pueda producir alguna mortificación á sus hijos. Estos padres, ofuscados por la pasión, deben ser recusados.

4.° Los sentimentales. Hay muchas personas que, al ver á un alumno trabajando en la resolución de un problema, en el estudio de una lección ó en la preparación de una tesis, se sienten conmovidas hasta lo más profundo de su alma, y exclaman: «¡Pobrecito! ¿No da lástima verle trabajar tanto? Es una crueldad martirizar así á estas pobres criaturas». A esas personas hay que dejarlas desahogarse, como á todos los que chillan sin razón, pero no se les debe hacer caso: las cuestiones de enseñanza y educación no se resuelven con sentimentalismos.

5.° Los innovadores. En todas las materias hay siempre quienes quieren innovar, aunque lo nuevo para ellos sea lo viejo para otros; los que se han encontrado con el régimen actual quisieran cambiarlo por otro. ¿Hay exámenes? Pues que se supriman. ¿No hay exámenes? Pues que se establezcan. ¿Examinan los catedráticos? Pues que examinen los profanos. ¿Examinan los profanos? Pues que examinen los catedráticos. Toda la gritería de estos adoradores de lo nuevo, como si hubiera algo nuevo bajo el sol, no merece ser escuchada.

6.° El grupo de políticos que pretende entregar á la Iglesia la dirección de la enseñanza, y el de los que quieren emancipar la enseñanza de la tutela del Estado por pura consecuencia con sus ideas de libertad. Los primeros son enemigos accidentales de los exámenes, y su voto, por consiguiente, carece de valor; los segundos viven fuera de la realidad, pero sus argumentos merecen ser escuchados.

ASUNTOS ECONOMICO-BANCARIOS

TARIFAS DE CAMBIOS DEL BANCO DE ESPAÑA.—Según vemos en *El Economista*, el Banco de España ha formado ya sus tarifas de cambios sobre los pueblos en que ha establecido corresponsales. El Banco y sus sucursales toman papel á un plazo máximo de noventa días, á razón del interés fijado por el mismo. En los efectos á un plazo contado desde la vista, se computarán tres días por correo y aceptación para el girado sobre plazas de la Península, cinco para Palma de Mallorca y diez para Tenerife y Las Palmas. El Banco podrá admitir letras sobre pueblos y sobre plazas donde existan dependencias del mismo, aun cuando su importe no llegue á cien pesetas, pero se considerarán como de esta cantidad al deducir el cambio. Este cambio es el correspondiente al plazo máximo de ocho días vista, y cuando el vencimiento sea más largo se aumentará aquél en forma que compense los intereses á razón del tipo señalado por el Banco.

He aquí la tarifa de cambios, cuyo conocimiento puede interesar á nuestros lectores:

	Cambio por 100.		Cambio por 100.
Agreda, Soria	0 60	Alcañices, Zamora	0.60
Aguilar, Córdoba	0 50	Alcañiz, Teruel	0.50
Aguilas, Murcia	0 35	Alcaraz, Albacete	0.60
Alba de Tormes, Salamanca	0.50	Alcaudete, Jaén	0.50
Albaida, Valencia	0 45	Alcázar de San Juan, Ciudad Real	0.35
Albarracín, Teruel	0.90	Alcira, Valencia	0 35
Alberique, Valencia	0 50	Alcolea de Cinca, Huesca	0 80
Albocacer, Castellón	0.60	Alcudia, Palma	0.60
Albuñol, Granada	0 75	Alfaro, Logroño	0 50
Alburquerque, Badajoz	0.40	Algeciras, Cádiz	0 40
Alcalá de Chisbert, Castellón	0 60	Algemesí, Valencia	0.50
Alcalá de Henares, Guadalajara	0.45	Alhama, Granada	0.80
Alcalá la Real, Jaén	0.45	Almadén del Azogue, Ciudad Real	0.40
Alcántara, Cáceres	0.70	Almagro, Ciudad Real	0 35
Alcantarilla, Murcia	0.50	Almansa, Albacete	0 50

	Cambio por 100.
Almazán, Soria	0.45
Almendralejo, Badajoz	0.40
Almodóvar del Campo, Ciudad Real	0.40
Almudébar, Huesca	0 80
Almunia de Doña Godina (La), Zaragoza	0 70
Alora, Málaga	0 70
Alsasua, Pamplona	0 50
Allariz, Orense	0 60
Amorevieta, Bilbao	0 50
Amurrio, Vitoria	0.60
Andújar, Jaén	0.25
Antequera, Málaga	0.40
Aracena, Huelva	0.50
Aranda de Duero, Burgos	0 40
Aranjuez, Madrid	0 25
Araya, Vitoria	0.60
Arcos de la Frontera, Jerez	0 60
Archena, Murcia	0 60
Archidona, Málaga	»
Arenas de San Pedro, Avila	0 50
Arenys de Mar, Barcelona	0.30
Arévalo, Avila	0.35
Arganda, Madrid	0 80
Arnedo, Logroño	0 50
Arucas, Las Palmas	1
Arzúa, Santiago	0.75
Arrecife, Las Palmas	1
Astillero, Santander	0.60
Astorga, León	0.40
Astudillo, Palencia	0 80
Ateca, Zaragoza	0.40
Atienza, Guadalajara	0.60
Avilés, Oviedo	0.25
Ayamonte, Huelva	0.50
Ayerbe, Huesca	0.45
Ayora, Valencia	0.70
Azpeitia, San Sebastián	0 40
Azuaga, Badajoz	0.45
Baena, Córdoba	0.50
Baeza, Linares	0.35
Balaguer, Lérida	0.50
Baltanás, Palencia	0 80
Bande, Orense	0.90
Bañeza (La), León	0.50
Bañolas, Gerona	0.50
Barbastro, Huesca	0.35
Bárcena de Pie de Concha, Santander	0 75
Barco de Avila, Avila	0.35
Barco (El), Orense	0.60
Baza, Granada	0.45
Becerreá, Lugo	0.80
Béjar, Salamanca	0 30
Belchite, Zaragoza	0.80
Bélmez, Córdoba	0 60
Belmonte, Cuenca	0.80
Belorado, Burgos	0.60
Benabarre, Huesca	0.60
Benasque, Huesca	»
Benavente, Zamora	0.50
Berga, Barcelona	0 30
Beria, Almería	0.40
Berlanga de Duero, Soria	0 50
Bermeo, Bilbao	0 50
Bermillo de Sayago, Zamora	0.70
Betanzos, Coruña	0.35
Bisbal (La), Gerona	0.45
Bocairente, Valencia	0 50
Boltaña, Huesca	0.60
Boñar, León	0.90
Borja, Zaragoza	0.45
Brihuega, Guadalajara	0 60
Briviesca, Burgos	0.50
Bujalance, Córdoba	0 50
Buñol, Valencia	0 70
Burgo de Osma, Soria	0.50
Burriana, Castellón	0.35
Cabeza del Buey, Badajoz	0.35
Cabezón de la Sal, Santander	0.70
Cabra, Córdoba	0.60
Calahorra, Logroño	0.30
Calamocha, Teruel	0 80
Calatayud, Zaragoza	0 30
Caldas de Reyes, Pontevedra	0.60
Cambados, Pontevedra	0.60
Campillos, Málaga	0.75
Campo de Criptana, Ciudad Real	0 50
Candás, Gijón	0 50
Cangas, Vigo	0 80
Cangas de Onís, Oviedo	0.40
Cangas de Tineo, Oviedo	0.40
Canjavar, Almería	0.80
Cañete, Cuenca	0.80
Cañiza (La), Vigo	0.60
Caravaca, Murcia	0.60
Carballino, Orense	0 60
Carballo, Coruña	0.60
Carcagente, Valencia	0.60
Cariñena, Zaragoza	0.60
Carlet, Valencia	0.80

	Cambio por 100.
Carmona, Sevilla	0 60
Carolina (La), Linares	0.40
Carrión de los Condes, Palencia	0.60
Carriosa de Ensarriá, Alicante	0.50
Casas-Ibáñez, Albacete	0.65
Caspe, Zaragoza	0.60
Casá de la Selva, Gerona	0.45
Castro del Río, Córdoba	0.50
Castrogeriz, Burgos	0.60
Castropol, Oviedo	0.40
Castrourdiales, Bilbao	0.50
Castuera, Badajoz	0.40
Cazalla de la Sierra, Sevilla	0 60
Cazorla, Jaén	0.60
Cebreros, Avila	0 50
Celanova, Orense	0 60
Cervera, Lérida	0.35
Cervera del Río Alhama, Logroño	0.45
Cervera del Pisuerga, Palencia	0.80
Cieza, Murcia	0 40
Cifuentes, Guadalajara	0.70
Ciudadela, Palma	0 50
Ciudad Rodrigo, Salamanca	0.45
Cocentaina, Alcoy	0 50
Cogolludo, Guadalajara	0.70
Coín, Málaga	0.70
Colmenar, Málaga	1
Colmenar Viejo, Madrid	0 80
Colunga, Oviedo	0.45
Comillas, Santander	0.60
Consuegra, Toledo	0.60
Corcubión, Coruña	0.60
Coria, Cáceres	0.70
Cudillero, Oviedo	0.45
Cuéllar, Segovia	0.70
Cuevas de Vera, Almería	0.40
Cullera, Valencia	0 50
Chantada, Lugo	0 70
Chelva, Valencia	0.80
Cheste, Valencia	0 80
Chiclana de la Frontera, Cádiz	0 50
Chinchilla, Albacete	0.60
Chinchón, Madrid	»
Chiva, Valencia	0 80
Daimiel, Ciudad Real	0.35
Daroca, Zaragoza	0.50
Denia, Valencia	0.45
Deva, San Sebastián	0 50
Deza, Soria	0 70
Dolores, Alicante	0.50
Don Benito, Badajoz	0 35
Durango, Bilbao	0.50
Ecija, Sevilla	0 40
Egea de los Caballeros, Zaragoza	0.90
Eibar, San Sebastián	0 40
Elche, Alicante	0 30
Elorrio, Bilbao	0 60
Enguera, Valencia	0 50
Escalona, Toledo	»
Escorial (El), Madrid	0 50
Espinardo, Murcia	0.60
Estella, Pamplona	0 40
Estepa, Sevilla	0.70
Estepona, Málaga	»
Estrada (La), Pontevedra	0.60
Falset, Reus	0.70
Felanitx, Palma	0 40
Ferrol (El), Coruña	0.25
Figueras, Gerona	0.40
Fonsagrada, Lugo	0.80
Fraga, Huesca	0.60
Fregenal de la Sierra, Badajoz	0.40
Fuentesauco, Zamora	0.70
Gallarta, Bilbao	0 75
Gandesa, Reus	0.80
Gandía, Valencia	0 40
Garrovillas, Cáceres	0.80
Gaucín, Málaga	0.90
Gergal, Almería	0 80
Getafe, Madrid	0.70
Ginzo de Limia, Orense	0 60
Grado, Oviedo	0 45
Granollers, Barcelona	0 30
Graus, Huesca	0 50
Grazalema, Jerez	0 70
Guadix, Granada	0.40
Guardia, Vigo	0.70
Guía, Las Palmas	»
Hellín, Albacete	0.40
Hernani, San Sebastián	0.40
Hervás, Cáceres	0.45
Herrera de Pisuerga, Palencia	0 60
Hijar, Teruel	0.80
Hinojosa del Duque, Córdoba	0 60
Hoyos, Cáceres	0 70
Huete, Cuenca	0.60

	Cambio por 100.
Huércal-Overa, Almería...	0.60
Huéscar, Granada.....	0 60
Ibiza, Palma.	0 50
Icod, Tenerife	0.90
Igualada, Barcelona.....	0 25
Illescas, Toledo.....	0 70
Inca, Palma..... ...	0.40
Infantes, Ciudad Real	»
Infiesto, Oviedo	0.45
Irún, San Sebastián.....	0.30
Iznalloz, Granada..... .	0.90
Jabugo, Huelva.....	0.60
Jaca, Huesca.	0.45
Jadraque, Guadalajara	0.50
Jarandilla, Cáceres.....	0.70
Játiva, Valencia.	0.25
Jerez de los Caballeros, Badajoz.	0.45
Jumilla, Murcia.....	0.45
Labiana, Oviedo..... ...	0 60
Laguardia, Vitoria..... ..	0.60
Laguna (La), Tenerife.....	0.90
Lalín, Pontevedra..... .	0.80
Laredo, Santander.....	0.60
Ledesma, Salamanca.....	0 50
Lequeitio, Bilbao.....	0.50
Lerma, Burgos.	0.60
Lillo, Toledo.	0.60
Liria, Valencia.....	0.80
Logrosán, Cáceres.....	0.70
Loja, Granada	0.60
Lora del Río, Sevilla.....	0.60
Lorca, Murcia	0 30
Luarca, Oviedo.....	0 40
Lucena, Córdoba.....	0 50
Lucena del Cid, Castellón..	0 60
Llanes, Oviedo.....	0.40
Llerena, Badajoz.....	0 40
Llodio, Bilbao	0.70
Llummayor, Palma.....	0 40
Madridejos, Toledo.....	0.60
Mahón, Palma	0.35
Manacor, Palma.	0.40
Mancha Real, Jaén.....	0.45
Manresa, Barcelona.....	0.25
Manzanares, Ciudad Real..	0 30
Marbella, Málaga.....	0.70
Marchena, Sevilla.....	0 50
Marquina, Bilbao.....	0.50
Martos, Jaén...	0.40
Matamoros, Bilbao	0 60
Mataró, Barcelona.....	0.30
Medinaceli, Soria	0 50
Medina del Campo, Valladolid	0 35
Medina de Pomar, Burgos..	0.60
Medina de Ríoseco, Valladolid.	0 35
Medinasidonia, Cádiz... ..	0.60
Melgar de Fernamental, Burgos.....	0.60
Mérida, Badajoz.....	0.40
Mieres, Oviedo..... ...	0.45
Miraflores de la Sierra, Madrid.....	1
Miranda de Ebro, Burgos..	0.50
Moguer, Huelva.....	0 50
Molina, Guadalajara	0 60
Mondariz, Vigo.....	0.70
Mondoñedo, Lugo.....	0.50
Monforte, Lugo	0.50
Monóvar, Alicante	0.40
Montalbán, Teruel	0.80
Montánchez, Cáceres.....	0.70
Montblanch, Reus.	0 40
Montefrío, Granada	0.80
Montijo, Badajoz.....	0.50
Montilla, Córdoba.....	0.40
Montoro, Córdoba.....	0.40
Monzón, Huesca.....	0 60
Mora de Ebro, Reus	0.80
Mora de Rubielos, Teruel..	1
Morella, Tortosa.....	0.45
Morón, Sevilla.	0.50
Mota del Marqués, Valladolid..... ..	0.70
Motilla del Palancar, Cuenca	0.80
Motril, Granada	0 40
Mula, Murcia...	0.60
Murias de Paredes, León ..	0 80
Muro, Alcoy.....	0.60
Muros, Santiago	0.50
Nájera, Logroño..... .	0 60
Nava, Oviedo..	0.45
Nava del Rey, Valladolid ..	0 45
Navahermosa, Toledo	0 70
Navalcarnero, Madrid.....	0 90
Navalmoral de la Mata, Cáceres.....	0 60
Navia, Oviedo	0.50
Negreira, Santiago.....	0.80
Nerva, Huelva.....	0 60
Novelda, Alicante.....	0 30
Nova, Santiago.....	0 50
Nules, Castellón.....	0 60
Ocaña, Toledo.....	0.50

	Cambio por 100.
Olazagutia, Pamplona	0 50
Olivenza, Badajoz	0.45
Olmedo, Valladolid	0 70
Olot, Gerona	0.25
Olvera, Jerez	0.70
Onda, Castellón	0 50
Ondárroa, Bilbao	0 50
Onil, Alcoy	0 50
Onteniente, Valencia	0.50
Oñate, San Sebastián	0 40
Ordones, Coruña	0 80
Orduña, Bilbao	0.50
Orgaz, Toledo	0 70
Orgiva, Granada	0 90
Orihuela, Murcia	0.35
Orotava (La), Tenerife	0.90
Ortigueira, Coruña	0.50
Osuna, Sevilla	0 50
Pacheco, Murcia	0.60
Padrón, Santiago	0.45
Palafrugell, Gerona	0.30
Palamós, Gerona	0.30
Palma del Río, Córdoba	0.60
Palma (La), Huelva	0.60
Pampliega (Burgos)	0 60
Pastrana, Guadalajara	0.70
Peñafiel, Valladolid	0.70
Peñaranda de Bracamonte, Salamanca	0.40
Piedrabuena, Ciudad Real	0.60
Piedrahita, Avila	0.35
Pina, Zaragoza	1
Plasencia, Cáceres	0 50
Plencia, Bilbao	0.75
Pola de Lena, Oviedo	0.50
Pola de Siero, Oviedo	0.40
Pollensa, Palma	0 60
Ponferrada, León	0 50
Port-Bou, Gerona	0.35
Porriño, Vigo	0 60
Posadas, Córdoba	0.60
Potes, Santander	0 70
Pozoblanco, Córdoba	0 50
Pradoluengo, Burgos	0 50
Pravia, Oviedo	0 40
Priego de Córdoba, Córdoba	0 50
Priego, Cuenca	1
Puebla de Guzmán, Huelva	0 70
Puebla de Sanabria, Zamora	0.70
Puebla de Tribes, Orense	0 60
Puenteáreas, Vigo	0 60
Puente Caldelas, Pontevedra	0 70
Puente Cesures, Santiago	0.50
Puente del Arzobispo, Toledo	0 60
Puentedeume, Coruña	0.50
Puente Genil, Córdoba	0 50
Puerto de Cabras, Las Palmas	0.80
Puerto de la Cruz, Tenerife	1
Puerto de Santa María, Jerez	0 35
Puertollano, Ciudad Real	0 35
Puigcerdá, Gerona	0.40
Purchena, Almería	0.80
Quintanar de la Orden, Toledo	0.40
Quiroga, Lugo	»
Ramales, Santander	0.80
Ramallosa (La), Vigo	0.50
Rambla (La), Córdoba	0 50
Recuerda, Soria	0.60
Redondela, Vigo	0 50
Reinosa, Santander	0.45
Rentería, San Sebastián	0 35
Requena, Valencia	0.50
Riaño, León	0.80
Riaza, Segovia	0.70
Ribadavia Orense	0.60
Ribadeo, Lugo	0.45
Ribadesella, Oviedo	0.40
Ríonansa (Valle de), Santander	0.80
Ríotuerto, Santander	0.80
Ripoll, Gerona	0 35
Roa, Burgos	0.60
Roda (La), Albacete	0 50
Ronda, Málaga	0.60
Rute, Córdoba	0.60
Sabadell, Barcelona	0 25
Sacedón, Guadalajara	0.80
Sagunto, Valencia	0 70
Sahagún, León	0 50
Salas, Oviedo	»
Salas de los Infantes, Burgos	0.60
Saldaña, Palencia	0.80
Sama de Langreo, Gijón	0.50
San Clemente, Cuenca	0.70
San Feliú de Llobregat, Barcelona	0.50
San Feliú de Guixols, Gerona	0 25
San Fernando, Cádiz	0.30
San Leonardo, Soria	0.60

	Cambio por 100.
Sanlúcar de Barrameda, Jerez	0.35
Sanlúcar la Mayor, Sevilla.	0.60
San Martín de Valdeiglesias, Madrid	0.60
San Mateo, Castellón	0.60
San Pedro Manrique, Soria.	0.60
San Roque, Cádiz	0.60
Santa Coloma de Farnés, Gerona	0.45
Santa Cruz de la Palma, Tenerife	0.60
Santa Cruz de Mudela, Ciudad Real	0.40
Santa Fe, Granada	0.70
Santa María de Nieva, Segovia	0.80
Santo Domingo de la Calzada, Haro	0.40
Santoña, Santander	0.50
San Vicente de la Barquera, Santander	0.80
Sariñena, Huesca	0.60
Sarria, Lugo	0.70
Sedano, Burgos	0.70
Segorbe, Castellón	0.60
Seo de Urgel, Lérida	0.45
Sepúlveda, Segovia	0.45
Sequeros, Salamanca	0.80
Sigüenza, Guadalajara	0.35
Solsona, Lérida	0.50
Soller, Palma	0.30
Somorrostro, Bilbao	0.70
Sort, Lérida	0.80
Sos, Zaragoza	0.90
Soto del Barco, Oviedo	0.50
Sueca, Valencia	0.45
Tafalla, Pamplona	0.35
Talavera de la Reina, Toledo	0.35
Tamames, Salamanca	0.60
Tamarite, Huesca	0.45
Tarancón, Cuenca	0.45
Tarazona, Zaragoza	0.45
Tarrasa, Barcelona	0.25
Tárrega, Lérida	0.35
Telde, Las Palmas	1
Tineo, Oviedo	0.50
Tolosa, San Sebastián	0.40
Tomelloso, Ciudad Real	0.35
Tordesillas, Valladolid	0.70
Toro, Zamora	0.40
Torrecilla de Cameros, Logroño	0.50
Torrelaguna, Madrid	0.90
Torrelavega, Santander	0.90
Torrente, Valencia	0.80
Torrijos, Toledo	0.40
Totana, Murcia	0.70
Tremps, Lérida	0.60
Trubia, Oviedo	0.50
Trujillo, Cáceres	0.55
Tudela, Pamplona	0.30
Tuy, Vigo	0.45
Ubeda, Linares	0.35
Ugíjar, Granada	0.90
Unión (La), Cartagena	0.40
Utiel, Valencia	0.45
Utrera, Sevilla	0.60
Valdepeñas, Ciudad Real	0.25
Valencia de Alcántara, Cáceres	0.25
Valencia de Don Juan, León.	0.60
Valmaseda, Bilbao	0.50
Valoria la Buena, Valladolid.	1
Vall de Uxó, Castellón	0.60
Valle de Cabuérniga, Santander	0.90
Valls, Tarragona	0.25
Vecilla (La), León	0.90
Vega de Ribadeo, Oviedo	0.40
Velayos, Avila	0.40
Vélez Málaga, Málaga	0.45
Vélez Rubio, Almería	0.70
Vendrell, Tarragona	0.35
Vera, Almería	0.60
Vergara, San Sebastián	0.40
Verín, Orense	0.60
Viana del Bollo, Orense	0.60
Vich, Barcelona	0.25
Villablino, León	0.80
Villacañas, Toledo	0.50
Villacarriedo, Santander	0.90
Villacarrillo, Linares	0.50
Villada, Palencia	0.60
Villadiego, Burgos	0.60
Villafranca del Panadés, Barcelona	0.30
Villafranca del Bierzo, León	0.50
Villagarcía, Pontevedra	0.45
Villajoyosa, Alicante	0.40
Villalba, Lugo	0.70
Villalón, Valladolid	0.50
Villalpando, Zamora	0.70
Villamartín, Jerez	0.70
Villanueva de la Serena, Badajoz	0.40

	Cambio por 100.		Cambio por 100.
Villanueva y Geltrú, Barcelona	0.30	Vitigudino, Salamanca	0.50
Villarcayo, Burgos	0.60	Viver, Castellón	0.60
Villarramiel, Palencia	0.60	Vivero, Lugo	0.40
Villarreal de la Plana, Castellón	0.40	Yecla, Murcia	0.40
Villaviciosa, Oviedo	»	Yeste, Albacete	0.70
Villena, Alicante	0.40	Zafra, Badajoz	0.40
Vinaroz, Castellón	0.35	Zarauz, San Sebastián	0.50
		Zumaya, San Sebastián	0.50

IMPRESIONES Y NOTAS

Las huelgas generales.—En *Le Correspondant* anuncia Fernando Engeraud el fracaso de la *huelga general*, espantajo para asustar burgueses, presentado como supremo consuelo á las clases obreras.

La huelga general, ó mejor dicho, el paro universal, es un arma peligrosísima de dos filos con la que se cortarían seguramente los obreros aunque hicieran daño á la burguesía capitalista. Los ingleses, como gentes prácticas, se han encargado de inutilizar arma tan peligrosa. Desde 1889 viene Guesde trabajando por la huelga general de los mineros; pero Inglaterra, que por sí sola cuenta con tantos mineros como todos los demás países que enviaron representantes al Congreso obrero en que se planteó la cuestión del paro general, votó en contra, arrastrando con su actitud á no pocos representantes de otros países. Los obreros franceses continuaron opinando por la huelga, y al fin la hicieron estallar el año último con el escaso resultado que es conocido de todos.

***

Lo que hoy vale la vida.—Según dice en el *Forum* el profesor de Jena Encken, jamás ha valido tanto la vida del hombre como en la actualidad. En ningún tiempo ha tenido el

hombre á su disposición tantos ni tan eficaces medios de alcanzar el fin racional de su existencia mediante el desarrollo activo y poderoso de sus fuerzas intelectuales; jamás se ha visto tan perfectamente armado para hacer frente con firmeza á los diversos acontecimientos de la vida.

Los pesimistas están equivocados: una de las principales características del tiempo presente es la indiscutible victoria del altruísmo sobre el egoísmo. El egoísmo no produce nada grande, ni noble, ni fecundo, y eso lo saben lo mismo los individuos que las naciones. Las grandes empresas requieren sacrificios que no pueden pedirse á los egoístas; y si se estudian de cerca y se analizan concienzudamente las grandes conquistas del siglo XIX en todos los dominios de la actividad humana, se verá que todas son debidas al espíritu desinteresado y altruísta de sus promotores.

*
* *

El porvenir del negro.—La raza negra—dice Archibaldo Colguhun en la *North American Review*—cuenta en los Estados Unidos con ocho millones de representantes. ¿Qué hacer con estos negros? ¿Qué suerte les reserva el porvenir? Para muchos americanos es éste un problema de difícil solución.

Los negros son libres é iguales á los blancos en teoría; pero en la práctica todo el mundo los desprecia ó los odia, nadie los quiere, y salvo raras excepciones, esos ocho millones de individuos están de hecho desterrados de todos los cargos y empleos. ¿Por qué sucede esto en una nación tan amante de la libertad como los Estados Unidos? ¿Qué hacer con esa masa que representa más de la décima parte de la población total?

Al negro no es posible desterrarlo, ni proscribirlo, ni exterminarlo, ni siquiera abandonarlo á sí mismo, pues el día en que tal se hiciera el negro retrocedería inmediatamente y volvería al estado salvaje. Hay que trabajar, ante todo, en su

educación, por la creación de escuelas separadas de las demás, donde la instrucción se acomode á su capacidad mental. Luego hay que prepararle para que pueda ser útil en las profesiones agrícolas é industriales, y todo esto hay que hacerlo con urgencia, y no podrá hacerse mientras la raza blanca no abandone por completo sus ideas y preocupaciones tradicionales, viendo en el elemento negro un factor integrante de la nacionalidad yanki. Y eso es lo difícil.

***

Aforismos de Letamendi.—En la vejez son de difícil sanar los órganos todos por viejos; pero los hipogástricos y los de los miembros pelvianos lo son aún más, pues, sobre viejos, viven aturdidos de hipóstasis sanguínea.

En viejos ó achacosos, afectos de catarro crónico, es raro que prospere un catarro agudo; parece que aborta, pero es que pronto se acumula como aumento temporal de fluxión al crónico preexistente.

Joven cuyos males propenden á la cronicidad, viejo prematuro.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Il diritto criminale nella più antica legge conosciuta. *Disposizioni del Codice babilonese di Hammurabi* (2250 circa av. C.), per Vincenzo Manzini.—Torino, Unione tipografico-editrice, 1903.—Folleto de 27 págs.

En las excavaciones hechas en Susa por la misión francesa dirigida por M. J. Morgan, se ha descubierto hace pocos años, entre otras cosas, una estela donde está representado el rey Hammurabi, fundador de un nuevo Estado, en el acto de recibir de manos del dios del Sol de Sippar las reglas con las cuales ha de regir á su pueblo. Estas reglas están escritas con caracteres cuneiformes en ambos lados de la estela; y descifradas y traducidas por los asiriólogos, constituyen, al decir de los entendidos en la materia, el más antiguo de los códigos hasta hoy conocidos, supuesto que su antigüedad se remonta hacia el año 2250 antes de Cristo, ó sea medio siglo antes de la más vieja ley penal china de que hay memoria; cuando menos, quinientos años antes de la legislación del Sinaí; mil, antes del origen más remoto que se atribuye al Mânava-Dharma-Sâstra de Manú, y muchísimo tiempo antes de las constituciones griegas de Zalenco, Corondas, Dracón, etc.

El profesor Manzini, que recientemente había hecho un estudio relativo á la parte mercantil del Código de Hammurabi, traduce ahora á su lengua las muchas disposiciones penales del dicho Código, juntamente con el prólogo que lo precede y la sanción imprecatoria que lo acompaña; añadiendo también, de un lado, algunas prescripciones análogas de la ley mosaica, al intento de compararlas con las babilonias; y de

otro lado, ciertas consideraciones y observaciones críticas respecto al valor del Código de Hammurabi, ya en sí mismo, ya frente á otros de los antiguos, citados poco hace. El autor encuentra excelente la obra de Hammurabi, igual desde el uno que desde el otro punto de vista, y hace de ella grandes elogios. He aquí de qué modo resume su juicio acerca de ella:

«En virtud de lo dicho, debemos colocar por encima de todas las leyes orientales el Código de Hammurabi, que acabamos de examinar... Un derecho en el que predomina el elemento político laico; que emplea y aplica graduaciones y clasificaciones ético-psicológicas; donde sobre las disposiciones penales preponderan las normas civiles; que contiene implícita la distinción entre derecho patrimonial y derecho público; que formula y exige numerosas garantías procesales; que es aplicado por jueces profesionales; que reglamenta muy bien la imputabilidad; que hace uso de un sistema penal variado y complejo: un derecho semejante no puede menos de pertenecer á una civilización muy adelantada, como lo era, ciertamente, la del tiempo de Hammurabi.»

El opúsculo merece leerse.

P. Dorado

INDICE

Págs.

Ana (novela), por Enrique Sienkiewicz..... 5

El segundo Congreso internacional de Ciencias históricas (segundo y último artículo), por Rafael Altamira..... 38

El suicidio en sus diversas formas, por Edmundo González-Blanco..... 54

Bajo D. Amadeo de Saboya, por Juan Pérez de Guzmán..... 88

El año sociológico (1901-1902), por Adolfo Posada..... 116

Lecturas americanas, por Hispanus..... 135

Crónica literaria.—Mariucha (comedia de D. Benito Pérez Galdós), por E. Gómez de Baquero..... 159

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 167

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 202

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.— El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.

Goncourt—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual de Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde. — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.— Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhaüer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15. NUM. 177.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

SEPTIEMBRE, 1903

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

ANA

(NOVELA)

—

(CONTINUACIÓN)

IV

Por Pascua no volví á casa, á causa del examen del bachillerato, porque mi padre deseaba que lo sufriera antes de que comenzase el nuevo año escolar. Sabía bien que durante las vacaciones mis estudios no hubieran progresado gran cosa, y temía que con la holganza se me olvidase la mitad de lo que había aprendido en el año. En consecuencia, me dediqué al trabajo en cuerpo y alma. Además de las horas de clase en el colegio y de los trabajos preparativos del examen, daba lección de repaso con Selim en casa de un estudiante que había entrado ya en la Universidad, y que, por lo tanto, sabía lo que necesitábamos para el examen.

Esa época ejerció una duradera influencia sobre mí, porque mis ideas y mis pensamientos sufrieron una completa revolución, hasta el punto de que se vino abajo por completo el edificio que con tanto cuidado habían alzado mi padre y el padre Luis. El estudiante en cuestión era en todo y por todo un radical. Cuando nos exponía la historia romana, sabía harto bien comunicarme su indignación contra toda suerte de oligarquías, discutiendo acerca de las reformas de los Gracos, de manera que todos los principios aristocráticos de que hasta entonces había sido yo imbuído, se desvanecieron como niebla

por el viento. Con el acento de convicción íntima, nuestro joven maestro nos declaraba que un hombre, el cual había de adquirir en breve el grado de «estudiante universitario», debía ser superior á todos los prejuicios y mirar todas las cosas con ojos de filósofo. Generalmente hablando, él era de opinión que el hombre de diez y ocho á veintitrés años era el más adecuado para gobernar el mundo, para ejercer sobre la humanidad su saludable influencia, y que más adelante se convertía en un estúpido ó en un conservador.

De los hombres que no eran ni estudiantes ni profesores de Universidad, hablaba nuestro maestro con sincera compasión. Pero también él tenía sus ideales. Se le oía citar con preferencia á Moleschott y Büchner: eran los sabios que nombraba más á menudo y con mayor gusto. Había que oir el entusiasmo con que hablaba de los últimos progresos de la ciencia y de las sublimes verdades, las cuales, rechazadas por un pasado ciego y lleno de prejuicios, eran desenterradas ahora por los sabios modernos con infinita audacia, puestas á la luz del día y explicadas y reveladas á la humanidad.

Mientras hablaba de estas cosas fumaba una cantidad extraordinaria de cigarrillos, asegurando á este propósito que no había un hombre en toda Varsovia que pudiese superarlo en el fumar, porque había hecho de ello un ejercicio especial, y porque le daba absolutamente lo mismo echar el humo por la boca que por las narices. Y diciendo esto, se levantaba, se encapillaba el gabán, al que solía faltar más de la mitad de los botones, asegurándonos que necesitaba apresurarse para ir á otro *petit rendez-vous*. Y acompañaba el dicho con un parpadeo misterioso, indicador de que por ser nosotros demasiado jóvenes no podía ponernos al tanto de aquellos *rendez-vous*, pero que llegaría un tiempo en que lo entendiéramos sin necesidad de más explicaciones.

Aun cuando á nuestros padres no les hubiera agradado en modo alguno, nuestro estudiante poseía también buenas cualidades.

Ante todo, sabía á fondo lo que enseñaba, y era entusiasta del saber. Aun cuando no tuviese jamás un sueldo en el bolsillo, no exteriorizaba ningún pensamiento sobre si estaba bien ó mal; no vivía más que para la ciencia. Selim y yo le mirábamos como á una especie de sér superior, como una fuente inagotable de doctrina, como una altura inaccesible. Estábamos firmemente convencidos de que hubiera sido capaz, mejor que cualquier otro, de salvar en un momento dado á la humanidad de un grave peligro, él, el genio que imponía acatamiento y respeto. Y él mismo era completamente de nuestro parecer en este asunto.

Nos dejamos llevar, como es natural, por sus ideas, y en cuanto á lo que á mí se refiere, creo haber ido mucho más allá que el maestro. Era la natural reacción contra la educación hasta entonces recibida, además de que nuestro estudiante nos abrió de hecho la puerta de las incógnitas regiones de la ciencia, con las cuales no estaba en justa relación la esfera de mis conocimientos. Desde el día, pues, que abrí los ojos á las nuevas verdades, no tuve ya tiempo de volver hacia Ana mi pensamiento, que al principio no me había abandonado ni un instante. Sus cartas alimentaban el fuego del amor en mi seno; pero comparada con el mar de pensamientos que me bullía en el cerebro, nuestra vida de campo, quieta y pacífica, me parecía cada vez más mezquina é insignificante, y así también la figura de Ana se me hizo cada vez más nebulosa y desvanecida.

Por su parte, Selim procedía del mismo modo que yo por el nuevo camino, y pensaba tanto menos que yo en Ana, cuanto que había empezado á mirar por la ventana á cierta vecinita llamada Josefina. Selim ponía los ojos lánguidos, y de esta suerte, tanto el uno como la otra acabaron por contemplarse todo el día como dos pájaros en la jaula. Selim declaró con increíble firmeza: «¡O ella ó ninguna otra!» A veces se echaba en la cama con intención de estudiar, pero al poco tiempo tiraba al suelo el libro, se ponía en pie, me abrazaba y gritaba riendo como un loco:

—¡Ah, Josefina! ¡cuánto te quiero!

—¡Véte al diablo con tus simplezas!—le decía yo.

—¡Ah! verdad es que tú no eres Josefina—respondía patéticamente, y volvía á sus libros.

Llegó, por fin, la época del examen. Nos fué muy bien á ambos; quedamos libres como los pájaros del aire, y permanecimos otros tres días en Varsovia. Aprovechamos este tiempo para que nos hicieran el vestuario de estudiante y para darnos una fiesta, que nuestro maestro consideró absolutamente necesaria, la cual consistió en ir á beber á uno de los primeros establecimientos de vinos.

Desde la segunda botella, á Selim y á mí comenzó á darnos vueltas la cabeza, y nos dió por experimentar una gran ternura y una gran efusión de ánimo. Nuestro maestro tomó la palabra y nos dijo:

—Ahora ya sois hombres, y todo el mundo os está abierto, ahora podéis permitiros toda suerte de placeres, derrochar el dinero, daros buena vida. Podéis también enamoraros, mas os digo que todo eso es vanidad. Una vida exterior, sin fin, sin objetivo, sin un pensamiento por el que trabajar y luchar, es una tontería. Para vivir sabiamente y combatir como inteligentes en la lucha por la vida, es menester considerar las cosas tales como son. Yo no creo nada si antes no lo he tocado con mis propias manos, y no puedo menos de aconsejaros que hagáis lo mismo. Hay sabe Dios cuántos modos de considerar la vida, y Dios sabe cuántos conceptos en el mundo; y todos tan embrollados y confusos, que no sabría deciros la cabeza que se necesitaría tener para desentrañarlos. Por esto yo me atengo á la ciencia y no me preocupo de lo demás. La vida es una colosal locura, aunque no me descomponga ni le tire á nadie una botella á la cabeza para demostrarlo; pero no por ello es menos conveniente saberlo. Si no fuese por esto, hace tiempo que me hubiera saltado la tapa de los sesos, cosa que, según mi opinión, cada cual tiene derecho á hacer, y cosa que yo haré indudablemente en el caso de que mis convicciones

naufragasen. Nos engañamos en todo y por todo. Tu amigo y la mujer á quien amas te engañan; tú crees, y llega el momento en que comienzas á dudar. En la ciencia es cosa muy distinta. Te engolfas, por ejemplo, en la observación de los órganos de nutrición de los moluscos. Te abstraes toda la vida, sin reparar cómo poco á poco se va haciendo todo cada vez más triste y sombrío en tu alrededor; por último, se lee tu esquela de defunción y unas notas biográficas; se ve tu retrato en el *Mundo Ilustrado*, y «la comedia ha concluído». Así son las cosas y no de otra manera, jóvenes, os doy mi palabra de honor. No tenéis necesidad de creer en todas las tonterías que os dan á entender. La ciencia, es conveniente que lo sepáis, es el único terreno estable sobre el que se pueda andar; y además, se tiene la ventaja, ocupándose en cosas científicas, de poder vivir frugalmente y dormir sobre un jergón de paja. ¿Me habéis comprendido?

—¡A la prosperidad de la ciencia y á tu salud!—exclamó Selim, cuyos ojos brillaban como dos ascuas.

Nuestro maestro se pasó los dedos por su enorme pelambrera, vació otro vaso de vino, dió unas chupadas á su cigarrillo y echó por las narices dos nubes de humo; después continuó:

—Al lado de las ciencias positivas... Selim, ya estás borracho... al lado de las ciencias positivas, digo, surge la filosofía, surge el libre pensamiento. También esto es más que suficiente para llenar la vida entera de un hombre. Pero yo prefiero las ciencias positivas á la filosofía, de la cual me río sencillamente porque no trata más que de vana palabrería; sólo en apariencia se estudia en ella la persecución de la verdad. Generalmente hablando, yo no puedo sufrir las palabras; me atengo de mucho mejor grado á los hechos, á la realidad. No se hace el caldo de agua pura. La libre indagación, el libre pensamiento son otra cosa; por una convicción se debe afrontar cualquier peligro. Vosotros, como vuestros padres, habéis recorrido un camino falso... ¡dejadlo! ¡Viva la libertad de pensamiento!

El sombrío establecimiento nos parecía que se iba poniendo cada vez más turbio, y la lámpara que estaba sobre la mesa nos parecía que ardía cada vez peor; el humo velaba los cuadros que colgaban de las paredes. Bajo la ventana, en el patio, un mendigo cantaba la *Salve Regina*, y en las pausas del canto sonaba en el violín una apagada melodía. Me sentí dominado por un sentimiento extraño. Yo prestaba plena fe á las palabras del maestro; sin embargo, me parecía que lo que había dicho no podía ser en ningún modo el concepto esencial de la vida. Me faltaba algo...; y, contra mi voluntad, se apoderó de mí un vivo sentimiento de deseo, por lo que, dominado por el vino y por las sensaciones del momento, pregunté en voz baja:

—¿Y no hay que hablar de las mujeres? ¿No es, pues, nada en la vida una mujer que nos ama, que nos abandona?

Selim comenzó á cantar:

La donna e mobile
qual piuma al vento...
.....
E sempre misero
chi à lei s'affida...

con lo que sigue.

Nuestro maestro me miró extrañamente, como si pensara en otra cosa; después escupió, y dijo:

—¡Oh!, tu sentimentalismo te vuelve á dominar. ¿Sabes una cosa? Selim se hará hombre mucho más pronto que tú...: á ti, de un modo ó de otro, vendrá á llevarte el diablo. Guárdate bien, querido, de que no tropieces con alguna sotana y te amargue la vida. ¡Mujeres, mujeres!—y al decir esto frunció las cejas, como tenía por costumbre.—¡Conozco todo el género! No es que tenga por qué quejarme..., Dios lo sabe...; no, no puedo quejarme. Pero sé perfectamente que al diablo no hay que darle ni siquiera el dedo meñique, porque, de otra suerte, se toma toda la mano. ¡Las mujeres! ¡el amor! Toda nuestra infelicidad está en eso: en conceder demasiada impor-

tancia á futilidades. Si quieres divertirte con las mujeres, hazlo en buen hora; pero no pongas en juego la vida. Por lo menos, que sirva la inteligencia para no pagar en dinero contante una mala merced. ¿Creéis vosotros que yo odio á las mujeres? ¡Ni siquiera soñarlo! Me agradan, por el contrario; pero no me dejo llevar nunca á la infelicidad por mi imaginación. Me acuerdo muy bien de que cuando me enamoré por primera vez de una cierta Lola, estimaba digno de adoración hasta el vestido que se ponía, aunque fuese de algodón. Y bien: ¿tenía ella acaso la culpa si en vez de volar por el cielo andaba por el fango? Ciertamente que no: yo solo tenía la culpa; yo solo, por haberme imaginado tontamente que ella tenía alas. El hombre no es más que una criatura limitada. Más de uno tiene en el corazón el propio ideal; y como tiene necesidad de amar á la primera ocasión que se le presente, se dice á sí mismo: «Es ella». Más adelante se percata de que se ha equivocado; pero á consecuencia de aquel error, el diablo se ha apoderado de él, y continúa siempre siendo un majadero.

—Pero usted admitirá que el hombre siente la necesidad de amar, y estoy seguro de que también la siente usted, como todos los demás—dije yo.

Los labios de nuestro maestro se plegaron con una sonrisa imperceptible.

—Todas las necesidades pueden satisfacerse de varios modos: en cuanto á mí, trato de satisfacer las mías; pero, como he dicho, no concedo demasiada importancia á futilidades. Yo soy, y Dios lo sabe, más dueño de mí, más sobrio que en este momento; y os digo, y repito, que no vale la pena de poner en juego la vida por las mujeres: hay fines mejores y más elevados que alcanzar. ¡A la salud de la razón y de la sociedad!

—¡A la salud de todas las mujeres!—gritó Selim.

—Muy bien está ese brindis. También ellas son criaturas amabilísimas, con tal que no se las tome en serio. ¡A su salud y prosperidad!

—¡A la salud de Josefina!—exclamé, chocando mi vaso con el de Selim.

—¡Muy bien! Ahora me toca á mí—respondió él.—¡A la salud..., sí, á la salud de tu Ana!: una vale la otra.

Al oir esto se me subió la sangre á la cabeza, y se me inyectaron los ojos.

—¡Cállate, Selim!—grité.—¡No se debe pronunciar ese nombre en una taberna!

Y diciendo esto, arrojé al suelo mi vaso, con tanta fuerza, que se rompió en mil pedazos.

—¿Estás loco?—gritó el maestro.

No, no estaba loco; pero me sentía dominado por la cólera. Yo había oído tranquilamente la opinión y las sentencias de nuestro maestro respecto de las mujeres, y hubiera podido hasta tomar parte á favor de lo que decía, porque todas aquellas cosas no me afectaban en nada, y ni á cien leguas hubiese creído que podían aplicarse á persona que me fuese cara. Pero cuando oí intercalar el nombre de mi pura, inocente y amadísima Ana en nuestra cínica conversación, me hizo el efecto de que se la hacía una gran injuria; me pareció un inaudito vilipendio, y la indignación casi me hizo perder el sentido.

Selim se quedó un instante atónito; pero después se le hincharon las venas de la frente; se le puso la cara arrebatada; le llamearon los ojos; se le descompusieron las facciones: ¡aparecía el tártaro!

—¡Ah! ¿me vas á prohibir que diga lo que quiera?—prorrumpió anhelante.

Por fortuna, nuestro maestro se puso en medio de los dos.

—¡No sois dignos del traje de estudiante que lleváis!—exclamó.—¿Queréis apalearos, queréis pegaros como los chiquillos? ¡Bonitos filósofos estáis hechos! ¡Avergonzaos! ¡Pasar de la polémica al pugilato! Vaya, bebo á la salud de la Universidad, y declaro que sois dos asnos si no llenáis vuestros vasos y no os bebéis hasta la última gota.

Nos calmamos ambos en seguida. Aun cuando Selim hubiese bebido más que yo, fue el primero en reponerse.

—Perdóname—dijo conmovido,—perdóname; he sido un tonto.

Nos abrazamos afectuosamente, y vaciamos los vasos hasta el fondo. Nuestro maestro entonó el *Gaudeamus*. Los camareros comenzaron á mirarnos por la ventana que daba á la habitación contigua. Estábamos borrachos, en la mayor extensión de la palabra. Nuestra hilaridad había llegado á su apogeo, y ya comenzaba poco á poco á declinar. El maestro se sumió primero en una grave meditación, y después, repentinamente, prorrumpió:

—Sí, todo es bellísimo, todo es buenísimo; pero la vida es, de todos modos, algo estúpido. Lo que hemos dicho hace poco no es más que un medio ficticio, exterior; en lo interior es otra cosa. Y mañana, como hoy... las mismas necesidades, la misma miseria, las mismas paredes desnudas, el mismo traje viejo, y así sucesivamente, sin concluir. Trabajo, nada más que trabajo; ¿y la felicidad... dónde? El hombre se engaña á más y mejor, y al fin se sofoca en el... basta. ¡Adiós!

Diciendo esto, se puso la gorra, hizo maquinalmente unos ademanes, que significaban el querer abrocharse unos botones ausentes, y encendió un cigarrillo. Después buscó á tientas la puerta, y dijo:

—Pagad vosotros. Yo no tengo un céntimo. No es necesario que os volváis á acordar de mí si os parece. Lo mismo digo por lo que á mí respecta. Yo no soy demasiado sentimental. ¡Adiós, mis buenos jovencillos!

En el acento con que pronunció las últimas palabras había una emoción que desmentía lo que declaraba. Su pobre corazón era como todos los otros: susceptible de amor y capaz de amar; pero la desgracia, la pobreza y la indiferencia de sus semejantes, cosas que debía de haber sufrido desde la niñez, le habían hecho sombrío, inaccesible. Era un tipo de hombre

altivo y de vivos sentimientos, y temía siempre ser rechazado si demostrase afecto á alguien.

Selim y yo permanecimos oprimidos por cierta melancolía, y nos quedamos un momento sin decir palabra; tal vez se insinuaba en nuestro ánimo el obscuro presentimiento de que no volveríamos á ver en esta vida á nuestro pobre maestro. Ni él ni nosotros teníamos entonces la menor sospecha de que incubase en su seno el germen de esa enfermedad contra la que no hay remedio: en otoño, á principios de Octubre, le mató la tisis.

Murió en tiempo de vacaciones, y pocos fueron los compañeros de estudios que acompañaron el entierro al cementerio. Sólo su anciana madre, que vendía estampas de santos y velas de cera en la puerta de la iglesia de los Dominicos, lloró á lágrima viva al hijo, á quien ella no siempre le había comprendido, pero al que, de todos modos, le había soportado con el inmenso amor de madre.

V

Al día después de nuestro gaudeamus, Mirsa nos mandó el coche para que nos recogiera, y marché con Selim para Corzelli. Teníamos en perspectiva dos días de viaje, y en cuanto alboreó saltamos de la cama. En nuestra casa dormían todos todavía; pero en la de enfrente, en medio de geranios y violetas, aparecía el rostro de Josefina. Selim se había puesto en bandolera una cartera de viaje, y en la cabeza la gorra de estudiante, para indicarle que partía... Una triste mirada fue la respuesta. Pero habiéndose él puesto una mano en el corazón, y mandado con la otra un beso hacia la ventana, la carita se ruborizó entre las flores y se retiró al interior del cuarto. El coche, enganchado á dos buenos caballos, nos esperaba, y ya era hora de marchar. Pero Selim permanecía aún en la ventana, y esperaba á que volviese la aparición en la

casa frontera. Su esperanza fue vana: la ventana permaneció vacía. Pero cuando bajamos á la calle, percibimos en el portal de la casa de Josefina, allá en el fondo, una figura de jovencita. Selim se precipitó en el acto hacia aquel lugar, y á mí me pareció oir cuchicheos, sollozos y rumor de besos. Por fin salió mi amigo y montó conmigo en el carruaje; estaba triste y gozoso al mismo tiempo. El cochero arreó á los caballos, y ambos nos volvimos involuntariamente hacia la ventana, en la que vimos semiasomada á Josefina. Una manecita blanca hizo un ademán de despedida; después el coche rodó por el camino y nos llevó lejos de allí á mí y al ídolo de la pobre muchacha. Era muy temprano todavía: la ciudad yacía entregada al sueño; la rosada luz de la aurora iluminaba las ventanas de las casas, en las que dormían todos aún. De cuando en cuando un pajarillo despertaba al eco con sus trinos, é interrumpía el silencio el rumor de los pasos de algún transeunte; nos cruzábamos también con algunos carros que venían del campo á la ciudad, cargados de hortalizas. Era una mañana de estío, límpida, alegre, fresca, y nuestro coche rodaba suavemente por la carretera. Del río comenzó á subir un airecillo fresco, refrigerante; el puente resonó bajo los cascos de los caballos, y media hora después nos encontramos en pleno campo, rodeados de bosques.

Respirábamos á plenos pulmones aquella brisa matutina, y nuestros ojos se deleitaban con la vista del hermoso país. La tierra parecía salir del sueño: de las húmedas hojas de los árboles pendían innumerables perlas de rocío, que brillaban también en las espigas de los campos cultivados; los pájaros saludaban alegremente á la mañana con sus gorjeos. Mientras tanto, la niebla se iba desvaneciendo; aquí y allí veíanse extensiones de agua sobre los prados, y las cigüeñas volaban majestuosamente entre las áureas flores vulgarmente llamadas boca de león. Todo en rededor expresaba la gloria de la Naturaleza, como si todo renaciese á una nueva vida y cantase:

A la aurora sonríen
la tierra y la marina
cuando se tiñe el cielo
con su luz purpurina.

Lo que pasaba por nuestros corazones, se lo puede fácilmente imaginar el que recuerde la vuelta á su casa en una deliciosa mañana de verano.

Los años de nuestra infancia, los años de colegio con todos sus deberes y obligaciones, habían pasado ya para nosotros; despuntaba con todos sus atractivos y seducciones la edad de la juventud, y se nos presentaba ante los ojos la perspectiva inmensamente amplia de una vida llena de todas las alegrías de la existencia. Era una región interesante y desconocida aquella hacia la cual nos encaminábamos, y nos parecía que nos amparaba una benigna estrella, porque los dos éramos fuertes y sentíamos que nos crecían alas de águila.

La juventud es el tesoro más precioso de la vida, y de él no habíamos disipado todavía la más pequeña parte. Avanzábamos prestamente, porque en todas las principales estaciones nos esperaban caballos de relevo; viajamos toda la noche, y á la segunda tarde, dejando el bosque á la espalda, descubrimos las primeras casas de Corzelli. El camino estaba bordeado por dos filas de árboles. A poca distancia extendíanse grandes estanques, en torno de los cuales se alzaban algunos molinos.

Se oía el canto de las ranas. Los campesinos, con sus haces al hombro, volvían á sus hogares, entonando la canción de la recolección. Toda aquella buena gente se paraba al ver el coche, saludaba á Selim y le besaba la mano.

Mientras tanto, el sol se iba ocultando lentamente. Torcimos á la derecha, y apareció el palacio de Mirsa. Llamaba la campana para la cena, y al mismo tiempo en lo alto del minarete se oyó la voz del muecín, el cual anunciaba á los habitantes de la casa que la noche estrellada descendía sobre la tierra y que Alá era grande. Como si quisiese prestar su apro-

bación, una cigüeña, que se sostenía en una pata, alzó el pico hacia el cielo y lo bajó después, haciendo con la cabeza un movimiento que parecía un saludo. Miré á Selim; los ojos se le llenaban de lágrimas y demostraba una hondísima emoción.

Entramos con el coche en el patio. Ante la puerta de la casa estaba sentado el viejo Mirsa, fumando en una larga pipa y lanzando al espacio azuladas nubes. En cuanto vió á su hijo, se levantó, fué á su encuentro y le estrechó largamente, amorosamente contra su pecho, porque aun cuando era muy severo, le quería sobre todas las cosas. Luego se informó del resultado de los exámenes; y habiendo obtenido una respuesta satisfactoria, abrazó de nuevo á su hijo. Toda la numerosa servidumbre acudió á saludar al amito; también los perros le saltaban ladrando alegremente. Desde el balcón se precipitó la loba domesticada.

—¡Sula, Sula!—gritó Selim á la favorita del anciano Mirsa; y ella puso las enormes patas en los hombros del amo joven para lamerle la cara, y mostraba al aullar sus terribles defensas.

Entramos en el comedor. Yo no hacía más que mirar en rededor desde que llegué á Corzelli, como quien espera encontrar grandes cambios; pero nada había cambiado. Los retratos de los antepasados, tanto el coronel como el alférez, colgaban de las paredes, y aquel terrible Mirsa, aquel coronel de húsares de tiempos de Sobieski, que me miraba siempre con sus penetrantes ojos y su cara llena de cuchilladas, me pareció más feo y espantoso. Quien había cambiado era Mirsa, el padre de Selim. Ya no eran negros sus cabellos, sino que tiraban extraordinariamente á grises; sus largos bigotes estaban casi blancos, y en sus facciones aparecía cada vez más acentuado el tipo tártaro. ¡Qué diferencia entre Mirsa y Selim, entre aquellas facciones pronunciadas, severas, hasta duras, y el rostro de ángel de mi amigo, con su dulcísima mirada! Sin embargo, nada más tierno que la mirada de Mirsa, que contemplaba al joven, siguiéndole en todos sus movimientos.

Para no perturbar á los dos, quise retirarme; pero Mirsa, hospitalario como un gentilhombre polaco, comenzó á abrazarme á mí también y me invitó á pernoctar en su casa. Le dí las gracias sin aceptar, porque experimentaba el irresistible deseo de encontrarme entre los míos; pero hube de quedarme á cenar. Salí de Corzelli ya avanzada la noche, y cuando estuve cerca de casa los gallos comenzaban ya á cantar: era ya, pues, más de media noche. En el pueblo no se veía ninguna luz, y solamente en lontananza, á orillas del bosque, brillaba todavía una vela en la choza del carbonero. Los perros ladraban. En el camino que conducía al poblado reinaba tal obscuridad, que no se veía á dos pasos de distancia. Me crucé con un coche tirado por dos caballos; dentro iba un hombre que cantaba á toda voz, pero no pude reconocerle. Me adelanté hacia la casa; las ventanas estaban cerradas. Todos dormían, y solamente los perros acudieron de todas partes ladrando en torno de mi coche. Me apeé y llamé á la puerta, pero tuve que esperar un gran rato antes de que me abriesen. Experimenté una impresión desagradable, porque creí que me esperasen. Por fin apareció una luz detrás de la ventana, y una voz de hombre somnoliento, que reconocí en seguida por la de Francisco, preguntó:

—¿Quién es?

—¡Yo!—respondí.

Francisco abrió al punto la puerta y me cogió las manos. Pregunté si estaban todos bien.

—Sí, están bien todos—contestó;—el amo ha marchado á la ciudad y estará de vuelta mañana.

Me condujo al comedor, encendió la lámpara y salió para preparar el té. Quedé un momento solo, con el corazón palpitante y como con aprensión; pero ese momento fue breve, porque no tardó en aparecer el padre Luis con camisa de dormir, la buena señora de Ives con bata y los inevitables rizos bajo la cofia, y Casimiro, que hacía ya un mes que estaba en casa, de vacaciones, á medio vestir. Todos me dieron conmovidos la

bienvenida; se quedaron maravillados de lo que yo había crecido; el padre Luis afirmó que tenía aspecto de hombre; la señora de Ives, que estaba más guapo. El reverendo me pidió con timidez la papeleta de examen, y cuando vió el buen resultado obtenido, comenzó á llorar y á llamarme su «querido jovencillo».

De repente se oyó en la habitación contigua un ligero rumor de piececitos desnudos: eran mis hermanillas. Entraron corriendo, vestidas nada más que con la camisa, y gritando repetidamente con alegría:

—¡Ha llegado Enrique! ¡ha llegado Enrique!—y se me subieron á las rodillas.

En vano la señora de Ives trató de contenerlas; dijo que no era decente que dos señoritas grandecitas ya se dejaran ver de tal manera; pero las pequeñas no le hicieron caso, me echaron los brazos al cuello y juntaron sus cabecitas con mis mejillas. Después de un rato pregunté, algo cortado, por Ana.

—¡Oh! ya verá usted lo que ha crecido—contestó la señora de Ives.—Vendrá ahora; probablemente se estará vistiendo.

No hube de esperar mucho, porque en aquel momento entró Ana en la habitación. La miré. ¡Gran Dios! ¡Lo que se había hecho en seis meses aquella pobre y delgada huerfanita de diez y seis años! Me encontraba ante una joven ya formada.

Su rostro estaba más lleno y redondeado; había tomado un color delicado y sano, y lo rosado de sus mejillas parecía como el reflejo de la aurora. De toda su persona irradiaba salud, juventud, frescura y gracia infinita; era semejante á una rosa próxima á abrirse. Observé que ella me miraba llena de curiosidad con sus grandes ojos azules, y que no le había pasado inadvertido mi estupor y la impresión que me había producido, porque en sus labios se dibujó una indescriptible sonrisa. En la curiosidad con que nos mirábamos ambos, había un poco de la vergonzosa cortedad del joven y de la muchacha. Las relaciones fraternales de un tiempo habían desaparecido de repente para no volver más.

¡Ah! ¡qué encanto había en aquella sonrisa, en aquella secreta alegría que se traslucía en sus ojos! La luz de la lámpara proyectaba sus rayos sobre los rubios cabellos de la joven; se había puesto un vestido obscuro, y se había echado sobre los hombros una talmita negra que sujetaba sobre el pecho. En todos los detalles se observaba cierta negligencia, que denotaba la prisa con que se había vestido.

Al darme la bienvenida me tendió la mano, que estreché y sentí caliente y mórbida como el terciopelo; aquel contacto me reanimó; cuando la dejé no era más que una simple niña, muy diferente de una criadita; pero ahora se había convertido en una verdadera y completa señorita que, con la expresión de la cara y con la gentil actitud, revelaba en seguida mucha educación y la frecuencia de la buena sociedad.

Sus ojos revelaban un espíritu vivo y un alma ya consciente; por todos conceptos había dejado de ser una niña, y lo demostraba aquella dulce sonrisa indefinida, aquella cierta inconsciente coquetería con que me miraba, y que evidentemente me demostraba que había comprendido bien las relaciones que corrían entre nosotros. Reconocí en seguida que, en cierto sentido, Ana me era ahora superior, porque, aun cuando yo hubiese adquirido más conocimientos, no estaba tan desenvuelto como ella. La joven conversaba y hablaba con mayor seguridad conmigo que yo con ella; hasta la preponderancia que tenía yo como amo y tutor había desaparecido, sin que yo supiese cómo.

Durante el viaje había pensado cómo habría de saludarla y cómo la habría de hablar, y había resuelto que la trataría con indulgencia y con mucha afabilidad; en aquel instante todos mis proyectos se habían desvanecido como pompas de jabón; los términos se habían invertido, ni más ni menos: yo no estaba afable con ella, y ella parecía estarlo mucho conmigo.

No logré darme cuenta en seguida de esto. Yo me había propuesto preguntarle lo que estudiaba, qué había aprendido, cómo ocupaba el tiempo, si se había granjeado la benevolen-

cia de la señora Ives y del padre Luis; y al contrario, era ella la que con su sonrisita en los labios me preguntaba qué había yo hecho, qué había aprendido y qué era lo que pensaba hacer en seguida. Era extraño que ocurriese todo completamente al revés de lo que había imaginado.

Después que hubimos hablado juntos una media horita, nos fuimos á descansar.

Pensativo, en parte sorprendido, en parte desilusionado y también un poco triste, me retiré á mi cuarto; pero el amor, encendido de nuevo, me invadió el corazón, y cambió por completo la impresión recibida.

La figura de Ana, tan joven, tan encantadora, que, aún somnolienta, se sujetaba con las blancas manos la manteleta, un poco en desorden sobre el pecho, mientras le caían sueltas por los hombros las rubias trenzas, se me quedó viva en la mente, y con ella ante los ojos me adormecí.

VI

A la mañana siguiente me levanté muy temprano, y corrí al jardín. Era una mañana admirable: las flores, bañadas por el rocío, brillaban temblando bajo el sol matinal.

Corrí hacia el emparrado, porque el corazón me decía que allí había de encontrar á Ana; pero secundé con harta rapidez el presentimiento del corazón: Ana no estaba. Unicamente después del desayuno me encontré á solas con ella, y pude preguntarle si le agradaba dar un paseíto por el jardín. Consintió gustosa y corrió á su cuarto, de donde volvió en seguida con un sombrero de paja que le sombreaba la frente y los ojos, y con una sombrilla en la mano. Por bajo del sombrero me dirigió una sonrisa, como si quisiera decirme: «¡Mira qué bien me sienta!»

Bajamos al jardín. Tomé el camino hacia el emparrado, y andaba pensando cómo entablar del mejor modo posible una

conversación con Ana, porque comprendía bien que ella, la cual lo hubiera logrado mucho mejor que yo, gozaba con mi cortedad y no quería venir en mi ayuda. Paseaba callado, al lado suyo, y recorría con el látigo de montar las corolas de las flores que bordeaban el camino, hasta que Ana lo cogió y dijo riendo:

—Pero, señor Enrique, ¿qué le han hecho á usted estas pobres flores?

—¡Ah, Ana! no me han hecho nada ellas, pero el caso es que no acierto ya á entrar en conversación contigo. ¡Has cambiado tanto, Ana!

—Supongamos que sea así. ¿Le desagrada acaso?

—No puedo precisamente afirmar eso—respondí con tristeza,—pero no acierto con lo que me pasa; me parece que tú y la pequeña Ana de un tiempo sois dos personas completamente diversas; la última va mezclada á todos mis recuerdos y es cara á mi corazón como una hermana, Ana, y por eso...

—Y por eso ésta de ahora—y se paró—le es extraña. ¿No es así?—preguntó sumisamente.

—Ana, ¿cómo puedes ni pensarlo siquiera?

—No es sino natural, aunque pueda ser triste—respondió. —Usted busca en su corazón aquel amor fraternal de un tiempo, y no le encuentra ya: eso es todo.

—No; en mi corazón no tengo necesidad alguna de buscar á la Ana de mi tiempo... ella ha estado siempre allí; pero en ti la busco en vano, y por lo que se refiere al corazón...

—Por lo que se refiere á su corazón—me interrumpió festiva,—puedo fácilmente imaginarme aquel en que he estado. Debe usted habérselo dejado en Varsovia.

La miré fijamente á los ojos. No sabía si lo que ella deseaba era solamente escrutarme, ó si, fiando en la impresión que me había producido la noche antes, quería jugar conmigo. De repente fui presa del acostumbrado espíritu de contradicción, y al mismo tiempo se me ocurrió también que me ponía en ridículo si continuaba mirándola fijamente con ojos de ciervo

moribundo; vencieron los sentimientos que me asaltaban, y repliqué:

—¿Y si fuese así en efecto?

Una expresión apenas perceptible de asombro y de desagrado apuntó en el sereno rostro de la muchacha.

—Entonces, si verdaderamente es así—respondió,—no soy yo quien ha cambiado, sino usted.

Al decir estas palabras se extendió por su cara una sombra de tristeza, y por algunos minutos caminó en silencio á mi lado, meditabunda. Yo me esforzaba en esconder la alegría que me habían causado sus palabras. Ella había dicho que tal vez yo amaba á otra y que había cambiado, pero que ella no; así, pues, me amaba... La alegría no me dejaba llegar al fin de esta conclusión. Y no obstante todo esto, yo no había cambiado; ella era realmente la cambiada. A la niñita aquella de seis meses antes, ignorante de todo, que no tenía la más mínima idea de las cosas de este mundo, no se le hubiera ocurrido nunca hablar como lo hacía: entonces un discurso semejante le hubiera sido completamente incomprensible; hoy lo parlaba con tanta libertad y desenvoltura como si para ella hubiera sido una cosa de todos los días.

¡Qué maravillosamente se había desenvuelto su espíritu! ¡qué ágil y elástico se había hecho!

Por lo demás, semejantes milagros no deben ser raros en las muchachas: más de una se acuesta una noche niña, y á la mañana se despierta con sentimientos de sí y del mundo completamente cambiados. Para Ana, dotada por Naturaleza de una exquisita sensibilidad, de una agudeza y de una facilidad de comprender no común, la entrada en su décimoséptimo año, la nueva esfera social, la iustrucción recibida y tal vez también la secreta lectura de alguna novela, habían sido bastante para provocar y realizar semejante metamorfosis.

Anduvimos en silencio uno al lado del otro.

Ana fue la primera en hablar.

—Así, pues, ¿está usted enamorado, señor Enrique?

—Es posible—respondí sonriendo.

—¡Entonces deseará volverse pronto á Varsovia!

—No, Ana; sería feliz si pudiese quedarme siempre aquí.

Ella me dirigió una mirada; era evidente que quería decir algo, pero se calló. Pasados unos momentos, se sacudió el vestido con la sombrilla, y luego, como si respondiese á sus propios pensamientos, dijo:

—¡Qué tontísima soy!

—¿Por qué, Ana?—pregunté.

—Por nada... Sentémonos en ese banco y hablemos de otra cosa. Qué bonita vista se ve desde aquí, ¿no es verdad?—preguntó de pronto con su habitual sonrisa en los labios.

Y fué á sentarse bajo un gigantesco tilo, en un banco desde el que se descubría, en efecto, una magnífica vista: el estanque y la selva.

Ana me indicaba con su sombrilla todas aquellas bellezas, y si bien me agradaban las hermosas vistas, en aquel momento no estaba en vena de admirarlas. En primer lugar, las conocía bien; en segundo, Ana me parecía mucho más bella que cuanto me rodeaba; y en tercer lugar, pensaba en otras cosas.

—¡Qué lindos son aquellos árboles, vistos en el espejo del agua!—dijo Ana.

—Me parece que te has hecho una artista—repliqué, sin ver los árboles ni el agua.

—El padre Luis me ha enseñado á dibujar. Por lo demás, son muchísimas las cosas que he aprendido durante su ausencia. Quisiera... ¿Pero qué tiene? ¿Está enfadado conmigo?

—No, Ana, no estoy enfadado contigo; creo que me sería imposible; pero veo que eludes mis preguntas y que ambos, en vez de hablarnos libre y francamente como antes, y con nuestra antigua confianza, procuramos evitarnos. Tal vez tú lo sientes menos que yo, Ana; pero yo lo siento profundamente, y me hace daño...

Estas palabras no produjeron otro efecto que ponernos á los dos en mayor compromiso. Ana me cogió las manos; yo se las

estreché demasiado afectuosamente, y por último me incliné y, ¡oh horror!, se las besé de un modo harto inconveniente para un tutor. Entonces nuestra turbación llegó al colmo; Ana se puso encarnada como la grana, y yo no menos. Callamos los dos, no hablamos más, no nos indicamos las vistas, como si no hubiéramos sabido entablar un coloquio abierto y confidencial.

Unas veces me miraba ella; otras la miraba yo, y nos ruborizábamos.

Estábamos sentados juntos, como dos muñecos; creía oir los latidos de mi corazón. Nuestra situación llegó á hacerse al fin insoportable; de cuando en cuando me parecía sentir en mi nuca una mano invisible, como si me quisiera arrojar á los piès de Ana, y después otra que me tenía sujeto por los cabellos y no me dejaba mover. De repente Ana se puso en pie y dijo con la mayor turbación:

—Es preciso que me vaya; la señora de Ives me espera para la lección; son ya las once.

Por el mismo camino que habíamos venido, guardando un profundo silencio, volvimos á casa. Como al venir, así ahora al volver decapitaba con el latiguillo las pobres flores, de las cuales esta vez parecía que no se compadeciese Ana.

De todos modos, no podía decirse que se hubieran restablecido entre nosotros las relaciones de otro tiempo.

—¡Jesús y María—dije para mí cuando Ana me hubo dejado,—qué cosas suceden en mi pobre corazón!

Estaba tan enamorado, que me parecía que ya no comprendía nada. Mientras tanto, vino á buscarme el padre Luis y me llevó á dar una vuelta por las dependencias de la factoría. Según andábamos, me refirió una porción de cosas que nada me interesaban, aunque fingiese escucharle atentamente. Mi hermano Casimiro, que durante las vacaciones se pasaba todo el santo día fuera de casa, ya en las caballerizas, ya con la escopeta al hombro en el bosque, ya en bote en el estanque, cuando entramos en el patio de la factoría estaba examinan-

do dos jacas de nuestra yeguada. Al vernos se dirigió hacia nosotros en una jaca torda que había montado. El fogoso animal se lanzó á escape en todas direcciones, y nos dió ocasión para admirar sus andares, su gallardía y la hermosa conformación de su cuerpo. Casimiro se apeó y vino con nosotros. Visitamos los establos de las vacas, las cuadras, las cocheras, é íbamos á dirigirnos hacia los campos, cuando nos anunciaron la llegada de mi padre.

Como es natural, nos apresuramos á volver á casa. Mi padre nos recibió con mayor expansión que nunca.

Cuando supo el resultado de mi examen, me abrazó y declaró que desde allí en adelante me consideraría como á un hombre.

En efecto, se produjo un gran cambio en su manera de tratarme: se hizo conmigo más afectuoso y confidencial. Comenzó por ponerme al tanto de nuestro estado económico, y me comunicó su propósito de comprar una posesión cercana, sobre lo cual quería saber también mi parecer.

Comprendí perfectamente que de ese modo quería demostrarme la importancia que concedía á la dignidad del primogénito de la familia, considerado en adelante como mayor de edad; y además de esto, observé también el placer que le habían producido los adelantos que yo había hecho en los estudios. Nunca me había mirado con ojos tan cariñosos; el certificado que yo había traído á casa halagaba vivamente su orgullo de padre.

Noté también que, para poder conocer y apreciar mi carácter, mi modo de pensar, mis ideas en punto de honor, etc., me hacía una porción de preguntas que se referían á todo aquello. El examen paternal redundó en mi favor, porque de mis ideas filosóficas y sociales, que eran muy diversas de las suyas, no hablé para nada; sobre lo demás, la diferencia de nuestro modo de ver no era grande; por todo esto, el rostro de mi padre, severo y marcial, irradiaba una gran alegría, como no le había visto nunca.

Desde el primer día me colmó de regalos; me dió un par de pistolas, de las cuales poco tiempo antes se había servido en el duelo con el señor de Zell, y á las que iba unido el recuerdo de otros duelos semejantes habidos en su juventud; además de esto me regaló un magnífico caballo árabe y un sable que había pertenecido á uno de nuestros más remotos antepasados. El puño de la ancha hoja damasquinada estaba adornado con piedras preciosas, y tenía una imagen de la Virgen, cincelada en oro, con la inscripción «Jesús, María». El sable era una de las más interesantes reliquias de familia, objeto hacía largos años de mis más vivos deseos, y también un poco de los de Casimiro, porque conocíamos aquella magnífica hoja, que cortaba el hierro como si fuera madera. Antes de entregármelo, mi padre lo desenvainó, y la hoja brilló al aire; después me hizo con él la señal de la cruz sobre la cabeza, besó la imagen de la Virgen y dijo al confiármelo:

—¡Que ponga yo en manos dignas esta arma! ¡Yo la he llevado con honor; te corresponde ahora á ti hacer lo mismo!

Y nos abrazamos en silencio.

Mientras tanto, Casimiro había empuñado el sable; y aunque no tenía entonces más que quince años, dió tales golpes y tan diestros, que hubiera avergonzado á más de un maestro de armas.

Mi padre le miraba con satisfacción.—Ese—dijo—llegará á ser un verdadero tirador. Pero tú sabes tanto como él, ¿no es cierto?

—Cierto, papá; todavía podría enseñar algo á Casimiro. De todos los compañeros que dábamos juntos lección de esgrima, uno solo era superior á mí.

—¿Y quién era?

—Selim Mirsa.

Mi padre frunció el ceño.

—¡Ah, Mirsa! Pero tú debes ser más fuerte que él.

—Sí, hasta el punto que me ha sido posible resistirle. Por lo demás, entre Selim y yo no habrá nunca contienda.

—Así sea; pero en el mundo sucede á veces lo que es más inverosímil—respondió mi padre.

A medio día nos sentamos todos en el terrado sombreado por una parra, desde el que se dominaba el patio y un camino umbroso flanqueado por corpulentos árboles. La señora de Ives trabajaba en un mantel para la capilla; mi padre y el padre Luis fumaban en sus pipas y tomaban el café, y Casimiro seguía con interés el vuelo de las golondrinas, á las que hubiera disparado gustoso, si mi padre no se lo hubiese severamente prohibido. Ana y yo mirábamos unos grabados que yo había traído. Pero prestábamos poca atención á los dibujos, que me servían para disimular tiernas miradas que de cuando en cuando dirigía á Ana.

—¿Cómo encuentras á Ana? Se ha puesto fea, ¿no es verdad, señor tutor?—me preguntó mi padre, y miró á la muchacha haciéndola un gesto.

Yo examiné con mayor atención el grabado que tenía en la mano, y respondí detrás del cartón:

—Fea no se puede decir en verdad, pero ha crecido mucho y está muy cambiada.

—El señor Enrique me ha censurado ya ese cambio—añadió Ana, sin mostrar la menor turbación.

Admiré su calma y presencia de espíritu, porque yo no me hubiera atrevido nunca á mencionar semejante cosa.

—Vaya, vaya; más bonita ó más fea—dijo el padre Luis, —¿qué importa? Lo que tiene de bueno es que aprende pronto y bien y que es aplicadísima. La señora de Ives te puede decir lo pronto que ha aprendido el francés.

El padre Luis no hablaba una palabra de francés, y aunque había vivido algunos años bajo el mismo techo con la señora de Ives, no había conseguido aprender nada; era éste el lado débil del pobre viejo, que consideraba el conocimiento de la lengua francesa como parte substancial de una cultura un poco elevada.

—No puedo negar, señor Enrique, que Ana aprende fácil-

mente y estudia con gusto—respondió la señora de Ives;—pero, no obstante, necesito quejarme un poco de ella.

—¡Oh, señora! ¿En qué he faltado?—exclamó Ana, juntando las manos.

—¿En qué has faltado? Lo sabrás en seguida; y cuando lo sepas, te tocará defenderte—replicó la francesa.—Esta chiquita, apenas tiene un momento libre, se apodera de un libro y lee; y además, tengo fundados motivos para creer que hasta por las noches, en vez de dormir, se pasa horas enteras leyendo.

—Hace mal; pero sospecho mucho que en eso imite á la señora maestra—dijo mi padre, el cual, en ocasiones, gustaba de contradecir á la francesa.

—Es cierto; pero que se me dispense: yo tengo cuarenta y cinco años...—replicó aquélla.

—¿De veras? no lo hubiera creído—dijo mi padre.

—¡Malo!—replicó ella.

—Puede ser. Por lo demás, yo sé perfectamente que si Ana tiene en su poder alguna novela, no la ha cogido seguramente de la biblioteca, porque las llaves las tiene el padre Luis; así, pues, toda la culpa recae sobre la señora maestra.

La señora de Ives, en efecto, leía gustosa las novelas, y tenía, además, la pasión de contarlas; así había hablado con Ana de esto y de aquello. Mi padre, pues, un poco en broma, un poco en serio, había dicho la verdad.

— ¡Miren! — exclamó de pronto Casimiro. — ¿Quién viene hacia aquí á caballo?

Miramos todos en dirección del camino de los tilos, y vimos una nube de polvo que avanzaba con la rapidez del viento.

—¿Quién puede ser? Viene á rienda suelta—observó mi padre, y se levantó.—Levanta tanto polvo, que no se puede ver nada.

Hacía un calor sofocante; llevaba dos semanas sin llover, y por esto, al menor movimiento que se hiciera, se levantaba por todo el camino una densa polvareda.

Observamos atentamente, y por fin, á algunos cientos de pasos de nosotros, apareció la cabeza de un caballo con las narices dilatadas, los ojos inyectados y las crines desparramadas. El bruto se acercaba á todo galope, y apenas tocaba el suelo con los cascos; sobre el caballo, inclinado sobre el cuello, al estilo tártaro, venía mi amigo Selim.

—¡Es Selim, es Selim!—gritó mi hermano.

—¡Pero está loco! ¡Qué diablos hace! El portalón está cerrado—grité yo, saltando sobre la silla.

Era demasiado tarde para abrir la puerta, á la que nadie hubiera podido llegar á tiempo. Selim avanzaba con la rapidez del rayo, y yo estaba convencido de que iba á estrellarse contra el muro.

—¡Dios mío, ten misericordia de él!—exclamó el padre Luis.

—¡La puerta, Selim, la puerta!—grité yo, fuera de mí por el terror, mientras que, agitando los brazos, corrí con toda la fuerza de mis piernas, atravesando el patio.

A cinco pasos de la puerta Selim se irguió en la silla, y con una rápida ojeada se hizo cargo de la situación. Resonó en aquel momento en mis oídos un grito de angustia de las señoras que estaban en el terrado. El caballo se recogió sobre las patas traseras, y, sin vacilar un instante, dió un salto horrible y salvó el muro.

En cuanto llegó ante el balcón, Selim paró en seco al caballo, cuyos cascos se hundieron en el suelo. El jinete se quitó el sombrero, lo agitó en el aire y gritó:

—¿Cómo están, señoras y señores? ¿Cómo va? ¡Mis respetos! ¡Devotísimo servidor, ilustrísima—dijo á mi padre;—devotísimo servidor, reverendo; señora de Ives, señorita Ana! Henos aquí otra vez todos juntos. ¡Viva, viva!

Diciendo esto, saltó del caballo; entregó á Francisco, que había acudido, las riendas; después abrazó á mi padre, al padre Luis, y besó las manos de las señoras. La señora de Ives y Ana estaban todavía pálidas por el susto, y saludaron á Selim como á uno escapado de la muerte. El padre Luis dijo:

—¡Oh loco, loco, loco! ¡qué susto nos has dado! Creíamos todos que te estrellabas.

—¿Pero por qué?

—¿No viste la puerta? ¡Si no hubieras volado por los aires!

—Ya vi que la puerta estaba cerrada. Tengo buenos ojos.

—¿Y no tenías miedo de dar semejante salto?

Selim sonrió.

—Ni poco ni mucho, reverendo. Por lo demás, todo el mérito es de mi caballo y no mío.

—*Voilà un brave garçon!*—exclamó la señora de Ives.

—Ciertamente, y otro no se hubiera atrevido, en verdad, á dar un salto semejante—añadió Ana.

—Querrás decir que no todos los caballos hubieran podido hacerlo, pero sí se encuentran hombres semejantes... —respondí yo.

Ana me miró intensamente.

—Le aconsejo, sin embargo, que no lo intente.

Después se volvió hacia Selim, y su mirada expresaba una admiración fácil de explicarse. Aparte el acto temerario realizado por el tártaro, que á las señoras, como á cualquiera, debía asombrar, en aquel momento el joven estaba encantador. Los cabellos negros le caían por la frente; las mejillas se le habían coloreado por la impetuosa carrera, y los ojos le brillaban de alegría.

Al lado de Ana, á la que miraba interrogativamente en los ojos, formaban ambos una pareja que ningún pintor hubiera podido imaginar más hermosa.

Las palabras de Ana me habían irritado en extremo. Me pareció que aquel «Le aconsejo que no lo intente», había sido pronunciado con un acento de ironía. Miré á mi padre, para interrogarle, mientras él admiraba el caballo de Selim. Conocía su paternal ambición, y sabía que tenía celos cuando alguien me superaba en algo; y esto, por parte de Selim, le tenía herido hacía mucho tiempo: por esto esperaba obtener el

permiso para poder demostrar que yo era un jinete no inferior á mi compañero.

—Ese caballo salta muy bien, papá—dije yo.

—Pero también este diablo de muchacho se tiene en la silla magníficamente—murmuró él;—¿serías tú capaz de hacer lo que él?

—Ana lo duda—respondí amargamente;— ¿me permites probarlo?

Mi padre vacilaba; dirigió una miraba al caballo, otra á la puerta, y dijo:

—Déjalo, déjalo, hijo mío.

—Naturalmente—contesté ofendido,—es mejor, porque, en comparación de Selim, se me tiene por una damisela.

—Pero, Enrique, ¿qué estás diciendo?—exclamó Selim, echándome los brazos al cuello.

—¡Salta, salta, chiquillo, y demuestra tú también lo que vales!—exclamó mi padre, cuyo orgullo había sido puesto en juego.

—¡Aquí el caballo!—ordené á Francisco, que paseaba lentamente por el patio al cansado animal.

Ana se puso repentinamente en pie.

—Señor Enrique—exclamó,—tal vez tenga yo la culpa de que quiera usted someterse á esa peligrosa prueba; pero no quiero, ¡no quiero! ¡Oh! no lo haga usted, por amor mío, no...

Diciendo esto, me dirigió una mirada que completaba sus palabras. ¡Ah! por aquella mirada hubiera dado en aquel instante la vida, la última gota de mi sangre; pero no podía ni quería desistir de mi propósito. Mi amor propio ofendido se sobrepuso á todo otro sentimiento. Oculté mi emoción y respondí secamente:

—Te engañas, Ana, si crees ser el móvil de mi resolución: intento ese salto por mi propia satisfacción, y no por otra cosa.

Salté sobre el caballo, aunque todos los presentes, con excepción de mi padre, prorrumpieron en vivas protestas, y tomé al paso el camino de los tilos; Francisco abrió la puerta y la

volvió á cerrar en cuanto salí. Mi corazón estaba lleno de amargura; hubiera intentado aquel salto aunque la tapia hubiese sido tres veces más alta. A unos trescientos pasos dí la vuelta, y puse el caballo al trote, en seguida al galope. De repente sentí que la silla se movía: evidentemente, no estaba todo en su puesto. O la cincha se había aflojado al primer salto, ó Francisco lo había hecho, y por aturdimiento ú olvido no había dicho nada.

Fuera como fuese, era demasiado tarde para detenerme y proveer. El caballo avanzaba en desenfrenada carrera hacia la tapia, y yo no podía ni quería contenerle.

—Si me tira y me quedo en el sitio, ¡no me importa!—pensé, presa de la desesperación.

Aprieto nerviosamente los flancos del caballo; el viento me zumba en los oídos, y me veo la tapia delante; impulso al caballo, y me siento lanzado por los aires; un grito repercute en mis oídos, y los ojos se me velan... Después, vuelto en mí del desvanecimiento, me encuentro echado en la hierba.

Me levanto.

—¿Qué ha pasado?—pregunto.—¿Me he caído y perdido el conocimiento?

Mi padre, el padre Luis, Selim, la señora de Ives y Ana, la cual estaba pálida como una muerta y tenía los ojos llenos de lágrimas, me rodeaban.

—¿Cómo te sientes? ¿cómo te sientes?—me fue preguntado por todas partes.

—No tengo nada. No me he hecho nada. Me he caído, pero no ha sido mía la culpa: se había aflojado la cincha de la silla.

Y en efecto: recobrado el conocimiento, me sentía perfectamente; sólo la respiración era un poco fatigosa.

—¿No sientes dolor en ninguna parte?—preguntó mi padre, palpándome los brazos, las piernas y los hombros.

—No; me encuentro muy bien.

Al poco rato pude respirar libremente. Tan sólo temía el

haberme puesto en ridículo, y debía tener un aspecto bastante cómico.

En la caída había salido rodando, estaba lleno de hierba y tenía el traje y los cabellos desordenados.

De todos modos, mi desgracia me había alegrado por una parte. Un momento antes, el objeto de la universal admiración era Selim, huésped recién llegado; mientras que ahora todos no se ocupaban más que de mí, aunque hubiese obtenido tal honor á costa de mis codos y mis rodillas. Ana, que seguía considerándose, con suficiente razón, como la causa del accidente, que podía haber tenido para mí consecuencias bastante graves, procuraba enmendar el error con ternura. En medio de aquellas circunstancias, volví á encontrar mi buen humor, que al fin se comunicó á todos los presentes, momentos antes tan consternados. Trajéronse refrescos, y Ana hizo los honores de la casa; después pasamos todos al jardín. Allí Selim comenzó á bromear como un muchacho é hizo una infinidad de locuras, en las que tomaba parte hasta Ana con la mayor complacencia.

Por último, dijo Selim:

—¡Ah! ¡Qué gusto es el estár alegres los tres juntos!

—Quisiera saber—dijo Ana—quién de nosotros tres es el más alegre.

—Decididamente, yo—respondió Selim.

—Si es que no soy yo; porque he sido dotada por la naturaleza de un temperamento alegre.

—En todo caso, el menos alegre es Enrique—añadió Selim. —Es de carácter muy serio y se inclina bastante á la melancolía. Si hubiese vivido en la Edad Media, hubiera sido, sin duda, un caballero andante ó un trovador... es decir, esto no, porque no sabe cantar. Pero nosotros—siguió diciendo, volviéndose hacia Ana—somos hechos uno para otro.

—Soy de diverso parecer—respondí:—creo que se unen bien aquellos caracteres que son opuestos entre sí, porque de esa manera el uno completa al otro.

—Por lo que á mí respecta, tantas gracias—replicó Selim; —supongamos que tú seas por tu índole inclinado á llorar, que la señorita Ana sea inclinada á reir, y que os casáis...

—¡Selim!

Él me miró y rió.

—¿Qué sucede, gentil caballero? ¡Ah, ah! ¿Te acuerdas de la oración de Cicerón «Pro Arquia»? *Commoveri videtur juvenis*, que quiere decir: «Parece que el joven se pone turbado». Pero no hay nada de malo en lo que yo digo: tú por cualquier tontada te pones como la grana, y á menudo también sin ningún motivo. Le digo, señorita, que éste se ruboriza muy fácilmente, y en este momento se ruboriza por dos.

—¡Pero, Selim!

—Bien, bien. Vuelvo á mi afirmación. Así, pues, como decía, tú, señor de las lágrimas, y Ana, señorita de la risa, os casáis. ¿Qué veríamos? Tú gemirías, ella reiría, no os entenderíais nunca, y os alejaríais cada vez más uno de otro. ¡Valientes caracteres hechos uno para otro! Al contrario, entre Ana y yo ocurriría lo opuesto... nos reiríamos siempre hasta la muerte.

—¡Ah, qué discursos pronuncia usted esta tarde!—exclamó Ana, y ambos se echaron á reir.

En cuanto á mí, no tenía ninguna gana de reirme. Selim no tenía idea del daño que me había hecho con poner tan cruelmente de relieve la diferencia de carácter entre Ana y yo. Estaba molesto, y dije con cierto resentimiento á mi amigo:

—Tienes ideas muy singulares, y me extrañan tanto más cuanto que me parecía que tú hasta ahora habías mostrado siempre cierta predilección por las personas melancólicas.

—¿Yo?—preguntó con sincero asombro.

—Sí, tú. No tienes más que acordarte de cierta ventanita, con dos plantas de geranios, una á un lado, otra al otro, y una carita que se asomaba en medio. Te puedo asegurar que no he visto nunca expresión tan melancólica como la de aquella cara.

Ana aplaudió.

—¡Muy bien, señor Selim; esa cogida vale un Perú!

Yo creí que Selim iba á quedar cortado, pero dijo solamente:

—¡Enrique!

—¿Qué hay?

—¿Sabes tú lo que se hace con los que tienen la lengua demasiado larga?

Y volvió á reirse. Ana comenzó á embromarle y á pincharle para que dijese el nombre de su bella; y él, sin hacerse rogar demasiado, dijo:

—¡Josefina!

Su sinceridad le costó cara, porque Ana ya no le dejó en paz en toda la tarde.

—¿Es bonita?—preguntó.

—No está mal.

—¿Tiene bonitos los ojos y los cabellos?

—Los tiene bonitos, pero no son de los que más me gustan.

—¿Cuáles le gustan más?

—Cabellos rubios y ojos azules... y, no lo tome á mal, pero ojos como los que miro en este momento.

—¡Oh, señor Selim!

Ana se puso seria. Selim cruzó las manos en actitud suplicante, y la miró con la dulce é indefinible expresión que le era propia.

—Señorita Ana, no se enfade—dijo.—¿Qué le ha hecho el pobre tártaro? ¡Oh, ríase, ríase un poquitín solamente!

Ana le miró, y al mirarle se desvaneció sobre su frente la nube que se había condensado. Él la desenojaba. Apareció en sus labios una sonrisa, sus ojos volvieron á brillar, el rostro á serenarse, y por fin dijo con dulce acento:

—Está bien, ya no estoy enfadada; pero usted debe ser más serio.

—Obedeceré; lo juro por mi amor á Mahoma.

—¿Quiere usted mucho á Mahoma?

—Como los perros quieren á los mendigos.

Y ambos volvieron á reirse.

—Ahora dígame usted otra cosa—dijo Ana:—¿de quién está enamorado el señor Enrique? Se lo he preguntado, pero no ha querido decírmelo.

—¿Enrique? Sabe—y me miró de soslayo,—creo que hasta ahora no se encuentra enamorado de nadie, pero se halla en el mejor camino para estarlo, y sé también quién es la señorita; y en cuanto á mí...

—Selim, te ruego que te calles un poco.

—¡Ah, querido joven!—exclamó Selim, y me echó los brazos al cuello.—¡Si supiese usted, señorita, qué buen muchacho es éste!

—Lo sé, lo sé,—respondió ella:—recuerdo como si fuese ahora lo bueno que fue conmigo cuando murió el pobre abuelo.

Y por un momento fuimos presa de una profunda tristeza.

—Le digo á usted...—dijo Selim para llevar la conversación á otro asunto,—le digo que cuando después de nuestro examen de admisión en la Universidad nos emborrachamos en compañía de nuestro maestro...

—¿Se emborracharon?

—Sí; es una costumbre que difícilmente puede ser abolida. Así, pues, cuando nos emborrachamos, yo bebí á su salud, señorita. Lo hice sin reflexionar, pero Enrique se puso furioso y me gritó: «¿Cómo te atreves á pronunciar ese nombre en una taberna?» Poco faltó para que nos cogiésemos de los pelos. Pero queda probada una cosa: ¡éste no permite que la toquen á usted!

—¡Qué bueno es usted, Enrique!—dijo Ana.

—Bien, quiero suponerlo—respondí, reconciliado por las palabras de Selim;—pero dime tú, Ana, si éste no es por lo menos tan bueno al referirte tales cosas.

—¡Oh, ciertamente!—dijo Ana;—ustedes son dignos uno de otro, y estarán verdaderamente bien juntos.

—¡Y usted será nuestra reina!—exclamó Selim con énfasis.

—Señoritos... Ana... les ruego que vengan á tomar el té—gritó desde la terraza la señora de Ives; y los tres fuimos alegres y contentos.

La mesa estaba preparada en el terrado; las lámparas brillaban aquí y allí, esparciendo una luz lánguida, y un enjambre de mariposas revoloteaban en torno de la luz y chocaban con las bombas de cristal; los pámpanos de la parra, que circundaba el terrado, susurraban movidos por la suave brisa de la tarde, y por detrás de los árboles surgía la luna en su argentado plenilunio.

Nuestra conversación había insinuado en mí, en Selim y en Ana una disposición de ánimo singularmente dulce y afectuosa. La tarde, plácida y serena, ejerció también su influencia sobre mi padre y el padre Luis. Sus rostros estaban serenos y puros como el cielo que nos cubría. Después del té, la señora de Ives puso sobre la mesa una baraja y comenzó á hacer «solitarios»; mi padre estaba de óptimo humor, y se puso á contar cosas del tiempo pasado, lo cual era siempre prueba de que se encontraba en el colmo de su contento.

—Me acuerdo perfectamente todavía—dijo—que una vez estábamos cerca de una aldea, en las proximidades de Krassostawsk; la noche era tan obscura que no se veía gota—y diciendo así, lanzaba hacia la luz una bocanada de humo,—y todos nosotros estábamos cansadísimos, cuando...

Y siguió la narración de un caso extraordinario y maravilloso. El padre Luis, aunque no fuese la primera vez que la oía, dejó de fumar, escuchó con suma atención, y de cuando en cuando lanzaba exclamaciones de asombro ó de interrogación. Selim y yo, apoyados uno contra otro, mirábamos á mi padre y no perdíamos una palabra de su relato.

Pero ninguno de nosotros reflejaba más vivamente la impresión recibida que Selim. Sus ojos relucían como ascuas, su cara estaba amoratada, su naturaleza oriental y su sangre ar-

diente se manifestaban fuertemente. Con mucho trabajo se mantenía quieto.

La señora de Ives, que le miraba y sonreía, llamó la atención de Ana.

Entre tanto dieron las diez. Selim se puso de pie, porque debía estar pronto de vuelta á su casa. Resolvimos acompañarle todos juntos un poco de camino; yo quería acompañarle á caballo un poco más que los otros, los cuales habían decidido llegar hasta la cruz que se alzaba al final del camino de tilos. Nos pusimos, pues, todos en camino, á excepción de Casimiro, que dormía.

Ana, Selim y yo marchamos delante. Llevábamos los caballos de las riendas; Ana iba en medio; mi padre, el padre Luis y la señora de Ives venían detrás. El camino estaba obscuro; de cuando en cuando brillaba tras de los árboles la luna, y derramaba su argentada luz por el camino solitario.

—¿Se canta una canción?—propuso Selim;—¿una canción antigua, tan bonita como la del fiel Filón?

—¡Si no la canta ya nadie!—observó Ana.—Yo sé una mucho más bonita, que empieza: «Cae en otoño la marchita hoja».

Disputaron un poco, y por último se encontraron de acuerdo en cantar primero «la canción del fiel Filón», porque mi padre y el padre Luis la oían gustosos porque les recordaba los tiempos de la juventud.

Ana puso su blanca mano en las crines del caballo de Selim, y comenzó á cantar en unión del joven tártaro:

Ya brilla el astro argentado
en el bosque silencioso;
y siento ya que ha sonado
la señal que hace mi esposo,
de mi Filón, que me ama,
y que me espera, y me llama.

Cuando hubieron acabado, los viejos gritaron detrás de nosotros:

—¡Bien, bien! ¡Ahora cantad alguna otra cosa!

Me puse yo también á cantar con ellos; Ana y Selim tenían ambos una bellísima voz, pero la de Selim tenía un timbre y una expresión especial. Cuando yo desentonaba demasiado, me encarrilaban uno y otra. Después cantaron otras dos canciones; y mientras tanto, pensaba yo por qué Ana no había cogido las crines de mi caballo, en vez de las del caballo de Selim. Su caballo le gustaba mucho; de cuando en cuando se apoyaba en el cuello del animal y le acariciaba. Por todo esto me puse triste; no veía otra cosa delante de mí que aquella mano puesta en las crines del caballo de Selim.

Llegamos así al final del camino de los tilos y á la cruz. Selim dió las buenas noches, besó la mano de la señora de Ives y quería hacer otro tanto con Ana; pero ella retrocedió, y haciendo esto me dirigió una mirada casi temerosa. Selim estaba ya en la silla, cuando Ana se le acercó de nuevo y comenzó á hablar con él.

A la luz de la luna, que en aquel sitio no estaba tapada por los tilos, pude claramente observar la expresión de sus ojos, que miraban á Selim.

—No se olvide de Enrique—le dijo Ana;—nos alegraremos de que vuelva usted. Buenas noches.

Diciendo esto, le tendió la mano. Los viejos se encaminaron hacia casa con ella, y yo y Selim seguimos á caballo. Avanzamos un rato silenciosos. Era tan clara la luna, que se podían contar las hojas de los árboles. Yo observaba que Selim iba pensativo y sus miradas eran vagas en la obscuridad de la noche. Sentía yo un irresistible deseo de hablar de ella, de dar desahogo á los sentimientos que me agitaban, pero no me era posible hablar. De repente Selim me echó la mano al cuello y exclamó:

—¡Ah, Enrique! ¡qué encantadora es tu Ana! Que el diablo se lleve á Josefina y...

Sentí que hervía mi sangre; me pareció que me había pinchado un bicho. No contesté; rechacé su mano de mi cuello, y miré sombríamente delante de mí.

Vi que él se había turbado repentinamente; calló un momento; después se volvió y me dijo:

—¿Te has enfadado tal vez conmigo?

—¡Eres pueril!

—¿Estarás tal vez celoso?

Paré el caballo.

—Buenas noches, Selim.

Vi que él verdaderamente no quería dejarme todavía; no obstante esto, me tendió maquinalmente la mano y abrió la boca como para decirme algo; pero yo volví grupas y arranqué al galope.

—¡Buenas noches!—me gritó Selim.

De repente oí detrás el galopar de un caballo, y me volví: era Selim. Me alcanzó y me dijo con voz conmovida:

—Enrique, no he podido menos de volver, porque tú tienes algo. Primero he llorado. «¿Quiere incomodarse? ¡Pues que se incomode!», dije. Pero después he pensado en ello, y no he podido sufrirlo. Ahora dime qué es lo que tienes. ¿Me he dejado tal vez insinuar demasiado con Ana? ¿La quieres, quizás? Enrique, dímelo.

El llanto me sofocaba la voz, y al pronto no pude responder. Si hubiese secundado mi primer impulso, me habría arrojado en los brazos de mi generoso amigo, se lo hubiera confesado todo. Pero todas las veces que en mi vida había tenido ocasión de abrir mi corazón á alguien y comunicarle mis secretos pensamientos, mi orgullo, mi inflexible orgullo, que desde el principio debía ser humillado, me cortaba las palabras en la garganta. ¡Cuántas veces hube de arrepentirme de ello!

Como yo me callara, siguió diciendo Selim:

—Enrique, ¿la amas tal vez? Mira, ella me ha agradado mucho, sí, pero no he ido más allá. Si quieres, no la volveré á decir una palabra. ¡Habla! ¿La amas tú? ¿Que tienes contra mí?

—No la amo y no tengo nada contra ti. Es que no me siento bien; tal vez la caída... me encuentro un poco fatigado. No

estoy enamorado; no es más sino que me he caído del caballo. Buenas noches.

—¡Enrique!

—Te repito que estoy así únicamente á causa de la caída.

Nos despedimos de nuevo; Selim me abrazó y se fué un poco más tranquilo.

Cuando llegué á casa me encontraba de muy mal humor. Las ventanas de la sala estaban iluminadas, y vi que tocaban el piano. Entregué el caballo á Francisco y entré en la sala. Ana tocaba una romanza que yo no conocía. Cuando me vió, sonrió sin interrumpirse; me dejé caer en una butaca frente á ella y la miré fijamente. Ella tenía los ojos bajos, siguiendo los dedos. Continuó tocando un poco; después lo dejó, levantó los ojos hacia mí, y dijo con voz tierna:

—Señor Enrique...

—¿Qué quieres, Ana?

—Quisiera preguntarle una cosa: ¿le ha invitado Selim para mañana?

—No; papá desea que vayamos mañana á Urtrya, porque ha llegado un encargo de mi madre para la señora de Ustrycka.

Ana se calló y tocó un par de acordes; evidentemente pensaba en otra cosa; de allí á un momento alzó de nuevo los ojos.

—Señor Enrique...

—¿Qué quieres, Ana?

—Quisiera preguntarle una cosa: ¿es de veras tan bonita esa Josefina de Varsovia?

¡Ah! ¡era demasiado! Mi corazón estaba á punto de saltar de ira y de amargura. Me acerqué rápidamente al piano y exclamé:

—¡No tanto como tú! ¡Puedes estar tranquila y probar francamente sobre Selim el poder de tus encantos!

Ana se puso de pie, y la ofensa recibida la coloreó las mejillas.

—Señor Enrique, ¿cómo puede usted hablarme de esa manera?

—No he dicho más sino lo que tú pensabas.

Diciendo esto, cogí el sombrero, me incliné y salí más que de prisa de la sala.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

(Continuará.)

LEÓN XIII

SU DIPLOMACIA Y SUS ENCÍCLICAS

El mundo católico se halla bajo la impresión de un formidable acontecimiento: esa penosa pero temida inmersión del Papa León en la muerte. La figura de este Pontífice ha llenado en el siglo XIX un período característico, el más grande, el más interesante y el más glorioso quizás de la historia contemporánea de la Iglesia, pero muy próximo todavía á los días que corren para ser tratado con la fría imparcialidad del historiador.

Sería, por lo demás, vano y temerario empeño encerrar en el breve marco de este artículo un estudio completo; sólo se encontrarán condensadas en él opiniones é impresiones que, aunque se presten á la crítica, se fundan siquiera, mejor ó peor, en la realidad. Habiendo visto, á fuerza de engullirme las noticias y los artículos de los periódicos europeos de estos meses pasados, los desatinos y falsedades que sobre la persona y la obra de León XIII propagan, desde los más radicales hasta los más ortodoxos, he tenido el desesperado valor de leer una por una las encíclicas de Su Santidad (1) y acudir á las fuentes de historia contemporánea, donde es dable conocer

(1) El libro de un autor como el canónigo Valbuena (*a*), cuyas opiniones no sigo en la mayor parte de los puntos, me ha servido de mucho, sin embargo, por su carácter cerrado ó intransigente contra todo lo moderno y democrático.

(*a*) *La luz del Vaticano*, estudio sintético de las encíclicas de León XIII. Premiado con el primero en el certamen de Barcelona con motivo del Jubileo pontificio.

con más claridad su verdadera actitud diplomática ante la democracia, el protestantismo y las grandes potencias. Esto ha hecho que la publicación de mi trabajo se haya retrasado un tanto, no verificándose en el mes de Agosto, á raíz de la muerte del Pontífice, como yo deseaba.

Si después de pasar los ojos por estas líneas consulta el lector los rotativos de todos colores que han tocado el mismo asunto, tendrá que reir para rato. Puede afirmarse, sin temor de equivocación, que la mayor parte de los periodistas que tanto hablan de León XIII no han leído una sola encíclica de este Papa, ni poseen sobre él un dato biográfico de primera mano. Ni falta que les hace para cumplir la rapsódica labor hecha sobre los diarios que en Roma salen para alivio de los redactores perezosos. Habituados á vivir al día, obligados á la *illecebrae suaviloquentiae* para con todos, se aplican en general á formar un juicio rápido, claro, y cuando se trata de muertos siempre *benévolo*, sobre el conjunto más bien que sobre los detalles de una vida ó de una figura. Un gran amigo mío (1) citaba hace poco en cierta revista reciente (2), como un caso nunca visto, el hecho de que al dar cuenta de la muerte de Girardín, que no sólo era insigne periodista, sino hábil y afortunado financiero, decía Rochefort, su enemigo, cuya hazaña ni la misma tumba fue parte á suavizar, estas ó semejantes palabras: «Por fin ha encontrado este explotador de hombres algo que no le es posible convertir en Sociedad anónima para repartir sus acciones, en cambio del dinero ajeno, entre la estulta muchedumbre, eternamente crédula é imbécil: la muerte». Tal alarde de franqueza é imparcialidad no hay que esperarla de nuestros articulistas de diario. A consecuencia de la multiplicidad de sus ocupaciones, no tienen frecuentemente una completa libertad de apreciación, contentándose con la impresión del momento, con hacer ruido, con halagar

(1) D. Santiago Pérez-Triana.
(2) *Helios*, Junio 1903.

las pasioncillas del día. A esto está reducido una gran parte de lo que ocurre con el periodismo contemporáneo, no ya en un punto de la tierra, sino en todo el mundo, desde Copenhague á Lisboa:

.. A Gadibus usque
Auroram et Gangem...

Esta incapacidad crítica de la prensa es la causa del largo entorpecimiento en que viene vegetando el ignaro público. De León XIII, por ejemplo, se cree por parte de este público que ha sido un Pontífice más liberal que Pío IX y un diplomático consumado; y sin embargo, para los que conocen al Pontífice muerto por el examen y meditación de sus actos, y no por los retratos que hacen de él los que sólo se han fijado en las apariencias, semejante modo de ver es la más insostenible paradoja de la «criteriología» periodística.

Que el fin de León XIII ha sido siempre conciliar la civilización con la Iglesia, no puedo en principio negarlo, porque tengo en mi poder los documentos que lo acreditan, los oportunismos que lo corroboran, acusando en ese Papa una gran adhesión á la inteligencia de los tiempos. Y voy á dar algunas muestras para que el lector se convenza de mi imparcialidad.

Al ser nombrado obispo de Perusa, el cardenal Pecci eligió por asunto de su primera carta pastoral (1877) el tema de *La Iglesia y la civilización*. No es posible engañarse sobre el carácter de esta importante disertación del futuro Pontífice. El mismo autor disipa toda duda, declarando que «la sociedad, como compuesta de hombres esencialmente perfectibles, no puede permanecer inmóvil: progresa y se perfecciona». A renglón seguido pugna por que no se le tache de retrógrado, y así le vemos gloriarse de entusiasta y admirador de lo que llama «inmortales conquistas de la ciencia moderna», mostrarse muy enterado de todos sus progresos, y «saludarlos lleno de alegría» en nombre de la religión católica.

En una pastoral posterior (1878), abordando el mismo asunto, insiste en el problema político. He aquí sus palabras:

«Si la autoridad viene de Dios, debe reflejar la majestad divina para ser verdaderamente respetable, y la bondad de Dios, para que la acepten con gusto todos los que se hallen sometidos á ella. Quien tenga en sus manos las riendas del gobierno, bien sea un individuo ó una persona moral, bien deba su puesto á la elección ó al nacimiento, en un estado democrático ó en una monarquía, no ha de buscar en el poder la satisfacción de sus ambiciones y el insano orgullo de dominar á todos, sino, por el contrario, ha de emplear su potestad como medio de servir á sus hermanos, como el Hijo de Dios, que no vino al mundo para que le sirvieran, sino para servir á los demás... Los reyes de las naciones habían abusado del poder; su ambición no conocía límites, y la saciaban devorando la sustancia de los pueblos y el fruto de sus sudores; sus deseos constituían ley, y ¡desgraciado del que se negaba á cumplirla! No contentos con esto, exigían que les dieran títulos fastuosos que, puestos en parangón con la realidad, eran solemnes y crueles ironías... Otro es el poder apoyado por las enseñanzas cristianas: es modesto, laborioso, atento á fomentar el bien y contenido por la consideración de que, en el Juicio final, se reservan grandes castigos al que no haya gobernado bien. Imposible parece no comprender esto: el corazón se dilata ante una imagen tan noble de la autoridad, y la obediencia que ésta reclama, obediencia indispensable al orden y al perfeccionamiento de la sociedad, suaviza sus asperezas, haciéndose fácil y dulce... A las enseñanzas relativas á los que ejercen el poder corresponden las relacionadas con las personas sometidas á este poder. Si toda autoridad debe á Dios su existencia, su majestad, su solicitud en promover el bien, será ilícito rebelarse contra ella, porque esto equivaldría á rebelarse contra Dios. La obediencia del individuo debe ser franca, leal, y nacer del fondo del corazón, y no del temor servil de los castigos; debe envolver en sí misma la demostración de su sinceridad, y aceptar de buen grado los sacrificios que reclame, en interés de todos, aquel que ejerce el gobierno del Estado...

Más de una vez habréis oído violentas acusaciones contra la Iglesia; en no pocos casos os la habrán presentado como hostil á la libertad humana y como humilde servidora de cualquiera que ocupe el trono. Ahora podréis comprender el fundamento de tales acusaciones.»

El obispo de Perusa concluía su escrito participando á sus diocesanos la muerte de Pío IX y diciéndoles: «Pedid á Dios que se digne conceder muy pronto un nuevo jefe á su Iglesia; rogadle que cubra á éste con su protección, para que en medio de las tempestades que se agitan en el mundo, pueda conducir al puerto deseado á la navecilla mística confiada á su dirección». Pocos días después, el autor de esta pastoral era declarado Papa con el nombre, hoy tan célebre, de León XIII.

De hombre tal podrían esperarse adelantamientos esenciales en una obra en que se necesitaba particularmente la combinación de dotes variadas. Ahora bien: ¿ha respondido León XIII á las esperanzas que sus primeros actos hicieron concebir? ¿Debemos mirarle como un Papa liberal y civilizador en el verdadero sentido de estas palabras? ¿Es cierto, como el P. Maumus (1) supone y afirma, que así como el documento firmado por Pío VII, cuando era obispo de Imola, hacía presentir el Concordato entre la Iglesia y la República francesa, las pastorales del obispo de Perusa contienen el germen de un Concordato negociado sobre bases más amplias: la reconciliación entre la Iglesia y los tiempos modernos?

Esto es lo que los estudios hechos sobre su táctica y sus documentos posteriores pueden únicamente decirnos.

*
* *

El pontificado romano se ha hallado siempre en continua actividad; pero la aplicación de esta actividad ha tenido diversas fases. La actividad de León XIII, á pesar de la pérdi-

(1) *L'église et la democratie*, introducción.

da del poder temporal, ha querido extenderse á los órdenes más variados. Se ha dicho de él que lo abarcó todo. Yo no diré tanto; pero es cierto que, si lo abarcó todo, en cambio no acertó á decidirse por nada. El fondo de su carácter diplomático fue la indecisión. Como el rayo, para ir por el camino más corto, necesita rodear más cuando las substancias que mejor conducen el fluido eléctrico se hallan muy separadas entre sí, el difunto Pontífice, viendo distanciados los elementos que le eran favorables, ha tenido que dar largos y penosos rodeos para llegar derechamente á su fin. Y es que León XIII, el *demócrata* León XIII, ha sido ejemplar típico y elocuente de esa triste habilidad con que los esclavos ennoblecidos han solido siempre poner á raya los abusos de sus dominadores. Intransigencias con la nación, aspiraciones de protección internacional, intervenciones nominales, vacilaciones de cortesano y actitudes de convencionalismo que á nadie dejan satisfecho.

Los mismos periodistas europeos, con tanto insistir en las dotes diplomáticas de León XIII, han acabado por hacer de él, como de Bacón, un hombre de mundo en el sentido más antipático (*ecligstem*) de la palabra. No invoquemos sus relaciones políticas con el canciller Bismark, donde no se encuentra nada que no hubiese sido ya objeto de reclamaciones terminantes del clero católico alemán, empeñado desde los tiempos de Pío IX en una vigorosa defensa contra la tiranía religiosa de los gobiernos protestantes. No hablemos de su tentativa para unir las Iglesias católica y anglicana, fracaso enorme, cuya resonancia ha sido como la voz sorda y ronca de la campana volteada en vísperas del día de la muerte de la Sede Romana, tan próximo ante la invasión del *Kulturkampf* internacional que arrastra y envuelve al mundo moderno.

¿Será, acaso, Rusia la que daría testimonio en pro del pontificado de León XIII? Rusia no ha hecho más que pasar por ciertas concesiones en lo relativo al ejercicio del culto. Por lo que toca al *desarme universal*, León XIII se limitó á apoyar el proyecto.

¿Será, acaso, Bélgica? Bélgica es en su mayoría católica; pero todos los laicos creen compatible el catolicismo con el liberalismo, y el haber dejado que el clero continuase, como en tiempo de Pío IX, anatematizando esa componenda, hubiera sido para León XIII dejar que se separaran de la Iglesia casi todos los políticos de aquella nación.

¿Será, acaso, Francia? Los últimos acontecimientos dicen harto claro cuán escasa fue allí su influencia y cuán poco se apreció su autoridad.

¿Será, acaso, Italia? Bastará saber que es el único pueblo en que León XIII no ha reconocido los hechos consumados.

¿Será, acaso, España? Recordemos sólo lo que León XIII hizo cuando la guerra con los Estados Unidos, recuerdo que no basta á desvirtuar la cuestión anterior de las Carolinas. Y en cuanto á los resultados de la política vaticanista en nuestra vida é historia interna de los últimos veinte años, me limitaré á remitir al lector á mi artículo sobre la *Posibilidad de una Iglesia nacional*, publicado en esta misma revista en Diciembre de 1902.

Hablando en general, no puede negarse que León XIII pasó resueltamente más allá que Pío IX por lo que hace á la conciliación del aspecto exterior y político de la Iglesia con las necesidades que la civilización nos ofrece; sin embargo, bajo esa conciliación, ¿qué ha sucedido? Formado está un laberinto, en donde no solamente el liberalismo, sino la cuestión económica, el criterio gubernamental, la democracia, todo principio social determinado, se confunden y embrollan. No; en este caso, antes se sentirá uno inclinado á dirigir elogios de religiosa sinceridad al *non possumus* claro y terminante de Pío IX.

Pero sostengo que León XIII no ha avanzado un solo paso más allá de su antecesor en cuanto al interés *eclesiástico* que encerraba el problema religioso. Al contrario, las reformas de Pío IX fueron más nobles y acertadas. Las del primero aventajan á las de éste, á lo sumo, por su tendencia más conciliado-

ra, y en alguna que otra ocasión por la mayor extensión política, extremos ambos que le hacen hallarse menos cerca de Dios que aquellos que, como Pío IX, han vivido de amor por lo atractivo, por lo dogmático, por lo santo. «Los primeros lugares en el reino de los cielos—dice Renan (1)—están reservados para los que han tocado un rayo de gracia y no han adorado más que lo ideal.» León XIII no puede incluirse en este número, porque como hombre de acción eminente, concentró toda su energía en los problemas de actualidad enfadosa, en los asuntos políticos y exteriores.

En esto todavía Pío IX tuvo una señalada ventaja, una gran superioridad. Siendo monarca temporal de los Estados Pontificios, secularizó su gobierno; prefirió ministerios formados casi completamente por laicos; admitió la práctica parlamentaria, y acogió con júbilo las formas más modernas del arte de dictar leyes. En la misma cuestión de la *libertad*, Pío IX profesó siempre opiniones mucho más claras que las de León XIII, y se mostró más consecuente en sus decisiones. Los incautos que hablan del liberalismo de León XIII y de sus triunfos sobre las faltas y reacciones de su antecesor, deberían, antes de hablar, tomarse el trabajo de leer sus encíclicas. Esta lectura les demostraría cuán lejos están de la verdad.

Y toda vez que aludo al liberalismo, me parece oportuno, aun teniendo que evitar el seguir un orden cronológico, empezar por la exposición y examen de la encíclica que más claramente se relaciona con ese asunto, y que acaso por tal razón es de las menos conocidas: la encíclica *Libertas*.

*
* *

Publicóse este curioso documento en 20 de Junio de 1888, y en él, después de lamentarse de los estragos que ha causado

(1) *Saint-Paul*, XIX.

en el mundo moderno una libertad extraviada y divorciada de la fe, aconseja y manda el Pontífice que huyan los fieles católicos de libertad tan peligrosa en todas sus formas y manifestaciones. Y va analizando y haciendo la refutación de las distintas libertades civiles.

Así dice por lo que respecta á la de cultos: «Sea la primera considerada en las particulares, la que se llama *libertad de cultos*, en tan gran manera contraria á la virtud de la religión. Su fundamento estriba en que cada cual es dueño de escoger la religión que más le acomode, ó no profesar ninguna. Pues bien: entre todas las obligaciones del hombre, la más santa es, sin duda alguna, la que nos manda adorar á Dios pía y religiosamente... Allégase á esto que no puede darse virtud verdadera sin el concurso de la religión. Y si se indaga, ya que hay varias religiones disidentes entre sí, cuál ha de seguirse entre todas, responden á una la razón y la naturaleza: la que Dios haya mandado y puedan fácilmente conocer los hombres, por ciertas notas exteriores con que quiso distinguirla la divina Providencia para evitar errores que en cosa de tan gran importancia había de producir grandes estragos. Así que, al ofrecer al hombre esta libertad de cultos de que hablamos, se le da facultad de pervertir ó abandonar impunemente una obligación santísima, é inclinarse, por lo tanto, al mal, volviendo la espalda al bien inapreciable, lo cual, como hemos dicho, no es libertad, sino depravación de ella, y servidumbre del alma envilecida por el pecado. Considerada en el Estado la misma libertad, pide que éste no tribute á Dios culto alguno público, por no haber razón que lo justifique; que ningún culto sea preferido á los otros, y que todos ellos tengan igual derecho, sin respeto alguno al pueblo, dado caso que éste haga profesión de católico. Para que todo esto fuera justo, habría de ser verdad probada que la sociedad civil no tiene para con Dios obligaciones, ó puede infringirlas impunemente; pero no es menos falso lo uno que lo otro... Así es que la sociedad, por el mero hecho de ser tal sociedad, ha de reco-

nocer como su padre y autor á Dios, y reverenciar y adorar su poder y su dominio. Prohibe, pues, la justicia, y prohibe también la razón, que el Estado sea ateo, ó si no llega á caer en el ateísmo, que se conforme de igual modo con respecto á las varias religiones, y conceda á todas indistintamente iguales derechos. Siendo, pues, necesario al Estado profesar una religión, ha de profesar la única verdadera, la cual sin dificultad se conoce singularmente en los pueblos católicos, puesto que en ella aparecen como grabados los caracteres de la verdad».

Hablando de *la libertad de imprenta,* se expresa en estos términos: «Apenas es necesario negar el derecho á esta libertad cuando se usa de ella, no con templanza, sino traspasando toda moderación y límite... El derecho es una facultad moral que, como hemos dicho y conviene repetir mucho, es absurdo suponer que se haya concedido por la naturaleza en igual medida á la verdad y al error, á la honestidad y á la torpeza. Hay derecho á propagar en la sociedad libre y prudentemente lo verdadero y lo honesto, para que se extienda al mayor número posible de humanos su beneficio; pero en cuanto á las opiniones falsas, pestilencia la más mortífera del entendimiento, y en cuanto á los vicios, que corrompen el alma y las costumbres, es justo que la pública autoridad los cohiba con diligencia, para que no cundan insensiblemente en perjuicio de la misma sociedad. Y las maldades de los ingenios licenciosos, que redundan en daño de la multitud ignorante, no han de ser con menos fuerza reprimidas por la autoridad de las leyes, que cualquier injusticia cometida por los fuertes contra los débiles. Tanto más, cuanto que la inmensa mayoría de los ciudadanos no puede, de modo alguno, ó sólo con suma dificultad, precaver esos engaños y artificios dialécticos, singularmente cuando halagan las pasiones. Si á todos es permitida esa licencia ilimitada de hablar y escribir, nada será sagrado é inviolable; ni siquiera se respetarán aquellos grandes principios naturales, tan llenos de verdad, que constituyen el patrimonio común

y nobilísimo del género humano. Oculta así la verdad en las tinieblas, casi insensiblemente, como muchas veces sucede, fácilmente se enseñoreará de los entendimientos el error pernicioso y múltiple, con lo cual recibe tanta ventaja la licencia como detrimento la libertad, que será tanto más noble y más segura cuanto menores fueren las fuerzas de la licencia».

Seguiré extractando de la misma encíclica *Libertas* lo que se refiere á la libertad de enseñanza. Escribe el difunto Pontífice: «Es preciso que esta libertad de enseñar no salga de ciertos límites si ha de ser honesta, es decir, si no ha de trocarse impunemente la facultad de enseñar en instrumento de corrupción. Pero las verdades acerca de las que únicamente ha de versar la doctrina del instructor son de dos géneros, naturales y sobrenaturales. Las naturales, como son los primeros principios y los deducidos inmediatamente de ellos por la razón, constituyen una especie de patrimonio común del género humano; y puesto que en él se basan, como en firmísimo fundamento, las costumbres, la justicia, la religión, la misma unión social, nada sería tan impío, tan neciamente inhumano como el dejar impune su profanación y destrozo. Ni ha de guardarse menos religiosamente el preciosísimo y santísimo tesoro de las cosas que conocemos por habérnoslas revelado el mismo Dios. Las principales se demuestran con muchos é ilustres argumentos que emplearon en repetidas ocasiones los apologistas, como son: el haber Dios revelado algunas cosas; el haberse hecho carne el Unigénito de Dios para dar testimonio de la verdad; el haber fundado el mismo Unigénito una sociedad perfecta de la cual es cabeza él mismo, que ha prometido estar con ella hasta la consumación de los siglos... De aquí se entiende qué género de libertad quieren y propalan con empeño los secuaces del liberalismo; de una parte, se conceden á sí mismos y al Estado una licencia tal, que no dudan en abrir paso franco á las opiniones más perversas; de otra, ponen mil estorbos á la Iglesia, dejando su libertad en los límites más reducidos que les es dado, por más que de la doc-

trina de la Iglesia no haya de temerse inconveniente alguno, sino esperarse grandes provechos».

Por último, señala los perjuicios de la *libertad de conciencia* en esta forma: «También se proclama con gran entusiasmo lo que llaman *libertad de conciencia*, que si se toma en el sentido de ser lícito á cada cual, según le plazca, dar ó no dar culto á Dios, queda suficientemente refutada con lo ya dicho. Pero puede también tomarse en el sentido de ser lícito al hombre, según su conciencia, seguir en la sociedad la voluntad de Dios y cumplir sus mandatos sin el menor obstáculo. Esta libertad verdadera, digna de los hijos de Dios y que ampara la dignidad humana, es superior á toda injusticia y violencia, y fue deseada siempre y singularmente amada de la Iglesia... Toda libertad puede reputarse legítima, con tal de que aumente la felicidad de obrar el bien; fuera de esto, nunca... Ningún género de gobierno reprueba la Iglesia, con tal de que sea apto para la utilidad de los ciudadanos; pero quiere, como también lo ordena la Naturaleza, que cada uno de ellos esté constituído sin injuria de nadie y singularmente dejando íntegros los derechos de la Iglesia».

Entendido el asunto, la encíclica *Libertas* establece que el hombre no es libre para adorar á Dios según los principios de su conciencia; que tampoco lo es para publicar sus opiniones; que lo es menos para enseñar é instruir á sus hijos, y que no lo es de ningún modo para conservar la autonomía de su pensamiento. Razón tenía yo, por lo tanto, al expresarme sobre el particular en otra obra (1) de la manera que sigue: «La emancipación del hombre es la primera negación del pontificado. No necesitamos, para hacerlo ver, remontarnos á Gregorio XVI ni á Pío IX: el sucesor de este último, el Pontífice de la libertad, como se denomina á León XIII, nos va á revelar lo que la Iglesia piensa á estas alturas de civilización acerca de nuestros derechos político-sociales. Juzgando por el espíritu am-

(1) *Las iglesias del Estado*, V, 95.

plio que le distingue en la práctica, nos inclinaríamos á creer que admite en teoría todos los postulados del derecho moderno... Desgraciadamente, el Pontífice se ha apresurado á quitarnos esta ilusión: su encíclica *Libertas* no puede estar más terminante... El criterio de tal encíclica parece, á primera vista, mesurado y conciliador; pero en el fondo es la misma negación de Gregorio XVI y de Pío IX: *La libertad es contradicción, peligro, cierta suerte de orgullosa deificación del hombre*».

*
* *

Con esto entramos en otro orden de consideraciones, requerido por mi plan y sugerido por la encíclica *Providentissimus Deus*, de 18 de Noviembre de 1894. Para comprender el alcance y el sentido de este documento, basta saber á qué supuestas necesidades respondió y en qué situación de los espíritus fue publicado. Versa todo él sobre la interpretación de la Escritura y el desarrollo de los estudios bíblicos; y, ciertamente, su criterio es retrógrado á más no poder en unos tiempos en que los teólogos no se escandalizan, como los fieles de la época de San Agustín, porque se substituya *hedera* á *curcubita*. Apuntemos los antecedentes del caso.

Cincuenta años hace, después de las concienzudas investigaciones de la Asiriología, empezó á despuntar entre los mismos exégetas católicos la idea, nunca puesta en duda por los protestantes independientes y los racionalistas imparciales, de que los hebreos deben á los caldeos sus creencias: aun arqueólogos judíos, como Halévy, concedían que los relatos del *Génesis* sobre la Creación son mitos babilónicos antiquísimos, purgados del fárrago fabuloso y adaptados á la severidad del monoteísmo hebreo. Promoviéronse luego discusiones sobre los pasajes *jehovistas* y *elohistas*, como correspondientes á distintos autores; y tanto y con tanta rapidez se aclaró el problema, que al cabo los eclesiásticos más sabios de Europa: monseñor Hulst, rector del Instituto católico de París; Loisy,

profesor de lenguas orientales en el mismo Instituto; Lenormant, historiador laico afecto al catolicismo; Salvador di Bartolo, canónigo siciliano, y mil más, reconocieron, con el racionalismo y el protestantismo, que el *Génesis* es una colección de fragmentos mitológicos de todas procedencias.

Ya iba á ser admitido este modo de pensar, que hubiera introducido en la exégesis y en la ciencia católica en general la más completa libertad de pensamiento, cuando apareció en mal hora la encíclica *Providentissimus Deus*, rechazando y estigmatizando todas las causas y consecuencias de aspiración tan generosa. En ella León XIII, tratando del grupo racionalista como del enemigo sistemático de la Biblia en nuestros tiempos, reniega de los teólogos de ingenio despreocupado que les auxilian. No se ha de tolerar, añade, esa manera de soltar dificultades, que se reduciría á pervertir la enseñanza católica sobre la inspiración sobrenatural de los sagrados libros y á hacer á Dios cómplice de los errores del hombre (1).

(1) «Dolendum est multos esse qui antiquitatis monumenta, gentium mores et instituta, similiumque rerum testimonia magnis ii quidem laboribus perscrutentur et proferant, sed eo sepius consilio ut erroris labes in sacris Libris deprehendant ex quo illorum auctoritas usquequaque infirmetur et nutet... Nec enim toleranda est eorum ratio qui ex istis difficultatibus sese expediunt, id nimirum dare non dubitantes, inspirationem divinam ad res fidei morumque, nihil prœterea pertinere, eo quod falso arbitrentur, de veritate sententiarum quum agitur, non adeo exquirendum quœnam dixerit Deus, at non magis perpendeatur quam ob causam ea dixerit. Etenim libri omnes atque integri, quos Ecclesia tanquam sacros et canonicos recipit, cum omnibus suis partibus, Spiritu Sancto dictante, conscripti sunt; tantum vero abest ut divinæ inspirationi error nullus subesse possit, ut ea per se ipsa non modo errorem excludat omnem, sed tam necesario excludat et respuat, quam neccesarium est Deum summam Veritatem nullius omnino erroris auctorem esse. Hœc est antiqua et constans fides Ecclesiæ... Consequitur ut qui in locis authenticis Librorum Sacrorum quidquam falsi contineri posse existiment, ii profecto aut catholicam divinæ inspirationis notionem pervertant, aut Deum ipsum erroris faciant auctorem... Neque ideo tamen viam sibi putet obstructam, quominus, ubi justa causa adfuerit, inquirendo et exponendo vel ultra procedat, modo præceptioni illi, ab Augustino sapienter propositœ, religiose obsequatur, videlicet; *a litterali atque veluti obvio sensu*

Así acabó la última esperanza de los hermeneutas ortodoxos de criterio amplio, y á ese desengaño les condujo el espíritu de libertad y sinceridad que gobernaba el rumbo de sus investigaciones. ¡Canten y loen ahora los liberales la amplitud de miras de León XIII!

El autor de la encíclica *Providentissimus Deus* no fue, por consiguiente, más liberal que el de la encíclica *Libertas*; y esto es demasiado cierto, por desgracia. La autoridad intelectual estuvo en él armada en corso, y la limitación de los criterios exegéticos no fue en sus escritos más que el corolario de los principios negativos que hemos visto profesaba sobre la libertad en general.

*
* *

Dentro del terreno científico, hay que conceder mayor importancia á las encíclicas *Æterni Patris* (de 1.° de Agosto de 1879) é *Immortali Dei* (de 1.° de Noviembre de 1885) sobre la orientación común de la filosofía cristiana; encíclicas que han hallado un eco inmenso en todos los círculos de pensadores adictos á la Sede de Roma, y que en tales círculos ha ganado en poco tiempo todos los ánimos. No obstante, son exageraciones palpables, aserciones como éstas que aventuró el herbartiano Durdik (1) en una de sus obras recientes: «Después de la encíclica *Æterni Patris*, la filosofía ha entrado en un período nuevo, habiéndose iniciado en esta dirección un movimiento poderoso que formará época en la historia».

Paréceme que no debía hacerse tanto ruido por tan poco. La extensión del movimiento neo-escolástico es innegable; pero su intensidad se me antoja nula, y conmigo opinará todo pensador imparcial y sincero.

---

minime discedendum, nisi quœ eum vel ratio tenere prohibeat, vel necessitas cogat dimittere, quœ præceptio eo tenenda est firmius quo magis, in tanta novitatum cupidine, et opinionum licentia, periculum imminet aberrandi.»

(1) *Geschichte der neue philosophie*, conclusión.

Mas dejemos esto aparte. Lo que importa consignar es que León XIII, al ordenar que en todas las Universidades católicas se enseñara la *Summa* de Santo Tomás, ha causado un perjuicio inmenso al adelanto de la filosofía cristiana. El que sea aficionado á asertos destituídos de fundamento, mire y admire estas afirmaciones de los neo-tomistas, inspirados en los deseos de León XIII:

A) La Iglesia debe acomodarse en todo y por todo á las exigencias de la ciencia de nuestros días.

B) Para conseguir este fin tiene que oponer las doctrinas filosóficas del siglo XIII á las teorías modernas.

A) Estas teorías no son más que una renovación de las de los filósofos paganos, sobre todo de los griegos.

B) El principal mérito de Santo Tomás es el de haberse inspirado y declararse discípulo, para mejor conciliarlo con el Cristianismo, de Aristóteles, griego y pagano.

A) Aristóteles es el primero entre los sabios de la antigüedad: por eso debe seguírsele en los puntos esenciales.

B) No tuvo la menor idea de la Creación, de la Providencia, de la Inmortalidad del Espíritu; pero éstas son cuestiones accesorias para el filósofo cristiano.

No quiero continuar esta serie de contradicciones, sostenidas en nombre de una escuela filosófica que, olvidando todos los descubrimientos de la crítica, se empeña en conciliar el Aristóteles falsamente interpretado por los escolásticos de la Edad Media con la ciencia moderna; que cree de la manera más pueril en los resultados de esta conciliación, y que se atiene en lo demás á una obra tan poco original como la *Summa*, en la que se encierran todas las más tiránicas negaciones de los siglos de fe. Yo no conozco sistema alguno de filosofía que haya consagrado errores más funestos que la eterna metafísica de la *Summa*. Las opiniones de Santo Tomás sobre las especies sensibles é inteligibles, sobre las formas substanciales, sobre las virtudes activas y pasivas, sobre la moral y el derecho, no son seguramente, dejando aparte el mérito del conjunto, mu-

cho más convenientes para inculcarlas á la juventud, que las opiniones de que proceden, es decir, las de Aristóteles, inspiradas á su vez en el grosero sensualismo de Demócrito. Si León XIII, con su renovación del escolasticismo tomista, quiso llevarnos á este terreno, habrá que convenir en que fue notablemente reaccionario.

***

Hasta aquí sólo por anticipación he hecho entrever el fondo del autoritarismo y el término de la reacción que ha descrito León XIII; pero ahora nos es preciso volverla á tomar de más cerca, y ver cómo se ha ido engrosando con todas las encíclicas, sin excluir—aunque el aserto parezca raro—las concernientes á la cuestión social: *De conditione opificum*, de 15 de Mayo de 1891, y *Graves de communi re œconomica*, de 18 de Enero de 1901. Las gentes superficiales se quedan, de ordinario, sorprendidas de ver á León XIII sosteniendo las pretensiones del llamado socialismo cristiano, al menos parcialmente. Nada más sencillo, sin embargo. «Como el socialismo, escribe Bourdeau (1), la Iglesia no concede valor alguno á todo lo que es espíritu, talento, gracia, originalidad, dotes personales. *Individualismo* es para ella sinónimo de *egoísmo;* y lo que siempre ha tratado de imponer al mundo es el ideal mismo del socialismo, la *fraternidad* sujeta á la *autoridad*. La misma organización internacional, igual reprobación de la guerra, sentido de los sufrimientos y necesidades sociales. Según Bebel, el Papa es quien desde el Vaticano ve mejor formarse la tempestad que se cierne en el horizonte. Aun el papado sería susceptible de llegar á hacerse competidor peligroso para el socialismo revolucionario si se pusiera resueltamente al frente de la democracia universal.»

Podemos, sin temor, asegurar que esto último no llegará á realizarse. Los bellos pensamientos de solidaridad económi-

(1) Citado por Lebon, *Psychologie du socialisme*, I, 3, 3.

ca, que constituyen la mayor gloria de León XIII, no le pertenecen exclusivamente; le son anteriores en el cristianismo europeo del último siglo, y casi estamos autorizados á decir que desaparecieron con él. Say declara ingenuamente que el socialismo cristiano, que iba á la cabeza en 1848, ocupa hoy el último lugar. Ni aun, pues, en este tan decantado terreno procede atribuir al Papa difunto una influencia considerable y eficaz. Las encíclicas no prueban nada en una cuestión de este género. El Papa pudo, ciertamente, valerse del socialismo para ocultar su pensamiento; pero, á pesar suyo, la verdad pasó á través de este velo, dejando en descubierto la hibridez de sus teorías sociales.

***

Sería cosa de todo punto imposible, dados los breves límites en que ha de encerrarse el presente artículo, proseguir el estudio de las vicisitudes de la política de León XIII en encíclicas de menos cuenta; pero estimo oportuno recordar su modo de proceder con el *Congreso de las religiones* de Chicago, tentativa la más generosa que se ha intentado en el pasado siglo, para aproximar los fieles de las distintas comuniones y unificar en lo posible sus respectivos dogmas. Hubiera sido lógico esperar de León XIII que alentara ó aprobara siquiera una aspiración tan noble. Pero engañaríase gravemente el que así pensase. Como á dicho Parlamento asistieran numerosos prelados católicos, entre los que se distinguieron el cardenal Gibbons y monseñor Keane, León XIII se apresuró á manifestar su desagrado, prohibiendo que un solo católico volviese á reuniones de ese género, y no admitiendo como válidas más que las que hiciesen separadamente y con otros fines. *Quorum tamen utilitas ne in ipsos unice derivetur ea lege indici poterunt ut aditus ad andiendum universis patentius iis etiam qui ab Ecclesia catholica sejungnutur* (1).

(1) Véase la *Civitta cattolica*, Octubre 1895.

¿En qué han quedado, señores periodistas, aquella amplitud y aquella liberalidad tan cacareadas y puestas en las nubes? Verdad es que comparando la política de Pío IX y la de León XIII, de ordinario se encuentra ésta mucho más transigente. Pero la causa de semejante diferencia es completamente sencilla, como hemos tenido ocasión de ver, y no corresponde á una verdadera oposición de criterios y procederes. Todo el resto de la política de León XIII se convierte, al lado de la otra, en algo convencional, en una mera acomodación á los elementos exteriores.

Mas no he de terminar con censuras estos breves apuntes. Mi objeto ha sido rectificar los errores del periodismo europeo sobre la personalidad y la labor de León XIII, por lo que no me ha sido posible prodigar las alabanzas. No soy tan imbécil que aspire á conmover al gigante del Vaticano con mis músculos de niño; he tratado tan sólo de mostrarme independiente ante la corriente general de los juicios. Si otros saben mucho, yo sé tal vez un poco, y para muchas cosas sé de distinta manera, y creo, con el Humorista, que veo de otro modo que el resto de los hombres. Por lo demás, nadie tan dispuesto como yo á reconocer las altas dotes personales de León XIII. Nacido trescientos años antes, su originalidad hubiera sido mayor y más perfecta, desplegándose con completa libertad, exento de las aniquiladoras opresiones de la vida contemporánea, y hubiera hallado campo ancho para sus empresas de maestro, de padre y de apóstol universal. Ya hoy, ¿qué cabe esperar de un Pontífice, como no sean reformas interiores de la disciplina, de la fe y de la moral de la Iglesia?

Después de todo, no es de creer tampoco que la fama de León XIII dure mucho tiempo entre nosotros. La historia de cada generación está llena de astros apagados que han venido á caer en el olvido. Su entrada en la vida pública se parece á la de esos buques de gran porte que ponen en revolución las aguas de un puerto; y al cabo tales hombres se muestran como la encarnación más brillante de la institución que representan.

«Lo que se ve de lejos en un edificio—dice Daudet—no es su base sólida ó bamboleante, su masa arquitectónica; es la flecha dorada y fina, bordada y labrada, que se añade para la satisfacción del golpe de vista.» Lo que se ve del pontificado en Italia y en toda Europa es León XIII. Pero de cerca las cosas pasan de otro modo. San Pedro de Roma, por gigante que sea, no puede impedir que los transtiberinos le ensucien por la base en muy mala forma. León XIII, por alto que se le haya encumbrado, es accesible al deterioro del tiempo, colaborador necesario de la justicia. Nuestros descendientes sabrán hacérsela con toda integridad, reconociendo sin escrúpulo sus equivocaciones y no ocultando sus cualidades de iniciador, de reformador y de espíritu levantado en una época de barbarie socialista. Esas cualidades llegarán, sin duda, á representar el elemento permanente del paso del difunto Pontífice por la historia de la Iglesia.

Edmundo González-Blanco

NUESTRAS MENTIRAS CONVENCIONALES

LA MENTIRA SOCIAL

Consiste la mentira social española, en querer aparecer como civilizados ante el mundo civilizado, siendo en realidad salvajes; en aspirar á presentarnos en núcleo de colectividad grande, sin ser más que pueblo formado por pequeños agregados nómadas. Tenemos la cohesión física que nos da la territorialidad, geográficamente aislada del resto del continente y del planeta. A pesar de una gran rarefacción demográfica, de una orografía heterogénea y de múltiples y opuestos climas, el *regional español,* por muy regional que parezca, es ante todo y sobre todo *peninsular*, diferenciándose de los demás peninsulares de Europa, en tender al aislamiento, en oponer una resistencia sistemática, á la convivencia continental.

Esta cohesión física, esta uniformidad aparente, carece en realidad de alma, de conciencia. Hemos llegado á ser solidarios á *presión*, y no por *integración*. Nuestra individualidad está presa en las redes de la conciencia histórica muerta y de la necesidad presente rudimentaria; vive ahogada por una falsa y miserable herencia de gloria, en *mendicidad perdurable* y en *temor*, sin que en ella pueda arraigar nunca la semilla de la libertad, para tonificarla en saludable fortaleza. Nuestro yo individual es cadavérico; una forma, un receptáculo, una capacidad pasiva ó una masa de fácil plasmabilidad, que por sugestión se disgrega. No es célula de organismo social viviente, que se reproduce antes de morir, sino partícula cristalizada

en poliédricas formas, semejante al mineral que integra. Venimos á la existencia con individualidad aplastada, y la conciencia que más tarde adquirimos de ella, nunca nos es propia, aun cuando nos hagamos tal ilusión. Estamos enjaulados en una forma de individualidad, que por selección artificial se ha determinado, donde su crecimiento espontáneo es imposible. En esa forma, que no es nuestra, se contiene una materia mental ajena, y una materia emocional primitiva, que de ella constantemente se desborda.

El *yo* de nuestra infancia lo formamos haciendo gravitar sobre él toda la autoridad romana del *paterfamilias*, superviviente solamente aquí, cuando abandonado á sí mismo, no crece como salvaje arbusto, con exuberancia enorme en su ramaje, pero sin arraigo firme en la tierra que le nutre, que es la sociedad donde vegeta. El cura y el maestro, ó el director del Colegio industrial, asumiendo ambas funciones, toman por su cuenta nuestra primera generación, á ellos entregada por padres perezosos é ignorantes, para ponerle el marchamo de una instrucción palabrera sin cultivar su alma, depositando en ella el sagrado fermento de la personalidad futura. La escuela y la Universidad son fábrica de maniquíes con instrucción, y no vivero de almas con carácter. Por haberse uniformizado éste, se ha perdido, como la variedad polítona del paisaje de la tarde se pierde en las obscuras monotonías de la noche. Y si la individualidad de nuestra aristocracia intelectual está castrada, ¿qué será del inmenso número de hombres sin instrucción ni cultura? La conciencia psicológica de nuestro yo individual nos revela un conglomerado estático, yacente, de substancia mental y emocional momificada. No hay panoramas interiores ni cambiantes perspectivas. Hoy como ayer, mañana como hoy. Pura identidad numérica, sin viviente renovación psicológica. Vinculamos el personalismo en la memoria. Somos porque sabemos que hemos sido; pero en cuanto actualmente somos, ¿sabemos lo que seremos? ¿Para qué sirve el saber pasado sino para el vivir futuro? Así, sin carácter y sin

personalidad psicológica integral, formada por la conciencia del esfuerzo, de la voluntad y del poder, en conjunción con los recursos mentales para el obrar escogidos, se desliza nuestro vivir individual sin trayectoria fija. Por eso el choque con los demás se hace inevitable.

La constante aspiración de una personalidad normal, es crecer siempre y sin descanso en intensidad y en extensión: *ser más* y *poder más;* el individuo español no aspira á eso, sino á dominar más. Hemos nacido para ser señores todos, en un pueblo natural y socialmente esclavo, porque dentro de las aspiraciones al dominio está la esclavitud de la pasión alimentada por la esperanza. Y el que desespera en dominar comienza á sentir el yugo. Es un vencido en el combate. Los españoles medimos nuestro sér, la intensidad personal de nuestro yo, por el parecer ante otros. Es éste un yo de fachada majestuosa y severa, sobrio en las luces y en la parte ornamental, con fuertes aleros para defensa de la intemperie y del sol, pero inhabitado dentro. Medimos el poder, no por la conciencia personal de nuestro esfuerzo, sino *à posteriori,* por la mayor ó menor masa rebañega que dirigimos. Después de haber sido y dominado, el yo superior se forma, y no viceversa.

Carecemos, como se ve, de mundo interno, amplio y comprensivo de la realidad, que en él se ha de reflejar. Somos interiormente como la caldera de vapor, sujeta á múltiples presiones; pero carecemos del manómetro para determinar su resistencia máxima. Vamos á ciegas hacia el porvenir, sin orientación, á la aventura, pero rastreando. ¿No fue nuestra expansión histórica, aventurera? ¿No es la lotería una aventura económica? Llevamos en nosotros el germen del ritualismo social, vinculándolo todo en puras formas aparentes, hechas ó determinadas por sugestión externa, sin acusar jamás una íntima estructura.

El individuo, como unidad de nuestro grupo social, es un centro inconsciente de acción y de pasión, formado por instintos propios semisalvajes ó feroces, y una instrucción y edu-

cación ajena, excesivamente uniforme, que no encarna jamás en aquéllos, para suavizar su indómita acometividad ó su resistencia intolerante. El núcleo de su existencia es el instinto de su personalidad, el *self-feeling* de la psicología inglesa, pero en bruto. Paradoja viviente, formada por una semiestructura mental del siglo XX, en rebelde asociación con los estados emotivos de un negro del Senegal, es un salvaje con epidermis de hombre civil, un sér falsamente educado, un producto adulterado de la civilización.

Nuestro carácter, y dentro de él toda nuestra vida individual, tienen dos fases: una, que se revela por la conciencia individual; y otra, que se refleja en la conciencia social, en la opinión. La diferenciación de la persona individual no puede precisarse jamás sin que en ella intervengan estos dos factores. Según que predomine el elemento interno sobre el externo ó social, se constituyen dos tipos de individualidad social: el yo *eyectivo*, que se forma por expansión; el yo centrífugo, con su poder generador interno, y el yo centrípeto, ó *conjuntivo*, determinado por el medio social y por las personas individuales ó sociales. Así, este yo social no es el espíritu colectivo reflejado en la conciencia social, sino el yo individual representado en el yo individual y social y en interdependencia constante con él. En cuanto mi individualidad se refleja en la conciencia individual de los demás y en la conciencia social de mi pueblo ó de mi raza, suscitando en ellos motivos de repulsión ó simpatía, tiene un aspecto social. Entre el individuo concentrado en su mundo interior, y el individuo considerado como célula social, está el yo individual social, por el cual su personalidad se hace tanto más ó mejor sociable cuanto con más perfección se adapta al espíritu social.

El yo individual social está sometido, por consiguiente, á la ley de todo organismo vivo: se determina, crece y se extingue. Pocas veces coinciden las fases de este crecimiento con la edad psicofisiológica. Hay celebridades prematuras y seniles.

Pero el crecimiento del yo individual social en nuestro agregado no es normal, ni mucho menos.

El yo centrífugo, el que quiere forjarse por el propio esfuerzo, su propio yo social, está sometido á una violenta lucha, á un batallar rudo y pertinaz, y nunca vence si no es perseverante. Consagramos la celebridad de nuestros autodidactos, después que dejan de serlo, para convertirse en dogmáticos. Echamos á rodar un nombre después de haber hecho, con intención mezquina, el vacío en derredor de una personalidad. Entre nuestros contemporáneos, ¡cuántos desalentados, cuántos vencidos en su lucha contra el silencio! Y entre nuestras celebridades, ¡cuántas almas dislocadas por haber dejado superfetar artificiosamente un yo social formado de aluvión, sobre su propio y primitivo yo psicológico!

El yo que trata de imponerse en son de lucha, por imperiosa que sea la superioridad, sucumbe. Un agregado social formado de medianías y de tontos, sólo deifica sus héroes cuando éstos se sacrifican primero en aras de la adulación. El primer dios es el que otorga la ofrenda al triunfador. Por eso se adulteran por el convencionalismo, ó envejecen en la obscuridad, tantas individualidades poderosas, que sólo viven en la subconsciencia de la raza, como reserva de inestimable valor en sus períodos de crisis, ó de prueba.

Por regla general, prevalece el otro yo, el centrípeto, el que se forma por convención, y generalmente por conveniencia, de los que jerárquicamente imperan en nuestro mundo social.

Como el animal invertebrado, tiene una masa uniforme de convencionalismo social y una epidermis brillante de mentira. Es el patrón de todas las medianías ilustres: de las celebridades de la cátedra, consagradas por la retórica ó por el servilismo; de los hombres robustos, de las figuras arrogantes, que como caballos de parada, exige el buen parecer en nuestros salones; de los tontos audaces, encaminados hacia la prensa ó la política; de los capitalistas ociosos, que pasan bos-

tezando, sin hastiarse, una vida distribuída con rutinario automatismo.

Siendo interminable la serie y tan conocidos los tipos, ¿á qué seguir?

Nuestra sociedad española no consiente jamás individualidades autócratas: tolera la accesión del luchador honrado, con tal que primero rinda pleito homenaje, inmerecido, á la fatua legión de los consagrados por la cultura de academia ó por la riqueza de patrimonio; pero nunca reconocerá el triunfo por el esfuerzo desalojado, sino por el convencionalismo tácitamente admitido.

Como el elemento mental y el elemento emocional son antagónicos en el yo individual, ese antagonismo se refleja necesariamente en el aspecto social de nuestra individualidad. Sabemos que Fulano vale más que Zutano, pero no queremos reconocerlo, ni menos anunciarlo públicamente, porque no nos conviene. Sabemos que las celebridades consagradas por la prensa son mentira, pero no queremos descubrir en ella las verdaderas celebridades. Presumimos que tal individuo en tal cargo lo haría mejor que tal otro, pero procuramos preterirlo cuando se trata de encumbrarlo. Nos repugna todo crecimiento espontáneo y rápido, como á la muchedumbre de uniforme estatura, el gigante que con ella se codea y con su vista la domina.

De todo lo cual resulta que por ley artificial, hecha ya habitual, el superhombre, ó mejor dicho, el *preterhombre,* es imposible en la vida social latina, y más imposible aún en la vida social española. Como en la conciencia individual se establecen generalmente centros definidos de asociación, según la herencia, el medio, el hábito, etc., así también en la persona social, las individualidades poderosas son otros tantos nodos que agrupan á su alrededor los elementos gregarios por tendencia, y los encauzan hacia una afirmación ó hacia un ideal. Aquí, nuestros superhombres, nuestras individualidades más fuertes, la flor de nuestra raza, se devora bár-

baramente en fútiles torneos, azuzada por astutas medianías, ávidas del desfallecimiento y muerte prematura de los héroes, para alzarse sobre el pavés y ser espontáneamente aclamada. Por eso el aspecto social del yo individual no es uniforme y compacto. Semeja más bien á un mosaico raro, de pareceres diversos, que á un extenso panorama con unidad y armonía.

***

Ha sido necesario un detenido estudio de nuestra individualidad introspectiva y de nuestra individualidad social, para precisar el coeficiente de sociabilidad. Esta puede ser: ó absoluta, cuando se refiere solamente á la cualidad de las relaciones intermentales ó interemocionales y á la cooperación posible para la acción colectiva; ó relativa, cuando está en función de la herencia social y del medio social y físico. Generalmente, la mayor ó menor sociabilidad de un grupo arranca de la cantidad y calidad de los individuos que le constituyen y de la forma de su concreción demográfica en el territorio en que viven; del esfuerzo que para la existencia han de desalojar; de la ponderación de las propias energías con la eficacia virtual de la acción. Se puede asegurar que sin una individualidad poderosa no hay sociabilidad posible. El español, generalmente con más sentimiento de individualidad que conciencia individual (á diferencia del anglosajón, que con viva conciencia de su yo introspectivo, como dice Martín Hume, lo deja moldear por el medio y lo pone en consonancia con el *alter* ó *socius* de los demás), es por esto mismo poco sociable. Porque el tono sentimental no acusa, sino que exagera el material psíquico que constituye el yo introspectivo; porque el yo social, en vez de adaptarse y coordenarse al grupo, explota entre él, ó sobre él gravita.

A igualdad numérica de población, la sociabilidad de 20 millones de españoles es menor que la de 20 millones de ingleses, pues la individualidad aislada de un español es menor

que la individualidad aislada de un inglés. El área de esta individualidad en la mente social es más reducida. Un publicista español apenas pasa de 30 ó 40.000 lectores. En cambio, los norteamericanos é ingleses llegan á 300 y 500.000. Entre el mundo interno de la individualidad y su ambiente social hay una continua conjugación de vida, de ideas y sentimientos. El tono social, intensificado poderosamente por los imperceptibles estímulos de la individualidad radiante, llega á equilibrarse por fin, á formar seguro bloque de conciencia, alimentándole con veneros de renovada y de perenne vida.

En las inmensas llanuras centrales de la península española, más de 250.000 kilómetros cuadrados de suelo territorial, que huye de las brisas de los mares con sus enormes alturas geográficas de 650 metros, para ser constantemente azotado por las inclemencias del cielo, vive miserablemente una población de seis millones y medio de habitantes. Las dos Castillas, parte del reino de Aragón y del de Murcia, el Norte de Andalucía, Extremadura y León, sólo poseen el mismo número de habitantes que Londres, Liverpool, Birmingham y Manchester. Cuatro poblaciones inglesas representan más, cuantitativa y cualitativamente, que veinte provincias españolas en la humanidad. En nuestro centro territorial parece vivir la soledad errante ó vagabunda por las llanuras inmensas de una tierra desolada. El eco de la voz se pierde en la llanura. La visión se abruma en el vacío. La luz, reverberada en el ambiente, nos ofusca y anonada. Desvanécese la noción del tiempo y el estímulo para la acción, en vértigo perdurable y doloroso. La realidad es un sueño, y en él se cobija y atesora toda la verdad. En 150.000 kilómetros de tierra inglesa, y en el país de Gales, vive una población diez y siete veces más numerosa que en Castilla. ¡Y qué diferencia entre estas dos regiones! ¡Si aquélla pudiera capitalizar el sol en energías industriales y percibir su luz tonificadora y gozar de las serenidades de este cielo!...

El hombre alejado del hombre pierde la noción de socia-

bilidad humana. La inmensidad del paisaje aplasta la individualidad, la subyuga ó la fascina. Tal vez por sugestión la falsea, agrandándole formalmente, sin nutrirle cualitativamente.

Nuestra población costera, más densa y numerosa, pierde también su personalidad en el litoral. Atada, fuertemente atada al núcleo histórico de la nacionalidad medioeval, si en el mar encuentra el vehículo más fácil de sociabilidad, tras sus espaldas está el amarre, hecho en roca inconmovible, de intolerancia y de inacción. Y en las dos Españas, en la de dentro y la de fuera, en la España bañada por el mar y en la del mar alejada, una población rural numerosísima se congrega en imperceptibles grupos, consagrados á cultivar con ignorancia y desamor la tierra, regándola con los sudores del trabajo, para producir el fruto que no ha de alimentarle. En vano pide en la clásica oración al buen Dios, en quien férvidamente cree y con perseverancia espera, el pan de cada día. Bajo la epitelial corteza de tierra vegetal está el tesoro. En el subsuelo se guarda la nueva savia de vida redentora, reservada por Dios para los años penuriosos, y vilmente acaparada por el hombre. Como las individualidades poderosas son centro de asociación para un grupo elemental, las ciudades y las metrópolis son puntos de convergencia é irradiación de una vida social más ó menos intensiva y extensa, según sea su importancia demográfica y económica. Son las ciudades las que suelen imprimir fisonomía á la sociabilidad total de un país. Londres y Glasgow, industriales, determinan en Inglaterra la sociabilidad industrial. Chicago y Nueva York, comerciales é industriales, dan timbre económico especial y estructura de sociabilidad adecuada, á un inmenso territorio formado por importantes elementos agrícolas, que por inducción á su vez se industrializan. París, burocrático y bullanguero, y Berlín, imperialista, en vez de cooperar, contrapesan ó restringen la acción industrial del Havre y de Hamburgo. San Petersburgo y Madrid, encéfalos de un Estado de sociabilidad medioeval,

sobre la base de una propiedad agrícola, con población económica servil y con un feudalismo más marcado en su régimen industrial exótico, desvirtúan la solidaridad más intensa, la *sinestesia* más viva de sus grandes puertos comerciales y de sus ciudades fabriles.

Hay ciudades que representan nuestra herencia social. Hay otras que simbolizan y encarnan nuestro porvenir. Entre los elementos arcaicos y atávicos, hoy preponderantes en España, y los elementos novadores; entre lo que pudiera llamarse nuestra mentalidad histórica, vinculada en anales de gloria y de pobreza, y nuestra emotividad social, nuestro estímulo por vivir mejor, se está trabando hoy el más rudo y silencioso de los combates. Los unos confían en el número. Los otros se basan en su poder y en su estrategia. Y esta lucha, que es una verdadera crisis para el alma de nuestro pueblo, determinará la integración ó la muerte del yo colectivo, desdoblado ó dislocado por fuerzas que, en vez de conjugarse, se destruyen.

Esta misma lucha se revela en el orden individual. Sobre unos predomina más la herencia, y son atávicos; en otros prepondera el porvenir, y son activos, especuladores, aventureros.

Tiempo y territorio son condición indispensable para la sociabilidad. El tiempo nos recoge hacia dentro, hacia lo que ha muerto para no volver. El territorio desmesuradamente grande, en vez de congregarnos nos disgrega. Si alguna solidaridad adquirimos, se hace pronto delicuescente, como el cloruro de sodio, al ponerse en contacto con la susceptibilidad más leve ó con el espionaje solapado. Estamos más unidos á la memoria de nuestros antepasados por las perspectivas del recuerdo vago y frío, que á los prójimos con quien vivimos en lucha desesperada por el pan, ó por la fama, sin amor. Como la fiera en las soledades de la selva, somos propensos á medir nuestra acometividad ó nuestro poder en magnitudes absolutas, agrandadas por el espejismo

mental. Tenemos idea clara y viva de los contemporáneos en el espacio y en el tiempo; pero nuestra mentalidad es puramente *representativa*. Poner en conjunción dos representaciones pertenecientes á distintas individualidades, establecer entre ellas una relación intermental, exige en el intelecto de la raza una tendencia al pensar *activo*, *inspectivo*, más que á la percepción puramente *representativa* ó *pasiva*. Todo el calor mental de nuestra alma, que tiende á irradiarse hacia otra ó conjugarse en ella, lo invertimos pródigamente en hogar estúpido de sacrificio *autolátrico*, procurando cerrar herméticamente las válvulas de nuestra personalidad para asfixiarnos en ella.

Por esta falta de interversión mental en las individualidades, es múltiple su tono, é imposible su consonancia. Siendo cuerdas de la misma calidad, y pudiendo vibrar á igual tensión, no integran nunca sus acordes. Ahora se explica cómo á la mente individual de nuestra raza se le hace inconcebible la idea colectiva, *concreta*, formada previamente por representación de acciones intermentales múltiples. Por eso, por ser incapaces de la representación total de la mentalidad de nuestro grupo, se nos resiste el obrar colectivo, ó por mejor decir, cooperativo. En la química social de un grupo sano, las acciones y reacciones mentales que tienen lugar entre los individuos que le constituyen, dan como precipitado la acción ó reacción de una voluntad colectiva, fuerte, unánime, tenaz, perseverante. En los grupos de nuestra raza, el resultado es cero. Si para pensar son intolerantes, mentalmente impenetrables, para obrar son *sinabúlicos*. Sólo se mueven cuando se les arrastra ó cuando se les empuja. Cuando un fuerte peso gravita sobre ellos, no reaccionan. Si por impulsión un elemento subyacente los eleva, se dejan ir á la descuidada para fracasar después en el precipicio. Son parias de una raza degenerada, condenados fatalmente á perpetua servidumbre. Cultivan los campos de la tierra, pero no son para sí; laboran en los mundos de la mente y son asalariados serviles de la

ciencia autoritaria, brutalmente autoritaria, de un nombre más ó menos divulgado, ó de efectismos intelectualistas, pasajeros.

Por ser atomista la sociabilidad individual, no se constituyen grupos densos; y por ser atómicos estos grupos, es infinitésima la sociabilidad colectiva.

Si *à priori* y por el estudio psicológico de nuestra individualidad se explica la mentira social, *à posteriori* se comprueba por los datos de la sociometría comparada.

En todo agregado social se dan siempre tres estructuras fundamentales: la del encéfalo, que es la de la capital ó metrópoli de la nación ó del Estado; la del elemento urbano, complemento de éste, y la del rural, base ó sistema muscular del trabajo ó de la producción, cuando se trata de países esencialmente agrícolas como España. La diferencia entre una sociedad normal y una sociedad anormal consiste en que, mientras en aquélla estos tres elementos están en mutua interdependencia ó en gradual subordinación, en ésta se dan estratificaciones superyacentes de los mismos sin raigambre viva entre sí. En esto influye también el sistema arterial de nuestra territorialidad: el camino de hierro dió solidaridad estrecha á nuestros grandes agregados urbanos, estimulando su vitalidad cuando de vivir eran dignos, ó esclavizándoles á otros al no poder resistir con ellos una competencia dentro de la convivencia. Por eso hay una España urbana más cerca de las poblaciones urbanas del continente europeo que de la España rural oprimida. Las carreteras y los caminos de hierro ponen en comunicación rápida y constante nuestras villas y nuestras ciudades con la capital de la nación; pero, en cambio, olvidan la enorme masa de población rural sin convivencia actual posible con la población urbana, que ejerce sobre ella una irresistible presión, impidiéndola crecer ó haciéndola emigrar.

Hay que ver cómo los campos españoles, en labor cruenta y silenciosa, luchan en vano por redimirse, ó creen con espe-

ranza en la redención del dios Estado. Ellos son los únicos liberadores de esa deidad estúpida, forjada en la esclavitud y en el temor para tortura interminable de su cuerpo y de su espíritu, condenados ambos á la miseria y al hambre por dar cándidamente el jugo de su vida al parásito que los explota sin piedad y que creen necesario.

Cuando se asfixia su alma en la desesperación, ó se expatrían con amargura ó se entregan á la muerte sin consuelo. De ellos brota toda la vida, todo el verdor y lozanía que hace medrar nuestras ciudades populosas, nutriéndolas con savia joven, dándolas fecundadora simiente, tonificándolas en su cansancio, ó haciéndolas ubérrimas para multiplicarse y crecer. A ellos vuelven los organismos gastados y decrépitos, tuberculosos de alma y cuerpo, para retoñar á nueva vida, después de disipar en sano ambiente sus miserias. Son como timón en la ruta y como ancla en el naufragio.

Allí, en el latifundio inmenso y estéril ó en el minimifundio depauperado, viven quince millones de españoles, amargando todos los pesares de la vida, exacerbados, sin poder jamás gustar ningún deseo, ni cuajar una esperanza, ni forjar una ilusión. Y en sus almas vírgenes como tierra sin roturar, y en su corazón de niños, se guarda todo el tesoro de nuestra raza, toda una inmensa riqueza virtual no valorada ni explotada por los que forjan patria en letras de molde, como el eunuco, que, incapaz de engendrar, remeda perfectamente las actitudes y movimientos del acto genésico. Vientos novadores y tempestades renovadoras podrán tal vez purificar este ambiente lleno de productos miasmáticos, estas mansiones de la ciudad española, donde se enjaula el alma en mentira y el estómago en miseria. ¡Aire, luz y vida de los campos; alma y corazón de las aldeas y caseríos; sinceridad y fortaleza para retemplar en ellos nuestro organismo social enfermo, y para recrear la patria por él degenerada y oprimida!

Hay que urbanizar el campo y ruralizar la ciudad al mismo tiempo. Hay que dotar de glóbulos rojos la sangre cloró-

tica de nuestras ciudades y roturar el alma de la España rural, para que en ellas germine y viva la idea generadora de la acción libre, personal y solidaria.

Está roto el equilibrio entre el valor sociométrico de nuestra capitalidad, de nuestras grandes ciudades y de nuestros campos. Madrid apenas pasa de medio millón de almas. Las ciudades españolas superiores á cincuenta mil habitantes suman poco más de dos millones. Quedan diez y siete millones y medio para nuestros campos, nuestras villas y nuestras ciudades de último orden. ¿Qué nos dice respecto á esto la estadística de otros países? Veamos el tanto por ciento de la población total, que representa la población de la capital, de las grandes ciudades y de los campos en Inglaterra, Alemania, Francia y España en este cuadro comparativo:

	Inglaterra.	Francia.	Alemania.	España.
Capital.....	11,20 %	6,60	3,20	2,69
Ciudades de 50.000 habitantes y mayores de 50.000.....	27,00	9,90	14,60	10,67
Población rural y ciudades inferiores á 50.000 habitantes....	61,80	83,50	82,20	86,64

En Inglaterra, país típico de la sociabilidad y del individualismo, predominan el nervio y el músculo, poseyendo además un gran encéfalo. Las capitales forjan iniciativas; el país, con sus brazos, las plastifica. En Francia la subordinación está en razón inversa de la masa. La capitalidad pierde importancia; pero, en cambio, ejercen más influencia las grandes ciudades, donde se cobija toda la industria y el comercio de la nación; y los campos, que sostienen una Francia rural, próspera, rica y laboriosa, sobre la cual, principalmente, gravita la enorme pesadumbre económica de un estado típica-

mente burocrático. En Alemania, el papel de la capitalidad es menor que en Francia; pero, en cambio, el de las grandes ciudades la supera. En España, la capitalidad de la nación, por su importancia social, es insignificante. Somos un país de encéfalo rudimentario, por no decir atrofiado. Nuestras grandes ciudades son, sociométricamente, superiores; pero todo se subordina, por la masa y por la calidad, al último grupo, al rural. En nuestra estructura social predominan las pequeñas ciudades, las villas, aldeas y caseríos; y el carácter de esta estructura es ser fragmentaria, atómica, incoherente. Es la más apropiada para que el morbo caciquil germine. Divide y triunfarás. Hay dos ó tres millones de españoles que constituyen una *pepiniere* de europeísmo. En cambio, hay más de diez y seis cuya sociabilidad es genuinamente marroquí.

Si se comparan ahora las capitalidades de las tres naciones indicadas, con la de España, vemos que, relativamente al grupo respectivo de población, España es la que tiene un encéfalo social más reducido en cantidad, menos resistente en calidad; por eso se llama ciudad de la muerte, y menos laborioso en acción; por eso se considera como el albergue más hospitalario para mendigos, vagabundos é histriones. Pocos viven en Madrid de su trabajo. Los más del trabajo de otros, ó explotando la caridad en estudiadas fórmulas impetratorias. Necesita, por lo tanto, crecer en importancia la capital de la nación, para que sirva en toda ella como principal foco radiador de sociabilidad, de patriotismo y de cultura, en vez de ser como la esponja absorbente de todo el jugo nacional.

Pero además es preciso que las grandes ciudades, grandes, no por su historia, sino por su presente, suban, medren: para eso hay que dotarlas de merecida autonomía; hay que fomentar en ellas la inmigración de la población económica, inactiva por falta de trabajo en los campos; deben estimularse las corporaciones municipales, haciéndolas émulas del robusto municipalismo inglés, que, como nuevo poder, se alza enfrente de las grandes empresas especuladoras con los servicios de las

ciudades, ya que amparadas vivieron mucho tiempo á la sombra del poder central por ellas asalariado.

¡Que perezcan en el olvido, que acaben de una vez su agonía esas ciudades moribundas que, como células atávicas, devoran, en *fagocitosis* perpetua, toda la vitalidad de los que, por sí y por su esfuerzo, ansían redimirse para vivir libres de los sueños de la historia, de la obsesión de la muerte y del feudo de la capitalidad, en un concierto mutuo, perseverante, de amor y de trabajo! Ellas, las encargadas de plasmar la salvaje virginidad de un pueblo menos indisciplinado que ineducado, podrán mostrar la inesperada aurora de redención al mundo civilizado, que en nuestro descrédito se goza para mantenernos en crónica convalecencia. Ven en espejismo nuestros pulmones cavernosos, sin darse cuenta del poder asimilador, de la fuerza nutritiva del enfermo. He ahí el único camino posible para lograr la sociabilidad de que carecemos, dotando á España de un sistema neurosocial robusto y poderoso. Estoy por la pedagogía social ortopédica más que por la quirúrgica.

El malogrado sociólogo francés A. Coste, en sus estimables estudios de sociometría comparada, llega á los siguientes resultados. Tomando á Francia como tipo ó unidad, y que es igual á 100, resulta que el poder sociométrico de Inglaterra es igual á 175, y el de España á 50 solamente. De suerte que Francia tiene una sociabilidad igual al doble de la nuestra, é Inglaterra una sociabilidad de tres á cuatro veces mayor. Eso depende, en gran parte, de que mientras en Inglaterra la población urbana representa el 77 por 100 de la población total, la rural sólo representa el 23 por 100. Las ciudades están pobladas por 25.000.000 de habitantes, y los campos por 7.000.000 solamente. En Francia, según el censo de 1891, la población urbana representaba solamente el 37,4 por 100 de la total, y la población rural el 62,60 por 100, teniendo las ciudades de 30.000 habitantes, y las superiores á esta cifra, una población de 8,66 millones. En Alemania la población urbana y la rural están representadas por el 50 por 100. Y en España,

donde las poblaciones superiores á 30.000 habitantes sólo ascienden á 3,06 millones, según el último censo, podemos considerar que de los 20.000.000 de población total, quince pertenecen al elemento rural y cinco solamente al elemento urbano. Tendremos, pues, que el elemento urbano representa el 25 por 100, y el rural el 75 de nuestra población total, estando, con relación á Inglaterra, invertidos los términos, y muy distantes de los coeficientes respectivos de Francia y Alemania.

Otra prueba más de nuestra insociabilidad: el falso sentido de la patria territorial, el territorialismo huero, invertebrado, y la deficiencia é imperfección de los medios circulatorios para hombres, cosas é ideas. Hay en Europa cuatro Estados que tienen, aproximadamente, el mismo territorio: España, Francia, Austria y Alemania. Unos más y otros menos, todos exceden de los 500.000 kilómetrós cuadrados. En población, Austria y Francia casi se equilibran en densidad; Alemania la excede. España, por el contrario, tiene un coeficiente demográfico igual á la mitad del de los dos primeros, muy semejante al de Grecia y al de Turquía. Los extremos septentrionales, como los meridionales, de Europa, son poco hospitalarios para el hombre.

Entre éste y el territorio se establece siempre una correlación. La uniformidad territorial engendra ó determina una sociabilidad homóloga en el hombre que la habita. Los grandes valles, regados por caudalosos ríos, sirvieron de primer asiento á las poblaciones erráticas, que por el hecho de encontrar tierras fácilmente explotables, se hacen sedentarias y agrícolas. Las montañas, albergando una población poco numerosa, austera, sobria y con cierta hosquedad de carácter, más dada á las faenas del pastoreo y de la caza que á las empresas agrícolas é industriales, restringen en cierto modo el poder social de un pueblo, ó son una rémora para su adaptación rápida á las formas más progresivas de civilización. Grandes extensiones de tierra sin comunicación con el mar, se estancan en un estado determinado de progreso: ni caminan ni retroceden. Estas tres

formas podemos descubrirlas hoy en España. Hay tres tipos nacionales dentro de nuestra territorialidad: el hombre de la montaña, el de la llanura y el de la costa, que pueden combinarse entre sí, en formas más ó menos complejas é inestables. Las rugosidades de la superficie, nuestros sistemas orográficos irregulares, la separación natural por una muralla inmensa del territorio continental, la inestabilidad del suelo en muchos sitios, la impenetrabilidad del subsuelo en otros, la falta de uniformidad en las alturas geográficas, la dificultad de los accesos del mar á su hinterland peninsular, y viceversa, la variedad de producciones y de climas, son otras tantas causas que determinan en España un medio cósmico y telúrico poco adecuado para su sociabilidad rápida, normal y uniforme. La raza que aquí habita, más apta para las luchas con el hombre que para las conquistas de la naturaleza, rinde con ferviente idolatría culto y tributo al dios Terminus, mientras los que la explotan modulan en coros de resonancia universal, himnos de bendición á Minerva, madre hoy de Mercurio triunfador. Sea por lo que fuere, es lo cierto que la naturaleza, aquí, es más grande que el hombre, que éste interpreta falsamente el espíritu de territorialidad, pues en sus sueños de conquista, en la embriaguez de soberanía, hizo acotaciones en el mundo para otros. Nuestro imperio se ha disgregado, como todos los grandes imperios de la historia, por falta de *cohesión interna y por exceso de presión externa*. Forjamos una patria ideal, abstracta, en las superficies uniformes é infinitas de la mente soñadora, sin poner en nuestros planes una levadura de vida y humanismo que en la vida y en la humanidad los encarnara... Eso se ha reflejado dentro.

Hoy mismo, la sed de kilómetros cuadrados, tan científicamente ridiculizada por el eminente sociólogo ruso Novicow, pesa más en nuestra alma que las ansias de cultura y de riqueza. Tenemos idea clara del territorio amplio y sintético, no conciencia plena del territorio propio y necesario, para nuestro vivir racional y social. De ahí que, amando tanto la

patria territorial con estúpido amor abstracto, sea España el pueblo de Europa que en menor cantidad posee economía nacional. La intolerancia religiosa de judíos y católicos españoles, en empresas de proselitismo dogmático para persuadir y sumar conciencias á la causa, conviértese en tolerancia económica en nuestras grandes empresas de ferrocarriles. Un judío de París y un católico de Barcelona son los que principalmente mangonean en la primera de España. En 504.552 kilómetros cuadrados, para circulación de hombres, de mercancías y de pensamientos, sólo hay 115.024 kilómetros de vías férreas, tranvías, carreteras, caminos vecinales, telégrafos, teléfonos y cables submarinos. Francia, con 32.000 kilómetros de territorio más que España, tiene un sistema circulatorio casi seis veces superior al nuestro. Asciende á 663.223 kilómetros, correspondiendo á cada kilómetro de superficie más de un metro lineal de comunicación. En España, en cambio, sólo tenemos por cada cinco kilómetros de territorio uno de vías. Allí, la proporción entre la vía circulatoria y la superficie territorial es de $^1/_1$; aquí, de $^1/_5$. Pero como la población de España es casi dos veces menor que la de Francia, resulta que para que hubiese proporción entre la facilidad de los medios circulatorios de los dos países (teniendo en cuenta que la población que vive en territorio poco poblado necesita más facilidad que el de población numerosa, para conseguir un mismo *tonus* demográfico), el nuestro habría de tener, por cada kilómetro de superficie, 1,43 de vías de comunicación. A igualdad de población, necesitamos hoy 700.000 kilómetros de vías sobre el territorio español; pero como la población ha de crecer también gradualmente, puede decirse que, en realidad, España, para compararse con Francia en un breve período de cuarenta ó cincuenta años, ha de aumentar sus medios circulatorios en 400.000 kilómetros de vías férreas, teléfonos, telégrafos, carreteras, caminos vecinales y cables submarinos, distribuídos en proporción conveniente. El problema fundamental para acrecentar nuestra sociabilidad, ha de consistir en dotar

á España de un sistema vascular de que carece. Hay que hacer patria, no con la imaginación y dando rienda á bélicos instintos de conquista, sino con la mente y con los brazos, moldeando el territorio á imagen y semejanza de nuestras necesidades colectivas, esclavizándolo á nuestro esfuerzo, adaptándolo á un vivir á la europea. Este sistema arterial ha de ser á la moderna, abandonando el rutinario plan de carreteras nacionales y provinciales, supervivencia cara é inexplicable de los medios de comunicación de Roma en nuestra época industrial; dotándole de elementos íntimamente coordenados y no antagónicos; procurando que el camino vecinal sea un afluente de la carretera; la carretera, del ferrocarril; y el ferrocarril, de un gran puerto comercial ó de una gran arteria continental. Para que España logre una completa sociabilidad, es preciso que sus 9.000 municipios puedan vibrar al unísono del corazón nacional. Cuando las grandes noticias de que la prensa es mensajera llegan á los ámbitos rurales de la nación, murieron ya en el olvido en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao y Sevilla. La vida mental y emocional, que son dos grandes elementos de sociabilidad, se reparten muy desigualmente en España, donde se ven manifestaciones esporádicas de sociabilidad pletórica, pero no un espíritu social uniforme, no un mismo tono de sociabilidad. Los elementos nodales de la cuerda son más numerosos que sus puntos vibrátiles. Hay que suprimir los nodos para que exhale una sola vibración.

La sociología contemporánea ha comprendido perfectamente el gran papel que los elementos iteradores representan en la sociabilidad de un pueblo. De su cantidad y calidad puede colegirse la perfección de aquélla. En España ha llegado el misoneísmo respecto de los medios de comunicación, á que ciertos pueblos rurales otorgasen fuertes subvenciones para impedir que por ellos se trazasen las vías férreas. Muy recientemente también, en Navarra, han explotado odios contra el maquinismo agrícola, manifestándose el fanatismo en tales términos, que la horda rural destrozó una máquina

que para trillar cereales ensayaba gratuitamente un comisionista de casas alemanas. Inglaterra, en pocos minutos, puede comunicar con colonias que distan doce ó catorce mil millas de Londres; y España necesita horas y días para un despacho telegráfico enviado desde la capital de la nación á cualquier pueblo de la Península que diste de ella algunos centenares de kilómetros solamente. Desde Vigo á Barcelona, el transpeninsular, en un recorrido de 1.400 kilómetros, precisa, por lo menos, dos días. Nueva York, que dista de San Francisco de California cinco veces más, lo hace en la mitad de tiempo, proporcionalmente á la distancia. Los vapores de nuestras grandes compañías trasatlánticas emplean mucho más tiempo en sus itinerarios que los de las alemanas, y el precio del flete es dos veces mayor. La velocidad de nuestros trenes es aproximadamente la mitad de la de los europeos. La estructura de nuestras redes y vías de irradiación es más adecuada para un territorio de un millón de kilómetros cuadrados, que para el nuestro, que apenas pasa de la mitad. La prensa de Berlín se lee en Alemania, y la de París en toda Francia, á las pocas horas, y á lo sumo al día de salir de las rotativas de la capitalidad. La prensa madrileña necesita para llegar á pueblos que no distan de la capital más que 500 kilómetros, cuatro días por lo menos. Nuestra prensa de gran circulación tiene mejor servicio telegráfico internacional que nacional. El teléfono es entre nosotros todavía un juguete caro, y el automóvil un artículo de *sport*. Tiene razón Desmoulins al decir que el camino traza la civilización.

***

Tal vez sea el ambiente el que más influya en la mentira convencional aquí estudiada. Por eso, sin dedicarle la extensión que exige su trascendencia, hay que analizarlo con algún detenimiento.

En realidad, no poseemos los españoles un medio social uniforme y homogéneo. Hay multiplicidad de medios que ori-

ginan diversas adaptaciones. Mirados desde afuera, es decir, desde un medio social completo, presentan un aspecto. Observados desde dentro, es decir, cuando el observador está abismado en ellos, la perspectiva varía. He aquí, pues, dos métodos que mutuamente se completan, pero que un español no puede adoptar.

El que por algún tiempo ha vivido plena vida europea, y de repente se traslada á nuestra sociedad española, escucha dentro de sí el sufrimiento doloroso experimentado por su «yo» social, que, moldeándose por presiones constantes del ambiente libre, se deforma ó se disgrega en un vacío horroroso. Aquí no tenemos un medio integral. El pensador respira atmósfera de cultura en los ambientes franceses, italianos, ingleses ó alemanes. El alma sinceramente religiosa repliégase en sus reconditeces, huyendo del mundo y haciendo en torno suyo un vacío que mata las relaciones sociales más fuertes. Nuestra vida literaria no ha enraizado todavía en la ciencia, ni ésta se ha tallado ropaje estético, porque el cerebro del pensador y del artista se odian y detestan. La sociedad anónima para las explotaciones industriales, y la sociedad nominativa para juegos y recreos, carecen de vida de relación. Son pequeños mundos con órbitas propias trazadas á capricho, sin un plan universal que las presida para impedir choques mortales en su marcha. Cuando uno respira estos distintos ambientes tan próximos y tan distantes á la vez, padece lo indecible. Es como pulmón propenso constantemente á pneumonía, en atmósfera cuyas temperaturas diversas se suceden con brusquedad vertiginosa. De la misma manera que existe una conciencia colonial en las primeras manifestaciones esporádicas de la vida psíquica del niño, y una sociedad colonial en las ínfimas especies de la escala zoológica, obedeciendo una y otra á medios homogéneos y distintos, yuxtapuestos, pero no integrados, así también en las sociedades anormales, como la española, los grupos que la constituyen viven juntos, sin convivir jamás. Pedid á un comerciante datos acerca de las

transacciones y precios de otro del oficio que tenga su clientela en distinto lugar, y no os responderá; á un universitario sobre los métodos de enseñanza de todos los demás que profesan la misma materia que él en España, y se encogerá de hombros en una actitud que oscila entre la superioridad y el menosprecio. En cambio, podrá encontrarse al día sobre el estado de su especialidad en Europa. Para él su proceder tiene explicación; pero no para España, donde la ciencia ha de ser un factor importantísimo de sociabilidad. Tal es la fuerza del medio elemental que, gravitando sobre nuestra individualidad, la tuerce ó la disloca, según sea su estructura. No tenemos suficiente poder de inhibición para sustraernos á él, ó de reacción para reobrar sobre él. El intelectual que vive mucho tiempo entre hombres rurales, ve desvanecerse en su alma un día y otro día, con perezosa inercia, la fábrica potente de mentalidad que con su esfuerzo construyó. El hombre del campo, de alma sana y corazón entero, al vivir en ciudades que, siendo nuestras, son exóticas porque pertenecen al pasado, ó á un presente ultrafuturo para nuestra población rural, mira con dolor frustrados sus propósitos de laboriosidad, de economía y buen sentido.

Al entrar en Madrid se pierden, como dice un amigo mío, dos nociones fundamentales: la de la *moralidad* y la del *duro*. Y todo esto procede de la gran dificultad que existe para poder intervertir los medios fundiéndolos en uno superior. Cuanto más disten entre sí en calidad, aun coexistiendo próximos ó juntos, más difícil será la consolidación. El injerto sólo puede hacerse cuando se dan dos savias semejantes, y éstas se logran con voluntad y con poder. De un pueblo como el escocés, que ha vivido tanto tiempo entre rocas abruptas, mirando un cielo siempre gris, tonificado por las brumas del mar y las nieblas de los lagos, ha surgido una ciudad eminentemente industrial como Glasgow, otra genuinamente intelectual como Edimburgo, y una pléyade de precursores de la lírica moderna, que busca dentro del alma, previamente nutrida de ideas y

emociones, los profundos reflejos del mundo, producidos antes por lentejuelas y oropeles de insubstancial retórica y de trabajosa rima. Es porque el hombre, al conjugarse con el medio, ó triunfa de él ó se esclaviza á él. Y al querer convivir en medios múltiples, ó los abraza en uno solo ó no consigue jamás la finalidad deliberada. De la misma manera que en el suelo territorial hay que establecer vértebras y arterias, abrir caminos y abrazar campos y ciudades, en el suelo y el subsuelo de nuestro espíritu colectivo ha de germinar primero la preciosa semilla de la solidaridad española, abriéndole profundos surcos y fáciles vías, para que en nuestra alma nacional se consolide un ambiente uniforme de convivencia espiritual, de amor y tolerancia, de piedad y de fe. Estas fuerzas, al hacerse conjuntivas, harán irrumpir de la incertidumbre un ideal iterador; del campo de las medianías, la planta del superhombre; del vivero de los odios, la reconciliación fraternal; de nuestro espíritu polémico y dogmático, un estimulante escepticismo; de los campos incultos y de las tierras vírgenes, madres de ubérrima fortaleza, amorosamente fecundadas por el trabajo del hombre, redimido de miserables patrimonios, tristes herencias y presentes dolorosos, y conscientemente restituído á una naturaleza más íntima, más propia, más suya, amándola sin egoísmos, trabajándola con fe en su obra, y descansando en la esperanza de sus dones inacabables.

Eloy L. André

LOS TÚMULOS REALES DE LA CAPILLA MAYOR

EN LA CATEDRAL DE TOLEDO

A la majestad, á la grandiosidad y al enriquecimiento deslumbradores con que á través de los hierros de la hermosa reja de Villalpando se muestra la incomparable y solemnísima *Capilla mayor* de la Catedral de Toledo, después de la reforma por el insigne Cardenal Cisneros ideada,—contribuyen poderosamente, á uno y otro lado del suntuoso presbiterio, los túmulos reales que la decoran y enaltecen.

Convertidos en elementos de decoración respecto del conjunto de la *Capilla,*—en aquel superior concierto á que todo en ella armoniosamente, por lo general, se subordina, parecen hoy cual notas indispensables, cuya falta habría de advertirse desde luego, y cuyo concurso habría de ser imperiosamente reclamado por el monumento mismo. Y sin embargo: tema obligado fueron y elemento en realidad extraño, como independiente, del cual no había necesidad en la estructura de la *Capilla,* siendo obra del talento artístico de Pedro Gumiel ó de Enrique Egas, la de fundirle allí y darle al par representación adecuada y propia, en medio de todos aquellos otros elementos con singular destreza utilizados, que excitan por sí el interés y la atención individualmente, y que se combinan gallardos y se auxilian vistosos, sin desentonar jamás, aun á despecho de la diversidad de relaciones á que en su génesis se condicionan.

Porque, identificado íntima y sustancialmente con el ca-

rácter general de la *Capilla*, no se ofrecen y presentan en ella los túmulos reales como cuerpo allegadizo, del cual ha de ser dado prescindir, sin que experimente aquélla trastorno, alteración ni quebranto, según en realidad acontece con los suntuosos é interesantes túmulos reales que, sobre el lienzo absidal, y flanqueando el retablo mayor, con soberbia elegancia magnifican el crucero de la iglesia en el famoso histórico *Monasterio de San Salvador de Oña*, que á la provincia de Burgos corresponde. De condición distinta, bien que poco más ó menos de la misma época, los de la Catedral toledana integran, por así decirlo, el conjunto soberano de la *Capilla*, formando parte inseparable de ella, mientras los del *Monasterio de San Salvador* citado pueden perfectamente ser de allí removidos, sin que su desaparición se advierta, ni por ello padezca el monumento en la unidad de su decoración ni en la de su estructura.

A la una y otra parte del grandioso retablo, dando transparencia en la del presbiterio á la *Capilla mayor* de la Santa Iglesia Primada, y profusamente decoradas las concéntricas archivoltas, rásgase gallardo un arco ojivo, de construcción antigua, correspondiente á la que fue *Capilla real*, llamada un tiempo *de la Santa Cruz*, y que, fundada como regio panteón por el hijo ingrato de Alfonso X, según se afirma, era incorporada á la *Mayor* en virtud de la reforma del Cardenal Cisneros. Hasta ellos, cortando en la perspectiva el machón más interno de cada uno y apoyándose en él, llegan con sus filigranas las historiadas aletas del retablo referido; y aunque trasladada en 1498 á la particular del arzobispo Díaz Palomeque ó *del Espíritu Santo* la que se dijo *Real* y *de los Reyes Viejos*, — respetando no obstante la voluntad de Sancho *el Bravo*, dió Cisneros para memoria en tan preferente sitio de la *Capilla mayor* digno lugar como de enterramiento á algunos de los personajes de regia estirpe que en aquélla figuraban.

Encomendada sin duda la reforma general de la *Capilla* á Pedro Gumiel ó Enrique Egas, pues no es cosa ésta debida-

mente determinada en los autores, y penetrado quienquiera que fuese del pensamiento del insigne Prelado, supo con arte singular y notorio acierto transformar convenientemente para el objeto pretendido aquellos dos erguidos arcos, dándoles las condiciones adecuadas. Tres zonas ó cuerpos diferentes se reparten vistosos la altura de los arcos á que aludimos: constituye el primero y más inferior otro de escasa elevación y por extremo rebajado, el cual nace en doble proyección de los junquillos que le flanquean, se entreteje con la prolongación rectangular de los mismos, y en ella, como en propio *arrabaâ* que le encuadra, aparece comprendido é inscripto, no sin que borden los espacios intermedios de los salientes junquillos elegantes trepados y cardinas. Lleva el del lado de la Epístola, y no el opuesto, calado festón colgante de graciosos enlaces curvilíneos, fingiendo ambos en el interior estrecha bovedilla de cruzados nervios, y presentando en el centro del fondo del muro tres huecos cuadrangulares, adintelados y simétricos, con elegante decoración arquitectónica, en la cual las cruces emblemáticas del cardenal Mendoza se destacan, cerrados dichos huecos por doradas rejas, que descubren á través de los hierros el espectáculo esplendente de la *girola*.

Sirve este primer cuerpo, así dispuesto, como de basamento y estribo al segundo, más principal y más rico, en toda su longitud cortado, según notamos arriba, por las aletas del retablo. Fórmase por cierta manera de arco sepulcral, escarzano, de altura asemejable al inferior, aunque de menor latitud, ornado por gallardo curvilíneo festón colgante, resaltados junquillos, orlas de cardinas en relieve, y decoración de imaginería con laboreadas repisas y filigranados doseletes, la cual sigue en su desarrollo el movimiento generador de la archivolta. No íntegra, por desventura, entre tal decoración aparece un ángel presentando pequeño escudo, cuyas armas, primitivamente allí pintadas, ha borrado sin duda el tiempo, y en pos y sobre este arco escarzano y sepulcral, surge el tercer cuerpo arquitectónico, que, aun siendo fruto de las postrimerías oji-

vales, es aquí del mejor efecto por su riqueza y su transparencia, y sube sin desentonar hasta la clave del arco en cuyo vano los tres cuerpos mencionados se espácian y desenvuelven.

Compuesto se halla por el conopio sobrepuesto, calado y con brotes del arco sepulcral de la segunda zona, é inscripto en los también calados lóbulos del trébol que de la periferia de aquél arranca, y con el cual se enlazan, entre erguidas agujas decorativas, otras secciones de círculo, que marchan en dirección encontrada y al gusto decadente de la época, fingiendo cierta especie de nudo, en el cual han creído descubrir algunos la «manera arábiga». Sobre el lóbulo central del trébol mencionado, dos esbeltas agujas de junquillos, á la una y otra parte reforzadas y contenidas por laboreados ligeros botareles ó estribos que apoyan apiramidando en las agujas externas laterales, suben paralelas y ornadas de trepados á la altura, encajando en ellas piramidal calado baldaquino, á modo de filigranada marquesina, que se eleva hasta superar la clave del arco ojivo, en el que toda esta decoración figura.

Al medio así, hácese calado y gracioso templete, cuyo vano ocupa una efigie tallada en piedra y levantada sobre su repisa correspondiente, acompañada de otras de menor tamaño, y en condiciones de exposición asemejables, ya colocadas á los lados del templete referido sobre salientes brazos, ya en los espacios practicables que hay entre las agujas, y en cuyo número figuran dos ángeles en pie, presentando sendos escudetes, uno de ellos, el de la derecha del monumento, timbrado de regia corona, y el otro desprovisto de ella, y en ambos, borradas por el polvo y el lapso de los siglos, las empresas que ostentaron, y ya por último, ángeles que abren las blancas alas en aquella elevación, plantados sobre las agujas indicadas. Florones, lazos, mameles, estatuillas, cresterías, brotes, relieves, y diversos motivos más ornamentales, de exquisita labor, y bien dispuestos dentro de su género, contribuyen brillantemente á la aérea decoración de este bello coronamiento, cuyas líneas giran y se cruzan y combinan vistosas como obra deli-

cada y de menuda orfebrería, ayudando finalmente á la riqueza del conjunto, ya en el paramento del muro, y hasta la volada imposta del cuerpo de entrelazados arquillos del *triforio*, los pintados brotes y el pintado grumo del grande arco superior, cuyas enjutas adornan, con igual procedimiento, caprichosos medallones, que apenas á aquella altura se distinguen, mientras adosan á los machones sendas estatuas en pie, que la decoración inagotable complementan.

De tal suerte aparecía prevenido y dispuesto el lugar en el presbiterio destinado para los túmulos reales, cuando en 1504 quedaba terminada la obra majestuosa del retablo, en que, bajo la dirección de Diego Copin de Holanda, habían trabajado á porfía imagineros, entalladores y pintores extranjeros y nacionales. Satisfecho debió estar Cisneros de Copin al darle el encargo de labrar los monumentos sepulcrales y al entregarlos, cual se asegura, aquel artista en 1507 pintados y dorados por Juan de Arévalo; pues compenetrándose del ambiente que en la decoración total de la *Capilla* se respiraba, logró diestra y discretamente hacer de aquéllos un motivo más de ornamentación, que resulta en realidad, y según arriba insinuamos, de tal manera indispensable en ella, como para que no se conciba integrada ésta sin el concurso de los túmulos reales á que aludimos.

De carácter, pues, predominantemente ornamental y conmemorativo, dos á dos ocupan escalonados el segundo de los cuerpos arquitectónicos que se reparten, cual dijimos, la altura de los vanos en los dos grandes y ojivos arcos, por los cuales se muestra flanqueado el retablo. Consta cada uno de los túmulos de arca ó urna sepulcral, destinada en apariencia á guardar los restos mortales del personaje para quien fue entallada, y estatua ó bulto yacente, arcas y bultos labrados unos y otros *en madera* (1) acaso por Copin, conforme se deduce del

(1) Noticia es ésta que sin dificultad facilitan á quien lo pregunte los sirvientes del templo, quienes por razón del oficio han tenido y tienen

testimonio de los escritores, y pintados y dorados por Arévalo (1), sin que haya nada en los túmulos que consienta seguir afirmando, como hasta el presente ocurre, sean los mismos que existían en la antigua *Capilla real,* allí trasladados y acomodados de órden de Cisneros (2).

Análogos, casi iguales en la disposición, en la estructura y en los adornos, muéstranse los frentes rectangulares de las urnas inferiores, en el monumento sepulcral de cada lado, enriquecidos, entre otros relieves que los decoran, por dos escudos cada uno de ellos, tallados y pintados, con dos ángeles tenantes, respectivamente. De proporcionada elevación las arcas,

---

ocasión frecuente de advertir la materia en que fueron los túmulos labrados.

(1) Todos los que han escrito acerca de los túmulos reales, á excepción de Parro, guardan prudente reserva en orden á la materia en que están labradas las estatuas y las urnas. El autor de *Toledo en la mano* afirma, por terminante modo, no obstante (t. I, pág. 111), que son *de mármol.*

(2) Dejándose llevar de autores más antiguos, el de la *Toledo Pintoresca* primero, en 1845 decía: «Existían los sepulcros tales como hoy los vemos», y fueron colocados donde están por Diego Copin de Holanda, añadiendo que las estatuas son «de un mérito superior á lo que podía esperarse de los tiempos en que se esculpieron» (pág. 28). Parro (t. I, página 109), más explícito, escribía en 1857: «Las urnas cinerarias, con sus estatuas, son las mismas que tenían los antiguos sepulcros de estos personajes en la capilla de Santa Cruz ó Reyes viejos; y para los tiempos en que se hicieron, son las estatuas de un mérito muy superior»; Rodríguez Miguel (*Guía del viajero en Toledo*, pág. 57) expresaba en 1880: «Las urnas y las estatuas son las primitivas»; Quadrado y Lafuente (*Toledo*, tomo III de *Castilla la Nueva*, pág 196) decían en 1886: «Existentes ya en la antigua capilla (las urnas y las estatuas), probablemente datan de su fundación las más, y ninguna más abajo de la primera mitad del siglo XIV: bien que el arte, al esculpir las estatuas tendidas sobre la cubierta, se esforzó en vencer con notable brío la rudeza entonces dominante». El vizconde de Palazuelos, por último, en su *Guía* de 1890, hacía presente, siguiendo la tradición, que «estas cuatro estatuas ya existían en la antigua capilla real de Santa Cruz, no habiéndose hecho sino ajustarlas á su adecuado lugar en la hermosa obra de Copin de Holanda» (pág. 68). Como se advierte, pues, unos á otros, y por respeto los posteriores á los que les precedieron, han repetido lo mismo, sin detenerse á examinar ni las urnas ni los bultos, que son obra conocidamente contemporánea del retablo, con el cual pudieron compararlos para convencerse.

la del túmulo del lado del Evangelio tiene los escudos partidos, y por empresas un águila negra, pasmada y de dos cabezas, llenando sola el cuartel de su derecha, y las armas reales de castillos y leones en los cuatro cuarteles que el de su izquierda se dividen. Oblicuada, para su mejor perspectiva, y colocada de suerte, como todas, que parece contemplar el retablo,—en aquel lecho funerario descansa colorida, varonil estatua yacente, cuyos contornos se dibujan sobre el frente de la urna superior del monumento.

De tamaño mayor que el natural, de buenas proporciones, tallada con manifiesto esmero, y toda ella revelando la eficacia de la transformación artística de su tiempo, que no es dable confundir, como se ha hecho con los anteriores,—envuelta aparece en los bien entendidos pliegues de amplio y señoril ropaje, que hasta los pies alcanza sin cubrirlos, pues apoyan en rojizo león emblemático, el cual algún tanto desentona del conjunto. Sobre blancos labrados almohadones reposa la viril y venerable cabeza, destacando en ellos la rizada melena que hasta el cuello baja en ondulante y ordenado bucle, y la dorada corona *gemmata* que ciñe las sienes del sepulcral simulacro, y su regia condición proclama. Pronunciadas, enérgicas y regulares, la paz y la majestad respiran al propio tiempo las rígidas facciones de aquel semblante, de blanco pintadas como la luenga y puntiaguda barba, sin duda para simular así el alabastro ó el mármol en que á primera vista parece en su totalidad esculpida la figura, la cual, con apostura solemne, tiene ambos brazos tendidos para cruzar las musculosas y fuertes manos sobre la región abdominal, que no tocan, porque colocadas estuvieron encima acaso de la espada de que en la actualidad carece el bulto, si es que lo hubo de consentir el pliegue del ropaje que se eleva precisamente en aquel sitio. Lleva al cuello, y sobre el pecho pendiente, resaltado collar, cuyos eslabones recuerdan por modo ostensible los del Toisón de oro; amplia túnica de fimbria dorada con labor en relieve, y la esclavina labrada, de cuyos ápices pende, á cada lado, una borla.

Desbarbada, también con regia áurea corona *gemmata*, si bien más estrecha; cabello partido, melena recogida, facciones finas, pronunciadas y salientes; demostrando virilidad y fortaleza; en igual disposición, y con las propias condiciones tendida que la precedente; como ella falta de espada bajo las cruzadas manos; con los pies apoyados en otro león simbólico rojizo; vestida de análoga manera, y afiblado el manto que se recoge por bajo de la figura,—en el lecho superior, que finge ser rectangular urna cineraria, y llena labor del Renacimiento, yace otra estatua sepulcral, interesante como todas y como todas mayor que el natural, y obra quizás de la misma mano. Vivamente coloridos decoran el fondo del arco sepulcral para ambos labrado, tres grandes escudos de armas, agrupados y correspondientes sin duda á los dos personajes representados en los túmulos. Plano, partido y timbrado por real laboreada corona, ocupa, con mayores dimensiones el sitio de preferencia en jefe y al medio, el que ostenta por armas un águila negra, de una sola cabeza, en campo amarillo, dentro del cuartel de su derecha, y las reales de castillos y leones en cuatro cuarteles á la izquierda, siendo de castillos y leones sólo las armas cuarteladas de los otros dos blasones convexos que el anterior flanquean y acompañan, los cuales llevan también real corona por término y remate.

Por idéntico modo, y con sujeción á estrecha simetría presentados los túmulos del lado de la Epístola — mientras figuran en los escudetes de la urna del inferior, y destacan en los tres grandes escudos del fondo del arco las armas reales de castillos y leones, otras dos estatuas yacentes descansan sobre los fingidos lechos sepulcrales. Vestido burdo sayal franciscano, que ciñe al cuerpo anudada cuerda, desnudos los pies, esculpido con arte, doblado el brazo derecho sobre el pecho y tendido el izquierdo, falto de algún otro atributo y fracturada la mano derecha, por donde las vetas de la madera se distinguen,—deja caer la cabeza sobre los blancos almohadones el bulto del cuerpo bajo, diseñándose la rigidez de sus

facciones, blancas como en los demás simulacros, sobre el conjunto vagamente colorido del monumento. Desbarbado el semblante, lleva la cabellera partida al medio y recogida en rizosa melena, sujetándola estrecha diadema de oro: todo en esta figura respira paz y mansedumbre, todo unción y recogimiento, pareciendo que en la mano derecha hubo de tener colocado quizás un crucifijo como complemento.

Varonil, desbarbada, tocada del mismo modo que su compañera, y cual ella ceñida áurea diadema sujetando el cabello, la estatua yacente del cuerpo superior viste larga túnica ó balandrán, con orla de oro, bajo la cual asoman los pies, que apoya en otro león rojizo, cayendo sobre los hombros, fileteada de oro, la esclavina. No tiene espada tampoco, y sus facciones, pronunciadas y regulares, parecen reproducir las del simulacro del túmulo inferior, y las del que en el superior de la parte del Evangelio se muestra, con lo cual se autoriza como verosímil el supuesto, ya arriba apuntado, de que fueron las cuatro probablemente obra del propio artista. En el espacio intermedio de una á otra estatua, y en sitio no visible desde el presbiterio, vulgar cajón abierto descubre en su interior un cráneo y varios otros humanos restos, de los cuales debe estar lleno sin duda.

Tales aparecen hoy, apagados en el conjunto los matices de figuras y relieves que ofrecen uniforme tono blanquecino, los túmulos reales, en aquel tan principal como señalado sitio de la *Capilla Mayor* en la insigne Catedral toledana. Respecto de la identificación de los personajes representados en las estatuas yacentes examinadas, no se hallan de total acuerdo los escritores, y empresa no del todo fácil es, en realidad, y que ha dado motivo á manifiestas fantasías y errores. Hacen aquéllos constar cómo la piedad de Sancho IV movía el corazón de este príncipe á labrar para regio panteón en la santa Catedral primada egregia *capilla*, á espaldas de la *Mayor*, con la advocación, según afirman, *de la Santa Cruz*, á la que dijeron desde el siglo xv, con corta diferencia, *de los Reyes Viejos;*

que á aquel lugar llevó los restos del grande Alfonso VII y de Sancho III *el Deseado*, y que allí recibió él cristiana sepultura en 1295, al lado de los enterramientos de sus dos tíos, ambos arzobispos toledanos, el infante don Sancho de Castilla, hijo de Fernando III y doña Beatriz de Suavia, muerto en 1261, y don Sancho de Aragón, hijo de Jaime I *el Conquistador* y hermano de la reina doña Violante, muerto en la vega de Martos en 1275 á manos de los musulmanes, habiendo sido, para mayor honra, allí inhumado también aquel destronado descendiente de Alfonso Enríquez de Portugal, Sancho II, apellidado *Capelo*, á quien daba Toledo cariñoso hospedaje en vida y muerte, y á cuya memoria va la de ciertas obras de *Santiago del Arrabal* unida.

Asegúrase, igualmente, que en aquel panteón, destinado sólo para personas de regia estirpe, Alfonso XI, por último, mandaba sepultar los mortales restos de uno de los hijos que tuvo con doña Leonor de Guzmán, llamado Pedro y fallecido de ocho años, resolución que á nadie extrañó, aun tratándose de un hijo adulterino, añadiendo que aquel á quien dan gratuita é ilegalmente nombre de «infante D. Pedro» fue conocido por el apellido de Aguilar, cuyo señorío tuvo, así como los de Pernia y Liébana (1).

No son grandes ni todo lo expresivas que fuera de desear las noticias relacionadas con la fundación atribuída á Sancho IV, que Fernán Sánchez de Tovar consigna en la *Crónica* de este monarca, donde afirma que, fallecido el príncipe en Toledo «martes veinte é cinco días del mes de Abril [de la era 1333, año 1295 de la Encarnación], después de la media noche pasada..., el arzobispo don Gonzalo [García Gudiel], con toda la clerecía, é con las órdenes é todos los grandes omes, tomaron el cuerpo... en la mañana [del miércoles 26] é leváronlo á la iglesia de Santa María de Toledo...» «É el arzobispo dijo luego la misa, é desque la ovo acabada, *enterraron el cuerpo*

(1) Parro: op. cit., t. I, pág. 111, nota, tomándolo de Salazar y Mendoza.

en el monumento de piedra que él (el rey) *mandára facer en su vida, cerca del rey don Alfonso, emperador de España»* (1).

De las palabras del cronista, rectamente interpretadas, dedúcese que don Sancho tenía dispuesto su enterramiento en la Catedral toledana; y aunque no se indica en este pasaje ni la advocación de la capilla, ni el lugar que en la Santa Primada Iglesia ocupaba, nada hay que se oponga á que estuviese detrás de la que para *Mayor* se tenía proyectada desde un principio, constando, además, por la *Crónica* de Alfonso X, que era aquélla denominada *de los Reyes*, y que en ella, con el cuerpo del glorioso vencedor de Aurelia, yacía el del destronado monarca portugués Sancho *Capelo* (2). No debía, con todo, ser de gran suntuosidad el *monumento de piedra*

(1) *Crónica*, cap. XIII, pág. 90 de la ed. de la *Bib. de Aut. Españoles*, tomo LXVI. En la *Crón. general* escrita el año 1404 y que, perteneciendo á la librería de Vindel, ha examinado recientemente D. Ramón Menéndez y Pidal, en el capítulo correspondiente se lee con respecto á Sancho IV: ... «et morreu enna era de mill e trezentos xxxij° años enno mes de abril, *et enterraronno en Tolledo a par do enperador don Afonso enna igllesia de Santa María da see» (La Crónica General de 1404*, art. publ. en el n.° de Julio de 1903 de la *Rev. de Arch. Bib. y Museos*, pág. 48). Por lo demás, la *Crónica* no dice ni que Sancho IV fundase el panteón, ni que á él llevara los cuerpos de Alfonso VII y de Sancho *el Deseado*, limitándose á consignar que el sepulcro en que fue enterrado lo había él mandado hacer en vida. No se olvide que la fecha de la labra de la *Capilla mayor* no puede más allá del siglo XIV remontarse, en su parte más antigua.

(2) Hablando del refugio que halló aquel príncipe de Toledo, dice la *Crónica:* «É el rey don Alfonso de Castilla mantovo honradamente á aquel rey don Sancho toda su vida, *é cuando finó mandólo enterrar en la Iglesia mayor de Toledo, é yace enterrado en la Capilla de los Reyes* (*Crónica*, cap. VII, pág. 7 de la ed. de la *Bib. de Aut. Esp.*, tomo citado). Por el contexto de la frase parece inferirse que la *Capilla de los Reyes* existía ya en los días de Alfonso X, lo cual contraría la fundación atribuída á don Sancho; pero hay que tener en cuenta que esta *Crónica* fue escrita en los días de Alfonso XI, siendo de extrañar que Sánchez de Tovar nada diga del enterramiento del infante de Castilla, don Sancho, Arzobispo de Toledo, muerto en 1261, ni respecto de don Sancho de Aragón, también arzobispo de aquella metrópoli, muerto en 1275, de quien sólo expresa fue enterrado en Toledo (V. el cap. LXIII, pág. 51 de la mencionada edición de la *Crónica* de Alfonso X).

donde era inhumado Sancho IV, cuando,—es de inferir que en la propia capilla,—como testimonio y prueba de entrañable afecto, la reina doña María de Molina, años adelante, mandaba labrar otro *monumento* destinado á guardar para siempre los restos mortales de don Sancho, el cual monumento debía estar acabado en Abril del año 1309, era 1347, pues en la *Crónica de Fernando IV*, que el mismo Sánchez de Tovar escribía, se dice en aquella fecha que, por indicaciones de doña María, el rey, después de acordar lo conveniente para entrar «á la vega de Granada á correr los panes», dió á los «infantes, é á los ricos omes, é á todos los fijosdalgo», cita para Toledo, donde él les esperaría.

«É esta yda del rey á Toledo—expresa la *Crónica*—la fiso faser la reyna su madre *porque quería trasladar al rey don Sancho su padre en un monumento que ella mandara faser.*» «É desque llegaron á Toledo *trasladaron al rey don Sancho en aquel monumento muy honradamente*, é fué y (ahí) fecho por él aquel día muy grand llanto, é después moró y (ahí) el rey todo el mes de Abril, en que començava el catorceno año de su reynado, é bien la mitad del mes de mayo (1).

Para mayor gloria de la *capilla* fundada por don Sancho, la reina doña María de Molina, en su testamento otorgado en Valladolid á 29 de Junio de la era 1359, año 1321, textualmente disponía: «Otro si mando que compren en Toledo ó en su término, heredamiento fasta en quantía de tres capellanías, e destas tres capellanías yo di a Estevan Suarez 9.000 maravedis de que compre heredades para las dos dellas, y la que finca, mando que compre heredad para ello, y de la renta deste

(1) *Crónica*, cap. XIV, pág. 215 de la ed. de D. Antonio Benavides (*Memorias de D. Fernando IV de Castilla*, t. I.); cap. XVI de la ed. de la *Bib. de Autores Esp.*, t. LXVI, pág. 162.—Barrantes Maldonado, en el capítulo XXXVIII de sus *Ilustraciones de la Casa de Niebla* (pág. 235 del tomo IX del *Memorial histórico español*), reproduce la noticia, escribiendo que Fernando IV, después de las Cortes de Madrid, fué á Toledo, «donde trasladó el cuerpo del rey D. Sancho, su padre, en una sepultura que avía mandado hazer la reina D.ª María, su madre».

heredamiento *que ponga en la capilla do yace enterrado el Rey D. Sancho, mi señor*, tres capellanes perpetuos, que canten misas para siempre jamás por el alma del Rey D. Sancho, y que aya cada uno destos tres capellanes 500 maravedis cada año» (1).

De los escritores que tratan de las cosas de Toledo, el canónigo Blas Ortiz, Vicario general del arzobispado, decía en el siglo XVI, hablando de los túmulos reales: «Dextra laevaque vetustiorum Regum *deaurata monumenta* altare circumdant. *Dextram* occupant partem (la del Evangelio) Imperator Aldefonsus VII, necnon Sanctius Rex eius filius, cognomento Desideratus. *Sinistram* (la de la Epístola) verò Sanctius Rex, cognomento Ferox, et Petrus Infans filius Aldefonsi Regis, qui dicitur Guadalfaiarae accipitrix vulnere occissus» (2). Pisa, con referencia á Sancho III, escribe: «Falleció santamente en esta misma ciudad [de Toledo], en treynta y vn días del mes de Agosto, año de mil y ciento y cincuenta y ocho, donde su cuerpo fué enterrado en la yglesia mayor, cerca del Emperador don Alonso, su padre, en la capilla mayor de la yglesia, á la parte de la Epístola, junto al altar mayor» (3); y refiriéndose á Sancho IV, expresa: «Fué enterrado en la capilla real de esta santa yglesia, que solia estar á las espaldas de la capilla mayor, donde yazian el Emperador don Alonso y el rey don Sancho el Desseado, segun él mismo lo auia dexado mandado; y por ser hombre áspero de condición—añade—y para mucho, le llamaron don Sancho por sobrenombre el Brauo» (4).

(1) Benavides, *Mem. de D. Fernando IV*, t. I, pág. 680, apéndice número XXXIII.

(2) *Summi Templi Tolentani descriptio*, cap. XVII, pág. 405, apéndice II del tomo III de la *Collectio Patruum Ecclesiae Toletanae*. En la traducción que de la obra de Ortiz hizo Alfonso de Cedillo, y que manuscrita se conserva en la *Bib. Provincial de Toledo* (págs. 194 y 195), los túmulos que el autor llama *deauratos*, aparecen allí *plateados*, y suprimido el nombre del infante don Pedro.

(3) *Hist.*, lib. IV, cap. IX, fol. 172 vuelto.

(4) *Op. cit.*, líb IV, cap. XXI, fol. 190 resto.

Ya en el siglo XVII, el Dr. Salazar y Mendoza, de quien muchos han copiado, consignaba: «Detrás del retablo (de la antigua *Capilla Mayor*) estaua la capilla de la Cruz, fundada por el rey don Sancho el Brauo, que oy se llama de los Reyes viejos». «*Están sepultados en ella* los Reyes don Alonso el Emperador de España, Nieto de el que ganó á Toledo, *y el primero que en ella se enterró.*» «El rey don Sancho el Deseado, hijo de el Emperador don Sancho el Brauo, su fundador, don Saancho Capelo Rey de Portugal, los dos Infantes Sanchos de Castilla, y de Aragón, y Arçobispos de esta santa Yglesia. Don Pedro, hijo de el Rey don Alonso el Vltimo, y de doña Leonor Nuñez de Guzmán, señor de Aguilar, de Lieuana, y Pernia.

»Los Cuerpos Reales—continúa—estuuieron en la Capilla de el Sepulchro, debaxo de el Altar mayor.» «*Muéstranse agora quatro Vultos* tendidos, que representan al Emperador don Alonso, á don Sancho el Deseado, á don Sancho el Brauo y á don Pedro. Todos con ropas largas, y los tres, con Capillejas ó Caperucetas en la cabeça, y delante, sus Espadas, que assen con las manos. Don Pedro no tiene Espada, ni Caperuceta, sino Guirnalda, por hauer muerto muchacho de ocho años» (1).

En otro de sus libros, escribía el mismo Salazar y Mendoza que en la *Capilla Mayor*, ya reformada por Cisneros, quedaron los cuerpos reales «de el Emperador don Alonso, de don Sancho el Desseado, de don Sancho el Brauo, de el Arçobispo don Sancho, Infante de Aragón», añadiendo después para corregirse, sin duda por haber leído á Blas Ortiz: «Al lado de la Epístola quedó el Infante don Pedro, hijo de el rey don Alonso el Sabio, y de la reyna doña Violante, Señor de Ledesma, Castel Rodrigo, Alfayates, Saluatierra, Montemayor, Miranda del Castañar, Granadilla, Galisteo, Sabugal y de otros lugares.» «Murió en Guadalajara, herido de vn Azor, año de mil y dozientos y ochenta y tres» (2). «Advierto esto—

(1) *Crón. del Gran Cardenal*, lib. II, párrafo III, pág. 371.

(2) La *Crónica de don Alfonso X* dice que murió en Ledesma el ex-

agrega, rectificando así, y sin que nadie lo haya aprovechado, lo dicho en la *Crónica del Cardenal Mendoza—porque creen muchos* que aquel don Pedro es hijo de el rey don Alonso el Vltimo, y de doña Leonor de Guzman, llamado de Aguilar, por que fué señor de Aguilar, con las villas de Lieuana y Pernia» (1). «También está en el altar mayor, aunque no con vulto que le represente, el Rey don Sancho Capelo de Portugal, que murió en Toledo» (2).

Ponderando Lozano las excelencias y la principalidad de los *Reyes Nuevos*, de quienes era capellán, sobre los *Reyes Viejos*, decía: «Sólo Don Alonso Séptimo (ó Octavo segun otros) de este nombre, que fué el que con autoridad del Papa Eugenio Tercero, se coronó Emperador de España, por mano de Don Raymundo, Arzobispo de Toledo... sólo este Rey, digo, hizo hazañas merecedoras del más augusto laurel... Don Sancho el Deseado, en un año solo que reynó, dió muestras é hizo cosas de Príncipe esclarecido. Don Sancho el Bravo, si no obscureciera en algo sus hazañas con el feo lunar de haverse rebelado contra su padre, pudieran escribirse en el Catálogo de los más memorables de la Europa.» «Enterráronlos, pues, á lo antiguo y á lo viejo en la Santa Iglesia, en la Capilla que detrás del Altar mayor hizo fabricar el Rey Don Sancho... con magnífico aparato, con honras muy sumptuosas; mas sin ninguna cosa de novedad que hiciesse notables sus entierros. Hasta la renta de la Capilla y de sus Capellanes—escribe con malsano regoci-

presado año de 1283 (cap. LXXVII, pág. 64 de la ed. de la *Bib. de Aut. Esp.*), y no hace mención de que fuera trasladado á Toledo.

(1) *Chronico de el Cardenal don Juan Tauera*, cap. XXVIII, págs. 161 y 162, donde concluye: «Si esto fuera, no le llamara la inscripción Infante, porque conforme á las leyes de Partida y á la costumbre de España, Infantes son hijos legítimos de los Reyes». Parece de aquí inferirse, que la suposición de estar allí el cuerpo del hijo de Alfonso XI estaba muy estendida en tiempo de Salazar, confundida la memoria del infante don Pedro, hijo de Alfonso X, con la del niño hijo de Leonor de Guzmán. No debía ser grande la seguridad respecto de los personajes representados, y así se deduce de lo que manifiestan todos los escritores.

(2) Idem íd. íd.

jo—la dexaron fundada sobre el pecho que pagaban los Judíos», añadiendo con manifiesta falta de caridad, después de hacer menuda enumeración de las rentas de los *Reyes Nuevos*: «Pero de los Reyes Viejos está tan olvidada la memoria, *que apenas se acuerdan de ellos, si no es el dia de la Conmemoración universal de los Difuntos.*» «Véase, pues—concluye con vano orgullo,—lo que va de Reyes á Reyes, y si son los Nuevos los más soberanos, y los de mayor renombre» (1).

El libro más antiguo de cuantos en nuestros tiempos han sido escritos, y del cual copian á mansalva juicios é indicaciones los que después le han sucedido, la *Toledo Pintoresca*, describiendo ligeramente los túmulos reales, y suponiendo son, con las estatuas, los primitivos de la *Capilla Real*, manifiesta (1845): «Al lado de la Epístola se colocaron los bultos (2) de don Sancho IV (3), llamado el Bravo, y del infante don Pedro, el cual murió de ocho años de edad; por lo que en lugar de la capiruceta que cubre la cabeza de don Sancho, adorna la suya una guirnalda.» «Al lado del Evangelio se pusieron los de don

(1) *Reyes Nuevos de Toledo*, lib. II, cap. I, págs. 74 á 76. Blas Ortiz (loco cit.) decía, sin embargo, que á los túmulos reales «todos los domingos (antes que el pueblo... tome agua bendita), un sacerdote destinado para ello les echa agua bendita»: «Quae quidem monumenta singulis Dominicis, antea quam populus, qui de more congregatur, aquis lustralis expietur, à Sacerdote, ei rei praefecto, aquis eisdem prius asperguntur: satis digna, et religiosa memoria,—añade; aequum est enim, ut defunctorum manes et reliquae, sed praesertim Regum, et Principum, quovis honore et pietate condecoratur». Por lo que hace á la intención de Lozano, parecen para ella escritos los versos de Zorrilla:

«Mas ¡ay! que habéis nacido
de estirpe cortesana,
y cortesanos torpes
de corazón servil,
adoraréis cobardes
la imagen soberana,
aunque los pies os ponga
sobre la frente vil».

(2) Por errata de imprenta dice *bustos*.
(3) Por igual causa dice *Sancho II el Bravo*.

Alonso VII, rey que había hecho á la Catedral (1) pingües donaciones, de don Sancho el Deseado y del infante don Sancho, hijo del rey Don Jaime el Conquistador» (2). Los Sres. D. Manuel de Assas y D. Pedro P. Blanco, en el *Indicador Toledano* (1851) escriben: «A los lados del altar mayor hay unos arcos sepulcrales, también del gusto florido, que encierran los restos de los *Reyes Viejos*, conteniendo, los del lado del Evangelio, las estatuas sepulcrales de *Sancho el Deseado*, *Alfonso VII* y el *infante Don Sancho*, hijo de Jaime el Conquistador; los de la Epístola, las de *Sancho IV* y el *infante Don Pedro*, muerto de edad de ocho años» (3).

Parro, con mayores pretensiones que los autores antes mencionados, y ánimo de rectificar cuanto se había hasta 1857 publicado respecto de Toledo, con Salazar y Mendoza asienta que en la antigua *Capilla Real* estaban enterrados «los Reyes D. Alonso VII, el emperador (primero que fue sepultado en la Catedral), su hijo D. Sancho, el Deseado, el fundador D. Sancho el Bravo, el infante D. Pedro, á quien dan el apellido de Aguilar, hijo del Rey D. Alonso XI y de Doña Leonor de Guzmán, el cual fue Señor de Aguilar, de Liébana y de Pernia; otros dos Infantes, Arzobispos de Toledo, y ambos llamados Sanchos, el uno hijo del Rey D. Jaime I de Aragón, y el otro del Rey San Fernando de Castilla, y de Doña Beatriz su mujer; y por último, el Rey de Portugal D. Sancho Capelo» (4).

Más adelante, describiendo los túmulos, expresa que en el del lado del Evangelio, «con el del emperador D. Alonso VII, está el bulto y sepulcro del... Infante D. Pedro de Aguilar..., así como al lado de la Epístola, con los restos y estatua de D. Sancho el Brabo, se colocaron en la otra urna los del Rey

(1) Por errata de imprenta dice *Cátedra*.

(2) *Toledo Pintoresca*, pág. 28. El autor sigue aquí á Salazar y Mendoza, en la *Crónica del Cardenal Mendoza*.

(3) *Indicador Toledano*, pág. 16.

(4) *Toledo en la mano*, t. I, págs. 76 y 77.

D. Sancho el Deseado, y junto á unos y otros, en los huecos de las ornacinas, los residuos (sin bultos) de... D. Sancho Capelo, Rey de Portugal, y de los Infantes de Castilla y Aragón, Arzobispos de Toledo, D. Sancho I y D. Sancho II» (1). Rodríguez Miguel (1880) reproduce lo manifestado en la *Toledo Pintoresca* (2), según en elegante deprecación lo hacen el docto Quadrado y D. Vicente de la Fuente en 1886 (3), siguiendo á Parro el vizconde de Palazuelos en su *Guía* de 1890 (4), y el parecer opuesto el novísimo autor de la *Breve reseña de la Catedral de Toledo* (1903), quien no menciona entre los personajes de los túmulos al don Pedro de Aguilar, hijo adulterino de Alfonso XI (5).

Descartados Sancho Capelo y los dos infantes Arzobispos, existe en casi todos los escritores antiguos y modernos unanimidad en afirmar que los cuatro túmulos ó monumentos corresponden á Alfonso VII, Sancho III *el Deseado*, Sancho IV *el Bravo*, y á otro personaje á quien primeramente llamó Salazar y Mendoza, de quien copian todos, *D. Pedro de Aguilar*, niño de ocho años, hijo de Alfonso XI y de su amiga doña Leonor de Guzmán, y luego, tomándolo de Blas Ortiz, en cuyas palabras no había reparado antes sin duda, diputó el infante don Pedro, hijo legítimo de Alfonso X y de la reina doña Violante, suponiéndole muerto en Guadalajara el año 1283, cuando falleció en Ledesma, según la *Crónica* del autor de las *Partidas*. De advertir es, sin embargo, que ni Blas Ortiz, ni Pisa, ni el mismo Lozano, hacen para nada mención del adulterino don Pedro de Aguilar, citado, por seguir la *Crónica del Gran Cardenal*, en la *Toledo Pintoresca*, en el *Indicador Toledano*, en la obra de Parro, en la *Guía del viajero en Toledo*, en el libro de Quadrado y La Fuente

(1) Op. cit., págs. 110 y 111.
(2) *Guía del viajero en Toledo*, pág. 57.
(3) *Toledo*, t. III de *Castilla la Nueva*, págs. 196 y 197.
(4) Págs. 67 y 68.
(5) Págs. 88 y 89.

y en el del vizconde de Palazuelos, hoy conde de Cedillo, ni los modernos con Pisa y Lozano, hacen mérito por su parte del infante don Pedro, señor de Ledesma y hermano de don Sancho *el Bravo*, fuera de Blas Ortiz y del mismo Salazar en el *Chrónico* de Tavera.

De los cuatro bultos yacentes, sólo hay dos, los de la parte del Evangelio, que ciñan regia corona, llevando además uno de ellos un gran collar pendiente sobre el pecho. Es indudable, por ambos atributos, que el artista Copin de Holanda, si él fue el autor de las estatuas, quiso en éstas representar dos reyes; por su majestuoso porte, por lo venerable de su figura y por la luenga barba que le adorna, parece que en el simulacro del túmulo inferior de este lado, que Blas Ortiz llama diestro con relación el retablo, se pretendió personificar al glorioso emperador *totius Hispaniae* Alfonso VII, siendo de extrañar que el escultor, como símbolo expresivo, no hubiese colocado sobre el cuerpo de aquel monarca la espada, de que tan buen uso supo hacer en vida, y que le supuso el doctor Salazar y Mendoza, á cuyos ojos sin duda la corona se transformó, por arte de la fantasía, en «capilleja ó caperuceta».

El propio Blas Ortiz, y con él Pisa y Salazar y Mendoza, diputan como de don Sancho *el Deseado* la estatua del túmulo superior del Evangelio (1), agregando el último de aquellos escritores que también tenía «caperuceta» en la cabeza, y que asía la espada con las manos, lo cual hoy, por lo menos, no es cierto. Parro, pretendiendo interpretar los escudos que destacan en el fondo del presente arco sepulcral, opina respecto de esta estatua yacente de diverso modo, haciendo reparar por nota no ser «cosa fácil á un simple particular, reducido á sus propios recursos, obtener permiso para subir allí á registrar si tienen ó no todas las estatuas su espada, ó si alguna carece de ella, como dicen que sucede á la del D. Pedro (la superior

(1) Adviértase que Pisa, por error, coloca ambos monarcas «á la parte de la Epístola» (*loco citato*).

coronada del lado del Evangelio), pues la suma reverencia, agrega, que aquel sagrado lugar merece, no le hace accesible á todos, é impide el que se vaya á encaramar (como tendría necesidad de hacerlo) sobre una escalera de mano... para cerciorarse de la indicada circunstancia, por la cual tampoco se resolvería la duda de una manera satisfactoria» (1).

A juicio de este escritor, el águila de dos cabezas que aparece esculpida en los escudos de la urna cineraria del que se supone ser Alfonso VII, y que va en ellos contracuartelada de castillos y leones, es el águila imperial alusiva á aquel insigne príncipe, lo cual, pareciéndonos acertado y puesto efectivamente en razón, no contradice, ni mucho menos, sin embargo, el que por aquel símbolo, tal como se halla dibujado, se venga en conocimiento de la época, no en que se trasladaron arcas y simulacros al lugar que ocupan, sino en que fueron tallados; pues presentan tan notoria identidad y tan íntimo parentesco con el águila imperial que adorna la estatua orante de Carlos I en las figuras que mandó Felipe II labrar á Pompeyo Leoni para la iglesia del Monasterio del Escorial, que no sino copia parecen la una de la otra, en cuanto al dibujo en mucha parte se refiere, circunstancia bien reparable que, en unión con el carácter plateresco de los frentes de las urnas superiores, ha de tenerse muy en cuenta, pues obliga á pensar que las dichas urnas pudieron reemplazar en los días de Carlos de Gante ó de Felipe II, las que labró sin duda Copin de Holanda para los dichos túmulos, cuya terminación es señalada en el año 1507.

El hecho de mostrarse en el centro de los tres grandes escudos del fondo del arco sepulcral el que va partido con un águila negra de una sola cabeza en campo de oro, contracuartelada de las armas reales, es para el mencionado escritor, y para todos aún, testimonio heráldico de superior eficacia, por el cual se demuestra y acredita que aquél hubo, indudablemente, de ser el blasón del que llamó infante don Pedro, niño de ocho

(1) Op. cit., t. I, pág. 112 (nota).

años, hijo adulterino de Alfonso XI, pues era señor de Aguilar, y es sabido «que el distintivo heráldico de los señores de Aguilar es un águila negra en campo amarillo» (1). Esta afirmación, por él sentada como incontrovertible, y que admiten con el vizconde de Palazuelos otros, le fuerza desde luego á resolver, por modo definitivo, que la estatua colocada encima del túmulo de Alfonso VII, lejos de ser la de Sancho III *el Deseado,* es la de dicho párvulo, sin disputa.

Falló aquí la perspicaz y minuciosa observación de Parro, como por negligencia falla la de los escritores que le siguen y reproducen su criterio; porque, en primer lugar, la estatua es de un hombre y no de un niño; en segundo lugar, porque ciñe corona real, atributo de la Monarquía que no pudo nunca ser colocado sobre la cabeza de aquel tierno fruto de los adulterinos amores de Alfonso el del Salado, y que si lo ostenta Enrique II es porque la ambición desmedida de la nobleza por una parte, y el crimen nefando de Montiel por otra, sentaron sobre el trono ensangrentado de Pedro I al fratricida; en tercer lugar, porque figurando en el conjunto del arco la magnificente figura del glorioso emperador Alfonso VII, no era ni racional ni lógico, en sentido alguno, fuera colocado en jefe entre aquellos tres escudos el del hijo adulterino, predominando y ejerciendo por su posición, autoridad y supremacía; en cuarto lugar, porque á ser cual se pretende el referido blasón el de la casa de Aguilar, no pudo llevar nunca corona real, como la lleva, al igual que los demás escudos que le acompañan; y finalmente, porque no podía usar las armas reales el fruto de los amores clandestinos de Alfonso XI, y allí aparecen contracuarteladas con el águila.

Todas estas observaciones obligan á rechazar en absoluto, como gratuita y destituída de fundamento, la afirmación solemne de Parro, á quien no pudo ocultarse nada de cuanto indica-

(1) Parro afirma que este águila tiene «una como cinta ó collar en la garganta», lo cual no es exacto; produce, sin embargo, este efecto una raja de la madera, en que está labrado el escudo.

mos, pues bien ostensible es en el monumento á simple vista y sin recurrir á medios auxiliares. Hay necesidad, por esta causa, de identificar en cuanto sea posible aquella figura, en el no demostrado supuesto de que los escudos de armas reales aludan y se refieran al emperador Alfonso VII, cuya arca decora repetido el blasón partido, con águila imperial á un lado y armas reales cuarteladas al otro. Asegúrase que en la *Capilla de los Reyes*, cuya fundación se atribuye á Sancho IV, y en la cual se ha de suponer dió Alfonso X sepultura al portugués Sancho Capelo, según la *Crónica*, fue por su linaje, sin duda, inhumado aquel don Sancho, hijo de Fernando III y de doña Beatriz de Suavia, quien falleció en 1261, siendo arzobispo de Toledo.

Notorio es que cada uno de los hijos de San Fernando usó armas distintas. Fuera de las reales, que correspondían al primogénito don Alfonso, el segundo de los hermanos, don Fadrique, si en 1256 llevaba un castillo sólo, es probable que usara después el águila de la casa de Suavia, por la parte materna, y el león por la parte del padre; de don Sancho, el arzobispo de Toledo, únicamente es conocido un sello, y como canciller y á título de electo de la Sede toledana, usó el león y el castillo, no siendo sino muy verosímil usara las armas reales por la parte paterna, y el águila por la de doña Beatriz, su madre; el infante don Enrique usó castillos y cruces, armas cuarteladas como las reales; el infante don Felipe, el castillo y el águila, emblemas de las dos líneas de que procedía, y por último, el infante don Manuel, según lo explica su hijo el insigne autor del *Conde Lucanor*, en el *Libro de las tres razones*, en «quarterones blancos e bermejos, así derechamente como los traen los reyes», «un ala de oro con una mano de ome en que tiene una espada sin vayna» en el cuartel bermejo, y un león en el «quarteron blanco».

Habría acaso podido referirse al infante don Sancho el escudo que Parro juzga de la casa de Aguilar, si se interpretase el águila como signo de la casa de Suavia, y las armas reales

como expresión de la línea paterna; y en este caso hubiera sido preciso declarar que el bulto del túmulo alto representaba al infante don Sancho de Castilla, arzobispo de Toledo; pero impide por terminante modo semejante atribución el hecho de que la estatua ciñe corona real, como dijimos, y que el escudo también la lleva, prescindiendo, que es bastante, de que fuese colocado en lugar preeminente con relación á las armas reales, estimadas como referibles al emperador en la parte alta, el escudo particular de un infante, por más que éste hubiera sido arzobispo de Toledo.

Hay, por tanto, que desechar este supuesto, más verosímil con todo que el de Parro; y aceptando el hecho de que Sancho III *el Deseado* recibió sepultura al lado de su padre el emperador, se impone la afirmación ya hecha por Blas Ortiz, Pisa y Salazar y Mendoza, de que tal simulacro lo es de aquel príncipe y no de otro alguno, y que á él son de referir los escudos de armas reales colocados á uno y otro lado del que ostenta en el cuartel de su derecha el águila. Obtenida esta conclusión, rigurosamente lógica, surge desde luego la pregunta relativa á la significación de los emblemas del escudo central, y al personaje á quien éste corresponde. Y con verdad que no son necesarios grandes esfuerzos para comprenderlo.

Basta la más somera comparación entre este de que se trata y los escudos tallados en la urna sobre la cual descansa el bulto de Alfonso VII, para convencerse, sin vacilación posible, de que los tres del fondo del arco sepulcral han sido *repintados y dorados* en época relativamente cercana, pero bastante posterior á aquella en que fueron labrados los túmulos. Ni los castillos, ni los leones, son los leones y los castillos entallados; se ve el repinte en las líneas del emblemático baluarte, y los leones, ni tienen la actitud de los del siglo XVI, ni mucho menos. Borrados sin duda por los años, por el polvo y aun por el agua bendita que los domingos arrojaba el sacerdote, según Blas Ortiz, como se han borrado los de los ángeles superiores y los del que aparece en la archivolta de imagine-

ría, encargóse la obra del repinte á quien sin poner gran cuidado ni reputar de grave la infracción, hizo lo que pudo y transformó sin conciencia el águila imperial de dos cabezas, que figuró en el cuartel de la derecha del escudo central superior, en un águila de una sola cabeza, y de representar al emperador Alfonso VII, en jefe, ejerciendo supremacía sobre Sancho III, su hijo, quedó sin expresión propia, dando origen á la errónea creencia de Parro, inadmisible en todos conceptos.

Con traje bien distinto el uno respecto del otro, los dos bultos sepulcrales del lado de la Epístola tienen la cabeza descubierta, y ceñida á las sienes, para recoger la melena, estrecha diadema de oro, que al doctor Salazar y Mendoza y á los que le siguen pareció «Guirnalda». Circunstancia es ésta muy digna de ser advertida, pues desde Blas Ortiz sin discusión viene siendo señalada la escultura del túmulo inferior, que con el de Alfonso VII hace juego, como representativa del rey don Sancho IV *el Bravo*. Por grande que se suponga la libertad concedida al artista para la representación estatuaria de los personajes reales enterrados en la *Capilla* que se dice fundó el hijo de Alfonso X é incorporó á la *mayor* Cisneros, ha de suponerse también, en buena dialéctica, no sería tanta como para consentirle que por capricho, y contradiciendo todas las tradiciones y costumbres, figurase á aquel príncipe vistiendo humilde hábito monacal, y le despojase de la corona que supo arteramente disputar á su egregio progenitor, y arrebató contra derecho á los hijos de su hermano Fernando, los infantes de la Cerda.

Con el testimonio de las dos *Crónicas* de Sancho IV y de su hijo Fernando IV, á quien aún siguen llamando por rutina *el Emplazado*, lícito es afirmar que aquel monarca tuvo dos sepulturas ó *monumentos*: uno, el que él mismo había mandado para sí labrar en la *Capilla de los Reyes*, denominada más tarde *de la Cruz*, y otro, el que con mayor suntuosidad labró para el propio don Sancho su amante esposa doña María de Molina, y al cual fue en Abril de 1309 trasladado el cuerpo del

mencionado príncipe; y ni en el capítulo que habla de la inhumación, ni en el que la traslación se refiere, ni en el testamento de la expresada reina, se indica por manera alguna que el cadáver hubiera sido vestido con traje monacal, como prueba de humildad y de mansedumbre. No hay, pues, razón de ningún género que autorice el despojo hecho á la figura del traje distintivo de la realeza, y menos de insignia tan expresiva como la corona, que ostentan los bultos de Alfonso VII y su hijo don Sancho *el Deseado*.

La diadema, que es símbolo é insignia propia de personajes de regia estirpe, revela, sin embargo, que aquel simulacro lo es de un individuo de la familia real, pero nunca identifica un rey. Y estas razones, que son en realidad elementales, inclinan á sospechar con vehemencia casi comparable con la certidumbre, que habiendo recibido sepultura en la *Capilla,* cual se afirma, si bien no por todos los escritores, el cuerpo de aquel infante de Castilla, don Sancho, arzobispo de Toledo, fallecido en 1261, y de quien ya arriba hablamos, pudo quizás el artista pretender representarle en este bulto, no vistiéndole en testimonio acaso de humildad los ornamentos pontificales, con manifiesta infracción de la liturgia y la costumbre, sino el tosco sayal franciscano, y dejando al descubierto sus desnudos pies, que avanzan en el espacio. No se nos oculta que para admitir semejante transformación en la figura del arzobispo hay que hacer muy grande esfuerzo; pero no es menor el que se ha de menester y se exige para admitir que aquel personaje, sin insignia regia alguna, de hábito religioso, y que por tanto nunca llevó espada, á despecho del doctor Salazar y Mendoza, que lo afirma, sea el rey don Sancho IV, «intitulado *el Feroz*», como Blas Ortiz escribe, y «hombre áspero de condición y para mucho», según Pisa.

De no ser la efigie del infante arzobispo, no hay camino para su identificación, pues ni aun es dado aceptar la hipótesis de que en ella se conmemore el destronado rey Sancho *Capelo* de Portugal, por impedirlo, primero, lo secundario de la im-

portancia de este príncipe, con relación á la historia de Castilla y á la de la Catedral; y después, porque en la hora solemne de la muerte, y en la representación sepulcral del infeliz monarca, ni hubiera sido justo ni había razón para despojarle de los atributos de la realeza, y menos para vestirle hábito religioso franciscano, en consecuencia de lo cual, repetimos, se hace, á lo menos para nosotros y con los medios de conocimiento de que es lícito disponer, imposible de decidir en orden al personaje de regia estirpe, cuyo bulto yacente fue colocado en lugar de preferencia, pues por tal ha de tomarse aquel en que se muestra, á ejemplo de lo que ocúrre en los túmulos del lado del Evangelio.

Asimismo diademado aparece en la parte superior el bulto del que unos hacen el infante de Aragón don Sancho, arzobispo de Toledo, muerto en la Vega de Martos por los musulmanes de Granada el año 1275; otros, el hijo adulterino de Alfonso XI, don Pedro de Aguilar, y Blas Ortiz, seguido por Salazar y Mendoza, el citado infante don Pedro, señor de Ledesma é hijo de Alfonso X y de la reina doña Violante. Que fue de estirpe real, dícelo la diadema; y aunque por haber muerto en la guerra pudo el infante aragonés don Sancho con manifiesta é incomprensible libertad ser en traje seglar representado, no es esta razón superior que justifique ni cohoneste el que no aparezca revestido de pontifical, según parecía más propio; pero de todas maneras, muy de extrañar es que en los escudos del fondo del arco sepulcral no figuren las armas aragonesas, propias del difunto, omisión que sería inconcebible é imperdonable si, con efecto, aquel simulacro lo fuera del referido infante.

No gozaba, conforme á las leyes de Castilla, de categoría semejante el don Pedro de Aguilar, á quien la estatua es también referida; y aunque esto se suponga, sobre todo cuando reinaban los descendientes del bastardo ó, mejor, adulterino Enrique II,—como quiera que don Pedro de Aguilar era muchacho de ocho años á su fallecimiento, no era dable se le re-

presentase con cuerpo de hombre llegado á la edad viril, por lo que se hace preciso descartar semejante atribución por infundada. Queda únicamente el Señor de Ledesma, don Pedro también, hermano de Sancho IV; pero de este príncipe sólo sabemos por la *Crónica*, conforme repetidas veces llevamos dicho, que falleció en Ledesma, sin que conste fuera el cuerpo trasladado á la Catedral de Toledo, ni inhumado en la *Capilla de los Reyes,* tanto más cuanto que á su fallecimiento no gozaba, como antes, del afecto del que, levantado en armas contra su padre, se consideraba en vida de éste rey de Castilla. Inútil es decir que tampoco parece representación la efigie de Sancho *Capelo*, por muchas de las razones arriba expuestas.

En cuanto á los escudos, así los que fueron esculpidos en el frente del arca cinericia inferior, como los pintados en el fondo del arco escarzano sepulcral, llevan todos armas reales de Castilla y de León, haciendo semblante de acreditar por ello, si no fueron en el repinte borradas otras empresas, que los dos personajes eran de la familia real castellana, si bien ha de confesarse que esto en absoluto no se puede afirmar, pues los escudos superiores timbrados de real corona fueron, cual decimos y es de advertir, pintados de nuevo y al mismo tiempo que los de los túmulos del lado del Evangelio, y en los escudetes que presentan los dos ángeles que en el complicado arquitectónico coronamiento aparecen en pie, se han borrado las empresas que ostentaban.

Dedúcese, pues, en conclusión, de lo expuesto, que ninguno de los bultos yacentes lo es de Sancho IV, y que respecto del otro, es desconocida la representación, siendo de reparar, por lo que importe, que así en uno como en otro monumento, de los escudetes hoy en blanco, presentados en la altura por dos ángeles á los lados del templete central, sólo uno va timbrado de regia corona.

A nuestro juicio, y mientras otra cosa documentalmente no se pruebe, aquellos túmulos reales sólo valor tienen decorativo y conmemorativo: fueron para allí mandados labrar, y

fueron colocados en memoria de los enterramientos reales que había en la *Capilla de los Reyes*, que decoró el cardenal Mendoza, poniendo en ella las cruces que eran su distintivo cardenalicio, por lo que se supuso que tuvo aquélla la advocación de la *Santa Cruz*, y que dijeron, después de los días de Enrique II, *de los Reyes Viejos*. No tienen, por tanto, otra representación, y en balde ha trabajado la fantasía de los escritores para identificar la personificación de aquellos simulacros. Quizás se descubra en las actas capitulares otra cosa; pero mientras esto no ocurra, estimamos como más lógicas y conformes á la verdad las conclusiones obtenidas.

Rodrigo Amador de los Ríos

13 de Julio de 1903.

GRADOS ANTIGUOS EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Desde que el maestro Pedro Chacón escribió en el siglo XVII su *Historia de la Universidad de Salamanca*, no impresa hasta que un siglo después apareció en el *Semanario erudito* de Valladares, nada digno se ha hecho tiempos después. Se debe exceptuar de esta regla general la *Memoria histórica de la Universidad de Salamanca*, que en 1869 publicó el laborioso D. Alejandro Vidal, y lo que en su *Historia de las Universidades* publicó el sabio D. Vicente de la Fuente, relativo á esta célebre escuela.

Estos trabajos, aunque muy dignos de elogio, no llenan, ni con mucho, el vacío histórico que se siente acerca de este estudio famosísimo en todo el mundo: á lo más, sólo pueden considerarse como el andamiaje que ha de ayudar á la construcción del edificio propio.

Cuatro años de continuo huronear por entre los estantes de la biblioteca salmantina, me han convencido de que sólo un escritor de poderosas energías podría acometer la empresa de escribir esa historia, en la que sé que varios extranjeros han soñado.

No permita Dios que venga de fuera quien nos adelante, bajo el amparo de nuestra desidia, en este asunto. Materiales abundantes hay arrinconados que nos estimulan al trabajo, y buena prueba de ello es lo que en mi cartera de apuntes tengo conservado, y que, sin más objeto que el de saciar mi propia curiosidad, he recogido.

En el archivo universitario de Salamanca hay un libro titulado *Zeremonial* (sic), en el cual existen muchísimas curiosidades poco conocidas, por lo mismo que el libro apenas ha sido consultado. En la parte que se refiere á los grados hay detalles que, aunque escritos con seriedad, excitan la risa de los que los consideramos al través de dos siglos; de lo que resulta que, escribiendo bajo la inspiración de los párrafos del citado ceremonial, necesariamente han de salir cuartillas con académica seriedad y cuartillas vivarachas y retozonas.

Respecto á los grados de Bachiller, existen diferentes estatutos y variedad de ceremonias. Repasados unos y otras, no veo en claro la razón que tuvo el historiador Sr. La Fuente para decir que en Salamanca «el grado de Bachiller era de mera solemnidad»; porque si se quiere significar que el acto de la recepción de dicho grado tan sólo consistía en presentarse con buenos modales ante una reunión de doctores, el erudito historiador no está en lo cierto, puesto que quienes pretendían alcanzar el bachillerato en artes, por ejemplo, debían explicar en las escuelas de estas artes, tres días, lecciones de lógica; otros tres, lecciones de filosofía moral, y cuatro de filosofía natural; además de esto, tenían obligación de responder, en una cuestión determinada, á todos los argumentos que quisieran oponerle los asistentes al grado. Si á esto se puede llamar mera solemnidad, aceptamos la frase, aunque bien creo que el historiador de las Universidades de España se refiera al aparato de paseos, convites y fiestas de que en los grados mayores se hacía gala.

Vidal y Díaz dice que, en los tiempos antiguos, los grados de Bachiller se concedían «con una solemnidad y rigor como no se acostumbraba en otras Universidades, lo que, si bien los hacía muy honrosos, influía para que los estudiantes se fuesen á recibirlos á otros estudios donde eran más suaves los exámenes. Quizás para evitar estas añagazas de los escolares, se modificó la Constitución, suavizando los estatutos más rigurosos. Entonces, para recibir el grado de Bachiller en cual-

quiera Facultad, bastaba que el graduando eligiese á su arbitrio el maestro ó doctor de quien deseaba recibirle. Después de hacer esta elección, debía el pretendiente prometer al rector que, lo mismo en oir lecciones que en leerlas, cumpliría los estatutos, de cuya promesa se daba cuenta al doctor ó maestro por conducto del bedel. Señalado un día lectivo para la recepción del grado, al llegar ese día, el bedel iba recorriendo las escuelas y diciendo en alta voz: «El estudiante N. N. desea recibir hoy el grado de Bachiller en la Facultad de N.»

Este anuncio de viva voz hacía que numerosa concurrencia llenase la cátedra designada para el acto, y en la cual entraba poco después el graduando pidiendo el grado por medio de una arenga. El doctor entonces le decía: «Sube á la cátedra»; y el estudiante obedecía, ocupando el lugar que había dejado el doctor, y allí arengaba ó exponía alguna lección correspondiente á su Facultad, ó hacía ambas cosas; pero en cualquier caso, con la imprescindible condición de pedir el auxilio del Altísimo al empezar y de dar gracias al Mismo al tiempo de concluir.

En la recepción de este grado, el ya Bachiller se podía gastar en convidar á los amigos cinco florines de Aragón, y no más; á no ser que el rector, teniendo en cuenta la calidad de la persona, le diese licencia para gastar hasta la última tasa, que era de quince florines. Lo que no podía menos de pagar, era: una dobla castellana para el estudio, y dos florines, uno para el notario y otro para el bedel.

El gran celo que la Universidad salmantina tuvo por la rigurosa disciplina en la recepción del grado de Bachiller, se desprende de las mismas palabras de los estatutos del año 1595, redactados, al parecer, en momentos de mal humor. La introducción dice: «Por cuanto la experiencia ha mostrado las muchas fraudes y invenciones que usan mozos ignorantes para pasar á otra Facultad, y el mucho daño que desto se sigue, *estatuymos...*»

Razón de sobra tenían los que acerca de esto legislaban,

pues por las relaciones que de aquel tiempo quedan, se sabe que algunos mozos holgazanes é ignorantes daban dinero á otros más trabajadores, para que con nombre supuesto les proporcionasen el grado; otros fingían dispensas especiales del Romano Potífice para que les dispensasen los ejercicios; otros, á título de hijos de nobles, no querían arengar ni descubrir su cabeza al entrar en el ejercicio, y así, por este estilo, cometíanse otros abusos, que trataron de desarraigar con las siguientes medidas:

«*Item statuimos* que el que se examina en gramática para pasar á otra Facultad, lleve dos testigos que juren que le conocen, y el examinador ponga en el libro los testigos y además las señas del examinado, y lo mismo se guarde cuando reprobaren á alguno, y el Rector cometiere á otro Maestro de la Facultad de latín que le examine, que también llevará libro, y si le diere cédula, torne al examinador para que lo cuente en su registro, y por el mucho trabajo que se le sigue al examinador se le pague un real por el examen, al cual encargamos proceda antes con rigor que con blandura.

»Item, si alguno truxere dispensación del Sumo Pontífice ó de otra persona para hacerse Bachiller, suplíquese de ella y hasta informar Su Santidad no sea cumplida.

»Item statuimos que cualquier estudiante que tuviere que graduarse de Bachiller, aunque sea hijo de grande ó titulado, pida el grado estando en pie, haciendo su oración ó arenga y descubierta la cabeza enfrente del Doctor que le ha de dar dicho grado y que esté de esta manera hasta que le haya recibido y que ni los bedeles ni nadie le acompañe con maza, y el grado que de esta manera no se recibiere, no valga.»

Como se ve por las precedentes ordenanzas, los Doctores salmantinos procuraban que el grado de Bachiller no fuera ejercicio de mera ceremonia, sino serio y riguroso como convenía al honor de tan renombrada Escuela.

En los grados mayores se procuraba la misma seriedad; pero como los extremos se tocan, la solemnidad de que reves-

tían estos actos les hacía caer en ridículas exageraciones. Los actos puramente científicos acostumbrados para la recepción de los grados de Licenciado y Doctor están escritos en muchas partes, y, por ende, no es cosa de monta el repetir lo que ya se sabe: por esto nos vamos á fijar principalmente en las cosas que, siendo diametralmente opuestas al progreso científico, eran sin embargo absolutamente necesarias para obtener el título de Maestro en el saber.

Es, en efecto, cosa notable el hecho de no encontrar constitución, estatuto ú ordenanza referente á estos grados mayores, que no hable de estímulos para el estómago ó el bolsillo: puede, en efecto, asegurarse que para una vez que se nombren las palabras ciencia, libros, conclusiones, arengas ó argumentos, se repitan diez veces las de propinas, convites, bizcochos, vinos y otras cosas así de materiales. Veamos la prueba.

Lo más antiguo que en la Universidad de Salamanca se conserva, respecto al ceremonial para recibir grados mayores, son las Constituciones de Martino V, y en ellas se dice: «Estatuimos que al licenciado en Derecho canónico ó civil ó en Teología ó Medicina, cuando quiera recibir el doctorado, dé al Maestrescuelas salmantino por los vestidos cincuenta florines y al Doctor ó Maestro de quien reciba las insignias otros cincuenta; y al Rector para el arca del Estudio dos doblas, y los juristas á cada Doctor dos doblas, y en Teología, Medicina y Artes, á cada Maestro de su Facultad de la Universidad que asistiese al acto dos doblas que debe dar ante el Maestrescuelas; al Notario cien reales y otros tantos al Bedel: además dará guantes y birrete al Rector y á cada uno de los Doctores y Maestros».

Esta sangría pecuniaria se quiere disimular en esta forma:

«Y si alguno de los dichos diese ó prometiese algo más para conseguir el doctorado (excepto lo de comer y beber que es costumbre dar en estos actos, ú otra cosa de tan pequeño valor que no pueda conmoverse el ánimo de quien lo reciba), otro tanto tiene que dar para la Universidad y el que lo recibe

restituirlo; de otro modo ellos y cualquiera de los que sean, quedan excomulgados *ipso facto*.»

El paréntesis engastado en el precedente estatuto, tiene más meollo de lo que á primera vista manifiesta, por cuya razón merece especificarse, poniendo en claro cuáles eran las cosas de poco valor que no podían conmover el ánimo de quien las recibía.

Copiaré al pie de la letra lo que en las primeras Constituciones que hay publicadas (las de 1538) dicen aclarando este asunto.

«El que se uviere de examinar, sea obligado á dar á cada uno de los examinadores, Doctores ó Maestros que presentes fueren... una hacha y una caxa de diacitrón y una libra de confites y tres pares de gallinas, y porque el tiempo es largo del examen, quel dicho licenciado la noche del examen sea obligado á dar una cena con tanto que no sea obligado á dar más de una ave con que no sea pavo ni gallina de las indias, sino una perdiz ó pollo ó dos tórtolas y una escudilla de manjar blanco y una fruta antes y otra después y su vino y su pan.»

En aquellos tiempos se conoce estaban inmunes para las consecuencias que resultan de nuestra frase «amor de estómago agradecido», pues que tales obsequios no podían llegar en mejor hora, según se desprende de:

«La cual cena se dé en el mismo lugar del examen al tiempo que al Maestre-escuela y Dotores pareciere y demás de esto no se pueda dar otra cosa de comer ni beber assi en el dicho lugar como fuera dél... mas por cuanto los bedeles hacen algunos servicios más de los que la Constitución manda, que se les dé á cada uno de los bedeles dos pares de gallinas».

Todo esto era, por lo visto, un sencillo *piscolabis* para los antiguos doctores, que estaban acostumbrados á recibir más dádivas sin conmover su ánimo, como lo prueban los obsequios que aceptaban en los llamados *Grados con pompa*, que algunos pacatos quisieron suprimir, y contra los cuales se levantó la mayoría, decretando en el año 1622 lo siguiente:

«Item, por cuanto la experiencia ha enseñado el inconveniente que tiene dar los grados de Doctor y de Maestro sin la pompa ordinaria y ser en mucho menoscabo de la grandeza y lustre desta Universidad, estatuimos que no se pueda dispensar ni dispense en los dichos grados con otra alguna persona de ningún estado, calidad y condición que sea, sino que todos hayan de pasear y recibir los dichos grados con la pompa y conforme á las costumbres antiguas de la Universidad, y declaramos que si tal dispensación se hiciese, sea en sí ninguna y de ningún valor y efecto. Demás de lo cual, los que le votaren incurran *ipso facto* en pena de veinte mil maravedís cada uno de ellos, y los grados que en contrario se dieren, sean en sí ningunos y de ningún valor ni efecto».

Lo más raro de la disposición precedente es sin duda eso de que «todos hayan de pasear»; pero no resulta tanta rareza sabiendo que tal paseo era, entre otros varios obsequios que podían conmover el ánimo, el más principal, puesto que en él, tanto el estómago como el bolsillo sacaban no pequeña parte. Para que no se me atribuya animosidad alguna en el relato de estas pompas íntimamente ligadas á las antiguas pruebas del saber, copiaré al ya citado *Zeremonial*, que empieza diciendo:

«Quien quiera graduarse, debe pasar á Secretaría á hacer sus depósitos de propinas en cantidad de oro ó de plata, conforme al estilo antiguo de la Universidad: hecho el depósito, el Maestro-ceremonias les entrega una minuta de lo que han de hacer y observar, y el Secretario otra de prevenciones de guantes, azúcar, dulces, cenas, bebidas, etc., etc.»

«El graduando enviará quince días antes las conclusiones al rector. El Cancelario cita día y hora para el claustro de presentación, á los graduados en todas las Facultades, y en él (en el claustro) se presentan los graduandos uno á uno y están en pie con el bonete en las manos, con mucha sumisión y compostura, y pedida la venia con sumisión de cabeza al Cancelario, padrino y demás (el Rector no asiste á este claustro), hace

breve relación de que está licenciado y desea ser doctor (esta oración no es latina).»

«Entonces se nombran dos Comisarios, que son los más nuevos, para que hagan la tasa de las propinas, y éstos se salen á otra pieza con el Secretario, y vuelven á breve rato y hacen entera relación de las que tocan á cada uno.»

«Es obligación de los Comisarios de toros, una vez que los graduandos hayan pedido la plaza, avisar al Maestro-ceremonias que prevenga se ponga la *mariseca* (1) al tiempo acostumbrado; que cierre la plaza y eche arena y se pongan las armas de la Universidad en la parte superior, y en la inferior las armas de los graduandos.

»La tarde del paseo se ha estilado siempre que los Comisarios de toros lleven á los Comisarios de la ciudad á verlos al prado que dicen Panaderos, y para esto preparan dos coches. El cortejo que se les hace es el de merienda decente y correspondiente al decoro de la Universidad, bebida y bizcochos en abundancia.

»Deben prevenir los mismos Comisarios de toros veinte docenas de garrochas, dos lanzas, seis lanzones de los que se arrojan á pulso, diez docenas de banderillas y... dos arrobas de confitones y trescientos reales de piezas menudas que han de arrojarse á la plaza.»

Dicho está, ó debe suponerse, que los gastos de estos coches, meriendas, bizcochos y demás, eran por cuenta del graduando, al cual parecería pequeño desembolso si le comparaba con el que suponía el imprescindible paseo, de cuya descripción se ocupa extensamente el Ceremonial, y que para evitar la pesadez del relato la presento en síntesis.

Señalado el día para el paseo, los graduandos (2) repartían

---

(1) Consiste la *mariseca* en un toro de metal, colocado en el extremo de una bandera enarbolada en el llamado Arco del toro, y que significaba que habría corrida de toros.

(2) Nótese que el Ceremonial habla siempre de graduandos, en plural, porque lo general era reunirse dos, tres ó más, en atención á que, siendo

sus conclusiones á todos y cada uno de los individuos de la Universidad por medio de un estudiante que, vestido con hábitos y bonete, montaba á caballo, y en esta forma corría de casa en casa las calles de la población, llevando consigo acompañamiento de atabalillos y trompetas. Hasta reunirse toda la comitiva en el punto de partida para el paseo, que era la casa del cancelario, exigía el Ceremonial otros muchos paseos chicos, á todos los cuales no debía faltar la charanga de atabales y trompetas. Primero iba la música á buscar á los cuatro graduados más modernos, y, reunidos, se iba á buscar á los padrinos, y desde la casa de éstos, vuelta otra vez á casa de los ahijados; allí se tocaban unas piezas musicales y se organizaba una especie de procesión, pues en casa de los aspirantes al grado había ya buen número de doctores que, con la música á la cabeza y formando dos filas, marchaban á casa del cancelario. Aún faltaba ir por el rector, de cuya comisión estaba encargado el maestro de ceremonias con las consabidas trompetas.

El conjunto de la inmensa comitiva que hacía el paseo, debía presentar un golpe de vista más propio para ser visto que para ser descrito.

Figúrense en primer lugar un enorme pelotón de muchachos y zagalones haciendo piruetas delante de los músicos que rompen la marcha; inmediatamente después de los atabales y trompetas, el alguacil del cancelario, el maestro de ceremonias y el secretario de estudios; luego, los doctores y maestros vestidos con las insignias propias de su Facultad, y montados; los eclesiásticos y religiosos en mulas con gualdrapas, y los seglares en caballos igualmente enjaezados; detrás de los doctores iban los padrinos, también á caballo y al lado de sus apadrinados, que debían llevar golilla, mangas de color y botillas, y á cuerpo para lucir mejor la espada y daga que pendían de la

tan enormes los gastos que exigían los grados con pompa, si uno solo lo pretendiese, le arruinarían.

cintura, resaltando entre los lujosos arreos de la cabalgadura; iban después los bedeles con mazas, y detrás el maestrescuelas y el rector, á los que únicamente se consentía un criado que les acompañase á caballo, á condición de que llevaran hábitos largos y bonete. Cerraban la comitiva seis pajes que llevaban las armas de los graduandos.

Este que podemos, con razón, llamar formidable ejército del humano saber, recorría las principales calles de Salamanca y paraba ante las puertas del colegio Trilingüe, donde se apeaban todos y entraban en un gran salón que para estas funciones tenía preparado la Universidad en dicho colegio.

La entrada en esta pieza del Trilingüe no tenía otro objeto que el de refrescar y recoger los obsequios que en el lenguaje universitario se llamaban colaciones. El refresco reunía todas las de ley, pues se comía de todo, aunque fuese caliente, y se bebía á proporción; todo esto en medio de un ambiente lleno de suntuosidad, á vista de las cajas que contenían las colaciones, hábilmente dispuestas en gradas cubiertas con tafetanes y sobre mesas cubiertas con manteles rizados y adornadas con exquisito gusto en los más pequeños detalles, pues el Ceremonial encarga que hasta las servilletas estén primorosamente rizadas. Para que algunos no se figuren que el relato es exagerado, copio textualmente lo que dice el Ceremonial acerca del contenido en cada caja de las colaciones:

«Cada una de las colaciones consistirá en diez y ocho libras y media de azúcar de pilón, ó treinta y una y seis onzas si la azúcar es menuda, y además ocho libras de dulces colocados con la azúcar en una caja que estará cerrada y sellada. Esta es la porción destinada á cada uno de los padrinos, al Cancelario y al Rector. Para cada uno de los Doctores asistentes, para los conservadores, ministros y alguacil del Cancelario, la colación consistirá en una ración compuesta de catorce libras y media de azúcar de pilón ó veinticuatro y diez onzas, siendo la azúcar menuda, y además cuatro libras de dulces.»

Un aficionado á estadísticas sacaría conclusiones dignas de

figurar en el capítulo de las bodas de Camacho; sin embargo, aquellos hombres no se saciaban con esto, pues dice el Ceremonial: «Repartidas las cajas de las colaciones, el Cancelario fija la hora de la cena...»

Sin comentarios; porque nos esperan los toros, en cuya fiesta también se come y se bebe, si hemos de creer al Ceremonial, que dice:

«Terminado de hacer el juramento, se sientan los graduados y tocan las chirimías, y el Maestro de ceremonias va por la gratulatoria y la pone en la parte donde se arengó; y acabada, se reparten las propinas; y acabadas las propinas, han de llevar los guantes dos ministros en dos fuentes de plata. Acostúmbrase llevar algunos guantes más, como cosa de una docena, ordinarios y finos, que arrojan al vulgo los mismos Comisarios; y da el golpe el Maestro de ceremonias y se levanta la Universidad.

»Siendo los grados en invierno (que rara vez sucede), otoño y primavera (que es lo regular), se procura que la función acabe cerca de las tres de la tarde, y á este tiempo debe estar avisado el Corregidor el que tenga dada la vuelta á la plaza; y han estilado siempre mandar recado, porque no se detenga la Universidad; y hasta que no llega el recado, ninguno sale de los estrados (en Abril erróse esta ceremonia, porque se acabó á las doce y media y se montó antes de las dos).

»Con la mayor aceleración y brevedad se forma el acompañamiento y se encamina á la plaza, entrando por la parte que cae á la Lonja del Corregidor, y de allí se encaminan derechamente á el balcón, apeándose en la plaza enfrente de él; y visto que el Corregidor toma asiento (que regularmente lo suele hacer después que ve despejada la plaza de los caballos y mulas del acompañamiento, se sienta el Cancelario, Rector y demás por antigüedad.

»No se hace en fiestas de toros de este género señal alguna por mañana, porque el encierro se hace después de sentada la Universidad. Siendo el número de tres graduandos, está

convenido con la ciudad en que se han de correr diez toros de muerte; y si pasa de este número, doce y no más. Entre toro y toro, arrojan los Comisarios confituras y dinero desde el balcón con azafates de plata, y se dan á los graduandos garrochas para tirar á los toros.

»Hasta acabada la corrida, se han de mantener todos los graduandos y padrinos con las vestiduras que llevaron durante el paseo, y los demás se las quitan; y llegando la hora que parece competente, se darán las colaciones y refresco y se avisará á los ministros que han de estar en el tablado de abajo del balcón, que suban á servir, y las chirimías tocarán durante el refresco y al desjarete de todos los toros.

»Habiendo refrescado la Universidad y acabados los toros, se acabó enteramente el acto.»

Las últimas palabras tienen algo de lamentación: «acabados los toros, se acabó enteramente el acto». ¿Querrían aquellos señores que después de los toros y refresco les diesen propina? Lamento, en verdad, el tener que deducir conclusiones grotescas después de narrar un asunto que debiera ser completamente serio; pero confieso que no se puede menos de fustigar costumbres tan extravagantes, que seguramente abotagaban los sentidos y potencias de aquella sociedad, haciéndola de tal condición, que sólo en ambientes que hoy tildaríamos de *juerguistas* respiraría á gusto; porque ciertos excesos podrían dispensarse en los grados de Doctor llamados con pompa, pero de ningún modo en los grados de Licenciado, que deberían ser los más ordinarios y corrientes; y por tanto, en ellos al menos, se debería procurar buscar la ciencia para garantizarla, y no las comidas y bebidas exquisitas para devorarlas á placer; mas no sucedía así: en los grados de Licenciado dominaba el espíritu de la satisfacción ó hartura de los sentidos, como claramente lo prueban las palabras del ya citado Ceremonial, que dice en el capítulo referente al grado de Licenciado:

«Tres días antes de los puntos, tendrá el Maestro de cere-

monias prevenido al graduando para que se baya á pesar el azúcar, y le dará la hora que le diere el Comisario de zena, y procurará estar puntual con un ministro para pesar y cerrar las cajas. Es regular que el graduando tenga el azúcar en su casa; pero si se hubiera de ir á otra parte, será bueno saberlo y avisarlo.

»El peso de la azúcar es el mismo que el de los grados mayores. Se cierran y sellan las cajas. Lo del azúcar consta de la memoria impresa.

»Señalado el día de la capilla, se ha de avisar á el sacristán para que tenga adornada la capilla de Santa Bárbara el día de los puntos, que es el antes al de entrar en capilla, y para que al amanecer del mismo día y la noche antes se toque la campana grande, como es costumbre. Ha de darle al tiempo de este aviso setenta y un reales.

»La capilla se debe adornar en esta forma: á la derecha, como se entra, ha de estar una mesa con tapete; se ponen dos velas encendidas en el altar, que ha de dar el graduando, y con las que se queda el sacristán, y ha de dar también dos hachas, todo de cera blanca, que han de tener los mozos de coro encendidas durante la misa, y por esto les ha de dar el graduando dos reales.

»Al oir la campana la mañana de los puntos, han de ir el graduando, Maestro de ceremonias y Secretario, con mucha puntualidad, de manera que esperen á los señores. Para celebrar la misa (que se dice en la capilla) han de vestirse tres, y además asistir capellanes con sobrepelliz.

»La tarde de la capilla, y como una hora ó dos antes de la dada para el acompañamiento, ha de ir el Maestro de ceremonias á la capilla, donde han de estar las cajas de azúcar y garrafas, y las pondrá por su orden en la parte donde se han de repartir, que será en la capilla del canto, en las sillas de madera que están á la derecha, y ha de prevenir á los botilleros tengan frías las bebidas, por si se pidiere de pronto el refresco, para que no haya falta.

»Poco antes de la hora señalada van por el graduando con atabales y trompetas, y vienen por calles públicas y decentes, aunque se rodee algún tanto. Conforme van entrando los señores examinadores, así deben hacer señal los atabales y trompetas, para que se les acompañe.

»Antes de empezar refrescan todos y van á la capilla, que el sacristán habrá adornado en esta manera: se ponen mesas delante de los asientos, y sobre ellas tapices ó alfombras; lo mismo se hará con la tumba que está en medio. Cuando llegue la Universidad á la capilla se encenderán dos de las cuatro velas que hay sobre el altar cubierto de tafetanes, y las orzas ó cajas de las agallas de *A* y *R* encima de él, para botar (*sic*).

»Sentado el padrino y el graduando, y cerradas ambas puertas, pone el señor Cancelario el relox de arena, y dice al mismo tiempo: *Incipiat pro primo in nomine Domine*, á cuya voz ha de empezar á leer el graduando, levantándose y quitándose el bonete. Interin pide la venia al Cancelario y demás señores, hará la invocación de los santos, en que debe hacer expresa mención de Santa Bárbara, titular de la capilla.

»A el acabar, de la arena debe el Cancelario exponer el relox á los señores, y, concluída, dirá *satis*, y acaba de leer el graduando.

»A este punto se ha de pedir al señor Cancelario la hora de la cena, para que esté pronto y á punto fijo.

»La cena se dispone en la capilla del canto, de rejas para afuera, porque de rejas adentro se ponen las mesas, cortando la sala con tafetanes.

»El cubierto se compone de servilleta, cuchillo, cuchara y tenedor; un salero entre dos; á cada uno dos vasos de vidrio en platos de Talavera fina; dos jarras de lo mismo, una con vino y otra con agua, que servirá para dos, excepto á los señores Cancelario y padrino, á quien se les ponen dos á cada uno. Añádense en cada mesa dos juegos de vinagreras y aceiteras. Si fuere verano, lo que se pidiere de vino y agua se

va proveyendo conforme se pide, para que no se caliente.

»Las velas que estuvieron encendidas durante la lección, se ponen á las mesas y se ponen delante de cada cubierto y una rosca de pan con leche.

»Sentados los señores en la forma dicha, ninguno desenvuelve la servilleta hasta que el Cancelario y padrino desenvuelven la suya. La ensalada ha de estar puesta delante de cada cubierto. A los señores Cancelario y padrino se les ha de poner una media fuente á cada uno y á los demás un plato. La ensalada ha de ser aderezada de diferentes géneros de fruta ó de hortalizas, acitrones, confitones, grajeas, guindas en conserva, huevos y otros géneros que componen una ensalada real».

Al llegar á este punto, me parece oportuno advertir que estamos tratando de la manera de recibir el grado en la Universidad de Salamanca.

Sigue diciendo el Ceremonial:

«Al empezar á desenvolver las servilletas, todos los ministros estarán en fila, de pie y con el sombrero quitado y sin espada (porque estén más ágiles á el servir).

»Al acabar la ensalada, se sirven los huevos. Al servir el plato al señor Cancelario y padrino, al dárselo y volverse, se les debe un género de reverencia.

»A los huevos se sigue el servir un plato de caza, el mejor del tiempo, como son dos perdigones ó perdices, pollos en su tiempo, pichones cebados ó cosa semejante que sea del mejor y más regalado gusto. No habiendo pescado, se dé roscón. Después se sirve el plato de gigote de aves con lonjas de tocino, chorizos, trozos de gazapos y de ternera, ruedas de limón y otros aderezos que le sazonen. Luego se sigue el pescado, que ha de ser, conforme al tiempo, el más exquisito, como es salmón, truchas, anguilas ó besugos: este plato es doble para el señor Cancelario y padrino, y lo es también el que se ha de seguir, que es dulce que regularmente se compone de huevos reales hilados ó molles; alguna vez ha sucedido darse manjar

blanco; pero como es plato menos costoso, se ha dado en este caso otro plato diferente, y lo mismo sucede cuando no se ha hallado pescado de lo exquisito del tiempo, y entonces se han dado cubiletes; fuera de lo cual no se permite añadir más platos.

»Por postres de la cena se sirven queso y aceitunas de Sevilla, anises y media libra de dulces secos empapelados y cerrados con obleas y palillos.

»Al entregar los platos de los postres, estarán avisados los dos bedeles para acudir instantáneamente cada uno con una jarra de vino blanco y una media fuente, y con reverente mesura echarán al Cancelario y padrino á un tiempo el vino en las manos, teniendo debajo la media fuente; y acabado de lavarse los referidos señores, pasarán á dar el lavatorio á los demás, cada uno por su costado. En este acto se debe estar con mucho silencio y respeto para que los circunstantes observen la decencia y autoridad en que deben mirar á un congreso de tanta gravedad (¡.....!).

»Acabada la cena de los ministros (que es á continuación de la de los señores), se encenderán las velas en los asientos de los examinadores, y se pondrán en ellos las pandectas Canónicas ó Ziviles (*sic*).

»Dada la señal para el segundo acto, el Maestro de ceremonias avisa al Cancelario, y con el doctor más moderno y el alguacil del Maestrescuelas y un mozo que hirá (*sic*) delante con un hacha encendida, pasará á echar fuera á los ministros y sirvientes, y cerrada la puerta, se hará el juramento de no tener comunicado el argumento *directe* ni *indirecte*. Durante el juramento, el Maestro de ceremonias saldrá con el padrino por su ahijado á la puerta de la sala capitular, y entrados y cerrada la puerta de la capilla y sentados, dice el Cancelario: «*Incipiatis pro secundo in nomini domini*». Propuesta la conclusión, dice el Cancelario: *Satis*, con lo cual cesará en la parte que le coja. Entonces empiezan los argumentos, y terminados, el Maestro de ceremonias y el Secretario conducen al gra-

duando al altar de Nuestra Señora de la Estrella á dar gracias.

»Para votar tiene el Secretario el libro encima de la tumba y votan con las agallas *A* y *R*, y al bajar de votar irá dando el Secretario á cada uno de los señores su bolsa con la propina.

»Al graduando le acompañarán los atabalillos y clarines hasta su casa, y el Secretario pedirá la hora de dar el grado al día siguiente. Se observa tener allí una salsilla con limonada y bizcochos para el que quisiere. Al día siguiente se llevan también chirimías (á más de atabales y clarín, si el grado fuese de canonistas, legistas ó médicos) para traer al graduando á la capilla de Santa Bárbara, y allí hace el juramento correspondiente».

Todo esto, y algo más que en gracia á la brevedad se omite, ordena el Ceremonial respecto á la recepción del grado de Licenciado. Ante descripciones tan minuciosas, huelga todo comentario, pues de cada frase brotan espontáneamente para todos los gustos.

Discurriendo detenidamente acerca de esta descripción sobre los antiguos grados de la Universidad de Salamanca, no sé por qué hay quien se admire de que, tratándose de bodas, el novio Camacho presentase tal aparato ante nuestro celebradísimo Don Quijote de la Mancha.

Ignacio Calvo

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS: La *Revista médico-farmacéutica* y *La Quincena*, de San Salvador.—El Asilo de indigentes Sara.—Policía de costumbres en la época de la dominación española.—La instrucción primaria en El Salvador. —El simbolismo de la cruz en América.—La cruz de Palenque.—Necesidad de la *sh* en la lengua hispanosalvadoreña.=*La Instrucción primaria* (Cuba).—Recuerdos interesantes de Pestalozzi.—Bibliotecas para niños.—Sus sistemas y los *ex-libris* educativos.—Ruido y orden.=*Cuba y América*.—Un episodio desconocido de *Plácido*.=*La Revista nueva*. —Industria lechera en Uruguay y Argentina.—Canalización sudamericana.=*Vida moderna*.—La federación americana.

Han comenzado á publicarse en la capital de la república de San Salvador dos nuevas revistas: la una, titulada *Revista médico-farmacéutica*, es demasiado especialista para que yo pueda incluirla en estas Lecturas; me limitaré á recomendarla á los médicos. La otra, bautizada con el nombre de *La Quincena*, es enciclopédica y contiene artículos tan interesantes como los que paso á extractar:

El pseudónimo *Ben-Hur* describe en el número 2 de la revista el Asilo de indigentes de San Salvador, llamado Asilo Sara.

«El edificio consta de nueve grandes pabellones de hombres y ocho pabelloncitos de mujeres, más dos grandes para las mismas. Los primeros han sido construídos consultando los principios de alta higiene y comodidad: son amplios, bien ventilados, y son mantenidos en estado de escrupulosa limpieza.

»Hasta ahora habitan el Asilo 147 personas: 107 mujeres y 40 hombres.

»El edificio cuenta con los siguientes talleres:

De telares,
» zapatería,
» curtimbre,
» tintorería,
» carpintería y
» sastrería.

»De manera que á los asilados los viste y calza el establecimiento, sin acudir á manos extrañas; la tela, de munición para los hombres y de indiana para las mujeres, se fabrica en sus propios talleres y allí mismo se confeccionan los trajes. Otro tanto sucede con el calzado, con lo que se ha introducido el más saludable sistema de economías. Tuvimos oportunidad de ver funcionar los talleres de tejeduría y de zapatería, y de apreciar la excelente calidad de las telas, superiores á las que nos vienen del extranjero. Allí se confeccionan telas actualmente para el Hospicio de Huérfanas de Santa Ana.

«En el taller de curtimbre se elaboran magníficas suelas, que tienen muy buena aceptación en el mercado; eso sí, en pequeñas cantidades, porque son reducidos los recursos con que el taller cuenta por ahora.»

En cambio, la cocina deja mucho que desear. El edificio á ella destinado es estrecho, incómodo y está mal construído; pero á los asilados se les alimenta bien.

Don Alberto Luna publica un curioso documento que da á conocer cómo se ejercía la policía de costumbres en los tiempos de la colonización española. Todos los años, la autoridad eclesiástica daba un edicto invitando á la delación de los delitos y pecados contra la honestidad y buen orden de la vida. Hecha la denuncia con todo sigilo, el juez eclesiástico proveía lo que parecía justo. Si el culpable pertenecía al sexo femenino, generalmente se le recluía en un convento. Si al masculi-

no, en la cárcel, ó se le desterraba. Así, en 1770, la señora doña Elvira Montúfar, acusada por su marido de adulterio ante el arzobispo de Guatemala, fue condenada «sin fórmula de juicio» á siete años de reclusión en el convento de Santa Catarina. Pocos años después, un sargento mayor fue castigado con setenta azotes y tres años de prisión «por no sacrificar al amor con su mujer». El documento á que se refiere el Sr. Luna dice así:

✠

«Nos el Dr. D. MANVEL ANTONIO SANDOVAL AUOGADO por los Reales Consejos, Provisor y Uicario Grál. de este Arzobispado, por el Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Cortes, y Larraz, del Consejo de S. M., Arzobispo de esta Diocesi, &.

»POR QUANTO CON CONSIDERACION á LOS GRAVISIMOS perjuicios que resultan á la Iglesia, al Estado, se halla saviamente prevenido por disposiciones Canonicas y Leyes Reales, que no se permita el establecimiento, y permanencia de personas casadas, que vivan en distintos lugares separadas de sus respectivos consortes, sin justos Titulos y causas legitimas, que las indulten de su cumplimiento, para que tenga el mas exacto, y devido; mandamos á los comprehendidos en esta prohivicion, yá sean Hombres, yá Mugeres, se delaten, y presenten ante Nos, para exponer, y examinar los motivos sobre que funden su residencia, y la falta de tan precisa obligación; lo que executarán en el termino de dos Meses con apercevimiento de que pasado se procederá contra los inovedientes, y omisos por todo rigor de Derecho: Assi mismo mandamos á los que tuvieren noticia de semejantes personas caídas, nos lo manifiesten, y pongan en la nuestra, pena de Excomunion mayor: Y para que ninguno alegue ignorancia, se publique este Edicto en el primero de los dias festivos, *Inter Missarum solemnia*, fixandose en los sitios acostumbrados, cuia providencia se entienda general en todo el Arzobispado, remitiendose circularmente los Testimonios ó exemplares necesarios. Fecho

en la Ciudad de Santiago de Guatemala, en catorce dias del Mes de Abril de mil seticientos sesenta, y nueve años.

Dr. Manuel Antonio Sandoval

Por mandado del Sr. Provisor, y Vicario General,

Bartholome de Alvares y Soto,
Notario Receptor.»

Don Salvador Díaz Roa se queja del mal estado de la instrucción primaria en El Salvador. Está confiada á los Municipios, que ni tienen fondos para atender á ella ni interés por fomentarla. Los edificios—salvo algunos de capitales de departamento—son muy malos, y el menaje detestable. No hay maestros idóneos, ni podrá haberlos mientras se les siga nombrando como hasta ahora, sin atender á sus condiciones personales, y mientras se les dé tan mezquino sueldo. Hace años tratóse de remediar esta situación por un Código de instrucción pública. Se sacó á concurso su redacción, con premio de mil duros plata; pero el concurso quedó desierto. El Sr. Díaz aboga por que se repita en forma más adecuada para su buen éxito.

En el número 3, el Sr. Santiago I. Barberena aporta una *Contribución al estudio del simbolismo de la cruz en América*, de que ha hablado con anterioridad en su estudio sobre *El origen de la numeración verbal nahoa*. El autor se refiere aquí especialmente al famoso tablero de Palenque, que algunos consideran como prueba de que el cristianismo se predicó en tierra americana mucho antes de la conquista española. Sabido es que el mencionado tablero se halla hoy en el Museo Nacional de Méjico.

En el centro de él «se destaca una cruz latina, tan profusamente adornada que se requiere hacer un esfuerzo para no dejarse ofuscar por los detalles, que le dan el aspecto de un árbol, sobre cuyas frondas posa un pájaro espléndidamente ataviado».

Para muchos arqueólogos, la figura llamada cruz «es la hierática representación del *lingam* y de las funciones genésicas». El Sr. Barberena (á quien son conocidas las obras clásicas de Warnig, *Ceramic art in remote ages;* Mortillet, le *Signe de la croix avant le christianisme;* Soldi, *Langue sacrée;* Le Plongeon, *Sacred Mysteries amons the mayas and the quiches*) cree lo mismo, y lo apoya en paradojas de la *Priapea*, de José Miguel Macías, y *México á través de los siglos* (tomo I), de Alfredo Chavero.

«Para M. Le Plongeon, la forma denominada *tau* (T) es el tipo primitivo de la *cruz ansata*, ó «llave del Nilo», y era el emblema de la vida futura entre los egipcios, fenicios y caldeos, el cual también se encuentra repetidas veces esculpido en los monumentos de Palenque, Copán y otras ciudades del Nuevo Mundo. En tanto que para los babilonios representaba una cruz á las deidades del agua; que para los egipcios, asirios y bretones era el símbolo de la potencia creadora y de la eternidad, y que para los indios, chinos y escandinavos era la representación del cielo y el símbolo de la inmortalidad, para los antiguos mayas era, según ese escritor, el emblema del rejuvenecimiento y de la cesación de los sufrimientos físicos.

»Para M. Le Plongeon no cabe duda de que en el *Mayax* la cruz era uno de los símbolos relacionados con los misterios y ritos religiosos, aunque entre los mayas (de la península yucateca) son pocos los vestigios materiales de ese culto que se encuentran; él sólo señala como tales el plano del santuario de Uxmal y una cruz que forma parte de una inscripción del palacio de Chichén. Aún se conserva, dice, la tradición de que la cruz era el símbolo del *dios de la lluvia* (1), lo cual explica

(1) El doctor D. Tomás Ayón dice en el tomo primero de su *Historia de Nicaragua:* «Los naturales (de Yucatán) adoraban esa cruz, teniéndola por el dios de la agua lluvia, y cuando ésta escaseaba le sacrificaban codornices. Preguntados cómo habían tenido noticia de aquella señal, contestaron que un hombre muy hermoso que había pasado por allí se las dejó, encargándoles que siempre le conservasen en la memoria. Otros

Le Plongeon observando que en Mayo se ve la *Cruz del Sur* perpendicularmente al horizonte de Yucatán; y como en esa época las lluvias renuevan la vida en los áridos campos de ese país, sus habitantes hicieron de la figura de la constelación el emblema del dios de las lluvias. Eso es lo que, según él, significa la voz *tau*, compuesta de tres raíces mayas: *ti*=aquí; *a*=agua, y *u*=mes; equivale, por consiguiente, á «éste es el mes del agua». A mejor interpretación de esa voz se llega por medio del idioma quiché: *ta*=cuando, y *au*=sembrar milpa; indicaba, pues, la época de la más importante operación agrícola para los yucatecos.

»M. Le Plongeon agrega que la forma compleja de la *cruz ansata* de los egiptólogos, formada de un cono con dos brazos laterales y un óvalo encima, tiene por prototipo el pilar conoidal con una esfera sobrepuesta, con que los babilonios representaban la vida y la muerte, y que éste es una reminiscencia del *yaxche* ó árbol sagrado de los mayas.»

El *lingam* maya-quiché era un emblema complejo en que se confundían el *acalt* ó caña de los lagos mejicanos, que representa los rayos del sol; el *árbol cruciforme*, símbolo del poder fecundante del astro del día, y las aspas del *nahui ollin*, que figura, juntamente, los cuatro signos iniciales del calendario tolteca, las cuatro estaciones, los cuatro puntos cardinales, etc.

«El *acalt*, confundido con el *lingam*, cuyo signo gráfico es la cruz latina, es la hierática representativa de la potencia generatriz, de la virtud fecundante de los rayos del sol.» Esto aclara la significación de los árboles cruciformes y el origen del dios llamado *Tohil* (derechura), autor del *cac*, el fuego. Por ello también, los toltecas llamaron á la cruz *Tona caquahuilt* ó «árbol del sustento».

---

decían que la causa de tener en adoración la cruz era la de haber muerto en ella un hombre más resplandeciente que el sol». (*Pedro Mártir*, capítulo I, IV década.—Las Casas, *Hist. Apolog. de las Indias*, c. CXXIII.)

El Sr. Barberena expone á continuación las diversas opiniones sobre la cruz de Palenque, sostenidas por los americanistas, y que difieren más ó menos de la suya, aunque todas rechazan el origen cristiano.

En cuanto á la cruz llamada de Cozumel, el Sr. Barberena cree que fue puesta por orden de Hernán Cortés, apoyándose en los testimonios de Bernal Díaz del Castillo y del Deán de Yucatán, D. Pedro Sánchez de Aguilar, autor del libro *Informe contra Idolorum cultores del Obispo de Yucatán* (Madrid, 1639). Lo mismo cabe decir de otras cruces: la de Huatulco, la de Tepic, etc.

Concluye el autor diciendo:

«Haciendo caso omiso del antiguo establecimiento de los normandos en los confines boreales de América, porque no ejercieron influencia alguna en los pueblos cultos de este continente, es completamente falso que haya habido tales prédicas (1). En cuanto á las tradiciones y prácticas judías y católicas que se dice conservaban los indios, no merece el asunto seria refutación.

»El bautismo que se pretende acostumbraban administrar los mayas á sus hijos, no era más que la ceremonia del *caputzibal* (nacimiento de nuevo), que se practicaba en la fiesta denominada *enkú* (bajada del dios), con los niños que habían llegado á la pubertad, y en la cual ocasión les quitaban la concha con que desde que nacían llevaban cubierta la parte honesta. De esa manera solemnizaban los mayas el supremo instante en la vida del hombre, en que, allá en oscuros límites

(1) M. E. Beauvois es uno de esos *ilusos*, hablando en la *Revue Critique* (1886, t. II, págs. 141 y 147) del libro de M. Reville sobre las religiones de los indios de Méjico, de la América Central y del Perú, dice que el nombre que los mejicanos daban al «árbol de la vida», que es como llama ese irlandés *ilustre*, y como designaba San Avito al Crucifijo, *signum vitale crucis*. Según dicho crítico, hubo dos predicaciones del Cristianismo en América antes de la llegada de los españoles: una en el siglo XIV y otra en el XV.

de lo fisiológico y en lo más hondo del organismo, el *Verbo se hace carne*.

»Concluiré diciendo algo sobre el origen del vocablo *cruz*: el bernardino Pablo Perzon, el erudito holandés Gerardo Juan Vosio, los humanistas españoles Raimundo Miguel y Gómez de la Cortina, el lexicógrafo cubano José Miguel Macías y otros filólogos, han propuesto etimologías, á cual más ingeniosas, de esa palabra; pero *anch'io sono pittore* (de brocha gorda) y he fraguado la mía: en mi concepto, es contracción del quiché *qu-ruz*, unión de estas dos raíces *qu*, raíz de *qua*, «fuente, manantial», y por metonimia «agua», y *ruz*, raíz de *ruzrut*, «cosa que corre con ansia y precipitación»; equivale, pues, á «agua corriente», y alude á los riachuelos que se forman durante la benéfica estación de las lluvias, los cuales exoneran á los indígenas de Yucatán de bajar en busca de agua á sus profundos *zenotes*. Esta etimología está de acuerdo con la interpretación que hemos dado al tablero de la cruz».

En el núm. 4, D. Carlos Bonilla razona sobre la necesidad de *sh* en la lengua hispanosalvadoreña. Todo idioma, al pasar de un pueblo á otro, de una región á otra, recibe necesariamente el influjo local y el de las condiciones del nuevo grupo humano á que se extiende. Así le ha ocurrido al castellano en América.

En El Salvador, aunque muchas de las palabras indígenas se han castellanizado, existen otras que aún conservan su pronunciación primitiva, y para la cual el castellano no tiene letras aparentes, como sucede en el sonido silbado de las palabras «shashaco», «shila», «shuco», etc., que necesitan la combinación *sh*, de que carece el castellano, y que tenemos necesidad de prestar al inglés para que la ortografía corresponda á la fonación.

«He aquí algunas palabras del idioma vulgar indígena, con su significado español, que necesitan la *sh* inglesa, y que muchos al escribirlas usan la *ch* española, que con su sonido

fuerte desfigura la suavidad de la pronunciación original.»

La lista que el Sr. Bonilla presenta comprende 37 palabras, á las cuales podrían añadirse muchas más.

La Instrucción primaria (Habana) reproduce en su núm. 10 (Diciembre 1902) un artículo del *Boletín de las Escuelas primarias,* de Costa Rica, que contiene curiosos recuerdos de Pestalozzi, tomados de un libro rarísimo impreso en Lausana (y no puesto á la venta) hace unos treinta años, por un Sr. Vulliemins, discípulo que fue del gran pedagogo. He aquí el retrato que Vulliemins traza de su maestro:

«Imaginaos—dice—un hombre muy feo, con el cabello de punta, la cara muy picada de viruela, y por añadidura cubierta de pecas; la barba, corta y erizada como un cepillo y siempre en desorden; siempre sin corbata; pantalones cortos, mal cortados, cayendo sobre medias que á su vez se pierden en gruesos zapatos; una manera de andar brusca; ojos que ora se agrandan para echar rayos, ora se cierran en señal de contemplación íntima; facciones que á veces expresan profunda tristeza, á veces dulce beatitud; el habla lenta ó precipitada, tierna ó melodiosa, ó rápida como el huracán: esa fue la fisonomía del que llamábamos «tío Pestalozzi».

»Tal cual yo acabo de pintarlo, nosotros lo queríamos; lo queríamos todos, porque á todos nosotros él nos quería; lo queríamos con una sinceridad tal, que si alguna vez nos veíamos privados de su presencia, nos sentíamos tristes; y cuando volvía á mostrarse, no podían nuestras miradas desprenderse de su persona.»

La escuela de Pestalozzi—establecida en un antiguo castillo de Iverdún—contaba con unos 200 á 250 alumnos, con más un personal numeroso de profesores jóvenes. Se jugaba mucho al aire libre (partidas de barra, luchas con pelotas de nieve, etc.), se tomaban duchas de agua fría todas las mañanas y siempre se iba con la cabeza descubierta. Cierto día se le ocurrió al padre de Vulliemins colocar sobre la cabeza de su hijo un sombrero. Gran estupefacción y gritería enorme de los

condiscípulos. El sombrero, después de servir de juguete, fué á parar al río.

«La enseñanza—escribe el autor—se dirigía más bien á la inteligencia que á la memoria, y su objeto era la cultura armónica de los gérmenes depositados dentro de nosotros por la Providencia.

»Empeñaos—les repetía Pestalozzi—en desarrollar el niño, pero no en adiestrarlo como se adiestra á un perro y como con demasiada frecuencia se adiestran los niños en nuestras escuelas. Nuestros estudios versaban en esencia sobre el número, la forma y el lenguaje.

»El idioma nos lo enseñaban con ayuda de la intuición; se nos enseñaba á mirar bien, y por ese medio á formarnos una idea precisa de las proporciones de las cosas. Cuando lo habíamos comprendido bien, no teníamos dificultad en expresarlo con claridad.

»Los primeros elementos de geografía nos los enseñaban sobre el terreno, empezando por dirigir nuestro paseo hacia un valle estrecho de los alrededores de Iverdún, donde corre el río Burón. Nos lo hacían contemplar en conjunto y en detalle hasta obtener la noción exacta y completa. En seguida nos mandaron proveernos á cada uno de un montón de arcilla que yacía en capas sobre una de las barrancas del río, sirviéndonos de pedazos de papel que al efecto habíamos traído. A la vuelta del castillo se nos repartían sitios en largas mesas, y cada uno de nosotros debía modelar sobre la parte que le era destinada, con la arcilla húmeda, el valle que acabábamos de estudiar.»

Así continuaron observando el relieve cada vez en un área más extensa, hasta abarcar, desde la cumbre del Montela, todo el valle de Iverdún. Entonces pasaron ya á los mapas.

De un modo también intuitivo se enseñaba la geometría y la aritmética. Las cuentas se hacían «mentalmente y en alta voz, sin el recurso del papel ó de la pizarra».

Pero lo que «con énfasis se llamaba el *método* de Pestalozzi era, á la verdad, para nosotros un enigma. Lo era también para nuestros institutores. Al par de los discípulos de Sócrates, cada uno de ellos interpretaba á su manera la doctrina del maestro; pero lejos estamos de los tiempos en que las divergencias engendraban la discordia; nuestros principales maestros, después de haber profesado cada cual como el único que había comprendido á Pestalozzi, acabaron por afirmar que Pestalozzi ni se había comprendido á sí mismo ni había sido comprendido por nadie.

»A la época en que yo daba mis primeros pasos en el Instituto, habitado por una juventud sana y vigorosa, las escenas que más adelante debían causar su ruina no se habían producido. La fe en Pestalozzi mantenía todavía unida toda esa vasta familia, aunque se supiera ya que el maestro era mejor filósofo que administrador. En su ingenuidad, ignoraba lo que era desconfiar; no creía en la malicia, y, fácil de engañar, debía, tarde ó temprano, caer de decepción en decepción; pero en la época de que hablo tenía todavía poder sobre corazones y voluntades. Un rasgo característico os dará una idea del espíritu que reinaba en un principio en el establecimiento.

»Los educacionistas que más tarde llenaron el mundo con sus debates no recibían ninguna remuneración en dinero, por cuanto se les suministraba todo lo necesario para la vida ordinaria.

»La caja en que se depositaban los escolares estaba colocada en el aposento del «padre de familia», y cada uno de esos maestros tenía una llave á su disposición; cuando se necesitaba un gabán, botas, medias, etc., cada uno sacaba para sus necesidades, y así siguieron las cosas durante más de un año, sin que ningún grave desorden hubiese alterado la paz del recinto. Era como la iglesia primitiva.

»También nosotros los alumnos, en los primeros tiempos, tentábamos de darnos cuenta de los fines de Pestalozzi, de penetrarnos de sus ideas y aun de reproducirlo.»

Vulliemins fue el iniciador de una de esas imitaciones en sistema mutuo, que agradó sobremanera á Pestalozzi.

En los números 15, 16 y 17 de la misma revista aparecen extractados hábilmente los artículos de Miss K. L. Smith sobre las Bibliotecas para niños en los Estados Unidos. Existen en casi todas las poblaciones de importancia, representando un movimiento interesantísimo en favor de la cultura de la infancia y del despertamiento en ella de la afición al libro. Existen hoy cuatro tipos diferentes de esas bibliotecas:

1.° La Biblioteca de New-York (pública y gratis), en la cual ocupan el mismo local y gozan de los mismos privilegios los adultos y los niños.

2.° La Biblioteca de Utica, en la que hay un departamento especial para los libros de los niños.

3.° La Biblioteca del Instituto de Pratt, en la cual tienen los niños un cuarto separado que se comunica con el cuarto de los adultos.

4.° La Biblioteca pública de Minneápolis, en la cual los niños tienen un cuarto en el piso bajo del edificio, completamente separado del salón que está reservado para las personas mayores.»

Por lo común, los bibliotecarios son maestros con larga práctica escolar; y, por de contado, en las bibliotecas no hay sólo libros, sino también mapas, pinturas, modelos de dibujo, grabados para que los niños los recorten y pinten, etc.

«Los niños hacen infinitas preguntas á los empleados, y es preciso tener una naturaleza en simpatía con ellos para comprender sus necesidades. Es de rigor siempre una persona que vigile los niños en el salón. Algunas bibliotecas tienen un límite fijado para los que piden libros prestados, y la admisión á las bibliotecas de miembros menores de doce años es una ley reciente. Hay muy pocos casos de maldades, aunque la tentación á llevarse un libro interesante es fuerte; pero el número de libros que faltan al año es insignificante, y no mayor que el de los sustraídos en las bibliotecas para adultos.

En algunas ciudades se exhiben públicamente durante algún tiempo los libros destinados al uso de los niños. Esto despierta el interés de los pequeños lectores y les guía en la elección.

Se ha puesto especial cuidado en educar á los niños en punto á la manera de tratar los libros. Para ello se adaptan toda clase de medios sugestivos: ligas de lectores con reglamentos, á cuya ejecución se obligan; inscripción con compromiso de tales ó cuales reglas de conducta; *ex-libris* con advertencias sugestivas. Véase como ejemplo el *ex libris* llamado Maxon, uno de los más populares:

«En una ocasión sucedió que un libro de esta biblioteca empezó á hablar con el niño que lo tenía en su mano. He aquí lo que decía el libro:

»No me toques con manos sucias, pues me daría vergüenza que el otro niño que ha de pedirme prestado me encontrase sucio.

»No me dejes fuera á la intemperie y lluvia. A nosotros, los libros, nos da catarro, lo mismo que á los niños.

»No me manches con la pluma ó lápiz: esto me desfigura.

»No te recuestes sobre mí con tus codos: esto duele mucho.

»No me abras y me coloques en la mesa boca abajo. ¡A que no te gustaría á ti que te trataran de esta manera!

»No coloques entre mis hojas un lápiz, ni nada que sea más grueso que una hojita de papel. De lo contrario, me lastimas la espalda.

»Cuando hayas acabado de leerme, si acaso temes olvidarte del lugar en que terminaste tu lectura, no dobles las esquinas de mis hojas, sino coloca una marca de libros, bonita y pequeña, para señalar el punto; ciérrame y recuéstame en un lugar donde yo pueda descansar de una manera cómoda y segura.

»No te olvides de que yo tengo que ir á visitar á muchos niños después que tú me hayas dejado. Además, yo quisiera volver á encontrarte algún día, y me daría mucha pena y ver-

güenza que tú me encontraras sucio, viejo, descosido y manchado. Ayúdame á conservarme nuevo y limpio, y yo te ayudaré á ser feliz.»

Otro ejemplo, de medio distinto:

La Biblioteca Pública de Milwaukee contiene más de ocho mil libros. En este salón se les concede mucha latitud á los niños y se les permite que ellos mismos vayan á los estantes y escojan el libro ó libros que deseen leer. Se apela al honor y dignidad de los niños para mantener el orden y para que no sufran los libros que se les entregan. El lema de la Biblioteca es: «Este salón de lectura está bajo la protección de los niños y niñas de Milwaukee».

«Tal parece que los niños sienten toda la responsabilidad que sobre ellos pesa, y, justo es consignarlo, en ningún salón de lectura hay mayor orden ni limpieza, y jamás se ha cometido allí ningún acto de vandalismo contra la propiedad de la Biblioteca.»

Además de las exposiciones á que antes nos referimos, se usan otros procedimientos para despertar la atención de los lectores. En la citada Biblioteca de Milwaukee, «para que se familiaricen los niños con los grandes autores y con aquellos que ellos más leen ó sobre niños y educación han escrito, se celebran los aniversarios del nacimiento y muerte de los ya citados autores, poniendo en la pared principal del salón el cuadro, fotografía ó grabado del autor, la lista de sus obras principales y la fecha de su nacimiento y muerte».

En Minneápolis se anuncia con anticipación exhibiciones especiales de dibujos sobre un tema concreto: v. gr., la historia de la bandera nacional. El anuncio atrae siempre á muchos niños, y la exhibición va acompañada de explicaciones. También se dan conferencias para los niños, siempre en relación con los libros y grabados que hay en la Biblioteca, y se permite á los oyentes que hagan preguntas.

La Biblioteca de Detroit se dedica preferentemente á la colección de revistas y periódicos, y es el punto de reunión de

los vendedores de periódicos, limpiabotas, mensajeros y empleados de la ciudad, más ó menos pobres de ropa, pero siempre con las manos limpias.

El salón de la de Boston está muy artísticamente adornado con retratos de grandes hombres y grabados exquisitos, y abundan las revistas ilustradas; pues el objeto es hacer *que el niño no vea en el salón de lectura un cuarto de penitencia, sino que sea un salón que le ofrezca comodidad, á fin de que llegue á encariñarse con el local y una siempre en su mente la lectura y el estudio con el bienestar físico y la grata compañía de condiscípulos queridos.*

Es de notar que los niños observan casi siempre una conducta muy superior á la de los adultos en las Bibliotecas.

«Hace tiempo varios bibliotecarios se reunieron y formularon una serie de preguntas referentes al mejor sistema para mantener el orden y ensanchar la esfera de utilidad de sus respectivas Bibliotecas. Estas preguntas fueron sometidas á la consideración de los niños que asistían á esos salones de lectura, y se les pidió su opinión sobre el particular. Casi todos contestaron de una manera muy respetuosa y hábil, dando pruebas de haber meditado mucho sobre el asunto y de conocer á fondo la materia de que se trataba.

»De un estudio comparativo de los libros pedidos, resulta que los varones prefieren obras de viajes y tratados de Historia, y las niñas poesías y cuentos de hadas. Los muchachos escogen mejores libros, obras de más mérito literario y de temas más nobles y morales que las niñas.»

Por último, se ha observado que en las bibliotecas para niños que tienen ayudantes para aconsejar á los lectores y escogerles los libros que más pueden interesarles é instruirles, la concurrencia es más regular y el provecho mayor.

En el núm. 18 (Abril último) el Sr. Méndez (Domingo F.) publica una discretísima nota titulada *Ruido y orden,* que creemos interesante reproducir casi íntegra. «Si en una escuela no se *percibe ruido,* es porque ocurre una de las dos cosas siguien-

tes: ó á causa de una exagerada ó impuesta dominación, hasta cierto punto perjudicial, porque impide al niño revelar sus pensamientos y le cohibe de hacer algunas interrogaciones, mantiene el maestro á sus alumnos en completo silencio; ó algo peor aún: el tiempo que había de emplearse en explicar las asignaturas se emplea en mantener el mal llamado *orden;* porque el verdadero, el otro, no se impone; se crea, se consigue, se obtiene por medio distinto al constante regaño, á la mirada severa y al fruncido y hosco ceño.»

Entre los muchos medios que hay para obtener orden, el mejor y más práctico es tener á los niños en labor constante; que no vean decaer el ánimo del maestro, que cada día vean que éste aporta algo nuevo al material ya acumulado. Y esta variación y renovación en el trabajo, así como el constante engranaje entre los conocimientos anteriores y los presentes, mantendrán sus espíritus en completa actividad, no pudiendo, por tanto, distraerse ni ocuparse de otra cosa que la que se trata de transmitirles.

«Podemos, por tanto, afirmar que en la escuela que se *trabaje* se *hace ruido,* sin que esto quiera decir que la *algazara* y el *escándalo* sean indicios de que se trabaja; al hablar de *ruido* nos referimos al necesario, al imprescindible que implica la explicación á *viva voz* de las materias y el mutuo cambio de pensamiento entre los alumnos y el maestro; pudiéndose afirmar también que en la escuela que se trabaja, á pesar del *ruido necesario,* hay orden.»

En *Cuba y América* correspondiente al mes de Abril, el Sr. E. Sánchez relata *un episodio desconocido de la vida de Plácido*, que, según el autor, es una nueva prueba de la inocencia del célebre cubano en punto del delito de conspiración de que se le acusó. Según parece del testimonio de D. Sebastián A. Morales, gran amigo de *Plácido*, éste estuvo dos veces en Trinidad, una en 1836, otra en 1843, para dedicarse al trabajo del carey, en que era «artista primoroso».

Fue allí muy festejado por sus muchos amigos, y compuso

numerosas poesías. Entre las fiestas á que asistió se cita la celebrada en el ingenio *Güinia de Soto*, propiedad de D. Justo G. Cantero, con motivo de la instalación del primer tren Derosne, y una cena que le dieron varios amigos, entre ellos el poeta Fernando Hernández Echerri. A esta última reunión atribuyó carácter faccioso una denuncia (hasta hoy de autor desconocido), hecha ante el comandante general D. Pedro de la Peña, hombre, al parecer, duro é inflexible. Formado expediente, el asunto hubiese tenido mal fin á no mediar el Sr. Cantero (también complicado), quien, merced á su gran fortuna—dice el Sr. Sánchez,—logró que el expediente no pasara á mayores. *Plácido* fue puesto en libertad, tras dos meses de cárcel, sin que se le hubiese probado el delito de conspiración ni otro alguno. En 17 de Noviembre de 1843 regresó *Plácido* á Matanzas. El brigadier Peña le aconsejó que *se fuera á España*; pero él rechazó el consejo, así como antes se había negado á trasladarse á México, cosa á que le instaban algunos amigos, temerosos ya de mayores males que los de Trinidad.

La Revista Nueva, de Montevideo (Mayo), publica un interesante estudio del Dr. G. Terra, sobre *La industria lechera*. Tomaremos de él los datos referentes á América, que han de ser los de más novedad para nuestros lectores. Según dice el autor, están tomados del reciente libro de Manuel Bernárdez, *Tambos y Rodeos*.

La primera lechería montada según los adelantos modernos, la fundó en la Argentina Juan Rabadan, en 1886. Años después, D. Vicente L. Casares estableció en Buenos Aires una gran empresa, que hoy cuenta con 40 lujosos despachos. En Montevideo no ocurrió lo mismo hasta hace cuatro ó cinco años. Uno de los fabricantes, Eastman, vende 2.500 litros diarios. Su establecimiento cuenta con máquinas de vapor para hacer manteca y producir el hielo para conservar en sótanos la leche. Lo mismo ocurre en los de D. Juan A. Capurro y la Sociedad La Alianza. Toda la leche se pasteuriza.

«Pero aún hay una gran lucha á sostenerse entre el tambo

urbano, el lechero de los tarros antihigiénicos que transporta á domicilio el producto de 530 tambos de los alrededores de Montevideo—casi todos á la antigua,—y la lechería moderna que utiliza la pasteurizadora y el hielo.

»En Buenos Aires, de 200.000 litros diarios que consume la ciudad, sólo 40.000 son vendidos por la Martona, la Granja Blanca y la Marina; 20.000 son del tambo urbano, y los 140.000 restantes del basco lechero.

»Entre nosotros, La Alianza, Eastman y Capurro, en conjunto, no venden 6.000 litros; los 50.000 restantes que forzosamente se consumen por nuestra población son vendidos á la antigua.

»Pero el triunfo no es dudoso; no hace mucho tiempo que París consumía 100.000 litros de leche por día, y con los nuevos procedimientos industriales absorbe hoy diariamente 500.000. Es indiscutible que el consumo crece con la baratura y las buenas condiciones que presenta el artículo.

»Un higienista le decía á Bernárdez: «Insistan, repitan, golpeen en esto; digan á plena voz hasta que se oiga y se haga evidencia, digan que sin leche pura no hay infancia sana, ni adolescencia robusta, ni vida medio vigorosa, ni raza fuerte, ni pueblo viril; que los pueblos viejos como Inglaterra se defienden del alcoholismo, que es un flagelo en la Europa septentrional, un factor poderoso de degeneración, con el uso de la leche, que es el rey de los alimentos; que en la lucha antialcohólica los Gin-Palace van siendo desalojados por los Coffees Houses, donde se expende leche que alimenta y reconstituye. ¡Digan, repitan, inculquen esto...!!»

La leche está hoy en Montevideo barata, y es un buen negocio, sobre todo si se vende, en su estado natural, en campos cercanos á la vía férrea, á distancia menor de 100 kilómetros. Rinde entonces el 20 por 100. En 1900 entraron en Montevideo 47.000 tarros de leche. En 1901, 125.311.

«La fabricación de la manteca como artículo de exportación, se inicia en la Argentina hace apenas tres ó cuatro años

con la instalación de la gran fábrica La Unión Argentina (Limitada), que se fundó en 1889 á iniciativa del señor Jorge Guerrero, bajo el régimen cooperativo de producción.

»Empezó La Unión Argentina á trabajar el 1.° de Mayo de 1899, contando en esa fecha con 36 remitentes de leche y crema. El 1.° de Mayo de 1900 tenía 222; en 1901, 252; y en 1902 sumaban 1.140 por haberse adherido una asociación judía de colonización. El aumento de la crema enviada á la fábrica no está en relación con el número de remitentes, porque lo que producen los judíos, por ejemplo, en conjunto es insignificante.

»La manteca fabricada fue el primer año 1.050.132 kilos, exportándose 533.881; el segundo año, 1.156.887 kilos, y se exportaron 721.000 kilos; el tercer año, es decir, 1901, la producción total es de 1.537.474 kilos.»

En 1900 la exportación fue de 264.000 pesos oro, y en 1902 de 280.000. Sin embargo, es éste un negocio que lucha aún con grandes dificultades, mayores en Uruguay que en la Argentina, por la falta de asociaciones análogas á las *fruitieses* de Francia.

Muy grandes son también las de la fabricación de quesos. Los alemanes y los suizos, en el departamento de la Colonia, han logrado, al parecer, vencerlas en gran parte; pero, en general, la exportación decrece.

La misma *Revista* recomienda el artículo sobre canalización sudamericana publicado en el diario *La Libertad*, Córdoba, en 20 de Abril, por el Dr. A. Rodríguez del Busto. El señor Rodríguez dice:

«Hoy hago una vez más la emisión de mis ideas de canalización sudamericana para convencer, especialmente á los hombres dirigentes, de que la traza de mi plan de canalización de este continente es la única conveniente, la única que puede producir la verdadera transformación que está llamada á experimentar Sud-América, la única que la colocará rápidamente en la cúspide de todos los progresos modernos.» Después de esto, comienza el estudio de canalización en los diversos ríos,

estudio muy digno de ser meditado, según los redactores de la *Revista Nueva*.

En *Vida Moderna* (Abril), D. Manuel Herrero y Espinosa aboga por la federación de los Estados iberoamericanos, para contrarrestar el peligro de absorción «por el coloso de la democracia, que ha comenzado su obra de expansión en el Norte de nuestro continente». Termina su artículo con los siguientes interesantes párrafos:

«La independencia absoluta, unos de otros, de los pueblos de la América española, fue la obra de su tiempo y la consagración de un hecho material que mantenía aislados y dispersos los distintos centros coloniales; pero hoy que la celeridad de las comunicaciones y los rápidos medios de transporte nos han hecho conocer mutuamente, sabemos que hay menos diferencias entre un chileno y un oriental, entre un argentino y un mejicano, que la que existe entre un catalán y un gallego, entre un lombardo y un toscano ó entre un bávaro y un prusiano.

»La estrechez de esta página no me permite dar toda la extensión de mi pensamiento—¡perdón!,—del pensamiento de Bolívar; pero, como una síntesis, apunto estas cuatro ideas que es necesario, que es urgente llevar á la práctica ya para pisar dignamente los umbrales del siglo xx: supresión de las aduanas para los productos que se cambien entre sí los pueblos de Hispano-América; adopción de una moneda única, el franco, que es la moneda de nuestra raza; creación de una dieta federal encargada de las relaciones internacionales, y adopción de un pabellón común que anuncie al mundo la creación de los Estados Unidos de Sud-América.

»¿Sueños? ¡Oh! Dios no puede permitir que se ponga el sol en los dominios de esta hermosa lengua española, en la que tantas cosas nobles se han dicho, en la que tantos seres desvalidos han aprendido el dogma de la inmortalidad cristiana, y en cuyas tradiciones han bebido nuestros competidores para saber cómo se vive por el ideal y cómo se muere por la gloria.»

HISPANUS

EL VIOLÍN ESPAÑOL

EN EL COSMOPOLITISMO DEL ARTE MUSICAL CONTEMPORÁNEO

Cuando empezó el siglo XIX era voz común entre la gente del arte, en nuestra Península y en una parte de la de Italia, que el primer ejecutante de piezas musicales en el violín era el rey de España Carlos IV. Lo ingrato de su caída y lo ingrato del resto de su ostracismo en Roma han sido causa de que á la posteridad su nombre no haya llegado enaltecido por la mágica aureola del arte. En la capilla de Palacio había reunido las primeras celebridades españolas del violín en su época; pues si el extremeño Narciso Villar había osado imponer, é impuso, la supremacía de su habilidad en Roma, y el vallisoletano Romualdo Pérez en París, y fray Martín Sunyer en Montserrat, Bonifacio Riesgo en Zaragoza, Antonio Rafal en Tarragona, y en Burgos el lucense Juan del Castillo mantenían sobresalientes reputaciones, con todo, en la capilla del real Palacio de Madrid, el vascongado Vicente Ongay y el catalán Jaime de Rosquellas empuñaban el cetro de su profesión, que sólo entre sí se disputaban, y Domingo Rodil, José de Zayas, Ramón Palandarias y Felipe de los Ríos no les andaban muy á la zaga. La opinión común de todos éstos era que el rey, en destreza de ejecución, á todos aventajaba.

En realidad, un verdadero genio en la particularidad de este instrumento no se presentó en la esfera práctica del

arte hasta que en Cremona nació Stradivarius para construirlo, y en Génova Paganini para hacerlo vibrar bajo la pulsación irresistible de sumas facultades. En la música de sala había ya alcanzado la superioridad indiscutible sobre todos los instrumentos de cuerda, tecla y madera. Sin la sonoridad del órgano, le aventajaba en la escala infinita gradual de sus vibraciones, y la crítica común de los hombres doctos le había erigido en el solio imperial de la armonía. Sus elementos constitutivos le decoraban de todas las condiciones de la perfección, no pudiéndose atribuir superioridad de unos y otros entre sí, sino contribuyendo en partes á esta perfección, así en lo puramente material de su organismo, su caja sonora, sus cuerdas tirantes y el tenue difumino de la cerda del arco, como en la mecánica de la ejecución el punto de apoyo, el pulso que ataca y el dedo que pisa. Sus registros contenían todos los tonos, y cada tono, en su máxima extensión, toda la varia fuerza ó suavidad del sonido, de modo que, en divisiones casi imperceptibles de tiempo, las vibraciones se sucedían con vertiginosa y casi imperceptible rapidez en él, modulando el infinito claro-obscuro de sus perpetuas y fascinadoras melodías.

Paganini apareció en Italia (1784-1840) cuando el mundo señorial de los *dilettanti* con más empeño se aferraba á sostener el imperio del piano-forte sobre todo otro instrumento de los hasta entonces preconizados en el sumo predicamento de la elegancia y del arte. En realidad, puede decirse que su nombre llenó por completo todo el ambiente artístico del alto mundo filarmónico de Europa en el casi medio siglo que vivió en un perpetuo triunfo bajo la avasalladora admiración de su genio, y el aura triunfal que le ceñía y la noble emulación que su mérito reconocido despertó por todas partes, fueron acicates poderosos bajo los que todas las Academias del bello arte, todos los Conservatorios que se constituyeron en aulas superiores de la juventud, y hasta todas las sociedades domésticas en que la música formaba la parte principal de sus honestas recreaciones, dieron al dominio del violín una importancia tan

preeminente como acusa la progresión de nombres ilustres que en su manejo y profesión se destacó desde entonces por todas partes, determinando un número considerable de ellos en la luminosa constelación donde confunden su grandeza, casi de un orden igual, los inspirados compositores, maestros en concebir y dictar en notas escritas las más secretas combinaciones del ritmo y de la armonía, y los que, ya con la propia voz, ya con el acorde instrumento, completan en su interpretación los prodigios ocultos hasta para los mismos que elevaron su mente á la concepción de las más bellas inspiraciones del compás y del número.

Antes de la fundación del Real Conservatorio de Madrid y de la libre organización de los teatros, la profesión de la música en todos sus instrumentos estaba adherida en España á las capillas reales y de algunas casas grandes, que las sustentaron hasta el primer tercio del siglo XIX, y á las de las iglesias catedrales y monasterios más opulentos, pues ni aun el propio teatro de la Opera facilitaba la aparición de ningún nombre especial sobresaliente, como no fuese en el canto. La función de la música en el teatro no era más que un simple mecanismo, que podría hasta llamarse subalterno. La sinfonía no solía interesar. En las obras de canto, ora fuese clásico, ora popular, no cautivaba la atención del público sino la voz peregrina del ejecutante clásico ó del cómico, árbitro absoluto del acompañamiento y del auditorio, sobre quien no tenía que atender más que á hacerle reir y divertirse; y en el baile la única seducción consistía en el talle gentil de la Terpsícore, ó en el paso ó el quiebro provocativo. Pocas más prerrogativas alcanzaba la música en el salón del mundo aristocrático; sólo en el templo cristiano imponía la emoción y el ambiente de su grandiosa solemnidad. No es atrevido afirmar que el mismo Nicolo Paganini, sin el ambiente pontifical de las capillas de San Pedro, acaso, acaso no habría podido desplegar, como desde ellas lo hizo bajo la protección de los Papas, las alas de su genio en la particularidad del instrumento á que tuvo el

secreto de arrancar las armonías que hasta entonces no habían herido jamás oído humano.

Después de las guerras napoleónicas, Fernando VII, que dominaba á la perfección el piano-forte, y que á todos los embajadores que España tenía acreditados en Roma y las demás cortes de Italia, en Viena, en Berlín y otras capitales de Alemania y en Londres, los ponía á contribución perpetua de cuantas mejores producciones musicales salían en ellas, sobre todo de los grandes maestros del arte clásico; luego que los reyes padres se deshicieron en la ciudad de los Pontífices del menor de sus hijos, el infante D. Francisco de Paula Antonio, y que éste llegó de su lento viaje por Viena y diversas ciudades de Francia, tuvo ya el concurso de éste para sus íntimos divertimientos musicales en Palacio. El infante D. Francisco de Paula Antonio se había perfeccionado en la proscripción en el violín, cuya predilección había heredado del rey Carlos IV; además cantaba, y á aquellos recreos domésticos frecuentemente fueron invitados algunos profesores de los de la capilla, principalmente los violinistas Juan Balado, que se consideraba como el primer violín de España, y D. Juan Guillermo Ortega, á quien el rey Fernando VII había otorgado la gracia de violinista de cámara, juntamente con la de primer violín de la real capilla. Por estas recreaciones pasaron, aunque no con la misma frecuencia, Lucas Guenée, Manuel Carriles, Francisco Bacharela, Pablo Nadal, Juan Oliver, Manuel Salvatierra, y sobre todo Juan Díez, cuyo mérito lo elevó al profesorado del Conservatorio. También de estas sesiones salieron premios para pensionados en el extranjero, y París admiró entre éstos al gaditano D. Carlos Isla, que en aquella ciudad murió en 1821, antes de cumplir los diez y ocho años de su edad, malogrando con su muerte prematura las esperanzas que había hecho concebir la precocidad de sus facultades en el dominio del clásico instrumento. También alcanzó en París la muerte algunos años más tarde, en 1838, á otro sobresaliente violinista de Cádiz, Felipe Libón, que alcanzó el honor de la más íntima fa-

miliaridad en el arte con los más reputados violinistas europeos de su tiempo, y á quien siempre distinguió Paganini con particular estimación.

De la inclinación de los augustos miembros de nuestra Casa Real al culto de la música, no sólo tenemos las más lejanas remembranzas en monarcas y príncipes de todas las Coronas antiguas peninsulares (Castilla, Aragón y Navarra), sino que desde la unión de estos Estados en los Reyes Católicos, y el advenimiento de la dinastía de los Austrias, estas tradiciones se ensanchan y multiplican, llegando á su mayor esplendor en el siglo de nuestras mayores grandezas nacionales; en el siglo de Felipe II, en el que la música teórica y práctica se estudiaba con universal prestigio en nuestras Universidades maestras; en el siglo en que no sólo el monarca, sino los principales señores, sostenían capillas numerosísimas, y pagadas con un esplendor casi fabuloso, en sus casas señoriales y en sus fundaciones eclesiásticas. El nervio de toda esta parte del progreso artístico en Europa partía, á prestarle vitalidad por todo el mundo, de Madrid, donde ya pensionados de antemano, ó en busca de munificas pensiones, concurrían, principalmente de los Estados de Flandes y de Italia, y de algunas partes de Alemania y Holanda, las capacidades de mayor graduación, así en el ejercicio de la voz como en el de los instrumentos, además de los que sin cesar sacaban sus títulos académicos de las aulas de Salamanca y Alcalá de Henares, y de los exámenes y concursos frecuentes de todos nuestros grandes monasterios. Durante el reinado de la casa de Borbón, la reina doña María Bárbara de Braganza, mujer del rey D. Fernando VI, componía preciosas obras, no sólo místicas, sino para el sarao y el canto; Carlos IV, como se ha dicho, se deleitaba en su consumada posesión del violín; la reina de Etruria, María Luisa, su hija, era una verdadera notabilidad al piano, así como el rey Fernando VII, su hermano. De otro de los hijos de Carlos IV y María Luisa, el infante D. Francisco de Paula Antonio, ya se han notado las habilidades en el violín y en el

canto. La reina gobernadora D.ª María Cristina de Borbón, cuarta mujer de Fernando VII, cantaba, del mismo modo, con una afinación exquisita, y ella misma presidía la instrucción musical de sus augustas hijas, la reina D.ª Isabel II y la infanta D.ª María Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier, que no fueron menos aventajadas, así en el canto como en el piano. El rey D. Francisco de Asís heredó en este último instrumento todas las aptitudes de su padre. El infante D. Gabriel cantaba con preciosa voz de tenor. Y si el anciano Saldoni apellidó, así á la reina Isabel como al rey D. Francisco de Asís, «más bien padres que protectores de los artistas», entre sus hijas, la infanta D.ª María Isabel Francisca, la condesa viuda de Girgenti, habría alcanzado en la música, si su alta jerarquía no hubiera sido un obstáculo para ello, una de las más envidiables graduaciones, por la copia de las primorosas aptitudes que posee para la ejecución y el refinamiento de su gusto exquisito y de su profunda educación musical, que la constituye en la mayor maestra de los maestros del arte. Sólo ha existido una excepción, por cierto muy original, en esta augusta familia: la del rey D. Alfonso XII, que con gracejo decía que le gustaba más el batir de un tambor que la más dulce melodía de Schubert.

Al mediar el siglo XIX el violín español aún no había salido de las soñolencias de la infancia. Un estadista distinguido, que bajo el régimen de Fernando VII había sido su ministro de Estado, y que, habiendo alcanzado muy larga vida, todavía en la reforma de nuestras Instituciones constitucionales, á la muerte de aquel rey, fue procurador á Cortes de 1834 á 1836, y senador vitalicio desde 1845, D. Juan Gualberto González (1777-1857), desde 1817 había tenido en su casa un cuarteto de instrumentos de cuerda, en el que él tocaba la parte del segundo violín. De esta clase de aficionados había muchos en toda España; y en los primeros años de la vida del que esto escribe, en Ronda, una entonces aislada ciudad en el corazón de la serranía que lleva su nombre, obsequiábase en su casa

paterna á los forasteros distinguidos de su amistad que de las poblaciones capitales de aquella parte de Andalucía concurrían á la entonces renombrada feria del 20 de Mayo, cuyos vuelos seculares cortó más tarde la modernísima y animada de Sevilla, con otro quinteto, en que mi padre, D. José Pérez de Guzmán y Cobos, tocaba la flauta; mi hermana, D.ª María Josefa, el arpa; los violines primero y segundo, los hermanos profesores D. José y D. Francisco Junio, y la viola otro profesor, de apellido Sánchez, en cuyas agradables sesiones también pasaban por los atriles más piezas de música artística europea que de aires populares, ya locales, ya nacionales. No era sólo, por lo tanto, el piano el que ya ejercía el monopolio de la música de sala. Se cultivaban otros instrumentos de cuerda, que no era la borracha guitarra del Fígaro y del mesón, y el violín ocupaba el papel principal, que tenía conquistado en la orquesta y en el concierto. Tal vez en Madrid Eduardo Ficher empuñaba el cetro del clásico instrumento, cuando el genio de él, Paganini, bajaba al sepulcro; cuando en 1843 el pensionado de S. M. F., Vicente Tito Massoni, nos llegaba de Lisboa á hacernos conocer en la sala del teatro del Príncipe el *Gran concierto* de violín, de Beriot, y cuando, por último, el 21 de Mayo de 1836 nacía en Potes, en la provincia de Santander, Jesús Monasterio, y el 10 de Marzo de 1840, en Pamplona, capital de Navarra, Martín ó Pablo Sarasate, como él se firma; pero estos dos últimos nombres venían al torrente de la vida contemporánea en el momento en que el uno había de ser llamado, por la autoridad y el prestigio de su genio, á presidir aquella gran evolución, que haciendo reflejar sobre el arte musical en España el rayo de la luz espléndida con que el espíritu común cosmopolita del arte europeo había de venir á ejercer una poderosa influencia de nueva vida en el espíritu aletargado de la inspiración nacional; y el otro, con el arrebato que por dondequiera producía la cautivadora presión de su potente genio, había de llevar al espíritu común cosmopolita del arte europeo la influencia de nuestro profun-

do espíritu original. Monasterio y Sarasate llegaron á producir en el progreso de nuestro espíritu artístico musical dos movimientos que, aunque contrarios, realizándose á la vez simultáneos y uniformes, el uno de fuera á dentro, el otro de dentro á fuera, han sido los propulsores gigantescos de todo el renacimiento artístico-musical en que nos encontramos.

Aunque los biógrafos de Monasterio y de Sarasate, dispensando mayor honor á los elementos didácticos de fuera que perfeccionaron su educación musical, que á sus facultades ingénitas que son las que envuelven el germen del genio, decanten el magisterio ejercido sobre el primero en el Conservatorio de Bruselas por Beriot, y sobre el segundo en el Conservatorio de París por Alard, todo el fundamento de sus respectivas cualidades superiores con que se han encumbrado á la cima del arte que profesan, fue y es esencialmente nacional y español, como es esencialmente de su patria, Hungría, todo el fundamento orgánico de las cualidades artísticas del decano vivo de los grandes concertistas del violín en Europa, José Joachim, que en tantas cosas tiene una vida parecida con la de nuestros Monasterio y Sarasate, bien que nacido en Kittsée seis años antes que el primero de estos dos insignes artistas españoles. También á Joachim se le pondera el perfeccionamiento de su educación profesional en Leipzig, bajo el magisterio de David y de Kaupmann, cuando, en realidad, toda la base de su educación la debió al Conservatorio imperial y real de Viena, en que comenzó su carrera. Ni en nuestros Monasterio y Sarasate, ni en el húngaro Joachim, son de menospreciar estos principios que afianzaron en ellos el espíritu nacional hacia su respectiva cuna que á todos los individualiza: por eso, cuando su musa artística respectiva pasa de su interpretación y ejecución á su concepción y creación propias, Monasterio escribe con estro inmortal su *Adiós á la Alhambra*, Sarasate sus *Zortzicos* vascongados, y Joachim su *Gran concierto húngaro*.

Cuando nuestro Monasterio, al amparo de un Mecenas tan noble como entusiasta, el casi desconocido santanderino D. Ba-

silio de Montoya, fue arrancado de las montañas natales cántabras, en que la orfandad en que había quedado por la temprana muerte de su padre, y donde estuvo en peligro de ahogar de todo punto en su aurora su genio y su carrera, y de un salto pasó á las aulas de Bruselas, tuvo aquí, en efecto, por maestros: á Beriot, en la mecánica del violín; á Lemmens, en los principios de la armonía; á Fétis, en los del contrapunto, y al entusiasta por España, cuya lengua habla y escribe, Francisco Augusto Gevaert, en los de la composición. Pero ¿era ya, por ventura, Monasterio, cuando apareció en las aulas de Bruselas, á pesar de su juvenil edad, ni un alumno ni un artista intonso? Su maravillosa precocidad se reveló desde la infancia, cuando acompañando por los campos nativos de Potes á su buen padre, que solazaba sus paseos solitarios con el gusto del violín, ora se enternecía bajo la impresión melódica de los sones que aquél le arrancaba, ora le cogía el músico instrumento, pretendiendo con impotente instinto arrancar él también al violín los acordes que ya le enamoraban y cuyo manual mecanismo se empeñaba en adivinar.—*Como una reliquia santa*—suele decir Monasterio—*conservo aquel violín de mi padre, de mi cuna y de mi instintiva inclinación. El juguete de mi infancia que en él conservo, contiene todos los gérmenes de mis afectos humanos y constituye el más grato laurel de mi carrera.*—En aquel humilde instrumento, el obscuro primer violín de la capilla catedral de Palencia, D. Juan de Ortega Zapata, le dió las primeras lecciones de ejecución. Con aquel humilde instrumento pisó en 1843, de siete años de edad, las grandiosas estancias de Palacio, para hacerse oir en su admirable precocidad de las dos augustas y jóvenes huérfanas del trono que en ellas moraban, la reina niña D.ª Isabel II y su hermana la princesa D.ª María Luisa Fernanda, que le colmaron de agasajos y caricias. Con aquel humilde instrumento fue solicitado por el regente del Reino, duque de la Victoria, para que pasase á recrear los salones de la duquesa, su esposa, que trató de hacer trocar aquel violín-reliquia por el que es-

pléndidamente le regaló, de los que habían pertenecido al real aficionado del solio, Carlos IV; y con aquel humilde instrumento, en fin, volvió en Madrid mismo á recibir las lecciones de su no olvidado maestro de Palencia, Ortega Zapata, cuando á éste cupo en gracia pasar del rango de primer violín de la Catedral palentina al de primer violín de la capilla de Su Majestad en el regio alcázar de la corte. En jira triunfal de admiración y aplausos corrió por entonces también *el niño Jesús Monasterio* algunas grandes ciudades de la Península, con aquel humilde violín siempre consigo, y sin más repuesto artístico que los escasos elementos de su educación artística en Potes, junto á su padre, en Palencia y en Madrid; pero si aquel humilde violín y estos humildes elementos de su educación musical bastaron en edad tan temprana para revelar la superioridad del genio que en él existía, ¿ha de atribuirse su posterior y magistral valer artístico á las lecciones de Beriot, de Lemmens, de Fétis y de Gevaert, en Bruselas? El brillante lo es siempre en sí antes y después que el pulimentador lo entalle, y el brillante Monasterio era, aun antes de pisar las aulas del primer Conservatorio de Bélgica, piedra preciosa del arte nacional, al que él después ha consagrado patrióticamente todos sus resplandores.

En estos raros paralelismos del genio, los principios artísticos de Monasterio son casi los mismos que los principios artísticos de nuestro Sarasate y del decano de los concertistas de violín en Europa, el húngaro José Joachim, sin otras diferencias esenciales que las de tiempo y lugar. Monasterio, hijo de un miembro de la magistratura española, siguió, mientras éste vivió, los pasos de la carrera de su padre, recibiendo con ellos los influjos de su primera educación en Potes, en Palencia y en Madrid, donde se da á conocer á los siete años de su edad. Joachim, hijo de un mercader israelita, se educa en Viena; pero á los doce años deserta del Imperio austro-húngaro, y se hace admirar en su brillante precocidad en Leipzig, antes de tomar las lecciones de David y de Kaupmann. Por último: Sa-

rasate, hijo del músico mayor de un regimiento, tiene en su infancia la casi continua movilidad á que á la sazón estaba sometida toda institución militar, y aunque nacido en Pamplona en 1840, cinco años más tarde se hallaba en Santiago de Galicia, donde el primer violín de la capilla de aquella gran metropolitana, D. José Curtier, se empleaba en descubrir y despertar el inmenso genio artístico de aquel niño. Su precocidad excesiva le atrajo la afición de toda la oficialidad del regimiento. Se inauguraron unas funciones de teatro, y se le invitó á presentarse en él con su violín. Acudió, en efecto: entusiasmó hasta el delirio; las damas lo hicieron llevar á sus palcos, le mimaron, le besaron, le cargaron de dijes, y la condesa de Espoz y Mina lo pensionó, como á Monasterio Montoya, para costear su educación musical. En realidad, el maestro violinista Manuel Rodríguez, bajo cuya instrucción fue puesto, no era ningún dios del arte; pero aun sin ser ninguna de aquellas reputaciones que en el extranjero suelen formarse hasta de los que no pasan del rango de discretas medianías, Rodríguez tuvo compresión suficiente para hacer presentar á su joven alumno en Aranjuez á la reina madre, D.ª María Cristina de Borbón, y condecorado con esta distinción, para hacerlo aparecer en el proscenio del teatro del Circo, y después en el del teatro Real.

Indudablemente, Sarasate explotó su precocidad, que le valió nombradía, aplausos y recursos; pero cuando en 1866 se inscribió en el Conservatorio de París bajo las disciplinas de Alard, contaba ya veintiséis años y llevaba la aureola de una brillante aunque incipiente reputación. La capacidad ya estaba medida y graduada á la altura del genio. Sus éxitos sucesivos, y casi puede decirse incomparables, consagraron inmediatamente, y consagran más cada día, el acierto de esta primera calificación. En la cumbre de los concertistas del violín en la actualidad se encuentran Crickboom y Marsick, el belga Ysaye y el rumano Jorge Enesco, Kuberlick y Jacobo Thibaud, el ruso Alejandro Petschikoff y el sajón Haus Heermann, César Thomson, de Lieja, y el milanés Ariodante Goggi y el geno-

vés Corsanego, y con F. Touche, que es sin duda uno de los más brillantes, entre el coro de las hermosas artistas Eva Rolland, Bianca Martini y La-Tua. Otros dos españoles (prescindiendo del maestro Andrés Goñi, que sigue imponiendo su reconocida superioridad en San Sebastián, Valencia y Lisboa), Alberto Geloso, nacido en Madrid en 1863, y el valenciano Benetó, llegan jóvenes á la palestra con el milanés Gastón Leoncavallo y los genoveses La-Rosa y Gillardini, ambiciosos de conquistar la corona del honor y del mérito. ¡Nada digamos de Enrique Fernández Arbós, el pensionado de la infanta doña Isabel, ilustre en todos los círculos supremos del arte en Alemania, en Bélgica, en Italia y en la Gran Bretaña! Pero entre tanto nombre culminante, si se exceptúa al septagenario Joachim, á quien decora la primacía de la edad, á nuestro Sarasate, por voz universal, pertenece la primacía reconocida que dictó desde tan joven aquella primera calificación de que por ningún otro ha podido todavía ser postergado.

Si en grados de capacidad se igualan nuestros dos grandes violinistas europeos Monasterio y Sarasate, ni son iguales en las dotes técnicas de la interpretación y de la ejecución, ni en la dirección de su espíritu y de su carrera. Las dotes técnicas de estos dos colosos del violín corresponden en cada uno de ellos á aquella dirección que desde un principio en su vida artística diseña las líneas en que cada uno forma su carácter individual. La niñez sedentaria de Monasterio, desde la casa paterna, refleja en la tendencia sedentaria de su espíritu quieto y reposado: así siempre tendió á la regularidad de las posiciones constituídas, lo que necesariamente desde luego tuvo que conducirle á las disciplinas del magisterio. Sarasate posee, como herencia de su infancia, el cosmopolitismo del genio. El soldado va donde va su regimiento: muchas veces no le es lícito dormir varias noches seguidas bajo un mismo techo ó bajo una misma lona. El hijo del músico mayor del regimiento de Aragón siente en sus venas el impulso de esta continua y casi vertiginosa movilidad. Con estos dos rasgos basta para apre-

ciar el destino que ha incumbido á cada uno de los dos en el influjo que han ejercido, Monasterio para traer á su patria el espíritu moderno del exterior, y Sarasate para difundir por todo el orbe civilizado, que de triunfo en triunfo ha recorrido, el espíritu original de su patria, con la eterna poesía que vierten las inspiraciones propias de cada localidad. No es decir esto que en España no se haya estado siempre al corriente, al menos en los altos círculos del arte, del espíritu predominante en las grandes corrientes y entre los grandes nombres de cada una de las escuelas del extranjero, ni que en el extranjero, recíprocamente, se haya carecido en ningún tiempo de la noticia de la producción artística nacional. Carlos IV, que no era más que un culto aficionado, tocaba al violín algunas piezas de la *Armida*, de Gluck, y cuando las hubo dominado, decía á Vicente Ongay:—*¿Qué te parece que debo estudiar ahora: la* Efigenia *ó el* Alcestes?» Pero realmente, hasta que el violín de Sarasate los ha idealizado, no se han impuesto despóticamente á los aplausos de la Europa culta, en las grandes salas que pueden apellidarse los templos majestuosos del arte, los *zortzicos* del país vascongado, las *jotas* de Aragón, la *muñeira* de Galicia, las *sevillanas* y *peteneras* de Andalucía, y algunas composiciones de concierto de nuestros más ilustres maestros vivos del último renacimiento, entre las obras de Mendelsshon y de Beethoven, de Raff y de Vieniaski, de Rossini y Bazzini, de Mackenzie y de Saint-Saens y de las de Goltermann, de Greig, de Dunkler, de Ernst, que ha hecho oir en sus últimos conciertos.

No renunció Monasterio, en el primer vuelo de su carrera artística, á las lisonjas del aplauso de los grandes públicos europeos, que estimulan al genio y crean la reputación inmortal. Ya laureado con los premios de honor del Conservatorio de Bruselas, había obtenido en Madrid título de violinista honorario de la Capilla Real, cuando admitió las proposiciones que se le hicieron para tomar parte en las temporadas anuales de 1854 á 1857 en los grandes conciertos de las salas de Lon-

dres, Dublin y Edimburgo. En este último año obtuvo plaza de número en la orquesta de nuestra Capilla Real, y título de profesor de violín en nuestro Real Conservatorio; mas desde 1861 emprendió otra serie de viajes artísticos por Bélgica, Holanda y Alemania, y como Joachim, en 1848, puso término á su reputación definitiva en los conciertos del Fewendhaus de Leipzig, en los conciertos del Gewendhaus de Leipzig, Monasterio, en esta época, selló para siempre el alto concepto universal que lo calificó de inimitable en la suprema elegancia de su ejecución y en la pureza y suavidad de sonidos, su cualidad más característica, en que hasta aquí no ha tenido ni tendrá semejantes. Meyerbeer, en Berlín, le dispensó el honor de acompañarle al piano, extasiado de la gallardía de aquel arco que en la mano de Monasterio es un cetro; y así como á Joachim sirvióle en 1850 la palanca de Listz para que se le ofreciera la dirección de los conciertos de la corte de Weimar, el no menos célebre compositor Lassen, presentando en Weimar á Monasterio al Gran Duque, también fue la palanca para que en 1862 se le brindara con la plaza de primer violín de cámara y con la dirección de los conciertos que antes habían ocupado Laub y Joachim. El mismo ofrecimiento se le hizo después en Bruselas, para suceder al que había sido su maestro, Beriot; mas Monasterio pensaba entonces más en su patria que en sí mismo: decidido á ser aquí el motor del renacimiento artístico moderno, renunció á uno y otro honor, para venir á Madrid á fundar aquel mismo año la *Sociedad de Cuartetos*, en que primero se auxilió de Pérez, Lestán y Castellanos, y después de Pérez y Mirecki. Las sucesivas evoluciones de los dos magisterios á que le llamaron su cátedra del Conservatorio y la dirección sucesiva, en 1863, de la *Sociedad de Cuartetos* fundada por él; en 1864, de la orquesta de los *Conciertos clásicos* que dió la *Asociación de Socorros mutuos de Artistas*, y en 1869, de la orquesta de los conciertos de la *Sociedad de Conciertos* que dos años antes había fundado el ilustre Barbieri, ocuparon ya toda su vida, dando un corte definitivo en su carrera á la

movilidad de las expediciones artísticas cosmopolitas por las grandes naciones de Europa.

Su magisterio en el Conservatorio fue una completa renovación hasta de los métodos de enseñanza. Con el espíritu del reformismo moderno, que sin salir del círculo de la eterna estética, del sentimiento y de la ejecución clásica, había traído de sus escuelas de Bruselas y de sus viajes por Europa, compuso aquellos veinte *Estudios para violín*, que en Bélgica le publicó su maestro Gevaert, honrando su edición con un prólogo, y estos *Estudios* fueron declarados simultáneamente de texto, así en el Conservatorio de Madrid como en el de Bruselas. De este magisterio ha emanado toda la generación brillantemente batalladora de nuestro último renacimiento artístico. Aquel magisterio se constituyó además en una vena siempre afluente de protección y de paternidad, y orgulloso del mérito de los que educaba, como de sus propios hijos, proveía luego hasta á su colocación, con instancias semejantes á la que con Barbieri hizo en favor del ya laureado maestro Marqués, en aquella carta que Monasterio le escribió el 18 de Enero de 1867, cuando Barbieri hacía selección de capacidades para constituir su *Sociedad de Conciertos*, y en la que le decía: «*Queridísimo Paco:* te recomiendo al dador, mi discípulo Marqués, que es de los *de punta*, para que, sin andar en repulgos ni melindres, me lo coloques entre los violines primeros de tu orquesta. En cualquiera de las más grandes puede ser el primero. No te doy las gracias, por ser tú quien tendrás que dármelas por tal adquisición. Tu apasionado de veras, Jesús.»

¿Quién, como Monasterio, abrió el camino de la notoriedad gloriosa, barajando sus obras en sus conciertos con las de los nombres de mayor autoridad del mundo artístico del clasicismo antiguo y del mundo artístico del individualismo moderno, al citado Marqués, á Chapí, á Ledesma, á Espino, á Zubiaurre, á Juarranz, á Bretón, á Obiols, á Carreras, á Casamitjana, á García y á tantos otros, que á impulsos suyos se

han hecho populares en España, y á impulsos suyos han atravesado la frontera?

Propulsor principal en nuestra patria de la comunicación restauradora del nuevo espíritu del arte en Europa, no sólo hizo familiarizar en medio de la eterna apatía del espíritu español todos los nombres y todas las obras brillantes de los compositores clásicos que llenan el mundo de su fama, sino todos los nombres y todas las obras brillantes de los que han impuesto á sus producciones ese sello especial de cada particular individualismo á que se ha dado la denominación de *modernismo*, así en la música como en las demás artes. Para imponerlos hasta á los intransigentes del oficio, tuvo que reñir duras batallas, y hay una carta suya del 25 de Diciembre de 1888, dirigida á Barbieri, acerca de la ejecución de una obra de Rubinstein en uno de sus conciertos, que es la prueba más concluyente de aquella oposición que se hacía á la introducción del *modernismo* en España, y de la fe con que Monasterio defendía su fecunda iniciativa. En el espíritu de Monasterio, su amistad por Barbieri era un culto, en que tanto como un cordial compañerismo en el arte, influía una sincera admiración al maestro de más entraña nacional que España jamás ha tenido. La presencia de Barbieri, dondequiera que Monasterio funcionaba, era la suprema consagración de sus éxitos, y en su correspondencia con aquél se multiplican los billetes y tarjetas respaldadas, como los siguientes:

«1863 (sin día ni mes). Querido Paco: En nombre de la benemérita *Sociedad de Cuartetos*, tengo el gusto de incluirte el adjunto billete, esperando que honrarás todas nuestras sesiones con tu asistencia. Si así lo hicieras, Dios te lo premie; y si no, te lo demande.—*El niño Jesús.*» «1869, 7 de Abril. Espero no dejarás de favorecerme asistiendo á nuestros conciertos, y confío en que serás indulgente y benévolo con el pobre director, que se ve obligado á ocupar el mismo puesto en el que tan legítimos triunfos y tan envidiable gloria has sabido conquistar con tu talento.» Otra tarjeta de 1869, sin día ni

mes: «Querido Paco: Espero que entre el *meeting* republicano y el *Quinteto* de Mozart, optarás por este último: de lo contrario, no te volveré á mirar más á la cara.» «1876, Mayo (sin día). Jesús de Monasterio te ruega te sirvas asistir á la comida con que tendrá el gusto de obsequiar á todos sus comprofesores de la *Sociedad de Cuartetos*, el sábado 13 del corriente, á las tres de la tarde, en el *Café de la Perla*.» «1886, 11 Marzo. Le envía butacas para el teatro del Príncipe Alfonso, para él y para su señora, suponiendo «que querréis asistir á la última *corrida* de la temporada, en que se *lidiarán* tres hermosísimos *bichos*, todos ellos de la antigua y acreditada *ganadería* de Mozart.»

Con tales relaciones entre Monasterio y Barbieri, en la temporada de 1888 ocurre entre los dos este lance. La *Sociedad de Conciertos* había ejecutado la *Sonata* de Rubinstein, anunciada en el programa. Apenas preludiada la obra, Barbieri se levanta de la butaca que ocupaba, en forma que todo el público se apercibiese del acto que cometía, y se sale de la sala. La función termina, y Barbieri no pasa, como tiene por costumbre, á felicitar á sus comprofesores, que se quejan amargamente del desaire. Monasterio, que ha penetrado la intención de Barbieri, censura su intransigencia con el maestro compositor, y le disculpa en la del desaire á los ejecutantes. Pero aquella noche coinciden los dos en los salones de una gran dama, y Monasterio, deliberadamente, pasa junto á Barbieri, á quien dice:—*Cuando escribas una* SONATA *como la de Rubinstein, hablaremos.*—Barbieri disimula; mas al retirarse á su casa, coge la pluma y escribe á Monasterio una carta de las suyas. Monasterio no se violenta por su lectura, y le contesta:—«Reconozco tu sobrada competencia para apreciar debidamente cuantas obras interprete la *Sociedad de Cuartetos*, y además tu perfecto derecho á juzgarlas con arreglo á tus arraigadas convicciones en materias de nuestro arte. Pero me duele, por lo mismo que soy verdadero amigo tuyo y estimo en lo mucho que vale tu personalidad artística, la manera

como expresas, ya de palabra, ya por medio de significativos gestos, tu desagrado respecto de obras renombradas, cuyos autores gozan de notoria reputación en el mundo musical. Se trata de una persona como tú, que tiene tanta ilustración y ejerce tanta influencia en los círculos del arte. He tenido que romper, por esto, muchas veces lanzas en tu defensa. La razón es muy sencilla. Oigo las frecuentes críticas que de ti hacen hasta tus mismos amigos, por tu manera poco benévola de tratar á ciertos respetados maestros, y creo que no te favorecen. Además, á todos mis consocios ha causado algunas veces mal efecto verte abandonar el asiento en el salón por no oir las obras de determinados autores; y aunque comprendemos que tu esquivez sólo á éstos va dirigida, todos nos sentimos desairados de semejante desvío por tu parte. Para mí no hay ofensa. Conozco bien las vehemencias de tu carácter, y además te estimo mucho, mucho, para conservar siempre y á todo trance nuestra amistad inquebrantable. »

De este pasajero episodio de las relaciones de Monasterio con Barbieri no hay que deducir más que lo que antes se ha afirmado; esto es, que á Monasterio hay que considerarlo como el principal propulsor de la introducción en España del nuevo espíritu del arte moderno, esencialmente individualista en su concepción, en su expresión, en su sentimiento; que la introducción de este espíritu exterior en España ha sido uno de los elementos generadores del renacimiento artístico en que nos hallamos, y que para su introducción Monasterio tuvo que vencer con su solicitud, su fe y su constancia, esas poderosas resistencias que entre nosotros mantienen siempre vivas todos los tradicionalismos.

Esta obra de renovación no ha quedado ahogada entre nosotros; y sofocada por esa muralla de la China que los ingratos Pirineos y las ingratas márgenes de los dos mares que absolutamente nos aislan en medio del activo y palpitante movimiento humano oponen tenazmente á la expansión del espíritu y del genio nacional, sin la acción simultánea y gloriosa de

Sarasate, cuya eficacia difusiva y cosmopolita no hay rincón del mundo civilizado en que no se haya hecho y haga sentir en los treinta y siete años que arrastra de perpetua peregrinación artística, llevando como único amuleto de su imposición personal y del genio nacional que le acompaña el fascinador caduceo de su diáfano violín. La admiración que por dondequiera que pasa esmalta de flores y premios su camino, le atribuye todas las perfecciones de la superioridad; y, en efecto, es el gigante, porque es el genio. Los demás grandes concertistas de violín que con él comparten el honor de la más alta nombradía, en sus facultades sobresalientes dejan siempre entrever el influjo de una escuela. En vano á Sarasate se le apellida el discípulo de Alard: Sarasate tiene por sí mismo tal personalidad, que Sarasate sólo es él, y nada, en su arte suprema, refleja sino su inmensa personalidad. Ha trafagado mil veces todas las naciones de Europa, de las que conoce el habla, los sentimientos y las costumbres. Nada se le ha pegado de parte alguna. Él conserva en medio de su agitación cosmopolita los rasgos de su cuna navarra al pie de los altares de San Fermín. Lo que en él sale fuera de la fisonomía local del país en que se meció su cuna es lo que engrandece su espíritu español. Jamás faltará un solo año á las fiestas del santo patrón de los afectos nativos. Todas las riquezas que á los pies del artista han puesto como tributos de admiración todos los soberanos del trono que imperan sobre la culta Europa, él las ha depositado dadivoso al pie de aquel altar y en el amado dintel de aquella patria que le arrulló en la infancia los alados ensueños de su gloria; pero hasta el *zortzico*, que en las maravillas de su violín mezcla con los acordes académicos de los compositores más afamados de todo el mundo, es un aire local y una producción española. También tiene su historia, en que toma parte el padre de la música española del siglo XIX, el célebre Barbieri.

A mediados de Junio de 1886, Sarasate, en una de sus expediciones, se hallaba en Madrid. Quería que Barbieri le escribiera el *Zortzico*, y le parecía una chinchorrería el deman-

dárselo. El día 19 escribió una carta, en que decía á Barbieri: «Queridísimo maestro: Tocamos esta noche dos interesantes cuartetos. ¿Quiere usted oirlos? Sería para mí un verdadero placer y una gran satisfacción. Su amigo y admirador, *Pablo Sarasate*.—A las nueve y media y sin frac; casa de Lhardy.» Entre las felicitaciones calurosas de la audición magistral, Sarasate le reveló su empeño, al que al punto Barbieri asintió. «A mediados de Agosto siguiente, Barbieri se hallaba en el hotel Ezcurra, de San Sebastián, y Sarasate en Bilbao. Barbieri se había reservado el cumplimiento de su empeño, hasta poder escribir su obra bajo la inspiración inmediata del ambiente local. Lo escribió, en efecto; lo ensayó al piano, y, satisfecho de su obra, se la envió á Sarasate. La alegría del sublime violinista al recibirla tiene una sinceridad casi infantil. En nada se refleja ésta como en la carta en que envió á Barbieri el acuse de su llegada y la emoción de su gratitud. Así le decía con fecha del 24 de Agosto, en Bilbao:—«¡Viva Barbieri! ¡Viva todo lo bonito que ha hecho, que no es poco decir! ¡Viva su gracia, su gran sangre, su poesía y tanta cosa buena que tiene, que ya es demasiado para un solo hombre! Me he puesto más finchado que un portugués al recibir el *Zortzico*, y trataré de no estropearlo! ¡Esto es lo que yo quería! Se despide con un millón de gracias y otros tantos abrazos, su gran admirador y amigo—(*dentro de un pentagrama con clave de sol y notas musicales*)—Sa... ra... sa... te.» Este *Zortzico* es el que, interpretado al violín por el gran maestro en sus provincias nativas, produce el delirio de sus nobles conterráneos navarros y vascongados. Este *Zortzico*, y su *Jota* aragonesa, y su *Muñeira* de Galicia, y sus *Sevillanas* y sus *Peteneras* de Andalucía, con las grandes piezas españolas de concierto de Monasterio, de Chapí, de Bretón, de Marqués, con las que el violín prodigioso de Sarasate ha inundado por dondequiera que ha ido, con el espíritu original de su patria española, el mundo culto del arte, en donde se levanta el trono de su genio.

Juan Pérez de Guzmán

CRÓNICA LITERARIA

Antonio Azorín, por J. Martínez Ruiz.

Decir que *Antonio Azorín*, de Martínez Ruiz, es un libro interesante, no sería la palabra apropiada. En libros de su género—*Antonio Azorín* es una novela, la historia de ciertos lances que le ocurren á un sujeto imaginario, aunque se aparte dicho libro de la ordenación clásica de la novela—el interés se compone de emoción y curiosidad, y suele despertarse más vivo é intenso ante el espectáculo de hechos y aventuras que ante el análisis de las interioridades psicológicas de los personajes.

El interés en literatura es, en la mayoría de los casos, interés dramático, interés unido á una acción ó dependiente de ella. Y en el libro de Martínez Ruiz apenas hay acción: es una novela en que no pasa nada. Desde este punto de vista no se le puede llamar interesante.

Esto mismo aquilata el valor del libro de Martínez Ruiz, si se considera el partido que el autor ha sacado de la escasa materia dramática de esta obra. Puede decirse que en ella todo es arte, presentación, procedimiento, habilidad para comunicar á escenas y estados de alma que en sí son pequeños, fragmentarios, ajenos á toda finalidad superior, el poder sugestivo de la emoción, el encanto de las descripciones, que descubren tras las apariencias de las cosas algo de su esencia ó de su razón interior, y el atractivo de un estilo excelente que en ningún momento se desvía de los dictados del buen gusto.

Pero además de estos méritos de ejecución y de forma, tiene

Antonio Azorín otro carácter—no diré mérito,—que hace que este libro, si no interesante en el sentido á que antes se alude, y que es el sentido en que ordinariamente se habla de interés tratándose de novelas, sea sumamente curioso y en alto grado sugestivo. Refleja la obra del Sr. Martínez Ruiz dos hechos sociales que con diferente generalidad se observan en nuestra época: la disgregación ó diseminación de la vida por falta de principios de unidad, y la aspiración del pensamiento á sobreponerse á la acción en vez de ser auxiliar, ó á lo sumo compañero, de ella.

Digo que es diferente el grado de generalidad de estos hechos, porque el segundo se limita sin duda á una corta minoría, á los llamados intelectuales, y aun á parte de ellos, mientras que el primero aparece mucho más extendido, aunque también sea más visible, en las clases que en mayor proporción participan de la cultura.

Ese fraccionamiento de la vida es un fenómeno en extremo complejo; pero con todo, fácil es advertir que se debe al naufragio ó á la debilitación de los principios directores de la conducta y de la inteligencia. Vivimos en una época de minuciosidad y de detalle; asistimos al triunfo del hecho, del fenómeno, y así se da el contraste de que mientras en todo aquello que depende de la observación de casos concretos y fenómenos particulares, de la averiguación de sus inmediatas leyes de producción y funcionamiento y de sus aplicaciones, el saber moderno aventaja inmensamente al antiguo, en cambio en lo general, en todas las vastas concepciones con que el hombre ha tratado de explicarse la razón de ser del universo, el origen y causas de las cosas, la existencia de un orden superior al mundo visible, los fines de las sociedades humanas y de los individuos, ese mismo saber, tan rico, profundo y minucioso en los detalles, ha añadido muy poco ó nada á las grandes creaciones religiosas y filosóficas del pasado.

La decadencia de los principios, que antes eran norte de la vida, quita á ésta el espíritu de unidad y la deja entregada á

las impresiones fugaces de cada momento y á los impulsos del azar. Ha perdido la brújula, se ha borrado la senda delante de sus ojos, y, falta de guía, va de un lado á otro y no se atreve á perseguir más que objetivos muy cercanos y pasajeros.

A esa desestima de los principios religiosos, metafísicos, morales, se une el desarrollo creciente del espíritu analítico, que quiere escudriñarlo todo al pormenor y revisar las particularidades más menudas de las cosas. Así, con ese paciente é incansable trabajo de microscopio, se ha ido reuniendo el acervo inmenso de observaciones, de hechos registrados, de datos reunidos que forma la herencia del siglo XIX; pero esa misma abundancia de pormenores parece sumergir en su inmensidad y ocultar debajo de su variedad las líneas generales. Construir una metafísica, indagar una filosofía de la historia, y hasta escribir una historia universal, se juzgan empresas cuya época ha pasado. Estamos en la época de los especialistas y de las monografías. Se sabe demasiado para que la multiplicidad de los conocimientos parciales permita abarcar á un hombre la varia y extensa esfera de conocimientos que abarcaban los antiguos filósofos, y al mismo tiempo se sabe demasiado poco para poder inducir de aquel maremágnum de datos sueltos una ordenación firme y segura de conjunto.

Al perder la fe en los principios, en lo general, el hombre ha caído en una nueva superstición, tal vez tan engañosa, en la superstición del hecho, de la experimentación, olvidando que vivimos en un mundo de apariencias en que no podemos discernir la parte que han puesto nuestros sentidos y la que ha puesto la verdadera y misteriosa realidad de las cosas, si es que esa realidad existe fuera de nuestra representación. Y ese culto de lo particular, de lo positivo y de lo inmediato, que domina en la ciencia y en la práctica de la vida, ha pasado también al arte, y es natural que la literatura lo refleje, y en particular la novela, que es el género predominante en esta época y el más abierto á todas las influencias del ambiente social.

La evolución de la novela ha seguido los mismos pasos que

la de la historia. Al principio, la historia no pretende contarlo todo. Quiere referir los hechos memorables; recordar las hazañas de los grandes personajes; habla de dioses, de príncipes, de guerreros y sabios. Mas luego le llega su día al estado llano; se hace también en el campo de la historia la revolución democrática é igualitaria, y todos aquellos grandilocuentes relatos, todas aquellas figuras majestuosas de tragedia, quedan relegados á segundo término; el coro se adelanta, la plebe invade la escena, y lo que busca con preferencia el historiador son los datos de la historia interna. Poco á poco va despertando la curiosidad, no ya la vida pública, sino hasta la privada de los hombres del pasado, y se quiere averiguar, y se averigua en parte ó en todo, cómo vivían, qué comían, qué vestidos y calzado usaban, en qué albergue moraban, qué tributos pagaban, en qué entretenimientos esparcían su ánimo el egipcio contemporáneo de los Ramsés, el griego de la época de Pericles, el romano de la República ó el Imperio, el barón y el villano de los estados medioevales de la Europa cristiana. La historia se va apartando así de su papel primero de archivo de los grandes hechos humanos, de depósito de ejemplos memorables y maestra de la vida. Porque si bien hay lección, y á veces lección más provechosa y fecunda que la que pudieran ofrecer los grandes hechos, en el espectáculo de la vida de las muchedumbres pasadas, no persigue ya exclusivamente la historia aquellos sucesos de que se desprende una enseñanza aprovechable; quiere saberlo todo, averiguarlo todo, lo frívolo y lo grave, lo nimio y lo importante; busca el saber por el saber; averigua incansable las vidas ajenas de los que fueron, como el curioso y entrometido las de aquellos que con él conviven. La historia, que fue antes reservado de personajes distinguidos, tiene hoy puesto á la puerta: *entrada libre*. El vulgo entra en ella en tropel, y como es el más numeroso, es quien más la ocupa.

Lo mismo sucede en la novela. También fue en sus principios relato de lances peregrinos dignos de recordación; de aventuras prodigiosas, de ejemplos por algún concepto nota-

bles. Cuando no la vida completa de sus héroes, relataba los sucesos principales de ella, el momento dramático que esas vidas tuvieron; mas luego, á la teoría de la importancia del asunto ha sucedido la teoría subjetiva de la indiferencia de éste, de que el toque está en que el novelista preste poesía á los hechos más comunes y los avalore con la agudeza de su observación. Y así, la vida del más prosaico burgués, y no ya su vida entera, sino cualquiera de las jornadas de ella, resulta materia novelesca.

Antonio Azorín no es un burgués prosaico, es un pensador, un artista; pero lo que le ocurre en el libro de Martínez Ruiz es nimio, común, indiferente. No le ocurre nada de particular, sino que filosofa sobre todo. Asistimos á su pensar más que á su vivir. ¿Vive Antonio Azorín? ¿Le interesa algo? ¿Persigue algún fin?

Mejor que otro alguno pudiera contestar con el axioma cartesiano, para dar razón de su existencia. Parece que Azorín existe para escudriñar en las cosas, para observar curiosamente los fenómenos que *su mundo*, la realidad que le rodea, chica ó grande, le ofrece.

Ese rasgo del personaje nos lleva al segundo de los caracteres que antes señalábamos en la novela: la aspiración del pensamiento á suplantar á la acción, no á dirigirla, sino á reducirla al mínimum y á ocupar su puesto. Fenómeno es éste excepcional, por de contado, y que sólo puede darse, en su forma típica, en un corto número de personas muy inteligentes, en las cuales llega como á hipertrofiarse la inteligencia y á convertirse en objeto y fin único de la vida. Sin embargo, esa inversión de la relación natural que media entre el pensamiento y la vida, se produce también con caracteres de generalidad, aunque sea en forma menos aguda, en aquellos pueblos indolentes cuyos individuos se entregan con facilidad á una pereza soñadora; los individuos de las clases inferiores que participan de esta tendencia á la meditación ociosa, aunque no se den cuenta exacta de aquel predominio de la represen-

tación sobre la voluntad, de la vida interior sobre la exterior, de él participan también en algún grado, si bien en ellos el excedente de actividad mental sin útil empleo suele traducirse en divagaciones imaginativas, y no en agudo análisis intelectual de las cosas. No discurrirán como Azorín; se limitarán á un difuso soñar.

Guarda relación, en sus orígenes al menos, este fenómeno con el otro antes citado del fraccionamiento de la vida. La ruina de los principios ha despojado de finalidad á la vida ó la ha dejado sólo aquellas finalidades inmediatas que no trascienden de su diario horizonte, y al mismo tiempo el espíritu analítico ha contribuído á la hipertrofia del pensamiento. El papel de espectador de la vida seduce á muchos, como si él bastara para colocarlos fuera del alcance de las miserias que afligen á los hombres. Pero el espectáculo es demasiado triste, fomenta demasiado el tedio. Así se llega á ese exceso del pensar solitario, por placer, por entretenimiento, sin fin alguno de utilidad, que pára en un vicio mental, en una especie de borrachera, en un opio sin opio, en una delectación oculta, que se torna amarga y casi vergonzosa, y en que se disipa la verdadera fuerza creadora del pensador y del artista.

Azorín no ha llegado aún á este extremo, pero está ya atacado del abuso del pensamiento, de la que en este caso podría llamarse *funesta manía* de pensar, usando la frase célebre achacada á los doctores de la Universidad de Cervera. El lector á quien se le alcancen los síntomas de tal enfermedad, no puede menos de observarlos con alguna alarma en el simpático protagonista del libro de Martínez Ruiz.

Vivo contraste con la figura de Azorín forman otros personajes de la obra, en particular Verdú. Verdú ha sido un excelente poeta, un gran orador, un buen abogado. Estuvo á las puertas de la celebridad y del encumbramiento; pero en esa hora precisa que decide del destino de los hombres, enfermedades y desgracias de familia le cerraron el paso. Y cuando se ve próximo á la muerte, exclama lleno de desesperación:

«Mi vida ha fracasado; podía haber sido algo y no he sido nada». ¡Ser algo! Se ve que Verdú es de la antigua escuela, que ha luchado, que ha aspirado. Sarrio es otro personaje notable del libro. Este es un epicúreo, un epicúreo sin pretensiones, un satisfecho de la vida, cuyo optimismo sólo vacila el día que descubre que el *Diccionario general de Cocina*, su Biblia, es tan falaz, tan engañador como cualquier libro de filosofía, puesto que no dice la verdad respecto al tiempo que tarda en cocerse un conejo de monte.

Otros varios personajes, innominados algunos, que no hacen más que asomarse ó cruzar por las páginas del libro, podrían citarse como ejemplos, ya de la variedad que ha dado Martínez Ruiz á su obra, ya de la perfección que ha sabido comunicar á cada detalle. En cada escena suelta la ejecución es excelente, magistral á veces; pero el conjunto carece de unidad, y sus partes diversas sólo están enlazadas por la presencia de Azorín.

No creo yo que lleguen á prevalecer, ni siquiera á ser frecuentes en la novela, libros como el de Martínez Ruiz. Como las obras análogas de Anatolio France, v. gr., los varios sucesivos volúmenes de la *Histoire contemporaine*, *Les opinions de M. Jerôme Cognard* y otros libros semejantes del ilustre escritor francés, serán siempre algo anormal dentro de la novela, un medio de dramatizar la actualidad y de agrupar en un libro crónicas de periódico; pero no prevalecerán sin duda sobre las novelas de acción, sobre las novelas con argumento, con peripecias, con intriga grande ó pequeña, con algún conflicto y algún desenlace. Aquellos otros libros como el de Martínez Ruiz, como los de France (no hablo de los que son verdaderas novelas, por ejemplo, *Thais* y *Le Lys rouge*), no parecen destinados á la popularidad, sino á deleitar á un público de refinados, de inteligentes, de *amateurs*, lo cual desde cierto punto de vista puede redundar en su elogio, aunque el arte grande y fecundo debe aspirar á ser gustado de todos, simples y discretos, sabios é ignorantes.

No sólo sobresale Martínez Ruiz en la presentación de los personajes que en su libro se mueven y en el análisis psicológico de ellos. La descripción de la Naturaleza exterior, del paisaje, es de una intensidad extraordinaria: sobria en palabras y en imágenes, pero tan certeras y expresivas unas y otras, que producen una impresión cuasi sensible. No es, pues, obra de un místico que desdeñe las apariencias fugaces de las cosas, sino de un curioso que ve el mundo como un espectáculo, y que tiene ojos para lo sensible y penetración psicológica para lo espiritual.

Al terminar este libro encantador, que tan varias impresiones sugiere, hay que aplaudir en justicia al literato; pero no se puede menos de hacer reservas sobre el juicio que el novelista merezca. Posee Martínez Ruiz las facultades descriptivas, sabe crear personajes, representar intensamente escenas, evocar con vívida pintura los lugares. Pero la composición de estos elementos, la inventiva de la fábula, el arte combinatorio, no queda demostrado en *Antonio Azorín*, quizás por la índole misma de este libro.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Política pedagógica: La ficción de la igualdad.=Bellas artes: La arquitectura doméstica moderna.=Literatura: Autores y editores.—Rasgos de Alejandro Dumas.—Influencia de la literatura española en la literatura europea.=Psicofísica: El gusto de vivir.=Historiología: La teoría del héroe en Carlyle y en Nietzsche.=Heráldica: La partícula nobiliaria.

POLÍTICA PEDAGOGICA

La ficción de la igualdad.—La doctrina legal de la igualdad de todos los seres, obligados á los mismos deberes é investidos de los mismos derechos, ¿es justa y conveniente? ¿Tiene algún fundamento serio este dogma de la sociedad moderna? Tales son las preguntas que el Dr. Toulouse formula en la *Revue Bleue*.

Mirando á nuestro alrededor, sólo observamos desigualdades, lo mismo en lo físico que en lo moral. Tómese un atributo cualquiera del hombre: la estatura, la forma del rostro, la fuerza física ó la intelectual, y en seguida se notarán las diferencias existentes entre los individuos. Claro es que de ese conjunto de diferencias se extrae un tipo medio; pero ese tipo está muy distante del tipo ideal, como nota Bertillon, y no representa siquiera los caracteres esenciales de la especie.

El tipo medio no deja, sin embargo, de ser útil para ciertas investigaciones, pues hace resaltar las diferencias individuales y permite medirlas. El tipo medio en todas sus partes no

existe en la naturaleza, pues todos los individuos son desemejantes. Lo importante es saber si las diferencias son insignificantes y despreciables en la práctica. Ahora bien: no hay que perder de vista la importancia social de cada una de estas desigualdades.

La resistencia á las enfermedades no es menos variable. Hay quienes no pueden soportar una existencia poco activa, sin exponerse á todo género de desórdenes: en unos, el ácido úrico provoca accesos de gota; en otros, el azúcar circulante en los tejidos causa la diabetes; en otros, la grasa perturba las funciones del corazón. Así se han podido agrupar las desviaciones del tipo más común en variedades más ó menos bien establecidas, que son las diátesis escrofulosa, artrítica, herpética, etc. Cada uno de nosotros tiene, por otra parte, un temperamento morboso claramente caracterizado, ó por lo menos órganos débiles que responden fácilmente á las excitaciones patógenas: éste no podía exponerse al frío sin despertar una angina, y aquél no podía retrasar su almuerzo sin provocar una jaqueca; los órganos tienen fiel memoria patológica.

La desigualdad fisiológica aparece desde el nacimiento, y en muchos casos se halla en germen antes de que nazca el individuo. La duración de la vida, resultante de todas las aptitudes biológicas, varía de 1 á 100. Y si todas estas desigualdades materiales son grandes, no lo son menos las desigualdades psíquicas.

La ley, sin embargo, desde la declaración de los derechos del hombre, nos hace á todos iguales. La igualdad política es una ficción útil, pues sin ella los desheredados de la inteligencia y de la fortuna no podrían hacer oir sus justas reclamaciones. Pero, fuera de esto, la ficción igualitaria debe ser combatida cuando tiende á introducirse abusivamente en las leyes y en las costumbres. En tal caso se convierte en un principio peligroso, cuyo resultado es la opresión de los débiles.

No hay medio en que la ficción igualitaria sea más peligrosa que la escuela, donde se considera á los niños como

organismos semejantes, capaces todos de desarrollarse de la misma manera. Los alumnos de una misma clase representan momentos fisiológicos muy desemejantes, y es irracional imponerles los mismos ejercicios intelectuales. Los médicos han notado que muchos de los menos retrasados estaban atacados de males cuya curación favorecía su actividad escolar. Algunos tienen perturbaciones de la audición, que se reflejan en la atención; otros sufren perturbaciones generales que determinan una pereza psíquica invencible; otros, en fin, por padecer males más profundos, no pueden ser instruídos sino por educadores especiales. Los maestros se quejan de estos alumnos, causa de indisciplina y de retraso, y piden que se les desembarace de ellos; en Alemania y en Inglaterra se han creado *clases de atrasados,* dirigidas por médicos, y en Francia se ha pedido su creación.

Otro defecto de la educación escolar y profesional es la tendencia á uniformar las inteligencias y las aptitudes. En lugar de favorecer las iniciativas y el desarrollo de los caracteres, la educación tiene por objeto dar á todos un mismo molde de pensamiento y de actividad. En la vida profesional aparece el mismo prejuicio: se impone al joven una carrera para satisfacer el gusto de los padres, y no porque convenga á las aptitudes y tendencias naturales del hijo.

Las mismas tristes consecuencias que para la educación tiene la ficción igualitaria para el servicio militar y para la penalidad. Se impone á todos los soldados el mismo esfuerzo en la marcha ó en la carrera, sin proporcionarlo á la fuerza de resistencia de cada cual, y se tiene el espantoso desarrollo de la tuberculosis en los cuarteles; se impone la misma pena á los que cometen determinado delito, y la profilaxis del crimen desaparece.

De temer es que el prejuicio de la igualdad de los hombres no se desarraigue fácilmente; pero importa que todos los pensadores se preocupen del daño que semejante doctrina está causando, para evitarlo en lo posible.

BELLAS ARTES

La arquitectura doméstica moderna.—No existe hoy casa de pretensiones—dice Ricardo Continelli—donde no pueda estudiarse un curso completo de historia del mobiliario, desde el recibimiento gótico hasta el tocador modernista, pasando por el gabinete Luis XV, el salón Luis XVI, el comedor Enrique II y el despacho Imperio. Si se deja la elección de muebles al tapicero, se forma un resumen incoherente de todos los estilos y de todas las épocas; y si se trata de un inteligente, á quien los anticuarios no se la pueden pegar, el cuarto resulta más caótico todavía, aunque los muebles no sean de imitación.

Cierto que de las cosas antiguas se desprende un encanto que seduce á todas las almas delicadas; pero ¿á cuántos es dado reconstituir, no ya una casa, sino una sola habitación del pasado, en la que toda nota discordante ó anacrónica sería ridícula? ¿Quiénes pueden gozar de ello? ¿No debe ser el principal cuidado de nuestros artistas hallar un tipo de habitación acomodada á las necesidades del hombre actual, más bien que empeñarse en reconstituciones difíciles y casi siempre anacrónicas?

Nuestros ebanistas parecen incapaces de hallar un simple ornamento típico que distinga su estilo, teniendo por canon lo informe y lo asimétrico. Hoy no tenemos más que fabricantes de muebles; para distinguir nuestra época no hay más que la máquina de escribir, y en nuestros días el problema del mobiliario se plantea del modo siguiente: dadas varias habitaciones cubiertas de papel ordinario si es soportable, ó espantoso si es modernista, poner á lo largo de las paredes los muebles más hermosos posible, teniendo cuidado de prescindir, por su fealdad y su incomodidad, de todas las creaciones del *modern style*.

El arte de la casa no puede, sin embargo, vivir sin obede-

cer á una estética general preconcebida. Los muebles extraños, inventados todos los días y reproducidos en seguida por revistas especiales, no enriquecen en nada nuestro patrimonio ornamental ni ayudan en nada á la creación de un arte moderno del mobiliario. Algunos arquitectos inteligentes han comprendido la inutilidad de los esfuerzos intentados en ese sentido, y rompiendo con la rutina de la moda, han procurado establecer el fundamento psicológico del arte de la casa. Hobe en Bélgica, y Baillie Scott en Inglaterra, han proclamado la sencillez como base de sus concepciones artísticas, y el éxito obtenido demuestra el acierto de sus procedimientos.

Nada de maderas talladas á guisa de osamentas retorcidas, sino líneas robustas sin pesadez, que recuerdan el estilo de transición de Luis XIII á Luis XIV: tal es el arte de Hobe. En cuanto á Baillie Scott, no se limita á la ornamentación, sino que trastorna la distribución de la casa: su casa de campo se compone de un vasto *hall* central, que reemplaza á todas las piezas de recepción, y en torno del cual se agrupan las que pueden llamarse habitaciones reservadas, sala de estudio, alcobas y comedor; éste se halla separado del *hall* por un simple cortinaje, y no contiene más que los muebles necesarios para las comidas; la decoración de las alcobas y del despacho es más íntima que la de la pieza central. La sencillez brilla en todas partes.

Hay que agradecer á estos arquitectos el que hayan hallado las huellas perdidas de la buena diosa Simplicitas. El día en que nuestros ricos hombres renuncien á construir castillos Renacimiento de yeso, y rueguen á sus arquitectos que trabajen con arreglo al nuevo rito, se quedarán sorprendidos de haber expulsado de sus nuevas casas el aburrimiento con que hasta ahora tropezamos al abrir cada puerta; porque el aburrimiento es el hijo primogénito de lo vulgar, de lo impropio, de lo convencionalmente suntuoso.

LITERATURA

Autores y editores.—Así se titula un artículo que publica en la *Rassegna internazionale* Carlos Dadone.

Llegar á conquistar un poquito de notoriedad á toda costa, estampando su nombre y apellido en la cubierta de un libro ó al final de cualquier artículo: esa es la meta ideal de tantas inteligencias medias que tienen tiempo y dinero que perder, y he ahí el libro de versos ó de prosa publicado á expensas del autor; y he ahí el periódico, nacido ayer y que morirá mañana, publicado á expensas de cuatro ilusos que gastan alegremente los cuartos del papá; y he ahí las estanterías del librero llenas de libros invendidos, y la crisis de la novela, que no saben diagnosticar los ingenuos, y que es producto de la enorme plétora de enormes vaciedades que diariamente aparecen en libros condenados á permanecer intonsos; y el público, en fin, que no es tan ignaro como parece, sino que entre tantos escritores y tal balumba de productos no acierta á orientarse, ni cree en nadie, ni compra nada, escarmentado por los engaños de que ha sido víctima.

Esta lacrimosa historia la saben como nadie los editores, que todos los días ven llegar á su despacho decenas y decenas de manuscritos, que bastarían á volverlos locos si los leyeran; afortunadamente para ellos, nunca les falta un amigo competente que los lee y que los envía casi siempre al diablo; pero el editor, con su especial olfato, descubre entre aquellos autores al que está dispuesto á pagar por sí mismo la edición, y astutamente le escribe diciéndole que la casa editorial admite su obra, pero que los tiempos son difíciles y no puede asegurarse el éxito; por lo cual, si el autor les ayudara á cubrir los gastos, la casa *lanzaría* la obra, y en compensación le darían el 50 ó el 60 por 100 de los productos de la venta. El autor se sacrifica; paga 400 ó 500 pesetas por su propia publicación; vende

dos ó tres docenas de ejemplares, cuando las vende; tiene la satisfacción de ver estampado su elogio en algunos periódicos, y se cree un grande hombre ó cosa así. Claro es que estos editores desacreditan los libros; pero ¿cómo evitarlo? Hay tantos, que si uno rehusa, habrá ciento que acepten el lanzar un libro que les pagan.

¡Qué tipos de escritores dilettanti! Primerizos que ofrecen al editor las primicias de su ingenio, renunciando á toda propiedad, sin compensación alguna; profesores que pagan 1.000 y 1.500 liras por la publicación de obras mastodónticas que nadie ha de leer; abogados versificadores, señoritas bocetistas, estudiantes noveleros, empleados comediógrafos y toda la falange pagatoria, que no sacará ni el 5 por 100 del dinero empleado, sin contar las humillaciones recibidas, el ridículo digerido y la desilusión fatal del fracaso.

Hay á veces entre la multitud algún autor tímido cuya obra resulta ser un buen trabajo y hasta una obra maestra; el revisor lo hace notar así al editor; éste, desconfiado, pregunta de quién es. ¿Cómo? ¿De un desconocido? Si quiere publicidad, que la pague. Y como el autor suele ser pobre, no se hace nada, y la obra maestra queda inédita.

Hay tipos dignos de historia: caras beatas que cantan las propias glorias para conmover al editor y que mandan por kilos los periódicos en que están narradas sus proezas; otros, capaces de escribir indiferentemente un artículo político, una oda, una novela ó un artículo financiero, que envían al editor un montón de manuscritos para que elija; y luego las señoras y señoritas, que envían espantosas colecciones de versos con cartas sollozantes y recomendaciones de insignes literatos, tanto más lisonjeras cuanto más joven y bella es la poetisa.

Y no se crea que las poetisas ganen en vanidad á los poetas, aunque éstos parezcan al pronto más serios; son, en general, más fatuos, y los hay dignos del manicomio. Uno de ellos había escrito sus versos en un cuaderno de escuela, y en el frontispicio había estampado lo siguiente:

ESCUELA DE LA VIDA. VÍA DEL PARNASO. CUADERNO PARA MATAR EL TIEMPO, POR FULANO DE TAL, ALUMNO DE LA ESCUELA POÉTICA. CLASE DE LAS MUSAS, DIRIGIDA POR LA MAESTRA IDEA.

El desgraciado era un herrero que había dejado el oficio y que vivía en la más extremada miseria con su mujer y dos hijas; su familia gestionaba hacerle ingresar en un manicomio.

*
* *

RASGOS DE ALEJANDRO DUMAS.—En 1864, después de una ausencia de cuatro años, regresó á París Alejandro Dumas, siendo recibido por sus amigos con la cordialidad de siempre. Apurado de dinero, como de costumbre, se puso inmediatamente á trabajar y dió al teatro de la Gaîté un drama extraído de su novela *Los Mohicanos de París*. El drama fue juzgado por la censura, y se prohibieron las representaciones. Dumas tomó la pluma y escribió la siguiente carta al emperador Napoleón III:

«Señor: En 1830 había, y hay todavía hoy, tres hombres al frente de la literatura francesa: Víctor Hugo, Lamartine y yo.—Víctor Hugo está proscrito. Lamartine está arruinado. A mí no me pueden proscribir como á Hugo, porque ni en mis escritos, ni en mi vida, ni en mis palabras, hay nada que se preste á la proscripción; pero pueden arruinarme como á Lamartine, y en efecto, me arruinan.

»No sé qué malevolencia anima á la censura contra mí. He escrito y publicado 1.200 volúmenes. No me toca á mí apreciarlos literariamente. Traducidos en todas las lenguas, han ido tan lejos como el vapor los ha llevado. Aunque sea yo el menos digno de los tres, me han hecho en las cinco partes del mundo el más popular de los tres, acaso porque el primero es un pensador, el segundo un soñador, y yo no soy más que un vulgarizador. De esos 1.200 volúmenes, no hay uno que no se pueda dejar leer á un obrero del arrabal de San Antonio, el

más republicano, ó á una joven del arrabal de San Germán, el más púdico de nuestros arrabales.

»Pues bien, señor: á los ojos de la censura, yo soy el hombre más inmoral que existe. La censura ha suspendido sucesivamente desde hace doce años:

»*Isaac Laquedem*, vendido en 80.000 francos al *Constitucional*.—*La Torre de Nesles*, después de 800 representaciones; el veto ha durado siete años.—*Antony*, después de 350 representaciones; el veto ha durado seis años.—*La juventud de Luis XIV*, que no ha sido representado más que en el extranjero y que iba á ponerse en el Teatro Francés.—*La juventud de Luis XV*, recibido en el mismo teatro.

»Hoy la censura suspende *Los Mohicanos de París*, que iban á estrenarse el sábado próximo. Probablemente suspenderá también, bajo pretextos más ó menos especiosos, *Olimpia de Cléveris* y *Bálsamo*, que escribo en este momento. No me quejo por *Los Mohicanos* ni por los otros dramas; solamente hago notar á V. M. que durante los seis años de la restauración de Carlos X, y durante los diez y ocho del reinado de Luis Felipe, no he tenido ninguna suspensión; y añado, siempre para V. M. sólo, que me parece injusto hacer perder más de medio millón á un solo autor dramático, cuando se alienta y se sostiene á tantas gentes que no merecen ese nombre.

»Apelo, pues, por primera y probablemente por última vez, al príncipe cuya mano he tenido el honor de estrechar en Arenenberg, en Ham y en el Elíseo, y que, habiéndome encontrado como prosélito adicto en el camino del destierro y en el de la cárcel, no me ha encontrado nunca como solicitante en el Imperio.—Alejandro Dumas.—París, 10 de Agosto de 1864.»

A consecuencia de esta carta, que tan bien retrata el carácter de Dumas, la censura autorizó la representación del drama, que obtuvo un éxito regular.

A pesar de su incesante trabajo, el famoso novelista andaba siempre á la cuarta pregunta, porque jamás supo vivir

con cuenta y daba todo cuanto tenía. «Cuando mi mano tiene algo—decía—lo tiene bien, excepto el dinero; el dinero es tan corredizo, que se me escapa siempre de entre los dedos.» La liberalidad era para él no sólo un placer, sino una necesidad; cuando su bolsa estaba vacía discurría cualquier medio de ejercer su generosidad.

En 1866, al regresar del ensayo de *Gabriel Lambert*, encontró en su cuarto á un dominico á quien había conocido en Nápoles, y que al final de la conversación le indicó que su convento era pobre, insinuando el deseo de que le ofreciese algo para él. Dumas se fué derecho á una copa colocada en el centro de su mesa de despacho, donde solía tener sus ahorros, pero la copa estaba vacía; pasó al gabinete inmediato, donde le esperaba Jallais, y le pidió dinero; pero éste tampoco lo tenía; entonces Dumas se acordó que tenía que cobrar en el *Grand Journal* el precio de su último artículo, *Arte de componer la ensalada*, y extendiendo un bono á favor del fraile se lo dió para que lo percibiera, quedándose tan satisfecho.

***

Influencia de la literatura española en la literatura europea.—Tal ha sido el tema elegido para su discurso por el Sr. Pitollet, profesor de Letras y de Español, en el solemne acto de la distribución de premios del Liceo de Aurillac, en la pintoresca Auvernia, con ocasión del cual *L'Avenir du Cantal* dedica un caluroso y simpático artículo á España, mostrando las frecuentes y cordiales relaciones en que han vivido en todo tiempo auverneses y castellanos.

«No recuerdo—dice Sarran en dicho periódico—qué gran pensador ha escrito esta frase lapidaria: «Todo hombre tiene dos patrias: Francia en primer lugar, y luego la patria en que ha nacido». Parodiando esta frase, todo auvernés podría decir: «Todo cantalés tiene dos patrias: la Auvernia en primer lugar, y luego España». Las antiguas cartas de aquella región

prueban que desde los comienzos de la Edad Media los peregrinos auverneses han conocido *el camino de Santiago*, yendo con frecuencia á Compostela y estableciendo allí piadosas fundaciones; más tarde, cuando Jaime I, el ilustre hijo de Montpeller, emprendió la conquista de Valencia, vió gran número de caballeros de Auvernia y del Gevaudan unirse á los cruzados aragoneses para tomar parte en la gloriosa reconquista, obteniendo algunos de ellos por sus servicios, especialmente el señor de Tournemire, buena parte de las tierras tomadas á los moros en calidad de feudo. Desde entonces Auvernia y España no han cesado de mantener cordiales relaciones, y hoy mismo los inteligentes y audaces montañeses llevan á todos los puntos de la Península su industria y su comercio, manteniendo con su proverbial honradez el buen nombre de la «doulce France».

Pitollet, en su discurso, digno por muchos conceptos de ser recogido en estas páginas, no registra ninguna notable influencia de la literatura española en Europa hasta el reinado de los Reyes Católicos, pues la *Chanson de Rolland* habla de España en términos vagos; Dante parece ignorar que el castellano sea cosa distinta del provenzal; Petrarca no sabe nada de la literatura española, y las naciones del Norte desconocen su parentesco con los descendientes de los visigodos, hasta que más tarde Cristián II de Suecia lo invoca, lanzando aquel famoso grito á Carlos V: *Sumus et nos de gente gothorum.*

Tomada Granada en 1492, vencida Francia en Pavía y conquistado el Nuevo Mundo, el universo entero—dice Pitollet—tiembla al paso de aquellas bandas invencibles, celebradas por la voz del inmortal Bossuet. España se pone entonces material é intelectualmente á la cabeza de Europa, y la literatura española invade todos los países cultos, logrando universal aplauso. Antes de que *Don Quijote* acabara con los libros de caballería, Europa entera estaba engolfada en la lectura de los Amadises, é Inglaterra acoge con tal entusiasmo los romances y novelas caballerescas, que llega hasta olvidar completamen-

te su *folk lore* nacional, y el mismo rey Artús parece un extranjero en tierra inglesa. *La Diana*, de Montemayor, es traducida, como las obras de Guevara, á todas las lenguas, y Shakespeare funda sus *Dos hidalgos de Verona* en un episodio del mismo poema.

Pero donde la influencia de España ha sido sin duda más profunda y duradera, es en el género narrativo y burlesco de la literatura picaresca. Desde la incomparable *Celestina* hasta fines del siglo XVII, florece esta creación única, genuinamente española. Los licenciosos franceses del siglo de Luis XIV saborearon el opulento realismo sin las ferocidades modernas, y la graciosa crudeza sin obscenidades de aquellas joyas literarias como cualidades esenciales del arte nacional español, que vuelven á encontrarse en las creaciones de Murillo, de Velázquez y de Goya. La *Celestina* había sido traducida al francés en 1527; el *Lazarillo del Tormes* apareció en Francia en 1561; el *Guzmán de Alfarache* lo dió á conocer Chapuis en 1600; *El curioso impertinente*, de Cervantes, se imprime en París en 1608; Rosset traduce en 1615 las *Novelas ejemplares*, del mismo autor; *Marcos de Obregón* se publica en 1618; *El gran tacaño*, de Quevedo, en 1633. La boga de estas obras no se limita á Francia: desde el inglés Nash con su *Unfortunate Traveller*, y el holandés Brederoo con su *Spaensche Brabander*, hasta Grimmelshausen, Fielding y Smollet, la acción de la literatura picaresca española es eficacísima, y hasta en el siglo XIX la sufren en diversos grados Walter Scott, Washington Irving y Hoffmann. ¿Y qué decir de las *Silvas*, de las *Jardines*, de las *Floras*, que por la misma época invaden Europa? Todos y todas son de procedencia española.

También en filosofía ha ejercido España innegable influencia sobre el extranjero, como lo prueban Valdés y Valera; y si no tienen los españoles un nombre que oponer á Bacon, Descartes, Leibnitz ó Kant, y son casi desconocidos los nombres del Brocense y de Vives, en cambio los espíritus selectos han bebido en las fuentes de Antonio Pérez, Saavedra Fajardo y

Baltasar Gracián, ídolo este último de Schopenhauer y probable inspirador del tipo de Vendredi del *Robinson Crusoe,* así como la semilla del jesuitismo, planta nacida en Loyola, se ha propagado por el mundo entero.

La decadencia política de España comienza con el naufragio de la Armada Invencible; pero el esplendor de su literatura continúa deslumbrando al mundo, y en el famoso salón de Rambouillet triunfa el elemento español, y prelados como Retz, generales como Condé y mujeres como las señoras de Sevigné y de la Fayette, siguieron el ejemplo de Brantome, entusiasmándose con la literatura y las cosas de España, que llegó al apogeo de su gloria literaria con sus famosísimas *comedias,* forma teatral compleja, mezcla de tragedia y de comedia y espejo fiel de la vida real.

¿Quién ignora las fuentes del *Cid*, de Corneille, ni del *Embustero?* ¿Quién puede fijar la materia española que hay en las comedias de Molière? *El médico á palos* sale de *El Acero de Madrid*, de Lope; *Don Juan* nace del *Burlador de Sevilla* y *El Convidado de piedra*, de Tirso de Molina; *La Escuela de los maridos* está en germen en otra obra de Hurtado de Mendoza; en *El Aturdido* se aprovecha de una comedia de Calderón; *La princesa de Elide* no es más que un arreglo de *El desdén con el desdén*, de Lope, y hasta el mismo *Tartufo* debe no poco á *El perro del hortelano*, de Lope. Y si pasamos á los dramaturgos de segunda fila, los Hardy, Maîret, Rotrou, Tomás Corneille, Scarron y Quinault, veremos que se nutren positivamente de España, como en Inglaterra Beaumont y Fletcher, Shyrley y Massinger, Middleton, Rowley y Haywood, explotan sin escrúpulo la rica mina española, confesando Fitzmaurice Kelly que las fuentes del drama inglés de la Restauración están en Lope, Calderón, Moreto y Rojas; como en Alemania se ha prolongado el teatro de Lope hasta el siglo XIX; como en Holanda y Bélgica son traducidos ó imitados los dramaturgos españoles por Hood, Vondel, Vos, Rodenburg y Rijndorp en la época más brillante de la literatura flamenca, y

como la misma Italia, desde Cicognini hasta Gozzi y Metastasio, han aprovechado los frutos del ingenio español. Todo esto sin hablar del *Quijote*, fuente de toda novela verdaderamente humana, en cuya obra han bebido todos los grandes espíritus alguna inspiración.

En el siglo XVIII, merced á las pinturas fantásticas de viajeros ineptos, gracias á los sarcasmos de Voltaire y á la ironía de Montesquieu, penetra en la literatura europea el tipo convencional y archifalso del español, holgazán cómo un asiático, jugador y tocador de guitarra, como la española es celosa, siempre con el abanico en la mano y con la navaja en la liga. Semejantes tipos, admitidos por el vulgo, han sido rechazados por grandes espíritus, como Beaumarchais en Francia, Lessing, Humboldt y Herder en Alemania; Fichte, en la primera redacción de sus célebres *Discursos á la nación alemana*, se inspira en la *Numancia*, de Cervantes, y los patriotas italianos aplauden al imitador de Quintana, Juan Berchet, precursor de Leopardi y de Manzoni. El romanticismo, por su parte, entra á saco en España, donde nace el *Don Juan*, de Byron, y los Schlegel y los Tieck sueñan con los castellanos, y los románticos alemanes queman su más puro incienso en honor de Calderón, cuya potencia lírica había hecho llorar á Gœthe, entusiasmando á Shelley, Schack y Schmidt, llegando á ser un culto en la señora Staël y produciendo la conversión al catolicismo de muchos protestantes después de la lectura de un poeta, de quien Schlegel afirma que resuelve el enigma de la vida, y á quien Verlaine coloca por encima de Shakespeare.

En Francia se ha tardado más tiempo en hacer justicia á España; pero en nuestros días, siguiendo el ejemplo del admirable romanista Gaston Paris, un grupo cada vez más numeroso de sabios hispanistas disputa á los alemanes el primer rango en los estudios españoles.

«Lejos de mí—acaba diciendo Pitollet—la idea ridícula de exaltar á España ciegamente, con detrimento de otros países más fuertes que ella y más conscientes de su misión civiliza-

dora y educadora. Las miserias de España yo las conozco y me entristecen como á nadie. Pero permitidme, señores, poneros en guardia contra esos espíritus superficiales y frívolos, siempre prontos á juzgar definitivamente y sin apelación en materias en que sólo el estudio perseverante, unido al contacto directo con el cuerpo del delito, permiten formular una sentencia valedera y de buena ley. No son ni los turistas á todo vapor ni los escritores de viajes á vista de pájaro, quienes tienen el derecho de juzgar á un pueblo tan complejo, tan poco homogéneo, tan etnológicamente desemejante como el pueblo español. Yo me he preguntado frecuentemente, al oirles hablar ó al leerlos, qué prodigioso mágico había transmitido á esas gentes la misteriosa lámpara de Aladino, gracias á la cual, con algunos meses de residencia en España, todo el secreto de la historia, todo el problema del arte, todo el enigma de las costumbres españolas, les han sido revelados definitivamente. Y ¡cuánto más grotescos todavía los que, no habiendo puesto jamás el pie en España, ó habiéndose aventurado cuando mucho hasta San Sebastián, donde han admirado el baño de la reina desde las terrazas de la Concha y han asistido sin comprenderla á una corrida de toros, calificada invariablemente de «bárbaro espectáculo», resuelven, incapaces de decir *buenos días* en español, con gestos altaneros, á lo capitán Fracassa, la triple cuestión del pasado, el presente y el porvenir de España!

»Vosotros, los que me escucháis, no sois afortunadamente de esa pasta, y por eso os digo con todo el fervor de convicción de que soy capaz: Aprended á conocer á vuestros vecinos, y aprenderéis á quererlos; pues su pensamiento es en su esencia hermano de vuestro pensamiento, y su civilización pariente de la vuestra. Inclinaos amorosamente hacia vuestra hermana latina; ayudadla á cultivar su espléndido jardín, en el que jardineros descuidados ó pérfidos han dejado crecer espinas y cardos, y así contribuiréis, unos por la acción comercial, otros por la literaria, á la resurrección de España; y

gracias á vosotros, los poetas de las edades futuras repetirán en alabanza de la vieja tierra ibérica el entusiasta apóstrofe de Claudiano:

Quid dignum memorari tuis, Hispana terris
Vox humana valet?

PSICOFÍSICA

El gusto de vivir.—Un libro de Metchnikoff acaba de poner el optimismo sobre el tapete. Hoy no nos entusiasmamos ya con un Byron, un Leopardi ó un Schopenhauer, y el pesimismo sólo está de moda entre los jóvenes estetas. No por eso, sin embargo, es optimista nuestro tiempo. Hoy no se es nada, y hasta los filósofos mismos no se atreven á declararse espiritualistas ó materialistas. Lo que hoy se busca son hechos; se hace mucha psicología y muy poca filosofía. Pero cada vez que la filosofía se apoya en datos científicos tiene más bien carácter optimista. No podemos saber si lo que nos parece malo es finalmente malo, puesto que ignoramos su repercusión y sus efectos. Contentémonos con tratar de comprender cómo vivimos y de qué modo debemos arreglarnos para ser en esta vida lo más felices posible.

Metchnikoff parece basar su optimismo en la posibilidad que entrevé de prolongar la vida; pero, ¿para qué una existencia más larga, si no nos produce más que penas y dolores? ¿No sería mejor fórmula—dice Pablo Sollier en *La Renaissance latine*—«corta y buena»? Verdad es que Metchnikoff considera que el temor de la muerte es una de las más terribles y angustiosas preocupaciones del hombre, siendo realmente sorprendente que ese temor asedia sobre todo á los hombres para quienes la vida es una carga y que no tienen nada que esperar.

¿Por qué tienen apego á la vida seres que debieran detestarla, mientras que la aborrecen otros muchos á quienes todo les sonríe? He ahí un problema digno de estudio, que el Dr. Sollier aborda con valentía. Un novelista americano, Ma-

llock, lo había planteado así: «¿Vale la vida la pena de ser vivida?» Y su conclusión había sido: «Según quien la viva». El gran psicólogo William James, por su parte, dice: «No temáis la vida; creed que es digna de ser vivida, y que por vuestra fe llegará, en efecto, á ser digna de que la viváis». A lo que el aspirante al suicidio replica: «Dadnos, ante todo, la fe». Y eso, en efecto, es lo que James se olvida de darnos: el medio de creer que la vida es digna de vivirse.

Las razones morales, filosóficas ó religiosas no nos dan ni nos quitan el gusto de vivir. Hay algo más, y ese algo es lo que Sollier pretende descubrir. Para ello, basta observar al hombre normal, escudriñando entre sus tendencias, instintos y necesidades lo que le da el gusto de vivir; ó tomar al individuo atacado del *tœdium vitæ*, y analizar lo que le falta para que ame la existencia. Este último camino es más breve y seguro, reduciéndose el problema á un simple estudio de fisiología y patología, siendo abundantes los materiales de observación.

El disgusto de la vida se encuentra, principalmente, en los melancólicos, en los hipocondríacos, en ciertos neurasténicos, en los obsesionados y en los histéricos; el fenómeno común á que todos estos estados se refieren, es una paralización más ó menos completa de las funciones orgánicas. He aquí un hombre herido por una violenta emoción: la pérdida de un sér querido, un hijo ó una esposa; pierde el sueño, carece de apetito, se enfría fácilmente, respira con menos amplitud, es insensible á lo que antes le interesaba, se siente fatigado, empequeñecido, incapaz de pensar ni de obrar: tal es el melancólico, que llega á creerse inútil y molesto, acabando por aborrecer la vida.

Entre los hipocondríacos, que se figuran estar atacados de enfermedades incurables, basándose en la interpretación de sensaciones anormales de origen nervioso, se observa el mismo asco á la vida y la misma tendencia al suicidio, no por lo que sufren, sino por el sentimiento de su impotencia contra el mal.

Más interesante todavía es el caso de ciertos obsesionados, en quienes se produce el fenómeno de la pérdida del sentimiento de su existencia personal; las excitaciones del exterior no penetran en ellos y son indiferentes á todo; les parece que no pueden ya salir de aquel estado de insensibilidad, y aborrecen la vida, no porque la vida les parezca desagradable, sino porque no pueden vivirla como quisieran. En el fondo son optimistas, comprendiendo que su tedio viene de ellos mismos y no de la vida exterior.

Muy distintos son los histéricos, para quienes «todo es igual», pareciéndoles que nunca han sentido nada; como su cerebro está embotado, ni pueden percibir actualmente las impresiones ni representárselas por el recuerdo, y no comprenden que los demás puedan sentir lo que ellos no sienten, ni se explican el placer de obrar, de pensar, de gozar de la vida. Por eso encuentran mala la vida, siendo indiferentes al principio al vivir, y concluyendo por aborrecer la existencia, aunque sin acariciar por eso ideas de suicidio, contentándose con no hacer nada para gozar de la vida.

En todos los casos se nota que la paralización de las funciones orgánicas produce la indiferencia, la incomprensión, luego el tedio, y por último la idea del suicidio. Hay que notar, sin embargo, que la paralización producida por una enfermedad infecciosa, por ejemplo, no causa ese disgusto de vivir, á menos de que el cerebro esté atacado. Concretando más, podremos decir que el disgusto de la vida proviene de la pérdida del sentimiento del funcionamiento orgánico, que sufre, por lo mismo, una paralización más ó menos marcada en relación con el grado de inhibición de los centros cerebrales bajo cuya dependencia están colocados nuestros órganos; y puntualizando más, puede añadirse que el disgusto de la vida no sólo proviene de la pérdida del sentimiento de nuestra actividad, sino del sentimiento de que esa actividad se encuentra disminuída y de que no somos ya capaces de adaptarnos á la existencia.

Si nos sentimos capaces de luchar contra los acontecimientos, contra las causas de destrucción que nos asedian, somos felices por vivir, amamos la vida. El sentimiento de nuestra actividad, la conciencia de nuestra fuerza, de nuestra energía cinética, y sobre todo de nuestra energía potencial, es lo que nos da el gusto de vivir; es preciso que sepamos que somos capaces de obrar si queremos, sin perjuicio de que no queramos. Por eso nada es tan estimulante, nada excita más en nosotros el gusto de la vida, que las circunstancias en que está en peligro. Son las leyes de la materia misma, el gran principio de la reacción igual á la acción, y el de la conservación de la energía, los que entonces intervienen, querámoslo ó no.

Se ama la vida mientras uno se siente organizado para vivirla; cuando eso no se siente, aun cuando sea sin motivo, se detesta la existencia. Y lo que hace que tantas personas, asaltadas por desgracias, dolores ó males que las deprimen, no se suiciden, es su organización cerebral, bastante sólida para reobrar contra tales tendencias.

Sabiendo ya en qué consiste el gusto de la vida, nada más fácil que buscar los medios de desarrollar este gusto y de enseñar á vivir con mayor placer. No hay que decir con William James: «Creed que la vida vale la pena de vivir, y así viviréis con gusto», sino: «Aumentad vuestra vitalidad, sentíos vivir, y amaréis la vida». La vida por sí no es aburrida; lo aburrido es vuestra vida, porque no sabéis vivirla, poniendo en juego los medios de que disponéis para hacerla grata, entrando en posesión de todas vuestras fuerzas físicas, intelectuales y morales.

Algunos dicen: «¿Y para qué sirvo yo? ¿Para qué vivir, si soy incapaz de grandes cosas?» ¡Y quién sabe! Aunque uno no existiera sino para estar á punto de salvar una existencia útil, eso solo valdría la pena de haber vivido hasta entonces, pues nadie sabe la repercusión que puede tener un acto insignificante, ni el papel que le está reservado en el universo. Olvidamos

demasiado que formamos parte de la vida universal, y que nuestra existencia personal no es independiente de la vida general. El hombre que para evitar los cuidados de la vida disminuye relativamente su actividad utilizable, aminorando su inteligencia con narcóticos químicos ó morales, ó tratando de matarse, es un cobarde á quien la sociedad tiene perfecto derecho de castigar.

Los medios de desarrollar el gusto de vivir son físicos y psíquicos. Entre los primeros debe emplearse todo lo que tienda á desarrollar la energía física: la higiene, el ejercicio, y sobre todo la buena alimentación, es lo que produce el *mens sana in corpore sano;* no hay optimismo sin buen estómago. En cuanto á los medios psíquicos, los hay positivos y negativos, todos encerrados en la fórmula ya enunciada: sentirse vivir para amar la vida, pensando en que el porvenir es fruto directo del presente.

No tengamos impaciencia. La vida es un negocio como otro cualquiera, y aunque quisiéramos cobrar en el acto los dividendos de nuestras acciones, debemos pensar que los hombres previsores atienden ante todo al fondo de reserva y no distribuyen dividendos hasta que el negocio está asegurado y en pleno funcionamiento. *Carpe diem*, decia Horacio; hoy más que nunca esa es la fórmula de la dicha.

HISTORIOLOGÍA

La teoría del héroe en Carlyle y en Nietzsche.—La democracia y la ciencia han destruído los ídolos, afirmando que nada hay grande y duradero más que la *especie*, á cuyas leyes el individuo se somete, quiera ó no quiera; las tradicionales teorías antropomórficas y antropocéntricas se han derrumbado, y hoy el hombre no es el alma de la tierra, ni la tierra centro del universo. La multitud recobra su papel, hasta hoy desconocido en el arte, y el individuo desaparece ante la grandeza de la especie.

Dos sonoras voces han protestado contra tal estado de cosas: una religiosa, con arranques y gritos que recuerdan á los antiguos profetas: la de Tomás Carlyle; otra eminentemente pagana, dulce y caliente á veces, como la de los poetas griegos, y rudamente templada otras, como la de los antiguos latinos: la de Federico Nietzsche.

Para Tomás Carlyle—dice en la *Nuova Antologia* José Ravenna—la historia de la humanidad se reduce á una serie de biografías de héroes, ó por lo menos los héroes son su alma, su fuego central, y á ellos debe la humanidad toda su luz y todo su bien. El héroe saca al hombre primitivo de su ignorancia, dirige sus instintos, conduce los pueblos á la victoria, les dicta leyes, eleva su alma con sus cantos poéticos, y les abre las puertas de la civilización ó de la gloria. Este modo de comprender la historia es clásico y popular; es casi una necesidad del espíritu el personificar una edad, un pueblo ó una época en un grande hombre.

Para nosotros mismos, con nuestro materialismo histórico, nuestro espíritu crítico y nuestra multiforme sociología, la historia humana sigue siendo la historia á lo Carlyle: Esparta está sintetizada en Licurgo; los israelitas, en Moisés; los atenienses victoriosos, en Pericles; Roma, luchando entre el paganismo y el cristianismo, en Constantino: ninguno se acuerda de los sufrimientos de los hebreos, ni de la vida sencilla de los espartanos, ni de las clases de ciudadanos de Atenas ni de Roma. Un hombre, un gran hombre, basta para iluminar las obscuras regiones de la historia.

Justa como práctica constante y necesaria del pensamiento, la teoría de Carlyle aparece mística por la misión atribuída á los héroes como *enviados de Dios*. Alma profundamente religiosa que no limitaba el concepto de religión al de una serie de dogmas y ritos, sino que lo comprendía como fe amplia y ardiente en lo prácticamente creído, no es extraño que Carlyle se inspirase en el concepto metafísico de Fichte, según el cual las cosas de este mundo no son sino la envoltura aparente de

la realidad esencial. El hombre es como una divina aparición, y el héroe es el arma de que se sirve la Providencia para realizar sus designios. Mientras para otros filósofos el héroe es el fruto maduro de una edad, para Carlyle es el germen de que esa edad ha de salir. De aquí su afirmación de que todos los héroes ó grandes hombres, Odin, Mahoma, Dante, Shakespeare, Cromwell, Lutero, etc., son «íntimamente de la misma estofa», aunque difieran por el lugar y el tiempo en que aparecen.

Todo pueblo en toda edad busca al héroe, y entre nosotros mismos el sufragio político, los partidos, el parlamentarismo, todo se reduce, en resumen, á escoger los mejores, los que todos obedecerán con alegría. Los siglos de decadencia se ingenian en charlatanerías críticas y científicas; pero las edades heroicas hablan con silencio heroico por la voz de los grandes hechos.

También Federico Nietzsche tiene amargas palabras contra la ciencia; pero mientras Carlyle la odia como la gran enemiga del sentimiento religioso, Nietzsche siente en ella «olor de charca con cuacuareo de ranas», y la desprecia. El héroe de Carlyle es generoso y altruísta; el superhombre de Nietzsche es eminentemente egoísta. Nada de sacrificio ni de resignación; todo lo que tienda al aumento del dominio es un bien; el superhombre es el que sabe mejor elevarse y mandar. Su fin se halla en sí mismo; la virtud, la verdad, el ideal, no existen fuera de él. La creación de Nietzsche es una figura esencialmente y crudamente aristocrática, despreciadora del vulgo y de lo que no sea él mismo; pues para el superhombre, tan vulgo es el criado que sirve á su amo, como el rey que tiene la servidumbre en el alma y que no sabe aprovechar su posición.

Carlyle y Nietzsche, partiendo de campos tan diversos y llegando á concepciones tan diferentes de los grandes hombres, coinciden en ser dos arrogantes campeones intransigentes del individualismo en unos tiempos en que todo parece preparado para el triunfo de la especie y de la multitud.

HERÁLDICA

La partícula nobiliaria.—Con motivo de la publicación por Miguel Breuil de un libro titulado *De la llamada partícula nobiliaria*, dedica Emilio Faguet en la *Revue Bleue* un artículo á lo que podría llamarse «Historia judicial y social de una ridiculez».

La famosa partícula *de* nunca ha probado nada ni significado nada, pues siempre han existido nobles que no la han usado, como los Molé, los Colbert, los Pasquier, los Damas y tantos otros, mientras que multitud de villanos se ponían un *de*, como los *du Bois*, *des* Forêts, *de* l'Ecluse, *du* Puits, etc. Se era noble cuando se figuraba en los registros de la nobleza y se tenían privilegios y exenciones concretamente enumerados en las antiguas leyes; cuando no se tenía nada de esto, aunque uno se llamara *de la Vau du Puits de la Combe*, se tendría un nombre bonito y sonoro, pero nada más.

El señor *de la Fontaine*, por ejemplo, se llamaba *de* la Fontaine, y no por eso era noble; por haberse dejado poner el título de Escudero en un documento, fue perseguido y condenado, y no le quedaron ganas de reincidir; lo mismo le pasaba á *de* Beranger; y Sainte-Beuve, aunque tenía derecho al *de*, no se lo ponía, porque, como él decía, «no siendo noble, he querido evitar que pareciese que quería echármelas de aristócrata».

La costumbre de los verdaderos nobles, de hacerse llamar por el nombre de sus feudos ó propiedades, que iban naturalmente precedidos de la partícula *de*, es lo que ha dado á esta preposición el valor de partícula nobiliaria. Tan poca importancia daban al empleo de la partícula los verdaderos nobles, que muchos la unían á sus nombres, y así los *d'Argenson* firmaban *Dargenson*, los *d'Aguesseau Daguesseau*, etc. Pero precisamente por este desprecio, los villanos se daban el gusto de llamarse por el nombre de una tierra ó de su pueblo originario, y de ahí que al cabo de algunas generaciones apare-

ciesen nuevas familias con apariencias de nobles sin serlo. Dos terceras partes de la actual nobleza francesa no tiene otros orígenes ni otros pergaminos.

La antigua monarquía no combatió nunca estas pretensiones: como la nobleza era cosa real, registrada y clasificada, nadie hacía caso de los falsos nobles. Al venir la Revolución, se abolió la verdadera nobleza, pero no la falsa; desaparecieron los títulos, pero no la partícula; porque lo que se quería suprimir eran los duques, condes y marqueses, no los nombres precedidos de preposición. Estos se suprimieron por sí mismos, y *des Aix* se convirtió en *Desaix*, y *d'Anton* en *Danton*. La famosa anécdota de Martainville es característica para conocer el espíritu de la época: «Acercaos, ciudadano de Martainville—dijo el presidente del Tribunal revolucionario.—Ciudadano, yo me llamo Martainville á secas; te olvidas de que estás ahí para acortarme y no para alargarme.—Bueno —replicó el presidente,—entonces no te acortarán ni te alargarán; que te ensanchen.»

El Imperio creó una nueva nobleza sin restablecer la antigua. La partícula permaneció silenciosa, y hubo madame Montmorency, madame Chevreuse, etc.; pero á poco reapareció: Ney se llamaba duque de Elchingen, Fouché duque de Otranto, y los nombres de la antigua nobleza reaparecieron. La Restauración devolvió á los nobles antiguos sus títulos, y conservó los nuevos, pero quitando á todos sus privilegios. Y, cosa rara, entonces que la nobleza valía menos y costaba más (un título de barón 4.000 francos, y uno de duque 18.000, mientras que bajo el Imperio sólo costaban 75 y 900 francos, respectivamente), todos querían ennoblecerse, habiéndose llegado á expedir 1.232 títulos en los quince años de la Restauración.

La partícula comenzó entonces á tener importancia, como distintivo, aunque dudoso, de hidalguía, y hasta el Gobierno se preocupó del caso, exigiendo real licencia para el uso del *de*. Bajo Luis Felipe, la nobleza de pretensión adquirió pro-

porciones espantosas, para los que se espantan de estas cosas, y multitud de familias se plantaron *de* ante sus apellidos. De aquí la reacción contra el abuso, que llegó á inspirar la ley de 28 de Mayo de 1858, castigando con multa de 500 á 10.000 francos á los que cambien, alteren ó modifiquen su nombre. La ley no se ha aplicado casi nunca, pero hoy se tiene menos apego á la partícula que en tiempos de Luis Felipe.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Les accidents du travail dans les prisons, par Roger Roux.—París, 1903; 28 páginas.

En casi todos los países europeos hay á estas horas leyes relativas á los accidentes del trabajo de los obreros manuales. Pero al poco tiempo de promulgadas han surgido dudas tocante á la interpretación de las mismas, y con especialidad en lo que respecta á la extensión que ha de darse á los beneficios que ellas conceden á los trabajadores. De las más grandes de esas dudas es la que se refiere á los trabajadores de las prisiones, ya que éstos, ni suelen tener un patrono (sobre todo cuando trabajan por administración, pero tampoco, propiamente, cuando lo hacen por contrata) con el cual estipulan, como contratantes libres, las condiciones del trabajo, ni tienen derecho, por causa de éste, á un salario. Dígase ó no con toda claridad, lo cierto es que á los prisioneros se les considera como seres humanos de personalidad incompleta, *capitis-diminuida*; se les aplica, v. g., la interdicción civil, con todas las privaciones de derechos que la misma supone.

En el punto concreto de las indemnizaciones por accidentes sufridos en el trabajo manual ó industrial, sólo hay una ley especial que les ampara: la alemana de 1900. Las demás, generales, guardan silencio. Ahora, M. Roux, juez suplente del tribunal civil de Vesoul, quien ya antes había publicado un estudio muy recomendable acerca del trabajo de los presos, acaba de dar á luz un folleto con el propósito de demostrar que la ley francesa de 9 de Abril de 1898 sobre los accidentes

del trabajo es aplicable á los que ocurran en las prisiones, sin que sean obstáculos valederos al efecto las razones que, según algunos escritores y algunas sentencias judiciales, estorban la posibilidad de la extensión.

El problema no debe de presentarse perfectamente claro á los ojos de los mismos poderes públicos de la República francesa, por cuanto el ministro del Comercio ha nombrado hace poco una comisión encargada de «estudiar las dificultades relativas á la aplicación de la ley de 9 de Abril de 1898 á los accidentes del trabajo ocurridos en los establecimientos penitenciarios y en los establecimientos hospitalarios». Esta comisión estudiará seguramente el folleto de M. Roux, puesto que el citado ministro del Comercio ha mandado reproducir su parte documental para distribuirla entre los miembros de aquélla. Es un indicio recomendativo del trabajo. El hecho de haber juntado el ministro, al nombrar la comisión, los establecimientos penitenciarios y los de beneficencia, allana á los comisionados el camino para poder aceptar la solución propuesta por M. Roux, que es la afirmativa. En efecto: el principal motivo que ha impedido á la jurisprudencia de los Tribunales aplicar la ley de accidentes del trabajo á las prisiones, ha sido la dificultad con que se tropezaba al encontrarse con trabajadores que no contrataban libremente su trabajo ni percibían salario. Mas esto mismo acontece con los asilados de los establecimientos benéficos, á los cuales las gentes sienten poca repugnancia en aplicarles los beneficios de que se trata. Ya M. Roux pone de resalto la semejanza entre ambas especies de establecimientos.

P. Dorado

INDICE

Págs.

Ana (novela), por Enrique Sienkiewicz 5

León XIII, su diplomacia y sus encíclicas, por Edmundo González-Blanco 44

Nuestras mentiras convencionales.—La mentira social, por Eloy L. André 64

Los túmulos reales de la Capilla mayor en la Catedral de Toledo, por Rodrigo Amador de los Ríos 88

Grados antiguos en la Universidad de Salamanca, por Ignacio Calvo 116

Lecturas americanas, por Hispanus 133

El violín español en el cosmopolitismo del arte musical contemporáneo, por Juan Pérez de Guzmán 153

Crónica literaria.—Antonio Azorín (por J. Martínez Ruiz), por E. Gómez de Baquero 173

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 181

Notas bibliográficas, por P. Dorado 206

AP
60
E8
año 15
no.175-77

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

AP
60
E8
año 15
no.175-77

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY